



EL ALANO

LAS CENIZAS DE HISPANIA I

JOSÉ Z. HERNÁNDEZ

LAS CENIZAS DE HISPANIA I

EL ALANO

José Zoilo Hernández González ©

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño de la portada e ilustración: Yeivit

Agradecimientos

Cuando al fin me decidí a entregar un manuscrito de la novela a mis primeros amigos y familiares, nunca pensé que terminaría reuniendo tantas desinteresadas aportaciones como de las que he dispuesto al final del camino. Gracias a todos, no saben lo importante que ha sido para mí contar con su apoyo.

Quisiera agradecer especialmente a mis incondicionales, Jorge, Marco y Óscar. Gracias por estar siempre ahí con un comentario constructivo, y por transmitirme lo que se puede sentir leyendo las páginas que he escrito. No me olvido de Chago, mi “diseñador personal”.

Por supuesto, muchas gracias también a Ana Joyanes, Balbina y Fremiot, a los que no habría conocido de no haber mediado estas páginas. ¡Qué suerte haberlas escrito!

Dejo para el final a mi familia: gracias a mi padre; creo que pocos han disfrutado como él de estas páginas, y yo con él. Como no, mil gracias a mi hermana, mi *fan* número uno. Aunque ella quizás no lo recuerde, la primera novela histórica que leí fue un regalo suyo cuando tenía doce años, por lo que indirectamente ella también es responsable de esta.

Por último, gracias a Esther, aunque en este caso no haya palabras adecuadas para expresar mi verdadero agradecimiento. Gracias por todo, nadie ha tenido más paciencia conmigo, ni ha aportado tanto a la novela y a la creación de los personajes como ella. Attax, aunque parezca increíble, también tiene una parte de ti.

A todos, gracias, gracias, gracias.

Tabla de contenido

[Tabla de contenido 4](#)

[PRÓLOGO 6](#)

[CAPÍTULO I 9](#)

[CAPÍTULO II 25](#)

[CAPÍTULO III 35](#)

[CAPÍTULO IV 45](#)

[CAPÍTULO V 58](#)

[CAPÍTULO VI 72](#)

[CAPÍTULO VII 80](#)

[CAPÍTULO VIII 91](#)

[CAPÍTULO IX 102](#)

[CAPÍTULO X 115](#)

[CAPÍTULO XI 128](#)

[CAPÍTULO XII 142](#)

[CAPÍTULO XIII 152](#)

[CAPÍTULO XIV 164](#)

[CAPÍTULO XV 169](#)

[CAPÍTULO XVI 181](#)

[CAPÍTULO XVII 198](#)

[CAPÍTULO XVIII 211](#)

[CAPÍTULO XIX 225](#)

[CAPÍTULO XX 242](#)

[CAPÍTULO XXI 256](#)

[CAPÍTULO XXII 268](#)

[CAPÍTULO XXIII 278](#)

[NOTA HISTÓRICA 290](#)

Desparramándose furiosos los Bárbaros por las Hispanias, y recrudeciéndose al igual el azote de la peste, el tiránico exactor roba y el soldado saquea las riquezas y los mantenimientos guardados en las ciudades; reina un hambre tan espantosa, que obligado por ella, el género humano devora carne humana, y hasta las madres matan a sus hijos y cuecen sus cuerpos, para alimentarse con ellos. Las fieras, aficionadas a los

cadáveres de los muertos por la espada, por el hambre y por la peste, destrozan hasta a los hombres más fuertes, y cebándose en sus miembros, se encarnizan cada vez más para destrucción del género humano. De esta suerte, exacerbadas en todo el orbe las cuatro plagas: el hierro, el hambre, la peste y las fieras, cúmplense las predicciones que hizo el Señor por boca de sus Profetas.

Hydacio, Obispo de *Aquae Flaviae*. 400 – 469 d.C.

PRÓLOGO

Pienso que, probablemente, transcribir este texto sea una de las más arduas tareas que en mi vida he afrontado, y sin embargo la estimo también como una de las más satisfactorias, al menos de entre aquellas que no requieren de la complicidad de una mujer.

Observo con alivio que, a lo largo de los interminables meses de convalecencia que hemos compartido, el rostro de Attax ha ido recuperando en gran medida un saludable color, y que sus ojos brillan de nuevo con esa chispa especial que siempre iluminó su mirada. Reconozco que verlo durante tanto tiempo pálido y febril me hizo abrigar los más oscuros temores; a él, un guerrero curtido que en mis años de infancia, y aún de juventud, tuve por inmortal, tras tantos avatares compartidos, tuve que verlo postrado por culpa de unas despiadadas fiebres que amenazaban con consumirlo. Quizás vino así a reclamar su cuerpo un merecido descanso, tras tantos años de sueño insuficiente, comida en ocasiones escasa y heridas que nunca tenían tiempo de sanar del todo antes de afrontar una nueva batalla.

En lo peores momentos, en los que la fiebre hacía arder su frente y lo mantenía sumido en una preocupante semiinconsciencia, apenas abandoné su lado, para desesperación de las mujeres, que más bien me consideraban un estorbo. Cuando empezó a pasar ratos cada vez más largos despierto y lúcido, y ya admitía, e incluso reclamaba, el caldo claro que le preparaban para comer, comenzamos a dedicar largos ratos de nostalgia a recordar los hechos que juntos vivimos, y aún los de su pasado lejano, antes de que los suevos, mil veces malditos, le hicieran probar el amargo trago de la esclavitud. Al tiempo cruzó por mi mente la idea de que, si tantas horas dedicamos a transcribir las vidas de los santos, la historia de este bárbaro pagano no desmerecía en interés a las interminables líneas sobre martirios y

milagros con las que tantos niños aprendimos a adentrarnos en los misterios de las letras.

Así que, aprovechando cada uno de los espacios en blanco que quedaban en las páginas de uno de los misales con los que los monjes solían instruir a los chavales del lugar, y que solicité con la excusa de entretener a mi compañero con sus piadosas historias, empecé a tomar rápidas notas de lo que Attax me iba relatando, con una letra apresurada que me hubiese valido, en su época, unos buenos varazos por parte de cualquiera de los maestros que en mi vida cuidaron mi caligrafía.

–Si logras que algo de la luz de Cristo penetre en el alma oscura de este bárbaro impío, quizás se abran para ti las puertas del cielo... –Comentaba, irónico, el hermano Filemón, moviendo la cabeza al verme sentado al pie del lecho de Attax con mi misal en la mano.

La idea de niños aprendiendo las letras con la historia que terminó por sepultar los desgastados trazos repletos de ejemplos destinados a inculcar credo y moral cristiana en sus tiernas almas, me hace sonreír. No dudo que la vida de Attax, que por otra parte siento mucho más ligada a la realidad de los duros años que nos ha tocado vivir en *Hispania*, habría entretenido más a los pequeños; y quizás entre las experiencias y reflexiones de un hombre como el alano habrían aprendido lecciones más útiles para su vida que las que pudieran entresacar de las vidas de los santos.

Es probable que gran parte de la historia no resulte apta para oídos infantiles. Sin embargo, yo mismo me crié compartiendo la filosofía de Attax. “Muchacho –solía decirme desde que yo apenas levantaba tres pies del suelo–: el mundo está lleno de hombres que merecen una paliza, y de mujeres dignas de un buen revolcón; y a lo largo de nuestra vida, es nuestro deber contribuir a la justicia en ambos extremos en aquellas ocasiones que se nos presenten”. No sé valorar si su compañía habrá disminuido mis posibilidades de conocer en la otra vida las bondades del paraíso; lo que sí doy por seguro es que, en no pocas ocasiones, ha impedido que me haya tenido que enfrentar prematuramente al juicio del Creador.

Lo cierto es que las horas compartidas entre historias y recuerdos parecían ir, poco a poco, devolviendo la vida a Attax. Cuando comencé a leerle el relato que, ya en la tranquilidad de mi hogar, iba componiendo en las horas nocturnas con las notas tomadas en su compañía, recuerdo tras las primeras palabras sus ojos entornados y sus refunfuños entre dientes:

–Cuentas que amanecía como si fuera importante –protestó–; y, que yo sepa, ocurre todos los malditos días. Quizás has pasado demasiado tiempo en compañía de esos monjes relamidos.

Sin embargo, a medida que avanzaba la narración, se iba enganchando a la historia, y creo que llegó a esperar con impaciencia el momento en que el resto de mis obligaciones me permitían acudir a su hogar a continuar con la lectura. Nunca dejó de sorprenderle que de nuestra propia vida pudiera extraerse una crónica con ciertos tintes de épica, ya que ha querido el destino –o la providencia– que el alano se haya visto envuelto en no pocas batallas dignas de mención. Muchas veces, mis intentos por reflejar su valor en la contienda han sido recibidos con no pocas carcajadas; en otras ocasiones, si no fuera Attax tan poco dado a mostrar sus emociones, habría jurado que el recuerdo de compañeros desaparecidos tiempo atrás ha llegado a empañar sus ojos azules.

Al poco tiempo, cuando ya mis apretadas notas cubrían hasta el más mínimo resquicio del reconvertido misal, tuve que acercarme de nuevo al hermano Filemón para requerir que nos facilitara un nuevo libro. El monje se rascó su tonsurada cabeza con expresión entre incrédula y divertida, pero enseguida se afanó en buscar entre los tomos que cubrían su escritorio alguno que le pareciera adecuado. Cuando por fin encontró uno que le satisfizo –una inspirada composición sobre el martirio de San Sebastián–, me lo alargó diciendo:

–El Señor, en su sabiduría, reparte sus dones incluso entre aquellos en los que la razón de los comunes mortales no llega a encontrar merecimiento; mas tengo que reconocer que la lectura de estos sacros textos parece tener buen

efecto sobre la salud de tu compañero. Por mí, se puede quedar con este libro también.

Definitivamente, si el hermano Filemón llegase a descubrir el destino de sus misales, creo que, y no sin cierto merecimiento, me haría desollar.

LIBRO I

HISPALIS, AÑO 438 d.C.

CAPÍTULO I

Cuando desperté, algo aturdido, ya las cálidas luces del amanecer teñían de dorado las calles de la ciudad de *Hispalis*. La noche anterior, como tantas otras, la había pasado en la acogedora posada de Quintilio, entre risas, carantoñas a las guapas camareras y más vino del aconsejable, en animada charla con los mercaderes y viajeros de paso. Había sido divertido, pero tras unas breves horas de sueño, descabezado en uno de los incómodos bancos del comedor, todo mi cuerpo protestaba al recordarlo.

La posada de Quintilio era una de mis preferidas: aunque el gordo propietario parecía estar siempre de mal humor, el vino que servía era uno de los mejores de la zona –o, por lo menos, uno de los pocos que no garantizaban un fuerte dolor de cabeza tras apenas un par de tragos–, y su céntrica ubicación aseguraba un permanente tránsito de viajeros. Allí disfrutaba no solo con el jolgorio del lugar, sino también con las noticias de otras zonas de la diócesis y de *Africa* que intercambiaban los clientes de la posada.

–Levanta ya, Attax, condenado bárbaro piojoso –me espetó secamente Quintilio desde detrás de la barra–. Tu amo va a hacer que te duelan las costillas como se entere de que has pasado otra noche aquí gastándote su dinero.

Conseguí, no sin esfuerzo, centrar la mirada en el orondo posadero, y poco a poco fui siendo consciente de que la noche ya había pasado, y que, definitivamente, ya había amanecido.

– ¡Por todos los demonios! ¿Acaso lo que me serviste ayer no era vino, sino meados de cabra? ¡Vaya dolor de cabeza! Prometo que nunca más volveré a probar tus brebajes –protesté para enfadarlo aún más–. Despídeme de

Elisenda y... bueno, creo que he mentido, ¡dile de mi parte que nos veremos de nuevo esta noche!

Salí a toda prisa del comedor y metí la cabeza en el abrevadero más cercano, provocando el alboroto de las bestias del patio y la sorpresa de los viandantes. Tomé el camino que llevaba a la finca de mi *dominus*, Balbo, y apreté el paso, mientras calculaba las posibilidades de librarme de un buen rapapolvo si conseguía rescatar de entre las nieblas éticas de mi mente alguna información de las compartidas en la larga noche que pudiera interesar a mi señor, y cuya obtención justificara mi tardanza. Finalmente me rendí: realmente, la noche había resultado más productiva en otras cuestiones más personales, y dudo que Balbo estuviese interesado en escuchar la descripción de las nuevas habilidades descubiertas en la bella Elisenda, ya que mi *dominus*, aunque viudo, cubría sus necesidades de compañía femenina con notable discreción.

La villa se encontraba en las afueras de *Hispalis*, en el camino que iba hacia la antigua *Italica*, colonia fundada por Roma siglos atrás, y prácticamente abandonada en aquel entonces. Era un lugar agradable: el sendero serpenteaba suavemente entre ordenadas plantaciones de olivos, fuente de las riquezas de mi señor, y el olor de la tierra, fértil y fresca, acompañaba mis pasos apresurados.

Corría ya la hora tercera cuando divisé por fin los blancos muros de la finca, pero aún no se hacían patentes los rigores del caluroso estío que se aproximaba al sur de *Hispania*.

—¿Dónde estabas, Attax? —preguntó ceñudo Antonio, el mayordomo de Balbo—. Has tenido mucha suerte: el amo todavía no se ha despertado. Porque si fuera por mí, te aseguro que te haría apalear ahora mismo.

—Buenos días, Antonio —respondí—. Por lo que veo, solo yo he tenido una buena noche.

–Anda, entra y lávate un poco, que pareces incluso más bárbaro de lo que ya eres. Creo que el amo tiene planes para ti.

Aunque vine al mundo en tierras hispanas, y por aquel entonces había pasado ya más de veinte largos años de mi vida en la provincia, me sentía profundamente orgulloso de mis raíces alanas. De todas formas, mi aspecto físico se encargaba de dejar claro mi origen desde el primer vistazo. Entre las gentes de *Hispalis* y alrededores, descendientes de generaciones de dominio romano en la península, donde predominaban los hombres y mujeres de tamaño medio e incluso pequeño, tez más morena y ojos castaños, mi elevada estatura –superior a los seis pies– se hacía notar. Además, mis ojos son de color azul claro, y nunca he querido recortar mis largos y algo desgreñados cabellos rubios.

Las personas con las que convivía nunca dejaron de recordarme mi origen, y probablemente sea “bárbaro” el apelativo con que más frecuentemente se hayan dirigido a mí. Reconozco que esa diferencia me gustaba: mi superioridad física, así como la presunción de que mi naturaleza salvaje me llevaría a encontrar placer en la violencia, me conferían un utilísimo poder de intimidación, que siempre me ha divertido ejercer, además de una capacidad real para hacer daño. La plenitud de la juventud me otorgaba una energía considerable, que derrochaba en riñas y amoríos, así como una estúpida sensación de invulnerabilidad que el destino se encargó de hacerme pagar cara. Fueron tiempos felices.

Mi pueblo fue uno de los que el 31 de diciembre del año 406, aprovechando la congelación del gran *Rhenus*, atravesaron la frontera para asentarse en las fértiles provincias de Roma. Ya en el año 409, tras varios años malviviendo en la vecina *Galia*, conjuntamente con vándalos y suevos, el pueblo alano entró en la antigua diócesis hispana a través de los montes Pirineos, asentándose en las distintas provincias. Muchos de los que he conocido en mi vida dicen que acudimos como las langostas a la cosecha, devorando y arrasando con todo lo bueno que tenían aquellas tierras. Otros tantos, siempre hombres de los tres pueblos implicados, argumentan que acudieron a la llamada de uno de los múltiples usurpadores del imperio, que

en ese entonces trataba de asentar sus bases en suelo hispano, y para el que reforzar sus intenciones con varios miles de guerreros no era un asunto baladí.

Yo nací en *Emerita Augusta*, en la *Lusitania*, y allí transcurrió mi infancia hasta el fatídico año 418. Fue en ese momento cuando el emperador romano Honorio decidió que había llegado la hora de acabar de una vez por todas con los pueblos bárbaros instalados en aquellas tierras, encargando la tarea a uno de sus reyezuelos federados, el goda Walia.

Ante lo incierto de la situación, mi padre decidió ponerme a buen recaudo, pagando una pequeña fortuna a un lugareño para que me escondiera en su casa hasta que hubiera pasado lo peor. Esta decisión salvó mi vida, ya que los peores presagios de mi padre no tardaron en cumplirse: los godos de Walia no solo ganaron la batalla, sino que se dedicaron a exterminar sistemáticamente a todos los alanos que encontraron en su camino. También mi familia sufrió ese cruel destino.

Pasados los días de esconderme en el sótano del anciano, al que recuerdo callado y amable, y que cumplió con honestidad el encargo de mi padre, llegó a la casa un superviviente alano, de los pocos que escaparon a la masacre que prosiguió a la batalla. El guerrero, de nombre Fariban, había perdido a su mujer y sus tres pequeños a manos de los godos, y quizá encontró algo de consuelo al ocuparse del cuidado del hijo de uno de sus compañeros. Una vez que se repuso de sus heridas partimos hacia el norte, en busca de un nuevo pueblo en el que establecernos.

– ¡Eso no es para ti, animal! ¡Es para el *dominus*! –los gritos agudos de Livinia me despertaron de mis cavilaciones.

–Buenos días, dulce Livinia. Disculpa mis modales, pero el vino de anoche me ha dado hambre; recuerda que soy un bárbaro y no estoy acostumbrado a estos brebajes romanos, sino a la buena cerveza –bromeé, acompañando mis palabras con una sonora carcajada–, y tus manjares son los únicos que pueden asentar mi estómago antes de reunirme con Balbo.

–Siempre igual –suspiró–. Cuándo aprenderás que al amo no le gusta que pases la noche fuera de la villa.

–Gracias por preocuparte por mí, pero sé cuidarme solo, y el amo también lo sabe. –Acercándome a ella, estampé un beso en su arrugada mejilla, que le arrancó una leve sonrisa que se giró para disimular, a la vez que se aseguraba de retirar la bandeja de pasteles de mi alcance.

Livinia era la cocinera de la *domus*. Había pasado toda su vida entre las paredes de la villa, llevando las cocinas con férrea disciplina durante más de treinta años. Desde el fallecimiento de la señora de la casa, se ocupaba con pasión de la labor de meter en cintura a las sirvientas más jóvenes, a las que atemorizaba con sus gritos y exigencias. Sospecho que, si hubiera nacido hombre, habría resultado un excelente comandante. Era capaz de vigilar cualquier movimiento sospechoso con el celo de un halcón; incluso yo mismo, que me preciaba de contar con sobrados recursos, llegué a dejar por imposible el empeño de tentar la virtud de las criadas, por asegurarme tal labor más disgustos que alegrías.

Mi llegada, ocho años atrás, le había provocado al principio cierta incomodidad, debido a mi evidente origen bárbaro, y a lo que ello representaba para su concepción de una ordenada y civilizada vida romana. Pero, con el paso de los meses, creo que logré conquistar su corazón, que resultó mucho menos duro de lo que le gustaba fingir. Aquella anciana gruñona y severa se convirtió en una de mis mayores defensoras en la villa, llegando a cubrirme muchas veces cuando me metía en algún lío; siempre, claro, que no estuviera también involucrada alguna de sus protegidas, respecto a las que se mostraba inflexible.

Antonio asomó su nariz por la puerta de la cocina.

–Attax, el *dominus* quiere verte. Está en el *tablinium*: no tientes más tu suerte y no lo hagas esperar.

Tras sacudir de mi túnica las migas que habían dejado los dulces sustraídos de la bandeja de Livinia, me encaminé hacia la parte trasera de la villa. Villa Balbina era una de las muchas que salpicaban los campos de la provincia de *Baetica*, rodeadas de vetustos olivos, que eran conocidos desde antiguo en todo el *Mare Nostrum* por el excelente aceite que producían. Con el paso del tiempo, estas propiedades fueron adaptándose a la difícil situación que se vivía, y muchas, entre ellas Villa Balbina, contaban ya con estructuras defensivas, bien simples empalizadas de madera o incluso pequeñas murallas, que ofrecían refugio tanto a los propietarios como a los campesinos de los alrededores.

Siempre me gustó la vieja edificación: no solo la casa era grande y luminosa, sino que también los barracones donde se alojaba la servidumbre, e incluso los que acogían a los esclavos, se encontraban en buen estado, lo que valoraba aún más después de haber visto la situación en otras fincas de los alrededores. También era de mi gusto pasear por las dependencias donde se fabricaba el aceite, en las que pasaba largos momentos de tranquilidad, entre encargo y encargo, curioseando entre la maquinaria, y aprendiendo el tratamiento al que se sometía a las olivas, para terminar dando lugar a lo que Balbo llamaba su oro líquido. Ante la sorpresa de los trabajadores regulares de la explotación, que no esperaban que un bárbaro como yo se interesara por los secretos de la producción agrícola, y la posterior transformación de las olivas en el untuoso manjar al que debía Balbo su prosperidad, no era raro que me ofreciera a colaborar en algunas de las tareas cotidianas de la finca o el *torcularium*.

Según la variedad de oliva utilizada, la época de su recolección y el proceso al que eran sometidas, obteníamos aceites de distinta calidad. El prensado se realizaba cuidadosamente, para aplastar la tierna carne de los frutos sin llegar a romper el hueso de su interior. Tras la primera molienda, se separaba el mejor aceite, y la pulpa restante se volvía a procesar, obteniendo cada vez productos de inferior categoría: los primeros eran los más apreciados para consumir en crudo, y aliñaban las preparaciones que se servían en las mesas de los más pudientes. Los siguientes, destinados a las

elaboraciones en caliente, suponían la mayor parte de la demanda, y alcanzaban precios en el mercado mucho más moderados. Por su parte, las fracciones de peor calidad se utilizaban para rellenar las lamparillas para el alumbrado.

De las olivas que aún no habían alcanzado su punto de sazón extraíamos el *omphacium*, muy apreciado por los galenos por sus bondades medicinales. Sacábamos un buen dinero por él. También guardábamos parte de la producción recolectada en verde para asegurarnos materia prima que nos permitiera atender las demandas de aceite recién prensado durante la mayor parte del año; Balbo se enorgullecía de suministrar un producto de alta calidad, por lo que se negaba a acudir a los distintos trucos que usaban otros productores de la zona para retrasar el enranciamiento del aceite, como añadirle sal, lo que no favorecía precisamente su sabor.

Balbo descendía de una antigua familia residente en *Hispalis* desde varias generaciones atrás, donde se habían establecido y habían hecho negocio exportando aceite a distintas zonas del imperio. Con el paso del tiempo, estas exportaciones se fueron limitando a las provincias vecinas, pero aun así el negocio no iba mal, pues contaba entre sus clientes a algunos de los personajes más influyentes de la ciudad.

–*Dominus* –saludé, con una inclinación de cabeza.

–Buenos días, Attax. Espero que hayas dejado algo de vino para que el bueno de Quintilio no tenga que cerrar su establecimiento –respondió, sin levantar los ojos de la tablilla que estaba leyendo.

–Eso he intentado, *dominus* –mascullé.

Balbo alzó su mirada hacia mí.

–Ahora eso no importa –terció, con expresión grave–. Como sabes, ayer envié un cargamento de nuestro mejor aceite a la ciudad, destinado a las cocinas del señor obispo, el venerable Marciano. Pero, para mi sorpresa, hoy

ha llegado a la villa un mensajero del reverendísimo con una nota donde se me pregunta por qué no he satisfecho su petición –Balbo hizo una pausa, enarcando las cejas–. Cierto es que no me paga, pero el visto bueno del obispo y su reconocimiento valen más que unas sucias monedas. –Yo asentí sin mucho convencimiento–. La caravana en la que iba el viejo Tulio ha debido de sufrir algún percance, pues nunca antes me había fallado. Attax, dispón de uno o dos de los muchachos y parte a buscar a Tulio y el cargamento. Haz lo que tengas que hacer: sabes que confío en tu criterio. Pero creo que, en tu camino a la ciudad, deberías visitar la finca de Escauro y hacer unas cuantas preguntas. Pasa antes por la cocina, come algo... y por favor, lávate. Puedes irte.

–Gracias, *dominus*.

Me encaminé a paso ligero hacia las caballerizas, donde utilicé varios cubos de agua fría para despejarme y lavarme a conciencia. Cada vez que me dirigía a cumplir un encargo me esmeraba en arreglarme adecuadamente; desde mi infancia me inculcaron que ceñirse una espada es casi como un ritual para el que hay que estar purificado. Tras trenzarme el pelo, me acerqué a la pequeña pero bien surtida armería de la que disponía Balbo a recoger mis armas preferidas.

El día que conocí a mi *dominus*, Balbo, no había sido para mí una jornada afortunada. Había perdido una cantidad considerable de dinero jugando a los dados en una tabernucha cercana al río, y no estaba para muchas bromas. Mis negros pensamientos me llevaron a responder, malhumorado, a un grupo de soldados de permiso que no se quedaban atrás en cuanto a ganas de buscar pelea, y que discutían, entre risas, si les apetecía o no compartir local con el hijo de alguna puerca bárbara. Reté, a gritos, a cualquiera que tuviera arrestos para enfrentarse a mi espada, y el tabernero, con un loable espíritu de negocio, se aprestó a organizar los enfrentamientos –con los puños desnudos, pues no deseaba cadáveres en su local–, recoger el dinero de las apuestas, y prometer algunas monedas a los que en cada caso se proclamasen vencedores.

La pelea me proporcionó una manera eficaz de canalizar mi rabia. Aunque no eran precisamente luchadores noveles, yo me sentía poseído por una furia

fría que había acumulado tras algunos meses de vagar por los pueblos de los alrededores, frustrado tras haber sufrido hacía poco mi primer desengaño amoroso de consideración, que me llevaba a descargar un puñetazo tras otro mientras mis rivales se iban sucediendo sin que yo apenas fuera consciente de ello. También recibí lo mío, pero juro que en aquel momento apenas podía prestar atención al dolor. Cuando Balbo se unió al grupo de espectadores, ya me enfrentaba a mis adversarios de dos en dos, ante la admirada y calculadora mirada del tabernero, que empezaba a ver probable que tras semejante recital de golpes no quedara en pie al final nadie capaz de reclamar las monedas prometidas.

Balbo, impresionado, fue el que puso fin a la situación antes de que hubiera que lamentar males mayores. Tras cruzar unas breves palabras conmigo, y asegurarse de que recibía mi botín, me invitó a acompañarlo a su hacienda, donde una horrorizada Livinia se hizo cargo de disponer lo necesario para que pudiera descansar en un catre limpio, mientras Antonio iba a buscar quien atendiera mis golpes y heridas. En cuanto me encontré repuesto, tras algunos vendajes y un caldo caliente, me condujeron de nuevo ante Balbo, que me propuso entrar a su servicio. A cambio de la comida y un lugar donde vivir, tendría que desempeñar labores de guardaespaldas de su villa y sus cargamentos, lo que en muchos de los casos significaba algo así como ser su matón particular. En un principio me sorprendió que confiara en mí para tal labor; después de todo, las circunstancias en las que nos conocimos no hablaban demasiado bien sobre mi cordura. No obstante, Balbo solía preciarse de su buen instinto a la hora de juzgar a las personas al primer vistazo, y algo debió de ver en mí que le impulsó a quererme a su servicio. Claro que, durante los primeros meses, me vigiló de cerca, pero de eso hacía ya casi ocho años, y puedo afirmar que a partir de ese momento siempre traté de mostrarme digno de su absoluta confianza.

Seleccioné las armas con las que había llegado a la finca: mi *spatha*, mi largo cuchillo –que por sus dimensiones parecía más bien un *gladius*–, y un ligero coselete de cuero para protegerme el torso. Además, desde mi primera visita a la armería de Balbo me había adueñado de una pequeña rodela que

completaba mi equipo, pero en este caso no consideré que pudiera ser necesaria.

Una vez en la cocina, me acomodé en el largo banco donde solía comer el servicio de la casa, mientras las ayudantes de Livinia me servían pan, queso y tocino asado. Finalizado el abundante desayuno, me dirigí a las dependencias de Antonio para comunicarle que contaría con Sebastián y Silas como acompañantes en mi pequeña excursión. Estos dos mozalbetes, hermanos gemelos, parecidos entre sí como dos gotas de agua, eran mi compañía favorita para ese tipo de trabajos. Tenían, creo, unos quince o dieciséis años, y vivían desde su nacimiento en la misma villa, donde se ocupaban de las labores propias del campo, salvo cuando yo, para su deleite, les invitaba a acompañarme en alguno de los encargos de Balbo.

Estaba ya en la puerta de la finca cuando los gemelos me alcanzaron, con sus sencillos arcos a la espalda y sus cuchillos de caza al cinto.

–Buenos días, chicos, ¿preparados para un cómodo paseo hasta la ciudad?

–Buenos días, Attax –respondieron al unísono.

Avanzamos sin prisa por el camino que debería haber tomado Tulio hasta *Hispalis*, y que era el mismo que había recorrido yo mismo unas pocas horas atrás. Según mis cálculos, la carreta, aunque fuera cargada hasta los topes de ánforas de aceite, solo tendría que haber tardado unas tres horas, cuatro a lo sumo, en traspasar las puertas de la ciudad. El trayecto a inspeccionar era corto, y enseguida comprobamos la dificultad de distinguir las rodadas de la carreta de Tulio entre todas las marcas del sendero, transitado a diario por el personal de Balbo y los comerciantes que surtían a su villa y las de los alrededores. Al llegar a la puerta de la ciudad, confirmamos hablando con los guardias que ninguno de ellos recordaba haber visto pasar al viejo Tulio el día anterior.

Pronto, las posibilidades se vieron reducidas casi exclusivamente a acercarnos hasta la vecina finca de Escauro, tal y como había sugerido Balbo.

Esta familia, tan antigua o más que la de mi *dominus*, poseía una hacienda similar a la suya en el camino a la ciudad, dedicada en este caso mayoritariamente al negocio de la producción de vinos, aunque desde algunos años antes habían comenzado a interesarse también por la elaboración de aceite. Al igual que en el caso de Balbo, la finca también disponía de una amplia casa intramuros, donde la familia pasaba la mayor parte del año.

Al llegar a un promontorio desde el que se divisaba bien la finca, indiqué a los dos hermanos que amarrasen los caballos a un árbol cercano, y que no se dejaran ver en la loma. Mi primera intención había sido presentarme en la puerta de la empalizada y preguntar directamente por noticias sobre la carreta, pero mi propia intuición, unida a las sospechas que el *dominus* había dejado entrever, me llevó a decantarme por comenzar con una incursión clandestina de reconocimiento.

Pese a las aparentemente cordiales relaciones que mantenían las dos familias de terratenientes, sabía por diversas historias que se cuchicheaban en la villa que la relación comercial entre ambos comenzaba a tensarse. El viejo Escauro, no satisfecho con mantener un relativo dominio del comercio del vino en la comarca –no en vano, gran parte del vino que ofrecían las tabernas de los alrededores, y al que yo solía hacer los honores, provenía de las vides de su finca– había comenzado hacía ya unos diez años a plantar de olivos una parte de sus tierras, y a interesarse por el negocio del aceite, para disgusto de Balbo. Sin embargo, por lo que se rumoreaba en la ciudad, y por lo que el propio *dominus* había comprobado, haciéndose discretamente en el mercado con algunas ánforas del producto de su nuevo competidor, el aceite de Escauro, procedente de su joven explotación, no podía compararse ni de lejos con el que se producía en Villa Balbina. Además, tampoco contaban con un capataz como Tulio, que podía preciarse de dominar todos los secretos del arte de producir aquel oro líquido del que Balbo se enorgullecía, labor a la que había dedicado toda su vida, y a la que se entregaba con auténtica pasión. Aunque con el tiempo había delegado muchos de los trabajos más pesados en el personal más joven, nadie discutía su opinión cuando se trataba de seleccionar la mezcla ideal de variedades, el momento preciso para la

recolección, o el tiempo de reposo necesario para la adecuada decantación de los distintos tipos de aceite. “Este negocio –solía decir, sonriente, guiñando sus ojos rodeados de arrugas– es para viejos: árboles viejos para producir, y manos viejas para atenderlos”.

–Muchachos, esperaremos por aquí hasta el atardecer. Silas, vuelve a la villa y trae cuerdas que aguanten nuestro peso, ropa oscura y algo de comer. Comprueba también si no ha habido novedades sobre Tulio y el cargamento.

–Attax, ¿estás seguro con lo del peso? ¡Creo que en toda la villa no encontraré una cuerda que sea capaz de aguantarte! –Ambos hermanos se echaron a reír.

–Vamos, romano enclenque, ¡sal de mi vista antes de que deje caer mi peso sobre ti! Ve rápido y no te entretengas.

Pronto Silas estuvo de vuelta con el equipo y las provisiones. Al interrogarle sobre posibles novedades, negó tristemente con la cabeza. Comenzábamos a estar realmente preocupados por el viejo.

Tras compartir el pan y el queso que el chico había obtenido en las cocinas, nos cubrimos con las capas oscuras y conversamos en voz baja, a la espera de que el anochecer se abatiera sobre los dorados campos de *Hispalis*, procurándonos la oscuridad necesaria para movernos con discreción. Me hacía gracia la visión, para mí muy inocente, que tenían los gemelos de la vida; albergaban sueños sencillos, y no requerían mucho para sentirse felices. Un pellizco o un beso robado a alguna de las sirvientas, algún revolcón en los cobertizos cuando se terciaba, las jornadas de caza compartidas en los alrededores de la villa, intercambiar unos cuantos puñetazos con los chavales de la zona –tengo que reconocer que en esto no eran malos, ya me había cuidado yo de enseñarles un par de trucos–, o la satisfacción de lograr algún escueto halago de Tulio sobre las tareas realizadas colmaban todas sus ambiciones. Oyéndolos hablar, me sentía muy viejo.

Cuando la oscuridad me pareció suficiente, nos acercamos lentamente a la parte trasera de la empalizada de la villa, cargando con las cuerdas traídas por Silas. Una vez bajo los maderos, di órdenes a Sebastián de que permaneciera allí hasta que su hermano y yo regresáramos, y que estuviera atento por si se acercaba alguien.

–Silas, pégate a mí y trata de no hacer ruido.

La empalizada apenas alcanzaba la altura de dos hombres: suponía más un elemento disuasorio de cara a posibles salteadores de caminos que buscaran una presa fácil, que una defensa realmente práctica para otro tipo de situaciones más comprometidas. Nos costó poco tiempo saltar al otro lado.

La sección de la empalizada por la que habíamos subido daba a las caballerizas de la finca. Nos descolgamos por ella y caímos suavemente sobre la paja que cubría el suelo, que amortiguó el sonido. Gracias a la luna llena que dominaba ese día el cielo, podíamos movernos con relativa facilidad.

Nos detuvimos algún tiempo en registrar las caballerizas, en busca de alguna pista sobre el destino de la carreta y del bueno de Tulio. Hice señas a Silas para que avanzara con cuidado, mientras susurraba palabras tranquilizadoras a los caballos, que aceptaron nuestra presencia sin excesivo reparo. Una vez hubimos removido cuanto encontramos a nuestro gusto, sin haber podido hallar ningún indicio esclarecedor, decidí aventurarme a otras zonas de la villa.

–Silas, quédate aquí y espera a que vuelva. No hagas ruido, y si aparece alguien, escóndete. Yo voy a echar un vistazo.

Tras asegurarme de que el chico estaba dispuesto a seguir mis indicaciones, me detuve un momento en la puerta de las caballerizas para estudiar la situación. Algunos meses atrás había tenido ocasión de acompañar a Balbo a la villa de Escauro, y había aprovechado para memorizar la distribución de las estancias –nunca está de más ir con los ojos bien abiertos–, así que, incluso en la penumbra reinante, no me resultó difícil orientarme. Mi

primera elección fue dirigirme hacia el amplio almacén que ocupaba el extremo suroeste de la finca; deslizándome en silencio entre las sombras, y siempre atento a que mi figura no se recortara a la luz de la luna, atravesé el camino hacia el almacén, dejando a mi derecha el edificio principal, en el que parecía reinar la calma, aunque algunos sonidos apagados me hicieron detenerme en varias ocasiones. El interior de la casa estaba alumbrado por una luz cálida y tenue, que supuse producida por algunas antorchas estratégicamente colocadas, al adivinar en el silencio el leve chisporroteo con que estas suelen arder. Rodeé con cuidado el lugar, para asegurarme de que ningún esclavo de la propiedad anduviera esa noche por el depósito que tenía la intención de registrar.

Una vez me hube cerciorado de que el edificio estaba vacío, entré a través de una de las ventanas, a la que no me costó trepar, y me dediqué a inspeccionar la estancia, sin poder evitar sentir una cierta admiración por la cantidad de mercancías que se apilaban con cierto desorden. Parece mentira que al viejo zorro le vaya tan bien, pensé; no solo había multitud de ánforas de vino ocupando las grandes estanterías, sino que también se encontraban apiladas algunas de aceite, e incluso me pareció adivinar el peculiar aroma del famoso *garum*. Confieso que en aquel momento empecé a plantearme la posibilidad de avisar a los gemelos para que me ayudaran a cargar alguna de las pequeñas ánforas lacradas que ocupaban el fondo de los estantes: si lograba cambiar los recipientes, para que el sello de Escauro que llevaban grabado no me obligara a responder a algunas preguntas incómodas, podría vender el vino a Quintilio por una buena suma. Calculaba hacerme con dos para el orondo posadero, y otra de propina que escondería para celebrar ocasiones especiales...

Ya andaba en la tarea de seleccionar algunas que me diesen buena impresión y que no estuvieran demasiado visibles, para tratar de retardar todo lo posible el momento en que alguien las echara de menos, cuando me pareció escuchar el sonido de unos pesados pasos que se dirigían hacia el almacén. Maldiciendo mi suerte, me apresuré a buscar cobijo tras unas ánforas de gran tamaño. Cuando la puerta se abrió con un crujido, mantuve mis ojos bajos,

tratando de no mirar directamente a la antorcha que portaba el grueso individuo que acababa de entrar en el almacén, para no perder la ventaja de que mis ojos estuvieran ya acostumbrados a la oscuridad del edificio.

El recién llegado se detuvo cerca de la puerta, mientras recorría la estancia con los ojos entornados. Solté un reniego para mis adentros al reconocer sus duras facciones. El hijo de mala madre que había truncado mis felices expectativas de pillaje no era otro que Lucio, el malcarado esbirro de Escauro, con el que ya había tenido algún desagradable encuentro en la ciudad. En ocasiones faltó poco para que llegáramos a las manos, y solo la deferencia a nuestros respectivos *domine* evitó una pelea que ambos deseábamos, o más bien la pospuso, pues las miradas que cruzábamos no dejaban margen de duda sobre nuestras intenciones de aclarar ciertos malentendidos a puñetazos en cuanto se presentara la ocasión de retornos a solas.

El maldito ignorante, de origen hispano, solía llamarme “perro vándalo”, y volcaba en mí su odio a causa de los hechos acaecidos en *Hispalis* una decena de años antes, de los que no dudaba en culparme. No diré que sin razón, pues en aquel momento compartía la suerte con el pueblo hermano que acogió a los alanos que sobrevivimos tras el enfrentamiento con Walia; pero la incapacidad de Lucio para distinguir entre los vándalos y los alanos me sacaba de quicio.

Como relataba, en el año 428 del calendario cristiano, llegué a *Hispalis* acompañando al pueblo vándalo, con su rey Gunderico al frente. Nuestro ejército se presentó ante las puertas de *Hispalis*, y tras un breve periodo en que la ciudad aguantó el bloqueo logramos tomarla, asentándonos durante un tiempo en la zona intramuros. Pero la toma de la ciudad salió cara a los vándalos: Gunderico murió en *Hispalis*, por lo que su hermano Genserico ascendió al trono en la misma ciudad. Su primera decisión fue la de abandonar las provincias hispanas rumbo a los, a su juicio, pacíficos y vulnerables territorios del norte de *Africa*, donde podríamos asentarnos, lejos de las tropas imperiales y de otros pueblos invasores con los que competir por tierras y riquezas. Sin embargo, esa idea no resultaba de mi agrado, pues contaba por ese entonces con lo que a mí me parecían motivos suficientes para desear

permanecer en *Hispania*, por lo que, junto con algunos otros, opté por no cruzar. Todavía me pregunto a veces qué habría sido de mí si no hubiera sido aquella mi decisión, quizás fruto de mi irreflexiva juventud; pero lo cierto es que en aquel momento no podía imaginar un horizonte mejor que el que había encontrado en esta tierra bañada por el sol.

Lucio, canturreando por lo bajo, se dirigió a la estantería donde se encontraban las ánforas de vino. Supuse que su *dominus* le habría pedido que llevara a la villa una de las más pequeñas, aunque tras verlo seleccionar cuidadosamente una que quedaba algo oculta entre todas, que parecía pesar menos de lo que su tamaño haría prever, y retirar con cuidado una parte del lacre aparentemente suelto pensé que más bien el hispano se disponía a disfrutar de un trago clandestino aprovechando su visita al almacén con algún otro encargo. Efectivamente, en cuanto se limpió el mentón con la manga, y dejó el ánfora apoyada en una de las estanterías, comenzó a remover entre algunos de los recipientes más grandes, similares a los que Balbo utilizaba para envasar las partidas de aceite, y que por la facilidad con que eran manipulados parecían estar vacíos. Pese a que la prudencia aconsejaba lo contrario, pensé que, después de no haber logrado sacar nada en claro de las huellas del sendero que llevaba hasta *Hispalis*, y de haber confirmado que la carreta no había llegado a alcanzar las puertas de la ciudad, solo aquí podría hallar algunas de las respuestas que buscaba. Además, me costaba resistirme al placer de dar una desagradable sorpresa al hispano, que tan feliz y tranquilo tataba a pocos pasos de mi escondrijo. Tensé mis músculos mientras me planteaba cómo formular las preguntas adecuadas.

En ese momento un inquietante pensamiento cruzó por mi mente: ¿y si las ánforas realmente contuvieran vino o aceite? ¿Tendría Lucio tanta fuerza como para moverlas de esa manera aunque estuvieran llenas? En fin, aunque no dice demasiado acerca de mi sentido del honor –del que nunca me he jactado–, decidí resolverlo por la vía rápida. Salí sigilosamente de mi escondrijo y me hice con la pequeña ánfora de vino, y antes de que Lucio terminara su tarea, que le mantenía agachado sobre uno de los recipientes de mayor tamaño, me acerqué con un rápido movimiento e impacté el mío en la cabeza del hispano,

que cayó con estrépito al suelo del almacén, acompañado de numerosos fragmentos de arcilla y el sonido gorgoteante del vino al derramarse.

Me aseguré de recoger la antorcha antes de que prendiera alguna de las telas almacenadas, o de las briznas de paja que salpicaban aquí y allá el suelo de barro apisonado; até al hispano a la viga principal de la estantería que tenía detrás, lo amordacé y aproveché para registrar sus ropajes. En un primer momento tan solo encontré una talla de madera y unos dados de hueso – probablemente trucados–, pero al rebuscar en el pantalón me di cuenta de que este tenía cosido un pequeño bolsillo interior. Una vez abierto capté con sorpresa un leve resplandor dorado; acercando la pieza a la antorcha, descubrí que se trataba de un anillo de oro: ¡el mismo que era el orgullo del viejo Tulio! Los símbolos grabados en su reverso no dejaban lugar a dudas: era el regalo que el *dominus* Balbo hizo a Tulio cuando lo manumitió.

–Pues finalmente parece que vamos a tener noticias de la carreta –pensé. Agarrando una de las ánforas a las que había echado el ojo antes de que el hispano me interrumpiera, rompí el lacre, y después de tomar un buen sorbo, derramé parte de su contenido sobre el esclavo atado a mis pies.

–Buenas noches, Lucio –saludé animadamente–. Espero que el vino que he escogido para compartir contigo haya sido de tu agrado.

Él volvió en sí poco a poco, con una mezcla de sorpresa y dolor reflejada en el rostro.

–Así que aquí es donde guarda tu amo su mejor vino; lástima no haberlo sabido antes. Bueno, Lucio: te voy a quitar la mordaza, y tú te portarás bien y no chillarás como la rata que eres... y ¿sabes por qué? –hice girar el anillo ante sus ojos, mientras él se esforzaba en fijar su vista en la joya sustraída–: Por esto –afirmé, mientras el hispano abría sus ojos desmesuradamente–. Vas a tener que explicarme que hacía esto en tu sucia ropa, antes de que decida que no vale la pena preguntar, sino proporcionarte sin más la muerte de puerco que te mereces. –Cuando me pareció que Lucio asentía levemente, rasgué la

mordaza con mi cuchillo, dejando escapar un pequeño hilo de sangre de la mejilla del hispano.

–¡Maldito vándalo hereje! ¿Qué demonios haces aquí? ¡Mi amo te hará desollar vivo! –Increpó. Ni que decir tiene que las palabras elegidas no habían sido las mejores para templar mis ánimos, por lo que opté por responder estampando un brutal puñetazo en su nariz sin ningún miramiento.

–No me hagas perder el tiempo, Lucio, mi paciencia es limitada. ¿Dónde está Tulio? Y te advierto una cosa: si oigo algún sonido que me haga pensar que alguien se acerca antes de obtener las respuestas que quiero, no pienses ni por un instante que saldré corriendo y te dejaré ahí esperando a que te desaten. Primero te degollaré, y una vez me asegure de que comienzas a desangrarte como un cerdo, saldré con calma de este apestoso lugar sin que nadie sepa que he estado aquí. No te preocupes, soy un bárbaro, tengo experiencia en hacer sacrificios. Así que, por favor, habla antes de que me obliguen a matarte; no estoy seguro de que estés a la altura como víctima para mis dioses.

Creo que mi alarde de barbarie despiadada fue bastante efectivo. Aunque Lucio no era ningún cobarde, valoró sus posibilidades y la contundencia de mis amenazas y no tardó en comenzar a hablar en tono quedo.

–El viejo está en el molino abandonado que está en la calzada que lleva de la ciudad a *Corduba* –casi escupió las palabras.

–¿Vivo? –quise aclarar. De su respuesta dependería su destino. Una rabia fría me invadía.

–Por lo menos lo estaba cuando lo dejamos allí.

–¿Hay alguien con él?

–No, que yo sepa.

–¿Esto ha sido cosa tuya o de tu amo?

–Si fuera cosa mía no habría ido a por el viejo, sino a por ti... sucio bárbaro.

Incluso atado, trataba de ponerle cojones. No pude evitar reírme.

–La próxima vez que nos veamos, si me has mentado, te daré el honor de intentarlo –tercié.

Pensé en insistir en mis preguntas sobre la presencia de vigilantes en el molino, o incluso interrogarle sobre las intenciones de su amo con respecto a la mercancía interceptada, pero supuse que me mentaría, por lo que decidí dejarlo estar, y acercarme por mí mismo al viejo edificio antes de que Lucio consiguiera dar la voz de alarma o en la casa empezaran a extrañarse por la tardanza del hispano. Lucio no parecía enorgullecerse del ataque, así que preferí creer que, si bien me parecía un bastardo chulesco e ignorante, no parecía ser de aquellos dados a ensañarse con un viejo. No obstante, tenía prisa por comprobar en que estado había quedado el anciano Tulio.

–Bueno, Lucio –me despedí con burlona cortesía–, no te quito más tiempo. Si quieres que nadie sepa mañana que tú y tu amo han sido los responsables de lo que le haya pasado a Tulio, olvida que he estado hoy aquí. Y, por cierto, –susurré acercándome–: soy alano. A–la–no –remarqué–. Trata de recordarlo.

Seguidamente estampé de nuevo el ánfora en su dolorida cabeza, con lo que el hispano volvió a caer en una intranquila inconsciencia. Menudo desperdicio de vino, pensé para mí.

Me aseguré de amordazarlo adecuadamente, y oteé el exterior del edificio en busca de cualquier movimiento. Avancé, prácticamente reptando por el suelo, hacia las caballerizas, donde tras susurrar varias veces su nombre descubrí a un Silas algo adormilado escondido tras unas balas de paja.

–Menudo vigilante estás hecho –gruñí, meneando la cabeza.

Tras adivinar sus intenciones de comenzar a interrogarme allí mismo sobre mis averiguaciones, insté al chico a que permaneciera callado, y le indiqué

con un cabeceo que volviera a subir por la empalizada. Tras él, me tocó el turno a mí. Al caer al exterior de la villa recogimos las cuerdas y partimos raudos hacia el promontorio donde nos esperaba Sebastián con los caballos.

Con la respiración todavía algo entrecortada, expliqué a los gemelos cuál sería la ruta que tomaríamos: escogeríamos un estrecho desvío que se separaba de la calzada principal, permitiéndonos alejarnos de la villa con discreción.

Pasada la medianoche vislumbramos las oscuras murallas, que rodeamos. Aún en ese entonces eran visibles las huellas que había dejado en ellas la ocupación vándala de la ciudad diez años antes. Nunca había considerado conveniente aclarar a Balbo mi papel en aquello –era joven, pero algo había hecho–, y el *dominus* nunca había indagado demasiado sobre mi pasado. Extraña vida esta que va uniendo nuestra suerte a inesperadas compañías. Desde mi nacimiento me había sentido ligado a distintos pueblos y a ninguno; en cada momento me apoyaba en lo único que podía dar por cierto: mi origen y mi presente. En ese instante consideré que también mi vida se había vuelto simple en los últimos años, preocupándome por la cosecha, indignándome con las nuevas tasas que gravaban el comercio del aceite y sintiéndome absolutamente responsable de los dos rapaces que se apresuraban para seguir mi paso y del amable viejo al que debíamos encontrar y llevar de vuelta a casa. Yo, Attax el alano, que procedía de un pueblo que consideraba holgazanería ganar con sudor lo que podía conquistarse con sangre, que ensalzaba la muerte en la batalla como la única digna y que solo se sentía ligado a una tierra mientras esta le proporcionara sustento. En aquel momento, mis dos verdades absolutas se alejaban tanto la una de la otra como el brillo del sol de la luz de la luna, y sin embargo formaban parte de la misma realidad. Ese soy yo –pensé–: un jodido bárbaro que toma vino y sabe distinguir más de diez calidades distintas de aceite de oliva. Tanto pensar me estaba dando dolor de cabeza.

No tardamos en encontrar la calzada que llevaba hacia *Corduba*. Nos mantuvimos en paralelo a esta hasta que apareció ante nosotros, recortándose

en la noche, el perfil del antiguo molino de grano que Lucio había señalado como el lugar donde se encontraba Tulio.

–Entonces, ¿es aquí donde está Tulio? ¿Sabes si está solo? –Interrumpió mis pensamientos Sebastián.

–¡Silencio! –exigí en voz baja–. No sabemos nada con certeza, por lo que debemos extremar las precauciones. Dejaremos aquí los caballos. Silas, esta vez te quedarás tú con ellos. Sebastián, tú vendrás conmigo; aguarda pegado al muro, estate atento, y cuando yo te de la señal, entra por la ventana rota que se ve desde aquí. Mientras, me acercaré por el collado y buscaré otra entrada. Sebastián –le miré fijamente para asegurarme de que me entendiera–: si hay algún problema, déjame a mí.

Ambos nos dirigimos sigilosamente hacia el molino; dejé al muchacho apostado bajo la ventana, y continué rodeando la vieja estructura hasta encontrar una zona donde un pequeño derrumbe había dejado un considerable hueco en la pared, por donde pude echar un primer vistazo hacia el interior. La oscuridad apenas me permitía intuir lo que nos esperaba, pero me pareció escuchar el leve resuello contenido del que acecha tratando de no llamar la atención. Si, como podía sospechar, era la respiración de Sebastián, estaba claro que necesitaría mantener una pequeña conversación con él acerca del significado de la palabra discreción.

Sin darme tiempo para más, me sorprendió un repentino alboroto en el interior de la oscura estancia. Desechando mi *spatha*, pues no sabía si tendría espacio suficiente para esgrimirla con garantías en el interior del molino, desenfundé mi largo puñal y entré precipitadamente en el edificio, raspándome las rodillas y las palmas de las manos con los irregulares filos de la oquedad por la que me arrastré. Cuando logré entrar e incorporarme, distinguí un revuelo de figuras: la sombra menuda de Sebastián se debatía con otra más gruesa, que lo amenazaba con un cuchillo que balanceaba sin ton ni son mientras el joven trataba de escurrirse propinando patadas sin dejar de moverse. Aunque el corpulento vigilante limitaba su repertorio a una serie de pesados lances ejecutados con poco tiento, era solo cuestión de tiempo que

alguna de las torpes cuchilladas alcanzase a Sebastián, por lo que el chico llevaba todas las de perder. Eché un rápido vistazo, que me permitió adivinar entre las sombras la figura de otro hombre, tendido inerte en el suelo – ¿Tulio?–. El resto de la estancia, prácticamente vacía, salvo un voluminoso bulto que ocupada una de las esquinas, parecía despejada. Calculando que no tenía tiempo para demasiadas precauciones, me precipité sobre la pareja que continuaba luchando y los hice caer por los suelos, mientras arremetía contra el brazo extendido del vigilante, que aunque continuó aferrando su cuchillo, sí que llegó a separarse brevemente de Sebastián, lo que aproveché para hundir mi propio puñal en su estómago; tirando hacia arriba, mantuve mi presión hasta que cesó su resistencia. A mi lado, tratando de levantarse del suelo, adiviné la figura del muchacho, al que grité:

–¡Tranquilo, chico, soy yo! Ya está todo.

Sebastián se dejó caer nuevamente, respirando entrecortadamente.

–¿Estás bien? –Me interesé, mientras daba palmadas en sus mejillas, sin dejar de mirar a nuestro alrededor para cerciorarme de que no nos esperaba ninguna sorpresa más.

–Sí, sí...– respondió el joven hispano, recomponiendo su postura–. Lo tenía donde quería, Attax... pero gracias de todas formas.

Entre divertido y exasperado, le propiné un fuerte puñetazo en el hombro

–¿Por qué demonios no esperaste a mi señal? ¡Maldita sea, te podían haber matado! –exclamé, dudando entre reprenderlo o consolarlo.

–Lo siento, Attax. Cuando estaba bajo la ventana, me asomé para echar un vistazo a lo que había en el interior, y como la oscuridad no permitía ver gran cosa, debí detenerme más de lo razonable. Entonces algo me agarró y tiró de mí hacia adentro. Me pareció que tenía un cuchillo, traté de esquivarlo, y más o menos en ese momento apareciste tú. Creo.

–Podría haberte matado. –Repetí, meneando la cabeza—. La próxima vez te dejaré en la villa. Solo me faltaba ganarme un buen problema con Balbo por tu culpa –mascullé, malhumorado.

Los oscuros ojos del hispano traslucían temor, pero sospecho que esto no se debía tanto a la escena que acabábamos de vivir, como a la posibilidad de no poder volver a disfrutar de los momentos de acción que pasábamos juntos. Optó por capitular y compuso una expresión de sincero arrepentimiento.

–Te prometo que no volverá a suceder, Attax –dijo, avergonzado.

Enseguida me ablandé.

–Venga, arriba, vamos a por Tulio.

Sebastián encontró un par de antorchas entre las pertenencias del vigilante, que se apilaban junto a una de las paredes. Tras recibir mi visto bueno, encendió una de ellas; el resplandor nos permitió registrar por fin el molino. Me acerqué a la esquina donde se acumulaban diversos enseres, y confirmé que el voluminoso bulto que había vislumbrado en la penumbra pertenecía a la carreta de Balbo. La examiné con precaución, pero en su interior solo encontré las ánforas de aceite que constituían su preciado cargamento. Eso sí, de los caballos, ni rastro. Ya más tranquilo, me acerqué a donde Sebastián atendía al viejo Tulio, que para nuestro alivio comenzó a emitir quedos gemidos lastimeros.

La luz de la antorcha me permitió comprobar que Tulio no tenía mal aspecto, sin contar con el enorme chichón que verdeaba en su frente.

–Gracias a Dios, parece que despierta –susurró Sebastián, mientras ayudaba al viejo a incorporarse lentamente.

–El *dominus* se alegrará al ver que el viejo zorro está bien –dije, pensativo. Sebastián respondió con un gruñido afirmativo, mientras continuaba mascullando en voz baja. Creo que rezaba. Eso es algo que podría llegar a valorar en el dios cristiano: parece preocuparse por los problemas cotidianos

de la gente. Mis dioses son más de grandes gestas. Sin embargo, para tiempos de guerra, prefiero mi espada enterrada en la tierra que la cantinela de poner la otra mejilla.

–Tienes la cabeza muy dura, viejo amigo –susurré, acercándome al anciano–. No te incorpores muy rápido; eso debe de doler.

–No sabes cuánto –se quejó Tulio, frunciendo el ceño en un gesto de dolor.

El viejo Tulio era el espejo en el que se miraban gran parte de los esclavos de la villa. Hijo de esclavos, tras más de cincuenta años al servicio del amo había conseguido ganarse su libertad. Había desempeñado sus labores en los campos desde que el *dominus* Balbo aún no había nacido, y la villa era propiedad de su padre. Con los rigores de la edad, y una vez fallecido el *paterfamilias*, el nuevo amo lo desplazó de las tareas en el campo al trabajo en el *torcularium*, donde llevaba más de veinte años desempeñado su labor con el entusiasmo de un crío. Era un placer escucharle describir con pasión los más mínimos detalles del laborioso proceso. Fue esta dedicación plena a su tarea y el especial cariño que se había creado entre Balbo y Tulio lo que finalmente provocó que, cuando el primero manumitió al segundo, este decidiera continuar trabajando en la villa como si de un jornalero más se tratara. “No sé hacer otra cosa –terció–. Ni quiero hacer otra cosa”. En un cierto sentido, su actitud laboriosa y tranquila me demostraba que uno puede llegar a encontrar su lugar en el mundo incluso cuando los dioses no te reparten buenas cartas al nacer. He conocido a reyes menos felices que Tulio.

Mientras Sebastián permanecía junto al viejo, me ocupé de echar un vistazo al cadáver. Me pareció recordar vagamente haberlo visto alguna vez en la ciudad, aunque su aspecto, de mediana estatura, bastante entrado en carnes y con una escasa mata de pelo castaño, no invitaba a mirarlo dos veces. Me planteé que si, como suponía, se trataba de uno de los esclavos de Escauro, tampoco a mí me interesaría que se aireara mucho el asunto. Si Balbo denunciaba el robo de la carreta, entonces su irritable vecino probablemente lo acusaría por el asesinato de un esclavo de su propiedad, así que lo más

inteligente podría ser aceptar las tablas en esta jugada y vigilar de cerca a Escauro y los suyos en el futuro.

–Bueno, Tulio, en cuanto estés un poco mejor podemos irnos. Sebastián, ve a buscar a tu hermano y traed los caballos hasta aquí.

Cuando oí a los dos hermanos de nuevo en el molino, cargué al anciano en brazos y me acerqué hacia donde nos esperaban los gemelos con los caballos preparados.

–Silas, coge uno de los caballos y regresa a la villa. Lleva contigo a Tulio y dile al amo que en cuanto estemos de regreso le contaré todos los detalles. Dile también que hemos recuperado la carreta, y que llevaremos la mercancía al obispo tal y como él quería. De momento, no le des muchos detalles: dile que espere a hablar conmigo antes de tomar decisiones. Ya sabes, evita los caminos más directos y ten mucho cuidado. Deberías llegar a la villa para el desayuno; nosotros todavía tenemos cosas que hacer por aquí, y las puertas de la muralla de la ciudad no se abrirán hasta después de amanecer.

Me quedé con Sebastián, recogimos el cadáver y sus pertenencias y lo sacamos fuera del molino. Nos llevó bastante tiempo cavar un hoyo donde enterrarlo, ya que no disponíamos de herramientas adecuadas, y tuvimos que utilizar los cuchillos y nuestras propias manos, mientras maldecíamos la corpulencia del individuo. Nos apresuramos en terminar la fatigosa tarea, sin perder de vista el sendero, por donde temíamos ver aparecer de un momento a otro a los esclavos de Escauro. Sin embargo, no hubo movimiento mientras permanecimos allí. Puede que también el vecino de Balbo hubiese considerado que lo más oportuno era echar tierra sobre el asunto, visto lo que le había sucedido en su propia casa a Lucio, y la información que su competidor hubiera podido sacar de dicho encuentro.

CAPÍTULO II

Ya había amanecido cuando de nuevo aparecieron ante nosotros las oscuras moles de piedra que protegían a la urbe. Saludé a los guardias con un gesto.

–Amigos, ya se ha aclarado el malentendido; aquí traigo el cargamento por el que ayer os pregunté.

Ellos apenas me dedicaron una mirada distraída, mientras anotaban en sus registros el número, contenido, capacidad y procedencia de las ánforas que llevábamos. Tras una breve pausa, me indicaron con un cabeceo que podíamos continuar. Uno de ellos ahogó un bostezo. Me alegró que no hicieran preguntas.

La ciudad acababa de despertarse, y el camino que había entre la puerta oeste y el palacio del obispo estaba despejado. Tan solo algunas pequeñas tabernas habían abierto ya sus desvencijadas puertas, esperando que algún vecino quisiera empezar el día con un grasiento desayuno a base de pan, salchichas frías, queso y vino.

Sebastián no solía pasar mucho tiempo en la ciudad, por lo que no perdía detalle de lo que sucedía a su alrededor. Para él no parecía tener importancia el hedor que desprendían las calles, después de que algunas mujeres tiraran a la vía los desperdicios de sus casas, y tampoco el caos que se formaba cada vez que un puñado de chiquillos rodeaba la carreta.

–No pierdas de vista tus cosas, Sebastián –le advertí–, porque puede ser la última vez que las veas. ¡Hazme caso y estate atento!

En breve llegamos a las puertas del caserío donde vivía el venerable obispo Marciano. La antigua residencia había pertenecido en el pasado a una de las familias más importantes de la ciudad. Con el tiempo, tras el progresivo

éxodo de los romanos más influyentes hacia otras zonas del imperio y el ascenso de la doctrina cristiana en la provincia, la imponente edificación había pasado a formar parte de los bienes de la iglesia local. Pese a los años que había pasado entre las distintas sectas cristianas, bien romanos, bien arrianos, como en el caso de los vándalos, yo había permanecido fiel a las antiguas deidades de mi pueblo, aunque en ninguna de ellas confiaba más que en mi *spatha* y en mi habilidad para blandirla.

Nos acercamos a la gran puerta de madera de la residencia de Marciano. Adelantándome, la golpeé con la pesada aldaba labrada, a la espera de que acudieran a nuestra llamada. Era demasiado temprano para que la casa del obispo se abriera a los demandantes, por lo que tuvimos que esperar unos instantes. Mientras tanto me entretuve en hacer un balance, no demasiado alentador, de la apariencia que ofrecíamos; aunque habíamos enterrado en el molino nuestras capas oscuras, manchadas con la sangre del vigilante, supuse que el despliegue físico necesario para deshacernos a toda prisa del cadáver no habría hecho ningún favor a nuestra buena presencia. Decidí tratar de compensar nuestro pésimo aspecto ofreciendo una actitud amable y una agradable sonrisa, que ensayaba con poco convencimiento cuando por fin se abrió la puerta con un leve susurro de goznes bien engrasados. Tras la puerta entreabierta, pude distinguir al que supuse que sería el mayordomo del obispo, que arrugó la nariz al vernos, en un gesto remilgado que confirmó mis peores sospechas sobre nuestro olor. Lo acompañaba otro individuo, que más bien tenía apariencia de guardia, y que respondió a mi exagerada sonrisa con una mirada escrutadora.

—Muy buenos días, excelencia; mi amo, el noble Balbo, se disculpa humildemente por el retraso que ha habido en la entrega de su aceite. La culpa es de ese gañán que veis en la carreta, que se ha quedado dormido. Ruego nos disculpéis, el chico recibirá su justo castigo —aseveré. Sebastián me dirigió una mirada dolida, pero mantuvo la boca cerrada.

—¿Venís, entonces, de parte de Balbo? Pensé que el cargamento que esperábamos lo enviaría Escauro. —Se rascó la cabeza, y pareció tomar una

decisión—. Bueno, podéis pasar al almacén. Rufo, acompaña los a la puerta de servicio y descarga la mercancía.

El citado Rufo nos condujo por el callejón más cercano hasta otra gran puerta situada en el lateral del edificio episcopal, que abrió con una pulida llave de bronce. En el interior se adivinaba el ajetreo propio de un almacén bien surtido: distintos mozos descargaban mercancías, mientras un capataz de mirada severa vigilaba el trabajo, repartiendo escuetas indicaciones que sonaban como breves ladridos.

Rufo nos indicó, lacónico, el lugar en el que debíamos situar la carreta para descargar su contenido. Así lo hicimos, y al momento dos de los mozos del almacén procedieron a vaciarla. El capataz nos dirigió un vistazo de arriba abajo, y resolló por lo bajo.

—Vaya, parece que de los productores de la zona Balbo continúa siendo el más formal. Espero que su aceite siga teniendo la calidad habitual.

En ese momento asomó el mayordomo por una puerta que comunicaba la residencia con el patio y el almacén.

—Ejem... bárbaro, mi señor, el reverendísimo Marciano, me ha ordenado que os indique, a pesar de las irregularidades en la entrega, que le transmitáis a vuestro amo su más sincero agradecimiento, decidle que rezará por él y por su familia. Además, y pese a que no lo merezcáis por el retraso, mi muy indulgente señor me ha ordenado que os entregue estas monedas.

Después de soltar su discurso, con tono pedante y profusión de carraspeos, se acercó y depositó las monedas en mi mano tendida. Se lo agradecí con una leve inclinación de cabeza, mientras comprobaba con agrado que la tan cacareada generosidad del obispo realmente nos permitiría disfrutar de un excelente desayuno.

El mayordomo desvió la mirada hacia su subordinado.

–Rufo, acompaña a estos... señores a la puerta. Luego ve al templo de Atanasio y transmítele a Monseñor que su excelencia lo espera en el palacio a la hora cuarta.

Rufo hizo un gesto a otro de los mozos para que le ayudara a abrir de nuevo el portón del almacén. Yo me apresuré a indicarle que, por el momento, no sería necesario.

–Rufo, el chico y yo todavía no hemos desayunado, estoy hambriento y tengo la garganta seca. Si permites que dejemos el carro un momento en el almacén, y nos indicas un buen lugar por aquí donde tomar un buen trago, te invitamos a una ronda, ¿qué me dices?

Su rostro ancho reflejó un instante de duda.

–Tengo que estar en el templo en un momento –comenzó–, pero, ¡qué demonios!, para un traguito rápido siempre hay tiempo. –Esbozó una sonrisa torcida, indicó al mozo que apartara nuestro carro y que lo tuviera vigilado hasta nuestro regreso, y palmeando mi hombro nos acompañó de nuevo a la puerta principal, mientras enumeraba para sí las tabernas de la zona, hasta que por fin pareció decidir hasta cual nos llevaría–. Esta, amigos, os va a gustar, y a mí me cae de camino.

Sebastián me miraba como si pensara que me había vuelto loco.

–Atax –susurró, indignado, mientras Rufo comenzaba andar a buen paso y elegía un desvío a la derecha desde la calle principal– ¿quieres explicarme por qué vamos a compartir nuestra recompensa con este patán?

Al doblar la esquina vimos que Rufo ya desaparecía por la entrada de uno de los locales. Miró por encima de su hombro e hizo un gesto para que nos apresurásemos. Dirigí una mirada severa a Sebastián para indicarle que se estuviera callado, y el chico asintió, malhumorado, y me siguió al interior de la taberna. Para mi gusto, estaba demasiado limpia, le faltaba personalidad. Debe ser por la cercanía a los curas, pensé.

–Buenos días, Artemio –saludó Rufo al individuo que se encontraba al otro lado de la barra, secando vasos con un trapo casi limpio.

–Maldito Rufo –pensé–, apuesto a que esta charla nos va a costar una pequeña fortuna.

–Buenos días, Rufo, ¿qué tomaréis tú y tus amigos esta mañana?

Acercándome a la barra, tomé rápidamente la palabra.

–Queremos algo sencillo para desayunar, y una jarra de vino decente, ¡pero te advierto que no tenemos el dinero de un cura!

El posadero sonrió.

–No lo dudo, señor. No se preocupe, prepararé algo de su agrado. Por ahora, sírvanse tomar unas olivas para abrir boca. Esto va por cuenta de la casa.

Mientras el llamado Artemio se dirigía a la cocina, tomé el cuenco de olivas que nos había ofrecido y lo deposité en la mesa más lejana que encontré.

–No parece un mal sitio, Rufo –comenté, mientras tomábamos asiento.

–No está mal, aunque tal vez resulte demasiado tranquilo.

–Eso me pareció al entrar –convine.

Tras unos minutos de conversación intrascendente, cuando el tabernero dejó sobre la mesa algo de pan, queso y una jarra de vino –que yo clasifiqué como soportable, y Sebastián como una delicia– me pareció que había llegado el momento de abordar a Rufo.

–Rufo, me pareció entender al mayordomo que estabais esperando otro cargamento distinto al que nosotros traíamos, ¿ha empezado el señor obispo a

adquirir aceite de otros productores de la zona?

El hombretón reflexionó un instante.

–La verdad es que ese tipo de información la controla mejor el mayordomo, que hace las veces de intendente de la casa. Pero bueno, algo sí te puedo contar; ya sabes, en las cocinas la gente habla. Y no es que a mí me guste hablar, es lo que yo digo, cada uno a lo suyo, pero... –hice acopio de paciencia, y acogí su parloteo con corteses asentimientos, animándolo a continuar–. Pero sí te puedo decir que esperábamos vuestro cargamento para preparar el almuerzo con el que hoy su excelencia tiene previsto agasajar a monseñor Atanasio, y que cuando el mayordomo comenzó a inquietarse por vuestra tardanza, casualmente recibió visita de otro comerciante de la zona, que se presentó con algunas ánforas de buen vino como obsequio, e indicó su disponibilidad para surtirnos también de aceite, de excelente calidad, según dijo. Es más, nos aseguró que no notaríamos la diferencia con respecto al del tal Balbo.

Sentí congelarse la sonrisa en mi cara. No notaréis la diferencia... ¡como que el maldito hijo de una cabra pensaba venderles el mismo cargamento que había robado a mi señor! Crucé una mirada con Sebastián para asegurarme de que continuara en silencio, pero el muchacho parecía alegremente concentrado en apurar las últimas gotas que quedaban al fondo de la jarra de vino. Continué asintiendo, mientras Rufo hablaba sin parar. Por muy rudo que parezca un hombre, nunca se puede descartar que esconda en su interior el alma de una vieja chismosa.

–Supongo yo que la información, viniendo de la competencia, tampoco será muy de fiar, pero el tipo afirmaba que a Balbo no le van ya tan bien las cosas, y que a veces no cumple con sus pedidos, y claro, supongo que el vería su oportunidad, porque apareció aquí como caído del cielo...

–Pero finalmente somos nosotros los que hemos hecho la entrega –le interrumpí; empezaba a dolerme la cabeza–. Y menos mal que hemos llegado a tiempo, porque diga lo que diga el repartidor de vinos, el señor obispo nunca

se hubiera perdonado tener otro aceite en su mesa que no fuera el mejor, y el mejor es el de Balbo.

–¡Ya será para menos! –sonrió Rufo–. Pero si tú me lo dices, amigo, te creeré. Bueno, disculpad pero se me hace tarde y he de cumplir mi encargo –terció, apurando su tercer vaso de vino–. Señores, ha sido un verdadero placer. –Se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta casi corriendo.

Sebastián miró fijamente como se perdía y luego clavó sus ojos en mí.

–Pero Attax, ¿por qué le has invitado a nuestro desayuno? ¡Era nuestro dinero!

Exasperado, le devolví la mirada.

–Si de vez en cuando pensaras, no solo no habrían estado a punto de matarte, sino que te harías una idea de lo que está sucediendo. –El chico compuso una expresión perpleja–. Nuestro amigo Escauro –continué– ha intentado que la mercancía de Balbo no llegue a su destino. El mismo día en la que esta no llega a casa del obispo, se presenta un amable comerciante que dice poder surtirlos de un aceite prácticamente igual, tardando apenas una jornada en enviar el nuevo cargamento. ¿Esto no te da, quizás, algo en que pensar?

Mientras mis palabras iban haciendo mella poco a poco en la dura mollera de mi acompañante, me fijé en que bajaba por las escaleras un cliente de la posada, que se acercó a la barra con expresión cansada.

–Tabernero, ponme algo de desayunar; pero, por favor, sin *garum*, que para mí es demasiado temprano.

El hombre esperó a que el individuo del delantal le sirviera un puñado de olivas y se dirigió a una de las mesas.

Presumiendo, por el color aceitunado de su piel, que el recién llegado debía de ser oriundo de las provincias africanas, decidí continuar molestando

a Sebastián con mi espléndida generosidad. Hice un gesto al atareado Artemio para que trajera otra jarra de vino y, levantándome, invité al africano a sentarse en la mesa que compartíamos. Hacía tiempo que no tenía noticias del otro lado del mar.

–Buenos días, señor; ¿le apetece compartir un trago de vino? Ahora que lo pienso, mi joven amigo suele ponerse insoportable cuando bebe de más, así que será mejor que nos lo tomemos entre los tres.

El recién llegado no se hizo de rogar, sentándose pesadamente en el banco que ocupaba Sebastián, que se apresuró a dejarle sitio protestando por lo bajo.

–¿Qué os parece *Hispalis*, señor? –inicié la conversación–. Os aseguro que era más bonita hace unos cuantos años, pero aun así no se vive nada mal.

–Supongo –respondió nuestro invitado, mientras su boca se abría en un gran bostezo–. La verdad es que no me ha dado tiempo de ver gran cosa desde que llegué.

–Si no es indiscreción, ¿puedo preguntaros qué os ha traído por aquí? ¿Quizás el negocio del aceite, como a nosotros, o más bien el del vino? Si os interesa, os puedo indicar dónde se consiguen los mejores géneros de la región.

–Ninguno de los dos, gracias, solo estoy de paso, de vuelta a mi tierra, *Hipona*. Desde la muerte del noble obispo Agustín, la situación se ha complicado terriblemente, y los integrantes de su congregación nos hemos visto obligados a dispersarnos hacia lejanos destinos; en mi caso, *Gallaecia*. Y ahora pretendo regresar, con la esperanza de poder recuperar al menos alguno de los escritos o pertenencias de tan santo mártir.

–*Gallaecia* –suspiré–. Hace muchos años que estuve por allí. ¿Cómo sigue la provincia? ¿Pobre, lluviosa y rodeada de hienas, tal y como la dejé?

–No podíais haberla definido mejor, mi joven amigo –contestó con una sonrisa algo amarga–. Solo que, ahora mismo, por lo que he escuchado, las

hienas ya no amenazan solo en el norte; ahora también se aventuran al sur. Aunque, y disculpad que os pregunte, vos no sois natural de estas tierras, ¿verdad?

–Veo que sois observador –sonreí a mi vez–. Como quizás habréis adivinado, soy de origen alano, pero he pasado toda mi vida aquí. No es un mal sitio para vivir.

–Quizás pronto también para morir –sentenció el viajero con expresión grave–. Disculpad el tono funesto de mis presagios, pero lo cierto es que si me he desviado de mi camino ha sido para informar al venerable obispo Marciano de que, cuando dejé *Emerita Augusta*, había bandas de suevos asolando la región. Y mucho me temo que, por lo que pude averiguar, su intención parece ser internarse en tu amada *Baetica*.

No pude evitar que una sombra se cerniera sobre mi rostro.

–¿Estáis seguro de eso? –inquirí–. ¿A qué distancia están?

–Siento no poder proporcionaros datos más concretos, mi joven amigo; lo único que sé es que ahora mismo se encuentran en las proximidades de *Emerita*. Me pareció importante poner sobre aviso al obispo Marciano, así que ya os irán llegando noticias sobre las medidas que su excelencia considere que deban tomarse al respecto. Abrid bien los ojos, pues puede que se acerquen malos tiempos para esta tierra –meneó tristemente la cabeza, mientras se levantaba de su asiento–. Lamento de veras haber correspondido a vuestra amable invitación con noticias tan preocupantes. Debo prepararme para la audiencia. Rezaré por vosotros.

–Que tengáis buen viaje de regreso; y, si acaso tenéis la oportunidad de probar el aceite que utilizan en las cocinas del obispo y es de vuestro agrado, acordaos de nosotros, pues justamente venimos de entregar nuestro cargamento en su almacén.

El viajero saludó mientras subía por las escaleras. Después de las noticias que acabábamos de escuchar, mis pensamientos me sumieron en el silencio. ¿Me tocaría esta vez defender las murallas que un día que ya me parecía lejano contribuí a rendir?

Sebastián me miraba, preocupado, hasta que no aguantó más la incertidumbre y comenzó a encadenar preguntas.

–Pero Attax, ¿de qué hablabais? ¿De quiénes estabais hablando? ¿Ha habido problemas en la provincia? ¿Crees que en villa Balbina correremos peligro?

No supe bien qué contestar.

–Acaba el desayuno, Sebastián. Ya te lo contaré de camino a la finca.

Tras pagar al tabernero, nos dirigimos al almacén a recoger nuestro carro para emprender el camino de vuelta. No dejaba de preguntarme si el robo del cargamento de aceite para el obispo no se convertiría en poco tiempo en la menor de nuestras preocupaciones.

Ya en el camino hacia la finca, acompañado por el tranquilo traqueteo del carro, comencé a relatarle a Sebastián mis vivencias en el norte de *Hispania*. Mi intención inicial era contarle lo que sabía de los suevos, pero las continuas preguntas del chico me llevaron a remontarme bastante más atrás. Poco a poco, los recuerdos comenzaron a aflorar, y terminé por situar el comienzo de mi relato cuando apenas era un crío.

Después de abandonar junto a Fariban la casa del anciano que me escondió durante días tras la muerte de mis padres, partimos hacia el norte a toda prisa, huyendo de las partidas de godos que recorrían la zona en busca de supervivientes.

Viajamos durante meses, siempre evitando las vías principales. Tomábamos fruta de los árboles que jalonaban los caminos, cazábamos lo que podíamos, y más de una vez tuvimos que hurtar comida en alguna granja. En varias ocasiones Fariban se vio obligado a luchar por su vida y por la mía. Recuerdo que, una de las veces, en la que la cosa llegó a ponerse fea, desobedecí sus instrucciones de mantenerme al margen y me lancé contra su atacante, tratando de sujetar el brazo con el que levantaba su puñal; creo que incluso llegué a morderlo. El hombre se desembarazó de mí sin esfuerzo, como quien aparta a un cachorrillo molesto, pero Fariban pudo aprovechar la pequeña distracción para acabar con él. Tras la lucha, el guerrero me ayudó a levantarme, alborotó mi pelo y se agachó hasta quedar frente a mí, rescató el puñal que había quedado en el suelo y me lo ofreció.

–Te lo has ganado, chico.

A partir de entonces, y durante mucho tiempo, llevé aquella arma, que no era más que un cuchillo corto basto y mal afilado, con más orgullo que si se tratara de la espada enjoyada de un rey.

El plan que nos animaba a continuar el camino era sencillo y a la vez desesperado. En los días previos a la gran batalla, los guerreros alanos y sus familias habían mantenido una gran asamblea, en la que se había planteado que, si llegaba a suceder lo peor, la salvación de los que quedáramos podría estar en huir hacia el norte, en busca de nuestros tradicionales aliados, el pueblo de los vándalos asdingos. Quizás así podríamos empezar una nueva vida bajo su protección. Pese a todo, creo que los guerreros de mi orgulloso pueblo nunca consideraron seriamente la posibilidad de una debacle como la que finalmente acaeció. No en vano, el alano era el pueblo que generaciones atrás había asombrado al mundo antiguo, junto con sus parientes, los sármatas, gracias a su experimentada caballería de jinetes acorazados, los temidos catafractas. Pocos podían asumir que atrás habían quedado esos tiempos donde el caballero alano y su montura ofrecían una espectacular estampa, relucientes ambos en sus armaduras de escamas. Ahora, debíamos aceptar que la posibilidad de constituir un *regnum* alano poderoso e independiente en *Hispania* había muerto para nosotros.

A medida que nos acercábamos a nuestro objetivo, íbamos encontrando cada vez más refugiados de la terrible batalla, por lo que decidimos unir nuestro camino al suyo. Cuando llegamos a lo que los habitantes de las *Hispanias* conocían como *Gallaecia*, ya formábamos un variopinto y desesperanzado grupo en busca de una nueva oportunidad.

Tras nuestra llegada a su territorio, el consejo de los vándalos asdingos acogió sin reparos a los restos del pueblo alano, y Gunderico asumió el título de Rey de los Vándalos y los Alanos. Los supervivientes fuimos poco a poco absorbidos en la nueva estructura tribal, y puede decirse que, pasado el tiempo, la integración era tal que a partir de ese momento dejamos de existir como pueblo independiente.

Pero, lamentablemente, nuestras penurias aún no habían finalizado: no había transcurrido siquiera un año completo cuando la guerra volvió a aparecer en el horizonte.

La pobre tierra de *Gallaecia* no era suficiente para los dos pueblos invasores que compartían ahora el territorio: vándalos y suevos, y no tardaron en producirse intentos de expansión por parte de ambos. Los vándalos, que representaban el pueblo más numeroso y tenían cada vez mayor necesidad de tierras tras acoger a alanos y silingos, no pensaban tolerar ningún afán expansionista por parte de sus vecinos. Tras numerosas escaramuzas, la guerra esperaba resolverse en los denominados Montes *Ervasios*.

Aún recuerdo el alboroto y la excitación que dominaban el campamento vándalo los días previos a la contienda. Ambos contendientes se encontraban frente a frente, y después de distintas refriegas los vándalos gozaban de una clara ventaja. Los guerreros habían llegado prácticamente a inmovilizar al contingente suevo en las montañas, y el destino de aquel molesto vecino parecía sellado. Pero, una vez más, la esperanza de los supervivientes de poseer tierras en las que prosperar se vería truncada, tras la aparición en escena de una nueva fuerza que vino a desequilibrar la balanza.

Roma. El imperio aún no había dicho su última palabra en *Hispania*. El ejército de Valia, tras cumplir con su misión de exterminio de alanos y silingos, fue enviado al norte de los Pirineos, para establecerse en las tierras que los romanos llamaban *Aquitania*. Al sur de las montañas, solo dos pueblos competían ya por el territorio. El que resultara vencedor en la contienda entre ambos resultaría, sin duda, reforzado. Consciente de esta situación, y vista la evidente ventaja con la que contaban los vándalos asdingos, el emperador Honorio decidió intervenir, enviando un ejército al mando del *Comes Hispaniarum* Astirius, con la misión de apoyar a las tropas suevas. De esta manera pretendía evitar que un único pueblo tuviera posibilidad de expandirse por el resto de provincias desprotegidas, prefiriendo mantener en cambio dos pueblos enfrentados, debilitados y controlables.

Así, mientras los vándalos mantenían el asedio sobre las montañas donde se escondían los suevos, el ejército de Astirius arribó a la zona, lanzando un demoledor ataque sobre los desprevenidos vándalos. La presión de las tropas de Astirius obligó a los vándalos no solo a abandonar el bloqueo a los suevos, sino a emprender una angustiosa huida hacia el sur, dejando a muchos de los suyos por el camino.

Nuevamente el destino me reservaba sufrimiento, incertidumbre y marcha forzada hacia la lejana esperanza de un lugar mejor. El éxodo masivo de nuestro pueblo de acogida nos llevaba de vuelta hacia la *Baetica*. Las largas columnas de refugiados colapsaban los caminos. Familias enteras, con sus enseres y animales a cuestas, huían en desorden. Aún me duele recordar los gritos y mofas de los asediados suevos, que tras encontrarse en una situación límite se sabían entonces vencedores, mientras el campamento vándalo se venía abajo y la muchedumbre corría en la dirección contraria de donde venían los regulares romanos. Mientras, desesperadas compañías de vándalos trataban de hacer frente a las implacables embestidas romanas, trabando sus escudos en un último intento de proporcionar un tiempo precioso a sus familias para poder escapar de la carnicería. El horror y la impotencia que sentí de niño todavía me visitan a veces en mis más oscuras pesadillas.

Mientras recordaba esta historia y se la relataba a un maravillado Sebastián, llegamos por fin a las puertas de la villa. El chico parecía pensativo, pero me pareció adivinar en el brillo de sus ojos que antes que sentirse amedrentado por la amenaza de lucha y saqueo, albergaba en su imaginación sueños de heroica aventura. Aparté de mi mente imágenes de olivos en llamas y rogué a cualquier dios que estuviera escuchando que no quisiera profanar el destino su entusiasta inocencia. Interrumpí sus pensamientos encargándole que llevara la carreta a los mozos del almacén, y dirigí mis pasos al edificio principal, para reportar al *dominus* Balbo lo acontecido desde el día anterior.

Tras esperar a que Balbo despachara los asuntos en los que se encontraba, llegó mi turno de dar explicaciones. Relaté, sin escatimar ningún detalle, lo sucedido desde nuestra partida. Tampoco omití el asesinato del individuo del molino, que me pondría en un aprieto de cara a las autoridades si Escauro me denunciaba como el autor de los hechos. Pese a las dudas que despertaba en mí la actitud que tomaría Lucio tras nuestro desencuentro, Balbo convino en que tampoco en la villa vecina interesaría destapar lo sucedido, pues entonces también saldrían a la luz el robo de la mercancía y el ataque al viejo Tulio. En la ciudad, seguramente causarían mayor revuelo el intento de estafar al obispo vendiéndole aceite robado, que la muerte de un simple esclavo tras una pelea. En definitiva, a ninguno de los terratenientes les convenía airear el asunto. Continuarían con sus aparentemente cordiales relaciones de cara a la sociedad de *Hispalis*, pero sin perderse de vista el uno al otro.

Antes de abandonar la habitación, le comuniqué también al *dominus* lo que había escuchado en la posada acerca de las correrías suevas en la vecina *Lusitania*. Balbo enarcó las cejas y, sin levantar la vista de sus quehaceres, lo único que comentó fue un escueto:

—Eso sí que me preocupa, nos ha costado mucho recuperarnos de la última vez.

Ya más tranquilo, me dirigí a tomar un baño y descansar un rato. Antes, me detuve en las dependencias de Tulio, donde esperaba ver al anciano más

recuperado de cómo lo había dejado la madrugada anterior.

–¿Ya acabaste con todos los que se te pusieron por delante, granuja? –me interpeló el herido desde la cama.

–Me alegra verte de tan buen humor, abuelo. No te preocupes, que alguno dejé en pie para que cuando te recuperes puedas tomarte tu venganza.

El anciano rio, pero enseguida volvió a recostarse con una mueca de dolor.

–La cabeza me duele horrores, chico. Pero el amo ha hecho venir al físico y me ha dicho que no tengo ningún hueso roto, por lo que en unos días espero poder volver a mis ocupaciones.

–Me alegra que todo haya acabado bien. Pero tienes que contarme qué fue lo que pasó con detalle. ¿Dónde te abordaron?

–En el camino hacia la ciudad encontré una carreta detenida en medio del camino. Según me fui acercando, me pareció que tenía una de las ruedas rota, por lo que al llegar a su altura, estúpido de mí, me bajé del carro para ver si podía ayudarlos. Fue poner un pie en el suelo para acercarme a donde estaba el conductor manipulando la rueda, y de repente todo se volvió negro. Alguien, que estaría agachado al otro lado de la carreta, debió de rodearla y golpearme en la cabeza. Lo siguiente que recuerdo es al bueno de Sebastián temblando e intentando incorporarme.

–En definitiva, que se cuidaron de que no pudieras ver quienes eran los agresores. –Su relato me tranquilizó, pues si se habían molestado en que el anciano no pudiera identificarlos, quería decir que no estaba en sus planes acabar con él–. Bueno, Tulio, a partir de ahora ya sabes: cuando vayas a la ciudad, hazlo siempre acompañado por uno de los gemelos. Y, durante el camino, ¡no te pares por nada! En fin, me alegra verte de una pieza –me despedí.

Cansado, me dirigí a mi jergón. Y creo que mi cabeza no había llegado aún a apoyarse cuando me venció el sueño.

CAPÍTULO III

La vida en villa Balbina discurrió plácidamente durante las semanas siguientes. No volvió a producirse ningún incidente con nuestro vecino, y de las correrías suevas en las cercanías tan solo pude conocer algún detalle más gracias a las noches que pasaba en la taberna de Quintilio. Poco a poco me fui relajando, y pronto volví a pensar más en hacer reír a la encantadora Elisenda que en interrogar a los viajeros.

Las noticias no llegaban a esclarecer cuál era la situación real: algunos decían que los suevos habían retornado a los confines de *Gallaecia*; otros que *Emerita* había caído, al igual que el resto de ciudades de la *Lusitania*; y otros tantos aseguraban que las bandas de invasores habían abandonado la vecina provincia y se disponían a caer sobre la desprotegida y fértil *Baetica*. En lo que todos los viajeros coincidían era en que un nuevo rey se encontraba al frente del pueblo suevo. Un nombre que sería conocido en muchas partes de la península durante los siguientes años: Rechila.

Una mañana recibimos desde la ciudad una invitación que vino a alterar la tranquila existencia de los habitantes de la villa. El *dominus* Balbo fue requerido por el obispo Marciano para que asistiera a su residencia, y esta no era una invitación que se pudiera rechazar.

Como era mi cometido en estas ocasiones, me ocupé de escoltar al *dominus* en su trayecto a la ciudad. Una vez llegamos al palacio episcopal, un cortés Rufo me condujo a las cocinas, donde se ocupó de que me ofrecieran un agradable refrigerio, mientras aguardaba a que mi señor concluyera su entrevista con el obispo.

Algo más de una hora más tarde, el mayordomo vino a avisarme de que ya había terminado la audiencia de su señor. El camino de vuelta fue más

tranquilo de lo que esperaba, pues Balbo iba perdido en sus cavilaciones, y apenas conversamos.

Al día siguiente Antonio me despertó antes del alba, y me condujo al *tablinium* de Balbo. Durante el camino, no dejaba de preguntarme qué sería tan urgente para que el *dominus* estuviera levantado a tan tempranas horas. Lancé una mirada interrogativa a Antonio, pero el mayordomo me respondió con un encogimiento de hombros y se retiró sin más.

–Saludos, Attax; es un raro honor encontrarte en la villa a estas intempestivas horas.

–Sabéis que soy de sueño inquieto, *dominus*.

–En efecto, muchacho. Pero no te he llamado por eso. –Balbo suspiró, cansado, y pareció tomar una decisión. Levantó la mirada y habló con calma–: Attax, necesito que cumplas un encargo fuera de la ciudad. Necesitaba reflexionarlo, pues quizás no sea lo más conveniente enviarte fuera de la villa en estos momentos en que los rumores de que la provincia será objetivo de nuevos ataques exteriores son cada vez más persistentes. Espero que no necesitemos tu espada mientras estás de viaje.

Me revolví incómodo en mi sitio, mientras me preguntaba sobre qué se habría hablado el día anterior en la residencia del obispo Marciano.

–Ayer se me ha hecho un honor muy especial. Su ilustrísima me ha vuelto a reiterar su predilección por nuestro aceite. Dice que sus invitados alabaron particularmente nuestra última entrega. Uno de los comensales, que partía hacia *Corduba*, dio referencias de su calidad al prelado de esa ciudad, y este, íntimo amigo de Marciano, le ha pedido referencias. En resumen: ha decidido ofrecerme la posibilidad de enviar cargamentos regulares a *Corduba*, donde el obispo Gregorio organizaría su distribución. –Balbo paró un instante para beber un largo sorbo de vino–. Como te decía, el obispo de *Corduba* será el encargado de difundir las excelencias de nuestro aceite, pero para ello debemos hacerle llegar un cargamento con nuestro mejor producto en las

próximas semanas. En circunstancias normales, enviaría a cualquiera de los mozos del almacén acompañando al viejo Tulio, que ya se encuentra bastante repuesto, pero vista la situación de la provincia no podemos arriesgarnos a perder un cargamento como el que pretendo enviar. Y, sin duda, tú eres la mejor opción para este encargo.

–Señor, es un honor que hayáis pensado en mí.

–Attax, eres el mejor que conozco con la espada; pero, por favor, no intentes ahora comportarte como un cortesano, porque no se te da bien. Es la solución más factible a la que he podido llegar; partirás con las primeras luces del alba. Antonio ya ha despertado a varios de los mozos del almacén, que ahora mismo están cargando una de las carretas con el aceite de mejor calidad que tenemos en nuestro depósito. En menos de una hora estará lista. Despierta a uno de los gemelos y preparad un equipaje ligero. Nos veremos en el patio en una hora –me despidió haciendo un gesto con la mano.

Me dirigí en primer lugar hacia el barracón donde debían estar descansando los gemelos. Pese a que mi primera opción fue partir con Silas, a mi parecer algo más sensato que su hermano, la mirada suplicante de Sebastián me convenció de darle otra oportunidad.

– ¡Arriba, granujas! Sebastián, nos vamos de viaje; estaremos fuera alrededor de dos semanas. Prepara tus cosas, y pasa por la armería para equiparte con lo que necesites. Asegúrate de ser práctico, que te conozco. – Desvié la mirada hacia su hermano—. Silas, échale una mano a tu hermano y prepárate para cuando regresemos, porque te tocará acompañarme en la próxima ocasión.

La próxima ocasión... en aquel momento, mal podía imaginar que no habría más oportunidades. Partimos al romper el alba, dejando atrás la vida que había conocido hasta entonces.

Los primeros días transcurrieron rápido, entre historias y chanzas. Tomamos la calzada principal, que unía directamente *Hispalis* con *Corduba*; el camino era bueno y transcurría tranquilo. Al tercer día de marcha, justo antes del anochecer, arribamos a la ciudad de *Carmo*, famosa tiempo atrás porque los campos circundantes producían algunas de las mejores uvas de la provincia, con las que se elaboraba un vino de excelente calidad. Para mi sorpresa, incluso antes de atravesar las murallas de la ciudad, el ambiente de tensa excitación que reinaba entre los ciudadanos y visitantes era patente.

Al llegar a la puerta oeste, dos miembros de la milicia urbana nos dieron el alto. Tras estudiar minuciosamente la acreditación que les presentamos y dar el visto bueno al contenido de la carreta, nos permitieron adentrarnos en la ciudad, previo pago de una pequeña suma de dinero. Pocos momentos después de que pasáramos, la puerta fue cerrada por los soldados, así como el resto de puertas de la muralla, hasta la mañana siguiente.

–Sebastián, hoy dormiremos aquí. Agradeceremos un lugar civilizado en el que pasar la noche, y además parece que en la ciudad se cuece algo importante y es mejor averiguar lo que podamos antes de proseguir hasta nuestro destino.

Recorrimos algunas calles, hasta que me pareció que habíamos encontrado la taberna adecuada. Tras asomarme a la puerta, hice a Sebastián un gesto afirmativo.

–Parece que este sitio no está mal. Nunca había venido a *Carmo*, por lo que me voy a guiar por mi instinto, que no suele fallarme. Por lo menos en cuanto a las tabernas, ¡aunque sobre las mujeres tampoco me suelo equivocar!

Indiqué al muchacho que se quedara en las caballerizas con la mercancía a la espera de que yo llegara a un acuerdo con el dueño del local. Se trababa de una taberna sin pretensiones, con unas pocas mesas en el comedor, y solo tres habitaciones disponibles para alquilar. Si la elegí fue más bien por la amplitud del establo y el almacén, que se encontraban en el edificio contiguo, pues tendríamos que tomar la cena y pasar la noche en las caballerizas, vigilando la mercancía. Una vez pacté el precio con el propietario, desensillamos los

caballos que formaban el tiro de la carreta, los atendimos convenientemente, y nos aprestamos a preparar un jergón confortable con la paja que cubría el suelo, para pasar la noche lo más cómodos que fuera posible. Una vez todo estuvo dispuesto, me dirigí a la taberna para conseguir algo de cena, y también en busca de información.

Cuando entré en el comedor la mayoría de las mesas estaban ocupadas, y los parroquianos mantenían animadas conversaciones a cada cual más bulliciosa. Me apoyé en la barra y le pedí a la chica que se encontraba al otro lado una jarra de vino con dos vasos, y dos cuencos de un guiso de verduras que despedía un agradable olor. La chica –muy morena, y muy bonita– me sirvió el vino y desapareció hacia la cocina. Cogí la jarra y me acerqué a la mesa donde me pareció que el alboroto era más ostensible. Carraspeando ruidosamente para llamar la atención, interrumpí la conversación.

–Buenas noches, caballeros, ¿qué se celebra hoy aquí? Disculpadme, pero acabo de llegar desde *Hispalis*; me dirijo a *Corduba* para cumplir un encargo de mi señor, Balbo, y me ha sorprendido lo animada que está *Carmo*. ¿Siempre es así esta bonita ciudad? ¡Tal vez debería pensar en mudarme, entonces! –afirmé, riendo.

Salvo algunas ligeras sonrisas, los parroquianos no parecieron hacerme mucho caso. Pese a ello, me hice un hueco en el banco más cercano empujando ligeramente a uno de los tertulianos, y acomodando mi jarra entre las que poblaban la mesa.

–¿Decías que tu señor es Balbo, el comerciante de vinos? –inquirió tras un breve instante de silencio el individuo situado a mi izquierda, observándome con cierta suspicacia. De mediana edad, delgado y con incipientes entradas en su ralo cabello, sus manos se veían callosas y estropeadas, por lo que supuse que se trataría de algún artesano de la zona.

–Estáis equivocado, señor –aclaré–. Balbo se dedica al comercio de aceite, ¡elabora el mejor producto de todo *Hispalis*!

El artesano rompió a reír, acompañado por el resto de los comensales.

–Lo sentimos, mi rubio amigo, pero en estos tiempos no puede uno fiarse de nadie, y menos de alguien como tú, que evidentemente no eres hispano. Pero bueno, has pasado la prueba. ¡Bebe con nosotros! –exclamó, sorbiendo ruidosamente un largo trago de vino.

Me uní a sus risas, y apuré también mi vaso.

–Cuando partí de *Hispalis*, reinaba la calma en la ciudad. Sin embargo, el ambiente por *Carmo* es de lo más animado –insistí–. ¿Sabéis qué se comenta por la zona?

–¡Vamos a enviar a esos bárbaros de vuelta a su frío norte! –chilló desde la esquina de la mesa el que parecía el más joven de la reunión–. ¡Aprenderán que esta tierra es nuestra!

–Disculpa a nuestro joven amigo, no sabe beber –intervino el hombre que se sentaba frente a mí–. Mucho me temo que la *Baetica* se está preparando para recibir a los invasores suevos del norte. Ayer recibimos la noticia de que se está formando en *Corduba* un ejército con las milicias de comarca: si Roma no lo hace, seremos los hispanos los que tendremos que defendernos. Por lo que sabemos, se ha hecho un llamamiento a todos los hombres de bien para que acudan a defender su tierra, uniéndose al ejército que derrotará al invasor. La noticia se extenderá rápido hasta *Hispalis* y hacia el oeste, pues corre como el viento. Nos reuniremos bajo la enseña del gran Andevotus. ¡El bravo Andevotus está con nosotros! –prorrumpió en un sonoro grito, y tras vaciar su vaso de vino lo estampó con fuerza sobre la mesa.

El resto de comensales reunidos estallaron en gritos similares, y yo no dudé en unirme al alboroto, aunque nunca había oído tal nombre. Cuando las voces se fueron acallando, traté de averiguar más.

–Disculpad mi ignorancia, señores, pero como sabéis cuando partí de *Hispalis* aún no conocíamos esta noticia. No conozco mucha gente más allá de

mi ciudad, ¿me podéis contar algo más sobre nuestro paladín, Andevotus?

–Andevotus es el que va a enviar a todos los tuyos al infierno –escupió las palabras el joven del fondo de la mesa, que me seguía dedicando miradas de achispada desconfianza.

–Tranquilo, joven Póstumo; guarda tus ansias para la batalla si eso es lo que deseas. El señor está en nuestra mesa, y será tratado con la debida cortesía –lo interrumpió de nuevo el cabecilla de la reunión. Luego se dirigió a mí–. Perdonad al chico, ya sabéis que la juventud altera la sangre. Póstumo partirá mañana rumbo a *Corduba* a ponerse a las órdenes del señor Andevotus. Yo, debido a mi edad, no acudiré a la llamada, pero que me valga Jesucristo bendito, ¡si tuviera veinte años menos estaría en la primera línea de combate! Sin embargo, si no me engaña mi juicio, y a pesar de todas las baladronadas que escuchéis, creo que no todos los que sueltan sus lenguas están dispuestos a engrosar las filas del ejército de Andevotus. Póstumo peca de ansioso, pero es valiente y atenderá a su deber. ¡Dios permita que Andevotus consiga la victoria!

Tras apurar nuevamente su vaso –no pude dejar de admirar el aguante que parecía tener ante el vino sin diluir– el hombre continuó hablando, aclarándome por fin algo más sobre tan aclamado personaje

–El señor Andevotus es un importante terrateniente del este de *Corduba*, miembro de una antigua familia senatorial de la comarca, y además es un soberbio comandante, con probada experiencia en el campo de batalla. No existe nadie más indicado para dirigirnos contra esos salvajes.

Mientras escuchaba su apasionado discurso, casi no podía dar crédito a sus palabras. Por lo que yo sabía, desde que el pueblo alano y sus aliados en ese entonces habían llegado a las provincias hispanas, no habían encontrado ninguna resistencia organizada frente a su paso, a excepción de las expediciones enviadas desde fuera de las fronteras por el emperador. La idea de un caudillo local que fuera capaz de amalgamar a la sociedad hispana de la

Baetica en un pueblo cohesionado y dispuesto a resistir contra el invasor no dejaba de sorprenderme.

Continué aún un rato escuchando las conversaciones que animaban la mesa, hasta que apareció nuevamente la camarera con los dos cuencos de guiso que le había pedido. Me disculpé, levantándome de mi asiento, y me despedí efusivamente de la concurrencia.

Cuando llegué al establo, Sebastián se encontraba acurrucado en un jergón de paja a los pies de la carreta. Me detuve un momento en estudiar las facciones relajadas del chico. Pese a su espíritu aventurero, el chaval me parecía poco más que un niño grande. Las noticias que había oído en la taberna me habían puesto sobre aviso respecto a la situación que nos encontraríamos en lo que nos quedaba de camino. Ojalá el chico nunca tenga que sufrir lo que he visto yo en esta tierra, pensé.

Me aseguré de armar algo de ruido al acercarme a la carreta, para darle la ocasión de incorporarse antes de que yo llegara. Al momento se levantó, esforzándose en aparentar que no se había quedado dormido en absoluto.

—Attax, ¿dónde te habías metido! —protestó.

—Estaba buscando algo de comer. Toma, guiso de coles y algo de vino, es lo mejor que tienen en esta casa... salvo si en vez de hambre tienes otras necesidades. —Sonreí, mientras partía una hogaza de pan con la que acompañar el guiso. Resultó que la chica era más atractiva que buena cocinera, pero tampoco estaba tan mal, y por lo menos la ración era abundante.

Sentándome en el suelo al lado de Sebastián, le puse rápidamente al corriente de lo que me habían contado.

—Creo que a partir de ahora no vamos a tener ocasión de aburrirnos en nuestro camino hacia *Corduba*. Por lo visto, se está formando un ejército en la ciudad para hacer frente a los suevos. —Sebastián abrió mucho los ojos—. Los voluntarios deben de estar ya de camino, por lo que apuesto que durante el

resto del trayecto encontraremos el sendero muy transitado. Seguiremos por la vía principal, y así acortaremos el tiempo necesario para llevar a cabo nuestro encargo. Pero más nos vale andarnos con cuidado: a mayor cantidad de gente alrededor, mayor es la probabilidad de que algún rufián intente aprovechar cualquier descuido para aligerar nuestras bolsas. –El chico asintió, mientras devoraba el guiso del cuenco–. Ahora procuremos dormir un poco. Yo haré el primer turno de guardia, y te despertaré cuando llegue el tuyo.

A la mañana siguiente tomamos un frugal desayuno, que consistió en un puñado de frutos secos y algunos trozos de pan duro que traíamos en la carreta. Traspasamos la puerta que llamaban de *Corduba*, y así comenzó la última etapa del viaje.

Tal y como había augurado, compartimos el resto del camino con numerosos hombres que tenían también como destino la ciudad de *Corduba*, algunos con intención de alistarse, y otros movidos por diferentes negocios. Observé que Sebastián, con buen criterio, no dejaba de tantear su bolsa, y revisaba nuestras pertenencias casi continuamente. Afortunadamente, no tuvimos ningún incidente.

Corduba había sido ya una de las principales ciudades de la *Baetica* romana desde la creación de la primera provincia senatorial de *Hispania*. En esos tiempos convulsos, en los que el emperador legítimo luchaba por mantener sus territorios no solo frente a los invasores, sino también ante las distintas revueltas promovidas por usurpadores como Máximo en *Tarraconensis* o Constantino en *Britannia*, aún la antigua ciudad de *Corduba* se mantenía digna de su brillante pasado. En los últimos años, había llegado incluso a superar a su tradicional competidora, *Hispalis*, en cuanto a número de habitantes, y por tanto ostentaba cierta supremacía sobre el resto de ciudades de la provincia. La organización de los preparativos para la resistencia ante la invasión del ejército suevo terminó de llenarla de una frenética actividad.

A medida que nos acercábamos a la ciudad por la cuidada calzada, pudimos observar una mezcla de tiendas de campaña de distintos tamaños, formas y colores que se arracimaban a las afueras de las murallas. Sebastián observaba con los ojos como platos, no ya tanto por la vista de la ciudad, que no era tan diferente a *Hispalis*, sino por la impresión que le causaba el improvisado campamento extramuros. Aquel era el primer ejército que el joven hispano veía en su vida, y suponía para él una estampa difícil de olvidar. En cambio yo, que por suerte o por desgracia había pasado muchos años de mi vida entre guerreros, y había pisado a lo largo de mis veintiséis inviernos más campos de batalla de los que el muchacho pudiera imaginar, observaba el cuadro que se presentaba ante mis ojos con mirada crítica y algo de desencanto.

Las tropas, por llamarlas de alguna manera, parecían carecer absolutamente de disciplina; más bien parecían una panda de amigos que se habían reunido para jugar una partida de dados. Algunas de las armas que observaba no eran más que meras antiguallas, que probablemente llevarían ya algunas generaciones adornando las paredes en las casas señoriales de los jóvenes presentes. Espero que al menos las hayan afilado, pensé, meneando la cabeza. También esperaba, por su bien, que las supieran utilizar.

Visto el panorama extramuros, el ejército parecía estar formado en su mayoría por siervos procedentes de explotaciones agrícolas o talleres de la zona, y por ciudadanos de las distintas comarcas limítrofes. También pude distinguir algunas tiendas de buena calidad, que atribuí a los representantes de las principales familias de la provincia, así como algunos soldados que por la calidad de sus armas y las miradas de desprecio que dedicaban el resto de los allí presentes identifiqué como mercenarios.

En esas cavilaciones estaba cuando nos dieron el alto desde la puerta de entrada a la ciudad. Al menos, pensé, también había algunas tropas regulares. Cuatro soldados que parecían formar parte de la milicia de la ciudad controlaban la entrada ese día, y suponían un buen cambio respecto a lo que habíamos visto en las afueras; por lo menos, sus uniformes mantenían cierta similitud. Los cuatro vestían bastas túnicas de color marrón, sin adornos, se

protegían el pecho, las piernas y los antebrazos con piezas de buen cuero, y llevaban cascos sencillos sobre la cabeza. El que parecía ser el jefe, ya que no portaba lanza como el resto, sino un simple *gladius* a su costado, nos pidió que nos bajásemos del carronato para proceder a su inspección. Tras mostrarle el documento lacrado con el sello del obispo Marciano, nos dejaron pasar sin hacernos más preguntas, e incluso nos indicaron el camino más corto para encontrar el palacio episcopal.

Cuando ya estábamos afianzando de nuevo la carga, el jefe de la guardia se acercó para advertirnos.

—Alano, al edificio al que vais se ha dirigido esta mañana el jefe supremo de la expedición, por lo que encontraréis mucha gente en la calle esperando para vitorearlo. Tened mucho cuidado entre el gentío, no hayáis traído vuestro preciado cargamento hasta la ciudad para perderlo aquí, justo antes de entregarlo.

Una vez traspasamos la puerta, comprobamos que realmente la ciudad se encontraba totalmente desbordada. Algunos ciudadanos trataban de continuar con su vida normal mientras riadas de recién llegados deambulaban por las calles en busca de placeres, un benefactor para su causa o simplemente la oportunidad de hacerse con una bolsa bien provista de monedas. Grupos de soldados con atuendos similares a los que nos habían dejado pasar en la puerta se encargaban de intentar mantener la normalidad entre los transeúntes.

El camino hasta la casa señorial que hacía las veces de palacio del obispo discurrió con mayor lentitud de la deseada. Recorrimos lentamente la vía principal de la ciudad, que se encontraba salpicada a ambos lados de antiguas casonas de piedra en mejor o peor estado de conservación. En algunos puntos aparecían edificaciones de madera y piedra —previsiblemente arrancada de otros edificios, como del antiguo circo, que hacía ya algunos años que no se utilizaba para el cometido para el que fue erigido—, construidas a toda prisa en los últimos tiempos.

A medida que nos acercábamos al edificio que nos habían señalado como la residencia del obispo Gregorio, el número de personas que atestaban la vía iba siendo cada vez mayor; frente a la entrada principal del mismo se agolpaba una auténtica marea humana que vitoreaba sin descanso. Tuve que dejarle las riendas a Sebastián para poder estar atento a nuestro cargamento, y más de una vez tuve que refrenar los ánimos de algún espectador, que intentaba subirse al carromato para tener una vista mejor, o simplemente tenía las manos muy largas.

Pronto se hizo evidente que nos resultaría imposible avanzar más. Los espectadores que, a base de empujones y codazos, habían logrado alcanzar una posición que les aseguraba una vista privilegiada de la puerta por la que presumiblemente aparecería Andevotus, no parecían en absoluto dispuestos a apartarse para dejar avanzar a nuestro carro. Tampoco era factible intentar retroceder, por lo que tuve que resignarme y armarme de paciencia.

Tras unos minutos de agobio apareció una patrulla de la milicia local, que se abrió paso hasta la fachada del edificio apartando a los curiosos sin demasiadas contemplaciones. De pie sobre el pescante, traté de llamar su atención; uno de los soldados se acercó, y dado que la algarabía reinante apenas nos permitía entendernos, opté por alargarle la carta de Marciano de *Hispalis*. El individuo estudió el papel un instante, y aunque dudo que fuera capaz de leer el contenido, pareció reconocer el sello. Para nuestro alivio, hizo un gesto afirmativo, y tanto él como sus compañeros se emplearon a fondo hasta que fueron capaces de abrir un hueco, escoltándonos hasta la entrada.

Al alcanzar la verja exterior, que se abrió para nosotros y los soldados que nos acompañaban, reparé, con sorpresa, en que los guerreros que la guarnecían parecían ser de origen vándalo. Observé sus rostros mientras se organizaban en un cordón protector destinado a que ningún espectador se introdujera en el edificio.

—Y bien —espetó uno de los vándalos en un correcto latín—, ¿vosotros quiénes sois, y qué hacéis aquí? No os esperábamos.

–Venimos con un encargo de su ilustrísima el obispo de *Hispalis* para el venerable obispo de *Corduba*. Hemos tenido dificultades para llegar hasta aquí, y estos soldados han tenido la amabilidad de abrirnos camino. La cosa se pone fea a medida que se acerca uno a este lugar.

–¡Y peor que se va a poner! Me atrevería a afirmar que llegasteis en un buen momento. El señor Andevotus debe estar ya cerca de finalizar su entrevista con monseñor, y en breves instantes saldrá de la casa. Y me temo que ese sí que será un mal momento, amigo.

Haciendo una seña, ordenó a uno de sus hombres que fuera a buscar al mayordomo del obispo para que organizara la descarga de la mercancía. Me despedí con un sencillo “gracias” en lengua vándala, lo que me valió una sonrisa y una respuesta cortés en la misma lengua. Su familiar cadencia entre tanto latín resultaba agradable a mis oídos.

El mayordomo nos indicó el camino al almacén, y hacia allí nos dirigimos. Justo en ese momento se abrieron las puertas del edificio principal, lo que fue saludado por la concurrencia con un gran revuelo. Una figura, que por su caminar parsimonioso identifiqué como la de un religioso, se recortaba en el umbral. Al asomarse a la luz, la calidad de sus vestiduras me confirmó que debía de tratarse del obispo Gregorio. A continuación cruzó el umbral un personaje de notable talla, vestido de armadura, tras el que aparecieron una decena de guerreros que ocuparon ágilmente posiciones a su alrededor. A medida que se acercaban, estudié la figura del general. Desde luego, no tenía nada que envidiarme en cuanto a altura, y me pareció que incluso me aventajaba en el ancho de sus hombros. Llevaba el cabello corto, al estilo romano, pero me pareció que era de un color ligeramente rojizo. El desconocido se despidió del religioso y comenzó a bajar las escaleras, acercándose hacia donde estaba el carromato. Adiviné unos ojos castaños en un rostro duro que me resultaba extrañamente familiar.

–Que me aspen si el general no es vándalo también –mascullé mientras indicaba a Sebastián que tratara de ralentizar el paso de la carreta para poder seguir observando al sujeto.

Nos encontrábamos a apenas veinte pasos, con la carreta prácticamente detenida, cuando el individuo cruzó su mirada con la mía. Me pareció que daba un respingo; los soldados de su escolta se apresuraron a ordenarnos que nos apartáramos para dejar vía libre a su señor, pero el extraño gritó un par de órdenes y, ante mi sorpresa, se dirigió directamente hacia donde estábamos. Sus soldados tomaron posiciones a los lados de la carreta, y cuando apenas nos separaban diez pasos, me quedé boquiabierto al reconocer por fin su rostro. El pelirrojo estalló en una sonora carcajada, mientras exclamaba:

–Por Dios bendito, ¡Qué hay ante mis ojos! ¿Un bellaco alano, o acaso el fantasma de un bellaco alano?

Yo seguía observándole, atónito, mientras él comprobaba que ya nadie lo miraba desde la mansión, para envolverme seguidamente en un fuerte abrazo.

–Por Jesucristo, Attax, ¡eres tú!

Por fin pude contestar:

–¿Anderico?

Este río de nuevo con ganas y respondió:

–Para ti sí, amigo. Para el resto soy Andevotus, el *Dux Bellorum*.

–Andevotus... –repetí, aún perplejo—. Por todos los dioses, ¡creo que tienes unas cuantas cosas que contarme! ¿Sabes la cantidad de gente que te está esperando ahí fuera?

–Desgraciadamente, creo que a la mayoría de ellos se les da mucho mejor vitorear que luchar –suspiró—. Por favor, amigo, dime que no estás solo, ¡dime que traes a un centenar de los nuestros contigo, dispuestos para la batalla!

Señalé el carro y meneé tristemente la cabeza.

–Solo traigo un cargamento de aceite y un chaval que sabe bastante más de olivos que de espadas.

–Bueno, con que sepa por qué lado se sujeta, creo que ya podría competir con algunos de mis voluntarios. En fin. Aun así, nada me haría tan feliz como compartir contigo la cena de esta noche. Además, creo que alguien más se alegrará de verte –sonrió–. Recordaremos los viejos tiempos.

Asentí, emocionado. Anderico posó su mano en mi hombro.

–Dos de mis guardias te esperarán en el patio, y una vez resuelvas tus asuntos con el obispo, te escoltarán hasta mi casa. Cenaremos allí, y me gustaría que mañana me acompañases a pasar revista al ejército.

–Será un placer –respondí. Tendría que dar algunas explicaciones a Balbo por el retraso, pero ya me preocuparía por eso más tarde.

–Bien. Ahora debo despachar unos asuntos importantes con el consejo de la ciudad. Nos veremos luego. –Hizo algunas indicaciones a sus hombres, se despidió de nosotros con un gesto, y se alejó hacia la puerta, bien guarnecido por su escolta.

–Attax, ¿que está pasando? ¿Quién es ese hombre? ¿Es realmente el *Dux*? –Sebastián no salía de su asombro. La conversación se había desarrollado en lengua vándala, y estaba ansioso porque le explicara el extraño encuentro–. ¡Nunca habría imaginado que tuvieras amigos tan importantes!

–Vamos, Sebastián, acabemos nuestro trabajo. De momento, conténtate con saber que esta noche disfrutaremos de una copiosa cena y un mullido lecho en el que descansar.

CAPÍTULO IV

Una vez descargada la mercancía y arreglada la entrega con el mayordomo del obispo, nos dejamos guiar por la pareja de guerreros hasta la mansión que nos había indicado Anderico. Durante el camino, nos enteramos de que se trataba de la residencia que utilizaba el *Dux Bellorum* cuando pasaba tiempo en la ciudad, pues generalmente vivía en su villa de las afueras, situada a dos días de camino desde *Corduba* en dirección este, hacia *Acci*.

Ascendimos hacia la parte más elevada de la ciudad, yo a pie con los dos guerreros, y Sebastián guiando el carro desde el pescante. Cuando llegamos al edificio indicado, me pareció una construcción magnífica: vetusta, pero majestuosa. Al igual que en la casa del obispo, una serie de guardias protegían la verja de entrada al edificio. Uno de ellos nos dio el alto, hasta que al acercarse reconoció a la escolta y se dispuso a franquearnos el paso.

—¿Quién os acompaña hoy, muchachos? —preguntó mientras se encargaba de abrir la verja.

—Amigos del *Dux* —respondió uno de ellos mientras nos señalaba con la cabeza—. Ve a buscar a Gelimer, el patrono quiere que descansen en la villa hasta que él llegue para la cena.

Al oír el nombre de nuestro anfitrión, se desató por fin el nudo que sentía en mi garganta desde que Anderico me prometiera felices reencuentros. Apreté el paso, mientras Sebastián entregaba el carro al cuidado de unos mozos que se ofrecieron a ocuparse de él. Corrió para alcanzarme mientras yo me dirigía hacia el amplio *atrium* que se abría para recibirnos a la entrada del edificio. La estampa que se desplegaba ante nosotros resultaba muy bella: el patio de columnas estaba esmeradamente cuidado y profusamente adornado. Se encontraba cubierto de exuberante vegetación en toda su superficie, y en

varios sitios podían verse las distintas conducciones destinadas a llevar el agua hacia el edificio, en tanto que una pequeña fuente de piedra tallada con figuras de animales refrescaba el ambiente.

Una voz atronadora me hizo volverme, con una sonrisa.

—¡Por los clavos de Cristo, es verdad, el alano llorón ha vuelto! ¡Ven aquí, mocoso! —el enorme guerrero rubio se dirigió hacia mí—. No me lo podía creer —añadió—: cuando Anderico me envió un mensajero avisándome de tu llegada, pensé que por fin había acabado por volverse totalmente loco. ¡Ven aquí, muchacho! —me recibió con un fuerte abrazo que hizo crujir mi espalda.

Cerré los ojos con fuerza porque tantas emociones amenazaban con desbordarme, y sabía que cualquier leve brillo en mis pestañas me aseguraría ser el objeto de las chanzas de Gelimer durante toda la velada. Sin embargo, al separarme de su abrazo comprobé, divertido, que también sus ojos revelaban una profunda emoción. Aún sujetándome por los hombros, me miró de arriba abajo, sonriente.

—Pues sí que has crecido, chaval. —Reconoció, pensativo—. ¿También tienes ahora más seso, o sigues corriendo detrás de las primeras faldas que se agiten ante tus narices?

—Gelimer —exclamé—, todavía no me lo puedo creer. Amigo, ¡te hacía al otro lado del mar! ¡Y, por descontado, a Anderico también! Y te encuentro paseándote por el jodido *atrium* de una mansión romana. Y eso es lo de menos, ¿cómo debo llamarte ahora? ¿También te has cambiado de nombre? Tenéis que contarme muchas cosas, ¡muchísimas!, porque ya me explicarás cómo es que ahora me encuentro ante el *Dux Bellorum* y su lugarteniente... ¡Es para volverse loco!

Gelimer rio con ganas.

—Deberías haberte convertido a la verdadera fe, como te dije en su momento, zagal. Eso te permitiría entender que hay cosas que sin duda escapan

a nuestro entendimiento. –Soltó su pesado brazo sobre mi hombro–. Dime, ¿aún sigues clavando tu espada en la tierra cuando tienes problemas? ¿Sigues siendo tan jodidamente hereje como tus padres?

–No hables tan alto, amigo mío; hay otras personas que dirían que tú también eres un hereje. Donde vivo, en *Hispalis*, muchos estarían de acuerdo en que tú eres incluso más abominable que yo: al menos yo soy un bárbaro inculto, pero tú eres un hereje arriano que, aun conociendo las escrituras de Dios, osas poner en duda algunos de sus misterios.

–El credo arriano se ajusta mejor a una mente sencilla como la mía. Anderico, que debe ser bastante más capaz que yo, se codea con obispos cristianos, y si tiene que adorar a la santísima Trinidad, pues la adora. Por lo que a mí respecta, a nuestro pueblo ya le costó bastante aceptar al único Dios verdadero, como para que ahora me vengan con que hay tres, que además son el mismo. ¿Cómo pretenden que entienda eso, que a cualquier persona sensata le parece una patraña? Creo que los propios cristianos tienen que saber que les están tomando el pelo, que es un truco de los obispos para hacer sentirse idiotas a los demás. Pero bueno, como bien dice Anderico, ahora mismo tenemos una posición que defender dentro de la provincia, y todos los apoyos son pocos. Las familias aristocráticas de la zona son muy puñeteras, y para ellos la religión no es una opción. Así que Anderico va por ahí presumiendo de su compromiso con la fe cristiana, aunque yo sé que en el fondo todo eso le deben parecer paparruchadas.

Mientras Gelimer hablaba, se acercó a nosotros una joven cargada de toallas, que permaneció en silencio a nuestro lado hasta que este concluyó con sus disertaciones.

–Bueno, viejo amigo; chaval –dirigió un leve cabeceo hacia Sebastián, al que aproveché para presentarle. Cuando el vándalo le estrechó la mano, mantuvo una sonrisa forzada, aunque bien sabía yo que las efusiones de Gelimer debían de haberle dejado los nudillos doloridos–. En unas horas estará aquí Anderico. Os voy a dejar a ti y a tu joven amigo para que toméis un baño relajante en las termas de la casa, y luego Julia os proporcionará ropa

limpia para ambos. Descansad, pues os advierto que esta noche será muy larga.

La chica nos condujo por uno de los pasillos que salían del *atrium*, a través de distintas estancias, hasta que llegamos a las termas. Sebastián nunca había visto ningunas, yo sí había tenido ocasión, pero nunca había visto unas privadas, y mucho menos las había utilizado. La joven nos mostró la piscina de agua caliente y la de agua fría, dejándonos un par de toallas en uno de los bancos, y nos indicó, con voz suave, que cuando acabásemos el baño, encontraríamos nuestras nuevas túnicas en la habitación contigua.

—Sin duda he nacido para ser rico —exclamé, mientras me introducía lentamente en la piscina de agua caliente, disfrutando de la sensación del cálido líquido sobre mis músculos cansados—. Ven, Sebastián. No tengas miedo, ¡no te vas a ahogar!

—¿Estás seguro? Nunca me he metido en algo con tanta agua. ¿No tienen por aquí una buena tina, como las del patio de Villa Balbina? ¿Quién necesita tanta agua para lavarse?

—Vamos, no seas cobarde y métete en la piscina. Solo tienes que ocuparte de mantener la cabeza fuera del agua la mayor parte del tiempo. ¡Esto es la gloria!

Por fin el chico se decidió a acercarse, y se fue metiendo lentamente en el agua, manteniendo el cuello bien estirado. La placentera sensación del agua caliente acabó por relajarlo, y tardó poco en ponerse a chapotear suavemente, mientras observaba atento las ondas deslizarse por la superficie. Tras ver como me sumergía, probó incluso a meter la cabeza debajo del agua, tapándose la nariz con los dedos.

—Silas no se lo va a creer cuando se lo cuente. Un baño, ¡y nada menos que en casa del gran Andevotus! Espero que para cuando llegemos ya se haya extendido hasta *Hispalis* la noticia de su reputación. ¿Y quién es el gigante que nos recibió? Attax, me has contado historias sobre los fieros osos que abundan

en el frío norte, ¿es que acaso se mezclan en los linajes de los hombres para que nazcan tales guerreros?

–Anderico y Gelimer son reputados guerreros entre los vándalos. Pasé con ellos algunos años, y nos separamos cuando su pueblo se disponía a atravesar las columnas de Hércules hacia las provincias africanas. Lo que aconteció desde ese entonces hasta este día es algo que espero que me puedan narrar esta noche.

–Attax, mientras te escucho hablar me doy cuenta de lo poco que conozco de tu vida. Estás lleno de historias, ¡y de cicatrices! –señaló, riendo, las marcas blanquecinas que cruzaban mi torso. Luego su expresión se volvió algo más seria, pensativa–. Llevo años viéndote entre cosechas y ánforas, y de algún modo, tras unas pocas horas entre guerreros del norte, parece que encajes más aquí que en cualquier otro lugar.

Su reflexión me sorprendió. Yo mismo apenas deseaba reconocer lo revueltos que andaban mis pensamientos desde mi reencuentro con los vándalos. Accedí a relatar mi historia a Sebastián, esperando que hablar me ayudase a ordenar mis ideas. Antes de comenzar, le advertí:

–Ni una palabra de esto cuando llegemos a *Hispalis*, ¿eh? Tienes que prometérmelo; el Attax que tienes ahora ante ti es otra persona, ¿de acuerdo? –ni siquiera yo estaba seguro de eso.

–Tienes mi palabra. Lo juro por lo más sagrado –respondió, solemne, Sebastián.

–¿Recuerdas lo que te conté el otro día? –comencé–. Los vándalos, junto con los restos de mi pueblo, huíamos ante el ataque de los romanos de Astirius en los montes *Ervasios*. Los guerreros hicieron frente a la ofensiva romana formando un apresurado muro de escudos que permitiera a sus familias escapar hacia el sur con sus escasas pertenencias. Fariban habló unos minutos con los ocupantes del primer carromato que pasó por delante de nosotros, me acomodó entre los enseres que lo atestaban, y sin perder un minuto en

despedirse agarró sus armas y corrió a formar en el muro de escudos. Fue la última vez que lo vi.

>La carreta se desplazaba hacia el sur lo más rápido que podía. Cuando ya llevábamos alrededor de una hora de camino, y todavía resonaban en mis oídos los ruidos procedentes de la lejana batalla, sentí que aminorábamos la velocidad. Un instante después de detenernos, el rostro de un anciano asomó por la parte de atrás del carronato, donde me encontraba yo, asustado y hecho un ovillo. Se acercó, hablándome en voz muy baja para tranquilizarme, me tomó en sus brazos y me llevó hasta la parte delantera, donde me entregó a una mujer cuya larga melena rubia ya presentaba algunas hebras plateadas. Pese a la dureza de su mirada, que reflejaba en sus ojos la difícil vida que había llevado, el contacto de su mano fría sobre mi frente consiguió calmarme. Me acurruqué en su regazo, y poco a poco mis sollozos dejaron de escucharse.

>Esta mujer, que tan bien llegaría a conocer con los años, era Iselda, la madre de Anderico. El guerrero vándalo, que en esa época contaba con unos veinte años, se había quedado junto a su padre en el frágil muro de escudos que protegía la huida de la columna de carronatos. Los ojos oscuros de Iselda no dejaban de otear el horizonte mientras avanzábamos hacia el sur.

>Transcurridos unos días, algunas partidas de guerreros vándalos que habían sobrevivido al choque fueron dando alcance a la comitiva. Entre ellos se encontraba el joven Anderico, que acudió a reunirse con su madre. La primera vez que lo vi lo recuerdo sudoroso, sucio, con las ropas manchadas de sangre y los ojos llenos de pesar. Sollozando, se arrojó a los pies de su madre, que le acarició el cabello revuelto y lo ayudó a levantarse de nuevo.

>Más tarde descubriría el significado de esta escena. El padre de Anderico había dejado su vida en el muro de escudos, por lo que a partir de ese momento el joven tendría que asumir su papel al frente de su familia. Detrás del angustiado Anderico, otro joven guerrero, con un aspecto aún más salvaje, acentuado quizás por la fea herida que cruzaba su mejilla, aguardaba con la cabeza respetuosamente inclinada. Se trataba de Gelimer, primo del primero, que había sido adoptado de niño por los padres de Anderico tras

perder a su familia. Cuando me vio, se acercó a mí, y con un guiño me ofreció su mano y me alejó de la triste escena, para que su primo y su madre pudieran tener un momento de intimidad, y porque sospecho que leyó en mis ojos la desolación que él también había conocido, y quiso asegurarse que entre tanto dolor pudiera sentirme acogido y seguro. Me hizo mil preguntas estúpidas hasta que me hizo sonreír, y empezó a buscar palabras con las que seguirle el juego.

>Durante años, mi suerte fue la de Anderico y su familia. Vagamos, junto con su pueblo, por distintos puntos de la diócesis, en algunas ocasiones huyendo de los ejércitos enviados por Roma, y en otras asaltando granjas, pueblos y ciudades para conseguir botín. El salvaje Gelimer, siempre a la sombra de su primo, fue el encargado de instruirme en el arte de la guerra, tal y como su pueblo la entendía. Tras cumplir mis primeros diez años, pasaba tardes enteras con el vándalo, fortaleciéndome, aprendiendo el uso de las armas, la disciplina necesaria para el combate y los trucos que salvarían mi vida en una pelea de taberna. Él era un instructor duro, dado a los insultos creativos y a los retos imposibles, y yo me esforzaba en ser un alumno aplicado, tanto en mi preparación para la guerra como en seguirlo por el mal camino cada vez que se me presentaba la ocasión.

Después de cambiar la piscina de agua caliente por la de agua fría, nos dirigimos a la habitación contigua, donde tras las indicaciones de las sirvientas, nos tumbamos en sendos camastros en los que recibimos un masaje que terminó con la tensión acumulada desde el comienzo del viaje, aunque reconozco que el contacto de las manos suaves de la chica me dejó inquieto en algunos otros aspectos. Seguidamente nos vestimos con las túnicas que nos habían dejado.

–Sin duda, es la mejor ropa que he llevado en toda mi vida –aseguró Sebastián, impresionado por el agradable tacto de la tela.

Nos dirigimos a uno de los cubículos de la casa, donde descansamos unos minutos, hasta que un criado de la casa nos fue a buscar para llevarnos hasta el *triclinium*.

Cuando llegamos, la estancia se encontraba iluminada por multitud de lámparas de aceite y dispuesta para el banquete. Anderico y Gelimer nos esperaban de pie, ambos vestidos con sencillas túnicas similares a las que nos habían proporcionado.

Anderico me recibió con otro sentido abrazo.

–Cuando te vi no me lo podía creer, muchacho, te has convertido en todo un hombretón. –Sonrió–. Sigues pareciendo un desarrapado reñido con el barbero, y todavía hay algo en ti del mocoso que eras la primera vez que te vi, pero el tiempo no te ha tratado tan mal. Por cierto, disculpa mis modales ¿quién es tu compañero?

Reparé en que el chico se encontraba algo apartado de nosotros, y le hice una seña para que se acercara.

–Es Sebastián, un joven hispano de la hacienda donde trabajo en *Hispalis*. Es un buen amigo, y un buen compañero de viaje.

–¿La hacienda donde trabajas en *Hispalis*? ¡Por los clavos de Cristo! –rezongó Gelimer–. ¿Pero qué te han hecho, muchacho? No sé si te habrás dado cuenta, pero un lobo nunca será adecuado para cuidar de las ovejas –exclamó, meneando la cabeza–. Pero bueno, pasad y sentémonos, esta noche es para celebrar un reencuentro inesperado.

Pasamos al *triclinium* y nos acomodamos en los cuatro divanes que se encontraban preparados para nosotros. Enseguida los sirvientes de la casa comenzaron el trajín propio de un banquete. Se sirvió abundante vino y distintas viandas propias de la zona, incluyendo olivas de las mejores fincas, aves de caza, tiernas carnes y fino pan blanco.

Gelimer volvió a tomar la palabra.

–Y bien, ¿sigues disfrutando de las mieles del amor, muchacho? ¿Ya te ha dado tu mujer una decena de cachorrillos rubios y llorones que continúen la

estirpe alana en *Hispania*? –cruzó una mirada con Anderico y los dos se volvieron hacia mí, expectantes.

–Me temo que todos mis posibles retoños siguen siendo bastardos. Y ya me cuido yo bien de que esas mieles que dices no me duren más de unos veinte ajetreados minutos.

Los dos vándalos estallaron en sonoras carcajadas.

–Siempre fuiste demasiado orgulloso, muchacho, y no había manera de que le hicieras caso a los mayores. –Gelimer se frotó los ojos, tratando de contener la risa–. Estamos ansiosos por escuchar tu historia.

–Tenéis razón, pero no quiero ni una carcajada más –exigí, aunque bien sabía que las risas a mi costa estarían aseguradas mientras durara la velada.

A continuación, inicié mi relato, exponiendo con cierta teatralidad unos antecedentes que los vándalos conocían, pero no así Sebastián.

–Corría el año 428 del calendario cristiano. El rey Genserico de los vándalos y los alanos había ordenado el cruce de su pueblo hacia *Africa*. Yo, que en aquel momento contaba a la sazón con dieciocho años, junto con mi familia adoptiva –señalé a Anderico y Gelimer- y muchas otras familias de vándalos, me encontraba en *Malaca*, donde se organizaba la logística necesaria para el traslado hacia nuestro nuevo destino.

>Llevaríamos ya unas tres lunas en la ciudad, cuando me crucé por primera vez con la bella Aelia. Yo caminaba con paso arrogante por los alrededores del foro cuando la vi. Morena, esbelta, llevaba un vestido ceñido a la cintura y un poco suelto a la altura de sus hombros, por lo que se deslizaba levemente hacia un lado y hacia otro con sus movimientos, insinuando por momentos el inicio de un escote que nunca se llegaba a vislumbrar. Mis ojos la seguían, hipnotizados por el juego de la tela sobre su piel. Al percatarse de mis atenciones, me dirigió una mirada coqueta y apartó su largo cabello moreno con un gesto estudiado. Pensé que era la chica más

bonita que jamás hubiera visto. Cuando se acercó hasta donde estaba, cien frases galantes pasaron por mi cabeza, pero no estaba seguro de cual le agradaría, así que permanecí en silencio. Ella rio, satisfecha con el efecto causado, e inició una conversación que se alargaría durante horas.

>Aquella hispana de sonrisa inocente y cuerpo sensual me volvió totalmente loco. No tardó mucho en revelarme los encantos que ocultaba su vestido, y a partir de entonces a mis días les faltaban horas suficientes para satisfacer sus caprichos y cumplir con mis tareas. Durante días desatendí mis obligaciones en el campamento; reconozco que me gané a pulso las reprimendas que me dedicasteis –sonreí, avergonzado-. Ella era hija de un terrateniente de la zona, y también su padre comenzó pronto a preocuparse por las injustificadas ausencias de la niña de sus ojos. Tras unas cuantas riñas de consideración, y amenazas cada vez más serias de obligarla a contraer matrimonio con alguno de sus ricos pretendientes, Aelia me propuso su plan: huiríamos juntos de la ciudad para no volver jamás. Yo estaba más que dispuesto; desde que el rey Genserico dispusiera el embarque de nuestro pueblo, me disgustaba la idea de abandonar la tierra donde había nacido y crecido. Ciertamente era que mi vida aquí no había sido fácil, pero era la única que había conocido, y no le veía sentido a buscar un nuevo horizonte al otro lado del mar. Menos aún, si Aelia me lo pedía.

>Cuando faltaban menos de dos lunas para que se produjera el embarco, Aelia y yo nos citamos para comenzar, por fin, nuestro camino juntos.

Gelimer me interrumpió:

–Muchacho, lamento mucho no haberte tomado en serio cuando me confesaste tus intenciones. Pensé que sería solo un calentón, y confié en que se te pasaría pronto. Tú estabas insoportable en tu papel de jovencuelo enamorado, y yo tenía mil cosas en que pensar.

–Sé que fui un idiota. Siento haberme marchado de aquella manera... Y lo peor es que nuestra vida en pareja duró apenas tres lunas, el tiempo necesario para que la chica echara de menos las comodidades de su casa y decidiera que

ya había vivido todas las locuras permitidas para una joven de su posición. Tras unos días de escuchar sus llantos, la acompañé de vuelta hasta las puertas de la ciudad. ¡Espero que su padre la recibiera con una buena azotaina!

>A partir de ahí, solo tras la partida de los pocos amigos con los que contaba, con el corazón roto y el orgullo herido, recorrí distintos pueblos de la provincia en los que me gané la vida como pude, no siempre de forma honesta, ni mucho menos virtuosa, hasta que el azar quiso que, cuando llevaba algunos días malviviendo en *Hispalis*, Balbo se fijara en mí y me ofreciese una forma de ganarme la vida que había perdurado hasta ese mismo día.

Tanto Anderico como Gelimer rompieron a reír. Algo molesto, les fui arrojando uno a uno los cojines que había en mi diván.

–Y vosotros, ¿qué me contáis? ¡Por lo que yo sabía, tampoco deberíais estar aquí! –exclamé, enfadado.

–Disculpa, Attax, pero es que resulta aún más gracioso oír el final de tus propios labios. –Las lágrimas asomaban a los ojos de Anderico. Tras enjugárselas con el dorso de la mano, continuó–. Gelimer y yo hicimos apuestas sobre cuánto habría durado tu aventura amorosa. No hay nada más inconsciente que un adolescente enamorado... Aun así, te quiero felicitar por tu constancia: yo aposté por una luna como máximo, y Gelimer auguró no más de diez días. Cada tarde subíamos a la muralla de la ciudad esperando a que volvieras con el rabo entre las piernas.

Sonreí al escuchar eso. Creo que hasta que no volví a verlos, no fui consciente de lo mucho que los había echado de menos.

–Bueno, ya os habéis reído suficiente de mí. Me gustaría escuchar ahora vuestra parte de la historia. Pero antes, Sebastián, espero que hayas prestado atención a lo que acabo de contar, y que entiendas que no siempre es lo más inteligente pensar con lo que tienes en la entrepierna...

Anderico sonrió mirando hacia el joven, y comenzó a hablar.

–Recuerda que, cuando te fuiste de *Malaca*, el ambiente estaba ya algo enrarecido. El rey Genserico, que había accedido al poder tras la muerte de su hermano Gunderico, había tomado una actitud tiránica desde su ascensión al trono. Es cierto que no era una situación como para actuar a la ligera, pero el nuevo Rey se excedía en su celo. Muchos alanos de las escasas familias nobles supervivientes fueron convenientemente eliminados por sus temores a un nuevo resurgir de la identidad alana. Tras su decisión de abandonar la provincia, la situación empeoró: Genserico comenzó a relacionar cada crítica con una supuesta trama regicida, y cada gesto de desaprobación con un insulto airado a su persona, por lo que comenzaron a ser eliminados también aquellos cabecillas de familias vándalas importantes que habían mostrado abiertamente su desacuerdo con sus decisiones. El ambiente se volvió irrespirable.

>Por mi parte, sabes que nunca me sentí cómodo con la idea de marcharnos a *Africa*. Creo que mi padre no lo habría aceptado, y yo me debía, ante todo, a la memoria de mis antepasados. Dos semanas antes de marchar, el Rey convocó a algunos de sus guerreros más importantes a un consejo para coordinar el paso del estrecho. Yo también acudí, ya que mi posición, heredada de mi padre, me hacía merecedor de ese honor. En un momento de acaloramiento, cometí la estupidez de cuestionar alguna de las ideas del Rey, aunque mi comentario, desde mi punto de vista, fue sutil. Creo que esto, unido a la importancia relativamente escasa de mi familia, permitió que no se me hiciera eliminar en ese momento. Pero a partir de ahí supe que mi vida dentro de la nación vándala con Genserico como rey no era posible.

>Las situaciones de tensión se sucedían; algunos de los allegados de mi padre próximos a Genserico me advirtieron de que el soberano había hecho algunos comentarios preocupantes sobre mi persona. Me instaron a huir del campamento antes de que su dedo me señalara como el próximo a despachar.

>Era necesario encontrar el momento adecuado, pues no debía dar muestras evidentes de mis planes. Pero iban pasando los días, y los esbirros del Rey siempre se encontraban demasiado cerca, merodeando por donde trabajaba en la reparación de las embarcaciones o fisgoneando mientras organizaba la dotación de las provisiones.

>Finalmente, la ocasión surgió de forma inesperada cuando ya casi había perdido la esperanza de escapar a la sombra que se cernía sobre mí. Mientras las primeras familias embarcaban, el Rey recibió el preocupante mensaje de que los suevos de Hermegario aprovechaban nuestra marcha para traspasar las fronteras de la provincia y atacarnos en la retaguardia. A toda prisa, se organizó una partida de guerreros para repeler el ataque. Sin dudarlo un momento pedí al Rey que se me incluyera junto con mis hombres. Él accedió, supongo que con la esperanza de que los suevos le ahorraran el trabajo de eliminarme personalmente.

>Antes de partir enterramos nuestras posesiones en la casa en la que habíamos vivido en *Malaca*, con la esperanza de poder recuperarlas más adelante. Luego nos unimos, Gelimer, una veintena de mis más allegados seguidores y yo, a la mesnada del Rey.

>Pronto comprobamos que las noticias que nos habían llegado no eran tan precisas como esperaba Genserico: el contingente suevo aún no había traspasado las fronteras de la *Baetica*, y todavía se encontraba en la *Lusitania*. Pese a ello, el Rey decidió continuar hasta llegar a su encuentro. Trabajamos contacto con los suevos en las cercanías del río *Annas*; Hermegario, su caudillo, no nos esperaba. Nosotros estábamos muy lejos de nuestras bases, y ellos se encontraban dispersos en el territorio hispano tratando de saquear todo lo que pudieran en su camino hacia la *Baetica*.

>La batalla, ni siquiera debió recibir tal nombre, pues fue una matanza. Todos íbamos montados; la celeridad de nuestra acción era nuestra mejor baza, visto lo reducido de nuestro número. Nos abalanzamos sobre el desprevenido enemigo una turma tras otra y rompimos su formación antes de que hubiera pasado una hora desde nuestro primer contacto. El líder suevo emprendió la retirada, abandonando precipitadamente el campo de batalla. En ese momento vi claro cuál sería nuestra oportunidad: localicé a Gelimer y le ordené que reagrupara a nuestros hombres, mientras yo me dirigía hacia donde flameaba el estandarte del Rey para informarle de que el comandante enemigo huía hacia el norte con un reducido número de guerreros. Solicité su permiso para comenzar la persecución, y él me dio su visto bueno, aunque me insistió

en que debía regresar a toda prisa a la costa tan pronto acabara con Hermegario, ya que el embarque no se iba a retrasar. No habría piedad para el cabecilla enemigo. Y el pueblo vándalo pasaría a *Africa* aunque fuera lo último que hiciera Genserico.

>Clavamos espuelas y nos abrimos paso entre los pocos suevos que aún hacían frente a nuestra caballería. Seguimos las huellas de la precipitada huida de Hermegario y apretamos el paso de nuestras monturas. Alcanzarlos era tan solo cuestión de tiempo. Los suevos nunca han sido expertos jinetes: para ellos todos los caballos son iguales, no se preocupan en elegir a los mejores y entrenarlos para la batalla. Entraron en nuestro campo visual cuando todavía faltaba algo más de una hora para que se pusiera el sol. Eran poco más de una docena de hombres, además de dos caballos de carga que hacían que su velocidad fuera aún menor. El choque era inevitable. Primero soltaron a los caballos de carga; vista nuestra superioridad, ordené a Sigfrido que abandonara la formación y tratara de recuperarlos. Los restantes hombres formamos una cuña y espoleamos a nuestras monturas hasta que a los pobres animales les salió espuma por sus belfos. La mayoría de los suevos se dieron la vuelta y nos plantaron cara para procurar unos preciosos instantes de ventaja a su caudillo. El miedo se reflejaba en sus ojos, desde el momento en que tiraron de las riendas para ponerse frente a nosotros y solo vieron a un grupo de jinetes vestidos de cuero y hierro con las lanzas en ristre dirigiéndose hacia ellos a pleno galope. El choque fue tremendo.

>Solamente nos retrasaron unos segundos, pero fue tiempo suficiente para que su comandante y su escolta saltaran precipitadamente al *Annas* con sus monturas. Fui el primero en llegar a su altura, con Gelimer a mi izquierda. Sin aflojar la presión sobre los costados de mi caballo, embestí al suevo más cercano dejándolo ensartado en mi lanza antes de sacar mi *spatha* y buscar al siguiente adversario. Tras desviar con mi escudo un inocente golpe de espada del guerrero que se encontraba a mi derecha, le respondí con un brutal tajo que cercenó su brazo a la altura del codo. En ese momento, los hombres de mi retaguardia comenzaron a adelantar a los que habíamos empezado la escabechina en la primera fila, y permitieron que tomara consciencia del

desarrollo de la batalla. El enemigo sabía que estaba acabado, y su comandante se encontraba vadeando ya el caudaloso *Annas*. No fue necesaria la temeridad de perseguirlos: el peso de sus armaduras, el nerviosismo de los animales y la bravura de la corriente nos ahorraron el trabajo. Todavía estaban nuestros guerreros rematando al último jinete que había caído en el choque, cuando la corriente arrastró a aquellos desgraciados haciéndoles perder el equilibrio y llevándolos al fondo por el peso de sus armaduras. Así murió Hermegario, y así recuperamos la libertad y una nueva vida.

>Cuando nos reunimos con Sigfrido no podíamos creernos nuestra suerte: el comandante suevo viajaba cargado con una considerable fortuna. Dividí el botín entre mis hombres, tal y como habíamos hecho siempre, y preparamos el campamento para pasar la noche. Durante la cena conté mi plan a mis seguidores, y los liberé de su juramento de lealtad a mi casa: no tenían por qué seguirme ahora que yo abandonaba a nuestro pueblo, podían regresar al sur con la esperanza de cruzar con sus familias a una nueva tierra.

>Tan solo dos de mis guerreros, el viejo Hilderico, fiel a mi casa desde los tiempos de mi padre, y su recién desposado hijo Gunterico, solicitaron mi permiso para regresar con su familia. Sin dudarlos un momento se los otorgué, con la condición de que transmitieran el mensaje al Rey de que nuestra partida había sido un suicidio. Construimos nuestra historia con pasión, entre risas: el comandante suevo contaba con más hombres que lo esperaban lejos del campo de batalla, por lo que pese a lo enconado de nuestra resistencia sucumbimos heroicamente entre un mar de enemigos... Ahora que éramos más ricos de lo que nunca nos habíamos atrevido a soñar, les indiqué el lugar de nuestra casa en *Malaca* en el que habíamos escondido nuestras pertenencias, para que las repartieran entre las familias de nuestros guerreros que habían perecido en la batalla, así como para ellos mismos.

—De acuerdo, de acuerdo —interrumpí el relato mientras comía un puñado de pegajosos y dulces dátiles—. Pero me tenéis que explicar qué fue lo que pasó a partir de entonces, para veros convertidos en dos señoritos romanos —dije. Sebastián permanecía callado, sin perder detalle de la historia que estaba escuchando.

–No desesperes, mi joven amigo, ahora llega esa parte. Veo que el tiempo no ha calmado en ti esa precipitación que ya mostrabas hace diez años. Espero que la edad al menos te haya enseñado a elegir mejor a tus mujeres. –La risa casi hizo atragantarse a Gelimer con su vaso de vino.

–Como os contaba, después de la refriega en la que dejamos de existir para nuestro Rey, partimos, no hacia el sur, donde habíamos pasado los últimos años, sino hacia el oeste, pues debíamos asegurarnos de que nuestro pueblo había partido antes de dejarnos ver por estas tierras. Pasamos un tiempo recorriendo aldeas de pequeño tamaño, en las que no siempre éramos bien recibidos, hasta que pasados los meses tuvimos noticias de que los vándalos habían abandonado las *Hispanias* y se encontraban guerreando en las provincias de *Africa*. En ese momento emprendimos camino de nuevo hacia la *Baetica*, el lugar donde más cómodos nos habíamos sentido en nuestro largo vagar. Realmente el establecernos en los alrededores de *Corduba* se debió al azar, ya que nuestro destino inicial era *Malaca*. Una noche, Gelimer y yo acudimos a una taberna de la ciudad, mientras los muchachos holgazaneaban en un pueblo a las afueras, decididos a pasar un buen rato y a apostarnos unas monedas a los dados con los lugareños. La noche comenzó bastante aburrida, ya que los pocos parroquianos que se encontraban allí en ese momento no tenían mucho dinero que apostar; y así continuó hasta que, de repente, nuestra suerte cambió.

>Cuando el bueno de Gelimer ya se había cansado de jugar y se preocupaba más por la rolliza camarera que por los dados, apareció en la taberna todo un señor de la comarca. Su cuidada túnica y su cabello aceitado nos dieron, desde un primer momento, la impresión de que se trataba de un personaje de categoría. Además, tras él entraron dos individuos que parecían ser sus guardaespaldas, que hicieron que incluso Gelimer desviara la vista de la camarera para examinarlos, en previsión de que la cosa se complicara a esas alturas de la noche. Después de observar la escena, el individuo pidió un taburete para apuntarse al juego. Así pasamos unas horas, mientras sus escoltas no me quitaban ojo de encima, ni Gelimer a ellos, por otro lado. La suerte de ambos fluctuó, de manera que estuvimos ganando y perdiendo

alternativamente pequeñas sumas durante un rato, hasta que a los dos nos pudo la fiebre del juego. Subí la oferta de manera que el resto de lugareños se retiraron de la partida, y nos quedamos tan solo el recién llegado y yo. Tras perder las primeras manos, fui recuperando poco a poco todo el dinero. Mi oponente, frustrado por su mala racha, fue dejando a un lado la prudencia y se animaba con apuestas cada vez más arriesgadas, hasta se quedó sin un cobre. Pensé que se había acabado la partida, y me preparé por si empezaban los problemas con sus guardaespaldas, cuando Licinio, como supe más tarde que se llamaba, me pidió que no me levantara de la mesa, pues deseaba una última oportunidad para recuperar su dinero. Sacó de su túnica el título de propiedad de una pequeña hacienda que poseía a las afueras de *Corduba*; menos mal que mi padre siempre insistió en que aprendiera a leer el latín, porque así pude asegurarme de que el individuo decía la verdad. Nos apostamos su hacienda contra mi dinero. Y gané. Así de simple. Licinio procedió a redactar, allí mismo, unas nuevas escrituras con la cesión de la finca, por lo que cuando salimos de la taberna, aún atentos a sus esbirros, no tuviera el hispano mal perder, ya teníamos nuestro primer trozo de tierra en *Hispania* no ganado por medio de la espada.

>Realmente, la hacienda era un desastre, muchas veces pensé que Licinio sabía lo que se hacía cuando la apostó. Al principio me costó convencer a los muchachos de intentar establecernos allí, pero finalmente conseguimos poner en orden aquel edificio medio derruido, y con el tiempo y la contratación de algunos hispanos de los alrededores expertos en obtener buenos frutos de la tierra, sacamos adelante los campos de cultivo. La fortuna de un Rey empleada en poner una finca en producción.

Gelimer eructó para interrumpir la narración.

–Atiende, Attax, ahora llega el momento de la historia en que, al que yo pensaba que era un vándalo adulto, con dos dedos de frente, también le dio por comportarse como cierto jovenzuelo alano, que en lugar de cabeza solo tenía polla.

Anderico rio y continuó hablando.

–Al poco de comenzar nuestra vida en la villa, fuimos conociendo a nuestros vecinos. Entre ellos a Marcela, una joven viuda procedente de una aristocrática familia que llevaba varias generaciones en *Corduba*. Tras el fallecimiento de sus padres y de su marido, se ocupaba personalmente de llevar las riendas de su explotación. En esa época contaba con veinticinco años, y llevaba viuda desde los veinte; desde entonces, había rechazado con firmeza todas las propuestas para contraer nuevas nupcias, pues el trabajo en su villa ocupaba todas sus energías. Su anterior experiencia matrimonial no había resultado, además, todo lo grata que debería: su excesivamente pío marido no la hacía partícipe en absoluto ni de los asuntos de su heredad ni de su vida.

>Tras su muerte, Marcela pasó jornadas enteras entre papeles, títulos y facturas, hasta que consiguió poner en orden las cuentas. Con paciencia, una cuidada gestión y algunas inversiones afortunadas, la hacienda fue recuperando su prosperidad, y ella no estaba dispuesta a que un nuevo marido volviera a dejarla de lado y tirara por la borda el trabajo que le había costado conseguirlo.

>Tuvimos algunos problemas cuando se presentó en mi puerta para reclamarme las deudas que Licinio había dejado pendientes. No tardé ni diez minutos en enamorarme de ella. Aunque creo que los sentimientos también arraigaron pronto en su corazón, tardó algunas lunas en consentir. Finalmente accedió a casarse conmigo, y pasado menos de un año, contrajimos matrimonio y comenzamos nuestra vida en común. Yo me trasladé a la villa que ella poseía, dejando a Gelimer de encargado de la nuestra, y ambas haciendas pasaron a funcionar como si se tratara de una sola.

>Y así es como pasé a ser conocido como Andevotus; el marido de la noble Marcela, terrateniente entre los terratenientes de *Corduba*, con derecho a un puesto entre los que dirigen los designios de la región. A diferencia de mis iguales, seguí consultando todos mis movimientos con Marcela, buena conocedora de las motivaciones y debilidades de los principales de la zona. Siguiendo su consejo me convertí al cristianismo, renunciando al credo arriano: muchas puertas se fueron abriendo para mí.

>Así transcurrieron los años. En el 434, Marcela dio a luz a nuestro primogénito, al que pusimos el nombre de su abuelo, Marcelo Fulvio. Es un pequeño fuerte, espabilado y risueño que es la alegría de mis días.

Gelimer sonrió.

–Por lo que parece, ha heredado la complexión de su padre y la tozudez de su madre. Será un gran guerrero.

Anderico asintió, complacido, y se dispuso a concluir su relato.

–En este tiempo, mi posición se ha ido afianzando, por lo que cuando desde la vecina *Lusitania* llegaron mensajes de una invasión por parte del rey suevo Rechila, muchos de los nobles de la región me propusieron para comandar la defensa. En realidad, soy prácticamente el único que cuenta con experiencia en la batalla, además de poseer el rango necesario. Y, por qué no decirlo, creo que muchos ven también una ocasión para quitarse de encima sin mancharse las manos a un molesto vecino de origen sospechoso que ha llegado a acumular demasiado poder. En cambio otros –los más ingenuos, a mi criterio– aún recuerdan al magnífico Estilicón, el vándalo que durante años fue la espada que defendió al imperio de la oscuridad que representaban las distintas oleadas de invasores. ¿Por qué no podría ser el también vándalo, pero ya casi romano Andevotus, el victorioso paladín de la *Baetica*, el *Dux Bellorum* que llevara a sus hijos a la victoria?

>En un primer momento pensé en rechazar el ofrecimiento, pero las presiones eran grandes y además sentía que les debía a mis hombres la oportunidad de volver a luchar. Ellos siempre han deseado volver a sentir el frenesí de la batalla. –Sonrió tristemente–. Por mi parte, después de encontrar una compañera como Marcela, lo único que deseo es envejecer a su lado mientras el sol se pone en los dorados campos de nuestra villa. Pero parece que el destino me lleva otra vez hacia la batalla, y que habrá que defender con la espada la tierra donde deseo que mi hijo pueda crecer feliz.

–Vas a hacer que lllore, ¡déjalo ya! –exclamó Gelimer. Los cuatro rompimos en una sonora carcajada que diluyó la solemnidad del momento.

Anderico sacudió la cabeza.

–Pues esa es nuestra historia, joven Attax. Así es como ahora nos encontramos aquí, antes de emprender el camino hacia el *Betis*, con una partida de andrajosos que creen ser un ejército. Mañana iremos al campamento extramuros y pasaremos revista a las tropas. Nos gustaría que nos acompañaras, mientras, Sebastián puede pasar la mañana visitando la ciudad con alguno de mis sirvientes. Así que, amigos, apuremos el último vaso de vino y descansenmos cuanto podamos. Mañana será un día largo.

CAPÍTULO V

Llevábamos ya largo rato despiertos, comentando las historias de la noche anterior, cuando vino uno de los sirvientes de la casa a avisarnos de que el desayuno estaba preparado en la cocina. Sebastián aún no daba crédito a todo lo que había escuchado, y no bien había terminado de contestar a alguna de sus preguntas, ya tenía preparadas una decena más.

Recordé mi vida junto a la familia de Anderico. Iselda, su madre, murió cuando yo contaba apenas con nueve años, y el vándalo veintitrés, presa de una fulminante enfermedad que en pocos días apagó para siempre la voz con la que tan buenos consejos me prodigó. Recordé la dureza del rostro de mi amigo a partir de entonces, comparándola con la relajada expresión que mostraba en la cena de la noche anterior. Supe que el vándalo había encontrado la paz en su soleada villa del sur de *Hispania*; el destino es caprichoso, pensé. Nuestros pueblos recorrieron distancias asombrosas para que finalmente sus hijos nos establezcamos a tanta distancia de nuestros orígenes que ya ni siquiera tenemos claro en qué tierra buscarlos.

Gelimer nos esperaba en la cocina con una jarra de cerveza y un gran trozo de asado en su mano.

—¡Buenos días! —saludó—. Acercaos y desayunad algo. No te preocupes, Attax, desde que estamos aquí, esta es ya una casa civilizada donde se puede encontrar una buena cerveza con la que alegrar el estómago. Creo que fue precisamente porque algunas de las parcelas se dedicaron al cultivo de la cebada, por lo que no le aplasté el cráneo a Anderico cuando le dio por jugar a ser granjero. ¡Venga, sentaos! —exclamó, dejándose caer pesadamente sobre uno de los bancos.

Gelimer se encontraba ataviado como si fuera a entrar en combate después del desayuno. Llevaba el cabello recogido en una gran trenza castaña entreverada de hebras grises, y la barba rojiza aceitada en punta. Una túnica de lana de color oscuro le cubría hasta la cintura, y sobre ella llevaba una cota de mallas que le llegaba casi hasta las rodillas. Debe de ser carísima, pensé. Pocas cotas había visto en mis tiempos de correrías con los vándalos, y menos una de ese tamaño. Para terminar de protegerle las piernas, llevaba además unas gruesas botas altas de cuero con tachones destinados a desviar los golpes del enemigo. Sus armas reposaban en el banco contiguo al suyo: una espada corta al estilo de un *gladius* romano, y la gran hacha que recordaba de antiguas batallas. Cualquier otra persona necesitaría el uso de las dos manos para blandir semejante monstruosidad, pero el vándalo me había demostrado en muchas ocasiones que en su caso le bastaba con una.

Terminamos el desayuno y dejamos a Sebastián con el mayordomo de la casa. Gelimer me acompañó hasta las cuadras, donde nos esperaba Anderico. Al llegar, vi que se encontraba observando cómo sus sirvientes ensillaban tres monturas.

–Buenos días, Attax –saludó–. Espero que hayas dormido bien.

–Hacía mucho tiempo que no descansaba tan bien, y más rodeado de viejos amigos. Tan solo eché en falta que enviaras alguna guapa sirvienta a mi habitación. Porque me hubiera conformado con una, no te iba a pedir dos.

Gelimer palmeó mi hombro.

–Siempre me caíste simpático, bribón, incluso cuando pensaba que eras un mojigato enamorado. –Se giró hacia su primo–. Ha estado muy mal por tu parte no hacerle ese favor al chico, Anderico. Recuerda que no todos somos como tú, que solo necesitas a una hembra.

–Lo lamento, Attax, pero la chica que te envié debió equivocarse de habitación; yo le indiqué claramente que fuera al dormitorio donde descansaba

un apuesto muchacho, pero se ve que con esa descripción no logró encontrarte –respondió Anderico, mientras Gelimer casi se ahogaba entre carcajadas.

Anderico se acercó a mí y, esta vez con seriedad, comenzó a hablar con su mirada clavada en mis ojos.

–Attax, te he pedido que vinieras hoy con nosotros porque tengo que proponerte algo. –Hizo una señal a uno de los jóvenes que se encontraba en las caballerizas, que asintió con la cabeza y se dirigió a cumplir la orden de su señor.

–Hablo tanto por mí como por Gelimer –su primo asintió–. Muchacho, no te escondo que la batalla que estamos a punto de trabar se presenta difícil y de final incierto. Los suevos con los que nos enfrentaremos son guerreros avezados en la lucha, y por el contrario en nuestras tropas muchos no han empuñado nunca un arma. Lo mejor con lo que contamos son las compañías de milicias de la ciudad, unos pocos centenares de mercenarios para los que he conseguido que el Consejo me otorgue fondos, y sin duda nuestra guardia vándala, que no suma más de cincuenta hombres, pero confío en ellos como si fueran un millar. Attax, cualquier ayuda es poca para esta tierra. Y tú no eres cualquiera: has sido instruido por los mejores –sonrió, señalando a Gelimer–. Sabemos que ahora tienes otra vida, pero esta tierra te necesita, y tus amigos te necesitan. No solo nosotros que estamos aquí contigo, sino también los que hayas podido dejar en *Hispalis*. Una vez acabemos con esto, y si Dios quiere resultamos vencedores, no te retendré si quieres regresar.

En ese momento entró el mozo que había atendido a la seña de Anderico. Ayudado por otro muchacho, cargaba con un equipo completo para la batalla, que depositaron a mis pies.

–Esto es para ti. Eres libre de utilizarlo hoy o más adelante; considéralo un regalo de tus hermanos.

Asombrado, admiré el equipo que se encontraba frente a mí. La cota de malla era muy similar a la que portaba Gelimer, con finos eslabones de hierro

entrelazados. Además había una larga *spatha* y un corto *gladius*, un casco sencillo con un protector nasal y otro para la nuca, una túnica verde oscura y un escudo de madera forrado con cuero y tachonado de hierro. Era más de lo que había poseído nunca. Solo la cota valía una fortuna que muy pocos se podían permitir.

Podría decir lo contrario, pero lo cierto es que no me costó ni un minuto decidirme. Volví a mirar el equipo y luego desvié la mirada hacia los vándalos, que aguardaban expectantes mi respuesta.

–Podéis contar conmigo –dije.

Gelimer resopló, me pareció que había estado conteniendo la respiración. Me sentí tranquilo. Creo que desde que volví a ver a Anderico supe en mi interior que debía retomar el camino a su lado que mi insensatez había interrumpido tantos años atrás. Valoré el tiempo pasado con Balbo, que me había enseñado a apreciar mil cosas importantes en la vida diferentes a la batalla y a lo que esta representaba. Pero, de algún modo, mi sitio siempre estuvo entre los vándalos, lo más cercano a una familia que recordaba.

Pensar en mi vida en la finca me hizo recordar de inmediato a Sebastián y la peculiar situación que viviría el joven esos días.

–Pero el muchacho no, Anderico, él debe mantenerse al margen. Es muy joven, y no está preparado para luchar.

Anderico asintió.

–Pues no se hable más. Dejo en tus manos lo que pase después de la batalla. Si quisieras vivir en *Corduba*, nuestra casa es tu casa: siempre tendremos sitio para uno de los nuestros. Si decides volver a *Hispalis*, te llevarás nuestro aprecio para siempre, como solo puede tenerlo un miembro de nuestra familia. Ahora ponte el equipo, e iremos a echar un vistazo a las tropas. ¡Marcial! –gritó–. Ayuda al señor a equiparse y prepárale a *Corvus*. En diez minutos nos encontraremos en la entrada.

Acercándose a mi lado, apretó mi hombro mientras me decía:

–Bienvenido a casa, hermano.

Cuando llegué a la entrada de la *domus*, montado en el oscuro *Corvus*, una decena de guerreros perfectamente equipados ya se encontraban preparados junto a los dos vándalos. Partimos rumbo a donde se encontraba el improvisado campamento.

Durante el camino mucha gente se paraba a vitorear, o simplemente a curiosear, a nuestro paso. Anderico iba en vanguardia, yo lo seguía junto a Gelimer, y después, también de dos en dos, marchaban el resto de guerreros. Todos mantenían una cierta uniformidad en sus ropas: túnica de tono verde oscuro parecida a la mía y una panoplia similar, con algunas peculiaridades según el gusto de cada guerrero. Recordé que Gelimer solía decirme, hacía lo que a mí me parecía una eternidad, que los guerreros pueden llegar a ser más presumidos que las doncellas. Según pude descubrir, nuestros acompañantes eran todos vándalos que, de una manera o de otra, habían terminado encontrando a Anderico, que los iba reclutando para su propia guardia de *corps*. Como me explicó Gelimer, la uniformidad de los guerreros servía al propósito de su líder de proporcionar a la plebe un espectáculo que le transmitiera confianza ante los inciertos tiempos que se avecinaban en la provincia. Nada mejor que disponer de una tropa que inspirara seguridad para hacerse con el control de la situación. Pero además de ofrecer una buena imagen, la guardia vándala era probablemente la mejor compañía de la que disponíamos. Todos sus miembros eran avezados guerreros que habían servido a diferentes nobles vándalos desde hacía años en los distintos territorios de la península. El más joven de ellos rondaría la treintena, y el mayor apenas llevaba algunos años a Gelimer y su primo.

Al llegar a la puerta de la muralla, los guardas se aprestaron a hacer un espacio para que pudiéramos traspasarla sin problemas. Una vez fuera, nos dedicamos a recorrer los irregulares caminos que se habían formado dentro del campamento. Anderico saludaba a todos los hombres que veía, a algunos incluso por su nombre, lo que no dejaba de sorprenderme. Mientras él se iba

parando de cuando en cuando para atender a los requerimientos de algunos guerreros y cambiaba impresiones con ellos, pude comentar con Gelimer su particular –y siempre ácida– visión de la situación. El vándalo confiaba sin lugar a dudas en su compañía, y también, aunque en menor medida, en la guardia armada de la ciudad y en los grupos de mercenarios, cada vez más numerosos, que su primo integraba en el ejército, pero su impresión sobre los voluntarios era harina de otro costal.

Lo que en un primer momento había comenzado como un sentir popular encabezado por los terratenientes de la comarca, derivó en que los mismos que defendían la creación del ejército acabaron por enviar, en el mejor de los casos, a algunos de los campesinos que trabajaban sus tierras, y en el peor, a unos pocos esclavos para cubrir su cuota de participación, mientras ellos y sus familias continuaban a salvo en sus lujosas villas. Por lo menos en la ciudad era distinto, comentaba Gelimer. Cierto era que los mercaderes más ricos y algunos ciudadanos también se habían escabullido del llamamiento, pero otros muchos sí habían acudido, curiosamente en su mayor parte aquellos que tenían menos que defender.

–El que no es capaz de defender su tierra no debería tener derecho a poseerla –gruñía el vándalo a quien le quisiera escuchar.

La revista al campamento duró hasta bien entrado el mediodía. Los vándalos estaban asfixiados dentro de sus armaduras –a mi lado, Gelimer sudaba como un puerco–, pero a Anderico el calor apenas parecía afectarle. Por fin pareció darse por satisfecho, e indicó a la comitiva que se encaminara de nuevo hacia la ciudad.

Anderico se colocó junto a mi montura, y sin perder de vista a los que le saludaban, preguntó:

–¿Qué te parece, muchacho? Y no me digas que no irías con ellos ni a tomarte una cerveza, porque esto es lo que hay... –mientras hablaba no dejaba de dedicar inclinaciones de cabeza a los transeúntes.

–Confío en ti, en Gelimer y en tus hombres. Y en esto –agregué, llevando mi mano hasta mi larga *spatha*–. Pero no sé qué decirte sobre el resto. Mi primera impresión es que quizás podrían desenvolverse bien en una batalla donde las cosas fueran de cara, pero no creo que fueran capaces de reponerse en una situación desesperada.

Anderico, sonriente, atizó un puñetazo amistoso en mi hombro y contestó:

–Entonces no hay problema, muchacho, ¡para esas situaciones ya estamos nosotros! –Adelantando su caballo, volvió a tomar la posición de vanguardia de la pequeña columna.

Esa noche cenamos con varios representantes del consejo de la ciudad en la *domus* de Anderico. La enorme casa se adecuó a la ocasión, y se preparó con esmero la recepción de los invitados. Los sirvientes que estarían en el *triclinium* fueron convenientemente seleccionados y pulcramente vestidos. La intención de Anderico era que los nobles hispanos se llevaran la mejor impresión posible, y valoraran lo identificado que se encontraba con sus costumbres romanas.

Tanto yo como Sebastián fuimos invitados a la cena, para la que nos esmeramos en acudir lo más elegantes posible. Después de darnos un buen baño permití incluso que una de las chicas de la casa trenzara mi largo cabello. Los distintos invitados representaban a la flor y nata de la aristocracia de la provincia; incluso se encontraban entre ellos algunos descendientes de las antiguas familias senatoriales que se establecieron en la *Baetica* tres siglos atrás.

Desde un primer momento me percaté de la cortés frialdad con la que algunos de los invitados trataban a su anfitrión, cosa que no parecía hacer mella en el vándalo. Una vez estuvieron todos los comensales en el *triclinium*, sirvientas escogidas por su belleza empezaron a servir el vino mientras comenzaban a aparecer los distintos platos que componían el menú de la

noche. No faltaron las carnes típicas de la comarca, las aves delicadamente presentadas, e incluso pescados frescos del río *Betis*.

La cena comenzó con ánimos relajados; los asistentes valoraron la idoneidad de la tropa y las últimas noticias sobre el contingente invasor. Según el último recuento, nuestro ejército estaba compuesto por casi un millar y medio de hombres, a la espera de algunos rezagados que se incorporarían a lo largo de los días siguientes. Aun así, suponía que la cifra difícilmente se incrementaría más allá de los dos mil efectivos, de los que apenas la mitad podían considerarse válidos para la lucha. Las noticias del lado suevo eran bastante inquietantes. Como siempre, había partidarios de distintas interpretaciones. El rey suevo Hermerico acababa de abdicar a favor de su hijo Rechila, lo que para unos era una ventaja por la supuesta bisonería del nuevo Rey, y para otros añadía incertidumbre sobre cuál sería su proceder.

Lo que estaba claro por las noticias que se tenían era que un ejército suevo de alrededor de dos mil guerreros se encontraba dispuesto a entrar en la provincia. Pese a la supuesta igualdad de fuerzas en cuanto al número, solo aquellos que no hubieran entrado nunca en combate –como era el caso de muchos de los terratenientes allí sentados– podían creer que campesinos o ciudadanos de a pie reclutados para la lucha, podrían competir en igualdad con tropas acostumbradas a luchar por cada palmo de terreno desde que penetraran por el paso de los Pirineos casi treinta años antes.

Cuando ya teníamos el estómago repleto, Gelimer se inclinó hacia mí, diciendo:

–Creo que necesito tomar un poco el aire, ¿te vienes?

Me levanté y lo seguí hacia el patio. Cuando estábamos lo suficientemente lejos como para que no nos oyeran desde el *triclinium*, el vándalo exclamó, despreciativo:

–Valientes maricones. Quédate con sus caras, amigo, porque a ninguno de ellos los verás en el campo de batalla –aseguró, escupiendo hacia el jardín–.

Al menos el que se sienta al lado de Anderico, Olimpiodoro, envía a su hijo con un puñado de godos que ha contratado; el resto esperará que los mantengamos a salvo, y si vienen mal dadas ya pondrán el culo si es necesario para que Rechila no queme sus fincas. Pero bueno, al fin y al cabo, no sé tú, pero yo nunca he sabido hacer otra cosa en mi vida que luchar, y mis viejos huesos necesitan algo de acción después de estos años de hacer de granjero civilizado. En fin, vamos a descargar la vejiga y volvamos, que el pobre Anderico corre peligro solo entre tanto catamita.

Cuando volvimos a la sala, el vino ya había empezado a hacer su efecto y muchas de las lenguas se habían soltado. Uno de los comensales, llamado Valerio, que provenía de la vecina *Carmo*, donde se preciaba de ser uno de sus ciudadanos más reputados y poderosos, se encontraba en ese momento haciendo un llamamiento exaltado al conocido valor romano. Anderico lo escuchaba respetuosamente y asentía con expresión neutra, mientras el individuo iba enumerando distintas hazañas llevadas a cabo por sus antepasados y por otros romanos en tiempos pretéritos. Incluso llegó a mencionar –de manera ciertamente inadecuada, en honor a su anfitrión– al *comes* Astirius, quien había demostrado una vez más la superioridad de Roma frente a las bandas indisciplinadas de bárbaros. Durante lo que me pareció una eternidad, tan solo el crepitar de las lámparas de aceite rompió el sepulcral silencio. A Gelimer parecía que se le querían salir los ojos de las órbitas, y hacía ostensibles esfuerzos por mantenerse tumbado en su diván. En cambio Anderico mantenía el rostro relajado e hizo el amago de tomar la palabra, cuando Olimpiodoro, que se encontraba a su lado, se puso en pie y propuso un nuevo brindis a la multitud.

Olimpiodoro era un hombre ya mayor, cuyo cabello blanco comenzaba a ralearse. Calculé que podía rondar la cincuentena. Por lo que me había contado Gelimer, su elevada posición entre los principales de *Corduba* le confería una notable ascendencia sobre el resto de hispanos presentes en la cena.

–Como ha dicho Valerio –comenzó, inclinando su copa hacia él–, brindemos por los grandes generales al servicio de Roma: por el gran Astirius, por el gran Constantino, y por el gran Flavio Estilicón. –Sonrió a

Anderico y le ofreció su copa. Acto seguido, mirando a la concurrencia, propuso un nuevo brindis—. Y por Marcelo Andevotus, el *Dux Bellorum* de la *Baetica*, el hombre en quien depositamos las esperanzas de la provincia en estos tiempos difíciles.

Todos los presentes se unieron al brindis y a los vítores. Cuando ya se había calmado la algarabía del momento, Andevotus —por primera vez pensé en él con el nombre del personaje que había forjado en estos años y que esa noche le tocaba interpretar— se levantó de su diván y se dirigió a su vez a la concurrencia. Para esa noche había elegido una sencilla túnica blanca de buena calidad con ribetes en rojo, además de unas elegantes sandalias de cuero. Su atuendo, unido a su cuidado corte de pelo y a la fluidez con la que hablaba el latín, hacía que pasara por un hispano más. Tan solo su estatura, superior a la media, y los tonos rojizos de su cabello revelaban su origen extranjero. Dirigió sus ojos en primer lugar hacia Olimpodoro.

—Muchas gracias, amigos, por vuestras amables palabras, mas no merezco aún ese título. Mi cometido es únicamente luchar por la libertad de esta tierra, y proteger esta comarca y a sus gentes, mis gentes— subrayó—, frente a la barbarie y los saqueos. Mi deber es conducir a vuestros hijos al campo de batalla —desvió su mirada hacia Valerio, que tragó saliva pero trató de sostenerla, pues bien sabían todos los presentes que él mismo había eludido tal responsabilidad—, y obtener para esta tierra la tranquilidad que ansiamos después de años de agitación e incertidumbre. No será una labor sencilla, ni mucho menos: el enemigo es despiadado y ha vivido durante toda su vida de lo que otros han trabajado. Yo los conozco —miró a Gelimer— y mis hombres también. Son fieros, pero no les tememos.

Hizo una pausa, mientras recorría con su mirada a la concurrencia. He de reconocer que sabía mantener la atención: mientras duró su silencio, hubiera podido escucharse el aleteo de una mariposa. Con tono firme, retomó su discurso.

—En cambio, sobrados motivos tendrían para temblar esos bárbaros —no pude evitar sonreír cuando escuché esa expresión de sus labios. Bajé los ojos

cuando posó su mirada en mí—. Deberían temblar al ver que se enfrentarán a la caballería de Attax de los alanos —sorprendido, alcé la mirada y vi que me señalaba. Intenté componer una expresión marcial, y él asintió con la cabeza—. Los alanos, reyes de la estepa. —remarcó—. También deberían temblar al recordar que mis hombres y yo mismo enviamos al infierno al suevo Hermegario y a sus hombres en el *Annas*, y ahora estamos dispuestos a hacer que Rechila y los suyos paguen de la misma forma por su osadía. Y sin duda temblarán al saber que encontrarán frente a ellos a los hijos de esta tierra, que lucharán hasta su último aliento por su libertad y la de sus familias —cruzó su mirada con la de Olimpodoro, e hizo una breve pausa para contrastar el efecto de sus palabras en los comensales—. Mi mujer y mi hijo, al igual que los vuestros, esperan que los hombres de *Corduba* pongamos fin a esta amenaza para que podamos vivir en paz, disfrutando de nuestra bendita tierra. Esperan que enviemos al infierno a los invasores, y eso es lo que haremos. Entregaremos nuestras vidas si es preciso, pero lo lograremos. Por eso tan solo os pido una cosa: no dudéis en sacrificar hasta lo máspreciado en el campo de batalla, porque es la única manera de conseguir lo que esta tierra merece: su libertad.

Esta vez el silencio no tardó en romperse, desbordándose en una ensordecedora algarabía. Algunos de los asistentes comenzaron a repetir el grito: *¡Dux Bellorum! ¡Dux Bellorum!*, y pronto todo el grupo se unió a ellos, acompañando las palabras con fuertes golpes en la mesa que hicieron retumbar el suelo de la sala. Observé que incluso Valerio gritaba con ganas.

Al terminar la cena los invitados fueron abandonando la villa. Anderico los iba despidiendo, asegurándose de cruzar algunas palabras con cada uno. Cuando por fin el último de ellos cruzó la puerta, se derrumbó en uno de los divanes, agotado.

—Esto es peor que una jodida batalla. Por lo menos, los suevos llevarán las espadas a la vista, pero en esta sala había algunos egos que, mal manejados, pueden resultar más destructivos que el acero más afilado. La exaltación del momento ha hecho fácil arrancar algunos compromisos, pero no sé cuántos

quedarán mañana en meras palabras y cuántos aflojarán realmente la bolsa para pagar algunos soldados más.

Gelimer palmeó su espalda, y nos retiramos a descansar, mientras los atareados sirvientes comenzaban a hacer balance de los desperfectos que la entregada respuesta de los comensales al apasionado discurso de Anderico había causado en el menaje.

Al día siguiente, me dirigí temprano al estudio de Anderico, quien, como nos había dicho, se encontraba desde primera hora trabajando sobre los informes que le habían llegado acerca del enemigo, y organizando las interminables listas del material y los víveres que requería el inminente traslado del ejército.

–Buenos días, amigo. Pareces un auténtico señor romano, estilo en mano y rodeado de tablillas; menos mal que nos tienes aquí a mí y al salvaje de Gelimer, para asustar a tus aristócratas con nuestras amenazantes pintas de matones incivilizados.

Anderico se rio y me pidió que tomara asiento.

–¿Qué te trae por aquí tan temprano? Con la cantidad de vino que tomaste anoche te hacía dormido, soñando con alguna joven de generosas curvas.

–Estoy algo preocupado por Sebastián. Es un buen chico, y no me gustaría que le pasara nada. Aunque tras escucharte anoche está más que dispuesto a correr hacia los suevos en primera fila, sé que él no está hecho para esto.

Anderico me interrumpió.

–En eso discrepo contigo. A mi entender, ese es el gran problema de mucha de la gente de esta tierra. Yo nací justo antes de que mis padres y los tuyos pasaran a este lado de los Pirineos, atendiendo a la llamada de Maximus y Gerontius, y desde entonces guardo memoria de todos los lugares por los que hemos pasado y vivido más o menos tiempo. Si pienso en nuestros inicios en la que ahora recuerdo como fría y pobre *Gallaecia*, donde viví hasta hacerme

un hombre, pasando por *Lusitania* y las expediciones hacia la *Carthaginense*, e incluso nuestra aventura de saqueo hasta las *Balearicas*, toda esta perspectiva me permite decir que esta es, probablemente, la mejor tierra en la que hemos vivido, y siento que vale la pena defenderla. Así que no puedo entender porqué estas gentes se empeñan en eludirlo. Cuando nosotros teníamos la edad de Sebastián ya habíamos luchado y matado decenas de enemigos que amenazaban nuestras vidas y la de nuestras gentes, porque era lo necesario, y porque no podíamos esperar que nadie hiciera eso por nosotros.

–Estoy de acuerdo con lo que dices, pero la vida que Sebastián ha llevado en *Hispalis* ha sido hasta ahora tranquila, y no ha tenido que acabar con sus propias manos salvo con los pollos que la cocinera le pide que mate para sus guisos. Nunca me perdonaría que al muchacho le pasara algo. Te pido que durante el período que estemos en campaña permitas que él permanezca aquí a salvo, y que una vez hayamos regresado pueda regresar a *Hispalis*.

Anderico estudió un instante mi semblante, y asintió con la cabeza.

–Haremos algo aún mejor, amigo. Dentro de pocas semanas partiremos con el ejército, y antes quiero enviar un mensajero a Marcela y Fulvio Andevotus. Hasta ahora el trayecto hacia la villa ha sido seguro, pues se encuentra en dirección sureste, a dos días de camino desde aquí. Sebastián puede acompañar a mi mensajero y permanecer en la villa hasta nuestro regreso. Allí estará a buen recaudo, porque antes de venir para la ciudad lo dejé todo dispuesto. La villa cuenta no solo con sus siervos y trabajadores, sino también con una decena de guerreros de confianza que dejé con la tarea de proteger a mi familia. Supongo que recuerdas a Atanarico. –Asentí, recordaba bien a Atanarico. Ya debía de rondar la cincuentena, pero siempre había sido un luchador formidable y desde que yo tenía uso de razón había servido fielmente a la familia del vándalo—. Pues está a cargo de la defensa de la villa, así que no hay nada que temer.

>Bueno, preocupémonos ahora por hacer que esa chusma que está a las afueras de la ciudad parezca un ejército en menos de una luna, porque es nuestra única oportunidad. Ve y dile a Sebastián que esté preparado para partir

mañana. Y nosotros nos veremos al mediodía en el patio, nos espera un arduo trabajo con los reclutas.

–Acerca de eso, ¿quieres explicarme a qué vino anoche ese enaltecimiento del pueblo alano? ¡Casi haces que se me derramara el vaso de vino!

–Esta gente necesita héroes, amigo. Necesitan pensar que los mejores se encuentran a su lado. Anoche me pareció que sería una buena idea darles esa esperanza. Ahora mismo, te ven como una especie de centauro en perfecta unión con tu montura, y sus hijos se pelearán por cabalgar a tu lado con el sueño de romper la formación enemiga. He vivido muchos años contigo y sé que eres un gran luchador, Attax, no solo lo aparentas, sino que además lo eres. Aún recuerdo como cuando no eras más que un mocoso de diez años ya montabas mejor que yo mismo. Por las noches, Gelimer, después de pasar la tarde contigo, me aseguraba que tu madre probablemente había sido una yegua, porque nunca había visto a nadie con esa soltura encima de un caballo –rompió a reír–. Sé que la responsabilidad es grande, pero también sé que puedo confiar en ti. Además, estarás rodeado de hombres competentes, como el hijo de Olimpodoro; es un buen muchacho. Si te parece bien, será tu segundo. Además, te asignaré una veintena de mis mejores hombres como guardia personal. Apóyate en Ilderico, es un auténtico asesino, pero además tiene cabeza. Te lo presentaré más tarde en el campamento.

–Amigo, lo que haces por mí es demasiado. No sé si podré corresponderte, pero te aseguro que lo intentaré con todas mis fuerzas.

–Lo sé, y no me preocupas tú, me preocupan las señoritas que se encuentran por fuera de la muralla –se pasó la mano por el cabello con gesto tenso–. En fin, tengo que continuar sumando *modius* de trigo. Nos veremos al mediodía.

Me despedí y fui a buscar a Sebastián. Dimos un tranquilo paseo, y me mostró algunos de los lugares que había visitado de la ciudad. Mientras caminábamos, aproveché para comunicarle lo que había decidido junto con

Anderico. Tras algunos intentos fallidos de convencerme de que lo lleváramos con nosotros, terminó por acatar la decisión, aunque a regañadientes.

Me reuní con Anderico y su primo en el patio para emprender el camino hacia el campamento. Durante el trayecto se nos unió Olimpiodoro, el hijo del aristócrata del mismo nombre que brindara por el *Dux Bellorum* durante la cena de la noche anterior. El joven tendría unos pocos años menos que yo. Pese a la pose de tranquilidad que pretendía mostrar se le notaba ligeramente nervioso, pues cada cierto tiempo se mordía inconscientemente el labio inferior. Una veintena de mercenarios montados se encontraban con él. Godos, como me había dicho Gelimer. Bien pertrechados, pero quizás demasiado seguros de sí mismos. Sin embargo, Olimpiodoro me gustó desde un primer momento: su mirada franca, sus correctos modales y su modestia sincera invitaban a confiar en él.

Al llegar al campamento Anderico convocó al resto de mandos para hacernos partícipes a todos de sus planes. El ejército tendría una pequeña partida de caballería, ya que no disponíamos de demasiadas monturas ni de hombres suficientemente preparados para conformar un cuerpo más poderoso. Yo sería responsable, con Olimpiodoro de segundo, de una de las alas, compuesta por un centenar de hombres, entre los que se encontrarían los mercenarios godos del hispano y una veintena de vándalos. El resto, hasta completar la compañía, debía seleccionarlos entre los hombres del campamento, preferentemente de entre los nobles de la ciudad que tuvieran alguna experiencia como jinetes. Nadie puso ningún reparo a sus disposiciones, ni tan siquiera Olimpiodoro, que probablemente hubiera ostentado el mando de la turma de no ser por mi aparición. Sin embargo, no vislumbré resentimiento alguno en sus ojos. Para los allí congregados –salvo para mí– resultaba una decisión lógica, ya que era evidente que contaba con la confianza del todopoderoso *Dux*, y las palabras que me había dedicado durante la cena me avalaban ante sus ojos. Deseé con todas mis fuerzas no cruzarme en el campamento con ningún hispalense capaz de señalarme como el sirviente de un comerciante.

Anderico miró en derredor por si hubiera alguna duda y continuó. Se crearía otra ala de caballería con el mismo número de hombres, que estaría bajo el mando de un hispano de nombre Orosio, natural de la vecina *Astigi*, que acababa de llegar a la ciudad procedente de sus tierras con una cincuentena de buenos combatientes a caballo. Anderico lo conocía desde hacía algunos años, y lo tenía en alta consideración. Igualmente, se completaría con una parte de los mercenarios contratados, algunos hombres del *Dux*, y con el resto de los hispanos nobles que se habían sumado al ejército.

La mayor parte del ejército lucharía a pie, y estaría organizado en centenas de hombres, en las que se intentaría combinar aquellas unidades más experimentadas con otras noveles, de manera que cada una estuviera compuesta por guardias de la ciudad, mercenarios y voluntarios en número similar. Tan solo tres de las centenas no seguirían ese patrón: la que comandaría el propio *Dux*, compuesta exclusivamente por vándalos, que si todo se desarrollaba según lo previsto lucharía en el flanco izquierdo del muro de escudos, donde más expuestos se encontrarían los hombres si la caballería no lograba su objetivo. La centena que ocuparía el centro de la formación, a las órdenes de Gelimer, que también estaría compuesta únicamente por vándalos, y que sería la encargada de cargar contra el frente enemigo en caso de que se requiriera romper el muro de escudos suevo y atravesar su formación. Y por último una centena de reserva, que reforzaría aquellos puntos en los que el combate fuera más encarnizado, que estaría al mando de uno de los cabecillas locales en los que más confiaba Anderico, y que contaría a partes iguales con mercenarios godos y guardas de la ciudad.

Anderico fue nombrando sucesivamente los distintos capitanes de cada centena, que deberían ponerse en marcha lo antes posible para reclutar a sus hombres y comenzar a planificar un apresurado entrenamiento destinado a garantizar que, por lo menos, nuestros soldados no se ensartaran unos a otros con sus propias lanzas. Evidentemente, él no lo expresó de esa manera. Por fortuna, se le daba bien la retórica.

Para organizar los suministros de armas de los que disponía el ejército, Anderico se apoyó en Olimpiodoro padre, que se había ofrecido para esta tarea con todos los medios a su alcance, incluidos sus esclavos y siervos. Él sería el encargado de proveer a las distintas unidades de lo que les hiciera falta.

Todavía estaban los distintos comandantes debatiendo algunos puntos con el *Dux*, cuando observamos que se acercaba desde la ciudad hacia el promontorio donde nos encontrábamos una pequeña procesión de monjes, ataviados con oscuros hábitos, entre los que se encontraba el obispo Gregorio. Me acerqué a Gelimer y le susurré al oído:

– Vámonos antes de que los cuervos nos vuelvan locos con sus graznidos.

Me dirigí a buscar a mi caballo, mientras gritaba a Olimpiodoro e Ilderico que se reunieran con nosotros.

Gelimer nos siguió, rascándose la barba, tras disculpar nuestra partida a Anderico, que quedó allí, rodeado de sus preciados mapas, a la espera del obispo, que para su desagrado acudía con Valerio y otros de su ralea.

Monté en el espléndido *Corvus* e intercambié mis primeras palabras de superior a subordinado con el joven Olimpiodoro. Nuestra primera tarea fue la de seleccionar a los candidatos más idóneos para formar parte de nuestra ala. El hispano resultó ser un apoyo fundamental por su conocimiento de las distintas familias de la ciudad; me informaba sucintamente sobre las aptitudes que presentaba cada joven, así como sobre sus distintos vicios. Escuchando sus respuestas, llegué a la conclusión de que el chico llegaría a ser un buen comandante –probablemente mejor que yo–, aunque quizás resultaba demasiado correcto para desempeñar ese duro cargo, problema que desde luego yo no tenía.

Después de dos horas de recorrer el campamento, habíamos completado nuestro batallón. A los veinte vándalos que formarían mi guardia y los veinte godos de mi lugarteniente, se añadieron sesenta jóvenes de distintas familias

de la ciudad. No siempre escogimos a los más nobles, pero sí a los más dispuestos. Además, me pareció que el *Dux* había sido muy inteligente al designar a Olimpiodoro como uno de los mandos del ala, ya que los jóvenes de la ciudad se identificaban con él y se mostraban bien dispuestos a colaborar, sin que surgieran altercados de consideración entre los dispares grupos que componían la compañía.

Aconsejado por Ilderico, escogí uno de los llanos de las afueras de la ciudad como campo de instrucción. Viendo la situación, indiqué a mis hombres que estableceríamos allí un campamento permanente hasta la partida del ejército, lejos del bullicio y de los placeres que la ciudad ofrecía. Disponíamos de muy poco tiempo, y pretendía aprovecharlo todo lo posible; cualquier instante resultaría precioso a la hora de intentar infundir algo de disciplina táctica a los jóvenes que componían la recién creada compañía. Además, me parecía que de esa manera resultaría más fácil intentar fundir a hombres de tan distinta procedencia en un único grupo bien consolidado.

Envié a dos de los vándalos a solicitar a Olimpiodoro padre el equipo que necesitaba la turma, así como algunas tiendas de gran tamaño para montar el campamento. Me ocupé junto con mi segundo de organizar los distintos grupos que mantendrían el campamento como si de una pequeña ciudad se tratara: se cavaron unas letrinas sencillas, se talaron algunos árboles cercanos para construir un rudimentario establo donde mantener a las monturas, y se organizaron los turnos para la cocina. Pretendía que mis hombres se acostumbraran a ser autosuficientes, ya que desconocía cuanto tiempo nos llevaría la campaña, además, estaba convencido de que eso reforzaría la convivencia entre los guerreros.

El primer día fue el más duro. Los jóvenes hispanos, aunque seguían pareciéndome los mejores que podíamos haber escogido entre los disponibles, desconocían no solo la disciplina militar más básica, sino también cualquier maniobra de caballería organizada. Únicamente sabían montar cada uno a su aire, intentando espolear a su montura lo máximo posible. Mientras los observaba tratando de impresionarme con su velocidad, pensaba que para lo único que su habilidad les serviría sería para protagonizar una bonita

desbandada si llegaba a hacerse necesaria la retirada, para alegría de nuestros enemigos, que podrían divertirse cazándolos uno a uno en lugar de tener que arriesgarse a perseguir a una tropa en ordenado repliegue.

Con la ayuda de los vándalos y los godos de Olimpiodoro, pasamos días ensayando las distintas formaciones y maniobras desde las primeras luces del alba hasta las últimas de la tarde. Pronto empezaron a ser capaces de formar en rombo, atacar en cuña, o cambiar de dirección al galope sin perder la formación. También aprendieron el significado de las distintas notas que emitía la *bucina* del *bucinator* de la unidad, y a responder rápida y ordenadamente a sus señales.

Una vez finalizados los ejercicios diarios, antes de caer rendidos en nuestras tiendas, compartíamos una frugal cena al calor de las fogatas entre las chanzas de los más veteranos. La relación con Olimpiodoro fue haciéndose más estrecha a medida que avanzaban los días y compartíamos las intensas y escasas horas que teníamos para prepararnos para la batalla. El chico era sensato y agradable, en ningún momento contradecía mis órdenes, como me habían contado que sucedía en otras unidades del ejército, y se esforzaba en mantener cohesionado al grupo de jóvenes alrededor de su comandante.

Pese a mis reticencias iniciales, también el grupo de mercenarios godos se integró rápidamente en el escuadrón. Su jefe, un godo de unos treinta años llamado Wulfric, parecía ser el alma gemela de Ilderico: ambos eran veteranos despiadados y eficaces en el manejo tanto de sus armas como de los hombres a su cargo, por lo que pronto hicieron buenas migas.

Además, durante una de las visitas al campamento principal para reunirme con el *Dux*, reparé en que se habían ido sumando poco a poco nuevos hombres, y me pareció distinguir entre ellos a varios de origen alano. No pude resistirme a plantearle la posibilidad de disponer de algunos de ellos para mi compañía; Anderico, sonriente, me respondió que él mismo pensaba sugerírmelo. Unos minutos más tarde nos encontrábamos frente a los algo más de veinte individuos que se presentaron a su llamamiento, entre los que debía escoger una decena para añadirlos a mi tropa. Crucé unas palabras con cada

uno, señalé a los que me inspiraron más confianza, y bromeé con el resto, diciéndoles que contaba con ellos para dejar el pabellón de nuestro pueblo bien alto también en el ala de Orosio.

Organicé el escuadrón en tres unidades: dos de ellas compuestas por treinta hombres, en las que tuve especial cuidado en distribuirlos según sus prestaciones tal y como había ordenado Anderico con la infantería, y una tercera que estaría bajo mi mando directo, formada por cincuenta guerreros: diez vándalos, diez godos, veinte hispanos y mis diez alanos, que fueron equipados con cotas de malla –pese a los gritos de indignación de los contables y administradores de Olimpiodoro– y lanzas de gran tamaño para ejercer de fuerza de choque contra la infantería enemiga.

Preparé para ellos un entrenamiento especial, en el que aprendieron a actuar como si de un martillo pilón se tratara contra las unidades enemigas, golpeando y retirándose después de haber provocado el caos, siempre secundados por un grupo de caballería más ligera que los acompañaba para cubrirlos en la retirada y en cuyo desempeño instruí a Olimpiodoro e Ilderico.

Tras varios días de duro entrenamiento, el propio *Dux* anunció que visitaría el campamento de la compañía para observar nuestros progresos y evaluar la situación. El día señalado, los tres grupos comenzaron a ensayar las distintas formaciones desde muy temprano. No pasó demasiado tiempo hasta que se presentó el *Dux*, en compañía del obispo Gregorio, Olimpiodoro padre y Valerio, entre otros nobles hispanos. Las ojeras que aparecían bajo los párpados de Anderico denotaban el ajetreo al que había estado sometido. Inmediatamente abandoné la formación, dejando a Olimpiodoro al frente, para acercarme a rendir cuentas ante los recién llegados.

–Buenos días, comandante –me saludó Anderico–. Tenemos que felicitaros por la excelente estampa que componen vuestros hombres –esbozó una débil sonrisa formal.

–Muchas gracias, señor. Hacemos lo que podemos, disponemos de muy poco tiempo, pero los hombres se esfuerzan en suplirlo con su buen hacer.

–Me habían llegado quejas desde el arsenal, pero veo que ha valido la pena el gasto –me dedicó un leve guiño antes de volverse– ¿Veis, querido Valerio, lo bien que se invierten los fondos del ejército en esta compañía? Es cierto que su comandante es un bárbaro pagano, señor obispo, pero existen pocos capitanes de caballería más cualificados que él. Prometo que después de la batalla haré todo lo posible para meterle en esa dura mollera alana algo de buena razón cristiana. Si es necesario, yo mismo le enseñaré los textos sagrados y la vida y milagros de nuestro Señor Jesucristo.

–Me dejáis más tranquilo, señor Andevotus –respondió el obispo, mirándome de reojo–, pero como bien argumentáis, y pese a que me cueste daros la razón, ahora no es momento de hacerle dedicar su tiempo a aprender las sagradas escrituras. Aunque sea egoísta decirlo, y que Dios me perdone por ello, ahora me preocupa más que logre matar cuantos herejes arrianos pueda, y que contribuya a salvar vidas de buenos cristianos, que la salvación de su alma –aún no había finalizado la frase y ya se estaba persignando.

Lo miré tratando de esconder una sonrisa. La salvación de mi alma... lo único que me preocupaba era salvar mi propia cabeza.

–Ya habrá tiempo para ello una vez finalizada la batalla. Es más, estaré dispuesto a poner a su disposición a uno de mis más doctos monjes para que lo instruya, si os parece bien, señor.

–En verdad vuestra piadosa generosidad no conoce límites, ilustrísima. Seguro que Attax aprenderá mucho mejor con la ayuda de vuestro discípulo –agradeció el gesto Anderico con una inclinación de cabeza, y me dedicó una sonrisa entre burlona y tranquilizadora cuando reparó en mi expresión horrorizada–. Pues señores, disfrutemos ahora durante un momento de uno de los ejercicios de nuestra caballería, y prosigamos luego a inspeccionar el resto de unidades. Respecto a vos, comandante, nos veremos al mediodía en mi puesto de mando.

Ofrecí a la comitiva un leve saludo y volví grupas para ponerme al frente de la tropa. No dejaba de darle vueltas a las palabras del obispo, repitiendo

mientras acariciaba el pomo de mi espada:

–Anderico lo lleva claro si espera que me deje convertir en un borrego.

Según llegué a donde mis hombres maniobraban despejé esas preocupaciones de mi mente, llamé a mis lugartenientes y preparamos uno de los movimientos que habíamos estado ensayando en los últimos días, una vez que los reclutas dominaron los ejercicios más básicos. Al trote, sin pararse un momento, la turma se dividió en los tres grupos que habíamos establecido. El primero, a las órdenes de Ilderico, aceleró el paso hacia donde se encontraba el ilusorio muro de escudos, formado con las balas de paja destinadas a alimentar a las monturas, y soltaron una descarga de jabalinas y flechas. A un gesto mío, el segundo grupo se puso en marcha, primero al trote, para pasar después al galope y arremeter contra la imaginaria formación aprovechando el supuesto desconcierto provocado por la lluvia de proyectiles, de manera que tras marcar el encontronazo, en un perfecto giro, el grupo de hombres volvió grupas al unísono y partió tras el primero, mientras el tercer y último grupo, a cargo de Olimpiodoro, descargaba otra lluvia de proyectiles y cerraba la formación en retirada cubriendo a los jinetes pesados de vuelta hacia su posición inicial.

Acabado el ejercicio, me acerqué otra vez a Anderico para recibir nuevos parabienes del *Dux* y sus acompañantes. Me aseguré de que la despedida durase el menor tiempo posible, no fuera que tuviera que escuchar alguna otra sugerencia sobre mi evangelización. Afortunadamente, los comentarios se ciñeron al ámbito castrense. Cuando la comitiva abandonó el campamento, transmití a mis hombres la satisfacción del *Dux*, y permití al escuadrón un momento de descanso para tomar resuello antes del siguiente ejercicio.

CAPÍTULO VI

Antes de que el sol señalara con su posición la llegada del mediodía, cedí el mando del grupo a Ilderico para que continuara con los ejercicios, e indiqué a Olimpiodoro que me acompañara. Tras refrescarnos en una de las tinas del campamento y ponernos túnicas limpias, emprendimos el camino hacia el centro de mando del *Dux*, situado en lo más profundo del campamento de infantería. Bajábamos hacia la tienda de mando discutiendo animadamente sobre los avances de los soldados, cuando nos sorprendió un bullicioso tumulto que se había formado en uno de los improvisados campos de entrenamiento que jalonaban el camino. Un grupo de hombres –me parecieron al menos una centena entera– se apelotonaban en círculo alrededor de un espacio donde dos combatientes mantenían un duelo con espada y escudo. Nos acercamos hacia el grupo, y al reconocer entre los espectadores a uno de los vándalos de Gelimer, aprovechamos para preguntarle qué pasaba. Tras dedicarme un leve gesto de reconocimiento a mi rango –aún no lograba acostumbrarme a tales deferencias–, respondió:

–Gelimer está metiendo en cintura a uno de los hispanos, señor. Todavía está a tiempo de sacar algún dinero con las apuestas, aunque le advierto que no será una gran fortuna a no ser que se anime a apostar por el hispano, ya que prácticamente todos nosotros hemos apostado por nuestro comandante.

–Gracias, soldado, pero no me sobra tanto dinero como para tirarlo apostando contra vuestro comandante. Hacednos un hueco para ver bien el combate y entregad nuestras monturas a alguno de vuestros hombres.

Bajamos de los caballos y le entregamos las riendas; el soldado se apresuró a buscar a quien trasladar la tarea para no perder su sitio entre los espectadores. Avanzamos apartando reclutas hasta colocarnos en primera fila, y una vez allí pudimos por fin hacernos una idea de la situación. Gelimer se

encontraba de cara, armado con una espada de madera y protegido por una sencilla coraza de cuero y un escudo también de madera. El día era caluroso – el inicio del verano en la *Baetica* siempre traía consigo elevadas temperaturas–, así que sudaba copiosamente, mientras seguía atentamente los movimientos de su rival. Este, que se encontraba de espaldas a nosotros, era más bajo, pero casi tan ancho de espaldas como el vándalo. Presentaba un equipo similar, y también acechaba a su oponente con extremada concentración. Tras un momento de tanteo, el vándalo arremetió a fondo contra el hispano, cuya figura cada vez me resultaba más familiar. Su espada se estrelló contra el escudo de su oponente con un golpe seco, y a este apenas le dio tiempo de levantar el recio tablón lo suficiente como para desviar el lance, pero inmediatamente retrocedió un paso para recuperar el equilibrio. Gelimer miró a su contrincante con gesto socarrón y volvió a atacar. Esta vez, el hispano, en lugar de limitarse a desviar el embate, volteó su escudo intentando estamparlo contra el vándalo, que se libró por muy poco de recibir un doloroso golpe. Aprovechando el instante de desconcierto, el hispano atacó con su espada a la altura de la cadera y a punto estuvo de acertar de pleno, pero en el último momento Gelimer se dejó caer al suelo y desde allí pateó a su rival haciéndolo caer a su vez. Ambos contendientes se levantaron y se separaron de nuevo para estudiarse con renovado celo, mientras se sacudían el polvo de la caída. Ahora el vándalo se encontraba de espaldas y era el hispano el que se encontraba frente a nosotros. Sobresaltado, di un respingo: la figura que tan familiar me había parecido resultó ser la de Lucio, el esclavo de Escauro, el comerciante de vinos. Me fijé en que tenía la nariz torcida tras nuestra última conversación. No puedo decir que me alegrara de verlo.

Lucio tenía madera de luchador, pero su ímpetu no podía compararse con la experiencia de Gelimer. Estuvieron tanteándose durante unos instantes más, hasta que por fin el esclavo cometió un error: amagó un golpe con su escudo, variando su movimiento en el último instante para abalanzarse a fondo, buscando con la punta de su espada la entrepierna del vándalo. Este se echó a un lado en el momento preciso, y la inercia del hispano, que esperaba impactar en el cuerpo de su contrincante, hizo que perdiera el equilibrio. Gelimer dejó caer bruscamente su escudo sobre el brazo extendido del hispano, que soltó la

espada mientras emitía un aullido de dolor. El vándalo aprovechó la ventaja para golpearle en la cara con el umbo de su escudo de madera, y el hispano cayó hacia atrás, quedando tendido en el campo. Gelimer recogió la espada de su contrincante y la tiró a su lado, mientras hacía una seña a uno de sus ayudantes para que lo atendieran. Entonces elevó la voz para dirigirse a los presentes con tono aleccionador:

–Espero que saquéis alguna conclusión de lo que habéis visto. No basta con descargar mandobles como una mula –señaló a Lucio, que en aquel instante era levantado por dos vándalos–: hay que tener paciencia y no perder la concentración. Lo que diferencia a los que viven después de una batalla de los que se quedan en el campo, es saber aprovechar el momento y nunca, escuchadme bien, nunca querer acabar el combate antes de tiempo. –Hizo una pausa para que la muchedumbre asumiera sus palabras, para continuar a voz en grito–. Y ahora, señoritas, si alguna más tiene alguna queja sobre mis métodos, nos veremos en este mismo lugar para debatir sus propuestas. ¡Volved al trabajo!

El vándalo se echó un cubo de agua sobre la sudorosa cabeza y se sacudió como un perro mojado mientras nos acercábamos a él.

–Amigo –le insté–, date prisa, que llegamos tarde a ver al *Dux*, ¡aunque no diré que no haya valido la pena verte en acción!

–Así que has visto el pequeño espectáculo –contestó–. Maldito hispano de mierda. Por lo que me han dicho, el jodido bastardo lleva días quejándose de que había venido a luchar contra los bárbaros, no a aguantar que uno de ellos le dijera lo que tenía que hacer.

–Amigo, pero si en el fondo el hispano tiene razón: eres un maldito bárbaro peludo que se las sabe todas– apunté. Olimpiodoro rio, divertido, dejando a un lado su habitual timidez.

–Por los clavos de Cristo, te prometo que si no fuera porque no tengo ganas de aguantar el enfado de Andevotus por contravenir sus estúpidas

órdenes de no fomentar problemas entre los miembros del ejército, habría cogido a ese cabronazo hacía tiempo y lo hubiera empalado yo mismo.

–Ya te contaré yo una historia que te gustará. –Pasé el brazo sobre el hombro de mi enfadado amigo—. Vamos, que no quiero llegar el último.

Emprendimos veloces el camino y llegamos a la reunión cuando el *Dux* comenzaba a desplegar varios mapas sobre la mesa, rodeado ya por la mayoría de sus capitanes. Cuando entramos en la estancia levantó un instante la mirada hacia nosotros, terminó de colocar los documentos y nos dirigió un escueto:

–Ya podemos empezar.

A continuación resumió cuál era la situación en el campamento. Los avances de los distintos destacamentos habían sido loables en muchos aspectos, pero aun así reconoció que no nos encontrábamos en las mejores condiciones para comparecer en el campo de batalla. Pese a todo, el conflicto era inevitable y el tiempo se agotaba. Los últimos informes hablaban del ingreso de los suevos con su Rey en la provincia: el ejército enemigo se dirigía ya hacia el centro de la *Baetica*, por lo que la instrucción llegaba a su fin, y debíamos prepararnos para emprender la marcha. Todos los comandantes debíamos ocuparnos de que nuestras tropas estuvieran listas para partir en dos días con las primeras luces del alba, por lo que el día siguiente sería un ir y venir de encargos para distribuir las distintas raciones y suministros que les harían falta a cada unidad en los días posteriores.

El *Dux* había dispuesto que un pequeño grupo de exploradores a caballo partiera en primer lugar para reconocer el terreno y determinar la situación del enemigo; el resto de unidades los seguiríamos a continuación. Sin más noticias que dar, despidió a los distintos capitanes, que volvieron con sus hombres, pero hizo una señal a sus principales lugartenientes: Orosio, Gelimer, Aspidio, Olimpodoro hijo y yo mismo, para que nos quedáramos un momento. Cuando estuvimos a solas se dirigió a nosotros.

–Amigos, el momento ha llegado. Pero antes de partir es necesario que nos reunamos para debatir algunos puntos importantes, por lo que os invito a que esta noche nos veamos en mi *domus* para apurar los últimos detalles.

Partimos cada uno a reunirnos con nuestros hombres, con los que pasaríamos la tarde hasta que llegase el momento de ir a la ciudad. Iba a ser la primera vez que cruzara sus muros desde que decidiera montar el campamento de nuestra turma aparte, y de repente me pareció que llevaba demasiado tiempo sin probar el vino. Dejé a Olimpiodoro finalizando los trabajos en el campamento, le recordé que nos veríamos en la *domus* del *Dux* a la hora señalada, y fui a buscar a Gelimer para proponerle que pasáramos el tiempo hasta la cena en alguna de las tabernas de la ciudad.

Elegimos un local situado cerca de la puerta por la que había entrado con Sebastián procedente de *Carmo*. Aunque había sido hacía apenas unas pocas semanas, me parecía que había pasado mucho más. En tan breve lapso de tiempo, mi vida había dado un vuelco que nunca habría podido imaginar. Al lado de Anderico y Gelimer sentía que los dioses me ofrecían una segunda oportunidad para retomar la senda que tan alegremente desprecié cuando las caderas de la bella Aelia llenaron mi cabeza de locos sueños.

Siempre he sido dado a tomar la vida tal y como se me ha ido presentando, y no menosprecio las lecciones aprendidas en la tranquila finca de *Hispalis*, rodeado de olivos antiguos y de hombres de bien. Pero volver a sentir la fuerza de un caballo al galope, castigar mis músculos entrenando para golpear más fuerte y más preciso, y prepararme para dirigir guerreros en una batalla donde cada uno pondría en juego su vida, en nombre de la tierra que alimentaba nuestras cosechas bajo el sol, me hacía sentir más vivo que nunca. Los campos, las semillas, los frutos y los hombres que los obtienen son importantes, y la sangre de los guerreros dispuestos a defenderlos también lo es, de algún modo, completa el ciclo. Por lo menos, en los tiempos en los que nos ha tocado vivir.

No podría haber encontrado mejor compañero que Gelimer para acercar mi filosófico estado de ánimo a un plano más mundano. Pedimos una buena

jarra de vino, y nos dispusimos a intercambiar opiniones sobre la situación del ejército, antes de hablarlo con el propio Anderico.

–Son todas unas nenas, te lo puedo asegurar –comenzó el vándalo–. Solo se escapa algún malnacido como el cabrón al que tuve que dar un pequeño escarmiento. Ojalá todos tuvieran su determinación de acabar con los invasores, lo único es que el muy bastardo se equivocó de bárbaro. ¿No le ha quedado claro que esta vez nosotros estamos en su bando?

–¿Hablas de Lucio, no? Espero que tu elocuencia haya sido suficiente para hacerle entrar en razón.

–¿Cómo que Lucio? ¿Conoces su nombre? ¿Estás familiarizado ya hasta con los reclutas de infantería? Amigo, sin duda te hace falta una buena hembra: pasas demasiado tiempo entre hombres, y no sé a tu amigo Lucio, pero a mí eso no me gusta un pelo.

–Verás, tu adversario de esta mañana era mi vecino en *Hispalis*. Es más, si te fijaste en su bonita nariz aplastada, me la debe a mí. Utilicé todo mi cariño en ello.

–Pues lo siento, pero creo que he echado a perder tu obra. Al pobre desgraciado le va a doler cuando el físico le vuelva a recolocar el hueso. Solo espero que cuando llegemos a la batalla no tenga problemas para luchar, que mis caricias hayan renovado su odio por los tipos como nosotros, y que aprenda a canalizarlo machacando a los bárbaros correctos. Tu vecino, entonces... pues la vida en *Hispalis* no debe de ser entonces tan aburrida como yo me imaginaba. El muy desgraciado tumbó a uno de mis hombres en una demostración de espada al segundo día de entrenamiento. Y después se atrevió a comentar que quería ir a un destacamento de hispanos, y no a uno de escoria extranjera. Creo que no hace falta decirte que, pese a que intenté evitarlo por todos los medios, prácticamente me obligó a la pequeña demostración de antes. Primero para que no se crea tan listo, y segundo para que aprenda a respetar a sus superiores.

Brindamos alegremente por ello.

–Bueno, cambiando de tema y sin tener delante a ningún lameculos, me han llegado noticias de que estás hecho un excelente oficial de caballería, muchacho. Vamos a necesitar más como tú si queremos tener éxito. –Se rascó la poblada barba y continuó, arrastrando las palabras–. El enemigo es más numeroso de lo que habíamos pensado. Anderico no quiere difundirlo entre los hispanos para que no se produzcan deserciones, pero todo es cuestión de tiempo. Alrededor de tres mil suevos se abatirán sobre nosotros sin remedio, y por la fecha en la que estamos lo más probable es que nos sieguen como los campesinos hacen con la cosecha en este mes. ¡Mierda! Lo que daría yo por un millar más de buenos guerreros... –Apuró su vaso de vino y levantó sus ojos hacia mí–. Lo hemos intentado, pero no hemos tenido suficiente tiempo. En las últimas semanas nuestros hombres han recorrido la provincia buscando vándalos, alanos, godos, lo que fuera, para que se unieran al ejército como mercenarios a cambio de una buena suma de monedas, pero no hemos tenido demasiado éxito. Hoy han llegado dos nuevos grupos, alrededor de un centenar de buenos guerreros, pero aún no me parecen suficientes. Y te digo una cosa: no es por falta de dinero. Estos hispanos no son tacaños: han puesto a disposición del *Dux* una auténtica fortuna. Pero claro, no todo el mundo quiere luchar, ni tampoco todos están preparados. Si hubiéramos contado con un mes más de tiempo hubiera apostado a que algunos cientos de nuestros muchachos se hubieran unido a nuestra bandera, pero ahora la suerte está echada, como diría el estirado de Valerio. –Acompañó sus palabras imitando la afectada pose del hispano.

–Pues, por lo que me cuentas, no pinta muy bien la cosa. Pero aun así no creo que una panda de suevos sea suficiente para hacerte mear en el calzón, viejo amigo.

–En eso tienes razón, qué narices: cada uno de nosotros vale por dos de esos muertos de hambre. Yo nunca he sido un erudito, como nuestro amigo Anderico, pero me da que con ese dato la proporción tampoco es del todo mala. –Palmeó sus rodillas, riendo, y me señaló con el dedo–. También espero que tus hispanos estén a la altura, porque Anderico tiene muchas esperanzas en

tu turma. Y a todas estas, más vale que subamos a la villa si no queremos ser los últimos otra vez, como esta mañana. –Levantándose, me acercó mi jarra–. Y no se te ocurra dejar ahí ese vino, Attax, ¡que además invitas tú!

Cuando entramos a la *domus*, pese a que llegábamos con antelación, vimos que ya se encontraban allí la mayoría de los invitados. Tras tantos días enfrascado en la disciplina castrense, me chocó verlos ataviados con sus mejores galas. Olimpodoro hijo, vestido con una elegante túnica blanca ribeteada de púrpura, ofrecía el brazo izquierdo a su padre, que presentaba un aparatoso vendaje en su cabeza. También Orosio, al que siempre había visto a lomos de su caballo, iba elegantemente vestido con una túnica blanca con bandas azules y un manto del mismo color. En ese momento dialogaba con Aspidio, otro de los hispanos afines al *Dux*.

Anderico nos esperaba en el *triclinium*, que estaba convenientemente iluminado con una decena de lamparillas de aceite. En comparación con la última cena que había disfrutado allí, me pareció que la estancia presentaba un aspecto más íntimo. Abrazó a cada uno de los asistentes y nos fue indicando nuestros divanes. Luego se acomodó él en el suyo y ordenó a su mayordomo que comenzara a traer las viandas.

Cuando ya habíamos dado buena cuenta de los huevos de esturión, las olivas y las primeras brochetas de codornices fritas, el *Dux* nos pidió un momento de atención.

–Amigos todos –comenzó–. A ninguno se os escapa la importancia de la reunión de hoy, para la que he convocado solo a los más allegados. A vosotros no os quiero esconder que la situación es incluso más complicada de lo que esperábamos. Según hemos sabido, hará unas dos semanas se han sumado al ejército de Rechila más hombres de lo que nuestros informantes preveían, por lo que son alrededor de tres mil guerreros los se acercan hacia aquí. Sin embargo, según nuestro último recuento, también en nuestras tropas se han superado las cifras que barajábamos. Con los últimos mercenarios contratados, contamos ya con cerca de dos mil quinientos hombres. Finalmente, un millar de mercenarios se han unido a nosotros, la gran mayoría

vándalos, aunque también hay algunas decenas de godos, e incluso unos cuantos alanos. En líneas generales, son nuestros mejores hombres. Espero mucho de los hispanos que forman en nuestras filas, pero no os puedo mentir a ninguno, en especial a vosotros, Olimpiodoro e hijo, Orosio y Aspidio: casi un millar de los voluntarios no habían utilizado una espada en su vida, por lo que pese a sus esfuerzos de estas semanas no podemos confiar en que puedan decidir la batalla.

>Pero no hay que desesperar. Ya hemos vencido a esos indeseables en otras ocasiones, y creo que esta puede ser la definitiva. Los enviaremos de vuelta a *Gallaecia* con el rabo entre las piernas –paseó sus ojos grises por la concurrencia–. Dentro de dos días nos pondremos en marcha y partiremos a su encuentro en el río *Betis*. Allí hemos de pararlos. Aprovecharemos los estrechos pasos del río para que no puedan beneficiarse de su superioridad numérica. Nuestros veteranos formarán en las primeras líneas y contendrán su ataque, y así nuestros reclutas bisoños no tendrán que demostrar su valía salvo que sea necesario. Y mientras nuestros guerreros a pie soportan la embestida sueva, nuestra caballería deberá darnos la victoria –señaló hacia donde nos encontrábamos Orosio, Olimpiodoro y yo mismo–, acometiéndolos desde los flancos una vez haya quedado fuera de combate la caballería sueva. Será una batalla muy dura, pero confío en vosotros, y sé que vosotros confiáis en vuestros hombres.

>Y ahora debo detallaros las inesperadas circunstancias que me han obligado a citaros aquí. Lo que acabo de decir respecto a vuestros hombres no se puede trasladar a los habitantes de la ciudad. –Aspidio puso cara de sorpresa, pero se abstuvo de comentar nada; vi que Olimpiodoro padre agachaba la cabeza–. Ahí veis a Olimpiodoro, habréis advertido sus heridas. Estas son resultado de un desagradable incidente que tuvo lugar la pasada noche, cuando el almacén donde se guardan las armas, los equipos, y el tesoro del que nos ha dotado el consejo de la ciudad para hacer frente a los pagos a las tropas, fue asaltado por un grupo de individuos vestidos de negro y con la cabeza cubierta. –Aspidio ahogó una exclamación–. Sí, señores, parece que dentro de *Corduba* tenemos traidores a nuestra causa. Lo que no esperaban

esos cobardes era la presencia de Olimpiodoro, que se había quedado hasta tarde en el edificio cuadrando el inventario de la armería. Uno de los esclavos dio la voz de alarma, y gracias a Dios los escoltas llegaron con premura, pues los asaltantes reaccionaron violentamente al ver que habían sido descubiertos, acabando con el infeliz que dio la alerta y golpeando fuertemente al otro y al propio Olimpiodoro, que quedó inconsciente, antes de huir.

>Los atacantes no han sido identificados, así que mucho me temo que nuestras pertenencias no estarán seguras en la ciudad mientras arriesgamos nuestras vidas por defenderla. Tampoco podemos prescindir de hombres suficientes para proteger la villa de Olimpiodoro y garantizar la seguridad del tesoro cuando partamos hacia el *Betis*. Aunque me cueste asumirlo, ya que considero que puede representar un importante inconveniente para el ejército, creo que lo más acertado será llevar con nosotros el tesoro, trasladándolo desde su ubicación actual hacia algún otro lugar que nos parezca adecuado. Debemos asegurarnos de hacer cierta ostentación de la partida del tesoro, para que la población sea consciente de que no quedará aquí nada de valor que saquear una vez que el ejército se haya ido. Nunca me perdonaría que nuestro amigo Olimpiodoro pudiera ser víctima de un nuevo ataque mientras nosotros estamos fuera, no sea que tengamos que lamentar consecuencias fatales la próxima vez. Y tampoco me gustaría tener que explicar a los mercenarios que nos han robado el oro y la plata con que prometimos recompensarles.

Gelimer interrumpió al *Dux*:

–Andevotus, sacaremos el tesoro de aquí y lo llevaremos a tu villa de las afueras: allí estará seguro, porque nadie tomará desprevenido a Atanarico.

Olimpiodoro padre pidió la palabra y se levantó trabajosamente de su asiento.

–Queridos amigos, esto ya lo he hablado con Andevotus esta mañana, cuando me he recuperado del golpe en la cabeza. Bajo ningún concepto debemos enviar el tesoro a la villa del *Dux*. Pese a que a mi entender puede parecer también la solución más lógica, también podría resultar la excusa

perfecta que necesitan Valerio y los de su cuerda para promulgar entre la plebe, una vez que el ejército se haya marchado, y con él la influencia de Andevotus, que el *Dux* pretende hacerse con el tesoro de la ciudad, y que debe ser depuesto. No es la primera vez que llegan a mis oídos algunas de sus insinuaciones tendenciosas. Y llegados a este punto, me imagino que no se conformarían solo con eso, sino que también pedirían su cabeza.

—Olimpiodoro tiene razón, amigo —convino Anderico—. Esto puede convertirse en la excusa que buscan para quitarse de encima a un vecino molesto. Además, tampoco me perdonaría nunca que les pasara algo a Marcela y a Fulvio por haber enviado el tesoro a la villa, atrayendo con él el desastre sobre ellos.

—Nos lo llevaremos con nosotros —propuse desde mi diván—. No creo que nos retrase demasiado. El trayecto hacia el *Betis* es corto y no muy accidentado, y llegado el caso podemos enterrarlo o enviarlo a alguna fortaleza de la frontera con una pequeña guarnición. Una vez finalizada la batalla, podremos recuperarlo y volver con él a la ciudad. Será un bonito desfile.

—No lo podrías haber expuesto mejor, Attax. Aunque reconozco que nunca había entrado en mis planes cargar con este problema a lomos del ejército, creo que, vistas las circunstancias, es lo mejor que podemos hacer. Una vez lleguemos al *Betis* podemos enviar un pequeño destacamento compuesto por novatos que lo lleven hacia alguno de los *castellum* bajo nuestro control. Pero no quería tomar esta decisión sin contar con vuestra aprobación.

Olimpiodoro hijo carraspeó con timidez antes de tomar la palabra.

—Sin lugar a dudas, y pese a que también pueda llegar a desatar alguna suspicacia entre la población, creo que es la única opción que tenemos, *Dux*. Sabes que puedes contar tanto conmigo como con mi padre —señaló hacia el anciano Olimpiodoro— para intentar atajar los posibles rumores. Yo mismo hablaré mañana con el obispo Gregorio para convocar un consejo con los nobles de la ciudad en el palacio episcopal, a fin de transmitirles esta decisión

y hacerlos a ellos también partícipes de la misma. Confía en nosotros, Andevotus: tanto mi padre como yo todavía gozamos de alguna ascendencia entre ellos, y si primero nos ganamos al obispo, tendremos muchas opciones para que además nos lo agradezcan. Te enviaremos un mensajero para que acudas al palacio en cuanto sea preciso.

En ese momento intervino Orosio.

–Yo quisiera, sin que mis amigos de *Corduba* lo tomaran a mal por comparar mi humilde ciudad con la suya, ofrecer *Astigi* como el lugar idóneo para guardar el tesoro. Mi ciudad posee unas firmes murallas, y también se encuentra a suficiente distancia del *Betis* para que podamos considerarla un lugar seguro. Además, yo respondo personalmente por mis hombres. No tendríamos que dar un gran rodeo: simplemente, a medida que descendemos hacia el *Betis*, pasaríamos de largo hacia *Astigi* por la misma calzada principal, para una vez hayamos dejado el tesoro a buen recaudo entre sus muros, ascender de nuevo paralelos al *Singilis* hasta su unión con el *Betis*. A lo sumo serían dos días más de camino, si apretamos el paso.

–Muchas gracias, Orosio, realmente es una muy buena opción. Además, desde la primera vez que estuve en tu casa, me quedé impresionado por el respeto con que te honran los habitantes de *Astigi*. Estoy seguro de que sabrán responder a tu confianza. Mañana lo expondremos en el Consejo.

Tras llegar a un acuerdo sobre la espinosa cuestión, uno a uno, los asistentes dieron su consentimiento para que el ejército partiera con el tesoro hacia el frente de batalla. Una vez terminados los últimos platos del ágape, todos nos retiramos con intención de descansar y prepararnos para el difícil día que comenzaría cuando el sol volviera a levantarse sobre el cielo.

Pero, cuando nos dirigíamos a la puerta, Gelimer me agarró del brazo.

–Chaval, no sé tú, pero yo no tengo sueño. Tanto hablar de cosas importantes me ha dejado el cuerpo inquieto. Hay un local cerca de aquí que creo que tiene lo necesario para relajar mis agitados músculos, y creo que mi

deber como maestro es enseñártelo. Vamos, esta noche puedes dormir en la *domus*. Y no sabes cuando lo volverás a poder hacer. –Me propinó una fuerte palmada en la espalda, y nos perdimos por las calurosas y oscuras calles de *Corduba*.

CAPÍTULO VII

Me desperté con las primeras luces, y traté de incorporarme con cuidado, dudando que fuera capaz de levantarme sin que mi cabeza estallara. ¿Cuánto vino habíamos bebido la noche anterior? ¿Y con cuántas chicas habíamos estado? Realmente dos preguntas de muy difícil respuesta, que preferí no intentar desentrañar, ya que un dolor punzante en mi cabeza aconsejaba que la dejara descansar. Una vez refrescado y vestido me dirigí a toda prisa a los establos, donde monté a *Corvus* para regresar al campamento y comenzar a organizar la partida de mi escuadrón.

El día fue muy duro para mí, incluso más que aquellos en los que pasábamos sobre nuestras monturas toda la mañana y gran parte de la tarde. Organizar las vituallas de un pequeño grupo como el nuestro resultaba un trabajo de locos. Recé para no verme nunca en la situación de Anderico, que debía hacer lo propio con los suministros necesarios para varios miles de hombres. Además, ese día tuve que prescindir del eficaz Olimpiodoro, pues como había prometido la noche anterior, estaba ocupado convenciendo a sus conciudadanos de la conveniencia del traslado del tesoro. Aunque no soy dado a reconocerlo, confieso que me habría gustado saber marcar signos en una tablilla, como son capaces de hacer muchos hispanos casi como si fuera fácil. Pese a todo, pude contar con unos buenos ayudantes: dos de los jóvenes nobles de la ciudad amigos de Olimpiodoro, que servían en nuestra turma, hicieron las veces de asistentes, y entre los tres y algunos mensajeros nos las arreglamos para preparar la partida de la mejor manera posible.

Llevaríamos, aparte de nuestras cien monturas, unas pocas más de recambio: en total, la mitad de las que disponía el ejército. No eran tantas como a mí me habría gustado para cubrir posibles eventualidades, pero no disponíamos de más, así que tuvimos que conformarnos. Entre mi pueblo, según me contaron cuando era pequeño, era habitual que cada hombre

dispusiera de dos, o incluso tres caballos, para ir cambiando de animal cada vez que uno se cansaba, y así poder mantener la intensidad de los ataques durante la batalla. No era raro tampoco que este cambio lo ejecutaran los guerreros directamente saltando de una montura a otra sin tener que tocar siquiera la tierra.

Además, llevaríamos una reata de mulas que transportarían nuestros equipos, así como las tiendas y vituallas para cinco días. El resto sería transportado en la caravana que acompañaría a la infantería y al tesoro en su camino hacia el *Betis*, frontera natural de la provincia. Toneladas de trigo recién segado y las piedras necesarias para molerlo, tiras de carne seca, tacos de tocino, frutos secos, pellejos de vino, cerveza y agua, acompañaban a espadas, cuchillos, puntas de lanza y mangos de madera de fresno, escudos, jubones de cuero, grebas, cascos, madera sin desbastar, lingotes de hierro y bronce... y el magnífico tesoro de la ciudad.

El día transcurrió más rápido de lo que me habría gustado, pero aun así, antes de que dejaran de alumbrarnos las últimas luces de la tarde, conseguimos dejar todo dispuesto para la partida. A esa hora se acercaron a nuestro campamento Anderico y Olimpiodoro hijo. Cuando sus rostros fueron visibles pese a la escasez de luz, el *Dux* comenzó a hablar animadamente.

—Aquí te devuelvo a tu lugarteniente, Attax. Con que sea la mitad de bueno luchando que hablando, tenemos aquí una auténtica joya. —Aseguró, propinándole una fuerte palmada en la espalda que a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio. El joven hispano resplandecía de orgullo ante sus palabras.

—Por lo que veo, os ha ido bien el día. ¿Así que todo arreglado ya en casa del obispo?

—La reunión ha ido estupendamente: después de la intervención de Olimpiodoro, te prometo que pensé que además del tesoro nos iban a entregar a sus hijas para que nos la lleváramos con nosotros. Este chico tiene talento: Dios quiera que vivamos lo suficiente para verlo un día al frente de esta

ciudad. –Olimpiodoro resopló y se encogió de hombros, sonriente. Anderico continuó hablando—. Finalmente nos hemos decantado por el plan de Orosio: dejaremos el tesoro en *Astigi*, junto con un pequeño destacamento integrado solo por ciudadanos de *Corduba*. Esto último fue una petición expresa de Valerio, ¡al demonio con sus suspicacias!

–La situación de por sí era bastante clara. Era la única salida factible, y al final hasta Valerio tuvo que dar su brazo a torcer –dijo el hispano con humildad.

–Gracias a Dios, un problema menos sobre nuestras espaldas. Bastante tenemos con preocuparnos de Rechila como para estar pendientes además de nuestra retaguardia. –Se pasó la mano por la frente. Parecía cansado—. Attax, Olimpiodoro: mis exploradores han salido esta mañana por la calzada que conecta *Corduba* con *Emerita*, y ya tengo los primeros informes. Cuando partamos mañana, quiero que vayáis en vanguardia, ya que en caso de que necesiten apoyo me gustaría que vosotros se lo proporcionarais, y esa es la mejor situación para desempeñar ese cometido. Además, me gustaría que vuestra caballería ligera estuviera atenta también a los flancos de la columna, por si se diera el caso de que a nuestros exploradores se les haya pasado algo por alto. Ahora, amigos, tengo que ir a descansar: mañana será un día muy duro para todos nosotros, ¡pero más para mí, que soy más viejo!

Cuando ya bajaba hacia el campamento se dio la vuelta y nos gritó:

–¡Olimpiodoro! He dicho descansar, ¡así que no le hagas caso a Attax si te propone otros planes más intensos! –Se despidió agitando su brazo hasta perderse en la oscuridad.

Le hice un gesto a Olimpiodoro para que ocupara un lugar alrededor del fuego donde ya se encontraban Ilderico, Wulfric, Akkal –uno de los alanos que se había unido a la tropa, y que por su edad y ascendencia sobre el resto había asumido la cabeza del grupo– y algunos hispanos, terminando de preparar el guiso que nos serviría de cena.

–Buenas noches, niños –nos saludó Ilderico, con tono burlón–. Vuestras mamás os han preparado un delicioso guiso, ¡venid a probarlo!

Pasé a su lado, y después de darle un fuerte puñetazo en el hombro le respondí, riendo.

– Madre, deberías afeitarte, ¡o padre preferirá darme el próximo hermanito con una cabra! –El vándalo se desternilló de risa. Nos acomodamos a su lado y echamos mano a unos sabrosos trozos de asado, cuyo aroma llevaba un rato haciéndome salivar.

Deseaba pasar esa última noche antes de la partida con mis hombres, y compartir con ellos esperanzas, temores y bravatas, mientras el vino aflojaba nuestras lenguas y liberaba nuestros pesares.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano y me reuní con Akkal y su grupo. En silencio, nos dirigimos a lo alto de una colina cercana, y clavando en la tierra nuestras espadas desnudas, ofrecimos una libación al dios de la guerra para que nos guiara hasta la victoria, tal y como hicieran nuestros ancestros. Me agradó poder compartir con ellos el ritual antes de la batalla. Hacía muchos años desde la última ocasión en la que me encontrara con otros alanos antes de un combate.

Antes de que despuntara el alba ya estábamos sobre nuestros caballos preparados para ponernos al frente del ejército.

Ya hacía calor, pese a lo temprano de la hora: el mes de julio en la *Baetica* siempre trae un calor agobiante consigo. Sin embargo, Anderico pidió a sus capitanes que, a pesar de todo, cada hombre vistiera su equipo completo para desfilar delante de la muchedumbre en nuestra partida de la ciudad. Más de uno maldijo su nombre por aquello, pero él los acalló diciendo que peor sería durante la batalla, donde pelearíamos por mantenernos con vida, que entonces, cuando solo se trataba de pavonearnos ante los ciudadanos de *Corduba*, que incluso a esa temprana hora se arremolinaban en las murallas de la ciudad

para despedir al ejército y a la persona a quien fiaban el futuro de sus hijos, Andevotus.

La algarabía del público y las estridentes notas de tuba que sonaban desde la muralla acompañaron a las interminables columnas de infantería y la caravana de la intendencia en su caótica formación. Las distintas centenas se iban agrupando, mientras Anderico recorría las formaciones a lomos de su caballo, un bello ejemplar de color blanco al que llamaba *Ballista*. El *Dux* resultaba claramente visible entre sus hombres, ataviado con una gran capa de color escarlata que le cubría la espalda, una reluciente cota de malla y un yelmo que hasta entonces solo había visto una vez en su *domus*, plateado con una gran cresta roja y un protector nasal labrado con los mismos motivos que las grebas y las piezas que cubrían sus brazos. Pienso que su estampa quedaría en la memoria de todos los que ese día poblaban las murallas de la ciudad.

El obispo Gregorio, rodeado de los notables de la ciudad, entre los que se encontraban Valerio y Olimpiodoro, saludó ceremoniosamente al *Dux*, y continuó repartiendo bendiciones a diestra y siniestra mientras la tropa se organizaba para comenzar el desfile. Detrás del vándalo se encontraba un grupo de su guardia personal, entre los que estaba su abanderado, que portaba dos estandartes anudados en la misma lanza: uno enarbolado por consejo del Obispo Gregorio, bordado con la cruz que era el símbolo de su religión, y otro con la enseña personal de Anderico, que tan bien conocía yo de cuando servía en su casa: una gran serpiente negra enrollada sobre sí misma sobre un fondo verde oscuro, del mismo color que las capas y túnicas de su guardia personal. Su esposa, Marcela, acompañada por su escolta, había llegado desde su finca la noche anterior, trayéndole el paño, al que pude observar que había añadido otra pequeña cruz bordada en hilo de plata en una de las esquinas. Gelimer me la señaló con un gesto, cuando Anderico pasaba a su lado. Era una mujer alta y hermosa: llevaba un vestido de corte elegante, el pelo castaño sobriamente recogido en la nuca, y un sencillo colgante dorado –probablemente de factura vándala– sobre su pecho como único adorno. Su rostro irradiaba una serena dignidad. Sujetaba de la mano a un niño pequeño –Marcelo Fulvio, supuse–, que contemplaba el desfile con los ojos muy abiertos. Cuando Anderico pasó

frente a ellos, vi que les hacía un discreto gesto, cerrando sus párpados fuertemente un instante mientras llevaba su diestra hacia el corazón. Luego continuó hacia la cabeza de la formación, cruzando algunas palabras con sus distintos capitanes. Marcela aupó al pequeño, que agitó la mano hacia su padre hasta que su capa escarlata se perdió de vista entre los guerreros. Luego ella volvió a ponerlo en el suelo, y aunque Marcelo Fulvio tironeaba de su mano para que siguieran a la comitiva, le dirigió unas palabras firmes y finalmente se alejaron, junto con su escolta, en sentido contrario. Gelimer se acercó hacia donde estaban para despedirse a su vez, y tras hablar unos minutos con ella y darle un buen achuchón al niño, se apresuró también a reunirse con sus hombres.

Me fijé en la escolta vándala de la esposa de Anderico, por si reconocía entre los hombres a Atanarico, al que me habría gustado saludar. Ninguno de los rostros de los guerreros me resultaba familiar, por lo que supuse que se habría quedado en la villa; sin embargo, sí me llamó la atención una figura menuda que se acercaba hacia mí haciendo visera con la mano sobre sus ojos.

—¡Sebastián! —llamé al muchacho, que corrió a mi encuentro. Descabalgué un momento para darle un abrazo.

—¡Attax! ¿Has visto? —Señaló orgulloso la espada corta que llevaba al costado— Atanarico, que te manda saludos, me ha permitido venir con la escolta de la *domina* Marcela —asentí, mientras Sebastián continuaba hablando atropelladamente—. Te esperaré hasta que vuelvas en la villa del *Dux*. Cuando los caminos sean seguros de nuevo, podremos regresar a casa. Aunque tengo que confesar que, si bien echo mucho de menos a mi hermano, y también me preocupa cómo irá el trabajo en la villa, estos días se me están haciendo realmente cortos... Atanarico me ha contado muchas cosas sobre ti —sonrió. Yo puse cara de circunstancias, aunque su mirada traslucía admiración. Me pregunté, alarmado, qué historias habrían compartido.

Él se volvió hacia su grupo; uno de los escoltas le hizo un gesto para que se reuniera con ellos, así que nos despedimos.

–Rezaré por vosotros, Attax. Y puedes decirle a Andevotus que protegeremos su casa y a su familia con nuestras vidas si es necesario. –Leí la seriedad del compromiso en sus ojos. Me dio la impresión de que las semanas compartidas con los veteranos vándalos lo habían hecho madurar–. Por favor, acaba con todos los suevos que puedas, pero vuelve con bien de la batalla. –Apreté sus manos con las mías, y ensayé una bravata que finalmente no llegué a pronunciar. Me limité a asentir con la cabeza, y él se dio la vuelta y corrió hacia donde le estaban esperando. Yo monté a *Corvus* y lo hice girar para colocarme a la cabeza de mi compañía.

Desde nuestra posición avanzada, disfrutaba de una vista privilegiada de la situación: la turma de Orosio se encontraba preparada para escoltar a la caravana, que cerraba la marcha, mientras el resto de centenas de infantería se estaban formando en filas de a cuatro mientras sus distintos mandos se desgañitaban para conseguir que sus tropas ofrecieran el mejor aspecto posible. También destacaba la unidad de Gelimer, con todos sus miembros ataviados con las túnicas verdes, que ocupaba la cabeza del tren de infantería, y que ya esperaba en perfecta formación a que el resto del ejército estuviera preparado.

Mi unidad y yo teníamos la ventaja de que, al ser los encargados de abrir la comitiva e inspeccionar los alrededores, pudimos dejar a un lado las engorrosas cotas de mallas (los privilegiados que las teníamos) y capas en los fardos que cargaban las mulas de nuestro vagón de intendencia, para así poder recorrer con mayor libertad el frente de la comitiva.

Cuando ya el ejército se encontraba preparado para la marcha, Anderico se acercó al lienzo de muralla donde se encontraba el obispo Gregorio, que procedió a bendecir a las tropas según sus ritos cristianos. Gracias a mis dioses yo no estaba allí para oírlo, pero me lo contaría un indignado Gelimer esa noche cuando acampamos. Por lo visto el discurso se alargó bastante, con la tropa formando ya bajo un sol de justicia, y teniendo en cuenta que una gran proporción de los soldados –especialmente entre aquellos dignos de llamarse así– eran arrianos, o bien paganos, es decir, herejes condenados en opinión del orador, era probable que el tiempo pasado escuchando sus palabras lentas

y ceremoniosas contribuyera más al cocimiento en su jugo de sus pobres cuerpos que a la tranquilidad de sus almas.

Así partió el ejército de *Corduba* en busca de su destino, que en un primer momento nos llevaba hacia la cercana *Astigi*, donde se guardaría el tesoro, para posteriormente ascender paralelos al *Singilis* al encuentro del invasor, que suponíamos que intentaría atravesar alguno de los vados del *Betis*.

Para mí el camino no era nuevo: semanas antes lo había recorrido en sentido contrario, cuando mi mayor reto era transportar un carromato con aceite para poder tener como recompensa una buena noche de juerga en cualquier taberna de mala muerte. Entonces, pasadas pocas semanas, estaba al frente de un centenar de guerreros y en nuestras manos descansaba el futuro próximo de la provincia. Es curioso como el destino juega con nosotros. Ha sido algo que a lo largo de mi vida me he repetido muchas veces: estamos inmersos en una rueda caprichosa, en la que se alternan reveses y alegrías, y en la que lo que en un instante nos parece de importancia pronto empalidece ante nuevos retos a los que no habríamos esperado tener que enfrentarnos.

El trayecto se hizo más largo de lo que hubiéramos deseado. Algunas de las unidades de infantería, y en particular el tren del bagaje, no eran capaces de mantener el paso que marcaba la centena de Gelimer en vanguardia, por lo que en varias ocasiones la columna tuvo que detenerse para que las unidades se reagruparan nuevamente. Nosotros, mientras tanto, nos turnábamos para explorar los alrededores del camino que tendría que recorrer el ejército, mientras otro grupo se mantenía a cierta distancia de Gelimer por si fuera necesaria su intervención. Lo cierto es que nos encontrábamos en el corazón de la provincia, y no parecía probable que tuviéramos el más mínimo percance, pero preferimos establecer una rutina que nos mantuviera en alerta por el bien del conjunto de la tropa. Por su parte, los suevos debían encontrarse aún lejos del *Betis*, pero ya en nuestro territorio, y la caballería ligera de Anderico debía de estar buscando evidencias de su paso en los márgenes del río.

El primer día transcurrió sin incidentes. Acampamos en la orilla sur del gran río, después de haberlo atravesado durante la marcha. Anderico nos envió un mensajero con la orden de detenernos y regresar con la columna para montar el campamento y pasar la noche. Cuando todavía estábamos preparando las tiendas, aparecieron mensajeros de los exploradores del *Dux*, que transmitieron sus informes al general.

Esa noche compartimos la cena con Anderico y los capitanes de cada unidad. Nos dispusimos alrededor del fuego, mientras el *Dux* nos ponía al corriente de las novedades: como esperábamos, nuestros jinetes no habían hallado evidencias del avance suevo en la orilla norte del río desde donde habíamos situado el campamento hasta *Corduba*. Para tratar de obtener más información, el jefe de la expedición había decidido dividir a su fuerza en dos grupos: uno que seguiría el curso del río hacia el oeste para ascender por la calzada que comunicaba *Hispalis* con *Emerita*, y otro que ascendería por la vía que unía *Corduba* con la capital lusitana, por lo que al día siguiente esperaba enviar más noticias a la columna principal. La cena fue muy ligera y rápida. Una vez finalizada, cada capitán se dirigió a su unidad para establecer los turnos de guardia y poder descansar unas horas.

Al día siguiente, antes de que el calor comenzara a hacer mella en los hombres y las bestias, levantamos el campamento y nos pusimos en marcha. Esperábamos finalizar el segundo día de travesía a orillas del *Singilis*, para recorrer al día siguiente la escasa distancia que nos separaba de *Astigi* y comenzar el retorno al norte hacia el *Betis*. Sin embargo, la caravana que cerraba la columna sufrió diversos percances que retrasaron al resto de unidades: el eje de una de las carretas se rompió al tropezar la rueda en una piedra del camino, y algunos de los animales que formaban el tiro de los carromatos empezaron a dar problemas, negándose a caminar. De esta manera, para disgusto del *Dux*, el segundo día el ejército pudo avanzar menos aún que en la primera jornada. Además, otra circunstancia alteraba el ánimo del general: solo uno de los dos grupos de exploradores, el que ascendía por la ruta de *Corduba*, había enviado noticias, descartando la existencia de movimientos suevos en las cercanías. Por el contrario, no teníamos

información alguna sobre los exploradores que debían encontrarse al norte de nuestra posición.

El sentido común nos dictaba que no había motivos reales de preocupación, pues no parecía factible que un ejército enemigo se encontrara en pleno corazón de la provincia sin que ninguna población hubiera dado la voz de alarma. Aun así, me ofrecí voluntario para partir con algunos de mis hombres y emplear la noche en reconocer el terreno que nos separaba del *Singilis*, ascendiendo por su margen hacia el *Betis*, para regresar por la mañana con nuevos datos sobre la situación. No pensaba que me ocupara toda la noche, ya que la distancia hasta el *Singilis* era de unas pocas millas, pero sí pensaba ascender todo lo que pudiera por su orilla para descartar cualquier sorpresa.

Con el beneplácito de Anderico, dejé a Olimpiodoro al mando de mi turma de caballería pesada, y para disgusto de parte de mis jinetes ligeros, que ya se encontraban en sus jergones de campaña, me acerqué a comunicarles el paseo nocturno que les había preparado. En pocos minutos, entre un mar de quejas, estuvimos dispuestos a lomos de nuestros caballos.

Decidí incluir en la partida a Akkal y a su grupo, ya que como exploradores eran únicos, y más cuando solo la pálida luz de la luna menguante nos permitía intuir el sendero. Partimos un total de treinta hombres, pertrechados con armamento ligero y sin cotas de malla, sino simples protecciones de cuero.

Nunca, en toda mi vida, he visto a nadie que tuviera la puntería de Akkal, y eso que he compartido mis días con otros grandes arqueros; aunque siempre he pensado que no se debía tan solo a su habilidad innata y su indudable práctica, sino también a la calidad de su arma. Los arcos alanos permitían a nuestros jinetes disparar desde el caballo en movimiento con una precisión y una potencia que no he visto en ningún otro pueblo. Su reducido tamaño facilita además que la posición del arquero mientras dispara sea lo más cómoda posible. Reconozco que este nunca ha sido uno de mis fuertes en la batalla, pese a los múltiples intentos de Akkal por depurar mi técnica; aun así, incluí

entre mi armamento un pequeño arco que me había regalado, además de mi *spatha* y el escudo, que aseguré a la silla de *Corvus*.

Salimos del campamento, ante la sorpresa de los centinelas, que no esperaban más movimientos durante la noche, y apretamos el paso, pues deseábamos poder acercarnos lo máximo posible al *Betis*. Cuando los débiles reflejos del agua del *Singilis* se hicieron visibles en la lejanía, empecé a intuir que algo iba mal. Los caballos se mostraban nerviosos, y apenas se oía a nuestro alrededor ruido alguno, salvo el quedo murmullo de la corriente. Nos dividimos en dos grupos: el primero, bajo mi mando, cruzó el río y nos encaminamos hacia el norte. El otro, dirigido por Akkal, tomó la misma dirección, avanzando en paralelo a nosotros pero en la otra orilla del río. Llevaríamos alrededor de una hora de camino cuando encontramos las primeras huellas del desastre: un inquietante olor a humo nos llevó hasta una pequeña villa calcinada hasta los cimientos. Los cuerpos de los que fueran sus vecinos se amontonaban entre los restos de los edificios. Nos acercamos con precaución para comprobar si había quedado alguien con vida.

Procedente de uno de los almacenes que el fuego había respetado, el grito ahogado de una mujer, que terminó en un cruel gorgoteo, rompió el silencio, alertándonos de la presencia de algunos saqueadores rezagados. Apenas habíamos podido reaccionar cuando una flecha cruzó la negra noche y fue a clavarse en el pecho de uno de mis hombres. De repente, la oscuridad estalló en una confusión de gritos e imprecaciones, mientras surgían desde detrás de los edificios principales, todavía humeantes, más de una treintena de suevos armados con arcos y lanzas, que se dirigieron hacia nosotros en loca carrera, con la intención de aprovechar nuestra sorpresa y su superioridad numérica para descabalgarnos y acabar con nosotros. Mientras volvíamos grupas y tratábamos de reagruparnos fuera del alcance de los atacantes, los cinco alanos que iban conmigo descargaron el letal contenido de sus aljabas sobre las confusas formas que corrían hacia nosotros. El intento de persecución acabó pronto, en cuanto los suevos se percataron de que se enfrentaban a soldados bien armados, y probaron el mordisco de las flechas alanas en su carne. Sin embargo, tampoco nosotros podíamos saber con certeza el número

de atacantes, ni descartar la posibilidad de que contaran con refuerzos en los alrededores, por lo que refrenamos nuestras ansias de arremeter contra el enemigo, y dejando sobre el terreno a dos de nuestros hombres, partimos veloces hacia el puente que cruzaba el *Singilis* para alertar a Anderico de la gravedad de la situación.

Después de nuestro encontronazo con la partida de saqueadores suevos, mientras forzábamos el galope de nuestros caballos, las preguntas se agolpaban en mi mente: ¿Cómo demonios habían llegado ya tan al sur? ¿Qué habría pasado con nuestros exploradores? Tardé algún tiempo en saber la respuesta a la primera de esas preguntas: los suevos, al mando de su nuevo Rey, después de saquear los campos de la provincia de *Lusitania*, y evitando las grandes urbes como *Emerita*, habían pasado a nuestra provincia, llamados por las conocidas bondades de la campiña bética, donde esperaban hacerse con un gran botín saqueando las propiedades de los notables de la comarca y los pequeños pueblos que encontraran a su paso. De esta manera, habían evitado las vías principales de comunicación, así como las ciudades de *Hispalis* y *Corduba*, atravesando la cadena montañosa que separa *Lusitania* de *Baetica* para tratar de pasar desapercibidos y así poder tomar por sorpresa algunas de las propiedades rurales y pequeños asentamientos de la zona. Respecto a nuestros exploradores, desgraciadamente no volvimos a saber de ellos.

Maldiciendo en voz baja, me pregunté cómo le iría al grupo de Akkal; ¿estaría la orilla opuesta infestada de enemigos? Apreté los dientes y exigí a *Corvus* un nuevo esfuerzo. Cuando llegamos al puente, aminoramos el paso y comprobamos que continuaba vacío, y que no había rastro de saqueadores suevos en los alrededores. Los hombres de Akkal que permanecían a mi lado cruzaron miradas nerviosas, hasta que tomé una decisión: cuando atravesamos el puente, envié a dos de los hombres al campamento para dar la alarma, y el resto nos dirigimos nuevamente hacia el norte con la esperanza de encontrar a Akkal y su grupo.

Cuando ya llevábamos un buen trecho recorrido, mientras mis hombres no dejaban de mirar hacia atrás, no fuera que el enemigo contara con monturas en

las cercanías y nos hubiera seguido, encontramos el rastro de nuestros compañeros. Los primeros hallazgos fueron preocupantes: empezaron a aparecer a nuestros pies algunos cadáveres, la mayoría de suevos, pero también reconocí entre ellos a algunos de los nuestros. Los cuerpos aparecían desperdigados por el suelo, como resultado de lo que tenía toda la apariencia de haber sido una escaramuza a caballo. Se me escapó un reniego. Caballería: la noche no podía sino empeorar.

Seguimos el rastro de huellas, matorrales desbrozados, sangre y cuerpos tendidos. Ambos grupos debían de haber entablado un feroz combate. Refrenamos el paso para evaluar la situación, y vi que uno de los alanos que me acompañaba se acercaba a uno de los cadáveres. Me pareció que se trataba de su compañero Godial. Por la postura, parecía haber sido alcanzado por la espalda. Descarté que su intención hubiera sido la de huir, y pensé más bien que debía de tratarse del mensajero que Akkal habría enviado hacia el campamento. Esperaba que los muchachos que se habían separado de nuestro grupo hubieran tenido mejor fortuna, y que Anderico estuviera ya prevenido. También deseé sinceramente que nuestro intento de reunirnos con el grupo de Akkal no acabara en un desastre, pues aquel descubrimiento no auguraba nada alentador.

En ese momento, el sonido de un lejano entrechocar de metales me hizo levantar la cabeza. También otros de los exploradores parecían escuchar con atención. Con una seña, insté al grupo a avanzar; no sabíamos el número de enemigos que encontraríamos más adelante, ni si sería ya demasiado tarde para nuestros compañeros, pero me pudo más el instinto que la prudencia y forcé el paso de *Corvus*. El resto de los alanos no dudaron en seguirme al galope, y su actitud decidida me impulsó a acelerar en una loca carrera hacia delante. Un recodo del sendero nos ocultaba la visión de lo que nos esperaba, pero el ruido de la pelea se elevaba cada vez más claro; por lo menos, la misma circunstancia que no nos permitía ver a qué nos enfrentaríamos, también ocultaría nuestra presencia a los suevos hasta que ya estuviéramos casi encima de ellos. Cuando por fin el camino giró y se abrió en un amplio claro, pudimos

ver a los nuestros: el grupo de Akkal, ya algo mermado, se batía contra una banda de más de treinta guerreros.

Nuestra llegada fue providencial para los nuestros. Emergimos de la oscuridad, y mientras mis arqueros escogían sus objetivos con fría determinación, saqué mi *spatha* del cinto y me metí de lleno en la refriega, secundado por mis hombres. El enemigo no nos esperaba. Descargué mi espada como si de una guadaña se tratase sobre el primer suevo que vi, que ni siquiera fue consciente de quien lo mató. Penetramos en la batalla y blandimos nuestras espadas hasta quedar exhaustos. Grité mientras seguía matando; la sangre salpicaba mi rostro y se deslizaba por mis brazos. Incluso los hispanos parecían totalmente imbuidos en el frenesí de la refriega, peleando con furia. Aún no sabía cómo reaccionarían ante un ejército bien colocado, ni si serían capaces de reproducir con orden las maniobras que habíamos ensayado, pero ese día comprobé que al menos valor no les faltaba.

Ni siquiera respetamos sus monturas: algunos pobres animales fueron desjarretados para desmontar a sus jinetes. Al poco pude llegar a donde Akkal se batía con dos guerreros montados. A sus pies, tres cadáveres de suevos y otro de uno de mis alanos hablaban de lo desigual y cruento del combate. Arremetí contra el más cercano de sus oponentes como el espolón de un navío de guerra. *Corvus* pateó a su montura, que hizo un gesto brusco al tratar de apartarse, y el hombre perdió el equilibrio, cayendo al suelo, donde los cascos de mi caballo hicieron el resto. Akkal, aprovechando el breve momento de desconcierto de su agresor, lo despachó sin contemplaciones hacia el otro mundo.

El enemigo, desarbolado tras nuestra intervención, volvió grupas y se perdió en la oscuridad, hacia al norte. Gracias a los dioses, con la confusión creada por el ímpetu de nuestro ataque y la oscuridad de la noche, no repararon en que pese a nuestra llegada aún seguían contando con superioridad numérica. Sobre el campo quedaron cinco hombres del grupo de Akkal: apenas se trataba del primer encuentro, y ya había perdido a nueve de mis hombres. Al menos habíamos quedado dueños del campo de batalla, tras haber mandado al otro mundo a casi el triple de enemigos; magro consuelo por la

vida de algunos de mis mejores guerreros. Los dioses saben lo que los añoré al día siguiente.

Nos reagrupamos y emprendimos el camino de vuelta al campamento, al que llegamos justo cuando amanecía. Pronto comprobé que los mensajeros que había enviado ya habían transmitido a los mandos que nos habíamos topado con una avanzadilla enemiga, por lo que cuando llegamos todo el campamento bullía de animación e incredulidad.

Sin abandonar siquiera mi montura me dirigí a la tienda de Anderico, donde ya se encontraban todos los comandantes reunidos, interrogando a uno de mis hombres. Cuando llegué a caballo una sombra de alivio cruzó el rostro del *Dux*. Me acerqué, lo saludé con un gesto y entregué mi caballo a uno de los soldados que estaban en los alrededores de la tienda.

–Gracias a Dios has vuelto, Attax. Nos temíamos lo peor. –Indicó a uno de sus sirvientes que trajera agua, vino y algo de comer–. ¿Qué ha pasado? Tus hombres han realizado una cabalgada digna de elogio, pero no me han podido transmitir mucho más que os encontrasteis con el enemigo en una pequeña villa en la ribera del *Singilis*.

Antes de responder me eché sobre la cabeza una de las jarras de agua que portaba el sirviente del *Dux*, y bebí un trago del pellejo de vino que me tendía.

–Rechila tiene que estar aquí. No me preguntéis cómo ha llegado a presentarse en el medio de la provincia, pero no me cabe duda de que lo que hemos encontrado no es un pequeño grupo de suevos perdido del mando principal. –Bebí otro poco de vino y proseguí–. Después de salir del campamento llegamos al *Singilis* sin problemas y decidimos emprender el ascenso hacia el *Betis* por ambas orillas. Todo iba bien hasta que llegamos a una pequeña villa, a unas dos horas de camino hacia el norte, donde encontramos algunos cadáveres, edificios calcinados y una partida de suevos que nos esperaron ocultos entre las ruinas y se abalanzaron sobre nosotros cuando llegamos. No sé decir cuántos hombres eran, pero creo que no menos

de una treintena. Lo mismo le ocurrió al otro grupo que ascendía por la orilla este, salvo que ellos entablaron combate con un grupo de caballería.

–La situación se ha complicado sobremanera, señores –interrumpió Anderico–. No podemos continuar hacia delante, hacia la seguridad de *Astigi*, porque probablemente en unas pocas horas el puente estará ocupado por las tropas de Rechila; y tampoco podemos volver hacia *Corduba* porque el tesoro nos retrasaría demasiado y seríamos presa fácil para el enemigo. Debemos prepararnos para la batalla, y al menos elegir el terreno. Que todos los batallones se preparen para partir de inmediato. Formaremos la línea de combate en cuanto veamos al enemigo. Que los hombres marchen sin ponerse todo el equipo: la rapidez es fundamental, así que nos pertrecharemos ya en el frente de batalla. Orosio, Olimpodoro: partid a reconocer el terreno y a buscar indicios del enemigo. Si hubiera cualquier problema, volved sobre vuestros pasos a avisar al cuerpo principal. Attax, te quiero en plenas condiciones cuando comience la batalla, así que descansa un par de horas con los hombres que has utilizado esta noche y luego sigue el camino de la infantería. Nuestro paso será lento, pues el tesoro viene con nosotros.

–*Dux*, os aseguro que no nos hace falta descansar: mis hombres y yo podemos luchar ahora mismo si fuera necesario –respondí, alzando el mentón instintivamente. La sangre latía en mis sienes, y a pesar de lo agitado de la noche, me sentía despierto y lleno de energía.

–Attax, es una orden. De nada me sirves bien dispuesto pero muerto, amigo. Descansa y recupérate, porque la batalla será definitiva. Puedes dejarnos ahora.

Con cierto aire ofendido abandoné la reunión. Era joven, y también algo inconsciente, y aquella noche me sentía invencible.

CAPÍTULO VIII

Atendimos a nuestras monturas para que repusieran fuerzas, y emprendimos el camino en pos del ejército apenas con el tiempo suficiente para que mi prisa no pudiera considerarse desobediencia a las órdenes del *Dux*. Tanto los vándalos como los alanos de mi compañía estaban preparados de sobra, y pensé que era una buena idea aprovechar el impulso de las fuertes emociones vividas en las últimas horas en el ánimo de los soldados más inexpertos, sin darles demasiado tiempo para reflexionar sobre la gravedad de la situación a la que nos enfrentaríamos muy pronto.

En algo menos de dos horas alcanzamos al tren de bagaje, y llegamos a ver el *Singilis* antes del mediodía. Pero finalmente resultó que, tanto nosotros como el grueso de las tropas, habíamos llegado tarde. Como luego me relataría Olimpiodoro, cuando nuestro ejército alcanzó el lugar, ya el enemigo se encontraba atravesando el puente hacia nuestra orilla, por lo que no hubo posibilidad de optar a la defensa del paso. Por otro lado, el enemigo se interponía entre nosotros y nuestro objetivo, por lo que podía permitirse mantener una actitud pasiva en la defensa, mientras nosotros estaríamos obligados, por el contrario, a llevar la iniciativa. Atravesando el puente, el Rey suevo pretendía evitar un posible ataque hispano proveniente de *Astigi* por la retaguardia; en caso de producirse, le bastaría con disponer unos pocos cientos de hombres para la defensa del puente, mientras el resto podría hacer frente a nuestro ejército gozando aún de una considerable superioridad numérica.

Anderico ordenó el alto de la columna y envió mensajeros a cada unidad para indicarles las posiciones a tomar, antes de reunir a sus capitanes para transmitirnos sus órdenes con detalle. Dispusimos las tropas como ordenaba el *Dux*, y descansamos una vez convenientemente organizados. Mientras, los voluntarios, que en su gran mayoría profesaban la fe en Cristo aceptada por la

iglesia local, rezaban a su dios crucificado; los mercenarios, que en su gran mayoría eran arrianos, haciendo gala de un espíritu más práctico, a la vez que rezaban afilaban sus armas y preparaban su equipo. Por mi parte, me dirigí con Akkal y su reducido grupo a un lugar más apartado donde poder orar a nuestra manera, mientras el veterano alano oficiaba de sacerdote sacrificando un pequeño cordero que sus hombres sustrajeron del tren de bagaje para la ocasión.

Cerca ya del mediodía observamos cómo el enemigo se disponía a ocupar sus posiciones. Entre nuestras tropas, ya formadas, se movían apresurados mensajeros encargados de transmitir los últimos detalles de las órdenes de Anderico. *Corvus* se removía inquieto por el olor a sudor, el sordo tintineo metálico producido por las armas de miles de hombres, y las voces que se elevaban aquí y allá uniéndose en un rumor continuo.

Creo que, dadas las circunstancias, Anderico escogió la mejor distribución posible para la delicada situación que teníamos que enfrentar. Cómo habíamos hablado en su momento en *Corduba*, él y su centena ocuparían la posición de infantería que presentaba una mayor debilidad: el ala izquierda. Aquella donde los primeros hombres de sus filas de a cuatro no tendrían a su lado un compañero que los protegiera con su escudo. Y ahí entrábamos en juego nosotros. Mi turma de caballería sería la encargada de proteger ese flanco, e impedir que los hombres de Anderico recibieran cualquier ataque que proviniera de ese lado. Si quería responsabilidad, esta era una buena oportunidad para demostrar que estaba preparado para asumirla. Por si nuestra situación no era suficientemente comprometida, en una estrategia destinada a evitar que las unidades más bisoñas del ejército fueran desbordadas, Anderico decidió que el tesoro se situara tras su centena. El posicionamiento de tan ricos fardos se realizó con cierta ostentación, para que el enemigo, sediento de oro y plata, se concentrara en su grupo, aliviando la presión sobre el centro de la formación. Los hombres que formaban con el *Dux* bajo su estandarte verde con la gran serpiente negra eran la flor y nata de nuestra tropa: vándalos aguerridos que tenían a sus espaldas decenas de batallas libradas en suelo hispano. Eran hombres que habían vencido a ejércitos de regulares romanos

enviados por el emperador, y de sus federados godos; también habían tenido ocasión de enfrentarse a los suevos anteriormente, y los habían vencido también; y, como no, también habían rendido y saqueado numerosas ciudades hispanas por las que habían pasado. Nadie mejor a quien confiar tu lado izquierdo en un muro de escudos.

El resto de nuestro frente estaría ocupado por las unidades mixtas, que se distribuirían también en filas de cuatro en fondo para abarcar tanto frente de batalla como el que ocupaba el enemigo. En sus primeras filas estarían aquellos hombres más experimentados, bien mercenarios, bien milicias civiles; llegado el caso, las unidades novatas irían rellenando los huecos que se fueran creando a medida que avanzaba la batalla. En reserva se mantendría una compañía de vándalos para apoyar a las unidades que peor aguantaran los distintos embates. Y por último, el flanco derecho de nuestra posición, donde también se esperaba un ataque despiadado por parte del enemigo, volvería a estar ocupado por hombres de total confianza y bravura probada. Tras nuestra escaramuza de la noche anterior, sabíamos que había presencia sueva en ambas orillas, pero desconocíamos cuántos hombres podían haber cruzado ya el río por los pasos situados más al norte, estando de esta manera en disposición de abalanzarse sobre el extremo derecho de nuestra formación. Para poder estar preparados ante esta eventualidad, y estar en disposición de contener un posible ataque suevo desde esta zona, Anderico tuvo que renunciar a su plan inicial, donde la centena de Gelimer se situaba en el centro de la formación para intentar romper el muro de escudos enemigo. Por el contrario, y con gran pesar, tuvo que disponer a la centena de su primo en el flanco derecho, con la orden de detener cualquier ataque que se produjera. También Orosio y su grupo de caballería se encontrarían a su lado, con la misma misión que tenía mi turma en el flanco contrario. El plan era arriesgado, pero nuestra situación era desesperada.

En la tensa y larga espera que precede al choque entre dos ejércitos, hasta que los hombres reúnen el suficiente coraje o insensatez para arremeter contra sus oponentes y comenzar la danza de la muerte, pudimos evaluar la disposición del enemigo. Nos superaban en número, como ya sabíamos, pero

me parecía que por más de lo que pensábamos inicialmente. En las primeras filas se vislumbraban grupos de hombres vestidos con poco menos que con harapos y armados a la ligera, que no dejaban de agitar sus armas. Estos, como bien supe más tarde, eran conocidos como bagaudas. Siervos, esclavos, campesinos oprimidos por la administración romana que, hartos de su situación, habían roto con la ley del imperio, bien escapando de sus señores o bien asesinandolos, y formaban grupos armados que tomaban y saqueaban cuanto podían. No podía censurarlos; alguien como yo podría haber llegado a estar de su lado si el destino no me hubiera reservado mejor camino. Pero ese día eran mi enemigo y mi piedad la reservaba únicamente para los míos.

Rechila también había calculado todos sus pasos. Estos hombres sin ley no eran importantes para él: puesto a prescindir de guerreros, prefería que fueran estos pobres diablos los que se sacrificaran en un primer intento de romper nuestra formación, y preservar en lo posible las vidas de sus preciados suevos durante esta primera labor de desgaste. Viendo a la centena de Anderico, dudaba mucho que la panda de forajidos que se enfrentaban a ellos pudieran si quiera acabar con un puñado de hombres del *Dux*, pero lo que sí harían sería cansar a los guerreros, que tendrían que luchar bajo el peso de sus cotas de malla para repeler el ataque, para luego tener que hacer frente a soldados de verdad frescos y descansados.

Eché un vistazo a sus flancos. La caballería del enemigo no me preocupaba tanto como su infantería. El suevo nunca había sido un pueblo que destacara por la calidad de su caballería, y además, en cuanto a número, me parecía interpretar que, aunque sí eran más hombres que nosotros, no tenían una ventaja numérica importante... salvo que se produjera el temido ataque desde el norte. Llegado el caso, ahí estarían Gelimer y Orosio para minimizar su impacto.

Por fin se transmitió entre nuestra tropa la orden de avanzar hacia la cabeza del puente. Nos acercamos a unos doscientos pasos de la formación enemiga, y allí nos detuvimos para reagruparnos y esperar las órdenes. Tanto la turma de Orosio como la mía nos separamos de la infantería para prepararnos para el previsible choque con la caballería enemiga. A esa

distancia ya éramos capaces de distinguir las caras de nuestros enemigos. Como en nuestro bando, vi rostros desencajados por el miedo, y otros que transmitían fiera brutalidad, o se desfiguraban en muecas salvajes. Pero los que más temor causaban eran aquellos rostros que permanecían impávidos; fríos asesinos, esperando su momento para matar.

Algunos de los cabecillas escogieron ese momento para arengar a sus hombres, preparándolos para la batalla. Gelimer, enfundado en cuero y hierro y con los protectores de las mejillas de su casco echados sobre su rostro para componer una imagen aún más imponente, se colocó frente a las dos últimas centenas de la formación y se dirigió a la muchedumbre.

—¡Hermanos! Porque ahora mismo os considero a todos mis hermanos — proclamó, con la voz distorsionada por el eco al reverberar el sonido dentro del casco—. Pues mi hermano es aquel que me defiende con su escudo mientras yo arranco las entrañas de nuestro enemigo. —Hizo una pausa, paseó la mirada por las centenas en formación y continuó—. No importa que sea un sucio bárbaro como yo, un *mentula* romano como Orosio, y tampoco que sea un hispano maloliente como mi amigo Lucio —señaló a la segunda fila de la centena vecina, donde se encontraba el hispano. Lucio golpeó su escudo con su espada y la alzó con gesto fiero. Gelimer se llevó los dedos a la frente a modo de saludo y continuó pasando revista. Señaló a la fila de mercenarios godos y proclamó—: Ni siquiera importa que sea un godo cabrón como Vinderico. —La muchedumbre lo atendía en un sepulcral silencio—. Lo que hoy importa es que todos y cada uno de nosotros lucharemos por el mismo objetivo. Todos, da igual nuestro origen, lucharemos hoy por esta tierra —sus vándalos prorrumpieron en un grito—, lucharemos por nuestros padres, por nuestras mujeres, por nuestros hijos, por nuestros amigos —a medida que enumeraba, más hombres del ejército se sumaban al grito. Tal vez ni siquiera oían las palabras del vándalo, pero se dejaban llevar por las voces de sus compañeros, en un desahogo que les servía para olvidar momentáneamente sus temores—. Hoy estamos aquí para mandar al infierno a esos cabrones que tenemos enfrente, a esos malnacidos que no tienen nada que hacer en esta tierra —miró a su lugarteniente y continuó—. ¡Porque esta tierra es nuestra! Y la única tierra

que van a sentir nuestros enemigos es aquella que pisan, y que recibirá su sangre cuando acabemos con ellos. ¡Por nuestro *Dux*, por *Andevotus*! –Todo el ejército se unió al brutal grito, que recorrió centena a centena como una marea de rabia infinita. Los soldados comenzaron a golpear rítmicamente sus escudos, acompañando al rugido de las cientos de gargantas que lanzaban su desafío al unísono.

Anderico aprovechó el momento y ordenó avanzar al ejército hasta situarnos a escasos cien pasos del enemigo. Enseguida empezaron a llover las primeras flechas sobre ambas posiciones. Ninguno de los ejércitos contaba con gran número de arqueros, por lo que se produjeron pocas bajas en ambos bandos: algunos bagaudas y unos pocos voluntarios mal protegidos. Desde mi posición, ordené a Akkal y Olimpodoro que hostigaran a la caballería enemiga con una andanada de proyectiles, por lo que abandonaron nuestra formación y se dirigieron hacia el frente enemigo.

Una batalla es caótica, y más cuando transcurre a lomos de un caballo. Tan pronto puedes tener una visión global del campo, como al instante siguiente enzarzarte en un cuerpo a cuerpo en el que apenas puedes moverte, o bien acabar despanzurrado en el suelo mientras tus entrañas pugnan por salir de tu cuerpo. Lo que voy a relatar sobre esta es un compendio de las historias que pude recabar en distintos momentos de mi vida acerca de lo que aconteció ese día a orillas del río *Singilis*.

Como disponíamos de pocos arqueros a caballo –mi propio arco volvía a ser poco más que un mero adorno, olvidado sobre el flanco de *Corvus*–, el nuestro se quedó en un tímido intento de atraer a la masa de jinetes del enemigo. Yo permanecí en posición retrasada con mi grupo de caballería pesada, mientras el resto hacía su trabajo de acoso sobre el enemigo. A la vez, la infantería de nuestro flanco, al mando del propio *Dux*, comenzó a atravesar el espacio que quedaba entre los dos ejércitos. La perfecta formación de sus hombres y su paso decidido contrastaba con el de las unidades adyacentes, donde el temor se reflejaba tanto en los rostros como en la forma de avanzar, por lo que en varias ocasiones los hombres de Anderico tuvieron que refrenar su avance para no perder la formación.

El enemigo se preparaba para el inevitable choque que vendría a continuación. Las primeras filas de bagaudas parecían desorganizadas, una multitud de individuos malcarados que profería insultos contra nuestros hombres mientras escupían en nuestra dirección. El olor acre que empezaba a extenderse en el frente revelaba que los menos audaces comenzaban a tener problemas para contener sus vejigas. Lo mismo ocurría en las últimas filas de nuestra formación. Una batalla no es solo sangre y miembros amputados, también son heces y sudor que lo inundan todo. Creo que esa es una de las razones por las que siempre he preferido luchar a caballo: te permite escapar de esa desagradable sensación de sucia decadencia, en la que el dolor y el miedo pueden con la dignidad de tantos, la nobleza se vuelve relativa y las vidas se escurren entre el limo maloliente en el que los fluidos se mezclan con el polvo.

El primer encontronazo produjo desiguales consecuencias en todo el frente. En nuestro flanco los hombres de *Andevotus*, con el *Dux* en la segunda fila, arremetieron contra las filas de bagaudas como si una tormenta se abatiera sobre un campo de trigo. Algunos de los enemigos que trataban de escupir a nuestros hombres cuando se produjo el choque murieron sin haber cerrado aún la boca. Nada podían hacer aquellos desgraciados casi sin protecciones contra las tropas del *Dux*, que pasaron sobre ellos sin apenas frenarse hasta que se encontraron con el muro de escudos suevo. Los hombres de las últimas filas se encargaron de rematar a aquellos desgraciados que no habían muerto en el choque, sino que únicamente habían sido arrollados y pisoteados por sus compañeros. Esta tarea fue ejecutada con fría eficacia, con apenas un movimiento del brazo de la *spatha* o un golpe seco con el asta de la lanza en la cara del caído. En otras unidades, los voluntarios inexpertos que nunca habían estado en una batalla se perdían en asestar un golpe tras otro a enemigos ya derrotados, con un ensañamiento inútil fruto de sus nervios y temores, que nada tenía que ver con la crueldad.

El muro de escudos se trabó en toda la longitud del frente, hombre contra hombre, escudo contra escudo, en una constante marea de empujones e insultos proferidos hacia un lado y el otro. En dos filas, una de rodillas con sus

escudos protegiéndoles y otra con sus escudos encima, los hombres se afanaban en desplazarse y romper la formación para desatar el terror en su interior. Las primeras filas buscaban con sus espadas las pantorrillas del enemigo, la única parte que veían, mientras la segunda fila trataba de mantener a raya todo lo posible al oponente utilizando sus lanzas o *spathas*.

La caballería sueva finalmente se decidió a responder a las provocaciones de mi tropa con un ataque frontal. Los guerreros de la avanzadilla ligera emprendieron la retirada hacia donde se encontraba mi grupo, mientras aquellos que eran capaces de manejar el arco en movimiento no dejaban de disparar flechas mientras retrocedían. Eran más que nosotros, pero yo no tenía ninguna duda acerca del resultado del combate. Nos dispusimos en cuña, conmigo formando en el vértice superior e Ilderico y Wulfric tras de mí; cuando vimos que los nuestros se acercaban comenzamos el galope, y tomamos velocidad cuando nos separaba apenas un estadio. Olimpiodoro y Akkal rompieron su formación en ese momento, llevándose cada uno a la mitad de los hombres, abriendo el hueco justo para que mi grupo no tuviera que desviarse en su carrera. El enemigo que los perseguía se dirigía contra nosotros. Después de sobrepasarnos, nuestra caballería ligera volvió sobre sus pasos y nos siguió.

Probablemente los suevos no esperaban encontrar una tropa de caballería que luchara a la antigua manera de la caballería pesada. Mejor para nosotros. A veces, cuando el frío invierno me depara unas molestas fiebres que hacen que mis oídos se resientan, me parece oír el sonido que inundaba mi casco en ese momento. Me afiancé a mi montura con mis rodillas y me dirigí directo hacia el frente de su formación. Para mí en ese momento no existían el resto de hombres, tan solo un suevo espigado montado sobre un caballo bayo que iba armado con un escudo pequeño y una espada, y que miraba con asombro a la horda que se le venía encima. No sé en qué detalle se detuvieron sus ojos, pero fue lo último que vio. En el choque dejé a mi lanza clavada en su pecho, y después de reponerme del impacto, saqué mi *spatha* y me revolví en el interior de su formación intentando hacerme un hueco donde luchar. Apenas pude dar un par de mandobles a mi alrededor, sin mayores consecuencias para

mis enemigos, hasta que la presión de mis hombres se hizo patente, y el choque se propagó como si de una ola se tratase. En ese momento, ya con mayor libertad de movimiento, me dispuse a elegir nuevos blancos para mi *spatha* entre el mar de enemigos. Mientras, algunos pobres desgraciados que habían perdido sus monturas trataban de escapar de la escena.

Ilderico realmente luchaba como un demonio: su espada, roja de sangre, centelleaba sin parar mientras iba segando las vidas de sus oponentes. También Wulfric, el godo, hacía honor a su fama. Mi arma iba encontrando asimismo nuevas víctimas a las que morder. Continuamos abriéndonos camino dentro de la formación del enemigo, mientras los hombres de Akkal y Olimpiodoro acosaban sus flancos. Seguían siendo más que nosotros, pero la dinámica del combate iba en nuestro favor. Llamé a Ilderico, alzando la voz para hacerme oír entre el caos de gritos y entrechocar de metales, y le indiqué que reuniera a un grupo de los suyos y me siguiera hacia el centro de la formación sueva.

En el flanco contrario la batalla empezaba a tomar un cariz preocupante para nuestros intereses. La caballería sueva en aquel extremo era superior en número a los hombres de Orosio que, tratando siempre de evitar quedar aprisionados entre la marea de enemigos, les hacían frente a duras penas. Para evitar verse rodeado, Gelimer había tenido que dividir en dos su centena, quedándose él mismo al frente de aquellos que pugnaban por romper el muro de escudos enemigo con tan solo dos filas de fondo, mientras el resto de su unidad hacía frente a las cargas de caballería con el auxilio de la unidad de reserva. Pero la situación aún no era desesperada: el muro de escudos lograba contener a la caballería, y Gelimer mantenía con mano firme a sus hombres en la refriega, sin dejar de insultar al enemigo mientras acuchillaba sin piedad.

Mientras Ilderico se acercaba hasta donde yo me encontraba, me sobresaltó un dolor agudo en la pierna. Cuando desvié la mirada, vi a un suevo desmontado que esgrimía un mazo que, por lo que había sentido, debía de haber descargado sobre mi extremidad. El agresor se encontraba algo apartado, por lo que el golpe no me alcanzó de lleno, y gracias a la armadura que me había regalado Anderico no tuve que lamentar una fractura, que habría

resultado fatal, pero el dolor empezó a ascenderme por el cuerpo como una ardiente llamarada. Soltando un bramido arremetí contra el suevo con mi *spatha*. Él tuvo tiempo de alzar su pequeño escudo para defenderse de mi golpe, pero aun así lo hice añicos, produciendo a la vez un corte en su brazo. Liberé el arma, y sin que pudiera siquiera echar un vistazo a su maltrecha extremidad, descargué un tajo sobre su clavícula de arriba a abajo con toda mi fuerza, que penetró en su carne, matándolo al instante. Aún trataba de recuperar mi arma cuando Ilderico llegó a mi lado con un grupo de sus hombres. Me uní a ellos y nos dirigimos hacia el corazón de la formación enemiga.

Mientras, el centro de nuestra propia formación comenzaba a flaquear: las bajas de las primeras filas eran cubiertas por jóvenes inexpertos, de manera que, con el desarrollo de la batalla, las hileras que inicialmente habían sido de cuatro en fondo se estaban adelgazando peligrosamente, y los soldados experimentados escaseaban cada vez más. Con mi incursión trataba de desestabilizar la línea enemiga, o alcanzar a alguno de sus mandos, para obligarlos a retroceder, pues el tiempo avanzaba en nuestra contra, y si nada cambiaba nuestras posibilidades irían mermando cada vez más. Arremetimos con fuerza; la pierna me dolía terriblemente, pero me ocupé de enterrar las sensaciones que amenazaban con debilitarme bajo capas de rabia y determinación y seguí adelante, gritando y descargando mi *spatha* contra todo el que osaba oponerse a mí. Cualquier roce en el miembro herido provocaba una cascada de destellos en los márgenes de mi visión. Cerré los ojos fuertemente durante un segundo para librarme de la desagradable sensación, y cuando volví a abrirlos me encontré mirando la espalda de un jinete suevo en plena huida. Al echar un vistazo a mi alrededor, comprobé que tras nuestro ataque la caballería enemiga comenzaba a retirarse desordenadamente, por lo que ordené a Olimpiodoro y Akkal que los persiguieran para evitar su regreso, y retrocedí un poco para evaluar de nuevo la situación.

El grupo del *Dux*, después de barrer a la chusma de las primeras filas, había entablado combate con los guerreros suevos manteniendo todavía una evidente ventaja. Con nosotros protegiendo su flanco, su única misión era

avanzar, y vaya si lo hicieron. Con Anderico a la cabeza penetraron con ímpetu en la formación enemiga, hasta que el *Dux* se dio cuenta de que como siguieran adelante acabarían por quedar descolgados de su propio ejército.

Reorganicé lo que quedaba de mi tropa y nos preparamos para cargar sobre la infantería enemiga. Había perdido doce hombres, por lo que éramos algo menos de cuarenta jinetes pesados cuando nos lanzamos sobre las tropas suevas. El flanco que se encontraba frente a Anderico se preparó para nuestra embestida dirigiendo sus escudos hacia nosotros, de manera que se encontraban totalmente rodeados por nuestro ejército. Cargamos contra su frente provocando un gran revuelo en sus filas. Algunos de mis hombres fueron desmontados y alanceados en el suelo, pero la mayoría logramos nuestro objetivo y penetramos en la formación enemiga repartiendo estocadas a diestra y siniestra. Mientras *Corvus* se abría paso repartiendo coces y dentelladas, yo iba descargando mi *spatha* sobre los enemigos, que en algunos casos habían perdido sus escudos en el choque, y eran presa fácil para mi afilado acero. Desvié la lanza de un soldado que arremetió contra mí, y sentí el metal rozar mi brazo en su trayectoria. Comparado con el dolor lacerante que ascendía desde mi pierna, casi me pareció una caricia. Creo que me eché a reír. Vi el temor reflejado en los ojos de mi atacante, que comenzó a gritar incluso antes de que mi *spatha* le rebanara el gaznate.

Pese a mi primera impresión de que la carga podría facilitar que Anderico rompiera la formación, nuevos guerreros suevos acudieron al flanco a cubrir las posiciones de sus camaradas muertos: esa es la ventaja que ofrece luchar con superioridad numérica. Tras sembrar el caos en sus filas, tuvimos que recular y sacar nuestras cabalgaduras de allí para volver a intentar un nuevo ataque.

Entonces, sobrevino el desastre.

En una de las centenas del frente de la formación, castigada por el enemigo hasta quedar extremadamente debilitada, el orden de las filas terminó por romperse, y por allí entró el enemigo a sangre y fuego. Las unidades cercanas, compuestas ya en su mayoría por voluntarios, en vez de intentar frenar la

sangría emprendieron una loca huida hacia ninguna parte con la vana esperanza de salvar sus vidas. Los mercenarios más experimentados, en lugar de secundar su desbandada, comenzaron a retirarse en orden hacia los extremos de nuestra línea, donde tanto Anderico como Gelimer mantenían a sus hombres en la batalla.

El *Dux* sobresalía entre sus hombres en el centro de su formación, fácilmente reconocible bajo su penacho púrpura. Su capa también púrpura, manchada de sangre, barro y heces, yacía en el suelo pisoteada por cientos de pies.

Vista la situación en la que se encontraba nuestra infantería, y sabiendo que nuestras monturas a duras penas aguantarían otra carga debido al cansancio acumulado, decidí acercarme junto a mis hombres al frágil muro de Anderico y desmontar para unirnos a él, pese a los airados gritos con que me recibió mi amigo.

—¿Estás loco? —me imprecó—. Huye, maldita sea, ¡coge a tus hombres y huye hacia el norte, jodido mocoso alano! Prepara la defensa de la ciudad, ¡apóyate en Olimpiodoro! Sobrevive y gana la siguiente por mí.

Por toda respuesta, desmonté de *Corvus*. Acaricié su hocico y golpeé con el plano de mi espada en sus cuartos traseros para que emprendiera una cabalgada que lo alejara del tumulto. Me acerqué a Anderico, andando con cuidado, tratando de disimular los atroces dolores que sentía en mi pierna cada vez que la apoyaba, y le contesté:

—Mi sitio está aquí, contigo. Ya te fallé una vez, y no pienso hacerlo nunca más. Si hemos de morir aquí, así sea. No puedo imaginar un final mejor.

Anderico soltó un momento su escudo y espada, se acercó a mí y me abrazó, mientras sus hombres miraban nerviosos a su alrededor por si el enemigo en lugar de perseguir a nuestro ejército en desbandada se preparaba ya para cargar contra nosotros. Fue un extraño momento de calma en medio de

la tempestad. Me sentí tranquilo, en paz conmigo mismo, y me dispuse a vender cara mi vida.

Mis hombres se unieron al muro de escudos, que en ese momento tomó la forma de un círculo, formado por algo menos de doscientos hombres. Más tarde supe que en el otro extremo de la batalla ocurrió algo similar: los mercenarios que pudieron escapar se reunieron con Gelimer, y formaron a su vez un muro de escudos que miraba hacia las cuatro posiciones desde donde podía atacar el enemigo. Orosio, el noble y leal hispano, intentó cubrir junto a una parte de su tropa la retirada de muchos de los hombres, lo que para él resultó fatal. Su grupo, que permanecía haciendo frente al enemigo, fue arrollado por un último esfuerzo de la caballería sueva. Tras la caída de su líder, el resto de sus hombres, viendo la situación, dejaron de proteger a la infantería para intentar ponerse ellos mismos a salvo.

Pensé en Olimpiodoro. Esperaba que su dios le permitiera escapar de la masacre, y, como había dicho Anderico, que pudiera ocuparse de organizar la defensa de la ciudad.

Mientras la chusma del ejército suevo perseguía a nuestros hombres, sus mejores tropas se concentraron en acabar con nuestra última defensa. Así vi a Rechila. Avanzando calmadamente, acompañado de su séquito guerrero, se acercó hacia nuestra posición, donde aún se mantenía erguida la enseña de la serpiente. A lomos de un caballo negro y vestido con cota de malla sobre una túnica también negra, se acercó a nosotros con su melena y barba castañas asomando bajo su casco. Sus hombres de armas tomaron posiciones a nuestro alrededor mientras él se acercaba desafiante a donde destacaban la figura de Andevotus y el estandarte.

Cuando se encontraba a escasos cincuenta pasos, bajó de su caballo y entregó las riendas a uno de sus escoltas. Se quitó el casco y por primera vez pude ver su rostro. Era lo que supuse que las mujeres podían entender como atractivo. De tez blanca y pómulos marcados, tenía una fina barba que enmarcaba su rostro, a juego con unos grandes ojos castaños.

–Escoria vándala –empezó a hablar, con voz grave y despreciativa. Escupió en nuestra dirección–. ¿Ahora servís a estos perros? –señaló al campo de batalla–. Mejor habríais hecho en ir os al otro lado del mar, como vuestro pueblo cobarde. –Los veteranos de Anderico bullían dentro de la formación. El *Dux* apretaba los dientes–. Pero hoy me siento magnánimo –continuó–. Gracias a vuestra estúpida maniobra ahora soy rico, y estoy dispuesto a ser generoso. No tenéis por qué morir hoy. Arrojad vuestras armas, y preparaos a pasar el resto de vuestros días como los perros esclavos que sois.

Miró a Anderico, evaluándolo. Creo que su intención era humillarlo, antes que ofrecerle una salida digna. Sentí ganas de partirle los dientes, de retorcer mi acero en sus entrañas, de oírlo suplicar con esa voz odiosa y petulante. Pregunté a los dioses por qué habían decidido negarme esa satisfacción. Habría vendido mi alma a cualquiera que me la hubiera concedido.

–Solo os haré esta oferta una vez –continuó–. Cuando vuelva con mis hombres, si vuestras armas no están a nuestros pies, solo Dios podrá salvaros. Es vuestra elección. –Nos dio la espalda provocadoramente y se dispuso a regresar junto a su caballo.

Anderico miró a su alrededor buscando los ojos de sus hombres, encontrando en ellos solo orgullo y determinación. Me miró a mí, y yo le indiqué con un gesto que mi voluntad era la suya. Aprestamos nuestras armas, solapamos nuestros escudos y nos preparamos para morir.

El enemigo tardó un buen rato en reunir los arrestos suficientes para cargar contra nuestro muro forrado de cuero y acero. Rechila se situó detrás del anillo que formaban sus hombres y dio la señal para que avanzaran hacia nosotros.

Aún esperábamos el choque cuando un grito alertó a todos los hombres. El grupo de Gelimer, con él a la cabeza esgrimiendo una enorme hacha de doble filo, formó en cuña en un intento desesperado de llegar hasta nuestra posición atravesando al muro de enemigos que nos separaba. Al grito de *Andevit*,

descargó su hacha sobre el escudo de un suevo que apenas pudo cubrirse, y tiró de él hacia atrás para arrebatárselo de las manos. Sus hombres, aprovechando el desconcierto creado, se lanzaron hacia el hueco, acuchillando a todo el que encontraban en su camino, mientras su jefe repetía de nuevo la secuencia y agrandaba el espacio por el que penetrar. El hacha no dejaba de girar en un balanceo mortal entre las manos del vándalo, que presentaba un feo corte en uno de sus muslos, aunque la abundante sangre que cubría su manto verde en su gran mayoría no era suya.

Permanecimos un momento como hipnotizados, viendo el ataque suicida de nuestros compañeros, hasta que Rechila decidió por fin que era hora de acabar con nosotros, y vociferó de nuevo la orden de avance. Yo estaba situado a la derecha de Anderico, y ahí recibí el impacto del enemigo. Se formó un anillo a nuestro alrededor, que pretendía asfixiar nuestra formación y acabar con nosotros cuando ya no pudiéramos siquiera usar nuestras armas por falta de espacio donde esgrimir las. Pero no en vano se enfrentaban a lo mejor que podíamos ofrecerles, así que no los decepcionamos. Mientras la fila de hombres que se encontraba debajo aguantaba con sus escudos el ataque de las primeras líneas suevas, nosotros asestábamos sobre ellos descargas tras descargas de nuestras cada vez menos afiladas armas. Algunos todavía contaban con lanzas, pero la mayoría, como yo, tan solo disponíamos a esas alturas de espadas y cuchillos. Intenté clavar mi *spatha* como si de una lanza se tratara entre dos escudos que se solapaban frente a mí, pero el metal no encontró carne. El contraataque del enemigo tampoco tuvo mayores consecuencias. Nuestras últimas filas empujaban para evitar que quedáramos sin posibilidad de movimiento, por lo que en ocasiones me parecía que sufría más por las embestidas de mis compañeros que por las del propio enemigo. Causamos pocas bajas, pero los suevos tampoco pudieron penetrar en nuestras defensas. Anderico, aprovechando que uno de los hombres de la primera fila había conseguido hincar la punta de su espada en la rodilla de su oponente, bajando este su guardia al recibir el golpe, descargó un violento golpe sobre el casco del guerrero que lo partió por la mitad antes de penetrar en el cráneo del desdichado. Desgraciadamente, la espada no salió cuando el *Dux* quiso recuperarla, y ese instante fue suficiente para que un suevo rubio y enorme que

se encontraba frente a mí lanzara un mandoble que impactó en el antebrazo de Anderico, que instintivamente soltó su arma. De un empujón lo aparté de la refriega hacia la fila de atrás, e Ilderico ocupó su lugar a mi lado mientras no dejaba de insultar, echando espuma por la boca.

Mandamos al infierno a un buen puñado de esos cabrones, pero nuestras filas tan solo contaban ya con dos líneas escasas de hombres heridos y agotados, aunque dispuestos a luchar hasta nuestro último aliento. Wulfric cayó, pero aun con una espada clavada en su clavícula, se lanzó hacia delante y perdió la vida tras dejar su hacha en el pecho de un sorprendido suevo. Cuando el godo abandonó su lugar en la formación, un suevo de la primera línea aprovechó para descargar su espada en las protecciones de mi maltrecha pierna. Solté un reniego y no pude evitar bajar la vista hacia la zona, dejando mi posición al descubierto solo un segundo, suficiente para que un hacha impactara brutalmente en mi casco. Todo mi horizonte se cubrió de negro, y la batalla acabó para mí.

CAPÍTULO IX

Cuando desperté, la cabeza me dolía como si una manada entera de caballos la hubiera pisoteado sin piedad. Apenas podía abrir los ojos, ni mucho menos fijar la vista en algún punto de la escena que me rodeaba; tan solo era consciente de que mi cuerpo se movía en un leve balanceo. Por el sonido, podía ser quizás el traqueteo de una carreta. Poco a poco fui recobrando mis sentidos. El intenso hedor a heces y a sangre revolvió mi estómago; controlé las náuseas y me esforcé en mantener los párpados abiertos, para poder observar con mis propios ojos el lugar donde me encontraba: una especie de carromato abierto con estacas de madera como almacén, donde nos hacinábamos poco más de una docena de guerreros en tan mal estado como yo. Un vistazo fue suficiente para ver huesos rotos, heridas con mal aspecto y rostros cetrinos devorados por las fiebres. Pasé mi mano por mi cabeza, de donde provenía el desgarrador dolor que amenazaba con sumirme de nuevo en la inconsciencia, y lo que obtuve fue una lacerante punzada en mi cuero cabelludo. Recorrí la herida con mis dedos. Mi cabello estaba totalmente apelmazado y lleno de sangre, pero por lo menos no se me habían salido los sesos. Entonces vino a mi mente el último recuerdo de la batalla. La defensa desesperada, y el suevo rubio que aprovechó mi error para casi abrimme la cabeza. Nuevamente tenía que agradecer mi buena suerte a los regalos de Anderico. Anderico... ¿Qué habría pasado? ¿Dónde me encontraba yo? ¿Dónde estaría él? Los recuerdos huían, esquivos, de mi embotada cabeza cada vez que me parecía estar a punto de atraparlos. Decidí echar un vistazo a mi lastimada pierna: recordaba haber sufrido un golpe, pero no estaba seguro del resultado. Mientras enfocaba mi vista tratando de distinguir cuál era mi pierna de entre el amasijo de extremidades que me rodeaban, me sorprendió una voz:

—Gracias a Dios, se ha despertado el puto bárbaro —traté de localizar al que había hablado, pero sin éxito—. Yo pensé que te iban a liberar y les ibas a

lamer el culo a tus nuevos amos, pero se ve que finalmente sí que tenías dentro algo de dignidad. –La voz provenía del fondo de la carreta y cada vez me sonaba más conocida. Sentí que se acercaba a mí–. No te habrás quedado tonto del golpe ahora que empezaba a tomarte aprecio, ¿no?

Luché por vencer la sensación de que todo daba vueltas a mi alrededor, y me concentré en fijar la vista en quien así hablaba. Cuando reconocí su rostro, no supe si alegrarme por ver a alguien conocido o si maldecir mi suerte porque fuera precisamente él.

–Lucio –balbuceé–. ¿Eres tú?

–¡Aleluya!, el puto bárbaro no se ha vuelto aún más tonto –el hispano dejó ver su dentadura en un amago de sonrisa.

Logré palpar mi pierna izquierda y mis temores se confirmaron. Pese a haber aguantado el golpe de la maza en la batalla, la estocada del muro de escudos fue demasiado para mi dañada greba. Aun así, debía dar gracias a los dioses porque la pierna estuviera aún en su lugar. Debía de tener algún que otro hueso roto, pero al menos no me la habían cercenado de golpe. Eché un vistazo al hispano antes de continuar, y observé que tenía un largo corte en el muslo que trataba de cerrar con un trozo de tela sucio y deshilachado.

–¿Dónde estamos? –balbuceé, todavía confuso.

–Si creyeras en mi Dios, te contestaría que en el infierno, amigo; como eres una cabra hereje, elige tú donde peor te parezca. No sé adónde nos llevan estos salvajes, pero parece que nos dirigimos hacia el norte. Y da gracias de que no puedas caminar, porque si no estarías ahí afuera con esos pobres desdichados.

Miré tras la carreta y pude ver dos filas de hombres atados entre sí y a los maderos que trastabillaban tratando de no caer pese a su ostensible debilidad. Sus captores se ensañaban con ellos si rompían la formación, atizándoles con sus látigos sobre la piel desnuda.

–¿Y el *Dux*? ¿Qué pasó con él?

–Veo que te quedaste dormido en algunos momentos de la batalla –hizo una mueca–. ¿Viste caer a Gelimer? –Me preguntó.

Una sombra cruzó por mi alma y cerré los ojos con fuerza, con el pecho inundado de tristeza. Gelimer, el fiel amigo, mi maestro, que me enseñó tanto a hacer el bien como el mal en esta vida. Uno de los pocos amigos de verdad que había tenido nunca, muerto. El destino los había puesto de nuevo en mi camino, a él y a Anderico, solo para arrebatármelos de nuevo poco después, cuando pensaba que había vuelto a encontrar junto a ellos mi lugar en este mundo. Cruel destino el que nos deparan los dioses. Deseé con todas mis fuerzas estar muerto, en lugar de en aquella carreta apestosa y traqueteante, despojado de nuevo de todos mis sueños, y a merced de mis enemigos.

El hispano respetó mi silencio durante un instante, y luego comenzó a componer el relato de sus recuerdos de la batalla. Lo escuché con los ojos cerrados aún.

Con Gelimer al frente, su grupo consiguió avanzar hasta que lo exiguo de su número hizo que quedaran englobados en la masa de enemigos. Aun así, el vándalo, sin dejar de proferir su grito de guerra una y otra vez, continuó descargando brutales golpes con su hacha, intentando hacer hueco a sus hombres, hasta que una espada alcanzó su brazo, seccionándole el hueso y haciendo que su arma saliera despedida hacia el cielo. Sus hombres se abalanzaron como posesos hacia donde se encontraba su cabecilla y emplearon las fuerzas que les quedaban en defender al caído, en un último y desesperado acto de valor. Lucio, antes de recibir el corte en el muslo que le hizo perder el equilibrio y caer, consiguió ver a través de la tupida masa de enemigos el yelmo de Anderico, que continuaba haciendo frente a la jauría sueva a la cabeza de sus últimos hombres.

Sentí cómo las lágrimas corrían por mis mejillas. No podía siquiera levantar la mirada hacia el hispano, que guardó un respetuoso silencio.

Entonces oí la voz gutural de otro de los cautivos, que debía haber estado escuchando nuestra conversación. Era uno de los hombres de Anderico. El latín sonaba extraño en su voz de acento germánico, mientras nos relataba los últimos momentos de su grupo.

Según nos contó, el *Dux*, pese a la herida que había recibido en el brazo de la espada, continuó luchando. Cuando lo empujé al interior de la formación, no tardó en pedirle a nuestro compañero de cautiverio, que se presentó como Ruric, y que había formado parte de su guardia personal, que le atara el escudo a la mano inmovilizada. Él acató las órdenes de su señor y afianzó las correas al antebrazo de Anderico, que tomó la espada con su siniestra y se lanzó al frente de la formación, secundado por los hombres de la última fila, para sorpresa de sus atacantes, que viendo el escaso número de defensores no esperaban una nueva ofensiva. Así acabaron nuestros hombres. No defendiéndose, sino atacando al enemigo y escupiéndole a la cara. Ruric nos aseguró que Anderico, antes de caer atravesado por las lanzas, consiguió incluso romper las primeras filas del muro de escudos tras el que se refugiaba Rechila. Fue una buena muerte, pero saberlo apenas mitigó mi pena. Seguía atormentándome el deseo de haber caído a mi vez ese día, con el arma en la mano y rodeado de lo más parecido a una familia que había conocido.

El hedor era insoportable en el carromato. Un gemido desgarrador llamó mi atención, y vi a uno de los cautivos –un godo, por su aspecto, aunque su rostro ojeroso recordaba ya más bien al de un fantasma– que parecía a punto de expirar. Ruric se acercó a su lado, apretando su brazo en un gesto consolador, como para decirle que estaba entre amigos. Reparé en que el vándalo había utilizado un jirón de su propia túnica para aplicarle un vendaje apretado que apenas lograba contener la hemorragia en su costado. Pensé que sus atenciones habían llegado demasiado tarde, pues su palidez y su mirada vidriosa revelaban que había perdido ya mucha sangre. Mientras la triste escena se desarrollaba a mi lado, sentí que mis párpados volvían a cerrarse, y caí en un sueño inquieto y repleto de pesadillas.

Me despertaron las voces de nuestros captores, que introdujeron en el carromato unos cuantos odres de agua y algo de pan duro. Lo tiraron todo al sucio suelo, como si fuéramos perros. Ni siquiera intenté llegar a la comida, pero para mi sorpresa Lucio guardó para mí un duro mendrugo de pan, que puso en mi mano, clavando su mirada en mí.

—Bárbaro, creo que deberías poner algo de tu parte para sobrevivir. Puede que todavía podamos tener alguna oportunidad para vengarnos en el futuro — dijo, en voz baja. Le devolví la mirada sin decir una palabra, pero cuando se alejó me llevé el trozo de pan a la boca para masticarlo lentamente, y él me dedicó un cabeceo aprobador. A partir de ese momento, al menos me preocupé por conseguir algún pedazo de alimento, que muchas veces compartí con el hispano y con Ruric. También nos ocupábamos entre todos de procurar algún mendrugo al godo moribundo que continuaba su lucha a nuestro lado. Nunca llegó a decirnos su nombre.

Nuestra situación era deplorable. No nos habían permitido salir del carromato desde que nos hacinaron en él, por lo que el suelo aparecía lleno de excrementos.

En esos días, descubrí que Ruric tenía alma de físico, o quizás de carnicero. Gracias a él, la herida de Lucio al menos se mantuvo más limpia y con mejor aspecto de lo esperable, dadas nuestras circunstancias. Además, entre el vándalo y el hispano me recolocaron el hueso partido. Creo que nunca había sufrido tales dolores, y eso que no he tenido una vida plácida, ni mucho menos. Mientras el vándalo pugnaba por colocarme el hueso en su sitio, el hispano intentaba sujetarme para que no entorpeciera la labor de su compañero. Cuando terminaron, me sentía exhausto y sudoroso, y volvió a vencerme un desasosegado sopor. Cuando recuperé la consciencia, un trozo de mi túnica se encontraba enrollado alrededor de mi pierna rota, sujetando un pedazo de madera —que no sé de donde habrían sacado— que hacía las veces de entablillado. Dirigí mi mirada hacia el vándalo con un gesto de agradecimiento.

–No es solo mérito mío, sino también del hispano –respondió secándose la sudorosa frente.

Miré hacia Lucio y le di las gracias de corazón. Él hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

–Si no te ayuda tu vecino, ¿quién lo va a hacer?

Le respondí con una sonrisa amarga. Qué lejano parecía ya aquel tiempo.

Ruric continuó hablando:

–El trozo de madera que consiguió Lucio permitirá que tu hueso no vuelva a salirse de su sitio. Siempre que estos animales no te hagan caminar en unos días, claro.

Las siguientes jornadas permanecimos en el carromato, incluso durante las noches, cuando la columna se detenía. Por lo que podía observar, los suevos no las tenían todas consigo. Cada noche montaban guardia como si esperaran que alguien se les echara encima. Si era verdad lo que me había dicho Lucio, y avanzábamos en dirección norte, al menos la *Baetica* se había salvado. Magro consuelo para la memoria de Anderico.

Habían pasado unos pocos días más cuando la tez blanquecina y los labios azules del godo nos avisaron de que su suplicio había llegado a su fin. Nada pudo hacer Ruric por él; cerró sus ojos y se ocupó de avisar a gritos a los guardias de que uno de los cautivos había muerto. Tras comprobar su afirmación, un grupo de guerreros se acercó al carromato y abrió la puerta mientras formaban un anillo a su alrededor. Ilusos si pensaban que los atacaríamos. Llevábamos casi una semana en la misma posición, y aparte de las heridas de la batalla que nos impedían caminar, la inactividad hacía que nuestros entumecidos músculos apenas nos respondieran. Uno de ellos entró al carromato, con una antorcha en su mano, pisando a aquellos que se encontraban en su camino. Hincó su lanza en la mano del cadáver, para comprobar que realmente estaba muerto, y una vez se hubo asegurado llamó a

dos de sus compañeros para que lo sacaran a rastras. No sé lo que hicieron con el cuerpo, pero aprovecharon para tirarnos la comida después de haberlo sacado.

Día a día me encontraba mejor de mi golpe en la cabeza. El vándalo había lavado la herida con algo del agua que nos daban para beber, y me había aplicado un vendaje usando otro trozo de mi túnica; si por él hubiera sido, todos andaríamos como amortajados. Durante el día elucubrábamos en voz baja sobre donde nos podríamos encontrar. Lucio no era de gran ayuda, ya que nunca había salido de la *Baetica*, pero tanto Ruric como yo habíamos conocido muchas regiones en nuestro largo deambular por la península. Finalmente, decidimos que debíamos estar en algún lugar de la *Lusitania*, por el paisaje que pasaba frente a nuestros ojos día tras día.

Así transcurrieron muchas penosas jornadas, hasta que llegamos a las afueras de una pequeña ciudad amurallada. Los suevos montaron su campamento frente a las puertas, y allí permanecimos desde primeras horas de la tarde. Por la mañana, muy temprano, me despertó el asta de una lanza que se había colado por los barrotes, mientras algunos suevos nos gritaban insultos para que nos levantáramos. Como sucediera cuando sacaron el cadáver del godo, un grupo de guerreros aisló el carromato antes de abrir la puerta. Entraron y nos sacaron a patadas del mismo. A duras penas pude proteger mi maltrecha pierna dejándome caer al suelo una vez crucé la puerta, para evitar sus golpes. Componíamos una escena lamentable: alrededor de una docena de hombres vestidos con harapos, sucios y llenos de heridas, que esperaban agrupados en el suelo mientras los guerreros suevos nos amenazaban con sus armas y nos escupían. Apreté los dientes, atesorando en mi interior cada una de las ofensas sufridas para tenerlas presentes cuando el destino me ofreciera por fin la posibilidad de obtener mi ansiada venganza.

Nos tuvieron así un buen rato, hasta que se presentó ante nosotros uno de los jefezuelos de la partida acompañado por lo que me pareció un nervioso hispano bien vestido, que no hacía sino mirar a un lado y al otro. Nos levantaron bruscamente del suelo, y nos indicaron que nos colocáramos formando una especie de fila. El jefezuelo nos señaló y le espetó al tipo:

–Estos son los hombres, haz tu trabajo.

El hispano de mirada esquiva hizo un gesto de asentimiento, se separó de su compañía y se acercó a nosotros escoltado por dos suevos. Se dirigió en primer lugar hacia Ruric, que se encontraba en el extremo de la fila. Apartó sus harapos con manos temblorosas, y lo examinó en busca de heridas, deteniéndose en el corte que presentaba justo encima de la rodilla. Toqueteó un instante la zona, le pidió a Ruric que doblara y estirara la pierna varias veces, y por fin hizo un gesto afirmativo a los captores, que cogieron en volandas al vándalo y lo arrastraron de nuevo al carromato.

El hispano –supuse que físico de profesión– fue examinando a cada uno de los cautivos, reconociéndoles brevemente mientras mascullaba por lo bajo, hasta que tras unas cuantas comprobaciones y un gesto aprobador, los hombres iban volviendo a ocupar su sitio en el carromato. Cuando se acercó al vándalo que ocupaba el quinto lugar de nuestra triste fila, observé que Ruric, asomado entre los maderos, exhalaba un tenso suspiro y comenzaba a caminar de un lado a otro del reducido espacio como una fiera enjaulada, hasta que uno de los suevos le gritó de malos modos que se estuviera quieto. Nuestro compañero había tenido ocasión de examinarlo, y nos había dicho que, en su opinión, pese a los cuidados que le había dispensado, había pocas posibilidades de que volviera a caminar, pues tenía seccionados los tendones de una de sus rodillas. Efectivamente, el hispano solo necesitó un vistazo para descartarlo, haciendo un leve gesto negativo hacia el jefezuelo. De inmediato, tras una mirada de aquel, uno de los suevos lo apartó de Lucio, que era el siguiente, y sacando su espada lo degolló con un movimiento preciso, dejando su cadáver tendido al borde del camino.

La tensión entre los cautivos era palpable. Me costaba imaginar una muerte peor. Observé con alivio que Lucio volvía hacia el carromato, con la cabeza gacha. A medida que el físico se acercaba a mi posición, sentí un escalofrío en la nuca, mientras intentaba afianzar mi maltrecha pierna y componer una expresión indiferente, aunque lo cierto es que aun con mi improvisado entablillado de madera el dolor que sentía al apoyarla en el suelo era muy intenso. Ví que Ruric había vuelto a ocupar su posición, aferrado a los

barrotes del carromato. Me miró fijamente, y me hizo un gesto de ánimo, que le agradecí tratando de sonreír entre la mugre que me cubría. Cuando el hispano llegó frente a mí, examinó primero la herida de mi cabeza, sin darle mucha importancia, y luego se detuvo largamente en mi pierna. Me pareció que el tiempo se había detenido. Palpó el lugar donde había sufrido la fractura, y me indicó que avanzara un par de pasos. Le obedecí, concentrándome con todas mis fuerzas en no tropezar, en no vacilar, y en que el dolor ardiente que sentía no se reflejara en mi semblante. Finalmente se agachó, comprobó el entablillado, asintió con la cabeza e indicó al suevo que se encontraba junto a mí que me llevara de vuelta al carromato. Sentí que volvía a respirar, y me embargó una alegría absurda por seguir vivo, aunque no sé si lo que teníamos en ese momento era digno de llamarse de esa manera. Una sensación amarga inundó mi pecho. Tras el tenso momento en que mi vida dependió del criterio de aquel hispano flaco y nervioso, sentí que me habían despojado de todo, que me habían robado mucho más que mi *spatha*, mi coraza y mis esperanzas. Pero, a pesar de todo, se impuso el deseo de continuar viviendo, en vez de acabar en el borde de un camino, despreciado como inútil hasta para ser vendido como esclavo. Me concentré en las palabras de Lucio. Sobrevivir, y vengarse. Algún día.

Al cabo de media hora nos encontrábamos todos de nuevo en nuestra prisión, salvo el desventurado vándalo, mientras el físico hispano hablaba con el jefezuelo suevo.

Llevábamos un rato sentados en silencio en el carromato cuando un mirlo, oscuro y vivaz, se posó cerca de nosotros y emitió algunas notas aflautadas. Lucio lo miró, y abrió la boca.

—*Norba* —dijo únicamente. Tanto Ruric como yo lo miramos con extrañeza, sin saber a qué se refería—. Estamos en la ciudad de *Norba* —aclaró—; y sí, nos encontramos en *Lusitania*.

Ruric me miró y bromeó:

–Vaya, nuestro amigo no ha visto mundo, pero debe de comunicarse con las aves, que incluso le cuentan donde nos encontramos.

–Me lo ha dicho el físico –respondió el hispano–. Es una pequeña ciudad cercana a *Emerita*, que por lo que pude saber lleva ya años languideciendo. Han accedido a darle a los suevos comida y los servicios que requieran a cambio de que continúen su camino sin molestar.

En ese momento mi rabia contenida me hizo intervenir.

–Estos perros nos tratan como a ganado. El que no sirve es eliminado como si de un animal enfermo se tratase.

–Tú harías lo mismo si tuvieras una granja –respondió Lucio–. Si nos quieren vender como esclavos, es un desperdicio cargar con alguien por quien luego no podrán sacar ningún beneficio. Así que preocúpate por mantenerte de una pieza.

Pese a la frialdad de sus palabras, el hispano tenía razón, aunque eso no contribuía a tranquilizarme.

Esa noche la pasamos a las afueras de la ciudad, para continuar al día siguiente nuestro inexorable camino hacia el norte. Tal y como pintaban las cosas, suponíamos que nos llevaban hacia *Gallaecia*, hacia *Braccara Augusta*. Hacía casi veinte años que había abandonado la región con la intención de no regresar jamás, pero ahora el destino me traía de vuelta, y además como esclavo de mis enemigos.

Las jornadas discurrían lentamente dentro de nuestra cárcel móvil, aunque unos días después del episodio de *Norba* la situación mejoró un poco: nuestros captores comenzaron a permitirnos salir de la carreta unos minutos cada día, para que pudiéramos estirar nuestros anquilosados miembros, siempre bajo su inquisitiva vigilancia. La pierna me dolía horrores, pero Ruric me consolaba diciéndome que el hueso ya debía de estar soldado, y que tan

solo se debía a la falta de movimiento, que había aletargado mis músculos hasta dejarlos casi sin fuerzas. Mis músculos... Bueno, creo que todos estábamos en la misma situación: mal alimentados, sucios, malolientes y sin apenas habernos movido en más de dos semanas, presentábamos un aspecto lastimoso, poco más que pellejos sobre huesos. La reata de cautivos que seguía a nuestra carreta sufría aún algunas bajas de vez en cuando; los hombres eran tratados con una brutalidad fría e inclemente.

Esa noche, mientras nuestros captores cantaban y bebían alrededor de las hogueras, estuvimos hablando sobre nuestro futuro.

–Debemos de estar cerca de nuestro destino –comencé–. Es la única explicación que le doy a que desde hace unos días nos permitan salir del carrozón. Supongo que para sacar una suma decente por nosotros necesitan que aparentemos un aspecto más saludable del que ahora mismo tenemos.

–No lo dirás por los pobres desgraciados de detrás de la carreta, ¿no? –inquirió Lucio, de mal humor–. Putos bárbaros de mierda –masculló entre dientes–. Solo pido a Dios que me dé una única oportunidad para vengarme de estos cabrones. Me conformo con matar solo a uno, pero que sufra...

–No me gustaría llevarme mal contigo, hispano –intervino Ruric, silbando entre dientes–. Creo que el alano tiene razón, además, me ha parecido notar que desde hace un par de días el ritmo de la marcha es menor. Desde entonces, tan solo han perdido a un hombre de la fila. Debemos de estar cerca de nuestro destino.

–Estos bárbaros de mierda, ¿tienen esclavos? –preguntó Lucio–. ¿O nos venderán a algún hispano de la provincia?

–Dudo que estos cabrones tengan esclavos –terció Ruric–. ¿Qué iban a hacer con ellos? No cultivan, no construyen, solo saben saquear. ¡Que buena vida, Dios! –rompió a reír.

–Si te preguntan, no digas que eres hispano, Lucio –le recomendé–, porque entonces es posible que decidan no venderte a un amo de origen similar, no sea que le des ideas peligrosas. No sé si a los hispanos de esta zona les haría felices escuchar detalles sobre las correrías de sus vecinos allá en el sur. Pero no se me ocurre que puedas pasar por un alano o un vándalo... ¿tú qué crees, Ruric?

–Sería más creíble si nuestro amigo dijera que es mestizo entre un caballo y una burra.

No pude evitar reírme, sin hacer apenas ruido, no fuera que nuestros captores vinieran a hacerme cosquillas con sus lanzas.

–Ahora en serio, Lucio, si dices que eres de otra zona, supongo que no les importará venderte a cualquier hispano que puje por ti.

–Siempre puedo decir que tengo ascendencia africana, del otro lado del mar. Por lo que sé, algunos son solo un poco más morenos que nosotros.

–Ahora no, amigo. Ahora deben de ser altos y rubios como Genserico, en caso contrario... –Ruric completó la frase haciendo un gesto con sus dedos, como si se cortara la yugular.

–Bárbaro de mierda. Te salvas porque desde pequeño me enseñaron que no mordiera la mano que me daba de comer, y tú aún no has acabado de curarme la pierna. –Dio un tímido puñetazo en el hombro al vándalo.

Como siempre he dicho, el mundo depara extraños compañeros de viaje. Si tres meses antes me hubieran dicho que uno de los pocos amigos con los que podría contar era el hosco y rencoroso Lucio, nunca lo hubiera creído.

Tres días después cruzamos lo que debía de ser el *Tagus*, por lo que nos acercábamos ya al área de la influencia sueva en *Hispania*. Después nos hicieron bajar de nuestro carronato para no volver a verlo más. A partir de ahí, el resto del trayecto lo realizamos a pie.

Tras deshacerme del entablillado, la pierna volvía a responderme poco a poco, aunque esos primeros días fueron un auténtico infierno. La inactividad hacía que pareciéramos borrachos apenas capaces de caminar, y por la noche los calambres y los dolorosos latidos en mi inflamada herida apenas me dejaban dormir. Y al día siguiente, un nuevo martirio. De nuevo gracias a Ruric, que me examinaba cada noche, pude aguantar los agotadores días que se sucedieron. Aunque, a grandes rasgos, podría decir que nuestra situación fue mejorando. Las raciones se volvieron más generosas, el ejercicio hizo que poco a poco nuestros atrofiados músculos fueran volviendo a una aparente normalidad, y por supuesto el estar al aire libre, sin necesidad de orinarnos encima, supuso una auténtica mejora. Como contrapartida, probamos a menudo los látigos de nuestros captores, aunque a medida que pasaban los días los usaban cada vez con menor frecuencia. No está bien estropear la mercancía que vas a vender.

Por la extensión de la columna en la que viajábamos, me figuré que debíamos formar parte de una pequeña partida desgajada del ejército. No creo que los suevos que componían el grupo llegaran a quinientos, y en cuanto a los prisioneros, calculo que en aquel momento apenas sobrepasábamos la cincuentena. Prefería no saber cuántos habíamos empezado el camino.

Por fin, una mañana, nos sorprendió un cambio en nuestra rutina habitual. Ya hacía un buen rato que los guardias se habían acercado a los cautivos para despertarnos –a patadas– y gritarnos que estuviésemos preparados para continuar, pero parecía que, por algún motivo, no se decidían a emprender de nuevo la marcha. Algunos de los jefezuelos de la columna comenzaron a discutir a voz en grito cerca de donde esperábamos nosotros, sentados en el suelo. Ruric parecía concentrado en sus palabras, y al poco, en voz muy baja, comenzó a intentar traducir lo que era capaz de ir entendiendo. Conocía algo el idioma, pues en su juventud había pasado varios años en *Gallaecia* y había tenido ocasión de aprender sus rudimentos. Haciendo frecuentes pausas para escuchar, empezó a contarnos.

–Creo que estos dos de ahí tienen problemas. Por lo que parece, el pequeño de la tripa prominente quiere abandonar la columna y probar suerte

en alguna ciudad de la zona para sacar un buen precio por nosotros. En cambio, el peludo de la capa parda quiere seguir hacia el norte sin tardanza.

–Por mí como si se dan por el culo –respondió Lucio, encogiéndose de hombros.

Ruric continuó otro rato escuchando.

–Al final el pequeñajo se sale con la suya: se queda por aquí con su mercancía. El otro está resuelto a continuar.

Lucio y yo nos miramos. Por lo menos, era un cambio, y quisimos ver en ello una oportunidad. Si la compañía empezaba a fragmentarse, ¿habría menos vigilancia? ¿Cometerían alguna imprudencia que nos permitiera intentar escapar? Tensé los músculos, y el movimiento fue acompañado por la satisfactoria sensación de que eran capaces de responder. Nos conjuramos para permanecer atentos por si se presentaba la más mínima ocasión de dar guerra. Recuperar la libertad en un territorio lleno de suevos a los que hacer pagar nuestras ilusiones de venganza... Solo deseábamos acabar con unos cuantos antes de morir, sintiendo por fin nuestra dignidad restablecida.

Desgraciadamente, muy pronto me vi obligado a renunciar a nuestras agradables pero absurdas fantasías. El pequeñajo se acercó hasta nuestra posición. Tenía un andar extraño: se movía como pavoneándose, aunque me dio la impresión de que el movimiento ocultaba una leve cojera. Algunos de sus hombres se acercaron tras él. El de la capa parda lo siguió, y continuaron cruzando algunas palabras tensas. Me pregunté qué estarían decidiendo, y cómo nos afectaría a nosotros. Miré a Ruric, pero este mantenía la vista fija en el suelo, y su expresión era inescrutable. Poco a poco, parecieron ir llegando a ciertos acuerdos, y los guardias que escoltaban al primer jefezuelo comenzaron a separar a algunos de los cautivos del grupo. De vez en cuando el más alto protestaba airadamente, discutían y alguno de los seleccionados volvía a su lugar. Cuando casi estaban llegando al final de la negociación, señaló hacia Lucio, pero el otro le dijo algo, meneando la cabeza. Entonces sentí que su mirada se dirigía hacia mí; bajé la cabeza para evitar sus ojos y

contuve el aliento. El alto alzó su mirada hacia el cielo, e hizo un gesto cansado con la mano que el pequeñajo consideró suficiente. Sentí como me alzaban bruscamente entre dos de los guardias, separaron mis cadenas de las de Lucio y me arrastraron hacia donde esperaba el resto del grupo destinado a ser vendido en los alrededores. Aunque sabía que este momento llegaría más pronto que tarde, la sensación de encontrarme otra vez solo, sin el apoyo de Ruric y Lucio, pesó como una losa en mi alma cansada. Únicamente pude despedirme de ellos con un gruñido y un leve movimiento de cabeza. Lucio se las arregló para acercarse un instante y decirme algo que no he olvidado después de todos estos años.

–Aguanta, a–la–no –remarcó, separando las sílabas–. Esto aún no ha acabado, y ya llegará nuestro momento.

En ese entonces sus palabras me hicieron pensar que el hispano había perdido el escaso juicio que le quedaba, pero me alegró pensar que al menos ya no quedaba rastro de mala sangre entre nosotros.

El grupo donde quedaron mis compañeros, más numeroso, se adelantó y prosiguió su camino, mientras el nuestro, formado por apenas un centenar de hombres y una docena de cautivos, se dispuso a montar un campamento. Esa noche dormimos allí, al raso, con los tobillos encadenados al suelo y un guardia malcarado y propenso a emitir gruñidos a nuestro cargo, para por la mañana temprano ser levantados por los gritos y las astas de las lanzas de nuestros vigilantes. Cuando nos hubimos incorporado, nos entregaron a cada uno una basta túnica de tela, que desde luego no estaba limpia, pero era mucho mejor que los harapos que llevábamos puestos desde que luchamos contra ellos. Nos dispusieron en fila para encadenarnos entre nosotros, y acompañados del pequeñajo de la tripa, como le había bautizado Ruric, y una decena de guardianes, nos pusimos en camino. A mediodía llegamos a una ciudad por la que yo no recordaba haber pasado nunca, por lo que al menos nadie podría echarme en cara haber participado en su saqueo.

La ciudad se alzaba en lo alto de una meseta que dominaba la planicie circundante, bien protegida por una gruesa muralla y un abrupto barranco que se recortaba en su lado sur, y la hacía inaccesible desde ese extremo. Suponía que el habernos separado del grupo, y además presentarnos acompañados por tan solo un puñado de suevos, se debía a que la ciudad no había sido ocupada, sino que seguía perteneciendo a la élite local, y esta no toleraría un grupo numeroso de invasores. Así que allí nos iban a vender. En cierto sentido, no me parecía la peor de las opciones, pues al fin y al cabo tendría la oportunidad de no sufrir más que cualquier esclavo normal, ya fuera doméstico, de campo o de cualquier industria que floreciera en la zona, en vez de permanecer en manos de los suevos. Esperaba que mis compañeros tuvieran también la relativa fortuna de ser vendidos de la misma manera, en lugar de seguir sufriendo en manos de nuestros captores.

Ascendimos por la vía extrañamente vacía hasta presentarnos ante la puerta de la ciudad. No tardaron en darnos el alto desde la muralla. Esta, de unos seis pasos de alto, estaba jalonada con torres cada quince pasos, que le conferían cierto aspecto de solidez, pese a la escasa calidad de su manufactura. El jefezuelo se adelantó y desde allí, por medio de gritos y expresándose en un pésimo latín, nos ofreció a los vigilantes como esclavos para los ciudadanos pudientes de la ciudad. A juzgar por su lenguaje torpe y sus gestos inseguros, pensé que, desde luego, nunca se ganaría la vida como comerciante. Supuse que con una espada en la mano sería mejor que con las palabras corteses, y deseé fervientemente poder encontrarlo un día portando a mi vez una buena *spatha* en mi diestra.

Uno de los guardas le conminó a esperar y nos dejó allí, bajo el sol, alrededor de una hora. Durante este tiempo el suevo apenas podía esconder su desesperación, y se movía de un lado a otro, rascándose la cabeza y dirigiendo continuas miradas a la cerrada puerta como si esperara ser capaz de hacer que se abriera si se concentraba lo suficiente. Por fin, el ruido causado por un grupo de hombres acercándose al recio portón nos indicó que nuestra espera llegaba a su fin. Cuando se abrieron sus hojas, salió una comitiva de ciudadanos acompañados de algunos guardas, mientras otros nos vigilaban

desde lo alto del muro. Esa fue la primera vez que vi al que sería mi amo durante los once años siguientes de mi vida.

La desconfianza entre ambos grupos era evidente; aun así, nuestro captor volvió a reiterar su oferta. El que supuse que sería uno de los ciudadanos influyentes de la localidad, un hombre de unos treinta años, con el cabello negro corto al estilo romano y una túnica limpiísima de excepcional calidad, se adelantó acompañado de varios guardas y cruzó una serie de palabras con el suevo, que bajando la cabeza en un gesto entre hosco y servil se echó para atrás y ordenó a sus hombres que nos colocaran en fila para que nuestros potenciales compradores pudieran examinarnos. Uno a uno, estos fueron acercándose y nos observaron con detenimiento. Un hispano de corta estatura y de prominente calva se acercó a mí, pero en cuanto se fijó en lo inflamada que tenía la pierna herida, hizo un gesto negativo con su cabeza y se dirigió hacia el siguiente. Varios de los ciudadanos regateaban animadamente con el suevo, cuando otro de los hispanos se dirigió a mí, y me preguntó por la pierna. Le contesté que apenas había sido un pequeño golpe, pero que evolucionaba bien. Me miró con cierto aire sorprendido; supongo que no esperaba que hablara latín correctamente. Era un hombre de talla pequeña, que aparentaba alrededor de treinta y cinco años, y que no tenía nada especial hasta que no lo mirabas a los ojos. Me pareció que tenía la mirada tranquila de alguien que está en paz consigo mismo y con sus semejantes.

–¿Eres alano? –preguntó, a lo que asentí con un gesto. Él ladeó la cabeza, y me observó con una media sonrisa asomando a los labios—. Entonces, probablemente no necesites tanto tu pierna, si puedes tener las cuatro fuertes patas de un caballo debajo de ti, ¿verdad? –. Sus palabras me dejaron perplejo, y tan solo acerté a responder que no podría desear nada mejor. Él rio, y yo le devolví la sonrisa en un gesto instintivo, aunque enseguida la borré de mi semblante, sintiéndome algo estúpido por mi reacción. Tras frotarse el mentón en ademán pensativo, se dirigió hacia donde se encontraba el suevo negociando con los otros hispanos.

Los cautivos esperábamos, aún en fila, hasta que el pequeñajo llegaba a un acuerdo con cada uno de los compradores, momento en el que transmitía las

órdenes a uno de sus esbirros para que nos fueran separando del grupo y entregando a los nuevos amos. Mis compañeros fueron abandonando la fila uno a uno, hasta que quedamos cuatro cautivos a la espera y tan solo el pequeño hispano que me había dirigido la palabra hacía un momento regateando con el suevo. Aunque lo consideraba una posibilidad, no dejó de sorprenderme cuando uno de nuestros captores se acercó a mí, separó mis cadenas de las de mis compañeros y me empujó hacia donde se encontraba su jefe y mi nuevo amo. Cuando nos encontrábamos a escasos pasos de ellos, mi escolta aprovechó para despedirse de mí con un amoroso golpe del asta de su lanza en mis costillas. Tras semanas de humillaciones y de rabia contenida, no pude evitar girarme y lanzarle una mirada retadora. Ni siquiera tenía nada especial contra él, no tuve más roces con él que con el resto de su partida, pero intenté grabar sus facciones en mi memoria para poder corresponderle con medio metro de frío acero en sus entrañas si volvíamos a encontrarnos. No sería difícil, si mis dioses me daban la oportunidad, reconocer esa fea cara surcada por una oscura cicatriz.

Y así comenzó una nueva vida para mí, una vida que marcaría el resto de mis días en este mundo.

LIBRO II

CONIMBRIGA, AÑO 438 d.C.

CAPÍTULO X

El hispano hizo una seña a uno de sus ayudantes y lo seguí, aún encadenado, hacia las puertas de la ciudad. *Conimbriga*. En ese entonces no la conocía, y fui paseando mi mirada con curiosidad por sus calles y edificios. Fue mi hogar durante los siguientes once años y siempre le profesaré sincero cariño. Conocí cada uno de sus rincones, miré con deseo a cada una de sus mujeres hermosas, bebí todo el vino que pude, disfruté con las riñas de sus tabernas, y sobre todo trabajé, y trabajé con gusto, para mi nuevo amo.

Al echar la vista atrás y evaluar lo que me ha ido deparando la vida, pienso que puedo considerarme afortunado, pues el destino ha sabido compensarme cada trago amargo con otro de dulce hidromiel. Doy gracias a mis dioses por ello. Tras la pérdida de amigos como Anderico y Gelimer —si su dios tiene el poder de revivirnos tras la muerte, como ellos no dudaban en asegurar, confío en que guarden un puesto para mí a su lado; o mejor, espero poder convencerlos cuando muera de que abandonen su aburrido retiro en el cielo cristiano y me acompañen en el banquete eterno que con nuestras espadas nos hemos ganado—, y el duro cautiverio, disfruté de una larga tregua de años tranquilos. En *Conimbriga* encontré mil cosas pequeñas que llenaron de nuevo mi corazón, en el que las ansias de venganza que durante largas jornadas supusieron el único motivo para desear vivir fueron empalideciendo, aunque sin dormir del todo, a medida que sus heridas se iban restañando. Pero en los momentos oscuros había jurado venganza ante mis dioses, y eso no es algo que pueda tomarse a la ligera: durante las noches que dormí tranquilo, imagino los hilos del tapiz de mi vida anudándose para componer el cruel escenario donde mi promesa se renovaría, hasta que por fin pudiera cumplir con ellos mi deuda de sangre, o morir en el intento.

Tras pasamos las puertas de la ciudad, junto con algunos de los que se habían congregado para el improvisado mercado que acababa de desarrollarse

extramuros. Lo primero que me sorprendió, nada más traspasar la muralla, fue el gran edificio que se encontraba prácticamente adosado a la misma. A la entrada de la impresionante *domus* se encontraba el individuo que me había parecido el cabecilla de la delegación, charlando animadamente con algunos de los viandantes. Después de que mi nuevo amo lo saludara cortésmente, tomamos el primer desvío hacia la izquierda, continuamos hasta un nuevo desvío a la derecha, y finalmente nos detuvimos frente a la que pensé que sería mi nueva casa, si es que así pudiera llamarse al lugar donde descansa un esclavo.

Se trataba de una *domus* de considerable tamaño. Desde luego no tan impresionante como la que me había sorprendido a la entrada, pero, para ser justos, creo que en toda mi vida he vuelto a ver una casa como aquella. Al llegar a la puerta, que se encontraba flanqueada por *tabernae* a ambos lados, mi nuevo amo se dio la vuelta y se dirigió a mí.

–¿Cuál es tu nombre, alano?

–Attax. – Respondí, automáticamente, sin saber muy bien como dirigirme a él. El sirviente que venía con nosotros me propinó un empujón poco amistoso y una intensa mirada reprobatoria. Le respondí con un ademán desafiante, pero aun así volví la cabeza hacia mi nuevo amo, que parecía más divertido que molesto, y volví a probar suerte, tratando de hablar esta vez con mayor formalidad.

–Mi nombre es Attax, *dominus*.

–Bien, Attax, yo soy Quinto Vipsanio Celer, y soy mercader de caballos. Esta es la casa de mi familia en *Conimbriga*, el hogar de los míos durante generaciones, pero los servicios que pretendo que prestes se desarrollarán principalmente en la finca en la que se apoya mi negocio. Ahora te dejo en manos de Amiano, mi mayordomo, y ya hablaremos más largamente sobre tus ocupaciones esta tarde.

El citado Amiano apareció inmediatamente desde el pasillo que conectaba las distintas estancias por el peristilo. Su primera impresión al verme me arrancó una leve sonrisa. El pobre individuo parecía pensar que su amo se había vuelto loco, trayendo a la casa a un gigantón rubio, desaliñado y en aquel momento supongo que bastante maloliente, que parecía totalmente fuera de lugar entre aquellos blancos muros.

Aun así se repuso admirablemente, compuso una expresión neutra y asintió sin perder la compostura. Le hizo una señal a mi acompañante para que nos siguiera, supongo que para evitar quedarse a solas conmigo, y este me tomó del brazo para guiarme a través de las distintas estancias.

Realmente la casa era magnífica. Como la propia ciudad, no era de grandes dimensiones, pero era coqueta. *Conimbriga* no podía compararse ni de lejos a grandes urbes como *Hispalis* o *Corduba*, pero todo en ella tenía una gracia natural que infundía bienestar al pasear entre sus muros. Atravesamos el peristilo porticado, y continuamos por sus pasillos de mosaico hasta el final de la *domus*. Allí, al lado de la cocina, se encontraba el habitáculo donde descansaban los esclavos domésticos de la casa. No era grande, ni demasiado cómodo, pero después de semanas de cautiverio cualquier sitio se parecía a mis ojos al paraíso profetizado por los sacerdotes cristianos. Amiano encargó a mi acompañante, de nombre Justino, que preparase una tina con abundante agua, y que después me cortara el largo y desordenado cabello. Aquello no me hizo ninguna gracia, y en un primer momento pensé en protestar, pero después de pensarlo un instante llegué a la conclusión de que después de haber vivido entre los excrementos de más de una docena de compañeros, lo mejor que podía hacer era empezar de cero. No me movía únicamente mi higiene personal, sino que, en mi interior, consideraba que no merecería trenzar mi cabello como un guerrero mientras fuera un esclavo. Ya crecería con el tiempo, y ya podría volver a trenzarme como antaño cuando cambiara nuevamente la azada por la espada, si es que aquello llegaba a suceder. Aunque resignado, al ver cómo los largos mechones iban cayendo al suelo me embargó una sensación de profunda tristeza. Me pregunté si tendría ocasión de buscar la manera de hacerme con ellos para quemarlos; el mío siempre ha sido

un pueblo supersticioso, y yo también soy de la opinión de que no se debe tentar a la suerte, así que no me gustaba la idea de que mi cabello pudiera caer en manos de aquellos que te desean el mal.

Una vez terminada la tarea, me entregaron una túnica marrón de tela basta, que sería mi nuevo atuendo, y me trajeron una escudilla de barro cocido, que contenía algo que debía de haber sido un guiso, y que pese a la cara de circunstancias del propio Justino, devoré con auténtica fruición, mientras pensaba que si algún día el destino permitía que me encontrara de nuevo con el pequeño suevo cabrón que me había vendido, lo abriría en canal por casi matarnos de hambre.

Pronto regresó Amiano, el mayordomo, para llevarme nuevamente a la presencia del *dominus* Quinto, que me esperaba en el *tablinium* de la casa. Este ocupaba una de las estancias frente al *impluvium*, y se encontraba sobriamente amueblado y bien ordenado, aunque la cantidad de tablillas que se apilaban en montones regulares sobre la mayoría de las superficies disponibles me hicieron pensar que Quinto debía de ser un hombre muy ocupado.

En ese momento, Quinto hablaba con un hombre situado a su derecha, que cuando entré me dedicó una larga mirada evaluadora antes de volver a enfrascarse en la conversación que mantenían en voz baja. Era un hispano de constitución recia, con el rostro ancho, y la tez morena de surcos marcados de quien pasa la mayoría de las jornadas bajo el sol o la lluvia. Llevaba el cabello muy corto, castaño, aunque las hebras blancas comenzaban a enseñorearse del mismo, y una poblada barba que acompañaba los movimientos de su mandíbula al hablar. A la izquierda del escritorio se encontraba otro individuo, pequeño, delgado y casi calvo, de facciones dominadas por una curiosa nariz prominente y afilada que le daba el aspecto de un ave rapaz. Sin embargo, sus ojos pequeños, con los que apenas me dirigió un rápido vistazo, me parecieron de ratón, por lo que la mezcla resultaba cuanto menos peculiar. Saludé a mi nuevo amo y mantuve la cerviz agachada en señal de respeto.

Me miró de arriba abajo y comentó:

–Attax, veo que Amiano ha hecho una buena labor contigo; ya casi pareces una persona... Bien, tengo que ser franco contigo y con Medulio –señaló con un ademán al hombre que se encontraba a su derecha–. Aunque mi fiel capataz me había pedido desde hace tiempo que pusiera bajo sus órdenes a alguien capacitado para ayudarlo en sus labores en la finca, aún no había comenzado a buscar a la persona adecuada, ni tenía intención de hacerlo, hasta que te he visto esta mañana. Sé que tu pueblo se considera cuna de grandes jinetes, y que os acompaña la fama de ser buenos concedores de los caballos. Por tu aspecto, me ha parecido que podrías ser un digno representante de tu estirpe, y espero no haberme equivocado. A partir de ahora te dejo en manos de Medulio, para que trabajes en la finca familiar que tenemos en el camino hacia *Olissipo*. Tu labor será la que él te encargue, sea cual sea, y para ti no habrá nadie más importante que él, salvo que lo que te pida contravenga órdenes mías expresas. –Señaló a su izquierda al otro individuo que lo acompañaba–. Este es Jantipo, el administrador de la villa, por lo que también deberás obedecerle en todo lo que te requiera. Periódicamente suelo acercarme a la villa para conocer por mí mismo cómo van las cosas por allí, por lo que en breve acudiré para comprobar cómo te vas adaptando. –Me observó un momento como para evaluar mi reacción a sus palabras. No supe muy bien qué se esperaba de mí, así que continué con la mirada baja. Me pareció que sus ojos se detenían en las gruesas cadenas que todavía adornaban mis muñecas, y me pregunté durante cuanto tiempo me acompañarían. Como si leyera mis pensamientos, Quinto, sin apartar de mí sus ojos, indicó al capataz que se deshiciera de ellas una vez llegáramos a la finca. Alcé los míos, pues me pareció que buscaba mi mirada, y al encontrarme con la suya me agradó su gesto sereno; me pareció dispuesto a confiar en que no le traería problemas. Aunque reconozco que en aquel momento aún no tenía muy claro si trataría o no de huir, pensé que durante el tiempo que tardara en decidirlo trataría de comportarme y responder a su confianza. Claro que aún no había tenido ocasión de comprobar qué podía esperar del capataz y el administrador de la finca, que serían mis superiores directos; deseé que no me hicieran mi propósito demasiado difícil.

–Señores, disculpad, pero tengo cosas que hacer. El pequeño Marco reclama gran parte de mi atención en estos días. –Quinto nos despidió con un gesto, y salimos apresuradamente de la estancia.

–Alano, ven con nosotros –me dijo el llamado Medulio. El delgado Jantipo nos abandonó unos instantes para terminar algunas gestiones, y me quedé a solas con el capataz.

–Así que alano, ¿eh? –comenzó, rascándose la barba–. Fuerte cabrón habrás sido en tu vida, ¿verdad? Al menos pareces joven, por lo que no puedes haber tenido mucho tiempo para dedicarte al ejercicio favorito de tu pueblo. Bueno, espero que, como dice el amo, puedas ayudarme en la dura tarea que tenemos por delante.

–Sí, soy alano –repliqué–. Y respecto al trabajo, pierde cuidado: nunca me he quejado por tener que trabajar duro, y si además es con caballos, puede que hasta lo disfrute.

–Bien dicho, muchacho. Esa es la actitud que me gusta; espero que te aguante el ánimo para cuando acabe contigo –mostró los dientes en una feroz sonrisa, que se convirtió en carcajada cuando comprobó que su gesto no me intimidaba. Me dio un par de palmadas en la espalda–. Me caes bien, alano, al menos pareces sincero, no como esos vagos que solo se preocupan por cuchichear a las espaldas del capataz. Si trabajas duro no tendrás ningún problema conmigo.

–Y tú, ¿podrás seguirme el ritmo a mí? –pregunté, malicioso, provocando de nuevo la risa del hispano.

–Pero que cabrón que eres. Creo que nos lo vamos a pasar bien allá en la villa. Eso sí, debo advertirte una cosa: contén esa insolencia con Jantipo y su cuadrilla, porque ellos no tienen mi sentido del humor.

Aún se estaba riendo cuando regresó Jantipo acompañado de un esclavo y nos hizo una seña para que lo siguiéramos al exterior. Cuando llegamos a la

calle nos esperaba un carromato, que supuse que nos llevaría a la villa. Así abandonamos *Conimbriga*, rumbo a mi nuevo destino.

El trayecto fue bastante aburrido, porque el administrador era parco en palabras, y Medulio estaba ocupado intentando convencerle de que necesitaría más dinero ahora que iba a tener otro esclavo a su cargo. Pude observarlos mientras hablaban, y mis primeras impresiones me parecieron acertadas. El administrador era un tipo serio y nervioso, que necesitaba parpadear mucho más a menudo que cualquier otra persona que haya conocido en mi vida. Iba pulcramente vestido, y tenía una tablilla encerada y un punzón que sobresalían de su cinturón, y que sacaba periódicamente para anotar quién sabía qué. Con el escaso cabello bien recortado al antiguo estilo romano, desprendía un delicado olor a lavanda. Sin duda, era totalmente distinto del capataz de la villa. Barbudo y de tórax ancho, el llamado Medulio me pareció expresivo, franco y de risa fácil, aunque también intuí en sus ojos una chispa casi imperceptible que hablaba de alguna amargura antigua, que algunas veces aportaba a su sonrisa el aire cínico del que ha vivido demasiado.

Durante todo el trayecto no pararon de intercambiar pareceres acerca de la importancia de las distintas producciones de la villa: que si la siega del cereal debería ocupar a más personal que la vendimia, que si era necesario destinar más parcelas a pastos para los caballos... Jantipo asentía, protestaba, mascullaba y anotaba mientras Medulio acompañaba sus argumentaciones con una rítmica cadencia de golpeteos que iba propinando a su asiento de madera, remarcando sus palabras, y que parecían poner al administrador aún más nervioso. El joven esclavo que acompañaba a Jantipo, y que conducía el carromato, hacía todo lo posible por pasar desapercibido mientras se discutía el reparto de las labores más duras. Me pareció que era de aquellos que procuran estar en otro lugar cuando se trata de realizar trabajos pesados.

Me distraje contemplando el paisaje que discurría ante mis ojos. Cuando por fin divisé la villa, calculé que el recorrido nos habría llevado algo menos de dos horas, en las que habíamos atravesado fundamentalmente viñedos y

campos donde el cereal debía haber sido recolectado poco tiempo atrás. Extrañé los campos de olivos del sur, y el vivo recuerdo de la finca de Balbo me obligó a sacudir la cabeza. La villa en sí me pareció muy similar a la que conocía, con un gran edificio principal donde se encontraban las dependencias en las que dormía el señor durante sus estancias en la finca. Pude distinguir también un gran almacén donde, supuse, se guardaría la producción de los campos, además del barracón de los esclavos, y un enorme establo para la yeguada del amo. Reparé en una diferencia importante respecto a la propiedad de Balbo: en lugar del sólido muro de piedra que resguardaba las edificaciones en *Hispalis*, la única estructura defensiva con la que contábamos en este caso era una frágil empalizada de madera, que se abrió con un leve chirrido en cuanto nuestro carromato estuvo a la vista.

Tras un primer vistazo, me pareció que a la villa le faltaba mucho para alcanzar el nivel de producción de las grandes propiedades del sur, pero la novedad de los caballos le daba cierto interés, al menos desde mi punto de vista. Nos bajamos en medio del gran espacio que quedaba entre los edificios, donde Jantipo nos despidió para dirigirse hacia la casa principal, no sin antes dejarme a cargo de Medulio. Este, una vez desaparecido el administrador dentro del edificio, se volvió hacia mí diciendo:

–Pues bienvenido a casa, muchacho. Papá Medulio te va a quitar tus bonitas pulseras, y luego te enseñaré el hogar de los Celer; sígueme.

Nos dirigimos hacia la entrada de un pequeño cobertizo. Medulio atravesó la puerta, rebuscó un rato entre las herramientas produciendo un sonoro entrecuchar de metales, y finalmente alzó, satisfecho, un pesado martillo y un gran cincel. Me indicó que apoyara las muñecas sobre un banco de piedra, y tras algunos martillazos certeros, me liberó por fin de las cadenas. Froté mis muñecas, aliviado, y le di las gracias. Él observó las profundas huellas que el metal había dejado en mi piel, y silbó entre dientes.

–Parece que tropezaste en tu camino con alguien aún más cabrón que tú, ¿eh, amigo?

Me encogí de hombros, y él me dio una palmada en la espalda.

—Vamos, chico, podías haber acabado en lugares mucho peores que este, así que anima esa cara. Ahora voy a enseñarte los distintos complejos que forman la villa; aunque si por mí fuera nunca los verías, porque te tendría trabajando en el establo de sol a sol, y hasta dormirías allí con los animales. ¿No alardeas tanto de saber de caballos? Pues, por mí, pasarías tu vida con ellos. Sin embargo, te los mostraré por si acaso te sobra tiempo, y al bueno de Jantipo le apetece que le hagas algún trabajito. ¿Te he dicho alguna vez que es de ascendencia griega?

Lo miré, horrorizado, y él empezó a reírse escandalosamente, y no paró hasta un buen rato después. Pensé que debían haberlo escuchado desde todos los rincones de la finca. Por fin, tras pasarse una manga de su túnica por los ojos para secar las lágrimas que se le habían saltado, me hizo un gesto.

—Venga, sígueme.

Me enseñó el almacén, que en realidad era un gran silo donde se almacenaba el cereal, la escasa producción de vino, y la paja para las camas del ganado. Contigua al almacén había una pequeña habitación donde se transformaban las producciones, equipada con un pequeño molino para el cereal y una vetusta prensa para las uvas. Cuando llegamos al establo, la expresión de Medulio cambió: habló largamente, con verdadero deleite, de su trabajo y de sus animales. Me enteré que el hispano procedía del norte: era un astur de más allá de las montañas, al norte de *Asturica Augusta*. En mi largo deambular por la provincia nunca había estado en su tierra, y tampoco creo que a ningún vándalo se le hubiera ocurrido atravesar las montañas para saquear aquella pobre, agreste, lluviosa e indómita región, teniendo el resto de la provincia, más rica y desprotegida, a merced de sus armas.

Los caballos que eran su pasión también eran originarios de las montañas del norte; según el capataz, eran conocidos a lo ancho y largo del imperio como asturcones. Pese a ser consciente de las grandes ventajas de esta raza para desplazarse en las zonas montañosas del norte de *Hispania*, y haber

llegado a admirar su seguridad, firmeza y resistencia, yo seguía prefiriendo aquellos grandes sementales de largas y musculosas patas capaces de cargar sobre sus lomos una pesada armadura y un caballero perfectamente equipado para la batalla. Este fue motivo de acaloradas discusiones con el astur durante mucho tiempo, acompañadas de bravatas, y a veces incluso regadas con buen vino y acompañadas de alguna de las delicias que el capataz guardaba para las ocasiones especiales.

Para acabar el día, Medulio me acompañó al barracón de los esclavos, me indicó donde dejar mis pertenencias –si hubiera tenido alguna–, y me ayudó a preparar un jergón en una de las esquinas de la estancia. Continuábamos discutiendo sobre las virtudes de los asturcones cuando entraron dos muchachos, que me observaron con curiosidad, y una preciosa joven, a la que Medulio hizo un gesto para que se acercara.

–Aspasia, hija, mira a ver si puedes echarle un vistazo a la pierna de este pedazo de carne que tienes aquí. Él dice que está estupendamente, pero esa hinchazón a mí no me parece muy normal.

La joven, morena y delgada, con grandes ojos color miel, me miró divertida, y esperó a que me quitara mis botas, que a esas alturas parecían más bien unas tristes sandalias, para examinar mi pierna. Debo admitir que presentaba un feo aspecto, pero puedo asegurar que, gracias a Ruric, apenas sentía ya dolor.

–Ya te decía yo que era como un trozo de carne; si dice que no le duele, será porque apenas debe de ser capaz de sentir. Anda, chiquilla, haz el favor de curársela, no vaya a venirme luego a pedir descanso a media mañana con la excusa de que le molesta la pierna.

La joven, que permanecía con la cabeza gacha, no pudo evitar reírse mientras palpaba los huesos, que ya se habían soldado, y la hinchazón que aún se adivinaba donde había sufrido la fractura. Sus manos estaban frías; se desenvolvía con seguridad, tanteando con los dedos aquellos puntos donde se habían concentrado mis molestias. Desapareció un momento, y cuando volvió

me aplicó una especie de aceite, masajeándome los músculos de la pierna. Tragué saliva varias veces; aunque el contacto era doloroso en algunos momentos, hacía mucho tiempo que no me tocaba una mujer. Clavé la mirada en la barba de Medulio y me concentré en mantener la mente en blanco. Cuando finalizó el masaje, me aplicó un oloroso unguento de hojas machacadas, y lo cubrió con un lienzo limpio a modo de vendaje. Mirando a Medulio, dijo que repetiría la operación día tras día hasta que desaparecieran el calor latente y la hinchazón de la zona, y él le dio las gracias, casi ahogándose de la risa. Le dirigí una mirada furiosa, y cuando me di cuenta ya la muchacha, con las mejillas color grana y conteniendo a duras penas la risa, había recogido sus mejunjes y se disponía a abandonar la habitación sin siquiera mirarme a la cara. Cuando casi había llegado a la puerta, acerté a musitar torpemente:

–Gracias, Aspasia.

Ella no se volvió.

Medulio se reía ya sin ningún pudor de mí.

–Zagal, deja que la chica te cure antes de intentar ponerla a cuatro patas, o se te caerá la pierna a pedazos. Venga, trata de descansar, que debe de haber sido un día largo.

Me despedí de él, y sin cruzar palabra con nadie me quedé dormido. Realmente, el día había sido agotador: en menos de una jornada había pasado de ser un prisionero de guerra tratado a punta de látigo por mis vencedores, a ser un esclavo doméstico que trabajaría en una ordenada y civilizada villa romana.

Aunque sabía que no todos los amos eran como el bueno de Balbo, dudaba que existiera algo peor que continuar en manos de los suevos hasta llegar a *Braccara Augusta*, y que algún rico jefezuelo con ínfulas decidiera que quería poseer un exótico esclavo alano para hacerle la vida imposible debido a sus complejos de inferioridad. Me pregunté qué sería de mis compañeros de

cautiverio, y deseé que por lo menos Ruric y Lucio corrieran una suerte similar a la que yo había tenido. Mis últimos pensamientos ese día fueron para el hispano. Esperaba de corazón que, como él mismo dijera, pudiéramos reencontrarnos en esta vida. Extraños compañeros de viaje procura el destino...

Me desperté antes del alba, y tras comprobar que el barracón de los esclavos no estaba cerrado, como acostumbran a hacer algunos amos para asegurarse de que sus posesiones no escapen durante la noche, salí al patio y me dirigí hacia los establos. Llegué allí cuando apenas se vislumbraban los contornos de los animales, que pacían tranquilamente en la escasa hierba del cercado. Pese a pasar toda mi vida en las *Hispanias*, nunca había tenido oportunidad de ver ejemplares de esa raza. Me parecían poco más que ponis: apenas superaban los cuatro pies hasta la grupa, y presentaban un aspecto algo tosco, con la cabeza poco estilizada, las crines largas y pobladas, el cuello fuerte y el pecho robusto. Me fijé en uno de los ejemplares, que parecía mirarme a mí a su vez, y advertí que, pese a lo que en un primer momento pudiera esperar por tratarse de animales bien adaptados a la montaña, sus patas eran finas, pero fuertes. Aún divagaba intentando buscarle un sentido al uso de estos caballos en la batalla, cuando me sorprendió la voz de Medulio.

–Bonitos animales, ¿verdad? No puede uno dejar de contemplarlos –dejó caer su pesado brazo sobre mi espalda–. Así que en verdad eres un enamorado de los caballos... Empiezo a pensar que el bueno de Quinto ha vuelto a acertar. Aunque, muchacho, voy a darte un consejo, y espero que lo aprecies en lo que vale: no todo el mundo en esta hacienda valora la independencia tanto como yo. Ten cuidado con Jantipo, no es mala gente, pero es muy cuadrulado. No en vano desciende de griegos, y no es como yo, ni como tú, poco más que incivilizados a sus ojos. Para él todo debe guiarse según el orden establecido por Quinto, y nadie debe salirse de la pauta marcada. Si te encuentra aquí una mañana antes de que se abra oficialmente el barracón de los esclavos, di que has venido por orden mía, o tendrás un problema.

Asentí con la cabeza, agradeciendo sus palabras, y después le formulé la pregunta que rondaba por mi cabeza.

–Medulio, aún no sé cómo se lucha a lomos de estos animales. No puedo hacerme una idea clara, aunque los imagino avanzando por estrechos pasos de montaña, soportando las inclemencias del tiempo y sin parar de hacer millas con sus fuertes patas.

Él se rio y se puso a acariciar a uno de los ejemplares con gesto amoroso.

–En eso tienes razón: ningún caballo es mejor que estos para moverte en zonas de montaña, y cómo no, ninguno resulta más adecuado para nuestra bendita tierra. Imagina si son animales fornidos, que nuestros antiguos iban a la guerra montando dos guerreros en cada animal, y al llegar al campo de batalla uno de ellos desmontaba y luchaba como infante, mientras el otro continuaba luchando a caballo y acribillando al enemigo con una lluvia de jabalinas –escupió antes de terminar la frase–. Hasta Roma supo apreciar su valor.

–Caballería ligera, entonces. Nada de aguantar una carga.

–Pero vamos a ver, chaval, ¿tú has visto la cruz de estos caballos? No están hechos para ser utilizados sin sentido, como hace tu pueblo. Riadas de caballos embistiendo unos contra otros, o contra infantes con los escudos trabados. Una carnicería para salvajes que desprecian la vida de buenos corceles. No solo la vida del que lucha a tu izquierda te debería de ser sagrada, sino también la de la montura que te lleva al combate.

No pude evitar reírme mientras le respondía:

–Es una lástima, porque parecen animales muy fuertes.

–Los más fuertes amigo, como los astures. Pero mejor en la montaña que en el llano. –Abrió la puerta del cercado, diciendo–: Ya que hoy te has levantado temprano, aprovechemos para empezar el trabajo.

Aprendí mucho de Medulio y de esos nobles animales. Los días siguientes trabajamos muy duro, de sol a sol, mientras me iba familiarizando con los recios caballos. Me llevé algún que otro rapapolvo del capataz, aunque he de decir que realmente era un bonachón, si bien muy exigente con el trabajo. Nunca utilizó el látigo conmigo, aunque creo que eso también se debió a que nunca le di motivos para ello.

En la cría y doma de los caballos encontré la paz que mi alma tanto necesitaba, después de las vicisitudes que había sufrido en las últimas lunas. El trabajo evitaba que pudiera pensar en lo sucedido, aunque cuando volvía por la noche a mi frío jergón, antes de quedarme dormido, no podía evitar que mis pensamientos volaran hacia *Hispalis*. Rezaba porque ya se encontrara allí Sebastián, junto a su hermano; por el resto de habitantes de la villa, y porque esas tierras no hubieran sido saqueadas por Rechila; recordaba al buen Balbo, a la maternal Livinia, e incluso al desabrido Antonio. También rezaba por aquellos que dejé en *Corduba*: por Olimpiodoro, del que esperaba fervientemente que hubiera escapado de la masacre, y por Ruric y Lucio. Y también por aquellos que habían quedado en el camino, por Anderico y Gelimer.

Durante semanas trabajé a destajo junto a Medulio, y por las noches, antes de dormir, y después de que la bella Aspasia me curara la pierna, compartía con él algo de comida y una animada conversación. Así me enteré de que el hermano del amo Quinto poseía otra pequeña yeguada en su finca, allí en el frío norte, en *Lucus Augusti*, donde el astur en su momento había desempeñado las labores de capataz. Y no fue hasta más tarde, cuando Quinto comenzó a interesarse en la cría de caballos en vista de la mala situación de sus negocios habituales, cuando su hermano le envió un pequeño grupo de animales con el astur al frente. Así llegó Medulio a la finca, hacía ya casi diez años, y desde entonces todos los días de su vida los había pasado entre estos animales, y los negocios de Quinto habían conocido una nueva prosperidad.

Habíamos compartido ya muchas charlas cuando me atreví por fin a preguntarle qué hacía un astur tan lejos de su tierra. En un primer momento evitó hablar de la cuestión, respondiendo con un escueto “lo mismo podría

preguntarte yo a ti”. Respeté su intimidad y no volví a sacar el tema, pues yo mismo apenas había sido capaz de compartir con él algunos breves retazos de mi pasado, y él nunca me presionó. Pero varios días más tarde, y con algunos vasos de vino de más, fue el propio Medulio el que quiso contarme su historia. Me habló del castro, allá en su tierra, donde vivió feliz en su juventud; allí, su padre y su madre gobernaban con mano firme el destino de los lugareños según las antiguas tradiciones de su tierra. Lejos quedaba Roma, y también *Tarraco*: en esos escondidos valles del norte aún había sitio para los antiguos dioses. Apenas era un hombre a los ojos de su pueblo cuando la situación dio un vuelco. Aravo, su tío, el hermano de su padre, siempre había abrigado en su corazón ambiciones más elevadas que las que su condición de benjamín de la familia podía satisfacer, por lo que siendo aún muy joven, cuando Medulio era apenas un niño, había decidido partir para buscar fortuna en tierras lejanas. Ese invierno regresó, arruinado y cargado de amargura, pues la suerte no le había sonreído. Poco quiso hablar de su viaje, y la familia tampoco preguntó demasiado; tan solo se esforzaron en que se sintiera de nuevo en casa. Pero Aravo había conocido otro tipo de vida que la que el humilde castro, donde las jornadas eran duras y los placeres sencillos, podía ofrecerle. Empezó a crear problemas, a propagar murmuraciones, a interrumpir a gritos las asambleas. Explicaba a quien quería escucharle que, en otros lugares, los hombres no tenían que dar explicaciones a las mujeres, sino que estas debían obedecerles; que había conocido dioses más poderosos; y que ahora que Roma era débil, había mucho oro esperando a quien tuviera el valor de luchar por él. Aunque muchos se llevaban las manos a la cabeza al escucharlo, pronto contó también con algunos seguidores. Una noche sin luna, en la que por fortuna Medulio se había citado fuera del castro con una joven, unos hombres armados penetraron por la puerta principal, prendiendo fuego a la gran casa familiar. El joven astur no pudo hacer otra cosa que contemplar desde fuera el infierno que se desencadenó en el interior del castro. La antigua construcción de piedra y madera ardió hasta los cimientos, y su madre y hermanos perecieron entre las llamas, mientras su padre caía a las puertas del edificio, tratando de hacer frente a los atacantes que no les permitían salir. Aravo asistió a la masacre desde lo alto de la muralla sin perder detalle, por lo que para Medulio no quedó ninguna duda de lo que había pasado: su tío había acabado con sus

padres para asumir él el liderazgo del castro, y no había dudado en pedir ayuda a extranjeros para acabar con su hermano. Medulio, sabiendo que Aravo acabaría también con él si le sabía aún con vida, escapó de la comarca y se dirigió a la planicie, a *Lucus Augusti*, la gran ciudad de los romanos cercana a su montañosa tierra natal, para empezar una nueva vida. Sin duda, son tiempos aciagos los que nos ha tocado vivir.

Cada cierto tiempo el amo Quinto pasaba unos días en la villa, revisando las cuentas con un atareado Jantipo, y observando los avances que yo hacía con Medulio. Un día, bien entrado el verano, vino acompañado de su joven esposa, Antonia Gaia, y nos anunció, feliz, que estaba embarazada de nuevo. Quinto estaba radiante; esa noche se celebró un auténtico banquete, al que todos, incluso los esclavos, una vez los señores hubieron acabado, pudimos disfrutar. Brindamos por el nuevo vástago, y le dedicamos mil parabienes.

Era la primera vez que veía a Antonia, y me pareció poco menos que una niña. Debía rondar los diecisiete años. Era trigueña, pequeña, muy delgada, y con unas caderas tan estrechas que aún me maravillaba de que ya hubiera sido capaz de parir a su primogénito, Marco, que apenas contaba con quince lunas de vida, y que había quedado al cuidado de su aya en la villa de la ciudad. Empezaba a adivinarse la incipiente redondez de su vientre, que Quinto acariciaba orgulloso de tanto en tanto. Ella le dedicaba sonrisas tiernas, y aseguraba, convencida, que sería otro varón sano y fuerte, y que resultaría un inmejorable compañero de juegos para su hermano mayor.

La joven, aquejada de frecuentes náuseas, se sentía agobiada en la ciudad, y Quinto pensó que el aire de la campiña le sentaría bien, así que tras un lento trayecto hasta la finca pasaron varios días en la villa, él ocupado en sus cosas con Jantipo y Medulio, y la señora Antonia descansando y tomando el aire en las cercanías.

Cuando llegó el momento de partir, el amo Quinto se acercó al establo donde nos encontrábamos Medulio y yo trabajando y se llevó al astur aparte unos minutos. Cuando volvieron, me sorprendió ordenándome que me preparara para escoltarlo a él y a su esposa de vuelta a la ciudad. Esta fue la

primera ocasión en la que el amo Quinto demandaba este servicio, pero sin duda no fue la última: a partir de aquí me convertí en su fiel escolta para los trayectos en los que me requería.

La vida transcurrió apacible para nosotros hasta varios meses más tarde, cuando un acontecimiento desgraciado vino a truncar la paz de la villa. Recibimos la triste noticia de que la joven ama Antonia había muerto durante el parto de lo que hubiera sido su segundo niño; la criatura apenas vivió unas horas más que su madre. Según se murmuraba en las cocinas, el amo Quinto, tras la pérdida de su esposa, quedó sumido en una tristeza profunda, y a cada luna que pasaba en la ciudad, más difícil se le hacía convivir con los penosos recuerdos que le rodeaban en la *domus* que habían compartido. Por lo que supe *a posteriori* por los cuchicheos del resto de los esclavos, el matrimonio, fruto del acuerdo entre dos familias importantes, la de Quinto de *Conimbriga* y la de Antonia Gaia de *Olissipo*, había terminado convirtiéndose en sincero amor y cariño por parte de los esposos, pese a que Quinto doblaba a la joven en edad.

Con el paso del tiempo, sus estancias esporádicas en la villa fueron siendo cada vez más habituales y prolongadas, y pronto comenzó a traer con él a su pequeño retoño, Marco. Ocupado con los mil asuntos cotidianos que requerían su atención, las penas parecían pesar menos a Quinto, y el niño disfrutaba enormemente correteando por toda la finca con sus pasos todavía algo inseguros, para desesperación de su vieja aya, que se veía obligada a perseguirlo trotando pesadamente como una gorda gallina tras su polluelo. Hasta que, finalmente, y tras recibir una buena oferta por la propiedad, decidió desprenderse de su casa de la ciudad y establecerse en la villa de manera definitiva.

Tras su llegada, comenzó para todos los habitantes de la villa una nueva vida. Para mí fue fácil, ya que en nada cambiaron mis hábitos ni mi trabajo, pero para otros siervos la llegada de su amo supuso más de un quebradero de cabeza. Como para Juliana, la encargada de las cocinas, que acostumbrada a preparar las comidas del señor en contadas ocasiones casi se vuelve loca al tener que ocuparse de su mesa día tras día. Aunque las que más sufrieron

fueron sus subordinadas, entre las que se encontraba Aspasia. Creo que aún no lo he comentado, pero el viejo Medulio me conocía aún mejor que yo a mí mismo, porque desde apenas una luna después de mi llegada, la joven me tenía totalmente a su merced. Y quería pensar que, al menos en parte, a ella le sucedía lo mismo.

El pequeño Marco era la vida para su padre, y me atrevería a decir que también para muchos de los habitantes de nuestro pequeño universo. Mientras no pudo valerse por sí mismo, estuvo al cuidado de una experimentada matrona que su padre trajo expresamente desde la ciudad, aunque también algunas de las esclavas de la villa la ayudaban en la labor, como la dulce Aspasia, que lo adoraba. Pasaron los meses y las primeras palabras del niño ya llenaban las estancias del edificio principal de la villa, arrancando sonrisas de los tristes labios de su padre. El muchacho era la debilidad de su progenitor, y conseguía sin demasiado esfuerzo que este le permitiera todo lo que quería. No era raro verlo revolcándose con los peludos perros de la villa bajo la atenta y preocupada mirada de alguno de los esclavos, o bien intentando subirse al vallado donde teníamos a los caballos para acariciarlos. Pese a que al bueno de Medulio parecía que se le iba a cortar la respiración cada vez que lo veía, yo lo aupaba y permitía que pudiera admirar a los caballos con sus grandes ojos muy abiertos por el asombro. Entonces, esa noche, Aspasia me reprendía en nuestro rincón del barracón:

–Bárbaro bruto, cómo un día le pase algo al niño todos lo lamentaremos.

Yo simplemente la miraba y me lanzaba sobre ella mientras le decía que si se preocupaba tanto por los niños, por qué no intentábamos tener uno nuestro. Lo cierto es que durante todos los años que compartimos en la propiedad de los Celer nunca quedó embarazada, lo que en su momento atribuí a los extensos conocimientos de mi pequeña fiera hispana acerca de las plantas y sus propiedades. Supongo que nunca quiso que su hijo fuera esclavo desde su nacimiento, y no puedo culparla por ello. Yo, por mi parte, nunca me sentí un esclavo, y en mi fuero interno sabía que el destino tenía preparado para mí algo distinto a esa apacible vida de granjero.

Mi vida seguía girando en torno a los bravos asturcones. Junto con Medulio y el amo Quinto, nos acercábamos cada seis meses al mercado de la ciudad, donde poníamos a la venta algunos de los sementales que criábamos. Aunque la situación era bastante comprometida en la región, y más con la cercanía a *Braccara Augusta*, lográbamos vender sin problemas suficientes ejemplares al año para proveer de una buena cantidad de plata a las arcas de Quinto. Con este dinero podíamos costear las necesidades del resto de la manada para el año siguiente, y cuando era necesario incluso se pedían nuevas yeguas al hermano de nuestro señor, cosa que con el tiempo se fue haciendo más difícil por lo peligroso que resultaba enviar este tipo de cargamento por un territorio plagado de campesinos descontentos, esclavos fugados, saqueadores e invasores. Así que cada vez resultaba más importante el trabajo que hacíamos Medulio y yo con la cría y doma de los nuevos potros.

Las semanas se convirtieron en lunas, y las lunas en años, y así el pequeño Marco alcanzó los cuatro años de edad en la seguridad de la villa de su padre. Por ese entonces Quinto trajo a la villa a un anciano preceptor llamado Luciano, para que instruyera a su hijo en las artes propias del primogénito de una familia hispana pudiente, como la lectura, la escritura y en algunas ocasiones incluso la música y la poesía.

El chaval, aunque visto con la perspectiva de los años aprendió mucho del cascarrabias de Luciano, no por ello dejó de escaparse a menudo al establo, para intentar que le dejáramos montar en alguno de los animales. Cuando Luciano lo encontraba, el pequeño respondía a sus protestas asegurando, muy serio, que era igual de importante cultivar el cuerpo que cultivar la mente. Era un muchacho extrovertido, locuaz y con mucha energía, que necesitaba desesperadamente descargarla día a día, así que tanto Medulio como yo nos esforzábamos en que pudiera liberarse a menudo de la aburrida carga del anciano y estirado Luciano, para que pudiera aprender también sobre aquello que no puede encontrarse en los escritos de viejos fantasmas muertos hace décadas e incluso cientos de años, y mucho menos en la vida de los santos cristianos. Y para inculcarle este tipo de conocimientos, creo que pocos habría

más indicados que el astur y yo mismo, veteranos de muchos desencantos en esta vida.

–Luciano dice que debo aprender a sumar y restar para poder ayudar en los negocios de padre –comentaba Marco con aquella vocecilla, mientras escribía con un palo en la arena los distintos números que le enseñaba su tutor a medida que Medulio y yo íbamos separando a los machos de la yeguada–. Luciano me ha dicho que aprenderé a contar hasta mil –nos miraba con ojos maravillados–. ¿Algún día tendremos mil caballos para practicar?

Medulio se reía y le pasaba una de sus manazas por el pelo.

–Espero que no, joven Marco, porque entonces este anciano cansado y ese bárbaro sinvergüenza tendríamos demasiado trabajo sobre nuestros hombros.

–¿Alguna vez has visto mil caballos, Attax? –me preguntaba, mirándome con esos ojos enormes.

–Más de una vez, Marco. Incluso en alguna ocasión me llegaron a decir que había más de cinco mil caballos preparados para la batalla.

–Cinco mil – repetía el chico, pensativo–. Mañana le preguntaré a Luciano si me enseñará a contar hasta cinco mil.

CAPÍTULO XI

Se había cumplido ya el quinto año desde mi llegada a la villa, y nos preparábamos para llevar la partida principal de mercancía del año a la ciudad para su venta. Esta vez habíamos seleccionado un mayor número de ejemplares que en otras ocasiones, pues un importante ciudadano de *Olissipo*, de nombre Lusidio, había establecido contactos con el principal de la ciudad – el dueño de la gran *domus* que se encontraba a la entrada de la urbe, al que pude ver el primer día de mi llegada a *Conimbriga*, y que llegaría a conocer como Cantaber–, para adquirir algunos caballos de nuestra manada. Sin duda prometía ser una buena venta, y Quinto estaba de excelente humor cuando nos preparábamos para partir él, Medulio, y yo como su escolta.

El camino hasta la ciudad transcurrió sin problemas. Cuando traspasamos las puertas de la muralla nos dirigimos primeramente hacia el foro, y después de haber vendido la primera parte de la mercancía, nos encaminamos hacia la casa del distinguido Cantaber, llevando dos pares de bellos ejemplares, todos machos, ya que el amo nunca vendía ninguna de sus yeguas. Allí dejamos a los animales al cuidado de los esclavos del lugar, y Quinto se dispuso a reunirse con los dos importantes hispanos para hablar de negocios, no sin antes darnos permiso para deambular por la ciudad, e incluso obsequiarnos con algunas monedas para que las gastáramos en su ausencia. Sin duda estaba de buen humor.

Medulio y yo nos dispusimos a buscar alguna oscura taberna en la que dilapidar sin ningún tipo de pudor el dinero de nuestro amo. Tomamos la calle principal de la ciudad, que terminaba desembocando en las antiguas termas, dejando a nuestra derecha el depósito de agua, a donde llegaba uno de los acueductos que aún funcionaban para el abastecimiento del preciado líquido, y el vetusto foro, hasta toparnos con una taberna situada en una de las *insulae* de la calle, donde nos pareció que se hacía el suficiente ruido. Entramos al

pequeño local y pedimos una jarra de vino y un plato frío de lo que tuvieran para comer. Era increíble que la poca gente que cabía allí dentro fuera capaz de armar semejante alboroto, aunque a mí particularmente esto nunca me molestó; al contrario, aún disfruto en esos ambientes cargados, exaltados y ruidosos. Entre trago y trago preguntamos a los lugareños por la situación de la provincia, obteniendo las más variadas respuestas, según las ínfulas del interpelado, o según la cantidad de vino que hubiese ingerido. Poco o nada en claro podíamos sacar de esos individuos: mejor quedarme con las escasas, pero a mi entender más fiables informaciones que llegaban a la villa, que decían que Rechila había partido de *Gallaecia* para saquear otras provincias. Sin duda, y pese al odio que le profesaba por el destino de mis amigos y mi propia esclavitud, era un cabrón con iniciativa; eso no se lo podía negar.

Tampoco yo podía quejarme demasiado. No solo mi esclavitud pasaba por llevadera, sino que por lo poco que había llegado a averiguar en los años anteriores, Rechila no había continuado su marcha hacia el interior de la *Baetica* después de acabar con nosotros a orillas del *Singilis*. Quería achacarlo a que su ejército había sufrido demasiadas bajas en nuestro encuentro como para continuar su camino hacia el sur; aunque tampoco podía descartar que se debiera a que, tras hacerse con el tesoro que transportábamos, diera media vuelta, satisfecho con un botín que difícilmente hubiera obtenido saqueando una ciudad.

–Entonces, amigo, ¿aún buscas pelea? –me interrogó divertido Medulio al percatarse de mi nerviosismo cuando escuché el nombre del Rey suevo.

–Creo que no estoy en situación de buscarla, pero hay que estar preparado por si algún día se presenta la oportunidad –le guiñé un ojo.

–Me gustaría conservar algo de esa férrea determinación que tú tienes, amigo, incluso cuando te vienen mal dadas. Si así fuera volvería a mi tierra natal y limpiaría mi nombre con la sangre de todos aquellos malnacidos que usurparon mi lugar y el de mis padres. Pero ¡qué le vamos a hacer!, todos somos distintos, y yo prefiero entregarme a mis caballos y tratar de olvidar mi otra vida.

–Si quieres, cuando acabe con la larga lista de asesinatos que tengo que cometer para que mi alma y las de mis amigos queden en paz, puedo pasarme por tu tierra y hacerte un trabajito. Solo, si tú no tienes agallas, claro. Es la ventaja de no adorar a ese dios débil en el que ahora cree todo el mundo: mi espada no me permitiría seguir viviendo tranquilo si no intentara vengar las afrentas que ha recibido.

–Puto bárbaro consentido, los niños de pecho de mis enemigos serían suficientes para desollarte. Todavía no ha nacido el bárbaro que pueda hacer frente a mi pueblo – contestó él, entre dientes.

Sin duda, me encantaba Medulio.

–Si algún día tu pueblo llega a poseer algo de valor, igual entonces buscaré a cuantos vándalos pueda reunir y nos daremos un paseo por tu querido norte –dije para enfadarlo aún más.

Abandonamos el alborotado local y nos dirigimos de nuevo a la casa de Cantaber, donde todavía tuvimos que esperar un rato a que Quinto saliera con una gran sonrisa en los labios y la bolsa llena. Recogimos nuestras pertenencias y la carreta y partimos de regreso hacia la villa.

El camino no era largo: tardábamos en recorrerlo algo más de dos horas al lento paso de la carreta. Pero a medida que pasaban las lunas, la tensión en la zona crecía, y no respirábamos tranquilos hasta que nos encontrábamos de nuevo sanos y salvos tras la empalizada de madera. La inestabilidad había alcanzado cotas realmente preocupantes. Como decía el amo Quinto, los suevos establecidos al norte del territorio habían hecho de tapón para insurrecciones en las zonas que ellos controlaban, y al haber abandonado en masa la provincia para dedicarse al saqueo de *Baetica* y *Carthaginense*, se acumulaban multitud de descontentos que campaban a sus anchas por los caminos y campos de la provincia. Y aquel día fue la primera vez que sufrimos esa situación en nuestras propias carnes.

Nos encontrábamos a mitad del camino hacia la villa, planificando animadamente junto a Quinto la situación de la manada de cara al siguiente año, cuando reparamos en la presencia de un individuo vestido con harapos que se encontraba parado en medio de nuestro camino. Medulio le gritó que se apartara, y aflojó la presión de las riendas sobre los caballos de la carreta.

El sujeto se dio la vuelta rápidamente, y con un gesto brusco lanzó un afilado puñal directo contra nosotros. Tan solo me dio tiempo de empujar al amo Quinto y tirarlo dentro del carro para que pudiera esquivar el asesino acero. Cuando me levanté, salían desde los campos cercanos una panda de desarrapados armados con horcas y grandes cuchillos, avanzando desordenadamente hacia donde nos encontrábamos. Agarré una antigua espada que tenía el amo en la villa, quizá recuerdo de algún antepasado con mayores inquietudes bélicas que él mismo, y que yo me había ocupado de afilar; le tendí un largo cuchillo a Medulio, y salté del carro por el lado donde se acercaban los cuatro primeros agresores profiriendo gritos amenazadores. Pronto cayó el primero, víctima de su loca carrera: solo necesité poner en su camino el arma para que quedara ensartado en ella. Saqué el acero de su vientre y me preparé para recibir al siguiente. Este tan solo estaba armado con una tosca horca de madera: realmente, estos tipos habían renunciado a cualquier prudencia. Pese al intento desesperado del individuo de parar mi golpe, rompí su arma con mi espada, que además terminó encontrando en su giro el pecho del desgraciado. Esperaba que por el otro lado de la carreta las cosas le fueran igual de bien a Medulio. Los dos que quedaban intentaron atacarme a la vez para tener alguna posibilidad, pero eran poco menos que almas desesperadas y mal alimentadas. Mientras paraba la acometida de uno de ellos con mi arma, propiné una patada al segundo en la entrepierna que lo dejó tendido en el suelo, momentáneamente fuera de combate. Mi agresor soltó su cuchillo y salió corriendo sin siquiera mirar atrás. Me di la vuelta y subí al carronato, donde Quinto, aferrado a su bolsa de monedas, agitaba un largo palo con el que trataba de evitar que alguno de los asaltantes pudiera subirse al pescante. Cuando me vio a su lado, casi se muere del susto, pero enseguida se dio cuenta de que era yo. Me aseguró con un gesto que estaba bien, y me asomé para comprobar cómo le iba al bravo astur. La situación por su lado no

era la mejor: pese a que dos agresores yacían tendidos a sus pies, Medulio aún tenía que hacer frente a otros cuatro, y por lo que podía ver estaba perdiendo sangre por una herida en su pierna izquierda. Sin perder un instante, salté del carro sobre dos de ellos, a los que hice rodar por el suelo, y sin perder la espada me levanté y la hundí en el estómago del primero. Acometí a otro de los agresores del astur, que al evaluar la situación y ver que ya no estaban en ventaja, salió disparado por donde habían venido, ejemplo que tomaron sus compañeros sin tardanza. Comprobé que el amo Quinto permanecía ileso en lo alto del carromato y me acerqué a Medulio para ayudarlo.

–Estoy bien, muchacho, es un rasguño –aseguró en cuanto me acerqué.

–Ya lo veo, amigo; pero déjame ver mejor esa pierna. –Como me había parecido, sangraba abundantemente por un corte cerca del tobillo–. Creo que debes haberle dado fuerte a alguno de esos dos, porque tienes sangre, pero sin duda debe de ser de ellos –señalé a los dos cadáveres que estaban a sus pies.

–Así que lo viste... -se permitió una sonrisilla orgullosa-. ¡Eh, chaval! Cuidado, cuidado ¡que no soy un jamón! –protestó airadamente cuando lo levanté en peso para subirlo a la carreta. Con ayuda de Quinto, preparé un torniquete para frenar la pérdida de sangre. Lo tumbamos en la parte trasera del carro y continuamos nuestro camino, con el amo Quinto llevando las riendas y yo atento a cualquier posible movimiento en los alrededores.

En cuanto cruzamos las puertas, nos dirigimos al edificio principal y cargamos al astur hasta la cocina, donde lo tendimos en uno de los bancos a la espera del físico, que no tardó en llegar acompañado de Aspasia. Entre los dos lavaron la herida, la cosieron y cuando terminaron le aplicaron un aparatoso vendaje. En principio era una herida sencilla, limpia y poco profunda, pero al estar situada cerca de la corva de su pierna izquierda, la recuperación podría presentar algunas dificultades. Quinto dispuso que Medulio fuera atendido a diario, y que permaneciera dentro de los muros del edificio principal tanto tiempo como fuera necesario. Me disponía a ayudar a los esclavos para cargar al astur hasta su nuevo cubículo, cuando Quinto me

ordenó que me quedara. Después de que nos hubieran dejado solos, me pidió que me sentara en uno de los bancos, y él se sentó a su vez frente a mí.

–Attax, a partir de ahora vas a tener que hacerte cargo prácticamente en solitario de la cría de los caballos. Sé que estás preparado, porque así me lo ha venido transmitiendo Medulio desde hace tiempo, y es algo que yo también he percibido desde que estoy aquí. Además, Marco no hace otra cosa que hablarme de ti, y asegura que los caballos te entienden cuando les hablas. Por supuesto, cuenta con Medulio para organizarlo todo: no es bueno que esté ocioso mucho tiempo, porque puede pensar que ya no es importante, y eso no es cierto; pero respecto al trabajo en el campo, creo que será mejor que esté unas lunas sin hacerlo. Ya no es un niño, y a su edad estas heridas pueden complicarse.

–No hay problema, señor – respondí escuetamente.

–Attax, trabaja duro, porque eso te puede deparar un futuro mejor. Puedes irte.

Tan solo supe decir:

–Gracias, *dominus*.

Me dirigí a la puerta, y cuando estaba llegando al dintel, Quinto me sorprendió diciendo en voz baja desde el macizo banco donde permanecía sentado:

–Attax, muchas gracias.

Hice una leve señal de asentimiento y salí de la habitación.

A partir de ese día trabajé aún más duro. A veces tuve que reclamar a Jantipo el apoyo de alguno de los esclavos de la hacienda para sacar adelante las labores que los caballos demandaban, y todas las tardes antes de que se

pusiera el sol iba al edificio principal a contarle a Medulio cómo había ido el día en las cuadras. Muchas de estas veces el pequeño Marco se colaba en la habitación y nos miraba con los ojos como platos cuando le hablábamos no solo del día a día, sino también de muchas historias de nuestras vidas, unas reales y otras inventadas, que hacían las delicias del pequeño.

La recuperación iba más lenta de lo que todos hubiésemos deseado, pese a los esfuerzos del físico y las atenciones de Aspasia. Después de cuatro lunas, y siempre bajo mi supervisión, el astur comenzó a dar algún corto paseo por la hacienda, apoyado en una tosca pero firme muleta de madera que confeccioné para él. A partir de entonces, todos en la hacienda sabíamos cuando se acercaba por el familiar traqueteo de su apoyo de madera al caminar.

Cuando se cumplió un año después del ataque, con gran desconsuelo tuvimos que asumir que el viejo Medulio no volvería a ser el de antes. Se había dejado crecer el pelo y en este dominaban ya por completo las hebras grises, y no podía caminar sin el apoyo de su muleta. Su mirada se había ido apagando ostensiblemente, y el otrora animoso y enérgico astur se pasaba ahora las tardes encerrado en su cubículo sin nada que hacer salvo sentir como el tiempo se escapaba entre sus dedos. De nada sirvieron los esfuerzos de los habitantes de la casa para animarlo: tan solo el pequeño Marco era capaz de arrancarle alguna efímera sonrisa. Una tarde en que el pequeño no acudió a vernos porque se encontraba con Luciano aprendiendo lo que había escrito hacía muchísimo tiempo un tal Julio César, de cuyas historias luego nos hablaba entusiasmado, me senté frente a él como todos los días para relatarle cómo iba el trabajo, cómo se encontraba cada una de las yeguas y cómo se desenvolvían los potros que habíamos ayudado a traer al mundo con nuestras manos. Esperó a que concluyera sin que su expresión variara apenas, y mirando hacia la pared me dijo muy serio:

—Attax, amigo mío, mi tiempo ya ha pasado. Soy como esos bravos caballos: todo en esta vida tiene un ciclo, y el mío se extingue.

—Pero ¡qué dices! —le reprendí, tratando de parecer animado—. Aún tienes que regresar al norte y reclamar lo que es tuyo. Si tus enemigos no fueron

capaces de acabar contigo, menos lo hará esta herida.

Sin dejar de mirar a la blanca pared, me respondió:

–Nunca abandones tus ilusiones Attax. Somos lo que anhelamos.

Durante meses asistimos con impotencia a su ocaso, hasta que al llegar el invierno, unas crueles fiebres se llevaron de este mundo al buen astur hacia el lugar en el que sus dioses lo esperaban. Fueron días de tristeza en la villa. Desde el señor hasta el más humilde esclavo, para todos, Medulio había formado parte importante de nuestras vidas. Para mí, sin lugar a dudas abandonaba este mundo mi mejor amigo en la hacienda, aunque aún me quedaban los abrazos de Aspasia y la alegría del joven Marco. Pero el vacío que dejó fue muy difícil de llenar. Esa noche, sin pedir un permiso que probablemente no hubiera obtenido, me apropié de una de las espadas de la villa y después de años volví a realizar el rito de mis ancestros por el alma de mi buen amigo.

Por su parte, el amo Quinto no solo perdió a un trabajador ejemplar, sino también a un excelente capataz que era capaz de gestionar las producciones de la villa con eficacia y criterio. Para mi sorpresa, a la semana de la muerte del astur, el amo Quinto me hizo llamar a su *tablinium*, en el que en pocas ocasiones había estado. La nuestra nunca había sido una relación estrecha. Pese a que teníamos una cierta confianza, hasta ese momento nunca dejó de existir el imaginario muro que separaba al amo del esclavo, ni aunque su joven retoño no parara de hablar de mí en su presencia.

Ya era tarde, aunque todavía no había anochecido, y me esperaba con las luminarias encendidas en su escritorio, donde parecía estar dictando algunas instrucciones a un atareado Jantipo.

–Pasa y siéntate –fue lo primero que me dijo. Era la primera vez que me permitía sentarme en su presencia. Terminó, y Jantipo dejó sobre su mesa el mordido punzón que solía llevar en su cinturón. Me senté y esperé a que me dijera para qué me había hecho venir.

–Attax –comenzó–, cada vez nos enfrentamos a tiempos más revueltos, y no hay mayor prueba de ello que la muerte de Medulio, al que Dios tenga en su seno. –No pude evitar pensar que el astur se estaría revolviendo allí donde estuviera si pudiera escuchar sus piadosas y bienintencionadas palabras–. Mañana iré a la ciudad, y quiero que vengas conmigo. Necesitamos que la villa sea un lugar seguro: iremos a ver a Saturnino, el herrero de *Conimbriga*, para hacernos con lo necesario para protegerla. Necesito que te encargues de ello. No escatimes en gastos, pero estima con que contarás con no más de cinco hombres para formar la defensa de la villa.

–Lo haré encantado, amo –respondí, sorprendido por el cariz que tomaba la conversación–. Aunque, si queremos estar seguros, creo que también sería necesario restaurar la empalizada, ya que hay algunos lugares donde los troncos están podridos. Y no estaría de más poder colocar un puesto de vigía, con una campana para avisar de posibles incursiones; en lo alto del almacén, por ejemplo, amo.

–Lo dejo en tus manos, Attax. – Se volvió hacia el griego–. Jantipo, ponte a su disposición para lo que necesite. –Este asintió, mientras se rascaba nerviosamente la oreja; seguro que estaría pensando en lo caro que iba a resultar todo aquello–. Ahora, Jantipo, si nos disculpas tengo que hablar a solas con Attax. –Esto se pone aún más interesante, pensé sin dejar de observar al griego.

Aquel salió sin apenas hacer ruido, cargando delicadamente con algunos de los rollos de papel que se encontraban en la mesa.

–¿Vino, Attax? –casi me caigo de la silla al escucharlo. Sin esperar a mi respuesta, colocó una jarra sobre la mesa, junto con dos pequeños vasos de cerámica –. La pérdida de Medulio no solo afectará a nuestros corazones, sino que también se notará en la villa. La labor que desempeñaba el astur era básica para el funcionamiento de la hacienda. Necesito a alguien de confianza que pueda desarrollar esta misma labor con garantías. –Yo miraba el vaso de vino, pero no me atrevía a llevármelo a los labios–. He pensado en ti, Attax, ya que has demostrado que puedes llevar igual de bien la manada que el

mismo Medulio, lo cual, para serte sincero, nunca pensé que fuera posible. Sé que esta nueva responsabilidad requiere de un compromiso pleno por ambas partes, ya que no puedo esperar lo mismo de un esclavo que de un hombre libre. –Apuró su vaso de vino y continuó–. Por eso tengo una propuesta que hacerte. –No pude resistirme más, y acerqué el vino a mis labios–. Si aceptas continuar a mi servicio, desempeñando las labores que hacía Medulio, hasta que el pequeño Marco sea capaz de llevar la hacienda por sí mismo, te devolveré la libertad en este mismo instante. Jantipo ha sellado tu manumisión antes de que entraras: solo tienes que decirme que sí.

Lo cierto es que podría decir que le estuve dando vueltas al asunto, pero no sería fiel a la verdad. Inmediatamente respondí afirmativamente, lo que provocó una medio sonrisa de alivio en Quinto.

–No se hable más entonces. A partir de ahora eres libre, pero te une un deber de palabra con mi familia. Recuerda, hasta que Marco esté capacitado para llevar la hacienda tú trabajarás para él como nos has servido hasta ahora –hizo una pausa antes de continuar–. Como capataz de la hacienda, no es de recibo que sigas durmiendo en los barracones. Dejo a tu elección si quieres ocupar el antiguo cubículo de Medulio. Mañana, en el camino hacia la ciudad, podemos seguir hablando sobre esos detalles. Toma tu manumisión, y tenla siempre contigo. –Se frotó sus ojos cansados–. Ve a descansar, mañana continuaremos.

Sin crearme aún del todo mi nueva condición, abandoné la habitación y dirigí mis pasos hacia el barracón. Antes de llegar, buscando un instante de paz que me permitiera ordenar mis pensamientos, me desvié hacia el establo, donde estuve observando a los caballos hasta que el manto de la noche cubrió por completo el cielo. Al llegar al barracón, todavía sin poder asumirlo, pese a que las palabras brotaran de mi propia boca, le relaté a Aspasia mi conversación con Quinto. Esperaba compartir con ella mi alegría, pero ella se limitó a escucharme con una expresión seria en el rostro. Aunque en un primer momento me dolió su indiferencia, después lo entendí. La joven creía que desde mi nueva posición ya no tendría ni tiempo ni interés en ella, una simple esclava. Me costó buena parte de la noche convencerla de lo contrario, pero

cuando el sol ya despuntaba en el horizonte nos encontró abrazados en nuestro humilde jergón, y con un nombre rondándome en la cabeza: Quinto Vipsanio Attaces.

El camino hasta la ciudad transcurrió sin ningún problema. Debido a lo excepcional de la ocasión, fuimos en total seis hombres de la granja hacia *Conimbriga*. Quinto me dejó en manos de Jantipo, y nada más atravesar las murallas se quedó en la *domus* de Cantaber, acompañado de uno de sus esclavos personales, mientras el resto continuábamos tras los pasos del administrador.

La herrería de Saturnino se encontraba cerca del depósito de agua de la ciudad. El establecimiento era pequeño y sencillo, pero sin duda era lo mejor que podía ofrecer *Conimbriga* en el trabajo del metal. Dejamos a los jóvenes que nos acompañaban en la carreta, y Jantipo, después de presentarnos, me dejó hablar –igual que, sin duda, cuando tocara hablar de números, yo lo dejaría a él–. Estuvimos un buen rato viendo lo que el sudoroso herrero tenía a la venta, y después de un intenso regateo adquirimos seis sencillas pero sólidas espadas, otras tantas lanzas de siete pies de altura, un par de arcos y diez aljabas repletas de flechas. También, para horror del griego, le encargué seis resistentes y ligeros coseletes de cuero que nos protegieran hasta la altura de las rodillas, y cuando me disponía a pedirle también otras tantas grebas y protectores para los brazos, Jantipo se anticipó explicándome que ese tipo de género lo podía conseguir él a un buen precio, por ciertos favores que le debían, en una de las villas cercanas que contaba con una curtiduría propia. Si lo hubiera sabido antes le hubiera pedido aún más, pero para ser el primer día creí que ya había conseguido bastante.

Durante el camino de vuelta, con el carro bien cargado de armas, y la promesa de que otras tantas llegarían pronto a la villa, Jantipo y yo hicimos el reporte de las cuentas con Quinto. Mientras le mostraba lo que habíamos comprado y le explicaba lo que había encargado, Jantipo me interrumpió, nervioso, argumentando que todo esto supondría un desembolso excesivo para

la compleja economía de la villa, y que habría que hacer grandes sacrificios para poder compensarlo. Quinto le respondió que, salvo que no le importara que algún salvaje le separara la cabeza del tronco, habría que asumirlos. El resto del camino transcurrió sin ningún incidente, con el pobre Jantipo acariciándose a menudo el cuello, como para comprobar que todavía estaba unido a su delgado cuerpo.

En relación a mis nuevas dependencias, desestimé el ofrecimiento del amo de ocupar la antigua estancia de Medulio por dos razones: no me sentía con fuerzas para retornar al lugar donde mi pobre amigo había sufrido tanto, y por otro lado, valoré que me sería mucho más difícil colar a mi dulce hispana entre los muros del edificio principal que en cualquier otro lugar de la villa. Así, tras obtener el beneplácito de Quinto, decidí establecer mis dependencias en una nueva construcción que levantaríamos contigua al establo, y donde aparte de mi lugar de descanso, también habría un habitáculo donde almacenar las armas, del que solo el amo y yo mismo tendríamos llave.

Esos días trabajamos duro. Sin descuidar mi labor al frente de la manada de asturcones, para la que comencé a contar con el apoyo de dos jovencitos que de mala gana me cedía Jantipo, me encargué de formar la pequeña fuerza que se encargaría de la protección de la finca, y de poner a punto las sencillas defensas. Varios de los esclavos más jóvenes de la hacienda fueron puestos a mi servicio, y estuvimos cortando recios fresnos y alcornoques de los alrededores para reparar los tablones podridos de la empalizada. Además, afianzamos las uniones entre las distintas secciones, e incluso en algunos puntos habilitamos pequeñas plataformas desde donde poder otear las cercanías en una posición privilegiada. Aproveché también para comenzar a entrenar a los más jóvenes y fuertes en el uso de las armas: clavamos algunas varas de fresno en el suelo, y utilizamos las espadas para afilarlas a modo de estacas. El trabajo avanzaba lentamente, y muchas veces pensé que habría sido más práctico trabajarlas con las mismas hachas con las que cortábamos el resto de la madera, pero esta me parecía una buena oportunidad para corregir la posición de los muchachos cuando descargaban los mandobles, e ir evaluando su fuerza y precisión durante la tarea.

Para terminar, colocamos las estacas en el suelo, de cara hacia los posibles agresores. Dudaba que nadie –salvo quizás algún borracho ciego con tendencias suicidas– pudiera llegar a ensartarse en ellas, pero al menos retrasarían el avance de los asaltantes y les impedirían llegar hasta la empalizada en loca carrera, dándonos un tiempo precioso para organizar la defensa.

El pequeño Marco se acercaba por las tardes a ver cómo los muchachos se ejercitaban tanto en el uso de la espada como en el de la lanza, y tan atento nos observaba que finalmente le regalé una pequeña espada de madera del tamaño de mi antebrazo que había fabricado expresamente para él, y que durante la noche quedaba guardada con el resto de armas. Solo le permitía tocarla cuando venía a vernos, para que, con ella en la mano, pudiera tratar de imitar nuestros movimientos. Por ese entonces pensaba que Quinto nunca aprobaría que enseñara a su retoño a luchar como un salvaje, apartándolo de los caminos que le marcaba el erudito Luciano, pero un día sucedió algo que arrancó las sonrisas de todos los habitantes de la villa. Quedaban algo menos de dos horas para que se pusiera el sol, y tras finalizar las labores diarias de la hacienda, me encontraba con mis muchachos entrenando lances de espada en el gran espacio abierto que quedaba entre los edificios, cuando el propio Quinto salió de la *domus* sosteniendo un viejo *gladius* en su mano derecha y se acercó hasta nuestro grupo. Tras dirigirle una mirada extrañada, le hice una seña para que se uniera al ejercicio. Pese a su evidente voluntad, Quinto nunca había asido una espada, salvo para transportarla de un lugar a otro, lo que quedaba patente en cada uno de sus torpes movimientos. Muchos de los trabajadores que entraban y salían de los edificios, o que regresaban de sus labores en el campo, se detuvieron para mirar con curiosidad sus esfuerzos. Creo que a todos nos gustó que el amo hubiera decidido tratar de ponerse al nivel de los chicos, para poder ayudar a proteger la hacienda si se hacía necesario, aunque, para ser sinceros, pocas oportunidades tendríamos si nuestra seguridad dependiera de la habilidad del amo Quinto con la espada. A partir de ese momento, y durante muchas semanas después, no dejó de acudir a la cita ni un solo día, y acabada su primera luna de entrenamiento, él mismo regaló a Marco una pequeña espada, sin duda más refinada que la que yo le había

construido, para que el zagal disfrutara esgrimiéndola contra el viento y las malas hierbas mientras su padre intentaba a duras penas mantener el ritmo de sus jóvenes compañeros de clase.

Por las noches, antes de caer agotado en mi jergón, tras dedicar el día bien a la gestión de las producciones de la finca, bien a atender a los caballos, y culminar la jornada con el duro entrenamiento con los muchachos, pasaba largo rato hablando con Aspasia en mi nueva morada, que también fue la suya, aunque de manera clandestina. A partir de entonces decidí no volver a cortarme la melena, y con el tiempo pude volver a llevar mi largo cabello rubio trenzado o suelto según la situación lo requiriera. Habían pasado ya ocho años desde mi llegada, cautivo, a la villa, y para mí ya había acabado mi penitencia: había recobrado mi libertad, y algo casi igual de importante para mí, había recobrado el frío tacto de una espada en mi diestra.

Una vez Saturnino nos hubo avisado de que tenía preparado nuestro encargo, decidí construir unos pocos escudos para completar el equipo de mi pequeña tropa. Fabricamos unas pequeñas rodela con recia madera de roble, juntando bien las tablas y pegándolas con cola endurecida, y una vez terminadas le pedí al administrador que usara sus influencias para que el mismo artesano que nos había hecho las grebas y los protectores los forrara con cuero curtido. Pese a protestar, como hacía casi siempre, he de decir que Jantipo era tremendamente efectivo. No en vano gozaba de la total confianza de Quinto, por lo que su compromiso y aptitud estaban fuera de toda duda. Así, pocos días más tarde, ya teníamos seis artesanales pero útiles escudos a nuestra disposición. Y como no, también dediqué algunas tardes a enseñarles a dos de los esclavos de la villa a manejar los sencillos arcos de caza que habíamos adquirido. El temible Akkal, allá donde estuviese, sin duda se habría sentido horrorizado de que aquellos pobres tuvieran un instructor tan rematadamente inútil como yo, pero mi intención con aquel par de arcos era únicamente que cualquier posible agresor, al ser recibido por algunas saetas, aunque mal dirigidas, pensara que nuestra defensa era más organizada de lo que realmente podía llegar a ser. Ya habría tiempo de acabar con ellos mediante un buen tajo de espada.

Poco tiempo tenía ya para dedicarme en cuerpo y alma a los caballos, pues mis nuevos quehaceres me mantenían ocupado prácticamente todo el día. Aun así, cada vez que se preparaba una reata de animales para vender en la ciudad, me encargaba de seleccionar personalmente los ejemplares que se llevarían, y nunca faltaba en mi cita anual en el mercado, ya que, después de nueve años, nadie como yo sabía lo que se podía pedir por cada uno de esos bellos animales.

Ese año, cuando llegó el momento de acudir a la feria anual, el amo Quinto se encontraba postrado en la cama debido a unas fiebres, por lo que tuvo que permanecer en la villa por prescripción de su físico. Por primera vez, sería el pequeño Marco, que a la sazón contaba con diez años, quien nos acompañaría, para comenzar a conocer los entresijos del negocio familiar. Aunque algo preocupado por su padre, el chico no cabía en sí de alegría ante la perspectiva de esta nueva experiencia, y al vernos armados a mí y a los dos muchachos que nos acompañarían, poco faltó para que fuera a buscar también su espada de madera para llegar a la ciudad con ella al cinto y echando miradas desafiantes por el camino.

Llegamos a *Conimbriga* poco antes del mediodía. Mientras Jantipo, acompañado por uno de los muchachos, se dirigía al foro con la misión de vender los tres ejemplares que aún no teníamos apalabrados, con indicaciones claras sobre el precio que debía pedir por cada uno de ellos, el resto – Ambrosio, otro de mis “guerreros”, yo mismo, y el pequeño Marco bien pegado a mí para evitar que se perdiera– estuvimos repartiendo los caballos que sus nuevos propietarios ya habían escogido anteriormente. Nos dimos un buen paseo por varias de las *domus* más importantes de la ciudad; Marco, habituado desde hacía años a la sencilla vida del campo, lo observaba todo con avidez, y no dejaba de preguntar por todo aquello que le sorprendía. Tan solo parecía hacer mella en él el insoportable hedor que despedía la ciudad en algunas zonas, producto de los desechos acumulados en las calles, o en la zona cercana a la pequeña curtiduría de la ciudad, donde el agrio olor a orines impregnaba el ambiente, y por la que avanzamos a marchas forzadas mientras Marco empalidecía y tragaba saliva tratando de evitar las náuseas.

Dejamos para el último lugar la casa de Cantaber, tal y como Quinto nos había indicado, para que Marco le presentara sus respetos de su parte. Cuando nuestros pasos nos llevaron nuevamente al inicio de nuestro camino, al lado de la puerta de la muralla, aguardamos a que nos abriera uno de los esclavos de la gran *domus*, que nos hizo esperar allí hasta que se presentó el mayordomo y reconoció al joven, y sobre todo a la mercancía que portaba. Inmediatamente nos hizo pasar al amplio peristilo que se abría en la casa según se ingresaba en ella, y que para mi sorpresa no era el único, pues como llegaría a ver más adelante, hasta tres se contaban dentro de la villa, tal era su suntuosidad. Al poco se presentó el dueño de la *domus*, que nos saludó con una gran sonrisa, enfatizando especialmente la que dedicó al pequeño Marco.

Cantaber comenzó dirigiéndose a Marco con cierta condescendencia cordial, inclinándose hasta quedar a su altura y prodigando sonrisas entre divertidas y sorprendidas por la seriedad con la que el pequeño Celer se desenvolvía. He de decir que el chico afrontó la situación mucho mejor de lo que yo esperaba, respondiendo a las preguntas de Cantaber con tranquila seguridad, y devolviendo los parabienes con la cortesía debida a la dignidad del personaje, sin lugar a dudas el ciudadano más influyente de la ciudad y del territorio circundante.

–Así que esta vez te has encargado tú de traer estos caballos que son el orgullo de tu padre. Bien hecho, muchacho. Felicita a Quinto por tan bellos ejemplares, y dile que algún día tendrá que revelarme alguno de sus secretos para conseguir que luzcan tan lustrosos y brillantes.

–Muchas gracias señor, así lo transmitiré a mi padre. –Hizo una pequeña pausa y me miró de soslayo antes de continuar–. Si me lo permitís, os diré que Attax, nuestro capataz, que hoy me acompaña, es el responsable de la cría, cuidado y entrenamiento de los animales. Aunque no estoy seguro de que podáis convencerlo para que os revele ninguno de los secretos de su desempeño.

Le dirigí una leve inclinación de cabeza al hispano, que, pese a que en un primer momento pareció algo desconcertado por la respuesta de Marco, se

rehízo para felicitar me por mi trabajo y, para mi sorpresa, me dirigió la palabra.

–No suelo olvidar una cara: es parte de mi trabajo. Disculpa la indiscreción, Attax, tú fuiste el esclavo que compró Quinto a aquellos sucios suevos, ¿verdad? Es difícil olvidarse de un grandullón como tú.

–Ha sido manumitido, dignísimo Cantaber – puntualizó Marco rápidamente.

–Debes de ser entonces un hombre excepcional. Quinto siempre ha tenido buen ojo para rodearse de los mejores. Te felicito.

Cantaber volvió a dirigir al pequeño una mirada evaluativa antes de decirle:

–Joven Marco, me gustaría que le transmitieras a tu padre una importante información de la que he tenido conocimiento apenas ayer mismo.

El pequeño lo miró circunspecto y asintió con la cabeza, y Cantaber continuó.

–Dile a tu padre que es probable que se acerquen tiempos aún más revueltos. El rey suevo Rechila ha muerto hace muy poco tiempo; su hijo Rechiario parece el mejor colocado para ocupar el trono, pero no sabemos si estos momentos de indecisión pueden ser aprovechados por otros nobles para postularse en su lugar. Dile que extreme las precauciones, y que si ha de venir a la ciudad traiga una buena escolta.

No podía creer lo que estaba oyendo: Rechila, ¿muerto? Recordando el final de Anderico, deseé con vehemencia que el suevo hubiera sufrido hasta el último momento, y que su alma vagara por el más allá sin encontrar consuelo.

–Señor, le transmitiré el mensaje palabra por palabra –dijo muy serio el muchacho mientras no dejaba de arrugarse nerviosamente su túnica nueva.

–Estoy seguro. Me parece un joven digno de confianza –asintió el hispano con una sonrisa en los labios. A continuación, buscó con la mirada a su mayordomo–. Aureliano, dispón algún refrigerio para nuestros invitados antes de que se marchen. Creo recordar que aún quedan algunos de los dulces que hizo Vibia esta mañana, acompáñalos de algo de beber.

El citado Aureliano partió raudo a ejecutar las órdenes de su señor, mientras nosotros esperábamos allí, Marco concentrado intentando recordar textualmente el mensaje, y yo sin poder evitar pensar en la muerte del suevo. A mi mente volvían los recuerdos de aquel desgraciado día de verano, y me parecía estar sudando de nuevo bajo mi cota de malla, la enseña de la serpiente agitándose al viento, la fuerte voz de Gelimer y su grito de guerra, el desesperado muro de escudos y por último la negrura que lo envuelve todo. Apenas pude probar los dulces de almendra y miel con que nos obsequiaron.

Tras despedirnos, emprendimos el camino hacia el foro para reunirnos con nuestros compañeros y regresar a la villa. Jantipo había actuado tal y como se esperaba de él y había conseguido vender los tres ejemplares sacando una buena suma por cada uno. Abandonamos la ciudad con los bolsillos bien cargados y, en mi caso, con la mente inquieta y el corazón encogido por los recuerdos. Durante el trayecto no perdí detalle del camino ni del paisaje que nos rodeaba, como si la simple noticia que nos acababan de transmitir fuera suficiente para que nos tendieran una emboscada, que finalmente solo se produjo en mi ajetreada cabeza.

Cuando llegamos a la villa descendimos del carromato entre los crujidos de los maderos, y casi sin pararnos a saludar a quienes nos abrieron la puerta, nos dirigimos al edificio principal a ver al amo Quinto. Este se encontraba convaleciente de las fiebres que desde hacía algunos días se habían cebado en él, pero aun así, debido a la importancia de la noticia, llevamos al joven Marco a sus aposentos para transmitírsela. Lógicamente, primero encargamos a uno de sus sirvientes que le diera la nueva de que habíamos regresado y que necesitábamos hablar con él con urgencia: nunca se nos habría ocurrido

violentar a nuestro señor mientras se encontraba enfermo en la cama, quien sabía en qué postura. Tan solo tuvimos que esperar unos breves momentos, y luego nos presentamos ante él. Quinto, con los ojos llorosos y el semblante muy pálido, respiraba trabajosamente, y de vez en cuando su pecho se sacudía con violentos accesos de tos. Aun así, consciente de que debía de tratarse de algo muy importante para que insistiéramos en verlo, nos esperó incorporado en su cama, sosteniendo una taza de humeante infusión, sin duda preparada por Aspasia. Saludamos respetuosamente y Jantipo comenzó preocupándose por su salud. Este, agotado por las noches sin dormir, como reflejaban las oscuras bolsas que destacaban bajo sus párpados, nos instó a que no dilatáramos la visita y nos ciñéramos a lo importante. Empujé suavemente a Marco para que se pusiera delante de nosotros y comenzara a recitar su recado. El niño repitió palabra por palabra el mensaje de Cantaber, mientras una sombra crecía en la frente de su progenitor.

–Estamos muy al sur como para tener problemas con los suevos, pero cierto es que esto puede desestabilizar mucho la región. Y lo menos que necesita esta castigada tierra es más inestabilidad.

Me vi obligado a intervenir, pese a que debido a los años transcurridos como esclavo, todavía se me hacía extraño hablar sin que se me hubiera preguntado.

–Aún no sabemos que clase de soberano puede llegar a ser Rechiario. Su padre dejó *Gallaecia* y sus alrededores al margen de sus múltiples ataques, y puede que su retoño siga su ejemplo. Si consigue hacerse con el poder, claro – apostillé.

–Es muy probable que lo consiga, Attax. Estos bárbaros desde que están aquí no han destacado por entretenerse en asesinar a sus legítimos herederos. – Tomó aire trabajosamente por su congestionada nariz y continuó–: Sin embargo, quizás podría perjudicarlo, si es cierto lo que se comentaba hace tiempo en la ciudad, su preferencia por el catolicismo frente al credo arriano que abrazaba su padre, que además siempre favoreció a los seguidores del difunto Prisciliano. Puede que esto suponga un problema para sus aspiraciones

o, por el contrario, podría propiciar el apoyo de los sectores locales. Solo el tiempo lo dirá. –Tosió violentamente; parecía que su cargado pecho se iba a colapsar, pero se recuperó para decirnos, entre jadeos–: Ahora, por favor, marchaos, y preparad la villa frente a cualquier contratiempo.

Saludamos respetuosamente y abandonamos la habitación, sin Marco, que pese a los intentos de su padre de alejarlo de su lado para evitar el posible contagio, se subió a su cama y lo abrazó.

El griego y yo nos miramos al salir.

–Me ocuparé de preparar la defensa de la villa, pero tienes que ayudarme con lo que te pida, aunque te parezca excesivo.

–Descuida, Attax, confío en tu criterio, y trataré de ajustar las cuentas para poder responder a tus disposiciones. Yo, por mi parte, haré acopio de alimentos y agua en los almacenes para que, pase lo que pase, en la villa la vida pueda continuar sin grandes problemas, incluso aunque nos veamos incomunicados.

–También sé que puedo confiar en tu previsión y tu eficacia, Jantipo. Verás que todo sale bien. –Terminé la frase apretando su hombro izquierdo en señal de amistad. Éramos dos personas muy diferentes, pero con el tiempo habíamos llegado a alcanzar una suerte de entendimiento, y nos complementábamos bien.

Me dispuse a reunir a mis muchachos, a los que encontré trabajando en los campos o atareados en los almacenes. Todos eran buenos chicos, jóvenes acostumbrados a trabajar de sol a sol en la hacienda de Quinto desde que tenían recuerdo. Nunca habían pretendido luchar, ni creo que hubiesen imaginado verse en esa situación, pero el destino había elegido por ellos, y afrontaban el reto con decisión. Agradecían a Quinto la oportunidad de aprender a defenderse, pues no todos los amos confiaban en sus esclavos lo suficiente para permitirles manipular armas, y trataban de corresponderle con dedicación y compromiso. A partir de ese momento, y con el consentimiento de Jantipo, ninguno de mis seis muchachos volvió a trabajar en los campos,

salvo en los momentos puntuales en los que la carga de trabajo lo requería. Entre los siete nos dividimos los turnos de cada jornada para, por parejas, vigilar la empalizada de la villa a lo largo de todo su perímetro. Sin duda no representábamos una gran defensa, pero al menos esperábamos que nadie nos cogiera desprevenidos. Además, los que en ese momento no estaban de guardia, seguían entrenándose conmigo aún más duramente que al principio, hasta que sus brazos, aunque acostumbrados al pesado trabajo del campo, apenas eran capaces de seguir esgrimiendo la espada ni sujetando el escudo. A partir de ahí, cada uno custodió su propia arma, ocupándose de mantenerla limpia y afilada.

CAPÍTULO XII

Pasadas las semanas, finalmente el amo Quinto venció a su enfermedad, y así algo más de tranquilidad volvió a reinar entre los habitantes de la villa, que habían visto peligrar la vida de su señor. En mi caso, aunque también acogí con sincero alivio la mejoría de Quinto, tuve que hacer frente a que mi pequeña Aspasia contrajera las mismas fiebres, por lo que mi corazón no pudo descansar tranquilo. Cuando empeoró, para alivio de sus compañeras de barracón, decidí trasladarla a mi pequeño cubículo, donde siempre que mis obligaciones me lo permitían la atendía, aplicándole compresas húmedas en su ardiente frente, y cuidando de que tomara algo de caldo, pan empapado en vino y agua fresca. Durante varias noches apenas dormí, escuchando inquieto las frases inconexas que la pobre criatura acertaba a hilar entre delirios. La quinta noche que pasaba cuidando de Aspasia, me pareció que apenas acababa de cerrar los ojos un instante cuando me sobresaltó un grito. Aún confuso, me acerqué a ella para comprobar si estaba bien, pero, aunque se removía inquieta, parecía dormir. Reparé entonces en que el ruido parecía proceder del exterior, y salí a toda prisa de mi cabaña, espada en mano, pero sin haber cogido siquiera el escudo.

Sacudí la cabeza para intentar librarme del estado de embotamiento que me embargaba tras tantas noches sin pegar ojo, y me dirigí a la puerta de la empalizada, donde me pareció que todo permanecía tranquilo. Al seguir avanzando, un borrón de movimiento llamó mi atención, y corrí hacia delante, hasta que pude ver, en la zona de la cerca más próxima al almacén, a Ambrosio, el encargado del turno de guardia de aquella noche, trabado en dura pelea con una figura oscura y nervuda que de alguna manera había logrado acceder al interior del recinto. El joven defensor mantenía ocupado como podía al primero de los atacantes, pero no podía evitar que otros tantos siguieran ascendiendo y saltando la empalizada. ¿Cuántos habrían entrado? ¿Habrían llegado ya a los edificios? Corrí, dando voces, tras varios de los

individuos que se dirigían rápidamente hacia el edificio principal; sin duda, pensarían que allí podrían hacerse con el mejor botín. Recé porque Tito, al que había asignado el turno de vigilancia del edificio, pudiera retrasarlos hasta mi llegada. Eché un último vistazo a la empalizada, y con gran alivio pude ver como Aurelio, con Pablo y Sinforio pisándole los talones, llegaban a donde se encontraba Ambrosio luchando desesperadamente. Más alejado corría Galieno, el más joven de todos mis muchachos, al que chillé para que me siguiera a mí en lugar de unirse a sus compañeros. Cuando llegó a mi lado le indiqué que fuera al barracón donde dormían el resto de los esclavos, y que los despertara y los armara con lo que encontrara, poco más que aperos de labranza. Le di la llave de nuestra particular armería y le pedí que fuera allí con los que pudiera reunir y que cogieran lo que allí encontraran, que no serían más que unos pocos cuchillos; así, me aseguré de paso de que también Aspasia estuviese protegida. El muchacho salió corriendo a cumplir mis instrucciones, y yo por mi parte hice lo mismo hacia la *domus*, donde ya habían comenzado a entrar los atacantes.

Según llegué a la puerta oí ruidos de metal contra metal. Tito se defendía como podía, bien plantado en el suelo, pero su situación comenzaba a tomar un cariz desesperado, pues debía enfrentarse a tres hombres, mientras algunos otros, no llegué a ver bien cuantos, lo sobrepasaban para perderse por los pasillos que conducían a las habitaciones principales. Irrumpí en la estancia emitiendo un feroz rugido que hizo girarse, amedrentados, a los atacantes, y Tito supo aprovechar la distracción para herir en el costado a uno de ellos, mientras golpeaba a otro con su escudo. Me permití una breve punzada de orgullo por la desenvoltura de mis chicos, mientras me preparaba para atacar al que permanecía en pie, que se dio la vuelta rápidamente, preparado para plantarme cara. Era apenas otro muchacho, con la cara infestada de granos y muy flaco. Poco menos que un vagabundo, pensé. Con fría eficacia dejé que se abalanzara sobre mí con su vieja espada, para abrirle el vientre aprovechando su propio impulso, y antes de que el que Tito había herido pudiera revolverse, continué la trayectoria hasta hincarle profundamente mi acero. Lo liberé de un empujón y me dispuse a ocuparme del último agresor, que nos miraba alternativamente sin saber bien a quién de los dos hacer frente, y que murió sin

haberse decidido: Tito aprovechó el momento de duda para clavarle su espada a la altura de la clavícula. Le dirigí un gesto aprobador, y sin perder más tiempo le hice una señal para que fuera por el pasillo de la derecha a buscar a uno de los atacantes, que había entrado por allí, mientras yo me dirigía al lado izquierdo, por donde habían penetrado al menos otros dos hombres.

Aceleré mis pasos, oyendo a lo lejos los gritos de los agresores, que intentaban echar abajo la puerta del amo Quinto. Me acerqué y uno de los atacantes se preparó para hacerme frente mientras su compañero no cejaba en su empeño, animado por las primeras astillas que saltaban de la sólida puerta de madera de pino, desprendiendo un aroma resinoso. En ese instante, Jantipo, cuya habitación se encontraba al lado de la del señor, tuvo la mala idea de abrir la puerta. Supongo que el alboroto lo sorprendió en medio de un placentero sueño, y se disponía a castigar a quien se lo hubiera interrumpido. Maldije al griego por su estupidez, y, consciente de que no podía hacer otra cosa si quería evitar que el administrador muriera, lancé mi espada como si de un cuchillo se tratase al atacante que tenía a escasos nueve pasos de mí. Mi espada pasó a pocas pulgadas del cuerpo de Jantipo para clavarse en el abdomen del agresor, y Jantipo se desmayó cuando aún el cuerpo del individuo no había tocado el suelo. El compañero de este, viendo que me encontraba desarmado, abandonó la puerta y se dirigió hacia mí con una sonrisa en sus agrietados labios. Tendría alrededor de la treintena de años, y me recordaba bastante al mozalbete de los granos con el que había acabado en el patio.

En cualquier batalla, habría muerto allí mismo, pero los atacantes eran bandidos desesperados en busca de botín y comida. Su primer error fue intentar golpearme con su espada de arriba hacia abajo, como si estuviera cortando leña. Cuando vi que su arma se encontraba en su punto más alto, me lancé hacia delante, rodando por el suelo directo hacia sus piernas. El golpe hizo que el individuo perdiera el equilibrio y cayera con estrépito. Me levanté con celeridad y al haber cambiado las posiciones pude acceder al cadáver de su compañero, del que arranqué mi espada. El tipo se incorporó, y desde luego se le borró la sonrisa de su feo rostro. Me acerqué y paré mi primer golpe, así

como el segundo, que iba dirigido a su cabeza. Así que aproveché que concentraba toda su atención en mi espada para propinarle un rodillazo en la entrepierna que lo hizo doblarse de dolor. Durante un segundo pensé en dejarlo vivo para poder interrogarlo, pero descarté rápidamente la idea porque el objetivo del ataque me parecía claro: pobres descontentos muertos de hambre en busca de botín. Así que, sin más miramientos, clavé el filo de mi espada en su nuca. Intuí un movimiento al principio del pasillo y me volví con el arma dispuesta. Para mi sorpresa, el pequeño Marco me miraba desde el principio del pasillo con una mezcla de admiración, sorpresa y terror. Pasé por su lado y lo zarandeeé.

–Marco, chico, corre al final del pasillo. Espabila a Jantipo, meteos en su habitación y cerrad la puerta por dentro. Cuando todo haya acabado yo mismo volveré y os lo diré, de lo contrario no abras, ¿entendido? –El pequeño me miraba sin dejar de temblar. Pese a mi reticencia, tuve que zarandearlo de nuevo—. ¡Marco! Por favor, hazme caso, vete con Jantipo y encerraos, no os pasará nada—. Una lágrima resbaló por su rostro asustado, y no tuve más remedio que abrazarlo y levantarlo en volandas para llevarlo yo mismo hasta el cuarto del griego. A Jantipo tuve que sacudirlo con fuerza hasta que abrió los ojos y fue capaz de incorporarse y seguirme, aún conmocionado.

–Cuida a Marco –le espeté.

Me apresuré a regresar al gran patio central de la *domus*, donde permanecían los tres cadáveres que habíamos dejado Tito y yo. Grité el nombre del chico, que me respondió que todo estaba bien, mientras aparecía por el pasillo con su espada tinta en sangre y un feo corte en su brazo izquierdo, que hacía que su recorrido fuese quedando marcado por pequeñas gotas oscuras.

Le dediqué un gesto de ánimo, y le ordené que no abandonara su posición en la puerta de la casa hasta que vinieran refuerzos. Eché un último vistazo a la estancia y corrí hacia la puerta. En el gran patio que quedaba entre los edificios parecía que la situación estaba ya bajo control: los esclavos de la casa, armados con horcas y guadañas, y portando gruesos hachones que

iluminaban la oscura noche, recorrían la explanada comprobando cada sombra. A los pies de la empalizada, mis jóvenes mastines se debatían contra dos enemigos, a los que no permitían huir. Dirigí mis pasos hacia ellos mientras evaluaba la situación: conté siete cadáveres amontonados a los pies de la empalizada, todos de asaltantes, y observé con tristeza que Pablo se encontraba semisentado, con la espalda apoyada en el cercado de madera, y parecía que no le quedaba mucho de vida. Una lanza de gran tamaño aparecía enterrada en sus entrañas, y el pobre chico presentaba ya los ojos vidriosos propios del moribundo. Sacudí la cabeza, tratando de apartar de mi mente la expresión de su rostro, y me recorrió una oleada de furia contra aquellos que habían osado violar la paz de aquel mundo hasta entonces sencillo, regido por los ciclos del sol y la lluvia, la siembra y la siega, la fuerza de los sementales y el nacimiento de los potrillos. Nos habíamos preparado para ello, pero ese día los muchachos habían tenido que enfrentarse verdaderamente a la disquisición de matar o morir, y eso era muy distinto de repartir mandobles contra los blancos que utilizábamos durante los entrenamientos. Pero aún no era tiempo de duelo ni de reflexión, sino de sangre y rabia, hasta extinguir por fin la amenaza, y a ese sentimiento me aferré mientras me acercaba de nuevo a la pelea, balanceando mi espada.

El resto de mis muchachos, capitaneados por Ambrosio, que perdía algo de sangre por un costado pero cuyas heridas no parecían de consideración, mantenían a raya a los asaltantes que quedaban. Estos, dos individuos malcarados con el rostro surcado de cicatrices y cuerpos de luchador, debían de ser los cabecillas del asalto. Por su aspecto, más que campesinos desesperados parecían antiguos mercenarios o desertores de alguna de las múltiples bandas guerreras que pululaban por el territorio. El primero en verme llegar, con un gesto de alivio en su rostro, fue el joven Galieno, que inmediatamente avisó a Ambrosio. Este, sin dejar de vigilar a los asaltantes, miró en mi dirección y esperó a que le hiciera algún gesto. Vista con el prisma de los años mi reacción fue, probablemente, una estupidez, pero me sentía imbuido de un ánimo brutal y sombrío y, ¡qué demonios!, en ese momento estaba en la plenitud de mi fuerza, y si no me hubiera permitido algún que otro alarde en aquel entonces, quizás me hubiera arrepentido ahora que soy un

viejo apergaminado que a pocas gestas puede ya aspirar. Además, mis muchachos necesitaban poder creer en su jefe, y quizás incluso yo mismo tenía algo que demostrarme. Así que recogí del suelo el escudo del malogrado Pablo e indiqué a Ambrosio y Galieno que abrieran el círculo para dejarme pasar. Ellos obedecieron rápidamente. Me presenté delante de los dos matones, los miré con marcado desprecio y comencé a hablar con calma.

—Sin duda, ahora sería el momento en que cualquier ciudadano civilizado os ofrecería llevaros a las autoridades de la ciudad si os entregarais, para evitar así un inútil derramamiento de sangre.

Hice una pausa, que me sirvió para valorar a mis oponentes. El más alto de ellos, un tipo rapado y con la nariz rota, tenía los restos de un tatuaje en su brazo derecho, y me pregunté si podría ser un desertor del ejército romano; no me habría extrañado. El otro presentaba un aspecto más desesperado que el de su compañero. Alguno de los chicos debía de haberle herido en la ingle, ya que tenía su sucio calzón empapado en sangre. Meneé la cabeza.

—Bien, no sé si os habéis fijado, pero yo no tengo aspecto de ciudadano civilizado. Y de donde yo vengo solemos ser más prácticos, y no perdemos el tiempo en este tipo de cosas. Todos sabemos cuál es vuestro crimen y todos sabemos cuál es el precio que habréis de pagar. Así que nos ahorraremos más juicios —señalé a Pablo, cuyos ojos estaban ya en blanco—. Poneos en guardia y rezad lo que sepáis, porque os voy a enviar al más allá, para que sirváis a mi compañero como esclavos. —El pobre Pablo era cristiano, priscilianista por demás, aunque no hiciera ostentación de ello para evitar ofender a su amo, católico ferviente, pero esos dos desgraciados no lo sabían, y a mí siempre me gustó ser petulante en mis discursos.

Me puse en guardia y ellos hicieron lo mismo. Esperaba eliminar en primer lugar al herido y dejar al energúmeno rapado para el final, para que así mis chicos disfrutaran de una buena pelea. Conscientes de que todo estaba perdido, ambos matones se prepararon para resistir lo que pudieran, conjurándose para tratar de aprovechar la oportunidad que mi teatral intervención les había brindado. Yo me concentré al máximo, sabiendo que si

acababa viéndome en problemas, quedaría como un auténtico idiota. Intenté separarlos para desembarazarme del herido, por lo que en primer lugar atacé al larguirucho con todas mis fuerzas para alejarlo de su compañero y volver sobre mis pasos. Pero el tipo era un luchador experto, y apenas logré que reculara un par de pasos, y su compañero, aprovechando el ímpetu de mi ataque, a punto estuvo de alcanzar mi desprotegida pierna derecha con su espada, lo que a duras penas logré evitar interponiendo la mía en el último instante. Reconozco que fue uno de los combates singulares más comprometidos de mi vida. Es cierto que he luchado en auténticas batallas, donde todo vale para acabar con tu enemigo, pero en esos casos siempre he ido bien equipado para la ocasión. Aquella noche, con las prisas, ni siquiera había cogido mi jubón de cuero, por lo que cualquier golpe podría tener fatales consecuencias; además, aunque la excitación del momento mantenía mis sentidos alerta, el agotamiento provocado por tantas noches sin dormir amenazaba con mermar la rapidez de mis reflejos. Decidí dar vueltas alrededor de mis enemigos para tantearlos y obligarlos a exponerse en algún momento, soltando mandobles sistemáticamente hasta que tanto yo como el rapado nos dimos cuenta de que su compañero estaba acabado. Había perdido mucha sangre, y su rostro aparecía pálido y sudoroso a la luz de las antorchas; apenas era capaz ya de desviar mi filo, y cuando otro largo corte se añadió a su costado, se dejó caer de rodillas, soltando su espada al apoyar las manos en el suelo, e inclinándose lentamente hasta quedar tendido de bruces mientras la vida se le escapaba lenta pero inexorablemente. Su compañero decidió que no se podía hacer nada por él, y se lanzó al ataque a por mí. Hice una señal a Ambrosio para que ampliaran el círculo y nos dejaran luchar más lejos del herido. El rapado arremetió contra mí como un jabalí furioso, intentando golpearme repetidamente con su espada. Fui parando sus intentos con mi escudo, y una vez diluido su ímpetu inicial, le devolví la moneda. En primer lugar le lancé un golpe con el escudo y luego seguí atacando con la espada sin darle un instante de tregua hasta que su protección quedó reducida a una tabla astillada y una inútil abrazadera. El tipo se liberó de los restos de su broquel, lanzándolos hacia mi rostro; me agaché rápidamente y aterrizaron detrás de mí. Presa de una osada exaltación que silenciaba cualquier sentido común en favor del espectáculo, solté mi propio escudo y también lo deseché, por lo que nos

enfrentamos únicamente con nuestras espadas. El tipo, probablemente sin dar crédito a mi estupidez, atacó velozmente, obligándome a ceder terreno mientras paraba cada uno de sus embates. Cuando nos acercábamos ya al límite del círculo, pasé al ataque y dirigí mi espada a su cabeza. Él pudo desviar el golpe, pero subió demasiado su guardia, así que aún tenía los brazos en alto cuando mi espada alcanzó su costado derecho, ocasionándole un tajo profundo que lo obligó a agacharse, apoyando la punta de su espada en el suelo para no caer. Con un rápido paso hacia el frente me situé a su espalda, y empuñando mi espada con ambas manos la empujé hacia atrás, atravesando su columna vertebral. A mi alrededor, mis jóvenes cachorros asistían, asombrados, al final del combate. Liberé mi acero apoyando mi pie en su cuerpo, que cayó hacia delante; bajo él se iba formando rápidamente un gran charco de sangre. Miré hacia donde había quedado su compañero herido, y reparé en que aún le quedaba algo de consciencia. Me acerqué a él, dispuesto a acabar con su sufrimiento, y el individuo trató de incorporarse, pero las piernas ya no le respondían, y se quedó sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra los maderos.

Me detuve a escasos cinco pasos para hacerle una pregunta.

—¿Estabais vosotros solos, o hay más esperando en el exterior? —el tipo apenas pudo mover su cabeza en señal de negación—. Sujeta tu espada y entrégate a tus dioses.

De un rápido tajo degollé al individuo, que quedó allí, junto a la empalizada. Todos mis muchachos estaban agotados, empapados en sudor, e incluso algunos en sangre. Sin duda, habían luchado bien para ser novatos. Solo debíamos lamentar la pérdida de uno de los nuestros, mientras que al menos quince atacantes habían encontrado la muerte en el interior de la villa. Muchos ya podrían fanfarronear de haber obtenido sus primeras cicatrices cuando fueran a *Conimbriga*, aunque lo cierto es que los atacantes distaban mucho de ser adversarios temibles: la mayoría, salvo los dos últimos en morir, eran poco más que hambrientos campesinos desesperados. En otro caso, lo más probable es que el final hubiera sido muy distinto, para nuestro pesar.

Sabía que era crucial que sucesos como el de esa noche no volvieran a suceder: nuestras estructuras defensivas habían sido vulneradas con demasiada facilidad, y estaba claro que su mera presencia había dejado de ser suficientemente disuasoria. Me pregunté como mejorar su eficiencia, ya que en ellas, dada la escasez de defensores, podía residir nuestra única oportunidad de sobrevivir a un ataque más comprometido.

Repartí felicitaciones y abrazos entre los míos, y a Galieno le pregunté por Aspasia, a lo que el chico me respondió que no había ningún problema, y que había estado protegida en todo momento. Le alboroté su castaña mata de pelo y continué mi camino. Me crucé con Ambrosio, al que di la enhorabuena por la gran defensa que había hecho. El chico, muy serio, no dejaba de apretar la herida de su costado, y parecía que de un momento a otro se iba a caer al suelo, por lo que, tras echar un vistazo a la misma, pedí a algunos de los esclavos que corrían de un lado para otro que lo llevaran al edificio principal, donde más tarde lo atendería el físico. Ordené a Galieno y a los otros dos muchachos que volvieran a tomar posiciones en la empalizada y que estuvieran muy atentos, no fuera que, en contra de lo que nos había asegurado el moribundo, aún quedaran atacantes al otro lado. Yo continué hacia la *domus*, cuya silueta se recortaba entre la poca luz que arrojaban las antorchas de los esclavos domésticos de la villa. Afortunadamente, ninguno de los atacantes pensó en prenderle fuego al almacén, ya que en ese caso no solo tendríamos que haber lamentado la pérdida de las provisiones, sino que también habríamos tenido que luchar contra las llamas, que se habrían propagado rápidamente, a la vez que contra ellos, y en semejante caos la defensa se habría tornado desesperada y pudiera ser que inútil.

En el patio encontré a Tito apoyado en la pared, con la espada en la mano y con un trozo de túnica teñido de sangre alrededor del brazo herido. Le di una palmada en la espalda y le dije que todo había acabado, y que había luchado bien. El pobre chico rompió a llorar, liberando de ese modo las emociones reprimidas desde el inicio del ataque, y escondió su rostro entre las manos, avergonzado. Eché un vistazo a su herida, que aunque aparatosa, y sin duda dolorosa, se trataba solo de un tajo limpio y no muy profundo en la parte

anterior del brazo, que con reposo y las sabias atenciones del físico sanaría en poco tiempo. Lo dejé sentado en uno de los muretes, ya más tranquilo, y recorrí el pasillo hasta las habitaciones de los señores. Allí encontré a Quinto, con su vieja espada en la mano y vestido únicamente con su amplia camisola de dormir, protegiendo la puerta de la habitación donde su hijo y el administrador se habían resguardado. Cuando me vio aparecer por el pasillo, poco faltó para que se dejara caer por el alivio de no tener que pasar a la práctica las lecciones que habíamos compartido en el patio. Lo saludé respetuosamente, le indiqué que el peligro ya había pasado y me acerqué hacia la puerta. Quinto la golpeó, informando de que podían salir sin ningún problema, y solo transcurrió un pequeño instante hasta que un asustado Jantipo entornó la puerta, aún lívido por lo acontecido y esgrimiendo una escoba como si de un arma se tratase. Tuve que vencer mis ganas de darle un susto que volviera a dar con sus huesos en el duro y frío suelo –siempre he tenido ese lado perverso que a mi juicio me hace más divertido que la mayoría–, pero me contuve. El pequeño Marco salió atropelladamente de detrás del asustado administrador y se abrazó con fuerza a la cintura de su padre, que tiró el arma y respondió a su hijo con otro abrazo repleto de cariño. Luego, el pequeño me miró y me tendió una de sus manos, que yo apreté. Le sonreí; en sus ojos se adivinaba una lucha de sentimientos encontrados por lo que acababa de suceder. Por un lado, alivio y gratitud por haberlos salvado, pero por otro asco y temor por las muertes que acababa de presenciar en su propia casa y de las que yo era responsable.

Me despedí para dejarlos solos, pero antes indiqué a Jantipo que organizara la cocina para atender a los heridos, y que avisara al físico, y regresé a poner en orden la villa, y a ver a mi pequeña hispana.

El día empezaba a clarear, pero la oscuridad aún dominaba la escena que se presentaba ante mis ojos. Tres de los muchachos escrutaban sin descanso el horizonte, en silencio, atemorizados por los sucesos acontecidos durante la noche, en la que sin duda se habían portado como valientes. A un lado descansaba el cadáver de Pablo, al que ya habían cerrado los párpados, pero que nadie se había atrevido a trasladar. Allí, junto a sus compañeros, parecía

como si aún no se hubiera ido del todo. Sus frías manos todavía agarraban el asta que había acabado con su vida, y me dispuse a acometer la desagradable tarea de extraerla. La lanza parecía enredada en sus entrañas, y tuve que esforzarme a conciencia hasta que por fin su afilada punta salió a la luz, acompañada de un lento borbotón de sangre oscura. Intenté limpiarme lo mejor posible y pedí ayuda a Sinforio para transportarlo hacia donde descansaría para la eternidad. Dejé a Galieno la tarea de encontrar a alguien que le ayudara a cavar una zanja bien profunda, donde enterraríamos el cadáver de su amigo, tal y como disponía su fe.

Pese a haber hablado con Galieno, tenía ganas de ver a Aspasia con mis propios ojos para confirmar que mi pequeña no había sufrido ningún daño. Cuando llegué a nuestra cabaña, me esperaba una agradable sorpresa. Dentro esperaban, plantando guardia armadas con dos grandes cuchillos de trinchar, sus compañeras de la cocina, Rufia y Julia. No pude por menos que reírme, y darles las gracias encarecidamente a ambas; me había gustado que ante una situación desesperada como la que habíamos vivido, olvidaran su temor a contagiarse de las fiebres, acudiendo a defenderla, arriesgando incluso sus propias vidas. Aspasia continuaba delirando en el jergón, empapada en sudor y totalmente ajena a lo que había sucedido. Despedí a las chicas y me acurruqué a su lado, mientras remojaba mecánicamente el paño que descansaba a su lado en un cubo de agua fresca, para aplicarlo a su ardiente frente, tal y como había hecho tantas veces a lo largo de esos últimos días. Repetí la operación varias veces, hasta que quedé prisionero de un duermevela que me retuvo hasta que el sol se encontraba ya bien alto en el cielo.

Los siguientes días sirvieron para volver a poner en orden la villa, y para que sus habitantes recuperaran el resuello después del difícil trance por el que habían pasado. Lloramos la pérdida de Pablo, y después, los chicos empezaron a sentirse con fuerzas para recordar y comentar una y otra vez cada lance de la pelea, mientras las heridas y cortes comenzaban a sanar. Los cadáveres de los atacantes fueron cargados en una carreta, para después ser quemados en una gran pira por fuera de la empalizada. Poco nos importaban

sus creencias, solo deseábamos eliminar cuanto antes cualquier rastro de su irrupción en la villa, y esta era la manera más rápida que conocíamos. Antes, con la ayuda de Galieno, desvestí sus cuerpos e hicimos acopio de todo aquello que pudiera sernos de utilidad, pero salvo un par de espadas y varios cuchillos, el resto ardió junto con sus dueños.

Durante las lunas siguientes extremamos las precauciones. Aunque nosotros no tuvimos que lamentar ningún otro ataque, recibimos frecuentes noticias de altercados en distintos puntos del resto de la comarca, que continuó siendo castigada en numerosas ocasiones. En el terreno personal, abundaron las buenas noticias. Algunos días después del asalto, Aspasia comenzó a mejorar de las fiebres que la atormentaban, y también los jóvenes Ambrosio y Tito dejaron atrás la convalecencia de sus respectivas heridas, y ya se atrevían a bromear con el resto de sus compañeros acerca del valor que cada uno había mostrado esa noche.

Ni siquiera hoy sé explicar porqué siempre he tenido un sentimiento paternalista tan marcado hacia aquellas personas que, sin buscar la lucha, se ven obligados a tomar parte en ella. Desde la perspectiva de mi pueblo, o de los vándalos, la guerra se considera un arte noble, para el que nos preparamos desde la cuna. Pero los civiles romanos entienden que son otros los encargados de defenderles. Son como un panal de abejas: cada uno tiene su misión, y así lo harán aunque les cueste la vida. Y cuando las circunstancias les obligan a asumir la responsabilidad de proteger lo que tienen y a los que quieren, campesinos y esclavos mal pertrechados y peor alimentados, contra otros campesinos y esclavos forzados a tratar de defender desesperadamente lo que es suyo, su esquema del mundo salta en pedazos. Pienso que se requiere cierta suerte de valor para levantarse después de tan duras lecciones. Y puede que incluso, algún día, lleguen a reconocer que nosotros, los bárbaros, teníamos algo de razón.

El otoño dejó paso al invierno y durante esa estación la vida en la villa transcurrió feliz, aunque en perenne estado de alerta. Afuera los lobos y los

desesperados temblaban de frío y hambre, pero para nosotros fue un tiempo tranquilo. El pequeño Marco volvió a acompañarnos en nuestros entrenamientos, que organizábamos cada mañana, pues al caer el sol el intenso frío y la densa oscuridad apenas lo permitían. También Quinto redobló sus ganas de aprender el uso de las armas, y se unió a nosotros con frecuencia, sin importarle la temprana hora, ni el aire gélido que acompañaba a las primeras luces del alba. Incluso en algunas ocasiones insistió en que Jantipo lo acompañara. Si en su momento ya fue divertido ver al distinguido romano tratando de dar mandobles al aire con algo de coordinación, mucho más lo fue ver al griego intentando parecer digno cuando apenas si podía levantar la espada. Para sacarlo del apuro sin menoscabar su orgullo, me decidí a entregarle uno de los arcos de caza, y practiqué con él hasta que al menos fue capaz de acertar uno de cada tres disparos en el blanco colocado a unos cincuenta pasos. Esperaba que nunca lo tuviera que utilizar, pero llegado el caso me conformaba con que apuntara lejos y que al menos ninguno de nosotros tuviera que lamentar su falta de puntería.

El frío y la nieve del invierno fueron dejando paso a las lluvias y el frescor de la primavera. Los campos adyacentes se llenaron de flores y pudimos salir a cobrar las primeras piezas de caza del nuevo año. Montados en nuestros asturcones, salíamos algunas mañanas en parejas para pasar largas horas buscando alguna pieza que llevar a las cocinas de Juliana. Tras haber cumplido los once años, el pequeño Marco obtuvo el permiso de su padre para acompañarnos en nuestras correrías, entre otras cosas porque Quinto sabía que cuando él se encontraba presente nos limitábamos a cobrar poco más que conejos, perdices y algunos venados, evitando los peligros que podía representar un jabalí furioso para el muchacho. Cuando Marco no estaba, acompañado por Ambrosio o por Galieno, más de una vez sí que nos dedicamos a la caza de esos salvajes animales.

Con el tiempo, no solo yo lo percibí así, sino que sus propios compañeros aceptaron al reservado Ambrosio como líder natural de su grupo. El muchacho, más bien ya un hombre a sus diecinueve años, era natural de *Scallabis*, y había sido vendido por sus padres cuando apenas era un chaval de

ocho primaveras, canjeando la vida de su pequeño por comida para el resto de su prole. Con doce años, tras servir en alguna de las comunidades de religiosos que empezaban a proliferar por la zona, llegó a la villa de Quinto, y desde entonces el trabajo en el campo había hecho de él un muchacho fuerte y vigoroso, pero de ojos tristes y algo parco en palabras. Desde mi punto de vista, destacar en los ejercicios de lucha y haber llegado a comandar a los muchachos estaba empezando a llenar una parte de su alma que hasta el momento siempre había estado envuelta en tinieblas. En el otro extremo estaba el risueño Galieno, el más joven de todos, y sin duda el más vivaz. Había cumplido el anterior invierno los dieciséis años, y no podía evitar pensar que era un niño encerrado en el cuerpo de un hombre, porque pese a ser el más joven en edad, ya había dejado atrás en tamaño a alguno de sus compañeros. El joven vivía en la villa con sus padres. Estos, hombres libres antaño, tras una serie de malas cosechas y agobiados por los impuestos con los que debían hacer frente a los requerimientos de la iglesia local, decidieron ponerse en manos del terrateniente más cercano –que en este caso, para su fortuna, se trataba de Quinto– para convertirse en sus siervos. Esta situación de servidumbre para nada había hecho mella en el muchacho; valoraba disponer de comida suficiente, tener un lugar caliente donde cobijarse y poder verse libre de la inquietud de tener que ver a sus padres angustiados por su incapacidad de cumplir con los gravosos impuestos establecidos. Ahora, continuaban desempeñando las labores campesinas a las que estaban habituados, pero solo debían rendir cuentas a su nuevo señor, que sin duda resultaba más comprensivo que a lo que ellos estaban acostumbrados. Así que un satisfecho Galieno procuraba no olvidar incluir cada jornada en sus plegarias nocturnas un fervoroso agradecimiento a su dios.

Habilitamos dos puestos de guardia en la empalizada, desde los que poder hacer frente a las frías horas de la noche sin necesidad de permanecer al raso. El más grande de los dos fue tomado como cuartel general de la “milicia” de la villa. Ocupado tan solo por una destartada mesa y algunas sillas desvencijadas, se convirtió en el centro de reuniones donde todos los días intercambiábamos impresiones, comentarios y bromas, y donde además, para que los muchachos fueran avanzando en su conocimiento de la vida castrense,

los inicié en diversos juegos de dados de los que tan solo se aprenden en los peores antros de las ciudades, y en las tiendas más sórdidas de los más canallas ejércitos.

CAPÍTULO XIII

Cuando ya la primavera tocaba a su fin, y los verdes tallos y espigas de los cereales que inundaban los campos cercanos comenzaban a tornarse de un amarillo dorado, los caminos volvieron a resultar transitables. Con los primeros calores llegó a la villa un mensajero de la ciudad, que portaba un recado para el amo Quinto. Una vez Tito lo identificó como uno de los siervos de Cantaber, abrió el portón para franquearle el paso, y pudimos ver el estupor reflejado en su cara cuando se encontró al entrar al propio Quinto, sudoroso y con el torso desnudo, pasando un pellejo de agua a Ambrosio, que se encontraba a su derecha. Jantipo se apresuró a atender al individuo hasta que Quinto se aseó y pudo recibirlo en su *domus*, una vez recuperada su apariencia de civilizado romano de buena cuna, mientras nosotros proseguíamos dando tajos con nuestras espadas.

El mensajero traía una carta cerrada, marcada con el sello de su amo, y Quinto rompió el lacre, impaciente, para leer el contenido de la misiva. En ella, Cantaber le invitaba, tanto a él como a su hijo, a la fiesta que organizaría para celebrar el comienzo del estío, que solía festejarse no solo en la ciudad, sino también en la campiña. El rico ciudadano quería ofrecer a algunos de sus amigos y allegados una cena en su casa, en la que además fuera posible establecer acuerdos comerciales provechosos para todos. Había invitado para la ocasión a los ciudadanos más destacados de la propia *Conimbriga*, e incluso a algunos procedentes de ciudades vecinas, como Lusidio de *Olissipo*, al que Quinto había conocido durante la última visita a su *domus*. Ofrecía también a Quinto la posibilidad de pasar esa noche en la ciudad, para evitar desplazarse a altas horas de la madrugada, pudiendo partir al día siguiente cuando creyeran oportuno.

Hacía ya tiempo que Quinto no acudía a *Conimbriga*, salvo por asuntos de negocios, ya que tras la muerte de su esposa la ciudad parecía no guardar para

él más que tristes recuerdos. Aun así, la amistad de alguien tan influyente como Cantaber era algo que debía cuidarse, y por ello no dudó en aceptar la invitación. Valoró también que era bueno que su joven hijo Marco empezara a entablar relación con aquellos que regían los destinos de su pequeño mundo, para que a su vez él comenzase a ser conocido como el futuro mercader de caballos de la región, que se encargaría del negocio familiar una vez Quinto hubiera partido de este mundo. Despidió al mensajero después de haberle ofrecido algo de comer y un lugar donde descansar, lo que el individuo rechazó para emprender el camino cuanto antes, evitando las horas en que el sol se había retirado ya del cielo.

Organizamos meticulosamente la partida: decidimos que yo acompañaría al señor y su hijo como escolta, mientras la villa quedaba a cargo de los muchachos, al mando de Ambrosio. Para ellos, la celebración concluiría temprano, a fin de no descuidar la guardia, y nosotros confiábamos en nuestra celeridad para recorrer el trayecto hasta la seguridad de las murallas de la ciudad en menos de dos horas. Tal y como nos habían ofrecido, pasaríamos la noche en casa de Cantaber y retornaríamos al día siguiente, una vez que el sol estuviera ya alto en el cielo. Esa noche, como en tantos otros lugares, las gentes sencillas de las fincas de los alrededores de *Conimbriga*, saltarían sobre las llamas que llevarían horas avivando, con el fin de pedir porque sus próximas cosechas fueran abundantes y ricas. Unos lo harían pensando en su dios cristiano y en sus santos, otros en las antiguas deidades de Roma, como Minerva, e incluso en otras que desconozco.

Cuando llegó el día partimos a caballo, Quinto y Marco vestidos con ropa cómoda para el viaje, y llevando en las alforjas elegantes túnicas nuevas, adecuadas para la cena que iba a tener lugar aquella noche. Yo, por mi parte, también fui preparado para ambos eventos, pues como hombre libre habría podido acompañar a Quinto durante la cena, pero nada más lejos de mi intención: más bien calculaba pasar en el *triclinium* el mínimo tiempo que la cortesía exigía, para luego abandonar la reunión a fin de intercambiar impresiones con los esclavos y sirvientes de la casa, y con aquellos que acompañaran a los invitados, acerca de las últimas noticias que corrían por la

comarca. Sin duda, me parecía un plan más apetecible que tener que aguantar la cantinela absurda de algún rico negociante tratando de engatusar a los demás. Así, me atavié con mi equipo completo para el camino hasta la ciudad –mi espada, mi cuchillo, escondido en una de mis botas, el jubón de cuero ajustado, que decidí vestir pese al incipiente calor de la mañana, y mi escudo colgando de la silla del caballo– y también guardé en las alforjas, como mis acompañantes, mis mejores galas, aquellas que comprara hacía ya años en *Conimbriga* para celebrar mi manumisión.

El camino transcurrió sin ningún percance, y tal y como habíamos esperado, en algo menos de dos horas habíamos traspasado las murallas de la ciudad. Encontré el sendero incluso demasiado tranquilo, lo que me dio que pensar en algunos momentos, pero al entrar en *Conimbriga* el ambiente era festivo y alegre y pronto me contagié de la alegría que se respiraba y deseché mis suspicacias. Marco lucía una gran sonrisa, ansioso e ilusionado con la perspectiva de participar en el festejo, durante el que esperaba tener ocasión de corroborar la buena primera impresión que sabía que había causado en Cantaber durante su anterior encuentro. Deseaba que Quinto pudiera sentirse orgulloso de él, y yo estaba seguro de que lo conseguiría.

Aunque faltaban aún varias horas para el convite, nos dirigimos en primer lugar a casa de nuestro anfitrión, para presentarle nuestros respetos y ocupar las habitaciones que nos había asignado para pasar la noche. Cantaber se encontraba en la *domus* y nos recibió con una esplendorosa sonrisa.

–Amigo Quinto, me alegra que hayas podido venir: verás que no te arrepentirás. Pretendo que la de hoy sea recordada como una de las fiestas más importantes que se hayan dado en la región en las últimas décadas. Y sin duda, también resultará un excelente foro para hacer negocios. –Desvió su mirada hacia Marco–. Pero, ¿qué ven mis ojos? ¿Es este el joven Marco, que estuvo en esta misma estancia hace ya unos años? Dios misericordioso, ¡pero si ya es casi un hombre! –Por último, para mi sorpresa también tuvo palabras para mí–. También recuerdo al afamado criador de caballos de vuestra villa. Mis respetos, amigo.

–El placer es mío, señor –respondí mientras me inclinaba en señal de respeto.

–Querido Cantaber, como sabes hace unos años vendimos nuestra casa familiar aquí en *Conimbriga*, así que te agradecemos sobremanera tu amable ofrecimiento de pernoctar en tu *domus*, para que podamos tomar el camino de regreso a nuestra finca ya bajo la luz del sol. No sé si habrá llegado a tus oídos el intento de asalto que sufrimos el pasado otoño; desde entonces, cualquier precaución se me hace poca.

Cantaber sacudió la cabeza.

–Algún comentario escuché al respecto. Me alegro de que todo quedara en un susto. Algunos de los propietarios de los alrededores han tenido también problemas serios. ¡Por eso aprecio tanto vivir detrás de una firme muralla! – Sonrió, y dando una palmada, llamó a su mayordomo, que acudió presuroso, como si se tratara de un perrillo faldero–. Aureliano, acompaña a nuestros invitados a sus habitaciones.

–Muchas gracias. Dejaremos aquí nuestras pertenencias mientras damos una vuelta por la ciudad y tomamos un baño en las termas para prepararnos para la cena.

–Pero bueno, Quinto, qué clase de anfitrión sería si te hiciera caso. – Volvió a dirigirse al nervioso mayordomo–. Aureliano, dispón lo necesario para que las termas estén funcionando en menos de una hora. Estos señores no tienen por qué esperar más tiempo para quitarse de encima el polvo del camino.

–Justino, de verdad –lo interrumpió Quinto, llamándolo por su nombre de pila–, no es necesaria tanta molestia. No tenemos ningún problema en acercarnos a las termas públicas.

–¿Para qué desplazaros hasta allí para tomar un baño, pudiendo hacer lo mismo en la tranquilidad de mi casa? No es ninguna molestia, Quinto, al

contrario. –Insistió, e hizo una seña al mayordomo, que aguardaba expectante, y que saltó como la cuerda de un arco, repartiendo rápidas indicaciones a los sirvientes, y se dispuso a acompañarnos a nuestras habitaciones.

Mientras atravesábamos las interminables estancias, lo que ya desde el primer día en que la vi me pareció una auténtica mansión confirmó, e incluso superó, todas mis expectativas. Dudo que ninguna otra *domus* de *Hispania* pudiera rivalizar con aquella en lujo y extensión, aunque en algún momento de mi vida había escuchado que existía una *domus* en *Corduba* que era tan grande y lujosa que podría pasar por la morada del mismo emperador de Roma.

Atravesamos el amplio peristilo central tras los pasos del servicial Aureliano. A medida que mis pies iban adentrándose en aquella casa, más crecía mi admiración. Otros dos peristilos, aunque de menor tamaño que el primero, se sucedían dentro del edificio. Pasamos también por el enorme *triclinium* donde tendría lugar la cena, donde un buen número de sirvientes iban y venían atareados, ocupándose de los innumerables detalles necesarios para que todo estuviese perfecto, según las indicaciones de su señor. Nosotros, ajenos a tanto ajeteo, dejamos nuestras pertenencias en las habitaciones que nos habían asignado, que daban al segundo de los patios, y esperamos conversando hasta que Aureliano regresó nuevamente a buscarnos para conducirnos hasta las termas, ya preparadas. Estas se encontraban en el extremo sur de la mansión, y eran atendidas por un forzado esclavo de nombre Claudio, que se encargaba tanto de mantener el circuito de calor para las piscinas, como del mantenimiento general de las mismas, e incluso de los masajes posteriores, que eran su especialidad, tal y como comprobé más tarde. Aunque por motivos evidentes siempre he preferido las masajistas de sexo femenino, he de reconocer que ese tipo nos dejó relajados como corderitos. Desde aquella última ocasión en *Corduba* no había vuelto a disfrutar de este placer, que en verdad es uno de los grandes inventos de los romanos. A veces pienso que, disponiendo de semejantes placeres, no me extraña que se hayan ablandado.

Estuvimos varias horas en las piscinas de agua fría y caliente, en las que al menos Marco y yo disfrutamos como niños. Quinto se excusó y dejó la

estancia antes que nosotros, para reunirse a solas con Cantaber antes de la llegada del resto de los invitados. Nosotros, en cambio, decidimos aprovechar el tiempo que quedaba hasta que nos requirieran en el *triclinium* aprendiendo más sobre las termas de la casa. Ante la insistencia de mis preguntas, Claudio accedió a enseñarnos los secretos del *caldarium* y las termas, por lo que el pequeño Marco y yo disfrutamos de una interesante lección de ingeniería, en la que pudimos ver los rosetones que formaban los conductos del agua, mientras un orgulloso Claudio contestaba pacientemente a todas nuestras preguntas, por estúpidas que pudieran parecerle. Ya era tarde cuando nos despedimos de nuestro guía y regresamos a nuestras dependencias, donde nos acicalamos esmeradamente. Yo, por mi parte, me embuté en mi mejor túnica que, pese a su sencillez, para mí resultaba tan suave como si estuviera confeccionada con sedas traídas desde más allá del mar, complementada por unas buenas botas de cuero que casi no había utilizado hasta ese momento, y un sencillo pero elegante cinturón también de cuero. Trencé mi rebelde cabellera, y ya en el último momento, decidí guardar en mi bota izquierda el cuchillo que había traído, ya que nunca se sabe cuándo lo puedes necesitar. Muchos incautos han muerto durante una partida de dados; a veces pienso que pueden resultar incluso más peligrosas que una pelea de borrachos. El pequeño Marco, primorosamente vestido y con el pelo aceitado y bien repeinado, parecía una de esas estatuas infantiles tan apreciadas por los antiguos romanos pudientes, aunque en ese momento era más común encontrar el blanco mármol sirviendo como material para otro tipo de construcciones más prácticas que tallado en forma de mero objeto decorativo.

Poco a poco fueron llegando los distintos invitados al convite, y la casa fue llenándose de murmullos y risas, a la vez que los primeros hachones y luminarias iban dando luz a las distintas estancias. Los mosaicos que adornaban los suelos brillaban al albor de las teas, y los complejos diseños que formaban sus coloridas teselas parecían tomar vida ante nuestros ojos. Asistieron a la velada muchos e importantes potentados de la comarca: productores de vino, de cereal, de lino o de madera. Como oí comentar al propio anfitrión, de entre los invitados tan solo el noble Lusidio había excusado su ausencia, mientras que los demás formaban un distinguido y

animado grupo en el que se encontraban representados los principales sectores de la economía local.

Mientras los sirvientes recorrían la estancia cargados con grandes bandejas repletas de refinados aperitivos, Marco no cesaba de hacerme excitados comentarios a medida que su padre iba recorriendo los corrillos en que departían los comensales, hasta que en uno de ellos, un rico terrateniente de la zona, al que también acompañaba su vástago, apenas un par de años mayor que Marco, presentó a los muchachos, que enseguida hicieron buenas migas, y se marcharon juntos a curiosear entre los manjares que iban acumulándose en las mesas, charlando animadamente. Viendo que mi presencia ya no era necesaria, hice una seña de despedida a Quinto y me perdí por las estancias públicas de la *domus* en busca de mi propia fiesta privada. En compañía de Claudio, algunos de los escoltas de los distinguidos invitados y dos de los guardas de la casa de Cantaber, ocupamos una de las grandes bancadas de la cocina y comenzamos a gastarnos nuestro poco dinero al son que marcaban los dados al golpear con la madera de la mesa. Durante varias horas estuvimos jugando, parando únicamente para mojar nuestros gaznates y para descargar nuestras vejigas, momentos que también aprovechábamos para echar algún que otro vistazo al concurrido y animado *triclinium*.

Sin duda, esa no era mi noche de suerte. El tipo de mi izquierda, por lo que decía originario de *Portus Cale* y de nombre Rufo, ya me había quitado la mayoría del poco dinero que llevaba encima, así que con gran dolor para mi espíritu competitivo tuve que levantarme de la mesa. Decidí salir al patio central de la casa, con la esperanza de que el aire nocturno consiguiera disipar mi mal humor. Cuando llegué allí, las estrellas se encontraban bien altas en el cielo y la noche era calurosa. La festividad del primer día del verano estaba en pleno apogeo, por lo que la escasa brisa traía sonidos tintineantes de músicas lejanas, y un leve aroma a humo se extendía por toda la ciudad, pues la tradición marcaba celebrar el más largo de los días del año prolongando la luz solar con el resplandor de grandes hogueras. En breve las cosechas estarían prontas para recoger.

Paseé la mirada por la cercana muralla. Incluso en una noche como aquella, algunos de los milicianos estarían haciendo su ronda a lo largo de los muros, mientras sus conciudadanos disfrutaban de una noche de fiesta, y en algunos casos de desenfreno. Sin duda, era una mala noche para estar de guardia.

En ese momento reparé en que, inconscientemente, llevaba ya varios minutos con la vista fija en el tramo de muralla que se encontraba sobre la casa, y sin embargo no recordaba haber visto pasar a ninguno de los vigilantes. Dada la situación que ocupaba la *domus* de Cantaber, contigua a la puerta principal de *Conimbriga*, me resultó extraño. Aunque en una noche festiva como aquella los muchachos de la milicia probablemente intentarían pasarlo lo mejor posible, obviar de esa manera sus responsabilidades me parecía imperdonable. Decidí permanecer atento unos minutos más, y en caso de que no apareciera ningún guarda, desplazarme hasta la puerta de la ciudad para asegurarme de que todo se desarrollaba con normalidad.

De repente me pareció oír un ruido seco, como si una de las tejas se hubiera desprendido del techo y hubiera impactado contra el suelo, partiéndose en mil pedazos, pero al mirar a mi alrededor el patio me pareció tranquilo. Tardé unos instantes en recordar que ese no era el único patio de la casa, y que uno de los de menor tamaño se encontraba justo contiguo a la muralla, por lo que decidí acercarme a echar un vistazo. Tengo que dar gracias a mi natural desconfianza, porque antes de continuar mi recorrido pasé por mi habitación a recoger mi espada, que había dejado entre mis pertenencias. Todavía estaba ajustando la vaina en mi cinturón cuando me sobresaltó una repentina algarabía de gritos, carreras apresuradas y estruendosos golpes.

Maldiciendo, desenvainé la espada y corrí de vuelta hacia el patio principal, esperando poder llegar cuanto antes al *triclinium*, donde estarían Quinto y Marco. Por el camino aparecieron mis compañeros de partida, un tanto achispados por el vino con el que habíamos acompañado a nuestro entretenimiento, y la mayoría escasamente armados. Cuando penetramos en el gran peristilo central de la villa, comprobamos alarmados que aquel ya había sido tomado por una multitud de hombres, ligeramente armados, que catalogué

como guerreros expertos por la pose que mantenían. Entraban en tropel desde el pequeño patio contiguo a la muralla, y se dispersaban por las distintas estancias del edificio. Pronto, los gritos de alarma de los habitantes de la casa se sumaron al jaleo de las celebraciones cercanas.

Los asaltantes tardaron solo un instante en darse cuenta de nuestra presencia, y pronto un grupo de ellos, con la cara pintada de negro y blandiendo espadas y puñales, nos hicieron frente, dispuestos a acabar cuanto antes con nuestra decidida pero exigua oposición. Hubiera dado cualquier cosa por llevar mi jubón de cuero en lugar de mi costosa túnica nueva, que se pegaba a mi cuerpo, empapado de un desagradable sudor frío. Decidí blandir a la vez espada y cuchillo para desviar los golpes que comenzaron a llover, y traté de agruparme con mis compañeros, que también se las ingeniaban como podían con las armas que llevaban encima; en un instante, aquello se convirtió en un caos de golpes y cuchilladas. Éramos muchos menos que los atacantes, pero nosotros no éramos el objetivo, por lo que muchos simplemente nos evitaban, sobrepasándonos para perderse por los pasillos de la casa, mientras que algunos de sus compañeros nos entretenían, impidiendo que pudiésemos avanzar. Presa de una amarga desesperación, traté de imponerme a base de fuerza bruta, con la mente fija en reunirme con Quinto y Marco para poder resguardar al pequeño de la caótica escena que nos rodeaba. Tras abrirme un buen hueco a base de hacer oscilar salvajemente la espada frente a mí, afiancé bien las piernas en el suelo para recibir al siguiente oponente, y aunque pude desviar sin problemas el primer golpe que trató de propinarme, pronto me vi obligado a retroceder paso a paso, mientras su ímpetu me empujaba hacia el *impluvium*. El individuo bufaba como un perro rabioso, y me pareció que ponía los ojos en blanco, destacando en su rostro cubierto de negro hollín. No se lucha bien cuando se está más preocupado por la suerte de otros que por la de uno mismo: aunque trataba de concentrarme en las rápidas acometidas que se sucedían sin pausa, no podía apartar de mi mente el temor de llegar hasta el *triclinium* demasiado tarde. Traté de rehacerme, dando otro paso hacia atrás, y a punto estuve de perder pie al tropezar con la base de una de las columnas. En el negro rostro de mi atacante despuntó el color rojo de una sonrisa salvaje, y se dispuso a terminar con mi vida; pero por fin, la suerte que tan

esquiva me había sido en el juego durante la noche, se presentó en mi ayuda para equilibrar la balanza. En uno de sus locos mandobles, además de golpear mi espada, su acero mordió también la columna que se alzaba a mi izquierda, desprendiendo una nube de polvo que lo cegó momentáneamente. Además, el entumecimiento que debió provocar en su brazo el golpe contra el duro pilar de piedra hizo que bajara la guardia. Aproveché el momento para asestarle un fuerte puntapié en la entrepierna, antes de acuchillarlo con la pequeña hoja de mi puñal; no siempre se puede tener el combate perfecto, pero lo importante es poder vivir para encontrarlo.

Me incorporé y atravesé el *impluvium* para acercarme por fin al *triclinium*. A mi alrededor, los atacantes se movían con rapidez, y vi desaparecer a algunos hacia el pequeño patio contiguo a la muralla, cargados con grandes fardos a sus espaldas; me pareció que algunos de ellos se retorcían. El olor a humo era cada vez más intenso, viciando el aire, que parecía arder al penetrar en mis pulmones, por lo que supuse que alguna de las zonas de la casa debía de estar en llamas. Otro de los individuos de cara tiznada me hizo frente cuando quise atravesar la puerta de la estancia. Sin ningún miramiento, lo atacé a la altura de su cadera, y él paró mi golpe de manera que nuestras espadas quedaron trabadas un breve instante, más que suficiente para clavarle mi puñal en el cuello. Me sobresaltó un movimiento a mi lado, pero para mi alivio se trataba de Rufo; entre los dos, pudimos por fin irrumpir en el destrozado *triclinium*, donde lo que hacía solo unas horas había sido una animada fiesta, se había convertido en un trágico caos. Los succulentos manjares aparecían desparramados por los preciosos pavimentos de mosaico, muchos de los caros muebles estaban destrozados, y los cadáveres de los invitados se amontonaban en el suelo, rojo de sangre. Acorralados en una de las esquinas, resistían algunos de los supervivientes de la matanza, protegidos por un grupo de los guardias de Cantaber. Crucé una mirada con Rufo, y atacamos a sus agresores por la espalda, confiando en poder disminuir la presión que ejercían sobre los defensores antes de que repararan en que solo éramos dos y acertaran a dividir su atención entre los guardias y nosotros.

Sin perder el tiempo en tratar de clavar mi espada buscando golpes definitivos, acometí su retaguardia con un tajo salvaje a la altura de la rodilla que provocó cortes en los dos individuos que estaban frente a mí –por lo menos esos no escaparían por su propio pie–, avancé rápidamente y acuchillé en los riñones a otro. Nuestra irrupción fue cuanto menos ruidosa, y cogió por sorpresa a los atacantes, que no esperaban ya a nadie a su espalda. Ante nuestra sorpresa, se decidieron por huir de vuelta hacia el patio central; supongo que pensaron que sus compañeros ya habrían tenido tiempo suficiente para obtener un buen botín, y no deseaban perder más hombres enfrentándose a los defensores que continuaban llegando a la sala. Los perseguimos, y al salir de la estancia pudimos ver que el fuego ya había llegado a iluminar el pasillo del gineceo y amenazaba con extenderse al resto de estancias del edificio. Los atacantes huían por donde habían entrado, por el pequeño patio contiguo a la muralla, y allí me dirigí con Rufo a mi lado y varios de los guardias de Cantaber que aún podían luchar. A nuestro paso, ajenos a la lucha, los esclavos de la casa que mantenían la suficiente sangre fría, dirigidos por los libertos, comenzaban a transportar cubos de agua con los que hacer frente al fuego. En el camino hacia el patio fuimos encontrando más asaltantes, que en su mayoría trataban de evitarnos para alcanzar su objetivo. No todos lo lograron.

Cuando ya podíamos ver la entrada al patio, y a los atacantes ascendiendo hacia la muralla por varias escalas de cuerda, un pequeño grupo nos hizo frente para que sus compañeros tuvieran tiempo de huir. Tan solo eran tres, pero la estrechez de la sala hacía que a duras penas encontráramos espacio para luchar, y tuvimos que ver, impotentes, cómo muchos de ellos lograban subir a la muralla, doblados bajo el peso de los sacos repletos del botín que habían obtenido esa noche. Como me pareciera cuando estaba en el patio principal, vi que uno de los sacos se movía mientras era izado por medio de una cuerda. El bulto tenía el tamaño de un niño, y temiendo que en su interior se encontrara el pequeño Marco, al que no había visto en el *triclinium*, olvidé toda sensatez. Solté mis armas, cogí uno de los bancos de madera de la estancia, y con él firmemente asido, arremetí contra los tres asombrados defensores. El mueble se hizo trizas, pero los cuatro acabamos por los suelos

y mis compañeros aprovecharon el desconcierto para acabar con ellos en el mismo momento en que el último fardo desaparecía tras la muralla. Soltaron la escala y continuaron con su huida hacia la oscuridad de la noche. Salí corriendo hacia la puerta de la casa para tratar de subir a la muralla, y al llegar al gran patio principal en mi desesperada carrera casi arrollo al pequeño Marco. Caí de bruces en el suelo delante del muchacho, que se lanzó hacia mí buscando la protección de mis brazos. Casi llorando de alivio, lo abracé; él también lloraba desconsoladamente, y comencé a acariciar su peinado cabello hasta que reparé en que había sangre entre sus suaves mechones. Asustado, comprobé si estaba herido, hasta que me di cuenta de que la sangre era mía. En mi arrebatado de locura con el banco, la espada de alguno de mis enemigos se había llevado por delante la mitad del dedo meñique de mi mano izquierda, y era yo mismo el que había puesto perdido el trabajado peinado del pequeño. Me quedé mirando un instante mi mano, que ni siquiera me dolía, hasta que Marco empezó a tironear de mi túnica, y le seguí hasta donde descansaba su padre. Al acercarme, vi que Quinto se encontraba tirado en el suelo de la habitación con un puñal clavado en sus entrañas, aunque estaba consciente, y parpadeaba lentamente, tratando de aclarar su vista. Aún pudo esbozar una leve sonrisa cuando vio acercarse a un lloroso Marco hasta él. Me incliné hacia él, secándome el rostro con las mangas de mi antes prístina túnica, y posé una mano sobre su brazo. Por la zona en la que se encontraba, supe que la herida era mortal. El puñal, hincado en su carne, contenía la hemorragia y le proporcionaba unos minutos preciosos para despedirse de su hijo.

Me quedé de pie a su lado, abrumado por una desolada impotencia que amenazaba con derrumbarme. Imaginé al bueno de Quinto tratando de hacer frente a los atacantes junto a los guardias de Cantaber, y me recorrió una hiriente oleada de culpabilidad: deseé no haberle enseñado nunca a asir una espada, pensando que entonces hubiera descartado la posibilidad de participar en la defensa y se hubiera unido al grupo que formaban Cantaber y sus invitados tras la seguridad de los guardias. Cerca de Quinto había algunos cadáveres, tanto de asaltantes como de defensores.

Uno de los guardias con los que había compartido el inicio de la partida de dados que tan lejana me parecía ya se acercó a mi lado y me dijo en voz baja:

–Yo estaba cerca de la sala cuando comenzó todo. Intentaron acercarse al chico, pero su padre luchó como un lobo para defenderlo. Recogió la espada de uno de los primeros caídos, y a todos nos sorprendió su arrojo cuando el resto de los invitados solo pensaban en huir o esconderse. Intenté cubrirlo en lo que pude, pero cuando le alcanzaron la pelea estaba en su apogeo, y cuando reparé en que lo habían herido, apenas pudimos apartarlo para que al menos no recibiera más daño. –Colocó la mano en mi hombro–. Lo siento.

Pensé que, después de todo, no le había enseñado mal, aunque a estas alturas eso no supusiera ningún consuelo.

Yo limpiaba mecánicamente mi espada, con la vista perdida en el suelo, pero me esforcé en alzar la mirada para agradecerle sus palabras. Marco se aferraba al hombro de su padre, lo que debía producirle intensas oleadas de dolor, que se reflejaban en su rostro crispado. Intentando reconstruir la escena en mi mente, supuse que Quinto ya debía de haber caído cuando yo había entrado en la estancia, y que Marco ya estaría en el grupo protegido por los guardias, por lo que la presencia de ambos me pasó desapercibida. Me incliné hacia Quinto, pues me pareció que su mirada, ya algo perdida, trataba de fijarse en mí, y él trató de esbozar una sonrisa que enseguida se tornó en una mueca de dolor. Hablaba trabajosamente, como si le faltara el resuello; sus labios habían perdido color, y sendas gotas de sangre asomaban por sus comisuras.

–Attax, sé que no he sido tu mejor alumno, pero al menos he podido defender a mi niño.

–Puedes estar orgulloso. Me han dicho que peleaste como un bárbaro. – Mis palabras le arrancaron otra media sonrisa, y yo tragué como pude tratando de disipar el doloroso nudo que sentía en la garganta–. Lo siento, Quinto. Siento no haber llegado a tiempo a tu lado.

Quinto trató de realizar un leve encogimiento de hombros, lo que le arrancó otro gemido de dolor, pero se esforzó en volver a hablar.

–Nadie podía prever algo así. –Suspiró, y acarició la cabeza a Marco, que continuaba llorando desconsolado junto a él. Hizo una pausa, tratando de recuperar el aliento y luego continuó hablando rápidamente, como si temiera no tener tiempo suficiente para transmitirnos todo lo que deseaba. Me pidió que renovara mi promesa de permanecer siempre al lado de Marco, al menos hasta que este tuviera edad suficiente para sacar adelante la finca por sí mismo, y yo repetí solemnemente las palabras que ya le dijera años atrás, en el momento de mi manumisión. Luego añadió que, en el caso que la situación empeorara aún más, acudiéramos a *Lucus Augusti*, donde su hermano Cayo, bien posicionado en la región, podría ofrecernos su ayuda para afrontar cualquier problema grave al que nos tuviésemos que enfrentar. Me pidió que le ayudara a quitarse el colgante que llevaba siempre consigo, un pequeño disco de plata bellamente labrado con el sello de la familia, que coloqué en el cuello de Marco, mientras él acompañaba mi gesto con palabras tranquilizadoras.

–Mi hermano posee un colgante igual; si algún día lo necesitas, no tienes más que mostrárselo, Marco, y él será como un padre contigo –le hizo saber al pequeño, cuyos hombros no cesaban de sacudirse entre desesperados sollozos.

Me pidió con un gesto que lo dejara un último momento con su hijo, y yo me levanté para echar un vistazo a la estancia. Milagrosamente, la mayoría de los invitados había sobrevivido, y se arremolinaban con los ojos perdidos en el mismo punto donde había tenido lugar la heroica resistencia. Cantaber ya no se encontraba entre ellos, pero al no haberlo visto entre los cadáveres de la sala, supuse que estaría poniendo en orden la casa. Dirigí mis cansados pasos hacia la puerta; en el patio, la escena iba poco a poco volviendo a la normalidad. Una gran cadena humana formada por el servicio de la casa acometía la tarea de extinguir las llamas, que no se habían propagado más allá del gineceo, y que ya parecían prácticamente sofocadas. Localicé a Claudio entre la muchedumbre y me acerqué a él con un resoplido.

–Amigo, menos mal que te veo de una pieza.

Él levantó su mirada del cubo que acababa de vaciar sobre los rescoldos, y me respondió:

–Lo mismo te digo. No se puede decir lo mismo de otros, por lo que veo por aquí.

–¿Has visto a tu amo? –pregunté.

–Sí, está recorriendo la *domus* para evaluar el alcance de los daños. Creo que ahora mismo estará intentando acceder al gineceo, para comprobar si sus hijas, o su madre, han sufrido algún daño –se persignó, preocupado–. Espero que hayan logrado salir antes del incendio.

Asentí, aunque el recuerdo de los pesados sacos agitándose al izarse al otro lado de la muralla me hizo temer por la suerte de la familia de nuestro anfitrión. Volví a asomarme a la puerta de la sala, donde Marco continuaba abrazado al cuerpo de su padre, que ya no se movía, y en ese momento recordé que al menos a dos de los atacantes los había herido durante la lucha, pero no había llegado a rematarlos. Retrocedí algunos pasos, y espada en mano para evitar cualquier sorpresa, me fui acercando a cada uno los cadáveres de rostros tiznados, comprobando que sus espíritus hubieran abandonado realmente este mundo.

Cuando llegué hasta los cabrones a los que había herido en las piernas, comprobé que el primero de ellos había sido acuchillado más tarde. El segundo estaba tumbado de bruces, pero el leve temblor de sus extremidades me hizo sospechar que su alma aún no había partido a ocupar el lugar en el infierno que le correspondía, por lo que me acerqué lentamente y le di la vuelta de un tirón, apuntando con mi espada a su garganta. Pese a que en un primer momento intentó seguir haciéndose el muerto, pude ver como su hediondo vaho empañaba el bruñido acero de mi espada. Apreté su filo contra su cuello, y un pequeño hilo de sangre empezó a correr hacia su pecho. Tengo que reconocer que el tipo desempeñaba muy bien su papel de muerto, pero yo

no estaba de humor para aplaudir su actuación. Me levanté como si fuera a irme, y cuando ya estaba incorporado giré mi cuerpo, descargando mi espada con fuerza sobre su muñeca izquierda, que cercené con facilidad. El presunto cadáver chilló como si de un cerdo se tratara, y trató de encogerse, llevándose la extremidad amputada al pecho mientras no dejaba de emitir aullidos. Me agaché nuevamente y coloqué mi rodilla sobre su barriga, a la vez que apretaba mi espada contra su cuello.

—Maldito hijo de puta —escupí las palabras a su cara, y sujeté contra el suelo la mano que le quedaba—. ¿Quién ha organizado esto? Si quieres que tu muerte sea rápida respóndeme, o por mis dioses que vas a sufrir —acompañé mis palabras aumentando la presión de mi arma, y él debió leer en mis ojos la locura que se había apoderado de mí, porque su lengua se soltó y enseguida empezó a farfullar atropelladamente en un mal latín. Eran suevos, una banda guerrera capitaneada por no sé qué jefezuelo, e iban en busca de las riquezas de Cantaber y de su familia, por la que esperaban obtener un cuantioso rescate. Juró repetidamente no conocer los planes de sus compañeros tras el asalto, salvo que se dirigirían al norte, y la desesperación en sus ojos me convenció de que decía la verdad, y que nada de utilidad le quedaba ya por revelarme.

Miré a mi alrededor para confirmar que nadie se hubiera percatado de mi conversación con el asaltante, ya que en caso contrario dudo que hubiera podido cumplir mi promesa de infligirle al suevo una muerte rápida. Clavé la mirada en sus ojos desorbitados, y le hice un gesto de asentimiento que fue seguido por la punta de mi espada atravesando su corazón. Recogí mi arma y me dirigí hacia donde se encontraba Marco, sintiéndome de repente muy cansado. Permanecí junto a él un buen rato, hasta que Cantaber regresó a la estancia. El hispano parecía un cadáver errante. Pese a no tener que lamentar heridas de consideración, su semblante pálido reflejaba la inquietud de su alma. Fue recorriendo la estancia, deteniéndose junto a los cadáveres de sus amigos muertos, y cuando reparó en el cuerpo de Quinto vino hacia nosotros y se arrodilló a nuestro lado mientras las lágrimas inundaban sus ojos. Abrazó al muchacho, que a su vez no había soltado a su padre desde que llegara yo a la sala, y le pidió perdón un millar de veces. Juró venganza por su familia y por

su dios, y prometió a Marco que haría lo que estuviese en su mano por compensar su pérdida, si acaso eso fuera posible. Su voz se rompió en un triste sollozo, y se dejó caer al lado del pequeño, diciendo con un hilo de voz:

–También se han llevado a mis hijas, y a mi pobre madre.

Me decidí a abandonar mi discreta posición, para tratar de consolar al hispano, y también para cotejar mis averiguaciones con las informaciones que él hubiera podido recoger.

–Supongo que los suevos se cuidarán de no hacerles daño, tratarán de pedirte un buen rescate por ellas, ilustre Cantaber.

Me miró como si acabara de reparar en mi presencia y explotó en una sarta de insultos, que ni en los peores antros de *Hispalis* había yo escuchado.

–¿Suevos? ¡Malditos bastardos! ¿Querían mi oro? Aquí está mi oro... – Señaló a las paredes de la mansión en un gesto grandilocuente, y luego dejó caer sus brazos, que colgaron sin fuerzas a ambos lados de su cuerpo—. Dios bendito, protégelas de esos bárbaros—. Parecía a punto de derrumbarse. Instintivamente, y pese a que suponía que el protocolo lo reprobaría, pasé mi brazo por sus hombros. Él, pese a su sorpresa inicial, se dejó caer sobre mi hombro, donde lloró amargamente.

La estancia se fue vaciando poco a poco; una vez sofocado el fuego, los siervos comenzaron a retirar los cadáveres. Los de los atacantes fueron amontonados sin ningún miramiento en una carreta, para llevarlos fuera de la muralla, donde arderían en una gran pira. Los cuerpos de los invitados y siervos de la casa se fueron colocando en el patio central para que la familia de cada uno de ellos pudiera reclamarlo y darle una digna sepultura según las creencias de cada cual. El cadáver de Quinto continuó hasta el alba en la gran sala, ya que los esclavos no tuvieron corazón para molestar al pequeño Marco, que yacía acurrucado junto al cuerpo de su padre.

Permanecí cerca de él hasta que amaneció, cuando uno de los físicos que habían acudido a la mansión se ofreció para examinar mi dedo cercenado. Me confirmó que, por suerte, la herida parecía limpia, y el corte había coincidido justo con una de las falanges, por lo que no sería necesario cortar más. Lavó la herida con agua tibia, la cubrió con un unguento de fuerte olor, y me aplicó un grueso vendaje acolchado para proteger la zona. Una vez se hubo marchado decidí despertar a Marco y organizar el triste viaje de regreso a la villa.

Cantaber, una vez superada la crisis de las primeras horas tras del ataque, volvió a ser aquel individuo alrededor del cual giraban todos los demás. Organizó una escolta formada por una decena de guardas de la ciudad, que acompañarían a todos aquellos que vivíamos en los alrededores de *Conimbriga* hasta nuestras respectivas propiedades. Pese a que dijimos al potentado que no era necesario, insistió hasta que todos lo aceptamos. También se organizaron varias patrullas de guardas de la ciudad y voluntarios que se encargarían de reconocer los alrededores con el fin de encontrar cualquier rastro de los asaltantes y sus rehenes.

Pese a que la oscuridad de la noche y la rapidez del suceso hacían difícil estar seguro de nada, y aunque los rostros tiznados de los atacantes no permitían reconocer sus facciones, estábamos de acuerdo en que los atacantes serían alrededor de veinticinco o treinta; once cadáveres habían quedado en la mansión. Cuando los guardas fueron a reconocer la zona de la muralla contigua al pequeño patio por donde suponíamos que habían entrado, encontraron algunas recias escalas de cuerda abandonadas en ella. En el tramo que se extendía sobre la mansión, encontraron los cuerpos de dos de los centinelas con el cuello roto; probablemente murieron sin siquiera enterarse del asalto. Esperaba que las partidas enviadas por Cantaber tuvieran éxito, pero mucho dudaba que en caso de refriega los inexpertos guardas fueran capaces de reducir a los tipos de la noche anterior, sin duda veteranos de muchas escaramuzas.

Por nuestra parte, mediada la mañana partimos con el convoy formado por tres terratenientes, que no habían tenido que lamentar ninguna pérdida, y los guardas. Como nuestra villa era la más cercana nos dirigimos allí en primer

lugar, en un lento y triste trayecto en el que el silencio solo se vio roto por el lento traqueteo de la carreta que llevaba el cadáver de Quinto y los sollozos ahogados del pequeño Marco. Desde el amanecer, nos acompañaba una fina lluvia con la que el cielo parecía tratar de disponer un paisaje adecuado a nuestros tristes pensamientos. A medida que nos acercábamos a la finca, me preparé para afrontar el amargo trago de comunicar al resto de habitantes de nuestro pequeño mundo la muerte de Quinto, al que tantos de nosotros debíamos tanto. Intenté encontrar las palabras adecuadas con las que transmitirles la necesidad de mantener nuestro apoyo a Marco ante los inciertos tiempos que nos aguardaban, y me dispuse a enfrentarme con calma a la difícil situación.

Pero, sin duda, nada podría haberme preparado para lo que nos encontramos al llegar allí.

CAPÍTULO XIV

Ya veíamos la empalizada recortarse a lo lejos cuando me di cuenta de que algo no iba como debería. Agucé la vista, pero a esa distancia lo único que fui capaz de distinguir era que el color de los maderos parecía en algunas zonas más oscuro de lo habitual. Me adelanté al convoy, dejando a Marco al cuidado del conductor del carromato, y espoleé el caballo, que saltó hacia delante con un relincho nervioso, contagiado por mi propia urgencia. Pronto pude ver las tenues volutas de humo que ascendían hacia el cielo desde detrás de la empalizada, y acosado por funestos presagios, azucé al animal con insistencia. Podían ser las hogueras levantadas por los siervos y los esclavos la noche anterior, pero algo en mi interior me decía que aquello no era normal. El camino al girar me mostró que no me había equivocado: una parte de la empalizada había sido pasto de las llamas, y otra sección había sido arrancada, y sus tablonces se presentaban a mis pies como un infausto puente de madera que cruzara el imaginario foso que separaba la seguridad de mi amada villa de la crueldad del mundo exterior. Aún al galope, atravesé las puertas abiertas de par en par, y la escena que se presentó ante mis ojos amenazó con quebrar de golpe el rastro de cordura que quedaba ese día en mí. Aflojé las riendas, y mi caballo se detuvo poco a poco, hasta que se plantó en mitad del desolado patio, negándose a avanzar; tenía los ollares dilatados, y piafaba molesto por el rastro de humo que nos envolvía, agitado por la brisa, y por el metálico olor a sangre que acompañaba cada ráfaga. Desmonté torpemente, sintiendo que las piernas apenas me respondían, y miré a mi alrededor, con los fuertes latidos de mi corazón resonando en mis oídos y el nombre de Aspasia en mi pensamiento, instándome a avanzar hasta adentrarme en aquel caos sangriento y ennegrecido que hasta el día anterior llamaba hogar.

Los atacantes debían de haber prendido fuego al almacén, y desde allí el incendio se había propagado hacia el establo, que había ardido ferozmente, aunque la llovizna pertinaz había comenzado ya a enfriar los rescoldos. Por

doquier se adivinaban los cuerpos sin vida de los habitantes de la finca, muchos de ellos en posturas imposibles, a modo de muñecos desmadejados que algún niño malcriado hubiese arrojado al suelo durante una rabieta. Casi en la misma puerta, reconocí abatido a Ambrosio; tres largas lanzas se encontraban todavía aprisionadas en su carne. Cerca de él, habían quedado abandonados algunos cadáveres de los atacantes, que habían pagado con su vida el asalto. Apenas me hizo falta echarles un vistazo: más suevos, no sabía si del mismo grupo que había atacado la casa de Cantaber, o de otro similar en busca de un botín fácil que saquear, y algunas mujeres con las que divertirse. Sentí aquel macabro pensamiento atravesar mi corazón como una daga. Tenía que encontrar a Aspasia, mi pequeña y dulce Aspasia.

Levanté la vista hacia nuestra cabaña, y vi que se había desmoronado al tumbar los atacantes la sección de la empalizada a la que se hallaba adosada. Debían de haberlo conseguido mediante el uso de cuerdas y garfios, tirando entre varios hombres o tal vez animales, mientras otros tantos mantenían ocupados a los escasos defensores en la entrada principal. Me acerqué al montón de escombros en que se había convertido la cabaña, y comencé a retirar algunas de las tablas, bajo las cuales comenzaron a aparecer, hechos trizas, algunos de los objetos que habían representado todas mis pertenencias. Los aplastados fragmentos me hicieron ser consciente de que mi vida estaba en ese entonces tan rota como ellos, y que el destino me arrebatava de nuevo la paz que tantos años me había costado conseguir.

Mientras me esforzaba, abatido, en mover una de las grandes vigas, reparé en que lo más probable era que Aspasia, al disponerme yo a pasar la noche fuera, hubiera decidido dormir junto con sus compañeras en el edificio principal, y me asaltó un atisbo de loca esperanza de que hubiera logrado encontrar algún escondrijo en el edificio que hubiese podido pasar desapercibido a los asaltantes, que me hizo soltar bruscamente la madera que sostenía y correr hacia la *domus*. La puerta se encontraba abierta de par en par, y se veían grandes manchones negros en las paredes, señal de que el fuego había penetrado desde el almacén. Atravesé el primer pasillo; en la entrada del patio encontré el cuerpo sin vida de Tito, y unos metros por detrás localicé

al avaro pero entrañable Jantipo. El cadáver del griego tenía a su lado su arco de caza, y vi algunas de sus flechas emplumadas esparcidas aquí y allá, aunque ninguna de ellas clavada en los cuerpos de los escasos enemigos que habían caído en el patio. Mi garganta ardía. Con los ojos anegados en lágrimas de amarga impotencia, y temiendo a cada paso los nuevos horrores que pudiera desvelarme la siguiente estancia, llegué a la puerta de la cocina, donde el intenso olor a sangre estuvo a punto de hacerme vomitar. En medio de aquella pesadilla pude reconocer a Julia y a Rufia, pero no encontré rastro alguno de Aspasia. Salí del edificio, andando como un autómatas, y me dirigí de nuevo hacia los restos de nuestra cabaña, donde más por desesperación que por esperanza comencé de nuevo a retirar maquinalmente los troncos y las tablas de la derruida techumbre. Cuando ya había logrado retirar buena parte de los escombros, me pareció notar el tacto de una tela. Me enjuagué las lágrimas en mi túnica para ver mejor, me concentré en aquella zona, y poco a poco fue surgiendo lo que pude reconocer como una pierna. Redoblé mis esfuerzos, y cuando ya había logrado liberar ambas piernas casi totalmente, me pareció que una de ellas se agitaba levemente. Totalmente fuera de mí, sin importarme el dolor que me causaba el muñón que tenía en la mano izquierda en lugar del meñique al rozar con los afilados maderos, aceleré el proceso hasta liberar totalmente el cuerpo. Le di la vuelta rápidamente y el rostro magullado de Galieno surgió ante mí. Cuando la brisa fresca, perlada de pequeñas gotas de lluvia, alcanzó su cara, abrió los ojos. Al reconocermelo, miró con urgencia de nuevo hacia los maderos, e intentó decirme algo, pero se ahogó entre fuertes toses. Seguí el gesto de su mano, y volví a mi tarea, sin atreverme a soñar siquiera la posibilidad de encontrar con vida también a Aspasia. Pronto me topé con el recio tablón que había formado parte de nuestra mesa, que se apoyaba, inclinado, sobre el suelo, pero ni aún usando todas mis fuerzas fui capaz de desplazarlo más de unas pocas pulgadas. En ese instante, entraron en la villa dos de los guardas de la ciudad, que se habían adelantado al galope en cuanto el carro se había acercado ya lo suficiente para que el estado de la villa se hiciera visible para todos. Los llamé a gritos, y dejando a un lado sus cabalgaduras, me ayudaron a sacar al chico de allí. Cuando valorábamos cómo asir el pesado tablón para apartarlo y poder continuar retirando cascotes, me pareció oír un leve gemido que surgía de debajo del mismo, por lo que

continuamos nuestra tarea con renovadas fuerzas. Cuando por fin logramos hacerlo caer hacia el lado que ya habíamos despejado, pude ver por fin a mi pequeña hispana, hecha un ovillo. El tablón había protegido su cuerpo, amortiguando el golpe de la viga que recorría tanto nuestra estancia como la pequeña armería. Aunque molida por los golpes, la joven recuperó la consciencia rápidamente, y en cuanto me vio rompió a llorar. La abracé con fuerza, y cubrí de besos sus mejillas y sus labios. En aquel día de oscuridad, el sol me ofrecía un leve destello de luz.

Todavía abrazado a ella, vi que el resto de los guardas atravesaban lentamente, horrorizados por la escena que se desplegaba ante sus ojos, la fantasmal puerta, seguidos de cerca por la traqueteante carreta. Ironías de la vida: el cadáver de Quinto acabada de entrar en el cadáver de su villa.

Aspasia se liberó suavemente de mis brazos, y se acercó, con pasos aún algo inseguros, hacia donde uno de los hombres de Cantaber ayudaba al pequeño Marco a descender del pescante. El niño, conmocionado por lo sucedido la noche anterior, apenas parecía capaz de centrar su atención en lo que pasaba a su alrededor. Recorrió su antiguo hogar con su mirada, y se derrumbó en los brazos de Aspasia. Ella lo acunó suavemente, y acarició su cabello enredado, sorprendida por los chorretones de sangre seca que aún lo manchaban. Sus ojos inquietos recorrieron la escena: vi que reparaba en la vacía montura de Quinto, y en la figura amortajada que ocupaba la carreta. Cuando se volvió hacia mí, interrogándome con la mirada, sus ojos muy abiertos en un rictus de incrédula consternación, asentí tristemente y me acerqué para rodear con mis brazos a ambos, sin fuerzas para decir nada.

Los terratenientes que nos habían acompañado, vista la situación, urgieron a la escolta a llevarlos cuanto antes hasta sus propias villas, asustados por lo que hubiera podido suceder en ellas. No podía reprochárselos, yo habría actuado de la misma forma. Finalmente, tras discutir un rato entre ellos, decidieron que siete de ellos continuarían el camino, y otros tres se quedarían con nosotros para ayudarnos a cavar tumbas para todos los caídos de la villa.

Con Aspasia casi recuperada y Marco en buenas manos, decidí registrar el resto de estancias que quedaban en pie, ya sin ningún tipo de esperanza. Ni los perros de la casa habían sido respetados: los pobres canes habían muerto, la mayoría chamuscados, aunque algunos incluso tenían flechas clavadas en sus lomos. Recorrí el incendiado almacén, donde apenas quedaba una de las paredes en pie: todo lo almacenado había sido saqueado, o se había consumido durante el incendio. Lo mismo ocurría en el establo, donde toda la manada había sido robada. Pensé, estúpidamente, que por lo menos teníamos los tres ejemplares que lleváramos en su momento a *Conimbriga*, por lo que podría haber sido peor. Cuando me disponía a volver hacia el patio, vi acercarse a Galieno. Sus ojos, siempre risueños, reflejaban una tristeza tan honda que me impresionó. Sin decir palabra, se volvió, y arrastrando los pies, dirigió sus pasos hacia el edificio principal. Me apresuré a alcanzarlo, pasé mi brazo por su hombro, y lo detuve antes de que llegara a entrar. Lo miré a los ojos, y relaté suavemente.

–Tito y Jantipo cayeron en el patio, luchando con valor. Vi a tus padres; no sufrieron, Galieno. Te lo prometo. –Había visto sus cuerpos, junto con los de la mayoría de esclavos y sirvientes mayores, amontonados en una de las estancias. Los habían pasado a cuchillo, sin mayor ensañamiento, por lo que mis palabras se ajustaban a la verdad. Pero me pareció que no era necesario que el muchacho se enfrentara a la cruel escena.

–Attax, Dios nos salvó, a Aspasia y a mí... cuando empezó todo, y luego cuando el cobertizo se derrumbó encima de nosotros, recé con todas mis fuerzas para que no nos encontraran, y ellos pasaron de largo. Dios nos salvó.

Su tono urgente me hizo ver que necesitaba creer en ello, así que asentí, aunque sin lograr imprimir a mi gesto demasiada convicción, y no dije nada. No pude evitar preguntarme si acaso las chicas de la cocina no habrían rezado lo suficientemente alto. O quizás el dios de los cristianos despreciaba a las mujeres, como parecían hacer la mayoría de sus curas. Pero bueno, fuera como fuera mi Aspasia estaba viva, y me sentía bien dispuesto a dedicarle alguna ofrenda en agradecimiento. Nunca está mal tener de tu parte al máximo número de dioses posible.

Regresamos hacia donde se encontraba el resto del grupo, y nos dispusimos a ponernos manos a la obra: no deseábamos pasar toda la noche en aquel cementerio lleno de recuerdos. Terminamos de despejar el suelo donde había estado mi cubículo, agradeciendo que los asaltantes hubiesen desechado que en aquella cabaña pegada a la empalizada pudiera haber nada que mereciera el esfuerzo de remover entre los escombros, teniendo a su merced el edificio principal y las riquezas del señor. En la antigua armería encontramos palas con las que cavar las tumbas de nuestros muertos, y tres buenas espadas, que subí a la carreta.

Pasamos largo tiempo cavando, sin apenas cruzar palabra, en la explanada donde los muchachos de la villa y yo solíamos hacer la instrucción, y que se convertiría a partir de entonces en el lugar de descanso para ellos. Tras hablar con Galieno, el chico me aseguró que todos eran cristianos, por lo que esa era su manera de llegar al otro mundo. Hubiera sido más rápido incinerar los cuerpos, pero aunque costoso y lento, una sepultura digna era lo mínimo que merecía su memoria. Galieno, en cuanto se encontró mejor, nos fue relevando para agilizar el trabajo y por fin, tras varias horas de duro esfuerzo, terminamos de cavar las tumbas, con las espaldas doloridas y las manos despellejadas. Depositamos los cadáveres en ellas, envueltos en las telas que pudimos encontrar.

Pese a la mirada de desaprobación de Aspasia, que creía que en semejantes circunstancias el muchacho no sería capaz de atender a ningún tipo de razonamiento, me llevé a Marco fuera de la villa, para hablar con él por primera vez de hombre a hombre. Caminamos lentamente, de espaldas a la luctuosa escena, hasta que reuní fuerzas para comenzar la conversación con el muchacho.

—Marco, sabes que yo me debo tanto a ti como a tu padre. ¿Recuerdas lo que dijo de tu tío, allá en *Lucus*? —El pequeño me miró fijamente, sin pronunciar palabra. Suspiré y continué con mi difícil tarea—. Creo que sería una buena idea tratar de reunirnos con él. ¿Confías en mí, Marco? —él asintió lentamente, con sus ojos clavados intensamente en los míos—. Bien. Puedes confiar en mí, Marco, porque yo no te fallaré. El camino será difícil, pero

pienso que allí podrías empezar una nueva vida, con tu familia, y yo estaré a tu lado mientras sea necesario. ¿Estás preparado para partir hacia el norte, Marco?

Dudé si el pequeño sería capaz de hablar, tras las intensas y dolorosas emociones que había tenido que afrontar en tan poco tiempo. Pero para mi sorpresa se frotó los ojos, como tratando de eliminar las huellas de las muchas lágrimas que había derramado, y su voz sonó firme al asentir.

–Cuento contigo, Attax. Llévanos al norte.

Aliviado porque el chico hubiera sido capaz de encontrar en su interior la fuerza de ese genio indómito que más tarde tan bien llegaría a conocer, supe que con el tiempo su corazón sanaría. Lo abracé, y di media vuelta para regresar a la empalizada con el pequeño aún colgado de mi cintura. Cuando llegamos, Galieno y los guardas habían continuado con el trabajo en las fosas, y ya estaban terminando de cubrirlas con la tierra que habíamos amontonado. Utilizando algunos de los maderos rotos construyeron unas rudimentarias cruces, que fueron colocando en cada tumba. Aspasia las fue adornando con flores frescas que había recogido en los alrededores y por último, un inspirado Galieno se puso al frente y recitó unas bonitas palabras, que suponía provendrían del libro sagrado de los cristianos. Yo asistí a la sencilla ceremonia en un respetuoso silencio y reservé mis oraciones para más adelante.

Recogimos lo poco que podía sernos de utilidad, lo metimos en el carromato, y con Galieno como conductor, Marco y Aspasia subidos en él con nuestras pocas pertenencias, y los guardas de escolta, abandonamos los restos calcinados de nuestra antigua vida. Cuando apenas habíamos avanzado unos pasos me disculpé, argumentando que quería echar un último vistazo. Insistí en que el carro debía partir ya para llegar a *Conimbriga* antes del anochecer, y prometí que los alcanzaría en pocos minutos. Cuando se fueron, volví a rezar a mi dios con mi espada clavada firmemente frente a las tumbas de nuestros compañeros, y prometí a la memoria de Quinto que mientras Marco quisiera, yo cuidaría de él como si se tratase de mi propio hijo. Una vez terminé mis

plegarias, llevado por un extraño impulso, me fui acercando a cada uno de los cadáveres de los asaltantes, que habíamos dejado a la merced de los animales carroñeros, y fui cortando cabeza por cabeza. Las fui amontonando en la entrada de la villa, y cuando ya las tenía todas, las empalé una a una en las estacas que en su momento habíamos dispuesto alrededor de la empalizada. No solo representarían una explícita advertencia para cualquiera que se acercara con intención de profanar las tumbas, sino que esperaba que también sirvieran para ahuyentar a los malos espíritus, tal y como afirmaban los antiguos chamanes en generaciones pasadas.

Dejando atrás la macabra escena, partí veloz sobre mi asturcón para incorporarme al pequeño convoy. Cuando llegué nadie me preguntó qué había hecho, y yo tampoco di explicaciones. El resto del viaje permanecí silencioso, atento al camino y a lo que en este nos pudiéramos encontrar.

Cruces, flores y cabezas cercenadas. Extraña mezcla de ornamentos para una tumba, pero adecuada para los tiempos en los que nos ha tocado vivir.

CAPÍTULO XV

Entramos a la ciudad al anochecer, agotados, sucios y abatidos. Cuando traspasamos las puertas encontramos a Cantaber, vigilante, sobre la muralla, esperando noticias. El hispano se acercó, sorprendido al vernos de regreso tan pronto, y alarmado por la triste estampa que ofrecíamos.

Mientras varios guardas nos ayudaron a desmontar y a bajar nuestras escasas pertenencias del carromato, comenzó a hacer preguntas.

–Joven Marco, ¿qué ha pasado? ¿Qué hacéis tan pronto de vuelta?

El pequeño, haciendo un gran esfuerzo por no derrumbarse, respondió, con la barbilla alta, y tratando de imprimir algo de firmeza a su voz.

–Señor, la villa de mi familia ha sido arrasada. –Comprendí que, incluso en tan difíciles circunstancias, Marco se esforzaba en ocupar con dignidad el lugar de su padre. Como buen descendiente de romanos, ahora él era el *paterfamilias*, pese a que no hubiera familia a la que proteger.

El rostro de Cantaber denotaba horror e incredulidad. Sin duda sus guardas aún no habían regresado. Me acerqué y tomé la palabra.

–También fueron suevos, señor. Atacaron la villa durante la noche y la saquearon. Tan solo ellos –señalé a Aspasia y Galieno– sobrevivieron al ataque.

–¡Oh, Dios mío, en qué te hemos ofendido para que nos hagas convivir con estas alimañas! –exclamó Cantaber, alzando sus ojos al cielo. Tras unos segundos de pausa se recompuso, y volvió a meterse en su papel de anfitrión–. Veo que estáis heridos. Pasad a mi casa, por favor; enviaré a Narciso, el físico, a que os cure antes de continuar hablando.

Lo acompañamos a la mansión, donde sus atareados siervos continuaban con las labores para adecentar el edificio, y una vez dentro nos ofrecieron algo de comer y beber, que agradecemos sobremanera, ya que no habíamos probado bocado desde la noche anterior. Cantaber se excusó unos instantes para retornar a su puesto de vigilancia y nos dejó comiendo en silencio. Apenas hubimos terminado se personó el físico del hispano, al que ya había conocido la noche anterior. Con mirada experta, y ayudado por una de las siervas de la casa, procedió a examinarnos a todos, y luego a cubrirnos de vendajes: una costilla rota para Aspasia, un tobillo lastimado y un aparatoso golpe en la cabeza para Galieno, que fue el causante de que el chico quedara inconsciente en la cabaña, y como no mi herida del dedo, que continuaba sangrando profusamente. Cuando se dispuso a sustituir el sucio y deshilachado amasijo en que se había convertido el pulcro vendaje que me había practicado la noche anterior, meneó firmemente la cabeza y agitó su dedo amenazador frente a mi nariz.

—No, no, no, señor; debéis cuidar de vuestra herida, o podría infectarse, y entonces la podredumbre se extenderá por vuestro brazo, y recordaréis con dolor mis palabras cuando cualquier matasanos saque un hacha y os corte el brazo a la altura del hombro. —Yo, alarmado, asentí mansamente y me cuidé de permanecer bien quieto mientras volvía a curarme.

Narciso acababa de terminar el nuevo vendaje de mi mano cuando entró de nuevo Cantaber, con el ceño fruncido y el rostro surcado por arrugas de preocupación. Acercó uno de los taburetes de la estancia y se sentó a nuestro lado.

—Joven Marco, ¿que harás ahora?

—Cumpliré la última voluntad de mi padre, señor, y partiré hacia el norte en busca de su hermano.

—Pero pequeño... el norte no es un lugar seguro. —Se rascó la cabeza un instante y continuó—. Aunque, qué voy a decirte a ti, si este tampoco es ya un lugar seguro para nosotros —sonrió amargamente—. Si lo quisieras, Marco, yo

podría ejercer de tutor para ti hasta que fueras mayor y pudieras hacerte cargo de los negocios y propiedades de tu padre.

–Muchas gracias, noble Cantaber –respondió el muchacho, abrumado–. Pero mi decisión es firme. Partiremos con las primeras luces. –Me miró, buscando mi aprobación, y yo asentí suavemente.

–Muchacho, puedes pedirme lo que quieras. Tu padre ha muerto por mi culpa, y no puedo quitármelo de la cabeza. Además, tu finca ha sido arrasada en vuestra ausencia. Aunque sé que no es posible compensar tanta desgracia, me gustaría convertirme en tu padre adoptivo. Si lo prefieres, podrías conservar el nombre de tu familia.

–Os lo agradezco profundamente, y sé que mi padre, allá en el cielo, también os estará infinitamente reconocido por tan generosa oferta. Pero tengo el convencimiento de que él esperaría de mí que me guíe por sus últimos deseos.

–No insisto más, muchacho, comprendo tus motivaciones y las apruebo. Pero deja que haga por lo menos algo por ti. En unos días, iré al consejo de la ciudad y rescataré los documentos de propiedad de la finca de tu padre que se encuentran depositados allí. Los guardaré como un bien preciado, y si algún día decides volver, sabes que los tendrás aquí esperándote. Te juro, Marco, que esa propiedad seguirá siendo de tu familia mientras yo viva.

–Os quedo profundamente agradecido.

Acudí al rescate del muchacho, que daba muestras ostensibles de un profundo cansancio. Además, mi posición me permitía preocuparme no solo de la cortesía, sino también hablar con un cierto sentido práctico.

–Noble Cantaber, disculpad mi intervención, pero creo que sí podéis hacer algo por el muchacho.

Se volvió hacia mí y respondió:

–Estaré encantado de poder seros de ayuda. ¿Qué necesitáis?

–Marco y su tío nunca se han visto en persona, y pese a que Quinto le dio un objeto que sin duda su hermano reconocerá, quizás no estaría de más acompañarlo con algún documento que corrobore su identidad, para evitar cualquier duda que pudiera surgir.

–Bien pensado. Sin duda, quedas en buenas manos, Marco. A primera hora del día tendréis un documento con mi firma y mi sello personal, acreditando la identidad de Marco y sus circunstancias. Si lo deseáis, podría hacer referencia a vosotros también. – Dudó un instante antes de preguntar y dirigirse a nuestros dos acompañantes–: ¿Sois propiedad de la familia?

Antes de que pudiera responder, Marco se me adelantó.

–No, son únicamente mis amigos. La familia Celer ya no tiene esclavos. – Todos lo miramos con sorpresa, y vi que Galieno le sonreía, agradecido, y que Aspasia le dedicaba un gesto cariñoso, posando un instante su diestra sobre su corazón.

–Pues no se hable más: mañana tendréis el documento de mi puño y letra. Mientras lo presentéis a algún potentado de *Gallaecia* o *Lusitania* sé que tendrá el valor adecuado, aunque no puedo responder por lo que suceda en otra provincia.

–Estimado Cantaber, no podría estar más agradecido. Gracias a Dios, en estos momentos puedo contar con vuestro apoyo.

El hispano se acercó al joven y lo besó en la cabeza. Además de sentirse obligado con el muchacho, me pareció que le profesaba un cariño sincero. Recordé a sus hijas, y quise preguntarle por su propia tragedia.

–Señor, ¿han vuelto ya las partidas de reconocimiento? ¿Tenéis alguna noticia de vuestra familia?

El hispano suspiró y volvió a sentarse en el taburete. Enterró su rostro entre sus manos y nos relató las últimas noticias que había recibido. Hacía apenas unas horas que habían regresado los primeros jinetes, para comunicar que por fin habían encontrado el rastro de los atacantes. Estos habían ascendido velozmente hacia *Braccara*, a caballo y sin apenas detenerse, eligiendo los caminos cercanos a la costa. Se habían encontrado con no pocas dificultades para obtener la información, pues en pocas poblaciones de la zona se atrevían a hablar abiertamente en contra de los suevos, ya que, no en vano, eran sus propios vecinos. Si hubieran tomado el camino del sur, quizás habría algunas esperanzas de obtener la colaboración de las autoridades locales de las ciudades de la región, pero hacia el norte era imposible. Tan solo quedaba la remota posibilidad de que sus hombres fueran capaces de alcanzar a los suevos antes de que estos llegaran a la seguridad de su hogar. Al día siguiente, un grupo de treinta hombres fuertemente armados partiría en los más veloces caballos, en un último intento por interceptar a los enemigos y recuperar su preciado botín.

Cantaber se despidió, repartió algunas indicaciones a sus sirvientes para que prepararan un lugar adecuado para nuestro descanso, y abandonó la estancia, dejándonos sumidos en nuestros propios recuerdos. Me puse en pie y me dirigí a mis compañeros.

—Como ha dicho Marco, mañana partiremos hacia el norte. El viaje será duro, así que deberíamos aprovechar esta noche para descansar, pues a partir de mañana dudo que podamos optar a un lecho digno de ese nombre.

Nos tumbamos en los confortables jergones, y en un momento nos hicimos un ovillo en el que ahogar toda la desesperación del día. Apenas pude dormir, agitado por sueños violentos, y creo que la pobre Aspasia tampoco pudo, porque estando a su lado notaba como de tanto en tanto sollozaba suavemente. Me levanté antes del alba, salí un momento al patio para espabilarme con agua fresca, y volví arrastrando los pies hacia donde mis compañeros permanecían adormilados. Antes de despertarlos, los observé en silencio durante un largo rato. El joven Marco, cuya única esperanza hasta llegar a *Lucus* era yo mismo; Aspasia, mi amante, mi pequeña hispana que nunca había conocido a su

familia y que solo me tenía a mí; y el joven Galieno, cuyos progenitores y amigos habían perdido la vida en la villa. Yo era para ellos su única familia, así como lo eran ellos para mí. No nos unían los lazos de la sangre, pero sí los forjados por el destino.

Tras desayunar copiosamente llegó la hora de la partida. Nuestro anfitrión acudió a despedirnos, e insistió en entregarnos algunos presentes para el difícil viaje que estábamos a punto de comenzar. A mí me regaló una cota de malla sencilla pero de buena calidad, a Aspasia una bella y confortable túnica y una abrigada capa con la que hacer frente al frío y la lluvia que con toda seguridad encontraríamos; para Galieno trajo también una gruesa capa, pero tras percatarse de que el joven portaba una de las espadas que habíamos rescatado de la villa al cinto, le obsequió además con un coselete de cuero con el que protegerse de las cuchilladas de sus enemigos. Para el final quedó Marco. Al muchacho le entregó, aparte del documento acordado, un soberbio puñal largo –en manos del muchacho parecía más bien una espada–, y como tan solo disponíamos como monturas de los tres buenos asturcones que nos habían acompañado esos días, le hizo entrega además de uno de los potros que poseía, no de esa misma raza, sino procedente de más allá del mar, un caballo nómada, que le haría al joven un gran servicio en los años venideros. Además, también se ocupó de proporcionarnos abundantes provisiones para las primeras jornadas de dura marcha: pellejos de agua, tiras de carne en salazón, queso, embutidos de la casa y unas generosas raciones de cereales ya molidos. Le dimos las gracias encarecidamente, le deseamos suerte en su búsqueda, y declinamos educadamente su ofrecimiento de partir en compañía de la partida de rastreadores que se preparaba para marchar en esos momentos.

Nosotros emprenderíamos la marcha fuera de las rutas principales: llegaríamos hasta *Lucus* evitando tanto las ciudades como las grandes villas rurales, para lo que atravesaríamos la *Lusitania* hasta ingresar en el antiguo *Conventus Braccarense* por los bosques de la región, ascendiendo sin parar, y una vez ya en la propia *Gallaecia*, continuaríamos por los montes hasta desembocar en las cercanías de *Lucus Augusti*, el hogar del tío de Marco.

Confieso que no las tenía todas conmigo, porque tan al norte daba por segura la presencia de tropas suevas, y me preocupaba el peligro que eso pudiera representar si el pequeño Marco no atendía a razones. Confiaba en que el hermano de Quinto, Cayo, como así se llamaba, fuera lo suficientemente importante –o lo suficientemente insignificante– como para evitarnos futuros problemas.

Con esos lúgubres pensamientos rondando en mi cabeza, comenzamos nuestro largo camino con el corazón encogido, pero con la esperanza de estar haciendo lo correcto.

Avanzamos en silencio y paramos en pocas ocasiones, para que tanto Marco como Aspasia –sobre todo esta última, que nunca había montado a caballo salvo para dar algún breve y tranquilo paseo– pudieran descansar del continuo bamboleo al que les sometían sus monturas. Antes de caer la noche, nos alejamos de la calzada principal y buscamos un claro en el bosque donde prepararnos a pasar la noche. Para nuestra sorpresa, en las alforjas del caballo que había regalado a Marco, Cantaber había guardado cuatro gruesas mantas que nos prestaron un gran servicio a lo largo de todo el trayecto, ya que su suave y cálido tacto resultaba mucho más reconfortante que el de los recios capotes, además de una bolsa provista de monedas y un arco de caza acompañado de una aljaba repleta de flechas. Esa noche antes de dormir, y después de haber mantenido en silencio nuestros sentimientos durante los días anteriores, nos sentimos preparados para hablar de los terribles acontecimientos que habíamos vivido.

Un cabizbajo y pensativo Galieno rompió el silencio, mientras masticaba con desgana una de las tiras de carne –en mi opinión, habría sido necesario un buen trago de vino para poder digerirla–, hablando con voz queda, como si las palabras le supieran amargas al ser pronunciadas.

–Lo siento Attax. No pude hacer nada.

Lo miré sorprendido y le golpeé el hombro amistosamente.

–Si empezamos así, soy yo el primero que ha de pedir perdón, pues no estaba allí para ayudaros, y tampoco pude proteger a Quinto. –Pensé en la tarea imposible que un puñado de muchachos habían afrontado con valor ante decenas de guerreros curtidos. Incluso si yo hubiera estado en la finca, no habría supuesto una gran diferencia. Probablemente, habría muerto junto a ellos. Me esforcé en tragarme mi propia amargura y transmitirle la paz que necesitaba–. Solo somos hombres, y hay veces que no está en nuestra mano cambiar lo que el destino ha escrito. Pero todo eso forma parte del pasado, y ya no importa. Lo importante es que los cuatro estamos aquí.

El muchacho asintió, y con voz al principio vacilante y luego cada vez más firme, fue relatando sus vagos recuerdos de lo sucedido, como si buscar las palabras con que hilar la historia le ayudara a mitigar la pena que lo atenazaba. El ataque comenzó cuando era noche cerrada y los habitantes de la villa dormían. De repente, el silencio se rompió apenas con unos tenues zumbidos, cuando decenas de flechas envueltas en llamas comenzaron a cruzar la oscura noche para ir a clavarse en los edificios y en el suelo. Ambrosio y Sinforio, que estaban de guardia, dieron la voz de alarma, y pronto el resto de los muchachos estuvieron en pie, dispuestos a hacer frente a la amenaza. Los suevos concentraron su ataque sobre la puerta de la villa, que fue defendida por los jóvenes con arrojo. Galieno, vista la situación y recordando mis órdenes durante el anterior ataque, partió velozmente a mi cabaña, donde ya Aspasia se encontraba abriendo la armería para hacer acopio de cualquier arma que pudiera servir a los esclavos para defenderse, y muchos de ellos corrieron a tomar su puesto en la empalizada, mientras las mujeres y los más ancianos se refugiaban en el edificio principal. No habían terminado aún su tarea cuando sintieron que el techo se movía y el polvo caía sobre sus cabezas. Tan solo tuvieron tiempo para mirarse sorprendidos e intentar correr hacia la puerta, con las armas en sus manos. Lograron salir de la armería, pero cuando se encontraban todavía en la cabaña, la estructura se desplomó sobre ellos. Galieno pudo empujar a Aspasia bajo la mesa, y él mismo tuvo la fortuna de que la viga principal no le alcanzara de lleno.

Yo animaba al muchacho a hablar, intercalando algunos comentarios sobre mis impresiones al llegar, evitando describir las escenas más duras. Hablamos de Ambrosio, de Tito, hasta de Jantipo, de su valiente defensa y de los enemigos que cayeron a sus pies. Le agradecí que acudiera a la armería junto a Aspasia, y ella asintió y lo abrazó largamente. Destaqué la enorme fortuna de que el derrumbe del cobertizo hubiera evitado que ellos murieran junto con los demás. De repente me pareció que Aspasia estaba muy callada, y cuando hice una pausa alzó su mirada hacia mí y me hizo la pregunta que tanto había temido.

–Julia y Rufia... ¿Cómo murieron?

La atraje hacia mi pecho para reconfortarla, y también para no tener que enfrentarme a sus ojos.

–Fue todo muy rápido, apenas tendrían tiempo de pasar miedo –mentí–. Eran chicas valientes.

Ella se revolvió en mis brazos para buscar mi mirada, perdida en el horizonte. Al no encontrarla, supongo que prefirió creerme, pues no volvimos a hablar de ello.

Luego llegó mi turno para relatar lo sucedido en casa de Cantaber, y para mi sorpresa, Marco se unió a la conversación. Así, durante un buen rato, liberamos parte de la angustia que cada uno tenía dentro, y descansamos mucho mejor que en la noche anterior.

Yo hice el primer turno de guardia, y dejé descansar a Galieno hasta que quedaban menos de tres horas para que nos pusiéramos en pie. Me acurruqué al lado de Aspasia, y en la misma postura en la que me dejé dormir me encontraron los primeros rayos del sol.

Poco después del amanecer, tras un sencillo desayuno, recogimos el improvisado campamento y nos dispusimos a retomar nuestro camino, listos para afrontarlo con mejor humor que en los días anteriores. Durante días

bordeamos la misma calzada por la que había discurrido la carreta que me había traído prisionero a *Conimbriga*, sin dejarnos ver por los transeúntes. Aunque solo conocía una parte del camino –y no lo había recorrido en las mejores circunstancias, precisamente– recordaba haber oído hablar del resto del trayecto a alguno de mis mayores, en la época en la que conviví con los vándalos. Se trataba de una zona de montaña, surcada por caminos pedregosos, y en algunos casos por simples veredas, que quedaban cubiertos por la nieve durante los meses de invierno, volviéndose casi impracticables. Por fortuna, nos encontrábamos al inicio del verano, la época más propicia para seguir esta ruta, y esperábamos contar con tiempo suficiente para completarla antes de que el frío comenzara a reinar.

Continuamos hasta llegar a los alrededores de *Egitania*, donde dirigimos nuestros pasos hacia el norte. A partir de ese momento, nos internamos en una de las zonas de *Hispania* más aisladas y remotas. Rodeados de enormes robles y retorcidos matorrales, pisando sobre una alfombra espesa de hierbas multicolores que Aspasia estudiaba con curiosidad, arrancando hojas, flores y raíces que iba guardando entre sus cosas como si se tratara de pequeños tesoros, fuimos estableciendo nuestra rutina. Nos poníamos en marcha con las primeras luces, y avanzábamos, bien a lomos de nuestros caballos, bien por nuestro propio pie, hasta que el sol alcanzaba el cenit de su recorrido, momento en el que nos deteníamos brevemente para compartir algo de comer. Tras caminar de nuevo toda la tarde, cuando se acercaba el anochecer y las sombras se alargaban hasta desdibujarse, escogíamos un lugar en el que pasar la noche, y arrebujados en nuestras mantas, compartíamos lumbre, comida y alguna que otra historia rescatada de aquel pasado común que cada vez nos iba doliendo menos recordar.

Cuando encontrábamos alguna granja aislada, o una pequeña aldea, solía adelantarse Galieno, cuya estampa no provocaba tanta aversión o extrañeza como la mía en una zona donde los extranjeros no abundaban, y compraba algo de comida a los lugareños. Unos huevos, alguna gallina, e incluso en ocasiones pan y queso se añadían a nuestra dieta. Cuando tenía ocasión, me dedicaba a cazar –o eso intentaba– utilizando el arco que nos había regalado Cantaber. No

siempre tenía éxito, pues no deseaba alejarme demasiado de donde me esperaban los demás, pero en algunas ocasiones pudimos saborear algún delicioso venado que, por lo menos a mí, me sabía a gloria, después de lo que me había costado conseguirlo. Por descontado pocas veces llevé a nuestro fuego una liebre o una jineta, pues resultaban blancos demasiado pequeños y ágiles para mi escasa puntería.

El tiempo transcurrido entre esos bosques sirvió para restañar nuestras heridas, no solo las físicas, que fueron cicatrizando bien y no volvieron a molestarnos demasiado, sino también las del alma. Aspasia fue la primera en recuperarse: siempre había sido esclava, y no la ataban a la villa más que las relaciones, no demasiado profundas, que se habían fraguado durante los años de convivencia con otros esclavos. Sus únicos amigos de verdad fuimos Medulio, cuya ruda franqueza y humor sencillo aún extrañábamos, y yo mismo, que permanecía a su lado. Para Galieno y para Marco fue mucho más complicado: ambos habían perdido a su familia, y eso no es algo fácil de digerir. No era raro que pasaran largos ratos pensativos, sin apenas hablar. Pese a todo, el viaje transcurrió sin grandes problemas, y durante el trayecto pudimos estrechar aún más los lazos que nos unían. Muchas veces, pensaba en nosotros como una pequeña familia: Aspasia y yo los progenitores, Galieno nuestro hijo mayor, y Marco nuestro benjamín.

Dejamos atrás el mes de julio y entramos en el mes de agosto, donde en muchas partes de *Hispania*, como en mi querida *Hispalis*, el calor aprieta hasta que los hombres y las bestias apenas son capaces de moverse. En nuestro camino hacia el norte, la sombra de los árboles y el aire fresco de las montañas hacían que las altas temperaturas fueran más soportables para nosotros. Evitamos las pequeñas comunidades que encontramos a nuestro paso, pues aunque no era posible que sus habitantes tuvieran ninguna cuenta pendiente con nosotros –ni tan siquiera conmigo–, no me habría extrañado que algunos lugareños consideraran a los viajeros presas fáciles a las que desplumar de su dinero y enseres, y ni del uno ni de los otros andábamos sobrados.

Una tarde, cuando aún nos quedaban algunas horas para detener nuestro camino, el pequeño Marco se puso a mi lado y me interrogó.

–Attax, ¿qué crees que va a pasar una vez lleguemos a *Lucus*? ¿Crees que tío Cayo querrá que estudie con un nuevo maestro?

–Supongo que sí, Marco: es necesario que continúes con tu educación. Es lo que habría querido tu padre, y para eso vamos en busca de tu tío.

–Pero Attax, yo lo que quiero es aprender a luchar –me dijo, haciendo un mohín con su boca–. Quiero ser tan fuerte como tú, para poder hacer que aquellos que mataron a mi padre y a todos los demás paguen por sus crímenes.

–Ese tipo de vida no te hará dichoso, ni mucho menos rico, Marco –le dije, con una gran sonrisa, sin tomármelo muy en serio–. Mejor será que te dediques a los negocios de tu tío, para llegar a ser un comerciante próspero y reputado como lo era tu padre.

Marco me dedicó un ademán exasperado, y me espetó con el ceño fruncido:

–¿Para qué? ¿Para que luego vengan otros y me lo arrebaten todo, como le ocurrió a mi padre? –le miré sorprendido. Apretaba los puños, y parecía hablar muy en serio–. Tienes que enseñarme a luchar, Attax, pero no con una estúpida espada de madera, sino con la que me regaló Cantaber. Tengo que aprender a defenderme, para que ni a mí ni a los míos pueda sucedernos lo que a mi padre.

Decidí rendirme sin apenas protestar, ya que en el fondo sus argumentos me parecían justos. Aunque podría haberle dicho que de nada le había servido a su padre saber esgrimir un arma, como otras tantas veces en mi vida, me resultaba difícil decirle que no: ni siendo pequeño como en ese entonces, ni cuando ya se convirtió en todo un hombre. Y después de todo, a mí tampoco me vendría mal algo de práctica. Así que esa tarde, y muchas más, tras detener la marcha para pasar la noche, entrenaba con Galieno y con Marco el manejo

de la espada. El pequeño se esforzaba cada día como si quisiera conocer todos los trucos de una vez: a algo menos de un año para cumplir los trece, el arrollador torrente de energía de la adolescencia comenzaba a adivinarse en la forma de actuar del muchacho. Tras la pérdida temprana de su padre y el vuelco repentino que había dado su vida, el pequeño Marco maduraba a marchas forzadas.

El trayecto continuó apaciblemente; no teníamos prisa por llegar a nuestro destino, salvo la lógica precaución de asegurarnos de terminar nuestras andanzas antes de que el frío se apoderara de los caminos. Noche tras noche, tanto el joven Galieno como yo velábamos por el descanso del resto de la partida, mientras afilábamos nuestras armas y pensábamos en todo lo que habíamos dejado atrás, y en lo que podíamos esperar de lo que estaba por llegar.

Tras casi dos lunas de viaje sin haber disfrutado de un cálido y mullido jergón, llegamos una tarde a una tranquila aldea, ya en plena *Gallaecia*. Rodeada de grandes castaños, cuyas largas cascadas de pequeñas flores blanquecinas se balanceaban con la suave brisa, componía una bella escena que transmitía sosiego. Confiados por las largas semanas de tranquilo camino, y ante la mirada suplicante de Aspasia –aunque no era ella la única cansada de dormir al raso noche tras noche–, decidimos romper nuestra rutina y pedir a alguno de los aldeanos que nos permitiera dormir a cubierto a cambio de unas pocas monedas.

No recuerdo el nombre de la aldea, e incluso dudo que en el resto de la provincia tuvieran conocimiento de su existencia. Cuando llegamos al claro donde se alzaba el villorrio, formado por no más de diez edificios de madera y piedra, ocupé un discreto lugar en nuestro grupo, como si fuera tan solo el guardaespaldas de los hispanos. Aquellas gentes ni siquiera conocían más que unas pocas palabras en latín, a excepción de un pequeño y orondo sacerdote cristiano de amplia sonrisa, que nos explicó que su camino le había llevado a ese lugar, que a él le parecía el paraíso en la tierra, donde intentaba predicar la palabra de su dios entre su rebaño. A él nos remitieron los lugareños en

cuanto nos vieron, chapurreando un pésimo latín. Pese al poco prometedor inicio de nuestra visita, fuimos tratados con cortesía y afabilidad.

El sacerdote se presentó como Eustaquio. A pesar de que yo me sentía más que predispuesto a desconfiar de él, su forma de expresarse, sencilla y franca, acabó pronto con mis suspicacias. Nos dijo que para él éramos una señal de su dios; tener por un momento entre su escaso e inculto rebaño al pequeño Marco, que no solo hablaba un latín perfecto sino que además sabía escribir correctamente, había supuesto para el cura una agradable novedad, y se le veía encantado de poder departir con él. Nos invitó a pasar a su humilde morada, un edificio de madera que parecía levantado a toda prisa, probablemente por los mismos aldeanos, y allí, a la lumbre del hogar, pudimos asar algunos trozos de carne que habíamos reservado de mi extrañamente exitosa cacería del día, y que compartimos con el religioso. Este, por su parte, nos convidó a algunas verduras recién recolectadas de su huerta, que supusieron un agradable cambio en nuestra monótona dieta, algo de pan y un delicioso queso de consistencia cremosa sobre el que nos lanzamos con avidez.

Mientras comíamos, nuestro anfitrión no paró de hablar, desgranando las bondades de la tierra que nos acogía, a la que parecía profesar un sincero cariño. Enumeró con pasión las riquezas que el bosque cercano les ofrecía – frutos silvestres, caza, leña para el invierno y sombra durante el verano–, destacó la generosidad con que los aldeanos le habían acogido a pesar de sus comprensibles reservas iniciales, y bendijo profusamente la generosidad de su dios por permitirle disfrutar de tantos dones. Natural de *Brigantium*, había sido enviado a esa agreste tierra por el obispo de su ciudad natal, cuyo nombre ni siquiera traté de retener. Desde mi punto de vista, lo más probable era que su superior tratara de deshacerse de Eustaquio, porque pese a lo extraordinariamente enriquecedora que pudiera resultar aquella experiencia para el religioso, a mí me parecía que lo había enterrado en vida, en medio de aquellos tranquilos bosques. De esa manera llevaba allí ya seis lunas, y aún luchaba por ganarse la confianza y el aprecio de sus vecinos. Según nos dijo, lo único que perseguía era la salvación de sus almas, pero reconoció que la forma de vida en la aldea, que se desarrollaba en perfecto equilibrio con el

entorno que les rodeaba, también le había enseñado valiosas lecciones. Reconozco que me gustó, para tratarse de un cura.

No nos preguntó por los motivos de nuestro viaje: para él todos éramos bienvenidos, sin necesidad de explicaciones. Marco, por pura cortesía, le explicó que nos dirigíamos hacia *Asturica Augusta*, según la historia que habíamos pactado sostener ante cualquiera que nos encontráramos durante el camino, lo que pareció convencer a Eustaquio. Esa noche dormimos en unos buenos jergones de paja, y libres del temor de que alguna fiera salvaje se tropezara con nuestro campamento. Aunque confieso que, aun tras la amable acogida, no pude evitar dormir con un ojo abierto, porque es fácil predecir el comportamiento de una fiera salvaje, pero no se puede decir lo mismo de las personas.

Nos levantamos a primera hora de la mañana, y nuestro amable anfitrión se ofreció a guiarnos por el pueblo y su entorno, presentándonos a los vecinos con los que nos cruzamos, y presumiendo de nuevo sobre las bondades de la comarca, que nos llevó a admirar con nuestros propios ojos. Hablaba con pasión, describiendo cada detalle; Aspasia, que hasta ese momento había estado muy callada, en el discreto segundo plano que se esperaba de una mujer, empezó a atreverse a intercalar algunas preguntas sobre las plantas y sus usos que dejaron al sacerdote sorprendido y caviloso. Pronto se enfrascaron en una animada charla, intercambiando conocimientos, observaciones y opiniones, mientras Eustaquio nos guiaba, casi corriendo, de un claro a otro, donde se agachaba aquí y allá, buscando algún esquivo brote de las plantas que nombraban, con la nariz casi a ras del suelo. Entre una cosa y la otra, fueron pasando las horas, y decidimos pasar allí otra noche antes de partir. No podíamos permitirnos una estancia más larga, pues el verano tocaba a su fin, y todavía nos quedaba un trecho considerable para alcanzar nuestro objetivo, pero viendo la calma que se iba reflejando en nuestros rostros a medida que el animoso discurso de Eustaquio nos envolvía, no tuvimos fuerzas para rechazar su ofrecimiento de compartir la cena con los aldeanos alrededor de una inmensa hoguera que fueron componiendo en el corazón del caserío.

Compartimos un gustoso cordero asado condimentado con hierbas, y probamos la fuerte cerveza —o eso me pareció que era— que elaboraban las mujeres del lugar, según una misteriosa receta cuyo secreto guardaban celosamente. La conversación, plagada de risas y bromas, fue derivando hacia temas más profundos, que yo no me sentía capaz de seguir, por lo que terminé por perder el interés en otra cosa que no fuera mi abundante plato de comida cuando Eustaquio y Marco comenzaron a debatir con el jefezuelo de la aldea acerca de la doctrina de Prisciliano. Por lo que pude entender, el monje era seguidor de esa secta, que se encontraba bien instalada en la antigua *Gallaecia*. Aunque a veces perseguidos por sus hermanos católicos, seguían ganando adeptos entre los más pobres y desfavorecidos de la región; según opinaba yo, si buscaban a sus seguidores entre estos, sin duda disponían de un colectivo numeroso que convertir a su fe.

Eustaquio nos confesó, en un aparte, que su credo pasaba por los peores momentos desde la muerte de su precursor. El nuevo rey Rechiario, convertido al catolicismo en contra de las habituales creencias germánicas arrianistas, había favorecido a su nuevo credo en lugar de la rama priscilianista, como habían hecho sus antecesores, por lo que los misioneros buscaban ahora comunidades más pequeñas y apartadas en las que predicar su doctrina, para evitar desencuentros con las autoridades católicas. Por mi parte, lo más importante que saqué de la conversación fue que el hijo de Rechila finalmente había conseguido hacerse con el trono de su padre. Sin embargo, tanto Galieno como Aspasia estaban verdaderamente entusiasmados con las ideas que iba exponiendo Eustaquio, y ambos se convirtieron en fervientes defensores de las ideas de Prisciliano, que no solo abogaba por la austeridad y el voto de pobreza del clero, sino que también abominaba de la esclavitud, y permitía incluso que las mujeres participaran en sus rituales sagrados.

Partimos a la mañana siguiente, realmente agradecidos tanto a Eustaquio como a los aldeanos, que nos surtieron de comida y agua en abundancia sin aceptar a cambio más que una pequeña moneda. Para mi agrado, incluyeron entre las viandas un gran trozo del sabroso queso que había hecho nuestras delicias en la primera cena, además de un buen cargamento de manzanas y pan

elaborado con harina de castañas. Marco, del que puedo dar fe que durante toda su vida se mantuvo fiel a las creencias de su padre, católico convencido, se empeñó en regalar a Eustaquio parte del dinero que nos había dado Cantaber, para que el orondo y afable sacerdote pudiera ver cumplido su deseo de erigir un templo a su dios. Siempre recordaré con cariño esa aldea, y espero que haya seguido ajena a los avatares de la región, como hasta ese momento.

Sintiendo reconfortados tanto nuestros cuerpos como nuestras almas, retomamos el camino con renovadas fuerzas. Este último tramo del viaje fue más rápido que el anterior, y a finales del mes de septiembre, llegamos por fin a las inmediaciones de la afamada *Lucus Augusti*.

LIBRO III

LUCUS AUGUSTI, AÑO 450 d.C

CAPÍTULO XVI

Tras abandonar la seguridad de los bosques, recorrimos las últimas millas por la calzada que conecta *Lucus* con la vecina *Asturica Augusta*, por lo que la tranquilidad de las últimas semanas fue dando paso al ajetreo y a la convivencia, a veces difícil, con otros viandantes y sus bestias, o en algunos casos debería decir con las bestias y sus animales. Por fin, a media tarde, las majestuosas murallas nos dieron la bienvenida a la ciudad. En mi vida he visto muchas murallas, y no pocas he visto caer; la mayoría de las veces no por la acción de nuestra escasa pericia a la hora de asaltarlas, sino mediante la traición. Pero, sin duda, las de *Lucus* las recuerdo como las más impresionantes. Levantadas en recio granito, con más de treinta y cinco pies de altura, y jalonadas de torres defensivas, hacían parecer a las de *Conimbriga* una construcción de juguete.

Por fuera de las murallas, una segunda ciudad se alzaba junto a la primera. Allí, entre caminos de tierra y casas de madera, jugaban niños y trabajaban y maldecían mayores de todas las edades. Me sorprendió ver tanto suevos como hispanos en la misma situación, pero aquello era *Gallaecia* y más me valía ir acostumbrándome.

Esperamos nuestro turno en los alrededores de la puerta este, y cuando este llegó, Galieno tomó la palabra, haciendo saber a los guardias que acudíamos a ver a Cayo Vipsanio Celer, con noticias de su hermano Quinto y de su sobrino Marco. Aunque en un primer momento dedicaron miradas entre incrédulas y hostiles a nuestro desarrapado grupo, tras observar con detenimiento a Marco, al que Galieno hizo avanzar con un ligero empujón mientras nos presentaba, parecieron valorar su porte de joven hispano de buena cuna, acompañado por el soberbio puñal del tamaño de un antiguo *gladius* con el que le había obsequiado Cantaber, y nos dejaron pasar, no sin antes echar algunas miradas codiciosas sobre el arma del muchacho.

La ciudad en sí me recordaba vagamente a *Corduba*, pero sin la majestuosidad y alegría de aquella. Recorrimos las laberínticas calles durante un buen rato antes de encontrar nuestro destino. Sin duda la vida debía sonreír a Cayo, porque su casa en nada desmerecía a la que tuviera su hermano en *Conimbriga*, antes al contrario. Aporreé el portón y esperamos pacientemente a que un estirado individuo de nariz aguileña y evidente falta de vista entreabriera la puerta para preguntar quién osaba molestar en el hogar de Cayo Vipsanio Celer.

Esta vez, fue Marco el que tomó la palabra.

—Buenas tardes. Puede informar a su señor que su sobrino Marco Vipsanio Celer, hijo de su hermano Quinto de *Conimbriga*, ha hecho un largo y difícil viaje hasta aquí para verlo y presentarle sus respetos.

El pobre portero casi cae de espaldas ante el atrevimiento del muchacho. Entrecerró los ojos intentando enfocar bien su mirada, y finalmente se agachó para observar atentamente al joven. Nos pidió que aguardásemos allí y cerró la puerta de nuevo, al parecer sin saber muy bien qué explicarle a su señor. Pasados unos minutos, la puerta volvió a abrirse, chirriando levemente al desplazarse sobre sus goznes, y el mismo individuo acudió acompañado por dos esclavos que, por su aspecto, debían de trabajar cargando grandes fardos como si se tratara de sacos vacíos. Una vez dejamos nuestras armas bajo la custodia de las dos moles que lo secundaban, y que a su vez se hicieron cargo de nuestros caballos y enseres, pudimos avanzar hacia el interior de la *domus*. Pensé que si las cosas se ponían difíciles no sería sencillo salir de aquella, pues aunque los esclavos eran más bajos que yo, sus espaldas hacían parecer a Galieno una dulce muchacha en comparación.

Atravesamos el pasillo y esperamos junto a nuestro guía hasta que fuimos llamados a la presencia del señor. Este no se hizo de rogar: supongo que la curiosidad debía de picarle, sin duda sorprendido por la inesperada visita de su joven sobrino, al que nunca había visto, y que se presentaba a sus puertas sin que ninguna carta previa de su hermano le hubiera avisado de su llegada.

Nosotros permanecemos en el patio, acompañados por una de aquellas moles andantes, mientras Marco y el miope mayordomo se internaban en la casa.

El joven me dirigió una breve mirada nerviosa antes de seguir al mayordomo hasta una estancia muy similar al *tablinium* que su padre tuviera en *Conimbriga*, como nos relataría más tarde. Allí lo esperaba el señor de la casa, que al oír el leve ruido que hizo la puerta de la estancia al abrirse, levantó la cabeza y se dispuso a examinar el rostro de aquel que se presentaba como sobrino suyo. Marco, por su parte, antes de entrar a la estancia, sacó de su camisola el colgante que le diera su padre, y palpó su faltriquera para corroborar que los documentos de Cantaber continuaban allí.

Al ver a su tío por primera vez, Marco sintió una emoción extraña. El parecido con su difunto padre era notable, y viéndolo allí sentado en su escritorio, le parecía que era una versión algo envejecida de Quinto la que le devolvía la mirada. Ver reflejada la fría desconfianza en esos ojos que tan familiares le resultaban fue un trago amargo, pero trató de reponerse y valorar la situación con objetividad; sin duda, su tío tenía motivos para actuar con cautela. Trató de componer una expresión serena mientras Cayo lo recorría con la mirada, y captó su sobresalto al detener sus ojos en el colgante que lucía sobre su pecho. Sin embargo, el objeto no pareció disipar totalmente su aprensión.

—Joven Marco —saludó su tío, sin reflejar el más mínimo ápice de familiaridad en la voz—. Esperaba conoceros en otras circunstancias, allá en vuestra villa, o que al menos que vuestro padre hubiera remitido unas breves palabras sobre vuestra inminente visita. O, mejor aún, que os acompañara en esta improvisada reunión familiar.

La desconfianza era palpable en sus palabras, pero Marco optó por obviarla y responder con afabilidad.

—Muchas gracias por vuestro cálido recibimiento, querido tío, y disculpad las formas, mas me temo que la desgracia se ha abatido sobre mi familia.

El hispano se removió incómodo en su sillón, esperando quizás que el joven que tenía enfrente le contara a continuación una larga historia que terminara en la petición de una buena suma de dinero.

–Sentaos, sobrino, y contadme esa desgraciada historia.

Marco tomó asiento, mientras el mayordomo se colocaba tras su señor. El joven acarició su colgante y finalmente decidió quitárselo y ponerlo sobre el escritorio de su tío. Este lo miró intensamente, pero mantuvo su rostro impávido, intentando que no se le notara la emoción.

–¿Qué es esto, muchacho? ¿Un obsequio? –preguntó secamente.

–Lamento tener que deciros que no. Este fue el último regalo que me hizo mi difunto padre, allí en *Conimbriga*, y con sus últimas palabras me instó a que lo llevara siempre conmigo. También me dijo que sería suficiente para que su hermano me reconociera, si las circunstancias me obligaban a acudir a él.

Cayo boqueó, incapaz de emitir palabra alguna, mientras la actitud indiferente que había tratado de mostrar durante toda la entrevista se quebraba de golpe.

–¡Dios mío, hijo! ¿Dices que Quinto ha muerto? ¿Qué ha pasado, muchacho?

Marco extrajo de sus ropas la carta de Cantaber, con el sello aún intacto, y la colocó también sobre la mesa.

–Estimado tío, entiendo que para ti esta es una situación difícil e inesperada. También lo es para mí, que hasta hace cuatro lunas vivía sin preocupaciones entre los muros de nuestra villa en las afueras de *Conimbriga*. Por eso, aparte del colgante que os he mostrado, os traigo una carta del puño y letra de Cantaber, principal de *Conimbriga*, que os presenta sus respetos y os explica lo sucedido. Aunque si preferís que sea yo mismo quien os lo relate, no tenéis más que pedirlo.

Cayo no parecía ser capaz de dar crédito a lo que estaba oyendo. Su querido hermano muerto, dios sabía en qué circunstancias, y su joven sobrino, al que no conocía, a las puertas de su casa acompañado de una panda de desarrapados, y portando una carta de Cantaber, al que conocía al menos de oídas, pues el rector de *Lucus*, el noble Palagorio, mantenía buenas relaciones con él. Tras indicarle con un gesto que comenzara a hablar, se dispuso a escuchar la historia de sus labios. Durante largo rato, Marco relató lo sucedido, sin omitir apenas detalles, o al menos no de manera intencionada.

Cayo abrió la carta de Cantaber que tenía frente a él y comenzó a leerla mientras Marco hablaba. En su momento le llevaría la carta al rector de *Lucus*, no ya tanto por desconfianza, sino para que también se implicara en la situación de su joven sobrino. La historia le había impresionado; “Suevos...” –pensaba–. “Y nosotros conviviendo entre los lobos”.

Pero, al menos, mientras ellos formaran parte de la misma ciudad, no verían la necesidad de saquearla. De todas formas, decidió hablar más adelante con el noble Palagorio, para que el consejo tuviera noticias de lo que ocurría más allá de los límites de *Gallaecia*. Si se considerase adecuado, se podría condenar públicamente el hecho por medio de Hydacio, venerable obispo de *Aquae Flaviae* e íntimo del principal de *Lucus*. Valoró la posibilidad de que fuera el propio Marco el que relatara la historia, para que pudieran escucharla con toda la emoción de quien la vivió en primera persona.

–Pobre joven... sin duda has demostrado un valor y una determinación dignas de mención, pues acudir a *Lucus* desde la lejana *Conimbriga* en estos tiempos para respetar el deseo de tu padre no habrá resultado nada fácil. Y, sin duda, eso habla también de la valía de tus acompañantes.

Cayo permaneció un momento en silencio, abrumado por lo que acababa de escuchar. Cuando volvió a alzar la cabeza, sus ojos aparecían empañados.

–Dios mío, joven Marco, sobrino mío. Te acompaño en el sentimiento por la pérdida de tu padre, mi hermano, que llena mi alma de amargura. Pero al menos tendré la posibilidad de cumplir su última voluntad, acogtiéndote bajo

mi tutela para cuidarte y educarte como si fueras el hijo que yo nunca tuve. En los próximos días celebraremos una misa con el obispo Isidoro y oraremos por la memoria de Quinto. Mientras tanto, mi querido sobrino, esta es tu casa. Mi mayordomo, Fidelio, preparará tus dependencias para que puedas descansar cuanto antes.

–Muchas gracias, tío, ha sido un duro viaje y estamos agotados. Pero sin duda ha valido la pena: mi padre no se equivocó al enviarme a tu encuentro, y yo deseo agradecerte profundamente la deferencia con la que nos has acogido, que ha compensado en un instante todas las penalidades del camino.

–Sigue a Fidelio, muchacho, que él te llevara a tus dependencias. ¿Quieres que hagamos con los esclavos que te han acompañado? Si me das tu permiso, podemos agregarlos al servicio doméstico de la casa.

–Querido tío, aquellos que me esperan en el patio son los que me han traído sano y salvo hasta ti, y que dieron su sangre por mi familia. No puedo disponer de ellos, ya que no son mis esclavos. Mi padre los había manumitido antes de la tragedia, aunque sus documentos se perdieron en el incendio de la villa, por lo que son hombres libres, que solo continúan unidos a mí por la solemne promesa que le hicieron a mi difunto padre. Aunque sé que abuso de tu hospitalidad, te ruego encarecidamente que permitas que continúen a mi lado.

Semejante situación escapaba de la cuadrículada mente de Cayo, pero aun así hizo un esfuerzo para acatar la decisión de su sobrino.

–Pero entonces, no sé lo que hacer... No tenemos suficientes estancias en la casa para poner a su disposición. –Se rascó la cabeza, confuso, mientras le daba vueltas al asunto buscando una salida viable.

–Se me ocurre que podrían serte de utilidad, ya que allá, en *Conimbriga*, se encargaban de las cuadras de padre, y te garantizo que sus caballos llegaron a ser los más apreciados de la región. Attax, el del cabello del color de la mies cortada, fue el capataz de la finca durante los últimos seis años, tras la

muerte de Medulio, y tanto Galieno como Aspasia lo ayudaban en los establos, además de desempeñar labores en el campo y en la cocina.

–Medulio... –Cayo sonrió al recordar al bueno de Medulio, el astur cascarrabias y bonachón que enviara a casa de su hermano hacía tantos años para introducirlo en el negocio de los caballos—. Desde que Quinto me comunicó su fallecimiento, siempre he guardado un hueco para él en mis oraciones, aunque no estoy muy seguro de que él, esté donde esté, las aprecie...

Dando una palmada, acompañó a Marco hasta la puerta.

–En fin, no te preocupes, que ya encontraremos una buena solución. Reúnete con ellos e infórmales de las novedades; mientras, yo trataré de organizarlo todo con Fidelio.

Nosotros esperábamos el regreso de Marco en el patio, observando con curiosidad cada detalle de los pasillos y los adornos de la *domus*. Hacía más de tres lunas que no pisábamos una construcción de este estilo, y mucho menos con las comodidades que esta ofrecía. Aunque, bien pensado, no la cambiaría por el cómodo suelo de la cabaña de Eustaquio, allá en las montañas.

Cuando lo vimos acercarse con una sonrisa en los labios, los tres respiramos tranquilos al fin. Éramos conscientes de que la historia que Marco tenía que contar podía sonar extraña a cualquiera que no la hubiese vivido, y más para Cayo, que nunca había visto a su joven sobrino, y que tan solo sabía de él por alguna carta enviada por su hermano desde la lejana *Lusitania*. Pero por lo que parecía el muchacho había sabido jugar sus bazas para convencer a su tío de la veracidad de sus palabras, por lo que podíamos decir que nuestro largo viaje había tenido sentido. Durante el largo rato en que el chico estuvo ausente intenté reproducir en mi cabeza lo que estaría ocurriendo dentro de aquella sala, pero en la mayoría de los desenlaces que imaginé, había terminado por perder la paciencia. Sin duda, el tacto nunca ha sido una de mis virtudes, por lo que le di aún más valor al proceder del muchacho.

Marco terminó de relatarnos lo sucedido, y nos quedamos esperando a que el señor de la casa tomara una decisión acerca de nuestro futuro. Intercambiábamos miradas nerviosas, sin tener muy claro qué nos cabía esperar de aquello: habíamos dedicado muchas energías a llegar a nuestro destino, y ahora que lo habíamos alcanzado nos embargaba un sentimiento extraño, como de vacío, pues una vez en *Lucus* volvía a abrirse ante nosotros un mañana lleno de incertidumbre.

Tras esperar lo que nos pareció un largo rato, apareció por fin el mayordomo, Fidelio, acompañado de su señor, y pudimos ver por primera vez el aspecto de Cayo. Tenía un cierto parecido con Quinto, y no aparentaba mucha más edad que aquel. Debía de rondar la cincuentena, pero se conservaba bastante bien, en comparación con otros potentados hispanos a los que había conocido. El tamaño de su enorme barriga denotaba que era un hombre al que le perdía la buena cocina, pero las arrugas que empezaban a marcársele alrededor de los ojos se compensaban con el brillo enérgico que estos expresaban. Aunque trataba de disimularlo, me pareció que había llorado hacía poco —o quizás acabara de pasar por delante de una hoguera y había decidido quedarse allí un buen rato—; suponía que las lágrimas se debían a la muerte de su hermano, y deseé que las similitudes entre ambos no terminaran en el aspecto físico.

Saludó de nuevo a su sobrino, esta vez con mayor calidez, y sin hacernos gran caso al resto, le informó de que tenía una propuesta para nosotros. Explicó que, aunque su primera intención había sido enviarnos a su finca, para que allí pudiéramos retomar las labores que desarrollábamos en *Conimbriga*, dado que esta se encontraba algo alejada, y en atención a la petición de su sobrino de mantenernos a su lado, se le había ocurrido otra alternativa que se le antojaba ventajosa para todas las partes. Dada nuestra condición de hombres —y mujer— libres, lo oportuno era que pudiéramos desempeñar alguna ocupación que nos permitiera ganarnos la vida, en lugar de permanecer ociosos a su costa. Y, sin más preámbulo, lanzó una proposición que me dejó con la boca abierta.

Como habíamos observado al llegar, la *tabernae* situada a la derecha de la puerta de la *domus* estaba cerrada, y Cayo nos ofrecía la oportunidad de disponer de ella. Incluso nos propuso que abriéramos una puerta desde el local al peristilo, para tener comunicación directa con la mansión. En contrapartida, debíamos poner en explotación uno de los locales, convirtiéndolo en una pequeña taberna que regentaríamos en su nombre.

Parte del dinero que ganáramos serviría para abonarle un alquiler – simbólico, nos aseguró–, y el resto de los beneficios serían para nosotros. Yo me disponía a llevar aparte a Marco para explicarle que mi relación con las tabernas se limitaba solo a beberme su vino, cuando nuestro anfitrión se dirigió a mí.

–Tu nombre es Attax, ¿verdad?

–Sí, señor. Vuestro ofrecimiento es un honor para todos nosotros, pero...

–Encantado de conocerte –me interrumpió–. En primer lugar, disculpad mi grosería, pues aún no he tenido para vosotros las palabras de agradecimiento que merecéis tras haber traído a mi querido sobrino hasta aquí. Y al hilo de lo que decía, antes de que toméis vuestra decisión, tengo para ti una propuesta distinta. Marco me ha hablado maravillas de tu trabajo con los caballos de Quinto; me ha contado que ocupaste el lugar de Medulio tras su fallecimiento, y que estuviste varios años al frente de la finca.

>Sin duda sabrás que fui yo quien envió al bueno de Medulio a *Conimbriga*, y por tanto conozco la valía del astur, y entiendo que la tuya no debe desmerecer, para haber sido capaz de desempeñar la difícil tarea de sustituirle. Muchas veces he añorado la experiencia y sabiduría del astur; desde su marcha no he conseguido a nadie que ni tan siquiera se le asemeje. Por eso, y en atención a las credenciales que me ha transmitido mi sobrino, para ti he pensado otra ocupación, aunque solo te llevará algún tiempo cada luna. Mi pequeña yeguada se encuentra en una villa que poseo al norte de la ciudad, regentada por un administrador de mi total confianza. Reconozco que he mantenido esta actividad casi por capricho, ya que en los últimos años me

he volcado más en otro tipo de producciones. Aun así, alguien con tus conocimientos no debe desaprovecharse: me gustaría que visitases mi hacienda periódicamente, para organizar la yeguada. En pago por tus servicios, no os cobraré por el local donde establezcáis vuestras habitaciones.

Apenas sabíamos qué responder: en un instante, la situación había dado un giro brusco e inesperado, podía ser que a mejor, pero yo aún no las tenía todas conmigo. Como ventaja, se podía contar que me permitiría permanecer al lado de Marco, como había prometido; por otra parte... el alano que cría caballos me parecía bien, el alano que se ocupa de los trabajos sucios de su señor también, pero el alano que rige una *tabernae*... esto ya me parecía menos acorde con mi dignidad personal.

La voz de Marco interrumpió mis pensamientos.

–Muchas gracias, tío, por la oportunidad que les das a mis salvadores, y también por buscar una solución que les permita continuar a mi lado, como te pedí. Pero me gustaría aclarar que, si bien no son de mi propiedad, sí les une a mí una promesa de lealtad, por lo que si algún día requiero de sus servicios, deberás liberarlos de sus ocupaciones para que puedan acudir a mi llamada. – Miró a Aspasia, y sin poder evitar ponerse un poco colorado terminó la frase–. Y lo mismo ocurre con Aspasia.

Cayo abrió los brazos, cediendo divertido a las exigencias del muchacho.

–Pues si esos son tus deseos los acataré, joven Marco; aunque espero que consideres esta como tu casa y permanezcas aquí por muchos años. Así como tus benefactores, claro está –acompañó sus palabras dirigiendo una franca sonrisa hacia nosotros–. Ahora, sintiéndolo mucho, os tengo que abandonar, pues debo acudir a una importante cita. Os dejo en manos de Fidelio, que os indicará dónde podéis descansar.

Seguimos al mayordomo, que nos condujo hacia las *tabernae* de la entrada; aunque se encontraban un tanto destartadas y sucias, nos sentimos cómodos en el lugar. Tras estudiar durante un momento cuál sería la ubicación

más adecuada de la nueva puerta que abriríamos hacia la vivienda, Marco se despidió y salió tras Fidelio hacia el edificio principal, para instalarse en sus dependencias, aunque nos prometió volver en una hora para compartir la cena antes de acostarnos.

Una vez solos, soltamos nuestros bártulos en el primer lugar que pudimos, lo que provocó grandes nubes de polvo, y nos sentamos con cuidado en el suelo. Hacía mucho tiempo que el local no era utilizado como taberna; la carcoma había hecho mella en el mobiliario, y espesas telas de araña poblaban los techos. Abrí una pequeña puerta que supuse que en otro tiempo habría servido para conectar el local con el contiguo, que habría servido como almacén, y entramos en la otra estancia, la que estaría destinada a nuestro descanso. Sin duda, había mucho trabajo por delante antes de que aquello pudiera considerarse un hogar, y bastante para considerarlo siquiera una pocilga.

–Siempre quise tener una taberna –exclamó Aspasia, con los ojos llorosos por la emoción–. ¿No es maravilloso? ¡Y somos libres! ¡Y además en una gran ciudad! No puedo ser más feliz, Attax. –Me abrazó, encantada, y yo apreté su pequeño cuerpecillo contra el mío mientras Galieno tomaba la palabra.

–Yo no tengo ni idea de cocinar, pero de barrer y fregar sé un rato después de ocuparme de mantener limpio el establo. Además, somos libres y podremos tener un negocio propio. Si mis pobres padres aún vivieran, no podrían creerlo.

Sin duda yo era el único que me encontraba fuera de lugar con nuestro nuevo cometido. En fin, siempre me quedaban los caballos de Cayo –esa sí me parecía una buena ocupación–; y, bien pensado, en la taberna podría meterme en todas las peleas que quisiera. No todo eran desventajas, pero seguía viendo algunas.

–¿Alguno sabe escribir y usar los números como hacía Jantipo? –pregunté, rompiendo el hechizo del momento–. Porque supongo que será necesario para llevar este tipo de negocios. –Había conseguido que los dos me odiaran en ese

momento, por echar por tierra sus ilusiones. Todavía estaba pensando en qué decir para suavizar la situación cuando oímos una voz desde la puerta.

–Yo lo haré –dijo Marco desde el dintel–. No creo que pueda haber mejor ejercicio que ese para practicar lo que me enseñe el nuevo gramático que quiere asignarme mi tío. –Aspasia y Galieno lo miraron con adoración, e incluso la hispana se volvió hacia mí y me sacó la lengua, burlona.

–Pero Attax, como pago por mis servicios deberás enseñarme a luchar como tú lo haces. Seguiremos con los entrenamientos, como hemos hecho durante el viaje. –Se volvió hacia Galieno, lo señaló y completó–: Y también Galieno, si lo desea, continuará con el aprendizaje. Y bien, ¿hay acuerdo?

Tanto Aspasia como Galieno me miraron con desconsuelo, esperando mi respuesta, y tras fingir que me lo pensaba –empezaba a convencerme de que nos íbamos a divertir mucho, y de que realmente valía la pena comenzar a vivir una vida propia–, asentí lentamente.

–Hay acuerdo, muchacho. –Alargué mi mano para estrechar la suya, y nos fundimos en un abrazo, que al momento se convirtió en un abrazo para cuatro. Mi pequeña familia.

Marco se liberó después de un rato y corrió hacia la puerta.

–Me voy, ¡que me escapé de mi alcoba un momento para veros! Nos encontraremos en un rato en las cocinas, no tardéis. –Miró pensativo hacia la pared que pronto comunicaría con el patio y dijo, meneando la cabeza–: Hay que solucionar lo de la puerta cuanto antes; ¡no está bien que tenga que salir a la calle cada vez que quiera veros!

Nos despedimos de él, y entre risas y chanzas comenzamos a apartar muebles y a soñar cómo serían nuestras dependencias, cómo quedaría la taberna y, en definitiva, cómo sería nuestra nueva vida. Después de cenar ligero y tumbarnos donde pudimos, dormimos a pierna suelta, dejando volar la imaginación cada uno hacia donde su corazón le llevaba.

Los días siguientes fueron de un ajetreo constante. Nos tomamos en serio el adecentar nuestro futuro negocio y hogar, y desde el alba hasta la tarde acarreamos muebles rotos, limpiamos las estancias y destruimos sin piedad el que había sido el dulce hogar de varias generaciones de arañas. Galieno y yo ejercimos como improvisados carpinteros y ebanistas, y Marco pasaba con nosotros gran parte de su tiempo libre, bien ayudándonos en lo que podía, o bien intentando enseñar a Aspasia el uso de las letras y los números, que él ya dominaba. Esas primeras semanas fueron las únicas en las que Marco permitió que incumpliera mi promesa de entrenarlo todos los días, pues era consciente de que se necesitaba de todo nuestro trabajo para poder comenzar cuanto antes con el negocio que nos había ofrecido Cayo. El muchacho estaba realmente contento con la actitud de su tío durante esos días, pues una vez superadas las lógicas suspicacias provocadas por nuestra repentina llegada, se volcó en su sobrino como si este fuera el hijo que nunca tuvo. Marco nos contaba cada tarde algo que había escuchado en las cocinas sobre su tío, o bien algo que él había averiguado directamente, para que nosotros también fuéramos conociéndolo, porque aunque enviaba a Fidelio casi a diario para preguntarnos si necesitábamos algo —y para estar al tanto de esta forma de nuestros progresos—, durante ese tiempo nos visitó en contadas ocasiones.

A las pocas semanas de nuestra llegada, el pequeño habitáculo que Cayo nos había cedido fue tomando forma, y después de barrer no solo la basura sino también algún que otro ratón, pudimos tener un lugar cómodo y limpio donde descansar. También el local, gracias a nuestros improvisados trabajos de carpintería, empezó a estar más presentable. Tal vez incluso demasiado: personalmente, prefiero las tabernas oscuras y sórdidas, pero cuando manda una mujer...

Mi pequeña hispana se tomó su nueva responsabilidad con auténtico entusiasmo, y así pude conocer una nueva Aspasia, más feliz y risueña, pero también muy exigente. Acompañada por alguno de nosotros, o incluso a veces por Marco, solía acudir casi a diario a alguno de los mercados de la ciudad, que recorría incansablemente hasta localizar las viandas más frescas y apetitosas. Durante los trayectos que recorríamos, me llamaba poderosamente

la atención cruzarnos en nuestro camino tanto con acaudalados ciudadanos romanos, que caminaban escoltados o en sus palanquines, como con plebeyos, siempre atareados, e incluso con muchos suevos, fácilmente reconocibles por su aspecto, que parecían integrados en la dinámica de la ciudad. *Lucus*, pese a encontrarse cercana a *Braccara Augusta*, y por tanto nominalmente bajo la égida sueva, permanecía no obstante prácticamente ajena a su dominio.

De manera efectiva se encontraba dentro de su ámbito de actuación, y por eso entre sus muros, pero sobre todo fuera de ellos, muchas familias suevas convivían con los hispanos locales, sin que en principio hubiera grandes conflictos, o por lo menos no abiertamente declarados. Mantener una colonia sueva era para los dirigentes romanos de la ciudad una buena moneda de cambio, que evitaba que la ciudad fuera sometida a saqueo, como ocurría con otros lugares no muy lejanos a sus fuertes muros. El gobierno de la ciudad recaía en un consejo de ciudadanos importantes presidido por el Rector de la urbe, de nombre Palagorio, con el que Cayo mantenía una buena relación. Él se encargaba de mantener la paz entre suevos e hispanos, procurando que la convivencia fuera lo más llevadera posible, dentro de sus propias leyes romanas. A mí, que había sido testigo y a veces ejecutor de muchas atrocidades en otras ciudades hispanas, este arreglo me sorprendía sobremanera, pero a su vez me parecía un buen ejemplo de convivencia. Sin embargo, no podía evitar que todo contacto con el pueblo que tanto odiaba me produjera un feroz rechazo.

Una vez terminábamos de comprar las vituallas, bien con el dinero que aún nos quedaba del que nos había dado Cantaber o bien del que nos proveía Fidelio para afrontar las primeras compras mientras el local no estuviera en funcionamiento, regresábamos a la casa, y allí Aspasia cocinaba nuestras adquisiciones del día frente a nuestros atentos ojos. En cuanto la comida estaba preparada, tanto Galieno como yo nos lanzábamos alegremente a devorarla con avidez. Entonces, comenzaba para nosotros un terrible interrogatorio sobre su sabor, textura y aroma; la hispana nos abrumaba con preguntas acerca de si una receta resultaba mejor cuando utilizaba cebada o trigo, cuando la cocinaba más o menos tiempo, o cuando la condimentaba con

una u otra especia. Yo, desde luego, nunca había tenido tantos miramientos a la hora de comer, así que me resultaba realmente difícil responder a las mil cuestiones que Aspasia era capaz de plantear sobre cada guiso. Muchas veces terminaba algo enfadada –“Attax, ¡me estás diciendo a todo que sí!”– y yo sonreía pensando que si alguna vez mi pequeña hispana llegara a enterarse de la bazofia que en mi vida había llegado a tragar, dudo que me hubiera permitido volver a probar sus delicados labios.

Una de esas noches, cuando ya habíamos terminado los trabajos para abrir la nueva puerta que comunicaba nuestra *tabernae* con la villa, y teníamos dispuestas las primeras mesas del local, invitamos a Marco a cenar con nosotros. Tras deshacerse en cumplidos hacia las preparaciones de Aspasia, intuí en sus ojos una mirada extraña, y pronto la conversación se desvió hacia un terreno complicado, que yo ya esperaba tener que pisar hacía tiempo.

–Hoy, cuando he ido con Aspasia al mercado, nos hemos cruzado con muchos chavales suevos por el camino –se rascó la barbilla y continuó–. No entiendo como aquí son capaces de vivir como si no pasara nada más allá de estos grandes muros. ¿Qué clase de hispanos son estos, que conviven en su propia ciudad con los asesinos de sus iguales?

–Marco... –empecé, tratando de encontrar las palabras adecuadas–. Quizás en esta ciudad hayan logrado encontrar la solución más ventajosa para ambas partes. Dado que ninguno de los bandos puede con el otro, al menos han conseguido convivir. No pienses, por lo que acabo de decir, que apruebo este arreglo, pues sobrados motivos tengo para odiar a los suevos; quizás algún día te los cuente. Pero al menos esta ciudad continúa rigiéndose por tus leyes romanas, y los suevos deben adaptarse a ellas. En cierto modo, son ellos los que agachan la cerviz.

–Visto así me parece un poco más llevadero. Pero te prometo que, en cuanto tenga la ocasión, buscaré la manera de vengar a mi padre y a todos los inocentes que perdieron la vida allí en *Conimbriga* –dijo mientras crispaba sus manos.

–Tranquilo, chico. Sabes que tanto Galieno como yo te acompañaremos a donde nos indiques, y si es a matar a alguno de esos bastardos, iremos con más gusto aún; pero tienes que refrenar tu lengua. Como tú has dicho, detrás de cualquier esquina puede haber un suevo escuchando, por lo que debes tener cuidado con lo que dices, para no verte envuelto en conflictos inesperados en los que estés en desventaja, sino poder planificar bien los pasos que te conduzcan hacia la venganza que te devuelva la paz.

Marco mantenía la cabeza baja y una expresión hosca. Galieno, intentando apaciguarlo, intervino para desviar el tema de conversación.

–Venga, Attax, cuéntanos algo sobre tu vida antes de llegar a la villa de *Conimbriga*; como dijiste, apenas sabemos nada sobre tu pasado.

–¡Uf...! –resoplé–. Esa es una historia muy larga, y no apta para todos los oídos –protesté. Pero vi que Marco había levantado la cabeza y me miraba con interés, y finalmente me pareció una buena manera de evitar que la conversación siguiera por unos derroteros que podían terminar con el muchacho molesto y frustrado. Mejor que tuviera tiempo para rumiar lo que habíamos hablado antes de retomar el tema–. Bien, como sé que sois chavales fuertes, empezaré con un pequeño aperitivo. Os voy a contar mi historia desde que era un muchacho más pequeño que Marco –acompañé mis palabras colocando mi mano a la altura que pensaba podía tener en aquel entonces– hasta que me convertí en un hombre como Galieno –señalé al joven.

Durante el resto de la velada les relaté algunos retazos de mi infancia, desde que pasé a ser un refugiado que emigró a *Gallaecia* hasta que conocí a Anderico, y con él y su familia deambulamos por distintas partes de la diócesis. Evité relatarles las partes más comprometidas o salvajes de la historia, porque aunque Marco ya había escuchado algunos retales, era la primera vez en que tomaba conciencia adulta de la situación. En consideración a Aspasia, suavicé también las referencias a otras mujeres de mi pasado. Aun así, me gané unas cuantas miradas asesinas que me hicieron temer por mis posibilidades de compartir con ella esa noche algo más que la cena. Después de algún gesto con mis manos quizás demasiado explícito, se levantó de golpe,

recogió los cuencos de la mesa y se puso a fregar con energía, de manera que mi relato empezó a contar como fondo con una sinfonía de loza manipulada con brusquedad. Pero tras un momento, me pareció que sus maneras se iban suavizando, y varias veces la sorprendí mucho más atenta a mi voz que a su labor.

Cuando concluyó la tarea, se acercó a la mesa e interrumpió mi relato con dos sonoras palmadas que nos sobresaltaron.

–Bueno, ya está bien por hoy. Mañana será un día duro y Marco debe acudir a sus clases muy temprano.

Terminamos de recoger entre las quejas de los dos chavales, y cuando Marco se perdió por el pasillo de la *domus*, nos encaminamos a nuestros jergones, que habíamos separado del de Galieno por medio de una gruesa cortina. Después de algunas zalamerías Aspasia pareció perdonarme por fin, me abrazó y me dijo entre risas:

–Ven aquí, mi pequeño salteador, deja que yo te consuele.

No tuvo que decírmelo dos veces.

Cuando el mes de octubre llegaba a su fin, el local ya se encontraba prácticamente en disposición de abrir sus puertas al público. Nuestro primer cliente sería el propio Cayo, al que invitamos a venir acompañado de su sobrino, para que pudiera ver con sus propios ojos el resultado de todo nuestro esfuerzo, y así expresarnos su opinión. Pero antes de que llegara ese momento decidí que no debía retrasar más mi primera visita a la finca, pues el otoño se encontraba ya en su apogeo, y quería valorar la situación de la yeguada antes de que el tránsito por los caminos se hiciera más difícil por la lluvia y la nieve.

Partí a primera hora de la mañana, montado en el mismo asturcón en el que había llegado a la ciudad. Me acompañaba uno de los dos hercúleos sujetos

que conocimos a nuestra llegada. El hombre sin cuello, como me gustaba llamarlo, era conocido como Mario, y durante el trayecto pude comprobar que la primera impresión que el individuo me había transmitido se ajustaba a la realidad: apenas hablaba, y cuando se decidía a hacerlo, lo hacía en voz tan baja que la mayoría de las veces le entendía a duras penas. Un día, entre risas, Marco me comentó que su compañero era conocido como Sila; él repetía los nombres sin parar de reírse, como si fuera lo más gracioso que oía en mucho tiempo, pero no me explicó la broma y yo nada le pregunté.

Salimos de la ciudad por la puerta norte y seguimos la calzada siempre hacia el norte, hacia el mar; hacia aquel mar bravo e inhóspito del que me hablara el viejo sirviente de Iselda hacía ya tantos años, cuando huíamos de los *Ervasios*, y él trataba de calmar mi desconsolado llanto.

El día comenzó gris, y una llovizna fina y persistente nos acompañó hasta que arribamos a nuestro destino a última hora de la tarde. Gracias a nuestros capotes engrasados pudimos llegar sin calarnos hasta los huesos, pero aun así el calor de una buena lumbre se me antojaba una perspectiva más que agradable. Hasta mi lastimada pierna había empezado a dolerme, señal de que ya no era un muchacho y que, pasada por mucho la treintena de años, había dejado atrás lo mejor de mi vida, cuando las heridas se olvidan pronto y los músculos responden prestos.

La villa en sí tenía el tamaño de un pequeño poblado, delimitado por un muro de casi dos hombres de altura, que albergaba varias construcciones de piedra y madera. En un primer vistazo calculé que vivirían en ella bastante más de una cincuentena de almas, entre esclavos, jornaleros, guardas y campesinos que, atormentados por los carísimos impuestos que debían satisfacer, habían terminado sus días convirtiéndose en siervos de su señor. Todos confiaban sus vidas e ilusiones a aquellos muros y a Cayo. No tenían que hacer frente a incursiones suevas, ya que aunque algo alejada de *Lucus*, la villa era reconocida como propiedad de uno de los importantes señores romanos de la ciudad, pero por lo que supe más adelante no era raro que grupos de antiguos campesinos arruinados y esclavos fugados pusieran en jaque a algunas de las villas de la zona, asaltándolas en busca de botín.

El administrador de Cayo, que él mismo me había descrito como un hombre de su total confianza, me recibió a la entrada del edificio principal, que se asemejaba a una pequeña fortaleza. El individuo, de nombre Elpidio, resultó ser un tipo desagradable a primera vista, con una mueca de asco permanente en su cara –salvo en aquellos momentos en que Cayo visitaba la finca, en los que la cambiaba por una de estudiada zalamería, aunque eso no lo supe hasta más tarde–. De ojos acuosos y nariz afilada, trataba de disimular su avanzada calvicie con un ridículo peluquín que nunca parecía del todo bien colocado.

Con su irritante tono de voz, se presentó como administrador de la propiedad en nombre del noble y magnánimo señor Cayo Vipsanio Celer. Yo a su vez me presenté a él como nuevo responsable de la yeguada de la finca. Hablaba en tono seco, y él no pudo por menos que dar un respingo al ver la evidente falta de protocolo que desprendían mis palabras. Hizo una señal a uno de los sirvientes, que apenas levantó la cabeza para atender las órdenes de su señor volvió a agacharla, y entramos en el edificio para huir de la inclemente lluvia. Allí me quité el capote y se lo tendí a uno de los esclavos, que lo recogió incluso antes de que yo lo hubiera soltado. Elpidio me sirvió de guía por el edificio, y me fue informando de las utilidades de las distintas estancias. Yo observaba con atención cada uno de los lugares que me mostraba, procurando asentir con cierta cortesía, y finalmente le hice la pregunta que me rondaba la cabeza desde que había llegado.

–Disculpad amigo, provengo del sur, y me ha llamado la atención la apariencia del edificio, que más bien se estructura como una pequeña fortaleza. ¿Acaso hay problemas en la región? ¿Ha habido algún ataque últimamente?

Se dio la vuelta y me miró con cierto desprecio.

–En absoluto. Ya me ocupo yo de mantener con mano firme las posesiones de mi señor, y de que no haya problemas. Pero hay que estar preparado, por si en algún momento la chusma de los alrededores olvida cual es su lugar.

Decidí no preguntarle más, y tras tomar en la cocina un caldo caliente que templó mi desasosegado cuerpo, me retiré a la habitación que me habían asignado para descansar mis doloridos huesos.

A la mañana siguiente me levanté antes de que saliera el sol, y abandoné silenciosamente mi estancia decidido a inspeccionar los establos antes de que el desagradable administrador, que para mi gusto había insistido demasiado en acompañarme, pudiera preparar algún artificio. Al llegar a la entrada del edificio, un guarda custodiaba la puerta con actitud cansada. En un primer momento se negó a permitirme el paso, pero accedió cuando pude convencerlo de que era un importante enviado del dueño del lugar.

Cogí mi capote, eché la capucha sobre mi cabeza y salí al patio, donde caminé por entre las cabañas de madera y piedra donde vivían los siervos, ajenos a las comodidades del edificio principal. Algunas mujeres y hombres desgañados y enflaquecidos me miraban con desgana cuando pasaba a su lado, y continuaban con sus labores con la cabeza gacha. Avancé, incómodo, algo sorprendido por la triste estampa que se desplegaba ante mis ojos, pues no tenía a Cayo por un amo tan duro; pero quizás el parecido con Quinto era menor que el que su aspecto hacía suponer. No obstante, a nosotros nos había ofrecido una solución justa –incluso inclinada claramente a nuestro favor–, por lo que no pude evitar preguntarme si su administrador no estaría ejerciendo el poder que se le había otorgado con excesivo celo.

Continué hasta que di con el establo donde Cayo tenía a buen recaudo a su yeguada. Caminé entre los caballos, examinándolos uno a uno, y aunque no eran muchos ejemplares, me quedé relativamente satisfecho con lo que vi, pues parecían sanos y fuertes, y estaban lustrosos y bien cepillados. Sin embargo, el espacio del que disponían me pareció algo escaso, pues una parte del establo se utilizaba como almacén, y en ella se acumulaban los más variados enseres. Meneé la cabeza, pensando en lo que hubiera dicho –más bien gritado– el bueno de Medulio de poder ver semejante desorden en la cuadra de la que tan orgulloso se había sentido. Me dio la impresión de que, como me había adelantado Cayo, desde que el astur se había marchado, la importancia de la cría de caballos con respecto al resto de actividades que se

realizaban en la hacienda había disminuido notablemente. Bueno, ya me encargaría yo, en honor a la memoria de Medulio, de que la situación fuera mejorando. Esperaba que Elpidio no pusiera el grito en el cielo cuando le planteara mis sugerencias; nunca se me ha dado demasiado bien convencer a las personas que no están de acuerdo conmigo, al menos cuando un buen puñetazo en las narices no se encuentra entre los argumentos posibles.

Me disponía a salir del establo cuando un ligero movimiento que capté con el rabillo del ojo me hizo volverme de nuevo, y al acercarme a una de las esquinas me encontré con un delgado muchacho medio agazapado tras uno de los montones de maderos almacenados. Esperé, algo sorprendido, a que dijera algo, pero él se limitó a sacudirse las briznas de paja de su sucia ropa, pasó a mi lado esquivándome con un discreto requiebro y salió con paso ligero y huidizo. Cuando me asomé a la puerta, ya no había rastro de él. Por la tranquilidad con la que lo aceptaban los caballos, supuse que se trataría de uno de los mozos que los atendían; y aunque desde luego los modales no eran su fuerte, lo importante era que los animales estaban bien cuidados.

Cuando regresé a la casa me sorprendió el revuelo que se había formado porque el ilustre invitado —o sea, yo— no se encontrara en sus aposentos. El asustado guarda que me había franqueado el paso respiró con alivio cuando me vio aparecer, quitándome la capucha de la cabeza. Puse mi mano sobre su hombro para calmarlo mientras Elpidio irrumpía en la estancia, dando grandes voces mientras se acercaba a mí.

—¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios que no os ha ocurrido ninguna desgracia!

Yo, que cada vez detestaba más al individuo, no pude evitar contestarle con una pulla.

—¿Pero me habéis mirado bien, digno Elpidio? ¿No es evidente que sé cuidarme por mí mismo? —reparé en su ceño fruncido, y traté de suavizar el tono—. Disculpad, aun así siento haberos preocupado a todos, no era mi intención. Solo he salido temprano a pasear por la villa, pues deseaba echar

un vistazo a los animales antes de reunirme con el capataz. –El movimiento de su peluquín acompañando el asentimiento de su cabeza me distrajo un instante–. Me complace felicitaros por los ejemplares que he visto, aunque más adelante me gustaría comentaros algunos detalles.

El tipo sonrió, aparentemente satisfecho.

–Me alegra que podáis transmitir al noble Cayo que la yeguada se encuentra en perfecto estado, digno Attax.

–Aun así, me gustaría hablar con el criador, si vos lo estimáis conveniente. Me gustaría contrastar con él la dieta que siguen los caballos, y que me explicase la rutina de ejercicios. También se me han ocurrido algunos cambios que podrían mejorar la situación, como el dedicar el establo exclusivamente a su cometido, en lugar de utilizar una parte para almacenar maderas y trastos.

Elpidio enarcó una ceja y su mirada se endureció por un instante, aunque mantuvo un tono cordial al responder.

–Sin duda. No hay ningún problema. Después del desayuno lo llamaremos y podréis intercambiar pareceres. Ahora, si me permitís, creo que deberíamos llenar el estomago, porque al menos a mí esta tensión matutina me ha abierto el apetito. –Dio una palmada y uno de sus ayudantes partió veloz hacia la cocina para preparar su encargo.

Lo acompañé al *triclinium*, donde nos sirvieron un contundente desayuno: pan, queso, salchichas frías, huevos, fruta e incluso algo de carne componían el extenso menú. Me sorprendía que si acostumbraba a alimentarse así no hubiera ganado más peso, aunque supuse que habría incluido algunas viandas en mi honor, para tratar de asegurarse de que hablara bien de él a Cayo. Durante el rato que estuvimos comiendo no dejó de repetirme la excelente relación que mantenía con su señor, los años que llevaba desempeñando su cometido en la villa con laboriosa dedicación, y lo difícil que resultaba manejar a esa plebe embrutecida, que solo sabía pedir limosna a su amo como miserables vagabundos. Yo lo escuchaba en silencio, pensando que solo con

las sobras de nuestra mesa podría alimentarse el poblado entero. El haber pasado la mayor parte de mi vida al otro lado me proporcionaba una curiosa perspectiva de la situación. Creo que si en algún momento me hubiera tocado vivir bajo el yugo de alguien como Elpidio, probablemente mi vida hubiera sido mucho más corta; pero seguro que la suya también.

Cansado de su cháchara y con el estómago bien lleno, aproveché un instante de silencio para intervenir:

–Digno Elpidio, os agradezco la mesa repleta de manjares que habéis preparado para mí. Pero ahora debo abandonaros para tener una charla con el encargado del establo.

Vi que se ponía en pie con intención de acompañarme, pero antes de que tuviera tiempo de ofrecerse seguí hablando, pues prefería reunirme a solas con mi nuevo subordinado.

–Por favor, continuad haciendo honor a estas magníficas viandas. Las indicaciones que debo darle serán extensas y vos sois un hombre muy ocupado. –Me dirigí rápidamente hacia la puerta, haciendo caso omiso a sus protestas, y salí dejándolo con la palabra en la boca.

Pregunté a unos sirvientes que me crucé dónde podría encontrar al tipo, y enseguida obtuve una detallada descripción y la indicación de que debía encontrarse en uno de los almacenes, ocupado en contar los sacos de grano que quedaban como excedente. Me asomé al almacén, y vi que efectivamente un hombre que encajaba con el descrito –de baja estatura y complexión ancha, muy moreno, y con el escaso cabello peinado hacia delante para disimular unas prominentes entradas– miraba fijamente el montón de sacos mientras hacía cuentas ayudado por los dedos de ambas manos. Cuando terminó se giró hacia mí, que esperaba pacientemente para no interrumpir sus complicados cálculos, y al no reconocerme me observó con renovado interés.

–Buenos días, ¿Hixinio? – lo saludé. Él asintió, expectante.

–Me presento: soy Attaces, Attax de los alanos si lo prefieres, como yo mismo, el nuevo supervisor de la manada designado por el ilustre Cayo. El señor desea que sus caballos vuelvan a convertirse en un referente en la comarca, por lo que estudiaremos juntos los cambios necesarios. Esta tarde nos reuniremos con Elpidio para ver los detalles, pero antes deseaba mantener una conversación en privado contigo.

–Tú dirás, Attax. Estaba informado de que pronto habría novedades, pero no en qué consistirían exactamente. Pero como tú dices, ya esta tarde habrá tiempo para las formalidades; ahora pregunta lo que desees.

–En primer lugar, quiero felicitarte por el estado de la manada. He acudido hoy a primera hora y he podido ver con mis propios ojos que los caballos parecen sanos y correctamente atendidos. –Asintió, agradecido–. Sin embargo, las condiciones de la cuadra sí me parecen mejorables. –Continuó asintiendo con energía, y me pareció que sería un buen aliado para los cambios que deseaba proponer.

–¿Con cuántos mozos de cuadra cuentas? Por lo que he visto hay más de cincuenta ejemplares, por lo que necesitarás la ayuda de al menos tres mozos, ¿no es así?

Miró hacia el suelo, probablemente decidiendo qué sería mejor para él, si mentirme y así proteger al detestable Elpidio, o decirme la verdad y provocar mi enojo.

–Tan solo hay un muchacho asignado para el trabajo en las cuadras, Attax, aunque nos bastamos entre los dos –se apresuró a añadir.

–Pues a mí me parece del todo insuficiente, y más con los cambios que pretendo hacer. ¿Esta situación es fruto de tu incompetencia, o has solicitado en alguna ocasión la ayuda de más peones al administrador y se te ha denegado?

El individuo comenzó a sudar copiosamente, suponía que por lo comprometido de la situación.

—En algunas ocasiones he acudido al administrador con ese problema, Attax, pero me ha informado de que era imposible destinar más siervos a este trabajo. La hacienda tiene otras importantes ocupaciones...

—Ya veo —interrumpí—. Bien, pues a partir de ahora, yo seré tu superior directo, y solo a mí habrás de reportarme informes sobre tu labor y la de tus peones. Si necesitas más personal, es a mí a quien debes decírmelo, que ya me preocuparé yo de arreglarlo con el administrador. Si Elpidio quiere un informe de la situación, está en su derecho de pedirlo, pero primero debes informarme a mí. Si no tienes en cuenta esta nueva situación, tendrás problemas conmigo.

—Me ha quedado claro, Attax, descuida. No tendrás ningún motivo de queja.

—Tú aún no me conoces, pero ya tendrás tiempo para hacerlo. Me gusta que el trabajo se haga, y se haga bien. Si esa es tu forma de proceder todo irá bien, pero si no estás dispuesto a ello, te aconsejo que hagas el petate y te vayas de este lugar, o que busques una nueva ocupación entre el resto de importantes labores que se desarrollan en esta hacienda. —Intenté que mi tono le dejara claro de que no solo la ira de Elpidio podía ser temible.

—Descuida, Attax —repitió—, estaré para lo que ordenes.

—Me parece bien que estés dispuesto, porque pretendo conseguir que el señor Cayo se beneficie de la mejor yeguada de la comarca. ¿El mozo que te ayuda es el muchacho delgado y pálido que me crucé en el establo al amanecer?

Hixinio abrió mucho los ojos y tragó saliva ruidosamente. Me pareció que iba a empezar a hablar, pero cerró la boca y se encogió de hombros. Seguí mirándole hasta que por fin respondió, indeciso.

—No exactamente.

Enarqué las cejas, instándolo a continuar. Tras un suspiro cansado, comenzó.

–Es solo un muchacho de los alrededores, ni siquiera sé su nombre, a veces anda por aquí y otras desaparece durante días. No habla con nadie. Elpidio no aprueba su presencia, y nos ha dado órdenes de echarlo a patadas cada vez que ronde por la zona. –Alzó la mirada con cuidado para estudiar mi reacción antes de seguir hablando–. Pero a veces viene a la cuadra, y lo veo acariciar a los animales, y aunque él apenas tiene que comer de vez en cuando incluso les trae alguna golosina. Y con ellos sí que habla; y a su vez ellos le atienden como si le comprendieran –hizo una breve pausa–. Así que, a veces, me dejo olvidado algún cuenco de comida en el establo. Y cuando regreso normalmente ya no está, pero a cambio alguien ha pasado la noche cepillando a los caballos hasta que relucen. Y eso es todo –volvió a tragar saliva–. Pero te aseguro que si Elpidio se entera, estaré en un buen apuro. Tampoco a él le agrada que sus órdenes se cumplan a medias.

Yo asentí, despacio.

–Bien. Pues no le diremos nada por ahora.

Hixinio me lo agradeció con un gesto de complicidad. Me pareció un buen tipo.

Recorrimos a caballo la arboleda en la que la manada pasaba la mayor parte del tiempo, y descendimos a la pradera donde pastaban los animales llegada la primavera. Mientras, no dejaba de darle vueltas a cómo manejar el encuentro con Elpidio para que este no me creara demasiados problemas. Yo aún no tenía una idea clara del grado de autoridad que estaría dispuesto a otorgarme Cayo, y no deseaba ponerlo a prueba tan pronto en un hipotético desacuerdo con su administrador de confianza. Finalmente, comencé la charla alabando el trabajo de Hixinio –con tan pocas manos para ayudarlo, además– y luego endurecí mi tono para dejar claro que deseaba ver el establo despejado de cualquier cosa que no tuviera relación con sus funciones lo antes posible. En lugar de enfrentarme con el administrador, volqué mi discurso en

Hixinio, que después de la conversación que habíamos mantenido aguantó estoicamente la rudeza de mis exigencias. De esta manera, Elpidio terminó respaldándome en lugar de oponerse a mis disposiciones, cómodo en su papel habitual de mano derecha de los que mandan frente al que veía más débil, por lo que terminé la charla bastante satisfecho y orgulloso de mi hábil maniobra. Al despedirme, les advertí que volvería a lo sumo en diez días para comprobar que mis órdenes se hubieran llevado a cabo a mi completa satisfacción, y me reuní con Mario, al que, ante mi sorpresa, una mujer morena, regordeta y risueña despidió agitando la mano, y fue correspondida por mi enorme acompañante con un torpe guiño. Divertido, lo interrogué con la mirada hasta que murmuró:

–Es Anna, la cocinera.

–Prepara unos desayunos excelentes –comenté.

–Tiene unas buenas manos –convino, con una media sonrisa tímida asomando a su rostro.

Pensé que se alegraría de tener que acompañarme de nuevo a la hacienda dentro de pocos días.

CAPÍTULO XVII

Cuando llegamos, *Lucus* bullía de actividad. El frío que empezaba a reinar hacía que las escasas personas que se atrevían a salir a la calle apretasen el paso intentando dejarlo atrás cuanto antes. Un ligero aguanieve caía formando pequeños charcos, pero el color blanquecino de los pequeños cristales helados desaparecía de inmediato en el marrón embarrado del suelo. También nosotros nos apresuramos para llegar a la *domus* en busca de un cálido hogar junto al que reponernos tras el trayecto. Al llegar a la puerta, le entregué a Mario las riendas de mi asturcón y me despedí de él con un cordial apretón en su recio brazo.

Tan solo había pasado fuera un par de días, pero reconozco que ya echaba de menos a mi nueva familia. La cálida *Aspasia*, el fiel *Galieno*, y *Marco*, nuestro pequeño ángel, como lo llamaba mi hispana. Cuando llegué, *Aspasia* se afanaba en hacer un inventario de los suministros de la taberna ayudada por *Marco*, mientras el paciente *Galieno* iba de un lado para otro cambiando los contados muebles de sitio una y otra vez, o cargando los pesados fardos que la muchacha había adquirido para colocarlos según esta le indicaba. Los fui saludando uno a uno, hasta que me acerqué a *Aspasia*, a la que envolví con mis brazos, enterrando mi nariz en su cabello. Ella se zafó, algo avergonzada por mi efusividad, y continuó con su ajetreo. Esa noche cenamos alrededor del hogar de la taberna, y allí les conté mis impresiones en la villa de Cayo, al igual que ellos me hicieron partícipe de los avances que habían hecho en esos dos días. Cansados como estábamos, nos retiramos temprano y en nuestro lecho le expliqué a *Aspasia* qué era lo que tanto había echado de menos en mi fría cama allá en la villa.

A la mañana siguiente, *Marco* vino corriendo antes de comenzar sus clases de gramática para advertirnos que finalmente ese sería el día escogido por su tío para conocer *in situ* nuestros avances en el local. Su intención era que

pudiéramos abrir el establecimiento en esos días, y quería asegurarse de que el local que albergaba su *domus* cumplía con lo que él esperaba que una taberna decente pudiera ofrecer a la clientela. Marco nos contó que Cayo había comentado en su presencia que, si nuestro trabajo en el local satisfacía sus expectativas, se ocuparía de hacer correr la voz de su apertura entre sus poderosos amigos de la ciudad, para que su presencia fuera atrayendo más y mejor clientela tanto de *Lucus* como de sus alrededores.

Nos pusimos manos a la obra y terminamos de dar los últimos retoques a la espera del señor de la casa. Reorganizamos los sacos de grano en el almacén, colocamos leña nueva en el hogar, ajustamos con pequeñas cuñas de madera las patas de los bancos que cojeaban, y esperamos expectantes hasta que por fin Cayo se asomó a la puerta, justo en el instante en que Aspasia apartaba el humeante puchero del fuego. Le mostramos cómo había quedado el establecimiento, con Aspasia haciendo los honores y Galieno y yo en un discreto segundo plano. Cayo parecía satisfecho con lo que iba viendo: limpio y ordenado, el local disponía de una barra de madera que había sido lijada por el muchacho y por mí hasta que nuestros endurecidos callos sangraron, y, aunque como casi todos los establecimientos similares a este, lo que se vendía en su mayoría eran viandas frías para llevar, también habíamos colocado cuatro pequeñas mesas donde poder tomar algo caliente. Para esto contábamos con una pequeña cocina donde mi adorada hispana era la auténtica reina, entre grandes pucheros borbotantes, cacerolas de barro, cucharones de madera y algo de loza sencilla pero en perfecto estado.

Antes de sentarnos a disfrutar de la deliciosa comida mostramos a Cayo nuestras dependencias, que nos servían tanto de almacén como de despacho para las cuentas, que llevaba Aspasia. O tal vez sería más ajustado a la realidad atribuir el mérito de esta labor a Marco, pero su tío desconocía, o eso pensábamos, que su ilustre sobrino ayudaba a unos antiguos esclavos a llevar la contabilidad y el inventario de los suministros del local. Cuando terminamos el recorrido nos sentamos en una de las mesas, y Aspasia volvió con cinco humeantes cuencos, que fue colocando frente a nosotros.

Cayo olisqueó encantado el guiso, y sentenció:

–Realmente he de felicitaros. Ya había escuchado maravillas de boca de Marco, y también Fidelio me ha dado cumplida cuenta de vuestros avances. Pero al verlo con mis propios ojos he podido confirmar que mi intuición era correcta, y que definitivamente será un buen negocio para todos. –Paró un instante para probar el guiso, que paladeó con gusto–. Umm... y además, ¡la comida es deliciosa!

Los ojos de Aspasia relucían de orgullo, y más cuando Cayo se dirigió a ella.

–Te felicito especialmente a ti, Aspasia, que debes ser la artífice de este manjar, ya que dudo que dos tipos duros como los que nos acompañan puedan tener esas manos de ángel para la cocina.

Nos reímos incluso sin quererlo: habíamos logrado la aprobación de Cayo.

–Solo tengo una pequeña pega a todo lo que he visto –continuó, haciéndonos contener de nuevo la respiración–. El local está impoluto y ordenado, y pese a los convulsos tiempos que nos ha tocado vivir, le auguro unos días prósperos. Pero os he de decir algo. –Nos miró fijamente, y por un momento en nuestros ojos se tuvo que reflejar en mi caso la extrañeza, y en el de los hispanos el miedo al fracaso–. ¿Dónde está el vino? ¡Semejante manjar entra mejor con vino, amigos! –se rio escandalosamente de nuestras expresiones de alivio y continuó–: Galieno, por favor, ve a la *domus* y avisa a Fidelio para que traiga dos de los barriles del vino que él prefiera para la taberna. Dile que son un regalo mío para el local.

Terminamos el cuenco entre sonrisas y suspiros, mientras Cayo escuchaba los ingredientes del guiso sin perder detalle y prometía que de vez en cuando nos honraría con su visita para llenarse el estómago, con la condición de que no dijéramos nada a la buena de Ornelia, su cocinera, a la que consideraba casi una madre para él después de haber servido en la casa desde los tiempos de su padre, y no deseaba verla celosa o disgustada. Así se lo prometimos, y tras felicitarlos nuevamente se marchó, dejándonos a solas en la taberna. Aspasia estaba encantada: probablemente fuera la primera vez en su vida que

alguien que no fuera yo o alguno de los muchachos la felicitara por sus platos. Además, se trataba de un hispano libre y poderoso, acostumbrado a la buena mesa, por lo que sus comentarios le habían llegado al alma. Aún no había tenido tiempo de abrazarla cuando apareció Marco corriendo desde nuestra habitación para conocer el resultado del examen de su tío. Aspasia le contó atropelladamente todo lo sucedido, mientras le ponía delante otro cuenco con su guiso para él, que el muchacho devoró mientras no dejaba de mirarla y asentir. Habíamos pasado la prueba: podíamos comenzar nuestra loca aventura de convertirnos en unos ciudadanos de provecho con un negocio propio, y la íbamos a aprovechar.

Marco terminó con el guiso en un instante, se levantó y me miró con seriedad.

–Y ahora, Attax, viene la segunda parte del trato. Hasta ahora te has escapado por una cosa o por otra, pero creo que ya es el momento de comenzar nuestro entrenamiento –dirigió un guiño a Galieno, que nos miraba apoyado en la barra con aire despistado–. Vamos, creo que con el estómago lleno por esta delicia estoy más preparado que nunca.

Se acercó a Aspasia y la besó en la mejilla, y atravesó corriendo la puerta mientras decía en voz alta que iba a recoger sus cosas, que no nos fuéramos sin él.

Miré a la hispana intentando parecer fastidiado, pero ella sabía que en el fondo era algo que yo quería, y además no podía negarme a nada que me pidiera el muchacho, que era como un torbellino que nos arrastraba a todos incluso sin proponérselo. Hice una seña a Galieno, recogimos lo que me pareció importante para ese día y fuimos a buscar nuestros caballos a la cuadra donde los guardaba Mario. Allí encontré al esclavo, que estaba cepillando a las cabalgaduras.

–Buenos días, Mario, vamos a salir, ¿puedo llevarme los caballos? Necesitaremos los tres que trajimos.

El hispano me miró con extrañeza, pero se dispuso a preparar los sementales sin hacer más comentarios.

–Vamos a estirar las piernas fuera de la ciudad y a hacer algo de ejercicio –continué–. ¿Quieres venir? El tiempo parece mejor que ayer, y me noto algo agarrotado. Saldré con los muchachos; ámate a acompañarnos.

Tras un breve titubeo, el gigantón accedió. Sin duda fue una buena idea invitarlo: por un lado, sería un buen rival para enseñar a pelear a los chicos, y por otro, dado que no era un hombre precisamente locuaz, lo veía bien capaz de guardar nuestro pequeño secreto. Cuando le expliqué en pocas palabras mis intenciones asintió, y añadió a las alforjas su propia espada –un trasto descomunal– y capotes engrasados por si nos sorprendía la lluvia.

Salimos de la *domus* bien abrigados. En las alforjas de mi asturcón se escondían nuestras tres espadas, bien enrolladas en gruesos paños para que no tintinearan. En *Lucus*, como ciudad que aún se regía por la administración romana, aunque esta fuera de carácter local, no estaba bien visto andar por ahí haciendo ostentación de armas: la milicia de la ciudad tenía potestad para incautarlas si le parecía conveniente. Teniendo en cuenta la cantidad de suevos que albergaban entre sus muros, esta precaución me parecía sensata, pues tantos extranjeros armados supondrían un peligro constante para la exigua milicia que se encargaba de mantener el orden en la urbe.

Tras pasamos la puerta que se encontraba al este de nuestra taberna, y seguimos a Mario, que nos guió a través de las chabolas y casas de madera que formaban la ciudad extramuros hasta un bosquecillo cercano. Atamos los caballos a un tronco caído que ocupaba el extremo de un pequeño claro, y allí establecimos nuestro lugar de entrenamiento. Mandé a los chicos a correr a través del bosque, mientras yo me quedaba hablando con Mario. Ya lejos de los oídos indiscretos que abundaban en la *domus*, le expliqué que una deuda de honor con Marco me obligaba a enseñarle los rudimentos de la lucha cuerpo a cuerpo y con espada. Pronto volvieron los chicos, jadeando y con la nariz colorada por el frío, pero con un brillo especial en los ojos, y

comenzamos lo que se convertiría en una agotadora pero ilusionante rutina diaria.

Ese primer día regresamos a *Lucus* antes del anochecer, molidos y enfangados, pero felices. Antes de entrar en la taberna acompañamos a Mario al establo, y allí aprovechamos para lavarnos un poco, tratando de eliminar las delatoras manchas de barro que salpicaban aquí y allá nuestro cuerpo. Para intentar que la ropa se ensuciara lo menos posible, después de entrar en calor nos desprendíamos de las camisolas y luchábamos vestidos solo con los calzones, a pesar del frío que reinaba en el bosque.

Cuando nos despedimos, animé a Mario a que de ahí en adelante se uniera a nosotros siempre que sus obligaciones se lo permitieran, y he de decir que, aunque no podía venir siempre, fueron muchos los días en que lo encontrábamos aguardándonos en el establo cuando íbamos a por nuestras monturas, e incluso otras veces se unía a nosotros ya en el claro cuando finalizaba sus tareas diarias.

El hispano era un auténtico toro; en algunas ocasiones nos enzarzábamos en largas peleas con las que tratábamos de ilustrar nuestras explicaciones a los muchachos, y he de reconocer que la mayoría de las veces acabé tragando más polvo del que me habría gustado. Sin duda fue un reto agradable –llevaba ya demasiado tiempo ocioso, y a mi edad la inactividad empezaba a ser peligrosa–, que me permitió desentumecer mis músculos y desempolvar mis mañas de rufián de taberna, ante la atenta mirada de los chavales, que no perdían detalle, tratando de repetir más tarde golpes y tretas. En las peleas entre Marco y Galieno este último solía tener las de ganar, aunque Marco le sorprendía muchas veces gracias a su notable agilidad, y a medida que el entrenamiento iba avanzando y Marco se fortalecía, y sobre todo empezaba a conocer mejor a su rival, la situación se fue equilibrando algo más. Sin embargo, a los dos les faltaba paciencia, y confieso que me divertía enormemente cada vez que los veía levantarse del suelo enfurruñados tras recibir alguna de mis contundentes lecciones. Sin embargo, cuando alguno de los chicos se enfrentaba a Mario, este parecía más preocupado por no hacerles demasiado daño que por otra cosa, así que muchas veces el hispano se

limitaba a parar, esquivar o encajar golpes, que parecían no hacerle mella, hasta que terminaba por tumbar a su agotado contrincante de un simple empujón.

Repasamos incontables argucias para tumbar a tu rival en el cuerpo a cuerpo, o al menos para obtener la mayor ventaja posible: entrenamos movimientos, golpes y fintas con nuestras espadas, descargando mandobles sobre blancos de madera u organizando duelos en los que cubríamos los filos con paños para no herirnos sin querer. También hacíamos carreras a caballo, e incluso simulábamos cargas, en las que los muchachos aprendían a obedecer rápidamente, coordinarse y controlar a sus monturas con precisión.

Tras una semana entera sin acompañarnos en los entrenamientos, Mario nos sorprendió apareciendo en el claro cargado con cuatro largas astas de madera en forma de lanza, pero con la punta roma, y cuatro pequeños escudos de confección también artesanal, por lo que añadimos un arma más a nuestro repertorio.

También la taberna iba poco a poco comenzando a funcionar. Cada anochecer, al regresar del bosque, Aspasia nos esperaba sentada tras la mesa del cuarto que hacía las veces de despacho, repasando las cuentas o la lista de suministros que debíamos reponer. Acudíamos temprano a los mercados, para surtirnos de lo que hiciera falta, y una vez a la semana nos levantábamos antes del amanecer para preparar las salchichas especiadas que vendíamos a los transeúntes para que pudieran degustarlas durante el camino, mientras Aspasia se afanaba entre los pucheros para terminar el guiso que serviría para aquellos clientes que prefirieran tomar algo caliente en el propio local. Ocupado en la pringosa tarea de embutir el picadillo de carne y vísceras en las largas tripas, con las manos totalmente embadurnadas de sangre y restos, pensaba que en el fondo no había tanta diferencia entre la batalla y la cocina, al menos si atendíamos tan solo al aspecto de mis brazos. Una vez terminadas, cocíamos las salchichas sobre las brasas, para que incluso frías conservaran su textura crujiente.

Abríamos temprano, a la vez que en la muralla se separaban las puertas de la ciudad para permitir el paso a los visitantes; durante los primeros días atendimos a pocos clientes, y la mayoría de ellos pedían solo algunas salchichas y pan para llevar, pero pronto la hora del mediodía empezó a ser cada vez más animada.

Pocos días después de la apertura, nos sorprendió la visita de Marco, acompañado de su tutor y de su tío Cayo, que se sentaron a degustar el guiso de Aspasia mientras discutían los avances del chico en las distintas materias que le impartía el viejo preceptor. Historia, caligrafía y matemáticas centraban la mayor parte de sus enseñanzas. Visto que en ese momento ninguna de las otras mesas estaba ocupada, y que Aspasia y Galieno se las arreglaban perfectamente para el volumen de trabajo que había, decidí acercar mi butaca a su mesa y unirme a la conversación. Para deleite de Marco, cuando por fin terminaron las preguntas relativas a sus clases, comenzamos a hablar de la situación de *Gallaecia*, de *Lucus*, y en definitiva de *Hispania*. Nadie mejor que Cayo para estas cuitas, ya que se encontraba muy bien relacionado con las autoridades de la ciudad y con personajes influyentes de la provincia, y tenía acceso a interesantes informaciones de primera mano. Así me enteré por su boca que el rey suevo Rechiario se encontraba embarcado desde antes de nuestra llegada a la ciudad en su particular aventura hispana de asaltos y pillaje. Había abandonado *Gallaecia* hacía ya casi dos años, para someter a saqueo distintas regiones de la península, y su osadía había sido tal que hasta la propia *Tarraconensis* había sufrido su furia. Aliado con bandas de descontentos –los temidos bagaudas– había sometido a pillaje las zonas de *Ilerda*, *Caesaraugusta* y las montañas vasconas sin que Roma hubiera hecho nada al respecto. También me enteré de que este hecho se debía a que el imperio –o lo que quedaba de él, que se limitaba al *Magister Militum* Flavio Aecio y a un pelele parapetado tras su cenagosa fortaleza de *Ravena*– se preparaba para enfrentarse contra la mayor amenaza que se recordaba dentro de sus fronteras. El ejército del rey huno Atila, conocido por los romanos como el Azote de Dios, después de devastar toda la llanura de hierba de la que era natural su pueblo, se extendía como una marea brutal y descontrolada

hacia el oeste, obligando a cuantos pueblos encontraba a su paso a unirse a él o bien huir hacia el poniente en busca de refugio.

Por las noticias que tenía Cayo, nos encontrábamos ante un momento crucial para la supervivencia –o la caída definitiva– del imperio. Los hunos y sus aliados ya habían logrado traspasar en algunas ocasiones las casi inexistentes fronteras de la *Galia*, pero esta vez venían dispuestos a quedarse, por lo que el desenlace del conflicto parecía inminente. Se esperaba la mayor batalla de todos los tiempos, donde el imperio y sus pueblos federados tratarían de hacer frente a las hordas hunas en un último intento desesperado para salvar las migajas que quedaban de su grandeza. Pese a lo apocalíptico de la situación, Cayo tenía una gran fe en el mencionado Flavio Aecio, basada en que hacía ya casi veinte años, este había recibido a Hydacio, el obispo de *Aquae Flaviae*, que encabezaba la embajada enviada por el pueblo de *Gallaecia* para requerir al *Magister Militum* que pusiera fin a la invasión sueva de la provincia. Pensé para mis adentros que, por lo que podía ver, el importante militar había hecho caso omiso de las demandas del obispo, pero no deseaba contradecir a mi anfitrión, y mucho menos poner en entredicho sus ilusiones, por lo que opté por guardar silencio y escuchar con atención todo el relato, al igual que Marco, en cuyos ojos brillaba el resplandor de las armas al entrechocar mientras imaginaba la lucha de Roma contra los crueles invasores.

La súbita ocupación de la mesa contigua a la nuestra nos hizo salir de nuestro ensimismamiento, y tuve que volver al trabajo, por si Aspasia requería de mi ayuda. Cuando Cayo y sus acompañantes dieron por concluida su visita –tras pagar generosamente por la colación– los acompañé hasta la puerta del local, para comentar brevemente con el hispano mis primeras impresiones con respecto a la manada. Mi reporte fue escueto, pero pareció satisfecho; le comenté que pensaba regresar a la finca a la mañana siguiente para ver cómo estaban funcionando los pequeños cambios que había instaurado, y él se ofreció a llevarle a Mario el recado de que se preparase para acompañarme.

Partimos con las primeras luces. A pesar de que habían transcurrido pocos días desde nuestra anterior visita, me pareció que la temperatura había descendido considerablemente, por lo que avanzamos rápidamente y en silencio, con los rostros cubiertos tras las capas para protegernos del aire helado que sentíamos cortante como el vidrio al penetrar en nuestros pulmones. Al traspasar los muros de la finca, avanzamos entre las casuchas grises y mal aisladas, y me invadió una sensación incómoda al observar la triste miseria que reinaba en el lugar. Cuando llegamos a una de las explanadas, al alzar la vista la estampa que se presentó ante mis ojos me hizo detenerme bruscamente: colgada de un poste y suspendida en el aire, pude ver una jaula de hierro en la que había encerrada una persona, aunque dudé si estaría aún viva o ya habría perecido. Me acerqué con cuidado, y pude ver que aún respiraba, aunque dudaba que por mucho tiempo. Un resuello entrecortado que se condensaba en una tenue nubecilla escapaba de su pecho, agitado por breves espasmos, como si ya apenas tuviese fuerza para temblar. Me pareció que era apenas un muchacho. Mario permanecía a un lado, y aunque su mirada se clavaba en el suelo, pude ver que apretaba y aflojaba los puños; me acerqué a él y le dirigí un gesto interrogativo.

—No es la primera vez que Elpidio ordena algo así. Le gustan los castigos públicos, para que sirvan de ejemplo a los demás.

Los siervos que pasaban a nuestro lado apenas levantaban la cabeza, esforzándose en ignorar tanto la jaula como a su patético ocupante. Sin embargo, me llamó la atención la presencia de un hombre embozado que caminaba más lentamente que el resto, y cuyos pasos parecían acercarle a nosotros. Cuando estaba casi a mi lado se apartó la capucha y pude reconocer a Hixinio, que me hizo un gesto discreto hacia la jaula, y susurró al pasar.

—Attax, por favor, haz algo.

Me fijé de nuevo en el joven que se consumía en la nauseabunda prisión. Con el pelo largo y enredado, se sentaba sobre sus propias heces, mirándome con sus ojos hundidos y ojerosos como si pudiera ver a través de mí. Me pregunté si se trataría de un criminal, o un salteador que hubiera tratado de

robar en la villa, y aunque el trato recibido me parecía absolutamente inhumano –podría ser la edad, que me hacía más débil–, me pregunté qué pensaba Hixinio que podría hacer yo al respecto.

Le pregunté qué hacía allí, pero no me respondió; fijó su vista en mí y permaneció un instante mirándome, hasta que volvió a perder el interés en mi persona. Pero el color dorado de sus ojos y la palidez de su piel bajo la capa de mugre que lo cubría habían logrado traer por fin un recuerdo a mi cabeza. Jurando por lo bajo, me di cuenta de que se trataba del muchacho delgado y huidizo que hablaba con los caballos. Le indiqué a Mario que fuera a buscar algo de agua para darle de beber, y me dirigí rápidamente al establo a ver si encontraba a Hixinio para que me contara algo más sobre el asunto, pero no estaba allí, así que opté por ir a hablar directamente con Elpidio para que pusiera fin a ese tormento y me explicara qué había hecho el chico para merecer semejante cautiverio.

El administrador me recibió abriendo los brazos, con una sonrisa ufana.

–Digno Attax, me complace saludarte. Espero que hayas encontrado el establo a tu gusto.

–Sí, me pareció más despejado –atajé bruscamente–. Pero quería hablarte además de algo que he visto de camino al establo y que me ha llamado mucho la atención... –No me dejó concluir la frase.

–Si lo dices por ese salvaje que está enjaulado en la aldea, no te preocupes por él, porque en breve habrá partido hacia el infierno. Pero primero su escarmiento debe servir de advertencia para todos aquellos que piensen en robar al señor Cayo.

–¿Está ahí por un simple hurto?

–Exacto. Ya llevábamos algún tiempo notando que de vez en cuando nos faltaban algunas provisiones del almacén. Y ya me disponía a dar un buen escarmiento a los siervos, cuando dos de los guardas encontraron a ese

miserable merodeando por el establo con uno de los cuencos de arcilla de la casa en la mano; ¿puedes creer semejante descaro? Además, cuando trataron de atraparlo se defendió como un gato; los hombres aún tienen marcas de los dientes de ese animal. Al final tuvieron que pedir ayuda para reducirlo. Además, en la lucha el cuenco se rompió, por lo que hay que añadir eso a su falta.

Lo miré, alzando una ceja.

—¿Y no te parece un castigo algo desproporcionado? Azótalo si quieres... pero acaba con esta locura.

—Me parece que no lo entiendes, Attax. Él no es un esclavo de la finca: es un asaltante, un ladrón. Creo que proviene de la cercana *Britonia*... uno de esos britanos salvajes que intentan medrar en nuestro suelo desde hace poco tiempo. Merece morir para servir de ejemplo a otros de su calaña.

—Elpidio, es cierto que acabo de llegar y no estoy habituado a cómo funcionan las cosas aquí. Pero aun así, me parece que es demasiado castigo para ese delito.

Recordé lo que Hixinio me había contado sobre el muchacho, y la expresión de su rostro cuando se acercó a pedirme que hiciera algo por él. Bien sabíamos ambos de donde había sacado el britano el cuenco con el que lo sorprendieron; sin embargo, este no había delatado al capataz para tratar de justificarse, incluso tras verse sometido a tan cruel castigo. En ese momento tomé una decisión que no me hizo sentir orgulloso —nunca en mi vida había pensado en comprar un esclavo—, pero por otro lado le daba una oportunidad al muchacho, aunque yo arriesgara mucho en el asunto. Supongo que actué así porque al ver a aquel joven condenado a una muerte cruel no pude evitar pensar que semejante destino podía haberme tocado a mí en suerte, si la fortuna no hubiera puesto en mi camino a los que fueron mis señores, hombres nobles que siempre respetaron mi dignidad. El hijo de puta que me hubiera hecho eso habría muerto, pero yo lo hubiera seguido a la tumba irremediabilmente. Ese muchacho merecía una oportunidad para comprobar

que a veces el destino puede ser cruel, pero a la siguiente puede ofrecerte una salida si sabes aprovecharla. Me llené de valor para que mis palabras resultaran creíbles.

—¿Y si te lo comprara como mi esclavo? —el hispano casi se atraganta, y me miró como si me hubiera vuelto loco, pero yo continué hablando—. Trabajaré aquí en la finca, con los caballos, y será tratado como el resto de los esclavos, ni mejor ni peor. Sabes tan bien como yo que hace falta al menos otro mozo. Cada luna, en mi visita a la finca, Hixinio me informará de sus progresos y faltas —ya hablaría con él para que no se dejara amilanar por el administrador—. Y si fuera encontrado culpable de algún nuevo delito, yo mismo ejecutaré su justo castigo. —Miré a los ojos a mi interlocutor y acabé mi frase-: incluida la muerte, si se diera la circunstancia. —Esperaba sinceramente que el muchacho no me obligara a llegar hasta ese punto.

—En verdad me dejas de piedra, Attax. No sé qué has podido ver en semejante alimaña para que intercedas por él. Si deseas tomarlo como tu esclavo, hazlo, me trae sin cuidado; no tienes que pagar por él, porque yo no soy su dueño. Pero si accediera a tu petición perdería autoridad frente al resto de siervos, y eso podría ser fatal para los intereses del amo Cayo.

—Vamos, Elpidio, eres todopoderoso en esta finca. Este acto no tiene que quitarte poder, sino más bien al contrario: será otra prueba de que tu palabra es la única válida en este lugar, como delegado del señor, y que cuando tú hablas los siervos mueren... o viven —lo miré a los ojos para comprobar si caía en la trampa, y me pareció que no me había equivocado al elegir el argumento.

Me miró complacido y después de pensarlo un momento me respondió:

—De acuerdo, Attax, el muchacho es tuyo. Pero sí quiero advertirte de algo —se infló como si fuera a estallar y alzó la nariz al cielo—. Si algo grave llegara a ocurrir en la villa, y ese chico resultara responsable, el señor Cayo tendrá fidedignos informes sobre su conducta... y sobre la tuya. —El muy cabrón debía pensar que me acababa de agarrar por las pelotas, y lo triste es

que tenía bastante razón—. Además —continuó—, a partir de ahora te mantendrás al margen de todas aquellas actividades de la finca que no tengan que ver estrictamente con la yeguada.

—Pues estamos de acuerdo, entonces —exclamé tras darle tiempo para pensar que había tenido mis dudas—. Déjame hablar con el chico para cerciorarme de que entiende claramente las condiciones.

Salí del *triclinium* y recogí mi capote, mientras me parecía oír en mi cabeza la burlona voz de Gelimer:

—El tiempo te ha vuelto débil y loco, viejo amigo; débil y loco...

Regresé al claro donde se balanceaba la jaula. Mario había conseguido un cuenco de caldo humeante además del agua —ya sabía yo que podía confiar en sus influencias en las cocinas—, y trataba de que el chico lo tomara poco a poco, acercándose y retirándose con cuidadosa paciencia. Aprovechando una pausa obligada por la tos que sacudía al muchacho cada vez que trataba de ingerir un sorbo demasiado grande, volví a intentar hablarle.

—¿Te lo has pensado mejor y me vas a explicar por qué estás ahí?

Él volvió a mirarme, y pensé que quizás su silencio no se debía a que no quisiera responderme, sino que realmente no tenía fuerzas suficientes después de quien sabía cuánto tiempo ahí colgado. Tras obtener apenas un ronco gemido desde el fondo de su garganta y una mirada entre implorante y desconfiada, no insistí más. Hice una seña a Mario, que dejó el cuenco en el suelo, y entre los dos bajamos al suelo el diabólico artilugio, ante la mirada asombrada de algunos de los lugareños. Forzamos la cerradura como pudimos, y ayudamos al chico a salir de su fétida prisión; sus delgadas piernas apenas le sostenían, así que lo depositamos un momento en el suelo.

Me llené un momento de valor antes de alzarlo en brazos, tratando de vencer mi repugnancia por el hedor que desprendía. Me pareció que pesaba muy poco, casi como un niño pequeño, aunque por su aspecto parecía tener

una edad similar a la de Galieno. Lo llevé hasta el establo, y Mario me siguió tras recoger el cuenco de caldo, que el pobre muchacho seguía con la mirada como temiendo que desapareciera de su alcance. Lo tendí con cuidado sobre la paja, arrugando la nariz; su desagradable olor me trajo vívidos recuerdos del carronato compartido con Lucio y Ruric. Mario le acercó el cuenco, y continuó ayudándole a sorber el caldo lentamente, hasta que el chico, que iba recuperándose a ojos vista, fue capaz de sujetarlo con sus propias manos. El enorme hispano asintió con gesto satisfecho, y volvió a dirigirse hacia la cocina, donde pensaba pedir una buena cantidad de agua tibia con la que baldear al muchacho sin quebrar su ya de por sí precaria salud, y algún sayo viejo pero limpio que pudiera ponerse.

Una vez acabó el contenido del cuenco, el britano levantó sus ojos hacia mí e intentó decir algo, pero no fui capaz de entenderle. Le hice un gesto negativo con la cabeza y le indiqué que descansara, que ya volvería para comenzar la conversación que teníamos pendiente. Cuando regresó Mario, fui a buscar a Hixinio para informarle sobre el nuevo mozo que dejaba a su cargo.

Lo encontré en el mismo almacén donde lo conociera, pero esta vez más que atareado parecía deambular de un lado para otro sin ser capaz de concentrarse en lo que quiera que tuviera que hacer. Cuando me vio se acercó rápidamente y me hizo una seña para que lo siguiera hasta un rincón en el que hablar discretamente, y ni siquiera me dejó comenzar.

—Attax, ya me ha llegado la noticia de que Elpidio ha tenido un extraño ataque de magnanimidad y ha decidido perdonar la vida al muchacho de la jaula...

—Ha accedido a cedérmelo como mi esclavo. Y yo he decidido disponer que entre a tu servicio, para ayudarte en tu labor al frente de la manada; no deberá acatar órdenes de nadie más, solo tuyas y mías, ¿de acuerdo?

—No sé cómo lo has conseguido, pero, por mi parte, bien sabes que estoy de acuerdo.

–Tendrás que tener paciencia con él, porque está muy débil, por lo que en primer lugar deberás ocuparte de que se recupere, y luego ya podrá serte de utilidad. Podrá dormir en un jergón en el establo, y tú serás el responsable del muchacho. No dejes que se acerque al edificio principal, y si puedes tenlo trabajando de sol a sol; eso lo distraerá y no le dejará tiempo para pensar. Cada luna, cuando venga, te pediré que me informes sobre sus avances y que me expliques, paso por paso, lo que ha hecho. Si es culpable de alguna falta, deberás informarme, y yo decidiré su castigo. Pero intenta que no se meta en problemas, porque en caso contrario también te consideraré responsable. ¿Ha quedado claro?

–Muy claro, Attax. Puedes confiar en mí.

–Eso espero. No me gustaría que el muchacho haya escapado hoy de la jaula solo para morir otro día bajo el látigo. Ahora te dejo continuar con tu trabajo, si es que en lo que andabas puede llamarse así.

–Estaré pendiente del muchacho para que no cause ningún problema. Gracias, Attax. No te arrepentirás.

–Eso espero –repetí—. Eso espero.

Cuando regresé al establo el joven se encontraba tendido sobre una de las balas de paja, con el vigilante Mario a su lado. El hombretón había hecho un buen trabajo con los baldes, y también había conseguido una especie de capa gris en la que el muchacho estaba envuelto. Sus ojos parecían algo más vivaces, y trató de incorporarse cuando me vio entrar. Hice una seña a Mario para que nos dejara solos, me senté frente a él en otro de los grandes haces de paja, y tras un suspiro me dispuse a comenzar una conversación de la que no sabía muy bien que esperar.

–Veo que al menos estás más cómodo; ¿quieres que hablemos un rato sobre lo que ha sucedido aquí?

Su voz sonaba quebradiza, pero hizo un esfuerzo.

–Como desee, señor.

–Bien, al menos sabes hablar. Intenta decir la verdad, ¿de acuerdo?

Agachó la cabeza.

–Tenía hambre, señor. Y robé un cuenco de guiso.

–Me han dicho que heriste a los guardas que te apresaron.

Apretó los dientes.

–Ellos tampoco fueron muy amables... señor.

Aunque mantenía la cabeza baja, el destello de rebeldía que animaba su expresión no me pasó desapercibido. Por un lado me agradó ver que el castigo de Elpidio no había conseguido quebrar su espíritu; por otro, me preocupaba que pudiera meterse en líos, y arrastrarme a mí con él.

–Muchacho, si he hablado en tu favor ha sido porque Hixinio, el capataz, me ha dicho que te entiendes bien con los caballos. Y yo soy el nuevo responsable designado por el dueño de estas tierras para el cuidado de la manada. Así que le he pedido al administrador su permiso para disponer de ti, y él ha accedido a cederte como mi esclavo.

La palabra sabía amarga en mi boca, y el muchacho la encajó como un golpe que lo dejó aturdido un instante. Por su expresión, supe que hasta ese entonces había sido un hombre libre. Libre para morir de hambre y acabar sus días torturado por un bastardo con ínfulas que necesitaba demostrar a los pobres infelices a los que mantenía en la miseria que podían sufrir destinos peores si no le obedecían puntualmente. Ese pensamiento me tranquilizó, pues entendía por propia experiencia que lo que le ofrecía era una mejora. Y me parecía importante dejar claras unas cuantas cosas durante aquella primera conversación, por lo que continué hablando.

–Entonces, ¿sabes tratar con los caballos?

–Quizás mejor que con las personas –murmuró, con tono amargo.

–Bien. Estarás bajo las órdenes de Hixinio, pero vendré a la finca cada luna y pediré informes sobre tu conducta. Me he comprometido a responder por ti ante Elpidio, el administrador, así que según te hayas comportado decidiré tus recompensas y tus castigos. Y quiero que una cosa te quede muy clara: si desobedeces a Hixinio, tendrás problemas. Y mantente alejado de Elpidio, pues si osas levantar la mano contra él, tendré que hacerte azotar hasta que desees no haber nacido. ¿Me has entendido?

–Sí, señor –escupió las palabras. Al oír el nombre del administrador, apretó los puños con fuerza, y un relámpago de odio puro cruzó su rostro. Me caía bien; temí que fuera capaz de meterse en verdaderas dificultades.

–No deseo tener que llegar a ese extremo, pero lo haré si es necesario –afirmé, no sé muy bien si para amenazar al muchacho o para convencerme a mí mismo. Él sí lo tomó como una amenaza, pues me dirigió una rápida mirada desafiante. Me hubiera sentido más tranquilo si se hubiera mostrado algo más humilde y agradecido; ese pensamiento me puso de mal humor, y me pregunté si no habría hecho mejor concentrándome en lo mío en lugar de tratar de erigirme en el salvador del desgraciado muchacho.

–A lo mejor prefieres volver a la jaula de donde te saqué... –le espeté bruscamente.

Él alzó la mirada como si le hubiera golpeado, y toda la rebeldía desapareció de golpe de su rostro de chiquillo aterrorizado. Cayó de rodillas, como si le abandonaran las fuerzas.

–No, por favor, señor, trabajaré bien, no le causaré problemas. Por favor...

Su voz era suplicante, y me hizo sentir peor que un trozo de bosta seca. Me dejé caer a su lado, para mirarlo de frente.

–Muchacho, mi nombre es Attax. Attax de los alanos. No tienes que llamarme señor cuando estemos solos, ¿de acuerdo?

Asintió, sin atreverse aún a mirarme.

–Sé que con Hixinio no tendrás problemas. Parece un buen hombre... creo que ya lo conoces.

Me miró un instante, como tratando de valorar cuánto sabía yo de aquello. Al final asintió casi imperceptiblemente, y guardó silencio.

–Trabajarás según sus órdenes. Tendrás cobijo y comida, pero tendrás que ganártelo con tu sudor. Evita acercarte a la aldea, y sobre todo al edificio principal. Siempre que puedas permanece aquí, o donde haya más gente; intenta no ir solo por ahí. Y trabaja duro. Yo empecé como tú –una pequeña mentira que tampoco lo era tanto– y ahora estoy al otro lado. Haz que me sienta orgulloso de ti, y quizás te lleve conmigo cuando te necesite. ¿Estás de acuerdo, muchacho?

Asintió con convencimiento, ya más animado.

De repente reparé en que aún no conocía su nombre.

–¿Cómo te llamas?

–Soy Issa –titubeó un instante y terminó la frase–. Issa de los belgas –respondió, orgulloso.

–Bienvenido a casa, Issa de los belgas. –Me levanté del suelo, le ayudé a ponerse en pie y le estreché la mano con formalidad.

–Le estoy muy agradecido, señor.

–Puedes llamarme Attax –le recordé.

–Gracias, Attax.

Me disponía a marcharme cuando su voz dubitativa me detuvo.

–Attax... no entiendo por qué te has tomado tantas molestias por mí.

Me volví hacia él.

–Digamos que en algunas cosas me recuerdas a alguien que conocí hace mucho tiempo –más bien yo mismo, pero tenía una imagen que mantener–. Creo que te mereces una nueva oportunidad en la vida. Esta solo se presentará una vez, por lo que te aconsejo que luches por demostrar que quieres aprovecharla. Confía en Hixinio, y recuerda que cada luna vendré a ver cómo te manejas con los caballos. –El muchacho asentía cada una de mis frases, mientras sus inteligentes ojos parecían decirme que estaba loco.

–Débil y loco –reconocí mentalmente ante el fantasma burlón de Gelimer, y me despedí del chico con un gesto y una sonrisa cansada, que él correspondió.

Me fui en busca de algo de comer y una mullida cama donde acabar con todo el ajeteo de ese angustioso día. Prefería vérmelas con media docena de suevos experimentados armado con mi fiel espada, que volver a pasar otro día como ese, en que la única arma a mi disposición eran las palabras.

Al día siguiente, temprano y entre la niebla, abandonamos la villa sin que apenas nadie reparara en nuestra partida. Tan solo una solitaria y delgada figura nos siguió con la mirada hasta que nos perdimos más allá de su visión.

CAPÍTULO XVIII

Se acercaba el final del año; mientras el frío invernal se enseñoreaba despiadadamente de la ciudad, yo comenzaba a acostumbrarme a la rutina que seguíamos día tras día. Nos despertábamos temprano, y tras preparar el local, lo abríamos al público desde el alba hasta la tarde. Llegado ese momento, Aspasia y Marco se encargaban de hacer las cuentas y repasar las necesidades para el día siguiente, y después de que terminaran, partíamos hacia el claro del bosque a continuar con nuestro entrenamiento, acompañados en muchas ocasiones por Mario. Pronto nos sorprendieron las primeras nieves del año, que me traían recuerdos de mi infancia, lejos de lo que había vivido en los cálidos años que había pasado en el sur.

El mal tiempo no impidió que cumpliera con mis obligaciones para con Cayo en la finca, aunque bien es cierto que no podía acudir con tanta frecuencia como habría deseado. Muchas veces las estancias se prolongaban, pues debíamos aguardar cuatro o cinco días entre sus muros hasta que los caminos volvieran a ser transitables para nuestros caballos; Mario –que dormía caliente– se lo tomaba con tranquilidad, y yo trataba de no desesperarme y aprovechar el tiempo junto a los caballos, que pasaban lo más duro del invierno bien resguardados en la ahora pulcra y ordenada cuadra.

Con el trato que tuvimos en esos días pude comprobar que Hixinio tenía una buena cabeza, y además buena mano para los caballos. También Issa se esforzaba en que tuviera sobrados motivos para estar orgulloso de él: me demostró que era un muchacho de mente despierta, y sabía hacer bien su trabajo. Trataba a los animales con calma y dedicación: cepillaba sus crines durante horas y mantenía sus cascos limpios y cuidados. Nunca les faltaba heno que comer, e incluso compartía con ellos las manzanas arrugadas que Hixinio traía para él. Observándolo, me pareció que tenía un instinto innato para comunicarse con los caballos. Les hablaba con un tono firme y tranquilo,

o les canturreaba en voz baja cuando deseaba confortarlos; les rascaba detrás de las orejas, acariciaba sus lomos o resoplaba levemente sobre sus ollares, imitando con sus gestos los cuidados que las yeguas dedican a sus potrillos. Parecía feliz junto a los caballos, e Hixinio estaba más que satisfecho de poder contar con él.

En aquellas largas y frías tardes compartimos algunos momentos de charla relajada. Cuando hablaba de su pasado, la expresión que tomaban sus ojos reflejaba muchas veces una profunda tristeza, por lo que yo trataba de medir mis preguntas con cuidado, y más bien prefería dejar que guiara él la conversación hacia donde más le apeteciera.

Me contó que, aunque había llegado hasta la finca desde la cercana *Britonia*, provenía de más allá del mar que se encontraba a nuestras espaldas, de mucho más al norte, de una isla envuelta por la bruma, de donde hacía algunas décadas las águilas romanas habían levantado el vuelo hacia el continente, dejándola a merced de lo que él llamaba los lobos del mar. Para mí como si me hubiera dicho que venía de más allá del Jardín de las Hespérides —que según Marco debía de ser algo así como el paraíso—, porque lo único que había conocido en mi vida eran las provincias hispanas, y de resto, apenas si había oído hablar de la *Galia*, de *Africa*, y como no, de Roma.

Mi trato con Elpidio, tras mi anterior visita en la que ambos pusimos las cartas sobre la mesa, fue meramente testimonial. Ni al caballo más rebelde trataría yo como ese individuo trataba a sus esclavos y jornaleros. Por mi parte, intentaba centrarme en mi cometido al frente del establo, y creo que él también evitaba concienzudamente coincidir conmigo. Issa también se cuidaba de no cruzarse con él, por lo que la situación se mantenía en relativa calma.

La vida en la pequeña aldea parecía cada vez más gris. Sus habitantes sufrían para encarar lo más duro del invierno, y me pareció que en algunas de las cabañas que habían estado habitadas ya no había señal alguna de humo o movimiento. No me habría gustado ser un pobre siervo como aquellos y tener que ver morir a mi familia ante la indiferencia del despreciable Elpidio.

Cuando Issa se refería a él solía dedicarle algunos calificativos desagradables, y yo le permitía esa licencia con una leve sonrisa cómplice.

En nuestro nuevo hogar de *Lucus*, el tiempo iba transcurriendo para nosotros como un reparador elixir. Cada vez quedaban más lejos los terribles momentos que habíamos vivido en *Conimbriga*, y los instantes en los que Marco y Galieno se quedaban con la mirada perdida absortos en tristes recuerdos eran cada vez menos. Aunque las pérdidas sufridas eran sin duda irreparables, las heridas que habían causado iban restañándose poco a poco. Entre todos formábamos una nueva familia; Cayo nos trataba con deferencia, y a Marco con cariño verdadero, y además las múltiples ocupaciones que llenaban nuestros días nos dejaban poco tiempo para pensar. Cada vez que regresábamos agotados tras el duro entrenamiento en el bosque, sabía que Marco pensaba que el momento de su venganza estaba más cerca. En ocasiones el odio es más fuerte que el dolor... y nosotros tratábamos de que el muchacho tampoco olvidara lo que era el amor, para que este equilibrara la balanza de su alma.

Con el tiempo la nieve se convirtió en agua, y comenzaron a verse las primeras flores, que poco a poco fueron inundando los campos circundantes a la ciudad, anunciando el fin del invierno. Los clientes que atendíamos en la taberna eran cada vez más; aunque la mayoría seguían solicitando viandas frías para llevar, durante el gris invierno muchos se habían animado a templar sus estómagos con los guisos de Aspasia, y debían de haber difundido entre sus conocidos las bondades de su cocina, pues cada vez iba siendo más habitual escuchar el escándalo propio de una taberna mayor en nuestro reducido local. Tal fue el volumen de trabajo que tuvimos que desempeñar Galieno y yo como improvisados camareros, mientras Aspasia luchaba en las cocinas, que finalmente tuvimos que contratar a una joven hispana para asistirnos en nuestras tareas. La chica era una auténtica beldad de cabellos dorados y generosas curvas, que traía de cabeza no solo a nuestros clientes, sino también a Galieno y a Marco –para el que la pubertad ya llevaba algún tiempo llamando a su puerta–, que iban tras ella como corderitos. Silvia tenía unos dieciséis años, y Aspasia la había conocido en el mercado donde acudía

con frecuencia a aprovisionarse. Hija de un campesino de los alrededores, acompañaba a su padre a vender su mercancía; trabó amistad con Aspasia, y solía reservarle los mejores productos de su huerta. Al ver que requería cada vez mayores cantidades, el padre de la chica empezó a sugerirle con insistencia que contara con Silvia si necesitaba ayuda, pues en su casa apenas tenían para mantener a sus cinco hermanos, y si ella pudiera comenzar a ganarse la vida por su lado, supondría al menos un pequeño alivio para su familia.

Una de esas tardes, tras aguantar con paciencia el mal humor que me invadía al tener que soportar las exigencias de los numerosos clientes mientras me esforzaba en no derramar los cuencos de guiso que Aspasia iba colocando sobre la barra más deprisa de lo que podíamos repartir, mi hispana me indicó que la siguiera hasta la cocina, me contó su idea, y a mí me pareció, sin duda, un plan excelente. Más difícil fue convencer a Fidelio para que la muchacha pudiera disponer de un jergón en el ala de los sirvientes de la casa principal, ya que en nuestro pequeño habitáculo no cabía ya ni un alfiler. Por último, y tras la intercesión de Marco –creo saber en lo que estaba pensando–, la muchacha pasó a vivir en la *domus*, y a trabajar en la taberna desde el amanecer hasta el atardecer. Gracias a ella también adquirimos una durísima negociante en el mercado. Conocía todos los productos y lo que costaba producir cada uno, además de haber vivido los entresijos del negocio desde muy pequeña, y se movía como pez en el agua en el regateo, por lo que a partir de entonces comenzamos a ver cómo gastábamos menos dinero en las compras, a pesar de que cada vez adquiríamos más provisiones y de mayor calidad. Pasamos un verano atareado, lleno de trabajo y actividad física en nuestro entrenamiento particular. Además de hacerlo en el bosquecillo, nuestros jóvenes comenzaron a competir un día tras otro para obtener una mirada de nuestra nueva camarera. Por suerte –y también gracias a los sabios consejos de Aspasia–, Silvia evitaba las atenciones de los dos jóvenes toros en celo lo mejor que podía. Sin dejar de ser amable con ellos, sí que trataba por todos los medios no quedarse a solas con ninguno, por lo que nunca se separaba de Aspasia, y así teníamos un quebradero de cabeza menos en nuestro día a día. Buena chica, pensaba yo, porque si yo hubiera estado en la

situación de cualquiera de ellos, sé que habría albergado unas intenciones nada inocentes. Esta competencia se vio también reflejada en nuestros entrenamientos vespertinos, que cada día eran más intensos, y en los que no era raro que alguno de los dos jóvenes regresara a *Lucus* magullado, no solo en su cuerpo, sino también en su orgullo, y con un humor de mil demonios. Galieno, pese a la evidente superioridad física que le proporcionaban los cuatro años de más que tenía con respecto a Marco, trataba de evitar golpes muy duros, pero en ocasiones en el fragor de la pelea se dejaba llevar por la situación. Aproveché para llevar a ambos en mis visitas a la finca, para que salieran de ese ambiente de competición enfermiza, y para intentar meterles un poco de sentido común en sus duras molleras dominadas por el ímpetu de la adolescencia. El aire libre, el contacto con los caballos y con la vida real de una finca, el trabajo duro y los entrenamientos, y el tenernos únicamente los unos a los otros funcionaron de mil maravillas para mi propósito, ayudando a dejar atrás sus estúpidas rencillas.

Pasado el verano, la armonía regresó por completo a nuestra humilde taberna. Aunque sin dejar de mirar a la muchacha cada vez que podían, los jóvenes empezaban a reflejar en sus rostros indicios de complicidad, en lugar de la anterior competencia. En el capítulo económico tampoco podíamos quejarnos: cada vez eran más los clientes que acudían a nuestro local a gastarse unas buenas monedas. No solo frecuentaban el lugar los lugareños, sino que también empezaron a verse algunos viajeros que estaban de paso en la ciudad. Incluso, y para desagrado de todos, algunos de los suevos residentes comenzaron a aventurarse a probar las sabrosas recetas de Aspasia. Cuando los veía sentados en alguna de las mesas, apenas podía disimular mis gestos de crispación, y aunque ellos no se daban por aludidos, yo notaba claramente como la tensión se apoderaba del ambiente. Me acostumbré a guardar un *gladius* bajo la barra, además del puñal que siempre me acompañaba, temiendo que la tirantez desembocara en alguna situación comprometida. Por mi parte temía particularmente que alguno de esos momentos en que los suevos comían y bebían a sus anchas coincidiera con una de las visitas de Marco, porque creía saber cómo reaccionaría el exaltado joven si tuviera la ocasión.

Una mañana de domingo del mes de octubre, cuando ya las hojas de los árboles comenzaban a mostrar los apagados colores propios de la estación entrante, Marco irrumpió en la taberna arrastrando a su tío por la manga de su blanca túnica, mientras le instaba a apresurarse. Hacía tiempo que el noble Cayo no pasaba por la taberna, y su inesperada visita me hizo temer algún posible problema. El noble hispano trataba de calmar a su excitado sobrino, mientras me miraba como intentado disculparse por la situación.

–¡Attax, Galieno! Venid a escuchar esto... –nos llamó– ¡Roma ha vencido!
¡Los hunos han sido derrotados por Aecio!

Acudimos con presteza, y aprovechando que en ese momento las mujeres se bastaban en la cocina y en la barra, nos sentamos con ellos en la mesa del fondo.

–Cuéntales lo que te ha dicho el obispo Agrestio después de la misa, tío Cayo –Marco insistía impaciente, incapaz de mantenerse quieto en su asiento–, ¡cuéntaselo!

Cayo suspiró y le hizo señas para que se calmara.

–Tranquilo, Marco, para contar esta historia necesito aclararme la garganta primero, y creo que Attax también considerará oportuno acompañarla de un trago de vino –dijo guiñándome un ojo.

Galieno, sin necesidad de que dijera nada, partió presto hacia la cocina, y en un instante se encontraban sobre la mesa una buena jarra de vino con cuatro vasos. En un primer momento, Cayo contó los vasos varias veces, pensando en que se habría equivocado al incluir uno para su sobrino; hice un gesto a Galieno y regresó con una jarra de agua, para diluir el vino de Marco y así no escandalizar a su tío.

–Bien –comenzó Cayo con parsimonia, para exasperación de su sobrino–. Acabábamos de asistir a la liturgia sagrada de la eucaristía, oficiada por el obispo de la ciudad...

–¿Y qué es eso tan importante que hay que contar? –pregunté, divertido—. No se habrá presentado el espíritu santo en vuestra reunión, ¿verdad?

–Attax, sabes que no deberías jugar con eso. La salvación de tu alma es más importante que tu propio ego –me amonestó Cayo, muy serio, antes de continuar. Tomó aire y su rostro se iluminó con una gran sonrisa—. Hoy han llegado buenas noticias a la ciudad: nuestras plegarias, y las de los santos que moran en nuestra *Gallaecia*, han sido escuchadas. El encuentro entre las tropas de Atila y las del Imperio ha tenido lugar, y el huno ha sido derrotado. Dios quiera que ahora, una vez pasada la amenaza, el emperador pueda cumplir su promesa de expulsar a los invasores de *Hispania*.

Galieno abrió los ojos desmesuradamente, Marco parecía a punto de aplaudir, y yo me limité a menear la cabeza a la espera de más información. Tras otro largo trago de vino, Cayo continuó.

–Disculpad, pero a veces mis ansias por regresar al buen orden de nuestros antepasados me pierden. Como os decía, el encuentro entre ambos ejércitos tuvo lugar al norte de las *Galias*, en una gran llanura que las crónicas conocerán como los Campos Catalaúnicos. Allí ha tenido lugar la batalla más importante de nuestros tiempos, y quien sabe si la más importante de la historia. –Se notaba que para Cayo este era un momento importantísimo, y así se traslucía en la tensa emoción de su semblante.

Realmente estaba intrigado por los hechos que comenzaba a desgranar. Desconocía por completo a los actores de la trama, pero hacía muchos años que no asistía a un buen relato sobre una batalla –que no fuera contado por mí, claro–, aunque dudaba mucho que el narrado por Cayo, dentro de toda su buena intención y su corrección romana, pudiera compararse con las emocionantes historias que se contaban en mi infancia en el campamento vándalo a la luz de las fogatas, mientras un enfervorecido Gelimer nos hablaba de los asedios, las batallas, los combates singulares de los campeones, y todos los niños lo mirábamos embelesados, mientras en nuestras jóvenes cabezas nos imaginábamos dando mandobles a diestra y siniestra, siguiendo la estela de la enseña de la serpiente al adentrarse entre sus enemigos.

Cayo había obtenido la información conversando con el obispo y con el rector de la ciudad. Atila y sus hunos, seguidos por sus pueblos-esclavos, como los llamaba Cayo, habían cruzado el *Rhenus* durante la primavera, y habían penetrado en la castigada provincia gala saqueando a placer. Ante lo inadmisibles de la situación, hasta allí se desplazó el *Magister Militum* Flavio Aecio, seguido por parte de lo que quedaba del ejército regular de Roma, contingente a todas luces insuficiente para contener la feroz marea que se abalanzaba sobre el imperio. Así, tras meses de ardua diplomacia, logró tejer una firme alianza entre los distintos pueblos germanos que llevaban décadas siendo Federados del emperador, consiguiendo que dejaran atrás antiguas rencillas, e incluso hostilidades abiertas, para unirse y presentar un frente compacto ante la temible amenaza huna. Así, el ejército romano consiguió aglutinar contingentes de godos, burgundios, francos e incluso de alanos –para mi sorpresa– con sus reyes al frente, y como decía Cayo, contar también con la ayuda más crucial: la de Dios y sus arcángeles guerreros, que llevaron en volandas a Aecio en lo más crudo de la batalla.

Reconozco que empezaba a cogerle el gusto a la forma de contar la historia del hispano; tanto yo como los muchachos lo escuchábamos con atención, y él llenaba el relato de pausas dramáticas para acompañar los momentos álgidos.

Cuando ya el verano resplandecía en los campos de la *Galia* y las mieses habían sido segadas y recogidas, tras algunas escaramuzas menores, se llegó al choque frontal entre las dos grandes masas de hombres. Según nuestro cronista, cada bando estaba compuesto por centenares de miles de hombres, y la batalla duró días enteros, incluidas sus noches, en las que hordas de guerreros vociferantes se abalanzaron unas sobre otras despedazándose sin piedad, mientras los veteranos de Aecio iban desplazándose, buscando las partes más cruentas de la batalla, actuando como efectivas máquinas de matar, letales y omnipresentes.

No pude evitar preguntarme si la batalla tendría el mismo aspecto si no la estuviera relatando un romano. Esperaba tener algún día la oportunidad de unirme a las invencibles tropas de Aecio, si es que por fin se decidían a atacar

a los suevos, y si contábamos con la ayuda de esos temibles arcángeles guerreros de los que hablaba Cayo con fervor, pues mejor que mejor. Volví a concentrarme en el relato.

La batalla parecía estancada, hasta que un lance inesperado vino a decantar la balanza del lado romano. El rey godo Teodorico murió atravesado por una flecha enviada desde el frente huno, y su hijo Turismundo, en lugar de abandonar su posición con el resto de sus guerreros, ocupó el sitio de su padre y dirigió a sus hombres contra el centro de la formación enemiga para vengar la muerte de su progenitor. El valiente Aecio y sus experimentadas tropas aprovecharon el momento y se unieron a él en su suicida avance, desenvolviéndose con tan buen hacer que hasta el mismo Atila tuvo que retirarse apresuradamente y buscar refugio entre los restos de su campamento.

Al día siguiente los hunos supervivientes levantaron el campo, pero los extenuados restos del ejército de Aecio tuvieron que dejarlos huir sin poder hacer nada por evitarlo, pues después de horas de cortar las cabezas de sus enemigos, apenas les quedaban ya fuerzas para levantar el brazo de la espada o avanzar un solo paso más. Así, el imperio había salvado una situación extremadamente comprometida. Atila había escapado, y con él muchos de sus hombres, por lo que la victoria no había sido completa; pero al menos el moribundo imperio había ganado algo de valioso tiempo.

Los muchachos estaban encantados con el relato; puede que no tanto con el modo de narrarlo, mucho más parsimonioso que el mío, pero sí con el resultado de la batalla. Tras años en que las pocas noticias que llegaban del otro lado de los montañosos Pirineos estaban llenas de fracasos y luchas en las que Roma apenas podía contener las amenazas que se cernían sobre su territorio, por fin una gran batalla se había decidido del lado imperial. Además, parecía que los hispanos habían encontrado un nuevo héroe en la imagen de Flavio Aecio, el *Magister Militum* que había sofocado la amenaza huno. Brindamos por él, e incluso Cayo hizo la vista gorda cuando Marco tomó un vaso de vino sin diluir, aunque al segundo ya le pareció que era demasiado, por mucho que la situación lo mereciera, y se llevó al muchacho a casa.

Durante los días siguientes se respiró un ambiente optimista en la ciudad, pese a que en realidad el desenlace de la batalla, que había tenido lugar hacía ya más de cuatro lunas, no supusiera ningún cambio real en nuestra vida cotidiana. Durante nuestros ejercicios, los jóvenes escogían entre ser Aecio o Atila, y se revolcaban por el barro como auténticos jabatos; muchas veces el pobre Mario tenía que rehacer a toda prisa los machacados escudos para poder utilizarlos al día siguiente, después de los enconados combates a espada. Misteriosamente siempre ganaba Aecio, por lo que cada día iban cambiando de personaje. Todo el constante y exigente entrenamiento empezaba a reflejarse en los cuerpos de los chavales. Puro nervio, ambos comenzaban a lucir una imagen magnífica, fuertes y sin pizca de grasa sobrante; viéndolos me sentía gordo y viejo, aunque siempre había tenido una constitución recia, y aún a mi edad mantenía una imagen imponente. O, por lo menos, eso me aseguraba mi zalamera Aspasia.

Un día en el que el frío comenzaba a apretar, y el cielo amenazaba con liberar un aguacero monumental, poco antes de la hora de cerrar entraron en la taberna tres suevos con ganas de alboroto. Formaban un feo grupo, ruidosos como cerdos en el matadero, y se desenvolvían con arrogancia, tratando a Silvia y Aspasia con zafia brusquedad. Uno de ellos exigió a grandes voces algo caliente para comer, y se dirigieron a una de las mesas cercanas, mientras seguían a las mujeres con la mirada intercambiando comentarios soeces. Yo me situé detrás de la barra con cara de pocos amigos, para dar a entender que no estábamos precisamente de buen humor, e indiqué a ambas que se quedaran en la cocina, lo que provocó las protestas de los suevos, que golpeaban la mesa entre grandes risotadas reclamando que volvieran al comedor. Les fulminé con la mirada mientras les acercaba su segunda jarra de vino –la última que pensaba servirles–, esperando que acabaran cuanto antes y se largaran a continuar su escandalosa juerga en otro lugar. Ya estaban terminando el guiso cuando vi aparecer a Marco por la puerta del local. El muchacho había venido un poco antes del cierre para ayudar a Aspasia con las cuentas, para luego poder ir a entrenar antes de que el tiempo empeorara; en

cuanto se dio cuenta de la situación, la sonrisa que traía se le congeló en la cara. Salí de detrás de la barra, lo acompañé hasta donde estaba Galieno limpiando los ennegrecidos pucheros y le pedí que ayudara a su amigo hasta que nuestros desagradables clientes se hubieran marchado.

Los suevos continuaron reclamando más vino, de muy malos modos. Me armé de paciencia antes de acercarme a su mesa, y les expliqué que estábamos a punto de cerrar, y que tan solo les serviríamos una última jarra que debían apurar sin dilación. El mayor de ellos se quejó de la clase de taberna que era aquella en que no servían a los clientes, mientras uno de sus compañeros, que hacía gala de una sonrisa torcida que revelaba más huecos que dientes, arrojó sobre la mesa una pesada moneda de plata, de las llamadas silicuas, que los propios suevos acuñaban con la efigie de su rey Rechiario, de las que había oído hablar pero que nunca había visto. El sujeto alardeó de la moneda, diciendo algo así como que ese era el único idioma que entendían los hispanos, y que ya era hora de que supieran quien era su Rey. Pasé por alto el comentario, deseando que Marco estuviera lo suficientemente ocupado en la trastienda para no haberlo escuchado, y le hice una seña a Silvia para que aguara ligeramente la jarra de vino antes de servirla, lo justo para que no pudieran quejarse, pero lo suficiente para que ingirieran la menor cantidad de alcohol posible. Me quedé de espaldas a la escena tratando de calmar mediante gestos a Aspasia, que se asomaba constantemente desde la cocina para confirmar que todo fuera bien, cuando el sonido de un golpe y la caída de los taburetes hizo que me diera la vuelta, sobresaltado.

Más tarde me enteré, por boca de Galieno, de lo que había sucedido. El bastardo desdentado, después de que Silvia hubiera dejado la jarra en la mesa sin apenas levantar la vista del suelo, la agarró por la cintura y la sentó bruscamente en su regazo mientras intentaba manosearle el trasero. Marco, que al notar la inquietud de Aspasia acababa de asomarse desde la cocina, salió disparado como una centella, y para sorpresa de todos y en primer lugar del suevo, el chico le estampó un tremendo puñetazo en la cara que hizo que el individuo soltara a la muchacha y cayera hacia atrás. En ese momento oí el escándalo y me di la vuelta, cuando ya los otros dos tipos se levantaban para

darle su merecido al muchacho. Salí corriendo hacia la mesa, y descartando el poder convencer a los suevos de que lo dejaran en paz –en mi fuero interno sabía que los tipos tenían razones para querer darle un escarmiento–, me abalancé sobre el que tenía más cerca, haciéndolo rodar por el suelo. Galieno siguió mis pasos y asestó una fuerte patada en la cara al desdentado, que pugnaba por levantarse después del mamporro que le había propinado Marco. Aticé un sonoro cabezazo a mi oponente y lo dejé sacudiendo la cabeza, conmocionado, para enfrentarme con el que intentaba golpear a Marco. El chico presentaba muestras de haber recibido un buen golpe en la cara, pues tenía el pómulo morado e hinchado, pero seguía de pie haciendo frente al tipo, que le doblaba en edad. Me interpuse entre ambos, y al ver que su oponente había cambiado y que sus compañeros estaban fuera de combate, el suevo hizo un gesto de rendición, alzando las palmas de sus manos con aire conciliador. Le dije que si no quería que le partiera su sucia crisma, recogiera a sus amigos y abandonara la taberna, que podía guardarse su moneda y que, desde luego, no volvieran por allí. El suevo asintió, se apresuró a reanimar a sus compañeros, y abandonaron el local entre insultos y amenazas –aunque aguardaron hasta estar a escasos dos pasos de la puerta para comenzar a proferirlos–. Habría que tener mucho cuidado en el futuro, y asegurarnos de no dejar solas a las mujeres mientras el local estuviera abierto. A partir de ahí no volví a llevar a Galieno a la finca, y cuando yo no estaba, él se ocupaba de protegerlas, bien secundado por el fiel Mario.

Me acerqué a Marco, y pese a los gestos de dolor del muchacho cogí su rostro entre mis manos para comprobar el alcance del golpe. Sin duda había sido un buen puñetazo, y el pómulo aparecía hinchado y amoratado. Él intentó zafarse, aduciendo que no había sido nada, pero yo no cedí en mi empeño hasta asegurarme de que no tenía nada roto, y que con los cuidados y las hierbas de Aspasia estaría bien en unos días, una vez hubiera desaparecido el hematoma. Reprendí al muchacho con seriedad, no tanto por cómo había actuado –en el fondo aprobaba su fogosidad–, sino por la escasa previsión que había mostrado. No siempre contaría con mi apoyo y el de Galieno para echarle una mano, y en adelante debía cuidarse de interpretar bien la situación antes de actuar, esperando el momento y el lugar idóneos para atacar. Aun así,

confieso que estaba encantado con el valor que había demostrado; había logrado tumbar a un hombre que le doblaba en edad, e incluso me parecía probable que a partir de ese momento la ya fea sonrisa del suevo contase aún con menos dientes. Pero no podía evitar pensar en que a partir de entonces debíamos estar bien atentos a nuestras espaldas. Después de todo, sabían donde encontrarnos.

Convencí a Marco para que me permitiera explicarle a su tío una versión suavizada de lo ocurrido, ya que el amoratado rostro del muchacho inevitablemente traería consigo preguntas incómodas. Por la noche me dirigí a la *domus*, y le pedí a Fidelio que anunciara mi visita. En un primer momento valoré la opción de mentir descaradamente a nuestro anfitrión, contándole que el chico se había caído del caballo mientras nos ejercitábamos; pero también deseaba pedirle que, bien Mario, o bien su compañero Sila, pudieran estar disponibles para apoyar a Galieno en la vigilancia de la taberna durante mis visitas a la finca, y supuse que mi repentina solicitud, planteada el mismo día que Marco volvía a casa magullado, destaparía fácilmente la mentira.

Finalmente decidí contarle a Cayo parte de la verdad, aunque sin especificar cómo se había desarrollado la situación, quiénes habían sido los agresores –o, mejor dicho, los agredidos–, ni el motivo del conflicto. La describí como una simple riña de taberna, en la que el muchacho se había visto envuelto simplemente por encontrarse en un mal momento en el lugar equivocado, lo que me valió recibir gran parte de la reprimenda del disgusto hispano.

Después de nuestra conversación hizo llamar a su sobrino. Crucé con él una mirada de advertencia, y él pareció entender que haría mejor estando callado, y se limitó a aguantar el sermón de su tío con la cabeza gacha y una expresión angelical que reconocí, no sin cierto enojo, como la misma que había usado ya en varias ocasiones para apaciguarme a mí cuando le reñía. Como siempre, le funcionó a las mil maravillas, y Cayo acabó por mostrarse comprensivo, aunque le dejó claro que no aprobaba su comportamiento. Creo que el pobre hombre ya había comprobado por sí mismo que el muchacho tenía una férrea personalidad, y que poco se podía hacer frente a ella.

El invierno siguió su curso sin que tuviéramos que lamentar más problemas, e incluso, con el tiempo, casi llegamos a olvidar el incidente. Cuando lo más duro de la estación quedó atrás, regresamos a nuestros entrenamientos con renovados ánimos.

El año siguiente, el 452 según el cómputo cristiano, transcurrió apaciblemente, volcados como estábamos en el trabajo, y viendo a los muchachos crecer a pasos agigantados. Galieno ya era un hombre hecho y derecho, y Marco cada vez tomaba más la apariencia del hombre que sería en lugar del niño que yo había conocido. Para la provincia, tal y como aventuré en su momento, el desenlace de la lejana batalla contra los hunos no supuso ningún cambio en la vida de sus habitantes. Rechiario se encontraba devastando a placer amplias zonas de la *Tarraconensis* y las montañas dominadas por los vascones; mientras, *Gallaecia* vivía en relativa y tensa calma, esperando a que alguno de los contendientes se llevara el gato al agua. Y esta situación no se hizo esperar: al año siguiente, tal y como nos enteramos por Cayo, una embajada de Roma enviada por el mismo emperador vino a poner fin a las correrías del rey suevo en la *Tarraconensis*. Se firmó un tratado –uno de tantos, como diría *a posteriori* el hispano– que se saldó con el compromiso de Rechiario de retirarse de las provincias *Carthaginense* y *Tarraconensis*, para regresar a sus bases en el finisterre hispano. Para el imperio podía ser una buena noticia, pero en el fondo suponía el regreso del rey suevo y sus bandas guerreras a suelo galaico. Aun así, no tuvimos que lamentar ataques a la ciudad. *Lucus* seguía siendo independiente, aunque compartiera su espacio con algunos suevos, y la cercanía de Rechiario no alteró esta situación. Sin embargo, nos llegaron noticias de que otras regiones de la *Gallaecia* central sí sufrían bajo el acoso de los invasores.

Por otra parte, la situación en Roma no hacía más que empeorar, recordando a los peores y más inciertos tiempos que rememoraba un desasosegado Cayo. Al año siguiente de la firma del tratado, el héroe de Roma, “el último romano” como era llamado tanto en los confines del imperio, como en la propia *Hispania*, Flavio Aecio, el hasta entonces *Magister Militum* del imperio de occidente, fue asesinado por el propio emperador,

temeroso de su popularidad e influencia sobre el pueblo y el ejército. Poco tiempo después, el mismo emperador pereció asesinado a manos de antiguos partidarios del difunto militar, y la anarquía se cebó de nuevo con el inestable imperio. Rechiario, consciente de que la situación le era propicia, decidió romper el tratado y se aventuró una vez más al saqueo de la *Carthaginense*, desguarnecida y ya sin posibilidad de recibir refuerzos por parte de una Roma ocupada en rumiar sus propias miserias.

Aunque seguíamos con interés las noticias que iban llegando a nuestros oídos, nuestra rutina diaria permanecía constante. Yo estaba cada vez más satisfecho con los resultados de los entrenamientos: los progresos de los muchachos eran evidentes, y cada vez me costaba más hacer que mordieran el polvo durante nuestras largas peleas. Habían aprendido a reaccionar incluso ante los más sucios ardides de mi extenso repertorio, y empezaba a temer el momento en el que alguno de ellos lograra derrotarme al fin, y Aspasia tuviera que enfrentarse a la ardua tarea de remendar mi maltrecho orgullo además de aplicarme otra de sus cada vez más habituales cataplasmas de hierbas. Quizás no llegarían a ser grandes luchadores a caballo, ya que nunca pudimos entrenar a conciencia ese arte, pero como infantes tenían una digna preparación y una predisposición envidiable. Y pronto tendrían ocasión para poner a prueba sus mañas.

Un buen día, ya cerca del anochecer, regresábamos exhaustos de nuestro encuentro en el claro del bosque. Mario y yo íbamos en cabeza, avanzando lentamente sobre nuestros caballos, y Marco y Galieno nos seguían a pie, con las bridas en la mano, compartiendo bromas sobre el último combate que habían mantenido. Cruzamos la puerta, saludando a los guardias, en medio de una muchedumbre espesa que entraba y salía sin cesar. Enfilábamos ya el camino de regreso a la *domus* cuando Marco cayó en la cuenta de que su brazalete de plata, regalo de su tío Cayo, ya no adornaba su muñeca. Sobresaltado, dio media vuelta, y seguido por Galieno fueron desandando sus pasos con la esperanza de encontrarlo caído entre los pies de la gente. Yo dudaba seriamente que tuviera tanta suerte; más bien suponía que algún rufián de dedos ágiles habría aprovechado la marea humana que nos rodeaba para

simular un choque fortuito y hacerse con la alhaja, pero el muchacho le tenía aprecio y no quería rendirse sin al menos echar un vistazo. No insistí, planeando disfrutar con mi dulce Aspasia del momento de intimidad que el retraso de los chicos nos proporcionaría. Les recordé que no tardaran demasiado, pues faltaba menos de una hora para que los guardias cerraran la pesada puerta, y continué hacia la *domus* con Mario.

Los chicos volvieron hacia atrás, luchando para avanzar entre el gentío que se agolpaba en el sendero como si tuvieran que remontar un río a contracorriente. Ya estaban a punto de rendirse y regresar cuando Marco vislumbró un destello familiar: un niño pequeño, moreno y muy sucio que los observaba desde el borde del camino extendió el brazo hacia ellos y les mostró el plateado brazalete. Avisó rápidamente a Galieno y salieron tras él. La aglomeración de gente impedía que pudieran montar en sus caballos, por lo que anudaron las bridas a sus muñecas y avanzaron a duras penas, tratando de no perder de vista al chiquillo, que se fue internando cada vez más por las laberínticas callejuelas del arrabal que se extendía más allá de las murallas. La persecución fue ganando velocidad, a medida que la riada de gente se diluía, hasta que, ya casi corriendo, llegaron a un estrecho y oscuro camino, enfangado y maloliente, que parecía no tener salida. El mocoso se dio la vuelta para enfrentarse a ellos, con una sonrisa pícaro y el brazalete bien aferrado. En ese momento una figura mayor surgió desde uno de los ruinosos edificios para colocarse al lado del niño, al que removió los sucios cabellos con ademán satisfecho. Marco y Galieno, sorprendidos por el cariz que tomaba el asunto, se miraron sin saber muy bien qué hacer; el sujeto les obsequió una cruel sonrisa torcida que dejó a la vista una boca falta de dientes que Marco reconoció con un escalofrío. De repente, las sombras se llenaron de movimiento: otros tres individuos surgieron desde los callejones adyacentes, cortando el paso a los muchachos mientras blandían amenazadoramente unas pesadas porras de madera. Marco fue el primero en reaccionar, liberando de un tirón su escudo de la silla de su caballo, y enseguida lo imitó Galieno. Se colocaron espalda contra espalda, oponiendo sus rudimentarios escudos a sus agresores. El primer ataque no se hizo esperar, y probablemente fue esa precipitación la que les salvó de recibir una

soberana paliza, pues sin esperar a la señal del desdentado, sus compañeros se abalanzaron sobre los muchachos con las porras en alto. Galieno dio un paso adelante, y recibió a uno de los atacantes estampándole el borde de su escudo en la boca del estómago cuando aún no había tenido tiempo de descargar el primer golpe, dejándolo tendido en el suelo, sin resuello. El siguiente, que perdió parte de su impulso al intentar evitar el cuerpo del caído, logró descargar su porra, pero el hispano pudo agacharse rápidamente mientras se cubría con el escudo, que retumbó con el impacto de madera sobre madera. Marco, al ver la pasividad del desdentado y el hueco que habían dejado sus compañeros, dio media vuelta para propinar una terrible patada en los riñones al atacante de Galieno, que se dobló de dolor, antes de esquivar el golpe del desdentado, que por fin se había animado a unirse a la pelea. Aprovechando el espacio que había quedado libre, pudieron por fin montar de un salto en sus caballos, que azuzaron para salir del oscuro callejón, casi arrollando al suevo que quedaba en pie en su prisa por evitar los primeros porrazos que trataban de alcanzar a los pobres brutos. Uno de los golpes alcanzó la pierna de Galieno, que casi no fue consciente del dolor hasta que, empapados en sudor, desmontaron frente a la taberna, y pudo comprobar que apenas podía apoyarla en el suelo. Las voces de Marco nos alertaron, y salí rápidamente de la trastienda, despeinado y con la ropa a medio arreglar, dispuesto a protestar por tan inoportuna interrupción, mientras Aspasia se vestía apresuradamente. Pero al ver el estado de nerviosismo de los chicos me quedé con la palabra en la boca. Entramos en la taberna y allí, mientras Aspasia examinaba la pierna herida de Galieno, nos relataron su peligrosa aventura. Lo de menos era la pérdida del brazalete –aunque Marco no era de la misma opinión–: lo realmente importante era que, pese a las ingenuas ilusiones que habíamos alimentado tras el primer incidente, estaba claro que esos tipos no lo habían olvidado, ni mucho menos, sino que tan solo habían estado esperando el momento adecuado para vengarse. Tal vez fuera necesario pasar al ataque para dejar zanjada esa fea situación.

Los siguientes días estuvimos atentos a cualquier movimiento extraño que se produjera en los alrededores de la taberna, aunque después de la paciencia que habían demostrado para planear la encerrona del callejón, no sabíamos si debíamos temer un ataque directo o esperar más bien una nueva trampa. Durante el tiempo en el que las molestias en la pierna de Galieno nos impidieron continuar con nuestra rutina de entrenamientos, no permanecimos ociosos. Aunque tras la enrevesada persecución del mocoso que los guió hacia la emboscada, y la posterior huida precipitada a caballo, los muchachos no se veían capaces de localizar el callejón donde los habían atacado, y tampoco nos parecía buena idea dejarnos ver demasiado por aquellos arrabales infestados de suevos, pronto encontramos una inesperada aliada en nuestra joven belleza, Silvia. Mientras Aspasia atendía las magulladuras del muchacho, Silvia solía ayudarla en lo que necesitara; Galieno adoptaba entonces una estudiada pose de héroe malherido que le garantizaba recibir sus mimos y atenciones, y de la que se aprovechaba desvergonzadamente cada vez que tenía ocasión. Viendo nuestra preocupación, la chica se ofreció para intentar averiguar el paradero del desdentado, y cuando tratamos de convencerla de que una muchacha como ella andando sola por ahí no podía más que meterse en líos, se rio, descarada, y nos prometió que no tendría que ir más allá del mercado para conseguir la información. Y lo cierto es que, apenas unos días más tarde, la joven recibió un mensaje de uno de sus antiguos compañeros, y nos hizo partícipes, luciendo una sonrisa cómplice y satisfecha, de las señas del suevo. Sin duda Silvia era una caja de sorpresas, que pese a su aspecto frágil sabía moverse entre el vulgo como pez en el agua.

Esperamos nuestro momento con calma, pues aún no las tenía todas conmigo sobre cómo debíamos proceder con el desdentado, y también quería dejar que se confiara un poco en nuestro miedo. Por fin, ya entrada la primavera, decidí que no debíamos retrasar más el escarmiento. Nos levantamos muy temprano, cuando las puertas de la ciudad permanecían cerradas aún; los guardas, acostumbrados ya a nuestras idas y venidas, nos saludaron, algo somnolientos tras la fría noche de ronda, sorprendidos por lo inusual de nuestra hora de visita. Me costó poco convencerlos de que habíamos tenido que cambiar nuestro horario para no incomodar a Cayo,

nuestro señor, que requería de todo el personal de la casa para esa tarde. Tras un rato de conversación y el intercambio de unas pocas monedas, accedieron a franquearnos el paso antes incluso de que saliera el sol. Miré a los muchachos y a Mario, que también nos acompañaba, y emprendimos silenciosos el camino que nos había indicado Silvia.

Una vez nos alejamos de la puerta desenrollamos el hatillo que contenía las espadas, para llevarlas al cinto y poder desenfundarlas rápidamente al más mínimo problema. Realmente, aquellas calles eran un laberinto y no era de extrañar que los jóvenes apenas recordaran cómo habían llegado hasta allí. La casa que nos había señalado Silvia les resultaba vagamente familiar. Entregué la brida de mi caballo a Mario, y le hice una seña a Marco para que me siguiera, espada en mano, hacia el interior. La puerta no estaba atrancada, y tras un firme empujón cedió sin hacer demasiado ruido. Nos detuvimos un instante en la oscuridad, escuchando las pesadas respiraciones de los ocupantes de la cabaña, mientras tratábamos de distinguir con cuantas personas nos las tendríamos que ver. Pero nuestra primera intención de entrar sigilosos se fue rápidamente al traste, pues apenas traspasar el umbral tropecé en la penumbra con un bulto –quizás un cubo, o un orinal– que se volcó con estruendo. Hice una seña a Marco para que entrara rápidamente y tomara posiciones, mientras las figuras tendidas comenzaban a incorporarse. Sin perder más tiempo, me abalancé sobre la mayor de ellas, que esperaba que correspondiese a nuestro desdentado, mientras Marco, blandiendo su espada, protegía la puerta para impedir cualquier intento de fuga. El desdentado reaccionó con rapidez a mi ataque; sin duda estaba acostumbrado a pelear, pues me costó un buen rato tumbarlo, inconsciente, sobre el suelo de tierra apisonada. Pensé que, según el contenido del recipiente que había volcado, y que empezaba a formar un charco alrededor del suevo fuera agua u orina, despertaría de mejor o peor humor.

Noté a mi lado un borrón de movimiento que se dirigía hacia la puerta. Marco extendió rápidamente el brazo y logró asir al escurridizo chiquillo, que comenzó a agitarse, tratando de zafarse, hasta que tras un rato de forcejeo pareció rendirse y se quedó muy quieto, mientras Marco lo sujetaba con

firmeza. Con los ojos ya más acostumbrados a la escasa luz, pude observar la estancia con más detenimiento. La otra de las figuras que se había incorporado pertenecía a una mujer de pelo largo y despeinado, que me clavaba una mirada entre asustada y amenazante, sin decidirse a moverse. Un anciano descansaba en un pequeño catre, pero su expresión era ausente, como si no fuera capaz ya de enterarse de lo que ocurría a su alrededor. El resto –tres sombras más– eran niños pequeños; uno de ellos comenzó a gimotear suavemente y la mujer le chistó para que se callara. El desdentado aún no había despertado, y parecía que soñara plácidamente.

Me incliné hacia el individuo y lo sacudí levemente. Emitió un leve gruñido y se llevó la mano a la cabeza, y cuando alzó el brazo pude ver que llevaba puesto el brazalete de Marco. Al muchacho le quedaba grande, pero al suevo le quedaba bastante justo, por lo que no fue tarea fácil quitárselo. Cuando lo logré, lo acerqué a sus ojos aún desenfocados.

–Creo que esto no es tuyo, amigo. Bien, ahora nos vamos a ir de esta pocilga, y tú te vas a estar tranquilito, por tu propio bien y el de tu familia – dije, mientras señalaba a su alrededor con mi espada–. Aunque mi compañero romano piensa que deberíamos llevarte ante las autoridades (y te aseguro que no has calculado bien con quien te estás metiendo), al final lo he convencido para que arreglemos esto entre nosotros. Por mí, lo podemos dejar así. Y si algún día andas borracho y se te pasa por la cabeza volver a molestarnos, no olvides que ahora también nosotros sabemos donde encontrar a los tuyos.

El tipo asintió con cuidado. Miré a Marco, que ladeó la cabeza un instante y luego hizo un leve gesto afirmativo. La mujer exhaló un suave suspiro y se atrevió por fin a acercarse a consolar a los pequeños, mientras dirigía a su marido una larga mirada acusadora, como si deseara empezar a gritarle en ese mismo instante lo que opinaba sobre que hubiera puesto a sus hijos en peligro por vengar una riña de taberna.

Sin darles la espalda fui hacia la puerta y le indiqué a Marco que soltara al chaval, que era el que suponía que les había tendido la celada. Metí la mano en mi faltriquera y saqué una pequeña moneda, que puse en la mano del

sorprendido crío antes de salir. Esperaba que el asunto hubiera quedado zanjado, pues no deseaba más episodios como aquel. Subimos a nuestros caballos y dejamos atrás el arrabal, cuyos habitantes comenzaban a despertar, y nos dirigimos hacia el claro del bosque. Marco parecía pensativo. Supongo que había deseado acabar con el desdentado mientras personalizó la amenaza que representaba el pueblo que odiaba; pero no, en cambio, matar a un hombre rodeado de sus niños, en una sórdida cabaña que no contenía siquiera la más básica de las comodidades. Quizás se diera cuenta por primera vez de que, al fin y al cabo, los suevos no dejaban de ser personas. Y quizás decidiera en ese momento que su venganza necesitaría una batalla para consumarse. Un escenario donde solo hubiera hombres, acero, violencia y rabia.

CAPÍTULO XIX

Ese año, el verano fue especialmente caluroso. El ambiente en la ciudad era bastante tenso, pues en varias ocasiones pudimos sentir como el suelo temblaba bajo nuestros pies, mientras las entrañas de la tierra rugían como una bestia hambrienta. Observábamos atentamente el cielo en busca de otras señales que nos aclararan a qué dioses habíamos ofendido; y los obispos cristianos regalaban a sus fieles exaltados sermones en los que predecían numerosos desastres y vaticinaban un cercano Apocalipsis repleto de horrores.

Lo cierto es que, durante ese tiempo, la situación en el imperio continuó empeorando paulatinamente, si es que todavía eso pudiera sorprendernos. Después de la muerte de Valentiniano, el asesinato de Aecio, se produjo una contienda entre los distintos candidatos a la púrpura, de la que finalmente resultó vencedor un tal Petronio Máximo, que según nos contó Cayo, no fue capaz de mantenerse en el trono de Roma ni siquiera durante un año. Además, y para desolación de mis amigos hispanos, la propia ciudad eterna, como les gustaba llamarla, volvió a ser pasada a sangre y fuego, como hiciera el godo Alarico años atrás, en este caso por Genserico el vándalo. Tengo que reconocer que, aunque intenté que no se transluciera en mi cara por respeto a Cayo y los muchachos, me sentía orgulloso de que mi pueblo adoptivo fuera capaz de realizar tales proezas, que serían cantadas a la luz de las fogatas en las frías noches de invierno durante décadas. O más bien debería decir en las templadas noches de invierno, porque los vándalos hacía ya mucho tiempo que se habían establecido en la cálida *Africa*.

La situación no comenzó a estabilizarse –si es que se puede llamar así– hasta que subió al trono un nuevo emperador, proclamado en la vecina *Galia*, y se podría decir que en la misma capital visigoda, *Tolosa*. Avito, como así se llamaba, accedió al poder gracias al apoyo de los godos, encabezados por su

rey Teodorico, el segundo de ese nombre. Este pueblo, federado de Roma desde hacía algunas décadas, iba adquiriendo cada vez mayor importancia dentro del imperio. Cayo y sus amigos valoraron la noticia con esperanza, pues veían la posibilidad de que un emperador más cercano –al menos geográficamente– se mostrara más interesado en la situación de *Hispania* que lo que pudiera llegar a estarlo uno afincado en la lejana Roma, y los apoyara en su silenciosa lucha contra el dominio suevo.

Ya desde ese entonces empezaron a resonar las primeras informaciones sobre el acontecimiento que volvería a dar un giro inesperado a nuestras vidas. El emperador Avito envió distintos emisarios a Rechiario, instándole a terminar con sus correrías y regresar de nuevo a *Gallaecia*, y amenazándole con que, en caso de que desoyera sus indicaciones, atravesaría los Pirineos acompañado de un ejército para restablecer el orden imperial en la provincia. Sin embargo, el suevo, que había contraído matrimonio con la hija de Teodorico, y confiaba en que su suegro no lucharía contra él, continuó con sus ataques en la *Tarraconensis*, a donde se dirigió con sus tropas. Con las primeras noticias de la probable invasión, los ciudadanos de *Lucus* deambulaban nerviosos por la ciudad, sin saber muy bien qué significaría para ellos esa amenaza latente que se cernía sobre las *Hispanias*. El propio Cayo incrementó sus visitas a Palagorio, con quien los principales de la ciudad se reunían para compartir las noticias del exterior y organizar la vida de la urbe. Marco, que por fin veía una oportunidad para tomarse la venganza por la muerte de su padre, acompañaba a su tío a estas reuniones para intentar enterarse de cómo avanzaba la situación.

Una tarde, después de volver del bosquecillo, nos sentamos en una de las mesas de la taberna, con las puertas ya cerradas, para comer algo y reponer fuerzas. Yo acababa de partir un buen pedazo de pan, y me disponía a sumergirlo en el guiso, cuando las palabras de Marco hicieron que casi se me escapara de la mano.

–Abandono la ciudad. Voy a unirme al ejército del Emperador –empezó, hablando apresuradamente, como si llevara un tiempo repitiendo las palabras en su mente para comprobar cómo sonarían–. Es una decisión personal, y

aunque sería muy feliz si decidierais acompañarme, os libero de vuestro juramento. –Se volvió hacia mí–. Ya no soy un niño, Attax, así que puedes considerar sobradamente cumplida la promesa que hiciste a mi padre.

Aunque no me cogía del todo desprevenido, ya que era consciente de el chico nunca había olvidado cuál era su objetivo, sí esperaba al menos que ese momento tardara más en llegar. Pero la situación, aunque confusa y peligrosa, parecía propicia para su propósito.

–¿Pero qué estás diciendo, chico? ¿Que te vas a la guerra? –le espeté– ¿Crees que eso es tan fácil como decirlo? Por todos los dioses, ¿no sabes qué ejército vendrá, ni sabes hacia donde se dirige!

–El emperador ha ordenado a Teodorico, el rey godo, que cruce los Pirineos con sus hombres y se dirija a *Gallaecia*.

Estas eran las primeras noticias tan concretas a las que tenía acceso, y al escucharlas me pude dar cuenta de la importancia de la situación frente a la que nos encontrábamos.

–¿Y cuál es tu plan, Marco? –volví a la carga– ¿Vas a llegar allí y le vas a decir a los godos que quieres luchar a su lado? ¿Que te hagan un hueco?

–Saldré de la ciudad en los próximos días y me dirigiré hacia la frontera con la *Tarraconensis* para aguardar la llegada del ejército –se encogió de hombros, me miró, resuelto, y terminó la frase–. Una vez allí, confiaba en que tú me ayudarás a enrolarme en el ejército.

–Tu tío Cayo... ¿sabe algo de lo que planeas?– pregunté, llenándome de paciencia.

–Aún no. Pero no puede oponerse a mi decisión.

Miré a Galieno. Aunque su expresión era de sorpresa, parecía que la idea de partir a la guerra tampoco disgustaba al joven. Nos unía al chico algo más

que el vínculo forjado por un juramento: éramos una familia, así que nuestro deber era protegernos. Supe que también él lo seguiría hasta el fin del mundo.

–Aunque sigo pensando que es una locura Marco, puedes contar con nosotros... –Interrumpí con un gesto la expresión de júbilo del muchacho para terminar mi frase–. Siempre y cuando consigas que tu tío nos dispense de nuestras obligaciones para con él mientras dure esta aventura –continué, mirándolo fijamente–, y que nos garantice que velará por la seguridad de Aspasia, Silvia y la taberna como lo haríamos nosotros si estuviéramos aquí.

El muchacho por fin sonrió plenamente.

–Eso dejadlo de mi mano. Vosotros id preparando las cosas, porque ¡nos vamos a la guerra!

La juventud es impulsiva y despreocupada. A mi edad, la idea de ir al encuentro de la batalla ya no despertaba ese ansia y esa emoción que me habría invadido en mi juventud. Puede que fuera por haber probado una buena vida sedentaria, pero la sensación de volver a la lucha despertaba en mí más miedos por perder lo que tenía, que alegría por la oportunidad de acabar con mis enemigos.

–Si os cruzáis con Aspasia, guardad el secreto. Es mejor que sea yo el que le de la noticia –me rasqué la cabeza, pensativo–. Solo espero que no se ponga a llorar. No soporto que las mujeres lloren.

Cuando los muchachos se retiraron me quedé sentado en la mesa, sorbiendo lentamente una jarra de buen vino. Aspasia entró poco después, y me saludó con un beso cariñoso. Sus ojos brillaban, mientras reía por lo bajo recordando alguno de los chismes que habría estado compartiendo con Silvia. Me instó a que la acompañara a la cama, pero yo no deseaba hablar; no me sentía con valor para comunicarle la decisión que habíamos tomado. Tras unos minutos de zalamera insistencia, que terminé por rechazar con cierta brusquedad, se marchó a la habitación, enfurruñada. La oí trastear unos instantes, mientras apuraba el último vaso de vino. Cuando por fin se hizo el

silencio, y calculé que estaría ya dormida, me introduje calladamente en nuestro lecho. Observé largamente su bello rostro al que, en mi opinión, los años no habían restado un ápice de atractivo, mientras escuchaba su plácida respiración. Mañana hablaría con ella, me dije antes de caer dormido.

Cuando abrí los ojos ella ya estaba en pie. Cuando vio que me había despertado, se sentó a mi lado y acarició mi brazo.

–Te noto inquieto. No has parado de dar vueltas en toda la noche –sonrió.

Me incorporé y me senté a su lado, tratando de buscar las palabras adecuadas. Puede que siempre lamente no haberlas encontrado. Ella parecía animada, con ganas de charlar. Su buen humor me hizo sentir absurdamente irritado; sin escucharla, la interrumpí.

–Marco ha obtenido noticias fiables sobre un gran ejército que envía Roma contra los suevos. Marcharemos a su encuentro, y nos uniremos a él.

Ella me miró, incrédula.

–Attax, ¿os habéis vuelto locos?

–Sabes que Marco no descansará tranquilo hasta que no obtenga su venganza. Y el juramento que le hice a Quinto me obliga a acompañarlo.

–¡Dios bendito, Attax! Se supone que debes protegerlo e inculcarle algo de sensatez, no conducirlo a que lo maten... A que os maten a todos. Por Dios, Attax –repitió, meneando la cabeza con furia–, no sé quién es más crío de los dos.

–He intentado razonar con él, pero ya ha tomado su decisión, y no va a cambiarla. Te prometo que, en cuanto el chico recobre la cordura, regresaremos. Pero debo acompañarlo. –La miré, enfadado–. Pensé que lo entenderías.

En realidad, no era cierto. En mi fuero interno sabía que Aspasia se resistiría a aceptar una decisión que hacía trizas en un momento la tranquila felicidad que habíamos construido juntos después de tantos sinsabores. Yo, por mi parte, poco más le podía decir, salvo que me esperara; que volveríamos sanos y salvos lo antes posible, y que mientras estuviéramos fuera, Cayo se haría cargo de que nada les faltara, ni a ella ni a Silvia, y que se encargaría de que estuvieran protegidas. Ella me escuchaba en silencio, con los dientes apretados. Sus hombros temblaban, pero sus ojos permanecían secos. Luego, mirando hacia el suelo, y con la voz cargada de profunda tristeza, me rompió el corazón.

—Márchate, y haz lo que tengas que hacer. Pero no me pidas que te espere. Eso no te lo puedo prometer —se encogió de hombros amargamente—. En el fondo, siempre he sabido que algún día me abandonarías.

Durante un largo momento no supe qué decir. No estaba preparado para escuchar eso; la situación que había imaginado durante la larga noche era bien distinta. Pensé que se enfadaría, que lloraría... y que yo la abrazaría para calmarla, prometiéndole volver cuanto antes. Quizás, por primera vez en tantos años, le diría que la amaba. Por todos los demonios, los hombres se van a la guerra, y las mujeres esperan a que regresen. Así funciona el mundo, ¿no?

Me sentía herido, y atacé con fuerza. Nos dijimos cosas duras. Cuando se acercaba la hora de abrir la taberna, el pobre Galieno atravesó la habitación como un fantasma, tratando de pasar desapercibido; apenas lo miramos. Ese día no habría guiso para nadie.

Después de un buen rato, cuando ya casi habíamos agotado las estupideces que gritarnos, me percaté de que Aspasia había dejado de devolverme las pullas. De repente, parecía muy cansada. Se sentó de nuevo en la cama, y yo me dejé caer a su lado. El enfado se diluyó, dejando tan solo un enorme vacío. Ella se acercó y se apoyó en mi pecho; las lágrimas, lentas y cálidas, llegaron al fin.

–Attax... llevaba mucho tiempo temiendo este momento. Sabía que tenía que llegar; Marco es voluntarioso... y tú tienes alma de guerrero, no de comerciante. Y no puedo esperarte, porque si te espero y no vuelves moriré de pena. Necesito seguir adelante. Y, cuando vuelvas... ya veremos.

Acaricié su cabello, despacio, cerré fuertemente los ojos, y no dije nada.

Paralelamente, en el elegante *triclinium* de Cayo, Marco trataba de explicar a su tío su precipitada decisión. Pese a la seguridad del joven en que Cayo no podría hacer nada para evitar su marcha, su tío vendió cara su claudicación; no deseaba asumir que el destino que había querido que su sobrino apareciera en su puerta de manera sorpresiva, pudiera arrebatárselo una vez se había ganado su corazón. El joven tuvo que prometerle por su dios y por su difunto padre que una vez acabara la campaña volvería a *Lucus* para tomar las riendas de sus negocios como hijo adoptivo suyo. En cambio, sí fue sencillo que nos liberara tanto a Galieno como a mí de nuestros deberes para con él. Al menos, pensaría el hispano, su alocado sobrino podría contar con algunas manos amigas que le cubrieran la espalda. Incluso insistió en que también Mario nos acompañara, pero el joven, con buen criterio, le convenció de que el mejor cometido que podía desempeñar el gigante hispano era proteger tanto a Aspasia como a Silvia durante nuestra ausencia.

Al día siguiente Cayo nos llamó a todos a la *domus*, y allí, con cara de circunstancias, nos transmitió el acuerdo al que había llegado con su sobrino. También nos aconsejó que, para evitar que nuestra partida despertara suspicacias entre el ejército suevo que comenzaba a prepararse en la provincia, lo mejor que podíamos hacer era partir hacia su finca, como habíamos hecho tantas veces, y desde ahí marchar a través de los bosques hacia la fluctuante frontera con la *Tarraconensis*. Prometió hacerse cargo de las mujeres, y, con el beneplácito de Aspasia, le ofreció un lugar en la *domus* donde dormir, para que no estuviera sola en la taberna. Agradecemos a nuestro anfitrión su comprensión y abandonamos la estancia, seguidos por su mirada pensativa.

Tardamos casi una semana en abandonar la ciudad, tiempo que aprovechó Cayo para equipar a su joven sobrino para la batalla. El hispano gastó una pequeña fortuna en una excelente cota de malla que entregó al joven, y en la que depositaba gran parte de sus esperanzas de que volviera a su casa.

La noche antes de la partida, Galieno la pasó fuera de su habitación – siempre pensé que con Silvia– y Aspasia y yo, embargados por la tristeza y la culpa, pasamos nuestra última noche juntos. Hicimos el amor lentamente, y nos dormimos abrazados, hasta que los suaves pasos de Galieno me despertaron. Me levanté, me vestí y di un beso en la frente a mi dormida hispana, antes de atravesar la puerta seguido por un nervioso Galieno.

En la cuadra nos esperaba Marco, acompañado de Mario y de su tío Cayo. El esclavo nos entregó nuestros escudos de entrenamiento, a los que había añadido refuerzos de hierro, que le daban ya un aspecto de solidez digno de un guerrero. Su gesto me conmovió, y sin poder evitarlo me fundí con él en un sincero abrazo. Mario, tras un breve momento de vacilación, me correspondió, y poco faltó para que su abrazo me asfixiara. Cayo, por su parte, nos entregó a los tres unos sencillos cascos de cuero endurecido, y estrechó mi mano y la de Galieno con solemnidad, para terminar abrazando a su sobrino. En un aparte, me hizo prometerle que mientras durara nuestra aventura estaría pendiente de proteger a Marco y que lucharía por todos los medios para traerlo de vuelta a su lado. Un nuevo juramento en mi vida, pensé, mientras le decía que contara con mi espada y mi corazón.

Escogimos tres buenos caballos y llevamos otro recio asturcón para transportar nuestra impedimenta más pesada y voluminosa, como la cota de Marco y la mía propia, que tanto trabajo me había costado volver a hacer brillar, a base de frotarla largamente con arena y vinagre, hasta que desapareció cualquier rastro de herrumbre. Y así abandonamos *Lucus*, bajo el cielo encapotado, arrancando ecos en los adoquines de las solitarias calles de la dormida ciudad.

El trayecto se me hizo más largo que en otras ocasiones. Debía de ser por la amarga sensación de la partida; la sensación de haber dejado atrás una

bonita parte de mi vida que no sabía si volvería a recuperar, y a una mujer con la que había compartido los últimos dieciséis años de mi vida... y que no había prometido esperarme. Pero yo era Atax, el alano con alma de guerrero, orgulloso de pertenecer a un pueblo que desprecia conseguir con la azada lo que puede tomar por las armas, y debía buscar en mi interior la fuerza necesaria para continuar mi camino. Frente a mi silencio, el despreocupado ímpetu de los muchachos –por ese entonces Marco ya contaba con dieciocho años, y Galieno acababa de cumplir los veintidós–, que no pararon de hablar durante todo el camino, fanfarroneando sobre el número de enemigos que iban a enviar al infierno y el festín que se iban a dar los cuervos con la carroña que les iban a proporcionar.

Llegamos a nuestro primer destino, la finca de Cayo, poco antes de que cayera la noche. Un aburrido guarda nos abrió el portón en cuanto nos acercamos lo suficiente para que pudiera reconocermos y nos franqueó el paso hacia el interior del lúgubre recinto. No tenía ganas de intercambiar cortesías forzadas con Elpidio, por lo que decidí visitar primero el establo para hablar un rato con Hixinio antes de enfrentarme al desagradable administrador.

Saludé al capataz, y también al britano Issa, que sentado en una esquina arreglaba algunos arreos deteriorados. Departí con Hixinio largo rato acerca de la situación de la manada, hasta que consideré que era el momento oportuno para darle la nueva. El muchacho continuaba allí, pero no consideré que mi decisión le afectara, así que no le presté atención. Expliqué al capataz que pasaría una larga temporada fuera de *Lucus*, y que no regresaría a la finca al menos hasta el año siguiente. Si se sorprendió, al menos no lo dejó traslucir, y aceptó mi noticia respondiéndome únicamente que él continuaría desempeñando su labor como hasta ese momento, como si esperase mi visita para el día siguiente. Dejé a los muchachos en el establo, desensillando a nuestras monturas y preparando unos cómodos jergones con las pilas de paja, y me dirigí hacia el edificio principal arrastrando los pies con desgana, a darle una innecesaria alegría a Elpidio con mi marcha. Aún no había llegado hasta las pobres cabañas que servían de vivienda a los siervos, cuando sentí

un leve movimiento a mi espalda que me hizo volverme, sobresaltado. Para mi sorpresa, me encontré frente a Issa, que me dirigió una mirada suplicante.

–No me puedes dejar aquí, amo.

Sorprendido, le respondí un tanto malhumorado:

–En primer lugar, chico, no vuelvas a llamarme así. Y en segundo – enumeré, llenándome de paciencia–: a donde yo voy, Issa es mejor que no vengas, porque puede que no regresaras.

–No me importa –replicó, obstinado–. Prefiero cualquier cosa antes que quedarme aquí.

–Vamos, muchacho, llevas ya bastante tiempo en la finca, y durante los últimos meses tu situación ha mejorado. Este es tu lugar, con los caballos, no la locura hacia la que nosotros nos dirigimos.

–He trabajado con los animales de sol a sol, y en cuatro largos años no he abandonado mis obligaciones un solo día, como me pediste. Si no hubiera sido por ti, habría muerto en aquella hedionda jaula. Te lo debía, no deseaba crearte problemas. Pero si te marchas, te aseguré que no pasará un minuto hasta que intente acabar con el hijo de puta que me encerró allí.

Observé un instante su rostro crispado y su ademán desafiante. Sin duda, el chico tenía razones más que suficientes para no desearle precisamente el bien al administrador; pensé que, si llegara a cumplir sus amenazas, más de uno en la aldea estaría profundamente agradecido al britano. Pero quizás las cosas no le salieran bien, y yo ya no estaría para sacarlo de la jaula. Puede que incluso Elpidio decidiera terminar lo que empezó aquel día sin necesitar siquiera que Issa le proporcionara una excusa, pues era un hombre cruel, que incluso después de tanto tiempo, seguía percibiendo la presencia del chico como una mofa a su autoridad. Quizás solo el temor a enfrentarse a mi enfado si rompía nuestro pacto mantenía a salvo al britano. Y, después de todo, no nos vendría mal un sirviente para nuestro camino, y Cayo nos había autorizado a tomar en

la finca lo que nos hiciera falta, sin puntualizar en ningún momento que no pudiera ser una persona. Suspiré, sintiéndome derrotado. Lo que me faltaba: otro muchacho más al que vigilar durante nuestra peligrosa aventura.

–Nos vamos mañana al alba. Prepara lo necesario para el viaje y duerme esta noche, porque a partir de mañana habrá poco descanso.

Una mueca de alivio relajó el gesto del britano, que me dio las gracias mientras bajaba la cabeza.

–No me des las gracias, Issa; puede que te esté llevando hacia la muerte.

–Quedarme aquí sería peor que la muerte –respondió muy serio.

Apreté su hombro con mi mano y retomé mi camino para despedirme del “hijo de puta”.

Como preveía, Elpidio se mostró encantado con la situación. No solo se libraba de mis molestas visitas durante un tiempo –aunque oficialmente me dirigía a los angostos valles astures en busca de nuevos caballos–, sino que también se quitaba de encima al bastardo britano, como le gustaba llamar a Issa. Complacido, se ofreció incluso a ordenar a la cocinera que nos preparase un buen hatillo de provisiones para el viaje, a lo que no me resistí.

Cuando regresé al establo, Marco y Galieno ya ocupaban sus cálidos jergones, y seguían cuchicheando sin cesar. Le hice una seña a Issa para que se acercara. Los chicos lo habían visto alguna vez, cuando me habían acompañado a la finca, pero en aquellas ocasiones el silencioso britano solía apartarse de nuestro camino, por lo que apenas habían cruzado palabra. Cuando el pálido muchacho se colocó a mi lado, algo nervioso, renové formalmente las presentaciones y les comuniqué que nos acompañaría en nuestro camino. Tras un instante de sorpresa, Marco se apresuró a darle la bienvenida, y Galieno incluso se levantó para acercar su jergón a los nuestros, ante la mirada tímida y agradecida de Issa. Pronto la simpatía y naturalidad de los hispanos, que continuaron largo rato compartiendo en voz baja ilusionadas

elucubraciones, fue venciendo la naturaleza desconfiada de Issa, que incluso acabó uniéndose a ellos en algunas risas. Reparé en que nunca antes lo había visto sonreír; su rostro delgado, pálido y lampiño animado por el brillo de sus ojos le hacía parecer muy joven, casi un niño. Me gustó ver que hacían tan buenas migas. Chisté para que se callaran.

—¿Queréis dormiros de una vez?

Tuve que repetirlo tres veces hasta que me hicieron caso.

Así, tras descansar a pierna suelta entre los ronquidos de hombres y caballos, partimos al amanecer en busca de lo que el destino quisiera deparar a la arriesgada aventura de Marco.

Durante días atravesamos bosques de espesa vegetación y ríos crecidos por el reciente deshielo. Tratábamos de cazar lo que podíamos, para reservar al máximo las vituallas de las que nos habíamos provisto en la finca. Issa, tras observar un buen rato mis limitadas habilidades con el arco que habíamos traído desde *Lucus*, se ofreció tímidamente a utilizarlo. Para mi sorpresa, resultó un letal cazador, capaz de moverse en completo silencio mientras acechaba a las presas, y certero al disparar. Le cedí el arco sin discusión, y a partir de ese momento el joven, que aún solía permanecer largos ratos callado, traía cada día a nuestra fogata alguna pieza con la que calentar nuestros estómagos. Un conejo, una liebre, e incluso en alguna ocasión un pequeño cervatillo; celebrábamos sus capturas con alborozo, y él sonreía con un destello de orgullo en sus ojos. Cuando nos encontrábamos lo suficientemente lejos de la finca, y de casi cualquier lugar civilizado, consideré que había llegado el momento de informar al britano de nuestro verdadero destino, y decirle que nunca debía contar nada de lo que ocurriera a partir de ahí a nadie, ni siquiera a Hixinio, si algún día regresábamos. Además, le entregué una de las espadas cortas que nos había acompañado desde nuestro triste y apresurado viaje desde *Conimbriga*. En los pocos momentos que pudimos dedicar a su entrenamiento pude comprobar que podría llegar a ser diestro con

el arma si tuviera el suficiente tiempo para desarrollar sus habilidades, ya que no parecía que fuera la primera vez que la utilizaba. Pero tiempo era precisamente lo que no nos sobraba: según las últimas noticias que llegaron a Marco antes de abandonar la ciudad, el ejército godo llegaría a la provincia antes de que finalizara el verano, tal y como se planificaban habitualmente la mayoría de las campañas desde la antigüedad. Aún en el mes de mayo, esperábamos recorrer el camino inverso al que en su momento tomaría el ejército para encontrarlo lo más al este posible, y así evitar las partidas de suevos que ya desde entonces podían verse en algunos lugares preparándose para la contienda o regresando a sus bases en *Gallaecia* tras su incursión más allá de las fronteras con la *Tarraconensis*. Por ello decidimos que nuestra ruta transcurriera durante todo el tiempo que nos fuera posible a los pies de las nevadas montañas astures, la tierra del bueno de Medulio, libre en mayor medida de la influencia sueva.

Una de esas noches, mientras compartíamos sentados alrededor de la lumbre los jugosos trozos de una enorme liebre que acabábamos de asar, me decidí a preguntar a Issa por su historia. Sabíamos muy poco de él, y hasta entonces había respetado su intimidad, pues la dura coraza con la que envolvía sus recuerdos parecía evidente. Pero su hábil manera de manejar la espada había conseguido despertar mi curiosidad; y ya que íbamos a luchar juntos, y quién sabía si a morir juntos, deseaba saber al menos a quién tenía a mi lado. Mientras los chicos recordaban los lances que habían compartido al caer la tarde, me introduje en la conversación.

–Issa, me pregunto dónde aprendiste a manejar la espada como lo haces.

Apretó los labios y fijó su vista en la pequeña hoguera. Las llamas se reflejaban en sus ojos del color de la miel. Permaneció un momento callado, y llegué a pensar que simplemente no me respondería. Por fin, habló en voz baja, como si tuviera un nudo en la garganta.

–Mi abuelo me enseñó a luchar. –No parecía dispuesto a añadir nada más.

–Solo pensaba que... ya que vamos a luchar juntos, me gustaría saber algo más sobre ti –expliqué, encogiéndome de hombros.

Él asintió levemente, pero su actitud no cambió. Tomó una larga rama del suelo y se dedicó a recolocar las brasas, encerrado en un hermético silencio.

Yo me removí, incómodo. Marco me lanzó una mirada desaprobadora y rompió el tenso momento hablando con calidez.

–Attax, Issa ha querido acompañarnos sin preguntar nada. Quizás lo justo sería que seamos nosotros los que le aclaremos nuestros motivos para ir hacia una guerra que la mayoría de los hispanos prefieren seguir desde bien lejos.

Se dirigió a Issa y compuso un relato sincero y sencillo sobre la muerte de su padre y el asalto a la finca. Galieno intervino para contar su parte, desde que lo despertó la voz de alarma de Ambrosio hasta que lo liberamos de los escombros. Issa los escuchaba, conmovido y atento, y yo, por mi parte, no pude evitar que me recorriera un desagradable escalofrío al escuchar de nuevo la historia.

Luego Marco me hizo un gesto, invitándome a que expusiera yo también mis motivos para odiar a los suevos. Tomé aliento y comencé a hablar. Ya que había sido el primero en solicitar a Issa que abriera su alma, decidí que les debía una historia de la que apenas habían oído retazos. Les conté mi reencuentro con Anderico en *Corduba*, cómo mi hermano vándalo había liderado la oposición de su comarca a Rechila, y la batalla a orillas del lejano *Singilis* bajo la enseña de la serpiente verde. Relaté cómo un puñado de hombres valerosos se habían conjurado para hacer frente al ejército suevo, como hicieron los guerreros de Anderico y Gelimer hasta su aciago final. Pero también recordé que, pese a que muchos hombres buenos –como Olimpiodoro– fueron conscientes de la importancia del envite y apostaron todo lo que estaba en su mano por la causa común, otros ricos ciudadanos de la *Baetica* desoyeron la llamada y confiaron su suerte a unos pocos valientes, mientras ellos permanecían calientes y seguros en sus grandes villas del sur.

Marco me miraba pensativo, y Galieno llevaba un buen rato sin cerrar la boca, asombrado. Ambos sabían que había participado en una batalla contra los suevos, y que tras la derrota, estos me habían convertido en esclavo. Pero no que hubiera comandado hombres, o que hubiera aguantado hasta la defensa final, ya desmontados, tratando de proteger la vida del *Dux Andevotus*, mi hermano vándalo convertido en comandante de la defensa hispana.

–Y así, Issa, tras la batalla desperté como esclavo. Recorrimos un largo trayecto hacia el norte, donde me compró Quinto, el padre de Marco, cuando él apenas era un mocoso lloriqueante. –Marco me propinó un empujón, molesto con la descripción–. Y allí, en *Conimbriga*, fue donde no pude proteger al hombre que me había devuelto una vida digna, ni a la mayoría de los que él amaba. –Bajé la cabeza, sintiendo mi pecho arder–. Y supongo que eso cierra el círculo de la historia. Hasta que, tras este viaje, logremos darle un mejor final.

La tenue voz de Issa, que había escuchado mi relato con los ojos muy abiertos, se coló en mi silencio ensimismado. El joven comenzó dubitativo y su exposición no se alargó más de lo necesario, pero sus palabras resultaron muy reveladoras. Su historia comenzaba allende el mar, donde solo los dioses saben donde estará esa isla verde y neblinosa que describía. Abandonada por las águilas de Roma, su tierra quedó desprotegida frente a los ataques de un pueblo bárbaro llegado desde más allá de la frontera del imperio: los sajones. Podrían haberse llamado vándalos, o suevos, e incluso alanos, pensaba yo, pero era mejor no decir nada. Siendo aún un niño pequeño perdió a sus padres, asesinados por los invasores durante una expedición de saqueo que perpetraron en los alrededores de un lugar llamado *Calleva*, que hasta entonces había sido su hogar. El pequeño Issa, que para su suerte se encontraba con su abuelo en la ciudad, logró escapar de la matanza. Tras vivir un tiempo rodeados por la crueldad de los recuerdos, y con la amenaza de los sajones aún presente, decidieron emprender un largo peregrinar que los llevaría lejos de su tierra. Llegaron hasta la tempestuosa costa de la isla, y allí embarcaron en busca de la seguridad que hacía mucho tiempo que no podían hallar en el que había sido su hogar. Mientras el muchacho hablaba, no dejaba

de sorprenderme lo similares que pueden ser dos vidas, pese a desarrollarse a tantísima distancia. Y pensaba que, si la idea de seguridad que tenía su abuelo era cambiar su isla de origen por la convulsa *Hispania*, preferiría mantenerme al margen de su neblinosa, y sin duda, caótica isla. También me di cuenta de que a lo largo de todo el imperio, o mejor, de los restos abandonados a su suerte por el imperio, se sucedían tragedias como las que representaban los tres muchachos que tenía frente a mí. Y por qué no, también como las que habían marcado mi propia vida, las de mis amigos vándalos y las de mis propios padres.

Hice un esfuerzo por volver a engancharme a su relato, y pude enterarme de que su primera parada fue en lo que él denominaba *Armorica*, o algo similar, otro lugar situado al norte, en la vecina *Galia*. Pasaron allí cerca de cuatro años, hasta que su abuelo decidió, junto con otros representantes de su pueblo, buscar un nuevo sitio en el que establecerse. Así, volvieron a embarcar hasta que el mar, después de largas jornadas de viaje, los empujó hasta las playas del norte de *Lucus*. Allí, cerca de la costa, se establecieron formando una comunidad que ellos mismos denominaron *Britonia*, formada por los emigrantes procedentes de la lejana isla, en honor de cuyo nombre bautizaron al nuevo emplazamiento.

Todavía quedaban muchas preguntas por responder, pero el muchacho adujo que estaba cansado y no quiso continuar su relato. No insistí; además de ser cierto que estábamos realmente fatigados, valoré que, por el momento, ya había sido suficiente dosis de complicidad para el chico.

En los siguientes días tuvimos que hacer uso de todas las capas de ropa de que disponíamos para protegernos de los gélidos vientos que soplaban allí por donde pasábamos. Tras unas semanas en las que el frío fue nuestro fiel compañero, decidimos abandonar los grandes lagos de la tierra de Medulio, y volver con el mayor sigilo posible a los peligrosos caminos por los que debían desfilan los contendientes. A medida que avanzábamos, la dificultad de nuestro objetivo empezaba a pesar en mis pensamientos, y me pregunté muchas veces qué clase de insensatez me habría llevado a aceptar la propuesta de Marco, en lugar de instar al muchacho para que aguardara con paciencia una

oportunidad mejor. Lo que intentábamos en ese momento me parecía, cada vez más, una locura. No solo debíamos encontrar al contingente godo y que estos nos aceptaran –como mercenarios, suponía–, sino que también debíamos pasar desapercibidos para las tropas suevas que se reagrupaban en las fronteras de *Gallaecia*.

Durante bastantes días lo conseguimos. Seguíamos paralelos a la gran calzada que unía *Tarraco* con la antigua *Legio*, y de allí hasta el corazón de *Gallaecia*, siempre escondidos en los bosques y sin atrevernos a encender siquiera un fuego para mantenernos calientes durante las noches heladas. Toda esta información nos la fue dando Marco a medida que íbamos avanzando en nuestro camino; sin duda, el chico se había preparado a conciencia las últimas semanas que pasamos en *Lucus*, durante las que había estado maquinando su plan. Pasó horas estudiando los distintos escritos y los carísimos mapas que poseía el principal de la ciudad, con la excusa de mejorar su formación política, ante la sorprendida aprobación de su tío. Así me explicaba el que en las últimas lunas el chico hubiera acudido a las reuniones de la ciudad acompañando a Cayo muchas más veces que en todo el resto de años que habíamos pasado allí.

Tras estudiar montañas de pergaminos, decidió que el mejor punto para interceptar al ejército godo era el paso que existía en el río *Hiberus*, ya en la *Tarraconensis* y a muchas jornadas de nuestro lugar de origen. Según el muchacho, el ejército pasaría con seguridad por ese punto, ya que por lo que había oído hablar en las reuniones de *Lucus*, nadie en su sano juicio, contando con el beneplácito de Roma, se arriesgaría a cruzar las traicioneras montañas vasconas teniendo a su disposición las mejores calzadas de la región. Con esta premisa apretamos el paso para alcanzar nuestro lejano y desconocido objetivo.

Cuando ya nos acercábamos a nuestra meta –o eso esperaba Marco–, una noche en que la luna apenas se veía en el despejado cielo, tuvimos nuestro primer incidente. Habíamos compartido parte de las provisiones que nos quedaban en la fría oscuridad, y una vez dimos buena cuenta de ellas, nos arrebujamos en nuestras mantas para pasar la noche, mientras Issa se

encargaba del primer turno de guardia. Me quedé dormido casi al instante, pensando en la lejana *Lucus* y en cómo estaría mi enfurecida Aspasia, hasta que me despertó una mano que tapaba firmemente mi boca. Abrí los ojos sobresaltado y vi la cara de Issa, de cuclillas junto a mí, haciendo un gesto para que mantuviera silencio con su mano libre. Asentí con la cabeza y retiró su mano, para, sin perder de vista el bosque, acercarse a mi oído y explicarme la situación.

—Una partida de hombres armados se acerca hacia nosotros. Se encuentran a menos de cincuenta pasos.

—¿Cuántos son? ¿Pudiste ver si son suevos?

Negó con la cabeza, aunque me indicó con un gesto vacilante de sus dedos que había contado al menos seis. También me indicó que pensaba que no le habían visto, por lo que suponía que se acercaban a nosotros confiados en tomarnos por sorpresa, mientras descansábamos ajenos a todo.

Por un instante, valoré esperanzado la posibilidad de que se tratara de una partida de exploradores desgajada del ejército godo; en ese caso, suponía que nos dejarían en paz, e incluso podría ser una buena oportunidad para entablar un primer contacto. Pero también podían ser suevos, o quizás un grupo de bandidos en busca de presas fáciles. Agarré mi espada corta, que siempre descansaba a mi lado, y le hice un gesto a Issa para que se tendiera a nuestro lado, como si también hubiera terminado su ronda y se preparara para descansar. Antes avisó a Galieno de la situación y le acercó la espada. Yo hice lo mismo con Marco; al notar la presión de mi brazo, protestó murmurando suavemente que su turno de guardia era el último. Le insté a que se callara, y le hice una seña para que cogiera su arma y permaneciera acostado sin hacer ruido. Fueron unos instantes de tensión, que si para mí fueron angustiosos, para los chicos, que nunca habían luchado de verdad, debió de ser una situación límite. Pero creía que, aunque arriesgada, esa era la mejor solución, pues desconocíamos su situación exacta, y ni siquiera estábamos seguros de cuántos eran, por lo que era mejor contar con la ventaja de la sorpresa de nuestro lado,

sabiendo además que nuestros atacantes confiaban en que serían ellos los que nos sorprenderían.

Solo nos quedaba esperar que no fueran muchos más de los que Issa había contado, atacar en el momento en que los tuviéramos a todos –o al menos la mayoría– a la vista, y confiar en que fuéramos mejores que ellos, claro.

Nuestra tensa espera duró una eternidad. Probablemente estarían a los cincuenta pasos que había dicho Issa, pero se lo tomaron con calma y nos observaron un rato hasta que decidieron que estábamos felizmente dormidos. Noté sus pasos sobre la tierra e instintivamente agarré con fuerza la empuñadura de mi espada bajo la manta, con todo el cuerpo en tensión por si se acercaban con la intención de acabar con nosotros mientras estuviéramos dormidos. Sin embargo, parecían mucho más interesados en revolver silenciosamente en busca de botín, tratando de desvalijarnos sin necesidad siquiera de enfrentarse a nosotros.

A mi lado se encontraban los bultos que traíamos en una mula que cogimos de la finca para cargar con nuestros pesados fardos, pues el buen asturcón que nos había servido para transportarlos desde *Lucus* se lo habíamos cedido a Issa. Cuando uno de los salteadores vislumbró el destello de las dos valiosas cotas de malla que portábamos, lo vi hacer ostensibles señas a sus compañeros, para advertirles de que estaban robando a un grupo de guerreros.

Decidí atacar en ese momento, apartando bruscamente la manta que me envolvía para saltar, espada en mano, sobre el más cercano de los individuos, que no esperaba mi reacción; murió con una estúpida mueca en su cara, aún con la cota en la mano. Por el aspecto que tenía, debían de tratarse de bandoleros. Los chicos, al oír el escándalo, se unieron rápidamente a la contienda, buscando al enemigo más cercano para acabar con él. Yo me apresuré a abalanzarme sobre el siguiente, con un fuerte rugido intimidante. Cuando liberé mi acero de su vientre y pude mirar a mi alrededor, conté aún cinco figuras recortadas a la escasa luz, que nos hacían frente armados con espadas, y tan escasamente protegidos como nosotros. Luchaban como lo hacen los bandidos, a la desesperada, buscando siempre a alguien más débil

que ellos. Cuando vieron nuestra reacción, trataron de buscar una escapatoria para poder robar otro día. Pero nosotros no se la dimos. Comprobé que tanto Marco como Galieno se desenvolvían bien, y pronto, tras desembarazarse de los nervios iniciales, pusieron en jaque a sus oponentes. Issa también se las arreglaba, hasta que en un momento se vio enzarzado contra dos de los tipos, y su defensa pasó a tomar tintes de desesperación. Me deshice del tipo flaco con cara de ratón que me había hecho frente con unas pocas estocadas, y me acerqué rápidamente a donde Issa a duras penas podía contener a sus dos atacantes, que pese a no ser grandes luchadores sí sabían sacar ventaja de su superioridad. Cuando llegué a su lado, el muchacho había sufrido un corte en el antebrazo con el que manejaba la espada, que le recorría desde el codo hasta la muñeca. Lo aparté a un lado y tomé su puesto frente a los dos individuos. Los observé con una fea sonrisa, y sin darles apenas tiempo, los atacé sin tregua. Primero fui a por el que se encontraba a mi derecha, que me pareció el más lento de los dos por su evidente sobrepeso. De un tajo lo herí en la pierna, y su compañero, viendo que su superioridad se había desvanecido de golpe, dio media vuelta y salió huyendo hacia los arbustos que nos rodeaban sin apenas mirar atrás. Vi que Marco y Galieno se acercaban hacia nosotros, y comprobé de un vistazo que ambos se habían deshecho de sus rivales, cuyos cadáveres descansaban sobre la tierra, sin haber sufrido ningún daño. Me agaché a examinar el corte de Issa, que para mi alivio parecía bastante superficial. Casi había olvidado al tipo que había dejado herido hasta que seguí la mirada del britano, y lo vi tratando de alejarse, arrastrándose por el suelo mientras sujetaba su pierna dañada. Tras indicar a los chicos que recogieran las cosas, tanto las nuestras como las que nos pudiera ser de utilidad de los caídos, me acerqué al tipo, que me miraba implorando mi perdón con ojos llorosos.

Cuando me agaché a su lado comenzó a lloriquear y balbucear desesperadamente. Me juró por su dios que no volvería a atacar a nadie, que sería nuestro esclavo para toda la eternidad y no sé cuantas cosas más. Así mi espada, valorando proporcionar a los muchachos otra lección práctica de lo cruel que puede ser la guerra, pero decidí cambiarla por otra que también me parecía importante: no hay honor alguno en causar la muerte de los indefensos.

La herida del tipo, aunque aparatosa, no parecía definitiva. Supuse que en poco tiempo podría volver a caminar, y probablemente a asaltar, pero ese ya no era mi problema, y sus compañeros ya habían pagado caro su intento de atacarnos; así que decidí darle la oportunidad de que cumpliera su desesperada promesa de cambiar de vida. Miré a mi alrededor para ver si podía utilizar algo a modo de muleta, y vi que Galieno transportaba dos lanzas hacia nuestros pertrechos, que debían de haber sido abandonadas por sus dueños al ingresar en el claro, en favor de sus espadas. Llamé al chico, que vino con las lanzas en la mano. Escogí una, la que me pareció que estaba en peor estado, y la coloqué en el suelo sobre una piedra para descargar mi espada y romperla, ante la sorpresa de Galieno. Cogí el palo en el que se convirtió la lanza y preparé una improvisada muleta que dejé al lado del herido. Este, consciente de que pensábamos dejarlo allí, después de todo lo bueno que nos dijo por no haber acabado con su vida, primero lloró y suplicó, pero cuando vio que montábamos en nuestros caballos y abandonábamos el lugar sin hacer caso a sus palabras, nos escupió, nos insultó, e incluso nos maldijo. En otras circunstancias, años atrás, hubiera vuelto grupas y le hubiera hecho tragar sus palabras junto con su lengua, pero sí, quizás me estaba haciendo mayor. Continuamos nuestro camino sin detenernos.

Los tres chicos estaban nerviosos y excitados; los felicité por su buen hacer, ya que habían luchado con arrojo y eficacia, incluso en una situación tan comprometida. Luego les insté a mantener silencio durante el camino, ya que desconocíamos si aún quedaban otros bandidos por la zona, y así continuamos hasta que el sol apareció para iluminar el día. Mientras avanzábamos, reparé en que, al menos para Marco y Galieno, aquella era la primera vez en sus vidas en que debían dar muerte a alguien. Galieno parecía orgulloso, y Marco más reflexivo, con un brillo duro en la mirada. Issa mantenía su habitual expresión inescrutable, pero algo en su semblante me dijo que esa lección ya la había aprendido tiempo atrás.

No tuvimos más incidentes durante días, en los que incluso Marco se atrevió a acercarse a alguno de los pequeños poblados que salpicaban la

región en busca de información y algo de comida. Allí pudo enterarse de que nos encontrábamos cerca de una ciudad a la que los lugareños denominaban *Calagurris*, y que tan solo nos quedaban unos días de camino para alcanzar nuestro destino. El río *Hiberus*, cuyo paso más cercano se encontraba al noroeste, según lo que el chico pudo averiguar, presentaba un antiguo puente construido tiempo atrás por los romanos que servía como paso para atravesarlo. Sin apenas dar crédito a lo atinados que habían resultado nuestros pasos, Marco nos informó de la proximidad del que pudiera ser nuestro objetivo. Eso sí: los lugareños no tenían noticias de la presencia de ningún ejército en las cercanías, por lo que comenzamos a temer que tal vez nuestro viaje hubiera sido en vano.

Reconozco que la idea de tener que regresar a *Lucus*, incluso sin haber logrado nuestro objetivo, tenía cierto atractivo para mí, pues el recuerdo de Aspasia me acompañaba constantemente; por el contrario, los chicos parecían absolutamente abatidos por la posibilidad de que tras el largo camino repleto de esperanzas, tuviéramos que regresar tal y como habíamos partido. Dos días más tarde, cuando nos sentamos a comer algo antes de que anocheciera y los que tuvieran más suerte pudieran descansar mientras otros velaban por ellos, Issa, que andaba aún más cabizbajo que de costumbre pensando que tal vez tuviéramos que regresar de nuevo a la finca, se animó al fin a contarnos el resto de su historia.

El chico, después de su llegada a la costa de *Lucus*, empezó a ser tristemente consciente de la avanzada edad de su abuelo. La salud de este, que ya rondaba los sesenta años, fue empeorando rápidamente según transcurrían los meses en su nuevo hogar. Durante todo este tiempo el muchacho estuvo a su lado, esforzándose en mitigar su dolor, y escuchando sus palabras, a veces llenas de sentido y otras más cercanas al delirio, de las que pudo entresacar algunas verdades que el anciano nunca había compartido con él.

Su abuelo, como ya sabía el chico, había luchado en las legiones de *Britannia*, con las que llegó a cruzar el canal que separaba la isla del continente para luchar en la *Galia*, e incluso en los alrededores de *Italia*. Con el paso de los años, y ante la situación en la que se encontraba su unidad –

desmoralizada, sin recibir su soldada durante largos periodos, lastrada por las bajas que nunca se suplían y la inconsistencia de sus mandos—, decidió regresar a su tierra, abandonando su puesto con las águilas. En las oscuras noches de su ocaso, el viejo soldado se estremecía entre pesadillas, implorando perdón por su traición a los fantasmas de sus compañeros y a un dios desconocido llamado Mitra. Supuse que, durante los años que pasó en el continente, el abuelo del muchacho habría sido instruido en los misterios la religión de los antiguos legionarios de Roma. Por lo poco que yo sabía, se trataba de un culto procedente del otro lado del *Mare Nostrum*, en el que se sacrificaban toros y otros animales en honor a su deidad. Se conocía como la religión de los soldados, y pese a la prohibición que pesaba sobre ella —como sobre todas aquellas creencias ajenas al cristianismo oficial—, contaba aún con gran arraigo entre los miembros de las legiones. Issa, pagano al igual que su familia, veneraba a una mezcla de los antiguos dioses romanos y britanos, e incluyó entre los amuletos que guardaban el lecho del enfermo un burdo dibujo que representaba el sacrificio de un toro, que encontró entre las escasas pertenencias de su abuelo, y cuya contemplación parecía calmar al anciano.

Para desgracia del muchacho, cuando comenzaba a hacerse un hueco en la incipiente comunidad que se estaba formando, nuevas naves tomaron tierra en las mismas playas en las que ellos habían fondeado cuando llegaron provenientes de *Armorica*. En ellas llegó desde *Britannia* un sacerdote, de nombre Veroncio, y cuando este pudo comprobar que la mayoría de sus nuevos vecinos se habían convertido al cristianismo, decidió que se encontraba en el lugar indicado para comenzar su mística obra. Obsesionado por su fanática fe, se esforzó en limpiar su nueva comunidad de cualquier rastro de paganismo, tratando de amedrentar a los que ya profesaban su credo para que se pusieran de su parte, asegurándoles que su Dios había castigado a su pueblo allá en *Britannia* debido a su impiedad, atrayendo a los sanguinarios sajones para darles el justo castigo que habían merecido como pecadores que eran. Predicaba con voz estentórea que ese sería también el destino de la nueva comunidad, si persistían en su actitud deshonrosa y pecadora; el muchacho dijo algo así como que los adoradores de la ramera escarlata traerían la desgracia sobre su pueblo, pero preferí no preguntarle más, ya que todos

parecían saber a qué se refería. Pronto comenzó una feroz persecución contra todos aquellos que durante su breve estancia había marcado con el estigma de herejes, por no acudir a escuchar sus sermones. Al poco de morir su abuelo, Issa comenzó a ser víctima de los ataques del fanático sacerdote, y en ocasiones el muchacho tuvo que soportar no solo los cada vez más habituales insultos, sino que incluso empezó a tener que esquivar algunas piedras cuando se atrevía a pisar la calle.

Muchos de los que al principio habían acogido al muchacho y a su abuelo, pronto lo dejaron de lado. El chico suponía que por miedo y cobardía, porque cuando ningún acólito del monje andaba cerca, ellos parecían pedirle perdón con la mirada. Una desgraciada tarde en que regresaba a su destartalada cabaña después de cazar un pequeño y flaco conejo, un grupo de matones de la cuerda de Veroncio lo esperaba en la puerta. La mayoría habían llegado con él, y aunque dudaba que en su isla hubieran sido poco más que escoria, aquí representaban el brazo ejecutor de su fanático jefe, por lo que disfrutaban de impunidad absoluta. Issa ignoró sus provocaciones, avanzando hacia su cabaña como si no los viera, cuando se dio cuenta de que la entrada estaba forzada; uno de los individuos agitó acusadoramente ante sus ojos el dibujo del toro, que el muchacho guardaba con cariño como recuerdo de su abuelo fallecido, y comenzó a retorcerlo y romperlo en pedazos. Cuando Issa trató de arrebatárselo, uno de ellos le hizo tropezar y de repente se vio con la cara en el barro, y comenzó a recibir los golpes de una paliza salvaje ensañándose en su rostro y en su vientre. Se revolvió como pudo, tratando de blandir su arco desencordado para mantener a raya a sus agresores. En uno de sus movimientos desesperados alcanzó de lleno la sien de uno de los individuos, que se desplomó instantáneamente, ante el asombro de sus compañeros, que pararon durante un instante que Issa se apresuró a aprovechar, sin saber si el golpe seco había llegado a acabar con él, para huir corriendo como alma que lleva el diablo. Sin atreverse a regresar al pueblo, ni siquiera para tratar de rescatar alguna de sus pocas pertenencias, deambuló por los alrededores sin apenas comida ni abrigo, hasta que sus pasos lo llevaron a la finca de Cayo, donde la callada amabilidad de Hixinio le permitió sobrevivir. Cuando pensé que había concluido su relato, Issa cruzó su mirada con la mía, y me

sorprendió que continuara hasta narrar la penosa situación en la que se encontraba cuando lo conocí, y que pensaba que preferiría dejar como un secreto entre nosotros dos. Que reconociera ante Marco y Galieno la humillación a la que Elpidio le había sometido, y mi papel en su liberación, me dejó algo confuso y casi avergonzado. Le quité importancia con un gesto. Marco intervino, impresionado.

–Issa, me alegra mucho que hayas venido con nosotros. Y si regresamos a *Lucus*... –vaciló un instante y rectificó sus palabras–. Cuando regresemos a *Lucus*, ten por seguro que me ocuparé de que mi tío tenga noticias de los excesos de ese malnacido.

Issa abrió mucho los ojos.

–Marco, de veras, no era mi intención... solo deseaba ser justo con Attax, pues le debo la vida, y quería que vosotros lo supierais. Que supierais que moriré por vosotros si así lo dicta el destino. Y quizás ni aún así pueda saldar mi deuda, pues Attax me libró de perecer despojado de cualquier dignidad, y sin embargo caer luchando a vuestro lado sería para mí un honor.

Sentí ganas de abrazarlo, pero no me atreví por si lo avergonzaba más. Marco se acercó y le tendió la mano, e Issa la apretó, solemne. Galieno le propinó un puñetazo amistoso en el hombro, pero al final le venció la emoción y lo estrechó en un abrazo sincero, al que Issa correspondió algo sorprendido pero sonriente. Esa noche, todos nos fuimos a descansar pensando en la triste historia del britano, y haciendo balance sobre la realidad que cada uno cargaba sobre sus hombros. Y de nuevo tuve la impresión de que los dioses se divierten enmarañando nuestros destinos, pues al final la mayoría de los caminos importantes de la vida se recorren acompañados de extraños compañeros. Un viejo bárbaro cansado, un muchacho llegado desde el otro lado del mar, el hijo de un acomodado hacendado caído en desgracia y su antiguo siervo, con nuestros odios comunes y nuestras deudas pendientes. Extraños compañeros une el destino.

CAPÍTULO XX

Issa pronto se recuperó del largo corte recibido en el antebrazo, y pudo volver a tensar el arco sin dolor, lo que nuestros estómagos agradecieron. Solía alejarse del grupo tratando de cazar nuestra cena, y de paso exploraba los alrededores, siempre atento a cualquier señal de peligro, o al rastro del ejército que andábamos buscando. Una de las tardes regresó con las manos vacías y ademán de preocupación; había visto huellas que parecían pertenecer a un jabalí de buen tamaño. Nos planteamos seriamente si seguir su rastro y tratar de acabar con él –cobrar semejante pieza nos proporcionaría comida para varias jornadas–, pero decidimos que, tras nuestro largo camino, embarcarnos en su persecución suponía un riesgo demasiado elevado. Después de todo, esos bichos pueden ponerse realmente furiosos si se les molesta, y no deseábamos exponernos a resultar heridos estando ya tan cerca de nuestro objetivo.

A partir de entonces extremamos las precauciones; en la medida de lo posible, buscamos refugios abrigados donde dormir, y avanzamos atentos al camino, con Issa pegado a nuestros talones, procurando no alejarse más de lo necesario. Tres jornadas más tarde, al penetrar en un pequeño claro cercano a una fuentecilla, vimos señales claras del paso reciente del animal, y otras menos conspicuas que Issa se encargó de irnos señalando. El muchacho se colocó en cabeza, y el resto lo seguimos, tratando de tranquilizar a nuestras nerviosas monturas. El caballo de Marco, que iba en la retaguardia, caracoleaba nervioso, hasta que terminó por negarse a dar un paso más.

–Esperad, creo que se ha hecho daño en una de las patas. –Desmontó para examinar una de sus pezuñas, donde efectivamente se había introducido una gruesa astilla que trató de retirar con sumo cuidado.

Issa, que se acercaba a ayudarlo, nos sobresaltó al gritar de repente. Enseguida escuchamos el sonido de la vegetación al quebrarse, y los helechos del borde del camino se agitaron rápidamente en una estela de movimiento que parecía desembocar hacia un sorprendido Marco, que aún sujetaba el casco de su caballo, hasta que el animal se apartó asustado. Issa flechó su arco y disparó hacia la verde vegetación, aunque dudo que fuera capaz de distinguir nada. Yo liberé la lanza que nos habíamos llevado tras nuestro encuentro con los bandoleros, y en vista de que mi caballo tampoco parecía dispuesto a obedecerme y girarse hacia el peligro, desmonté de un salto para proteger a Marco. El jabalí irrumpió en el sendero, enorme y pesado, agitando con furia su testa. Issa trataba de apuntar a su hocico o a sus pequeños ojos enrojecidos, pero los movimientos bruscos del animal volvían una hazaña imposible lograr un disparo certero. Las flechas que se encontraron con su potente musculatura apenas parecían capaces de traspasar su piel, como si los dioses hubiesen regalado a la recia criatura una coraza negra y erizada que la hacía invulnerable. El animal se detuvo un instante, rascando el suelo con sus pezuñas, como tomando impulso para embestir. Marco lo esperaba con las piernas afianzadas firmemente en la tierra, dispuesto a hacer frente a aquella furia con patas armado tan solo con su espada. Llegué a su lado cuando la fiera iniciaba su carrera, dispuesta a acabar con los intrusos que amenazaban su paz. Sus afilados colmillos danzaron ante mis ojos, hasta que instintivamente llevé la lanza hacia delante. El propio animal, con el impulso de su carrera, hizo que esta se introdujera en su peludo lomo. Aun así continuó empujando, ignorando obstinado la llamada de la muerte, decidido a llegar hasta nosotros. Apoyé todo mi peso en la lanza para hundirla más en su carne, pero pese a mi esfuerzo, noté que mis botas se deslizaban poco a poco sobre el suelo resbaladizo. Marco, pasada la primera impresión de vértigo ante el terrible embate, aprovechó que el animal tenía los movimientos limitados por la lanza para acercarse desde el costado, evitando sus afilados colmillos, y clavó y cortó con su espada una y otra vez hasta que las patas del bravo jabalí no pudieron sostenerlo más y se desplomó, sin dejar de gruñir por sus fauces abiertas. Sin soltar la lanza miré a Marco; gruesas gotas de sudor perlaban su frente, y presentaba un corte en el brazo de la espada. Se acercaron a nuestro lado Galieno e Issa, este empuñando su arco, preparado para disparar un

nuevo dardo si el animal se movía, aunque pronto se hizo evidente que la bestia había muerto. Empujé aún más la lanza, aflojándola, para soltarla y hacerme a un lado. Issa seguía con su arco presto, como si esperara que el animal se levantara y se revoliera contra nosotros. Permaneció inmóvil, pero para nuestro espanto los matorrales volvieron a agitarse, escupiendo esta vez, ante nuestra incrédula mirada, a un pequeño grupo de guerreros que nos rodearon en un instante. Inmersos en la agitada lucha con el jabalí, no fuimos conscientes de que no estábamos solos hasta que fue demasiado tarde.

Era un grupo de hombres bien armados que nos miraban con profundo desprecio, o eso me pareció observar en un primer momento. Rubios en su mayoría, y de elevada estatura en comparación con los hispanos, vestían ropa cómoda de caza, con buenas botas de cuero y protecciones también de cuero en el pecho y sobre las rodillas. La mayoría estaban armados con lanzas de caza y grandes puñales, y algunos llevaban espadas a la cintura. Issa, nervioso, no sabía a qué objetivo dirigir su arco, hasta que se hizo evidente que el cabecilla se dirigía hacia nosotros y entonces lo siguió con su arco flechado. El tipo, casi tan alto como yo y con el pelo igual de rubio –aunque el mío hacía unos años que había comenzado a mostrar unas pocas canas– se acercó a nosotros con grandes zancadas arrogantes y una mueca burlona en los labios. Se dirigió a nosotros con una voz grave y gutural, con el acento característico que recordaba en los godos, y pensé que por fin habíamos alcanzado nuestro destino. Y, teniendo en cuenta su mirada cruel, no estaba seguro de si debíamos alegrarnos o no.

–¿Quién es esta escoria hispana que se atreve a cazar las piezas de Liuva, hijo de Sidguric, *Gardingo* del rey Teodorico? –dijo no para nosotros, sino como si buscara la complicidad de sus hombres. Estos no lo defraudaron y abuchearon con ganas.

Se puso a caminar alrededor nuestro –Issa seguía sus movimientos sin aflojar la presión sobre su arco– y comenzó a examinarnos de arriba abajo, como si le produjésemos un asco tremendo. Volvió a donde se encontraba el cadáver del jabalí y se puso de cuclillas al lado del animal mientras movía su

cabeza negativamente, chasqueando la lengua. Se levantó lentamente y se dirigió nuevamente a nosotros.

–Habéis acabado con nuestra diversión de hoy –hizo un gesto con las manos que fue secundado por los gritos de sus hombres. Se volvió y preguntó teatralmente a sus seguidores–: Muchachos, ¿que creéis que podrían ofrecernos como compensación? –sus hombres seguían aullando ante su mirada divertida– ¿Qué habéis dicho? –Acercó la mano enguantada a su oído, como si tratase de amplificar el ya estruendoso sonido de los gritos de sus hombres–. ¿Habéis dicho sangre? –Sus guerreros berrearón aún más desesperadamente, y él volvió a mirarnos con una mueca en su moreno rostro, en el que sus ojos negros brillaban con sarcasmo.

Hasta ese entonces había tratado de contener con gestos tranquilizadores a Marco y a Galieno, para que no cayeran en la provocación y empuñaran sus armas, con la esperanza de que pudiéramos llegar a un acuerdo con los godos. Pero dado el cariz que tomaban los acontecimientos, me pareció que no había marcha atrás. La lucha era inminente, y con toda probabilidad sería la última, porque los hombres que teníamos frente a nosotros no eran precisamente bandidos desesperados y mal armados. No solo nos superaban ampliamente en número, sino que además parecían guerreros veteranos. Solo esperaba poder contar con el tiempo suficiente para borrar la odiosa sonrisa socarrona del semblante del cabecilla; pensé en cómo se reiría, el muy cabrón, si llegara a saber las millas que habíamos recorrido en busca de su ejército. La ironía de la situación me habría hecho sonreír a mí también si no hubiese resultado tan cruel.

Con evidente lentitud saqué mi larga *spatha* de su vaina y poniéndomela delante de la cara la examiné como si estuviera buscando alguna mágica runa escrita en su hoja antes de comenzar a hablar.

–Disculpa mi rudeza, noble... ¿Wulfric, habéis dicho? –me disculpé mentalmente con el pobre godo al que había conocido en *Corduba* por usar su nombre para insultar al bastardo que tenía enfrente–. Si la pieza a la que os referís era ese jabalí –lo señalé con la punta de mi espada–, creo que ha

preferido que la cace alguien con más arrestos que vos. No podéis culparnos por tener el culo menos pesado que el vuestro. Pero sin duda debo estar en un error, noble Gelimer –pobre Gelimer, si levantara la cabeza–, y os referís al lindo gamo que vimos hace unas horas, saltando entre la hierba. Por nosotros, no os preocupéis: continuaremos nuestro camino y os dejaremos el paso libre para que podáis disfrutar de vuestra temeraria cacería –terminé, sonriendo satisfecho por mi propio ingenio.

El tipo no pudo evitar que mis chanzas lo enfadaran, y el rostro se le crispó mientras buscaba a tientas el pomo de la espada que descansaba en su costado, que desenvainó provocando un suave sonido metálico. Preocupado, reparé además en el retumbar de caballos acercándose a nuestra posición. Cuando los chicos ya habían sacado sus armas y nuestros enemigos estrechaban el cerco cada vez más, con su jefe en cabeza mostrando los dientes en una sonrisa lobuna, el ruido de cascos que escuchábamos se tornó atronador, y un nuevo grupo de guerreros montados irrumpió en el claro. Eché un vistazo fugaz. La mayoría de los hombres iban equipados con armaduras de cuero, e incluso los primeros llevaban buenas cotas de malla sobre las acolchadas túnicas; yelmos de hierro cubrían sus cabezas. Si nuestra situación ya era desesperada, cuando vi aparecer el nuevo grupo dejé de contar enemigos ante la certeza de que moriríamos sin apenas haber podido esgrimir la espada. El que iba en cabeza, un tipo montado sobre un caballo negro y tocado con un yelmo con los protectores para las mejillas cerrados se adelantó hasta donde nos encontrábamos, y su voz distorsionada por el metal de su casco sonó amenazadora.

–¿Qué es lo que sucede aquí? –dijo, dirigiéndose al tal Liuva. Fue una suerte haber aprendido algo de la jerga goda durante mi infancia con Gelimer, porque probablemente eso nos salvó la vida. Nuestro agresor en un primer momento no supo qué decir.

–Liuva, hijo de Sidguric, he preguntado qué pasa aquí. ¿A quién atacan tus hombres?

El tipo se encogió de hombros. Después de todo, ni siquiera se había molestado en averiguar a quiénes amenazaba.

–Son unos simples bandidos que hemos encontrado en el bosque y a los que íbamos a dar su merecido, noble Akhila.

Interrumpí al tipo para dirigirme al individuo del caballo en un pésimo remedo de godo.

–No somos bandidos. Acompaño a estos jóvenes romanos en busca del ejército godo enviado por el emperador.

El tipo del caballo me miró sorprendido.

–Al menos no me has dicho que el romano eras tú, porque entonces sin duda habría dado la razón a Liuva.

Se dirigió a Marco y los demás, y con un buen latín continuó preguntando.

–¿Sois romanos, entonces?

Marco tomó entonces la palabra.

–Sí, señor. Mi nombre es Marco Vipsanio Celer, y vengo desde *Lucus Augusti* con la intención de unirme al ejército del noble rey Teodorico para luchar contra los suevos.

El tipo se sonrió, o eso me pareció vislumbrar a través de su casco.

–Así que vienes a ponerte a disposición del rey Teodorico. ¿Y por qué el noble Teodorico debería aceptarte entre sus huestes, si ya dispone de muchos hombres fieles y valerosos que lo acompañan? –Con un gesto de sus manos, abarcó a los jinetes que aguardaban junto a él.

–Porque mi padre fue víctima de un ataque suevo en nuestra villa de *Conimbriga*, y su alma busca una venganza que el ejército de Teodorico le

puede dar. Además, os podemos servir de guías y traductores ante los pueblos que encontréis en vuestro recorrido.

–Es una noble intención, joven, y una buena oferta por tu parte. ¿Y quiénes son tus compañeros?

–Attax es un liberto de mi difunto padre, y casi un segundo padre para mí. Y ellos son mis amigos Galieno e Issa, que han prometido acompañarme en mi propósito.

El tipo se volvió hacia el ahora taciturno Liuva para dirigirse de nuevo a él.

–¿Cuáles fueron las instrucciones de Teodorico cuando nos destinó aquí, Liuva? –preguntó en un tono lento, como si estuviera cansado de repetirlo. El interpelado guardó un silencio obstinado.

–Por última vez, Liuva, ¿quieres recordarnos cuáles fueron las instrucciones del Rey cuando nos encargó defender esta zona hasta la llegada del ejército? –ante la negativa del arrogante godo a hablar, el caballero se quitó el casco, enfadado, y miró hacia sus seguidores.

–No importa que seáis *gardingos* o simples soldados, el Rey ha ordenado que se respete a la población hispana porque venimos a cumplir una misión encargada por el emperador Avito, amigo del pueblo godo. Y si el Rey quiere que se cumplan las órdenes del emperador, todos nosotros hemos de cumplirlas. Todos vosotros –dijo mirando en derredor a los hombres de Liuva– debéis cumplirlas, como yo también lo hago. Hasta que el rey Teodorico llegue aquí con el resto del ejército me debéis obediencia, porque yo, Akhila hijo de Sarus, soy vuestro superior. –Fulminó a Liuva con su mirada antes de relajar ligeramente su rictus severo–. Ahora, marchaos. Por hoy trataré de olvidar lo que ha sucedido aquí. Pero espero por vuestro bien no tener que volver a repetiros las órdenes.

Con malos modos y evidentes caras de disgusto, los hombres de Liuva y él mismo comenzaron a moverse para abandonar el concurrido claro donde tan solo unos instantes antes éramos presa fácil para ellos. Sentí su mirada amenazadora clavada en mí y le respondí con una medio sonrisa torva. Nuestro inesperado benefactor se dirigió a uno de sus hombres, que rápidamente salió de la columna para situarse a su lado a la vez que nos decía:

–Disculpádnos, señores, pero debemos continuar con nuestra ronda. Mi hijo Salla os servirá de guía hasta nuestro campamento, donde podréis descansar hasta que regresemos –dijo, señalando al guerrero que había acudido a su llamada, que en ese momento se quitaba el fiero casco, revelando un rostro joven, de piel tan fina como la de una muchacha, enmarcado por una larga melena rubia que caía en suaves mechones desordenados. Tenía los ojos grandes y expresivos, de un bello color gris; parecían enormes cuentas de collar. En cambio, la estampa del muchacho, que debía tener la edad del propio Marco, era la de un guerrero en toda su plenitud. Aunque no era tan musculoso como podía haberlo sido Gelimer en su momento, el joven no tenía ni una pizca de grasa sobrante; bien formado, ancho de espaldas y de brazos fuertes, me hizo pensar en una espada bellamente labrada, pero de filo mortal. Imaginé sin dificultad una caterva de doncellas godas suspirando a sus espaldas, disputándose sus atenciones.

Akhila se despidió con un gesto, y dio media vuelta seguido por la mayoría de sus hombres, quedando tan solo su hijo y otros seis guerreros, que permanecieron en sus puestos. El joven desmontó ágilmente y se acercó a Marco, que en medio de la apurada situación había olvidado por completo la herida de su brazo. La sangre que manaba del corte había resbalado por su brazo hasta su espada, y goteaba desde su punta formando un pequeño charco en el suelo. El godo sacó un pañuelo de su cinturón y ayudó a Marco a aplicarse la gasa para cortar la hemorragia.

–Mi nombre es Salla, como bien ha dicho mi padre. Siento el encuentro que habéis tenido hace un rato.

–No tienes que disculparte, al contrario, gracias a la intervención de tu padre estamos aún de una pieza –respondió Marco con un gesto de alivio.

–Debéis cuidaros de Liuva y sus hombres. No es alguien que suela pasar por alto una afrenta. Es un enemigo digno de temer.

–Eso excluye a tu padre, ¿no? –pregunté al muchacho.

Él sonrió antes de responder.

–El noble Akhila no teme más que a su Dios y a su Rey, y, que no me oiga decirlo, también a su amadísima mujer, mi madre.

La tensión que habíamos sufrido en las últimas horas con el ataque del jabalí y nuestro desagradable encuentro con Liuva y sus hombres se disipó como por arte de magia gracias a la espontaneidad de Salla. Acompañamos su risa, agradecidos.

Montamos en nuestros caballos, con Marco compartiendo silla con Issa y llevando de las riendas a su montura, que seguía cojeando, pero al menos se dejaba conducir. Siguiendo a Salla, atravesamos el bosque hasta llegar a la orilla del gran río que habíamos considerado nuestra meta. Durante el trayecto pensé que el destino debía de estar de parte de Marco, y que nuestra aventura llegaría a buen término tal y como el muchacho se había propuesto, porque en la misma tirada habíamos eludido una muerte segura en lo más profundo del bosque, cambiándola por la ocasión de presentarnos a uno de los mandos del ejército. Salla permaneció atento al camino hasta que se hizo evidente que llegaríamos al campamento sin ningún percance. Este se encontraba en el margen del río más cercano a nosotros, ocupando una suave elevación del terreno, y pudimos verlo desde largo rato antes de alcanzar la seguridad de sus muros. Se trataba de una mole de piedra encaramada a la pequeña colina, que parecía haber sido reforzada a toda prisa, utilizando tablonces de madera allí donde las defensas de piedra se habían desmoronado. Supuse que debía de tratarse de una fortaleza de las gentes antiguas, como aquellas que salpicaban la campiña de *Gallaecia*, y que los campesinos estaban volviendo a habitar

tras años de abandono, en busca de la seguridad que ofrecían. Los godos, por su parte, habían tomado el enclave, y lo habían reforzado como cabeza de puente para la expedición.

La estructura en sí no era muy grande: dudaba que pudiera albergar más de unos cuantos centenares de hombres. Eso, sumado a las palabras de Akhila, me hacía pensar que la incursión sí que tendría lugar, pero algo más tarde de lo que habíamos supuesto en *Lucus*. Los hombres que nos escoltaban, y los que nos observaban sorprendidos desde la tosca muralla cuando pasamos a su lado, debían de ser una fuerza enviada por el rey godo a modo de avanzadilla, para evitar que los pasos del río fueran tomados o destruidos por los suevos. Sin duda, habían conseguido su propósito.

Cuando atravesamos la puerta, la impresión de que el fuerte había sido reconstruido a toda prisa se acentuó. La mayoría de las casas solo poseían alguna de sus paredes construidas con buena piedra, mientras que el resto parecían hechas de madera sin desbastar, o incluso permanecían totalmente abiertas. Una vez entre las murallas, el joven Salla volvió a hacer gala de la locuacidad con la que nos había sorprendido al conocernos.

—Así que venís desde *Lucus Augusti*, la gran ciudad del occidente. No sé si nuestra misión nos llevará a verla, pero sin duda eso espero. Tienes una bonita tierra, Marco, y vosotros también. Muy antigua, y rica.

—Como bien dices, venimos desde *Lucus*, que es nuestra ciudad adoptiva. Pero mi tierra natal es *Conimbriga*, allá en la *Lusitania*.

—*Lusitania* —repitió pensativo el chico—. He oído hablar mucho de esa tierra, o más bien de su capital, *Emerita Augusta*. Ruego a Dios que me permita conocerla antes de que me llegue la hora. ¿Habéis estado alguna vez allí?

Los muchachos negaron con la cabeza, así que yo respondí.

—Yo he estado allí.

El muchacho se giró hacia mí.

–¿Y cómo es? Allá, en Tolosa, siempre me he preguntado cómo será la ciudad de Agripa.

–Si he de serte sincero, Salla, cuando estuve allí por última vez, me concentré más en destruir que en admirar –el joven me dedicó una mirada horrorizada que me arrancó una sonrisa, y volvió a dirigirse a Marco.

–Tenemos que ir a que Egica te mire ese brazo, porque aunque la herida no parece importante, no me parece correcto que mi padre te salve de luchar contra una decena de hombres armados y yo te deje morir desangrado por un rasguño. Vosotros, si queréis, podéis dejar los caballos y lavaros o descansar, lo que prefiráis, hasta que mi padre vuelva. No creo que tarde mucho tiempo.

Hice una seña a los demás, y nos dejamos caer pesadamente en la hierba que tapizaba el margen del sendero, junto a los caballos, que atamos al poste más cercano. Galieno parecía agotado, e Issa lo observaba todo con los ojos muy abiertos. Nos acomodamos lo mejor que pudimos y esperamos el regreso de Marco en silencio.

Cuando volvieron, los dos jóvenes venían riendo y hablando atropelladamente acerca de aquel romano de la antigüedad al que Marco tanto admiraba, de nombre Julio César. Interrumpieron la conversación al llegar a nuestro lado, y Salla se excusó con amabilidad:

–Bueno, me temo que ahora he de dejaros, pues tengo que dar mi parte a Ibbas. En cuanto vuelva mi padre nos veremos. Descansad.

–Así que Julio César... ¿pero este chico de dónde ha salido? Por su porte pensaba que se trataba de un hombre, pero parece más preocupado por conocer lugares e historias que por lo realmente importante.

–No te dejes llevar por su cháchara, Attax. Por lo que he oído en la enfermería, estuvo presente en los Campos Catalaúnicos. Pero tienes razón, creo que sería feliz charlando con mi erudito preceptor, allá en *Lucus*. En lo

que han tardado en curarme el brazo me ha preguntado por todo lo que ha visto desde que abandonó su tierra, como si yo, por el mero hecho de ser hispano, tuviera que estar al corriente de lo que pasa en la *Tarraconensis*. Gracias a Dios que en *Lucus*, con mi tío y con Palagorio, escuché muchas informaciones interesantes para compartir con él. Le he dicho que cuando penetremos en *Gallaecia* o *Lusitania* sí podré resolverle la mayor parte de sus dudas, y se ha quedado tranquilo y expectante, con ganas de que lleguemos allí.

–Cuando eso ocurra, procuraré alejarme de vosotros e ir con los hombres a buscar algo de pelea –dije, sin dejar de sonreír.

Había pasado algo menos de una hora cuando el revuelo que se produjo entre la guarnición nos advirtió del regreso de Akhila y sus hombres. Cuando pasó a nuestro lado, nos hizo un leve gesto y siguió de frente hacia el que parecía el edificio de mayor tamaño del campamento. Al rato volvió Salla a por nosotros, vestido cómodamente con unos calzones marrones y una camisa suelta de lana, ya sin su traje de batalla.

–Venid, padre os invita a cenar para conocer vuestra historia.

Nos miramos: vestidos tal y como habíamos llegado y sin habernos preocupado por nuestro aseo, no presentábamos un aspecto muy digno como invitados del comandante. Pasamos a la gran estancia donde habíamos visto entrar a Akhila hacía un buen rato, y una vez dentro pudimos ver que, a diferencia del lujo al que estábamos acostumbrados para los mandatarios romanos en *Lucus* o en las ciudades más al sur, aquello era poco mejor que un establo. Con el suelo de tierra apisonada y algunos hachones en las paredes como únicos adornos, la totalidad de la estancia se encontraba abierta, y se podía adivinar que Akhila la usaba tanto para dormir, como para comer, como para reunir a sus hombres. También guardaba allí sus armas, e incluso a su caballo, que se encontraba al fondo mascando algo de heno que le daba un muchacho con la mano.

Había una pequeña mesa sin sillas preparada en el centro de la estancia, con algunas jarras de vino y algo de comida, y hacia allí nos condujo Salla a la espera de que su padre apareciera. Este no se hizo esperar: salió desde detrás de una pequeña cortina secándose la cara con un paño limpio, y nos saludó alegremente, indicándonos que nos sentáramos en el mismo suelo. Al momento entraron en la estancia tres individuos más, que nuestro invitado procedió a presentarnos. Nunca he sido especialmente cuidadoso a la hora de recordar los nombres de la gente, salvo que algún rasgo especial me llame la atención. Pero hubo uno de ellos que, en cuanto lo vi, supe que no olvidaría cómo se llamaba.

Ibbas. Tan alto como yo, debía rondar también la cuarentena y parecía una auténtica bestia, fuerte, ágil en sus movimientos y escandaloso en su tono de voz. Me pareció la clase de tipo con el que podría trabar amistad, si él hubiera sido vándalo y nos encontráramos entre la tropa de Anderico. Akhila se encargó de las presentaciones: el gigante Ibbas era el capitán de sus hombres; y como él mismo dijo, lo consideraba su más leal servidor.

La cena en sí fue una especie de interrogatorio amistoso. En primer lugar tomó la palabra Marco, que se encargó de relatar nuestra historia, desde el asesinato de su padre en *Conimbriga* hasta nuestro encuentro en el bosque. Salla lo interrumpía de vez en cuando con algunas preguntas, que su padre acompañaba con leves gestos aprobadores. Cuando Marco terminó de hablar, Akhila expresó su sorpresa porque hubiéramos llegado al *Hiberus* con tanta antelación; nos explicó que su tropa era en realidad la vanguardia del ejército de Teodorico, que había sido enviada para reforzar los pasos del gran río y asegurarse de que el grueso del ejército encontrase al llegar su paso expedito. Nos dijo que este estaría compuesto también por burgundios y francos, al mando de sus respectivos reyes. Al tanto de esa información, los suevos, pensé, no tendrían nada que hacer, así que bien habían hecho en retroceder hacia sus bases galaicas, para hacer acopio de hombres y confiar al menos en que el terreno familiar les resultara favorable.

El noble godo volvió a hablar de las órdenes de su rey Teodorico de no violentar a la población nativa, y de la necesidad de actuar como ejemplo para

el resto de sus subordinados, por lo que, para alegría de Marco y de los chicos –y por qué no, también mía–, informó a los allí presentes de que a partir de ese momento estaríamos bajo su protección, pasando a formar parte del séquito de su hijo para el resto de la campaña, siempre que por nuestra parte estuviéramos dispuestos a asumir las obligaciones que este nos asignara. Tras escuchar sus palabras, Marco intercambió una mirada cómplice con Salla y asintió con firmeza. Yo respiré al fin tranquilo, pues pese a la cordial acogida que nos habían dispensado, hasta ese momento desconocíamos si entraba dentro de los planes de nuestros inesperados benefactores acogernos o enviarnos de regreso a casa con una palmada en el hombro. Ya más relajados, nos concentramos en disfrutar de la cena, con la tranquilidad que nos proporcionaba saber que por un tiempo no tendríamos que dormir al raso, expuestos a las desagradables sorpresas que puede deparar la noche.

La velada se fue animando; Salla llevaba el peso de la conversación con soltura, hasta que por fin Galieno, que desde que había escuchado el comentario de Marco al respecto ardía en deseos de conocer más datos, se decidió a preguntar con timidez sobre la batalla de los Campos Catalaúnicos, y si alguno de los presentes había tenido el honor de haber participado en ella. Inmediatamente pude ver como Ibbas se hinchaba como si fuera un pellejo de vino a punto de reventar, mientras Salla lo miraba con una sonrisa en sus labios.

–Galieno, cierto es que todos nosotros tomamos parte, hace ya cinco veranos, en la más crucial batalla de nuestros tiempos –miró a Ibbas antes de continuar–. Pero cada batalla que se libra tiene un héroe, y si este se encuentra en la mesa, a él debe corresponder el honor de relatarla. Ibbas estuvo en lo más cruento de la lucha, sin descansar durante el día ni durante la noche, por lo que, sin duda, es su voz la que debemos escuchar. Así que, amigo, bríndanos el honor de disfrutar de tu relato. –Alzó su copa hacia él, y todos le imitamos.

El citado Ibbas se aclaró la garganta con un generoso vaso de vino que paladeó sin prisa, disfrutando con la expectación creada. Desde que comenzó a contar la historia, quedó claro que nos encontrábamos ante un narrador

excepcional, aunque también es cierto que la batalla de la que hablaba había sido tan grandiosa que quizás cualquiera que hubiera disfrutado –o más bien sufrido– en ella, habría tenido fácil asombrar a un público tan bien dispuesto.

Con voz dura y estentórea, comenzó a relatar lo acaecido durante aquellas jornadas de junio del año 451 según el calendario cristiano, en el que el destino del imperio había pendido de un hilo. Los muchachos lo escuchaban embobados, y el resto de sus compañeros, aunque suponía que le habrían oído describir cada lance en numerosas ocasiones, lo observaban también con atención, atrapados por su hábil manera de entretener las palabras en un discurso épico. Según nos contó, las tropas godas e imperiales contaban con una marea de hombres, procedentes de distintos pueblos y agrupados bajo diferentes enseñas, como no se había visto hasta entonces; pero, aun así, se veían superadas en número por el ejército enemigo, formado por avezados guerreros de gesto cruel, que se extendían frente a ellos, incontables como granos de arena en una playa.

Las tropas se dispusieron para la batalla, con los romanos de Aecio ocupando una pequeña loma en el flanco izquierdo de la formación, los traicioneros alanos en el centro –el calificativo me hizo fruncir el ceño–, y el ejército godo con su rey Teodorico, el primero de ese nombre, al frente desplegado en el ala derecha. El miserable Atila les había llevado hasta las grandes llanuras de la *Galia*, donde sus hábiles jinetes arqueros podían maniobrar con facilidad, confiado en hacer valer la pericia de su temible caballería frente a los escasos jinetes que el ejército aliado había conseguido reunir. Atila había llevado a la batalla a sus perros amaestrados –como los llamaba Ibbas–: gépidos, sármatas, francos, y sobre todo los odiados ostrogodos, que acudieron arrastrándose a la llamada del huno, esperando la palmada de su amo en el lomo.

Durante horas, las tropas hunas se acercaron como una marea interminable hacia las primeras líneas del ejército aliado, descargando una andanada de flechas tras otra con sus terribles arcos compuestos. Así aguantó nuestro narrador, en primera fila, con el escudo fuertemente asido alzado ante él para protegerse de aquella lluvia mortal, mientras muchos compañeros caían a su

lado atravesados por las mortíferas flechas emplumadas de negro. Esperaba agazapado tras su escudo erizado de astas, y cada vez que los hunos daban una pequeña tregua para retornar a su posición y recoger nuevos proyectiles, se ponía en pie tambaleándose por el peso de su escudo tachonado de flechas, y utilizaba su espada como si de una guadaña se tratara para cortar los astiles y retomar inmediatamente su posición defensiva.

Ibbas acompañaba sus palabras con gestos grandilocuentes, o bajaba el tono por momentos y lo volvía a alzar de repente, provocando los respingos de los muchachos, que lo escuchaban como hechizados. Yo, que seguía la historia con más atención de lo que estaba dispuesto a reconocer, mantenía un gesto más distante, todavía molesto por el comentario del godo sobre mi pueblo.

Su voz volvió a bajar, ominosa. Contó como, cuando la desesperación comenzaba ya a infiltrar sus dedos gélidos en el ánimo de los guerreros, e incluso del propio Rey, ante los continuados ataques sin posibilidad de réplica, la tortura finalizó de repente. Los hunos concentraron su ímpetu en el centro del frente, y para los godos empezó la verdadera batalla. Siguiendo órdenes de Aecio, tomaron a la carrera una pequeña elevación que se encontraba entre ellos y los ostrogodos, dirigiéndose hacia el choque que llevaban reclamando durante horas. Los ostrogodos –más godos, pensaba yo–, que se encontraban frente a su flanco a la espera de que su amo huno soltara su cadena, se abalanzaron sobre la castigada formación, entre alaridos. Con los nervios destrozados por el martirio constante al que les habían sometido los arqueros hunos, los godos se lanzaron contra sus parientes como si desearan ese momento más que cualquier otra cosa en sus vidas. Escuchando a Ibbas –y además, al menos en mi caso, con grandes cantidades de vino en el cuerpo–, parecía que podíamos sentir el fétido olor del campo de batalla, y ver la sangre salpicando la cara de nuestro narrador mientras segaba la vida de sus enemigos, desarbolándolos como si se tratara de simples muñecos. En el resto de la formación, por lo que Ibbas pudo enterarse, los romanos de Aecio, secundados por burgundios y francos, mantenían la colina luchando contra gépidas, francos y sármatas; pero en cambio el centro, donde se alineaban los alanos, sufría lo indecible para mantener las líneas. Los traicioneros alanos –

era la segunda vez que el tipo insultaba a mi pueblo, y yo lo miraba con cara de pocos amigos mientras apuraba un vaso de vino tras otro y lo maldecía para mis adentros— fueron los primeros que rompieron la línea de batalla. No tuvieron arrestos suficientes para mantener la formación, como se esforzaban en lograr los guerreros del resto de pueblos —sin duda, íbamos a tener más que palabras—, por lo que muchos hunos se vieron libres para voltear sus monturas hacia donde los godos mantenían su posición a duras penas, luchando con sus primos por cada escaso palmo de suelo.

La acometida hunica a punto estuvo de destruir el ala derecha del ejército, con lo que la suerte de la batalla habría estado decidida, pero incluso ante la adversidad, el contingente visigodo sacó fuerzas de flaqueza. Cuando parecía que lograban hacer frente al ataque desde ambos lados, su Rey fue víctima de una flecha asesina, y sus hombres, desesperados por un momento, corrieron a proteger su cuerpo. Su hijo Turismundo, que luchaba a su lado, se hizo rápidamente con el control de la situación y sus hombres, nuevamente reconfortados, se reagruparon y atacaron en tromba a los hunos, que no esperaban tal reacción. A punto estuvieron —según un ufano Ibbas— de acabar con el mismísimo Atila, pero este logró escapar hacia la retaguardia como alma que lleva el diablo, dejando atrás todo honor.

La noche se apoderó del campo de batalla, y ni aun así hubo un momento de tregua para los guerreros. El propio Ibbas se encontró acompañando al mismo príncipe junto a su séquito, deambulando en la oscuridad, y trabando combate con cuantos enemigos les salían al paso. Pero, cuando pensaban que por fin llegaban hasta las líneas de su propio ejército en busca de un merecido descanso después de más de doce horas de lucha continua, se dieron cuenta alarmados de que, confundidos por la oscuridad, sus pasos les habían llevado hasta los carros que formaban el muro protector del campamento huno; en un instante se vieron luchando en el mismo centro del ejército enemigo. Según Ibbas, el príncipe se batió como un héroe, al igual que todos los que allí se encontraban, conscientes de que solo un milagro los sacaría de aquella situación; por el bien de su pueblo, más les valía apretar los dientes y acabar con cuantos hunos pudieran antes de morir. El mismo Ibbas, herido en una

pierna y con el escudo inservible, acabó con cinco hunos de piernas torcidas antes de que Turismundo recibiera un golpe en la cabeza que casi le partió el casco. Este salvó la vida del nuevo Rey, que pese a todo cayó inconsciente al suelo, donde tuvo que ser protegido por Ibbas y otros tres guerreros frente a una multitud de hunos que veían cercano el final de su odiado enemigo. Entre varios hombres lograron sacar al malherido Rey de la escena y lo pusieron a salvo tras la barrera protectora que formaban Ibbas y un puñado de guerreros, que no daban cuartel al enemigo pese a la escasez de su número. Cuando todo parecía perdido, e Ibbas comenzaba a notar que sus piernas flaqueaban por la pérdida de sangre, que manaba constante de sus múltiples heridas, y sus escasos compañeros caían uno tras otro, la providencia quiso que un grupo de *gardingos* que se encontraban en las cercanías buscando a su Rey diera por fin con ellos, y lograran romper el cerco que los asfixiaba. Sacaron de allí a los escasos supervivientes del grupo, entre los que se encontraba Ibbas, llevándolos de regreso al campamento. Pero el godo, apenas hubo bebido algo de cerveza mientras le cosían sus numerosas heridas, pidió un nuevo escudo y una nueva espada —ya que la suya, tras los golpes propinados y recibidos durante la jornada, había quedado inservible de lo mellada que estaba, y de ser una mortal herramienta de matar, se había convertido en una simple y basta barra de hierro—, y regresó al frente a proteger los pasos de su señor Akhila.

El amanecer los sorprendió aún en posición de combate frente a las carretas hunas, cuando Aecio en persona llegó protegido por sus hombres para entrevistarse con Turismundo. Los godos esperaban la orden de su señor para asaltar el campamento enemigo, pero esa orden nunca llegó. El romano convenció al Rey visigodo de que el combate no podía continuar por el lamentable estado de sus agotadas tropas, asegurándole además que ya habían logrado la victoria que con tanto anhelo habían perseguido. Para decepción de Ibbas, el ejército godo —o los restos de él, pensaba yo después de oír por su boca los nombres de sus numerosos compañeros caídos— volvió a la seguridad de su campamento, y así finalizó la mayor batalla de todos los tiempos —como se jactaba de decir una y otra vez—, donde la huida del cobarde alano a punto estuvo de provocar la derrota, y la pusilanimidad de un romano no supo sacar

provecho de la victoria que con su sangre había proporcionado el pueblo godo.

Los godos parecían encantados con la narración, y ciertamente fue majestuosa, pero a mí aún me escocían los insultos proferidos hacia mi pueblo –al que casi había olvidado–, y también Marco y Galieno terminaron con el ceño fruncido, tras la acusación de cobardía que Ibbas había vertido sobre su héroe, Aecio. A continuación, el vino que llevaba ingiriendo toda la noche debió de soltar mi lengua. Llevaba largo tiempo deseando replicar a nuestro interlocutor, y cuando hubo terminado y vi que los jóvenes también parecían molestos me decidí a hablar.

–Maravillosa narración, Ibbas –dije, alzando mi vaso hacia él–. Me descubro ante vuestros guerreros, pero supongo que has debido exagerar respecto al proceder de los alanos.

Salla, que me había estado dedicando rápidos vistazos preocupados cada vez que Ibbas nombraba a mi pueblo, puso los ojos en blanco, intuyendo problemas.

–Sucedió tal cual lo he contado, amigo –me respondió airadamente el enorme guerrero–. Mi sangre regó el maldito campo de batalla por su traicionera huida.

–Cuando tan solo tenía cinco años de vida, en esta misma tierra que hoy pisas –dije mirando a nuestros anfitriones–, mi pueblo prefirió morir ante el tuyo antes que huir. De eso da fe la sangre derramada de mis padres, por lo que no toleraré que insultes la memoria de mi pueblo.

–Lo siento por tu familia, amigo. Pero allá en la *Galia* sucedió tal cual lo he contado hoy. Sangiban huyó como una rata.

Traté de contenerme, pero eran demasiados los recuerdos que acudían a mi cabeza. Mezclados con el vino, hicieron que perdiera mi ya de por sí escasa sangre fría.

–Mi espada dice que mientes.

Antes de que Ibbas pudiera responderme, el propio Akhila se levantó de la mesa y comenzó a hablar vehementemente:

–Señores, no puedo romper hoy mismo los votos de amistad que he formulado con todos vosotros como testigos. No permitiré que una disputa como esta llegue a las armas; es más, lo prohíbo. Daos la mano, y que no haya mala sangre entre vosotros. Lo sucedido en el pasado ahora no es relevante.

Pero Ibbas no era de aquellos que dejaran pasar por alto un desafío. Tratando de no enfrentarse a su señor, pero sin resignarse a tenderme la mano, propuso una solución.

–No habrá mala sangre entre nosotros, señor, tan solo un animado combate de exhibición, sin armas si así lo preferís. Un mero entrenamiento con el que entretener a los muchachos en estos días de hastío.

Akhila hizo un gesto de desesperación, pero no quiso contradecir a su paladín. Habló con su hijo en voz baja, y este asintió y se inclinó hacia Marco para transmitirle a su vez el mensaje al oído.

–Estoy totalmente de acuerdo con Ibbas. Yo también necesito algo de ejercicio para liberar mi embotada cabeza, a la que se le sube el vino con relativa facilidad –intervine.

Marco fue el siguiente en hablar, y sus palabras me dejaron de una pieza.

–Yo, por mi parte, también estoy de acuerdo con el entrenamiento que se propone. Pero además querría solicitar a mi anfitrión y benefactor Akhila que, si lo tiene a bien, a partir de mañana mismo podamos comenzar nuestro servicio en la guardia personal de Salla, que comanda el propio Ibbas.

Lo miré como si se hubiera vuelto loco, y él me devolvió a su vez la mirada como si el loco fuera yo. Tanto Salla como su padre nos miraban

divertidos. Mientras, Ibbas se limpiaba tranquilamente las uñas con uno de los cuchillos, como si la cosa no fuera con él.

Akhila dio una palmada.

–No se hable más, entonces. Atrás quedan las rencillas; mañana a la hora tercia nos reuniremos en el patio para asistir al combate entre los dos campeones, y luego podréis comenzar vuestro entrenamiento con los hombres de mi hijo.

Dimos la cena por terminada, y abandonamos la sala para dormir algo en uno de los establos que albergaba la fortaleza. Cuando llegamos allí, no pude contenerme.

–¿Qué diablos te propones poniéndonos a cargo de ese bastardo? –interpelé a Marco, enfadado.

–¿Y qué te propones tú, Attax? ¿Es así como haces honor a tus promesas? –se calmó un poco y continuó–. Por fin hemos llegado a donde queríamos, y tú has estado a punto de estropearlo todo. –Pegó una patada a un montón de heno–. ¿Crees que a mí me gusta escuchar cómo dicen que Aecio fue un cobarde? Claro que no, pero no pierdo de vista cuál es mi objetivo, que no es otro que acabar con cuantos suevos pueda. Y si esta gente me lo puede ofrecer, no dudes que estaré de su lado.

Tardé un instante en responder. Realmente el muchacho tenía razón. En mi vida me había dado tiempo de acumular rencores hacia más de un pueblo, pero en ese momento estaba ahí por Marco. Así que nos uniríamos a los lobos para acabar con otros lobos. Y yo guardaría la calma.

Suspiré largamente y sin dejar de mirar al suelo le respondí:

–Lo siento, Marco. Tienes razón, no volveré a faltar a mi promesa.

El chico se acercó a donde yo estaba y pasó su brazo sobre mi hombro.

–Y mañana ni se te ocurra matar a ese desgraciado. No podemos perder a nuestro capitán –bromeó, malicioso–. Límitate a enseñarle que más le vale no enfadarte cuando estés bajo sus órdenes.

Sonreí apesadumbrado y me acosté cuan largo era sobre la primera paca de heno que encontré que fuera lo suficientemente grande.

CAPÍTULO XXI

Al día siguiente me desperté temprano y salí del establo para espabilarme y prepararme para el combate. El sol empezaba a salir y todavía hacía frío, por lo que, a excepción de los centinelas, el resto del campamento aún dormía. Saqué un cubo del pozo que se encontraba cerca del establo, y metí la cabeza en él varias veces hasta que me despejé por completo. Apenas había dormido pensando en la reprimenda de Marco. Ciertamente era que tenía razones más que suficientes para decirme lo que me dijo, pero aun así no podía evitar que la desazón que llevaba oculta en mi interior durante tantos años hubiera vuelto a aflorar en el momento en que oí a Ibbas despreciar a mi pueblo. Estaba apoyado sobre el pozo cuando unos pasos ligeros me sobresaltaron. Salla se encontraba casi a mi lado y me miraba con una agradable sonrisa en su cara.

–Buenos días, Attax. Espero que hayas dormido bien, pese al vino.

–Sin duda he pasado noches mejores.

–¿Estás preparado para hoy?

–¿A qué te refieres? ¿Al combate, o a ponerme al servicio de Ibbas?

–A las dos cosas –aclaró, divertido.

–La respuesta a ambas preguntas es no.

–Puedo entender tu enfado de anoche. Cuando yo era poco menos que un mocoso, el mismo Aecio que hace cinco años fue nuestro general en jefe y nos rogó que lucháramos a su lado, estuvo a punto de masacrar a mi pueblo. Tan solo la providencia y nuestras armas pudieron librarnos de semejante destino. Y míranos hoy, al servicio de un imperio que lleva más de cincuenta años intentado eliminarnos por todos los medios.

Lo miré, sorprendido. Sin duda, vivimos en un mundo extraño.

–Lo importante no son los nombres, Attax, sino las personas que los llevan con honor o con vergüenza. Lo importante es que Ibbas es un hombre fiel y bueno; a su manera, pero te puedo decir que pocos podrás encontrar mejores. Al igual que tú, aunque te escondas detrás de tu hosca actitud. En cambio, también en cada pueblo hay miserables que, si hubiera justicia divina, merecerían vivir entre las alimañas en lugar de entre los hombres de bien... como tu amigo Liuva.

Asentí despacio, reconociendo la razón de sus palabras.

–Espero verte esta tarde entre mis hombres dispuesto a comerte el mundo, amigo. Creo que incluso apostaré unas monedas por ti.

Lo observé alejarse. Sin duda se trataba de un muchacho excepcional. Pensé que, si como él mismo acababa de decir, existiera la justicia divina, alguien como él merecería formar parte de la historia más brillante de su tiempo.

Más tranquilo después de mi charla con Salla, en la que pude comprobar que el muchacho –y suponía que también su padre– no habían cambiado su benevolente actitud hacia nosotros, pese a mi evidente falta de educación al echarles a perder lo que prometía ser una feliz cena, volví al establo. Allí, el resto de nuestra pequeña partida se disponía a prepararse para el día que estaba a punto de comenzar. Saludé a los jóvenes y estos a su vez me respondieron con gestos de complicidad.

–¿Preparado para darle una paliza a ese bocazas? –preguntó Marco con una sonrisa en sus labios.

–Trataré de no hacerle mucho daño, para que después no la tome conmigo durante la campaña.

Marco pasó a mi lado seguido de Galieno y me dio un golpe en el hombro antes de salir del establo, supuse que a hablar con Salla sobre el combate.

Esos dos muchachos creían que podían hacer lo que quisieran con el resto... y lo cierto era que tenían razón.

Issa, sentado en un rincón, observaba atento mi preparación para el combate.

–Si tuviera alguna moneda, la apostaría por ti, Attax.

Lo miré sonriendo, agradecido por la confianza ciega del chico.

–Si tuvieras dinero, Issa, no deberías malgastarlo apostando en una pelea entre dos viejos, sino reservarlo para comprar un regalo a alguna joven y bonita camarera que sepa agradeceréte generosamente.

Él se sonrojó y miró para otro lado. Me dio pena, porque sus palabras habían sido sinceras, y no era dado a prodigarlas; y yo simplemente había optado por menospreciar su buena fe. Trencé mi cabellera y la até con la correa de cuero que llevaba en el morral, y avancé hacia la puerta para dirigirme hacia el lugar donde suponía que ya me esperaba Ibbas. Cuando llegué al dintel, me di la vuelta hacia él.

–Gracias, Issa. No lo olvidaré. –El muchacho sonrió con timidez, se incorporó y siguió mis pasos hacia donde ya nos esperaba un público entusiasta.

En el centro de la fortaleza, donde no había ni cabañas, ni cercas construidas a toda prisa para albergar los caballos y los animales que había traído consigo el ejército, un concurrido grupo de guerreros formaba un corro que se abrió según nos acercábamos el britano y yo. Debían de ser los hombres de Ibbas: mis nuevos compañeros. Sin duda habíamos dado con guerreros de verdad, veteranos de muchos combates, como el que la noche anterior había relatado mi contrincante. En el corro, que cada vez acogía a más curiosos, pude ver algunas caras conocidas. Allí estaba Akhila, con Salla a un lado y Marco al otro, con gesto preocupado; y también reconocí a algunos de nuestros amigos de la caza del jabalí, incluido el desagradable rostro de

Liuva, que me miraba con una amplia sonrisa, probablemente esperando que el salvaje de Ibbas me rompiera el cuello. Cuando llegué hasta el círculo, los hombres me permitieron el paso, y pude ver que alguno que otro ya se frotaba las manos con las apuestas que se cruzaban. Me despedí de Issa colocando una moneda en su mano, para asombro del chico, que salió rápidamente en busca de los improvisados corredores de apuestas.

Al otro lado del círculo me esperaba Ibbas, con los brazos en jarra y cara de pocos amigos. Desnudo de cintura para arriba, pude comprobar de un rápido vistazo que me enfrentaba con una auténtica mole cosida a cicatrices, de piernas robustas y torso descomunal. Como único pero a su estampa, me pareció que comenzaba a vislumbrarse algo de barriga a la altura de su cintura. Decidí quitarme también la camisola para que no me estorbara durante el combate, lo que provocó las risas de algunos de los presentes. Pese a no ser tan fornido como Ibbas –creo que nunca en mi vida llegué a tener el cuerpo de ese godo gigantesco–, los años me habían tratado bien. Tras las largas jornadas de entrenamiento pasadas con Marco, Galieno y Mario, creo que no desmerecía en absoluto del cuerpo de un buen luchador. Akhila dio un paso adelante y nos tendió la mano a cada uno de los contendientes. Nos prohibió en voz alta mordernos, y se separó de nosotros recordándonos que ese no era un combate a muerte y que él podría pararlo en cuanto lo considerara oportuno. Le sostuve la mirada a Ibbas mientras Akhila nos soltaba su perorata y el gesto del godo pasó de abiertamente hostil a lobuno cuando su señor terminó de hablar. Nos separamos, y el godo, dándome ostensiblemente la espalda, se puso en cuclillas para coger algo de tierra con sus manos y luego frotárselas, ante el delirio de sus hombres. Se dio la vuelta, y comenzó el combate.

Nos estudiamos un rato antes de romper las hostilidades. Aunque en un primer momento Ibbas podía llevar a engaño por el volumen que tenía, era muy rápido de movimientos, como pude comprobar nada más iniciar el combate. Los asistentes jaleaban enfervorecidos a su campeón, y muchos le recordaban a voz en grito que habían apostado parte de su soldada por él. Este, divertido, de vez en cuando sonreía a la concurrencia. Esto duró hasta

que la tensión de la pelea hizo que nos olvidáramos de los que nos rodeaban. En un rápido movimiento, hice una finta de acercamiento hacia mi oponente por el lado izquierdo, para luego abalanzarme sobre su cintura con mis brazos con la esperanza de tumbarlo. Agarré al tipo y noté la presión que ejercían sus descomunales músculos contra mis manos, y pude inmovilizarlo un momento, hasta que logró desembarazarse de mi abrazo, y juntando sus manos como si fueran un martillo, me propinó un brutal golpe en la nuca que dio con mis huesos en el suelo. Rodé por la tierra hasta alejarme de él, con la respiración entrecortada, antes de que se pusiera nuevamente a mi lado. También es cierto que no me siguió inmediatamente, sino que se contentó con levantar los brazos y jalear al público, su público. Traté de contener mi furia: me puse de nuevo en pie, buscando algún punto débil que me permitiera hacerle tanto daño como pudiera para luego retroceder. Bailé un rato a su alrededor, esperando la ocasión propicia, y poco después, cuando vi que el tipo comenzaba a desesperarse, logré conectar un golpe con mi puño en su costado, haciendo que se doblara un instante en busca de resuello. Aproveché el momento y de una patada logré que su pierna más adelantada cediera y cayera al suelo. Salté sobre él y traté de inmovilizarlo, pero sin duda era más voluminoso que yo, por lo que opté por volver a golpear su rostro con mis puños y después alejarme de nuevo. Muchos hombres se habrían rendido en ese momento, pero a Ibbas no se le pasaba por la cabeza; con un brusco movimiento logró agarrarme con ambos brazos como si de un oso se tratara y me propinó un brutal cabezazo en la cara que a punto estuvo de dejarme sin sentido. Lo único que pude ver después del golpe fue la sangre correr por mi nariz mientras trataba de centrar mi vista, que se había vuelto borrosa. Me hice a un lado lo más rápido que pude —que no era demasiado—, buscando un segundo de respiro. Él tampoco debió quedar muy bien parado, porque tardó en incorporarse, y sus compañeros dejaron de jalear por un breve instante, hasta que su campeón volvió a ponerse en pie. Aproveché ese momento para buscar las miradas de Marco y de Salla, y pude ver sus gestos de preocupación entre el público. En el otro extremo, Issa se mordía las uñas.

Ibbas volvía a acercarse, con una fea marca bajo su ojo izquierdo. Nos miramos con detenimiento antes de colocarnos, dispuestos a seguir con nuestro

duelo. Buscando sorprenderme, se abalanzó sobre mí como un toro, y apenas tuve tiempo para eludirlo: caí al suelo con él encima, pero aproveché su propia inercia para despedirlo de una patada que hizo que el godo cayera pesadamente tras de mí. Me puse en pie y me acerqué, dispuesto a descargarle una patada en los riñones, pero no llegué a hacerlo. De un rápido barrido, me hizo perder el equilibrio y caí de espaldas a su lado justo en el momento en que se incorporaba y se lanzaba sobre mí como si fuera un martillo contra el yunque. Estuve un rato tratando de liberarme, pero el tipo no cejó en su empeño, apoyando su peso sobre mí, preparado para asfixiarme. Apenas podía respirar y el estado de mi nariz, que a esas alturas daba por hecho que debía de haberme roto, tampoco ayudaba a que pudiera ingresar aire en mis doloridos pulmones. Entre la sangre que manaba a borbotones y el dolor de cabeza que me invadía, apenas alcanzaba a ver más allá del suelo. Logré alzar un poco la cabeza, y en el borde de mi campo de visión apareció el bastardo de Liuva, celebrando mi caída con sus acompañantes; y, a pesar del dolor, el orgullo me pudo. Concentré las escasas fuerzas que me quedaban, y, arqueando mi cuerpo, traté de sacudirme la presión de mi contrincante. En cuanto aflojó un poco, aproveché para propinarle un fuerte cabezazo en la mandíbula que me permitió liberar los brazos y quitármelo de encima. Apenas pude alejarme del tipo, porque la cabeza me daba vueltas. Me quedé boca abajo, vigilando de soslayo que el godo no volviera a acercarse a mí. Aquello, si seguía por ese camino, solo podía acabar con uno de nosotros dos muerto o inútil. Noté como un pequeño charco de sangre se iba formando bajo mi cabeza; Ibbas, a medio incorporarse, escupía restos de dientes entre babas sanguinolentas. Su ojo estaba cada vez más inflamado, y el labio partido también tenía pinta de doler bastante.

En ese instante en que los presentes asistían atónitos al desenlace del brutal combate, Akhila se situó entre nosotros dispuesto a parar la lucha.

—No hay deshonor en finalizar aquí este combate, los dos habéis luchado bien y Dios y los hombres son testigos de ello. —Nos miró a los dos con gesto esperanzado antes de continuar —¿Qué dices, Ibbas?

—Mi honor es servirte, Akhila.

Con evidentes muestras de alivio se dirigió a mí.

–¿Y tú, Attax?

Guardé silencio. No sabía si podría seguir combatiendo, pero tampoco había conseguido mi objetivo. El latido de la sangre en mis sienes no me dejaba pensar con claridad.

–¿Attax? – volvió a preguntarme, esta vez en un tono imperioso

–Ha sido un buen combate, pero aún no ha habido justicia para con mi pueblo.

Akhila se mordió el labio. Para mi sorpresa, fue Ibbas el que me respondió.

–Si te sirven mis palabras, puedo decirte que me hubiera gustado tener un alano como tú a mi lado aquel día.

Sonreí agradecido, aunque probablemente mi aspecto fuera patético, con mi rostro magullado, y mi sonrisa pareciese más bien una mueca como las de las máscaras que llevaban los antiguos romanos al teatro. Le tendí el brazo, y los dos nos incorporamos pesadamente ante el delirio del público, que enseguida nos vitoreó y nos colmó de dolorosos apretones y palmadas en la espalda.

Una hora más tarde, tanto el gigantesco Ibbas como yo luchábamos con un maldito matasanos rubio y regordete que no paró de reírse a costa nuestra. Egica, como se llamaba el individuo, nos atendió en la misma sala donde habíamos cenado la noche anterior, mientras tanto Salla como su padre y algunos amigos de este, acompañados por Marco y mis chicos, comentaban el combate, lamentando que no hubiera habido vencedor, por lo que finalmente nadie ganó dinero con las apuestas. Issa se quejaba amargamente, porque de los presentes era el único que hubiera ganado un buen dinero al apostar por mí en contra de lo que había hecho la mayoría. Y yo sabía que Salla también lo había hecho, pero se cuidó mucho de comentarlo delante de Ibbas; aunque, por

lo que empezaba a conocerlo, lo más probable es que se hubiera jugado unas monedas por cada uno de los dos. En todo caso guardó silencio sobre su apuesta, y se dedicó a consolar al britano haciéndole ver que había asistido a un combate entre dos auténticos colosos, y aun así le había salido gratis, por lo que todavía podía gastar ese dinero en celebrarlo en alguna taberna de los alrededores. De todas maneras el peor negocio fue para los corredores, que pese a todo reclamaron quedarse con una parte de lo apostado por las molestias de organizar el improvisado tinglado. Por lo visto hubo algo más que palabras, y uno de los que logró hacerlos cambiar de idea fue nuestro amigo Liuva, muy enfadado por el desarrollo del combate.

Pensé que la alegre cháchara de nuestros compañeros me distraería de las atenciones del físico —si es que lo era y no se trataba de un vulgar herrero, como parecía por sus brazos—, pero sin duda aquel no era precisamente un consumado estilista de su arte. Lo mejor que puedo decir es que no me quedó marca de esa nariz partida más allá de las primeras semanas, hasta que bajó la inflamación. De resto, Ibbas se reía escandalosamente de mis quejas mientras no paraba de tragar un vaso de vino tras otro ante el desespero de Egica, que le chillaba que el vino era para lavar las heridas, no para emborracharse. Él, sin prestarle atención, no dejaba de escupir trozos de diente mientras me ofrecía algo de vino. En cuanto el matasanos terminó conmigo, me lo bebí sin pestañear, recibiendo unas buenas palmetadas de aprobación del godo. Al fin y al cabo parecía que podríamos llegar a entendernos, pese a nuestros poco esperanzadores inicios.

Esa tarde, con la nariz doliéndome aún ante el más ligero roce, asistimos a nuestra primera reunión de la guardia comandada por Ibbas. Por consejo de Salla, acudimos con nuestras armas y armaduras, los que las teníamos, lo que hizo que Ibbas nos recibiera con aplausos y risas, felicitándonos por lo elegantes que lucíamos. Al igual que nosotros, el resto de los hombres de la unidad, que no serían más de cincuenta, se encontraban allí equipados con sus armas; la heterogeneidad de estas era la nota predominante.

Ibbas, con Salla a su lado, se exhibía mostrando orgulloso los huecos que habían dejado los dientes perdidos, como si esto fuera una nueva distinción de

mérito por la que valía la pena presumir. Sin duda era un tipo duro, no solo físicamente –como ya había comprobado–, sino también en el trato con sus hombres, que lo respetaban y lo apreciaban de verdad, como pude comprobar en esos primeros días. Saltaba a la vista que esos individuos formaban una unidad experimentada y cohesionada en torno a su jefe y a Salla. Ibbas, por su parte, dedicaba a sus hombres toda clase de insultos y pullas, mientras nos hacía correr durante millas alrededor de la fortaleza cargados con nuestras armas y equipos. A nosotros, pese a que no teníamos el estatus del resto de combatientes, sino que seríamos un apoyo puntual de la unidad, nos permitieron entrenarnos con ellos a fin de que nos familiarizáramos con su modo de lucha, para que pudiéramos ayudar a la unidad si resultaba necesario. Issa, que no ganaba para sorpresas en ese día, recibió un equipo básico para poder cumplir con nuestro entrenamiento. Salla le indicó, bromeando, que no le sería descontado de la paga, ya que no tendríamos. Con ese regalo, el muchacho olvidó sin duda el disgusto que había supuesto para él haber perdido la oportunidad de poder ganar sus primeras monedas en muchos años con el combate.

Extenuados por el esfuerzo, cuando Ibbas acabó –casi literalmente– con nosotros, nos quedamos tumbados cerca del pozo que se encontraba al lado del establo en el que habíamos pernoctado, con Salla a nuestro lado tratando de recuperar el resuello.

–No te he felicitado aún por el combate de hoy, Attax. Sin duda Ibbas ha encontrado el oponente que llevaba años buscando. Otro día puede que sea interesante llegar hasta el final –dijo con una mirada pícaro.

–Por lo menos hasta que deje de dolerme la nariz, te aseguro que trataré de evitarlo– le respondí, también sonriente.

–Entonces ha valido la pena, Marco –se sonrió Salla mirando al hispano.

–Vaya par de listillos que tengo que soportar –les dije antes de reírme a conciencia. Ellos se unieron a mis carcajadas; cuando nos calmamos, Salla continuó.

–He hablado con mi padre, y lo siento por vosotros si os habíais encariñado con el lugar, pero no podéis seguir durmiendo en el establo de ayer... Dormiréis con nosotros en nuestro barracón.

–¿Donde cenamos ayer? –preguntó Galieno esperanzado.

–No, Galieno. Esas son las dependencias de mi padre como comandante de la guarnición. Nosotros dormimos en el barracón de nuestra unidad.

–¿Tú duermes con esa panda de cerdos? –pregunté, sorprendido de que compartiera estancia con sus soldados en lugar de hacerlo con su padre.

–Si lo dices por Ibbas, te puedo decir que huele mejor de lo que aparenta.

–Entonces al menos tampoco podrás quejarte de mí...

Estuvimos largo rato hablando mientras descansábamos, y así me pude enterar de que la guarnición apenas alcanzaba los trescientos hombres. De ellos, la mitad eran hombres de Akhila, de los que la unidad de Ibbas era lo que se podía considerar como su guardia personal. Los demás eran vasallos que lo habían acompañado desde su hogar en *Burdigala*. El resto de hombres servían a los distintos señores que habían respondido a la llamada de su Rey, como el grupo que venía con Liuva. Junto con Teodorico, Akhila aguardaba la llegada del resto de sus hombres, que aún debían estar reagrupándose bajo otro de sus capitanes, de nombre Frogga.

Cuando ya el sol comenzaba a perder su batalla contra la incipiente oscuridad, nos levantamos y seguimos a Salla hacia nuestro nuevo barracón. Este, poco mejor que el establo donde habíamos pasado la noche anterior, se encontraba abarrotado por los hombres que habíamos conocido aquella tarde, que nos recibieron como si nos conocieran de toda la vida. El primero Ibbas, que me abrazó nada más cruzar el umbral, mientras me echaba en cara que no podría volver a morder los duros pezones de su amada Elvira por mi culpa. A modo de respuesta le señalé mi abultada nariz con gesto acusador, lo que provocó más risas por parte del enorme individuo. Dejamos nuestras cosas

donde pudimos, y en unos jergones más cómodos de lo que por su aspecto hubiera imaginado, descansamos dejando atrás toda la tensión del día. Yo, por mi parte, boca arriba toda la noche y sintiendo los latidos que me producía mi lastimada nariz, dormí buenamente lo que pude.

Durante días vivimos como si fuéramos miembros de la unidad de Ibbas. Trabajamos con ellos, luchamos con ellos, comimos con ellos y dormimos con ellos. Al final conocía a casi todos ellos por el nombre: Sunierico, Gauterico, Wamba, Roderico, otro Egica, y así hasta cincuenta veteranos godos de la batalla de los Campos Catalaúnicos. Cuando llevábamos ya casi dos semanas en el campamento, concentrados en nuestra instrucción, y la nariz por fin comenzaba a dejar de molestarme, Ibbas decidió que había llegado el momento de que acompañáramos a una de las muchas patrullas que reconocían el terreno cercano a nuestra base. Disfrutamos del trayecto como hacía mucho tiempo que no lo hacíamos. Curiosamente, desde nuestra salida de *Lucus*, tan solo deseábamos encontrar al ejército para unirnos a él y dejar de deambular por los bosques de la provincia, y sin embargo en ese momento, en que por fin habíamos conseguido nuestro objetivo, disfrutábamos como niños de nuestra primera excursión por las cercanías.

Tan solo duró un par de noches, pero fue suficiente para romper la estricta rutina a la que nos tenía acostumbrados el inflexible Ibbas. Formamos parte de un grupo capitaneado por el propio Salla, que no por ser el hijo del cabecilla de la guarnición dejaba de estar sujeto a la misma disciplina a la que nos veíamos subordinados el resto de guerreros. Cruzamos el puente levantado por los romanos hacía muchos años, y recorrimos el margen del *Hiberus* hasta llegar a los alrededores de una ciudad llamada *Pompaelo*. Allí comprobamos que la situación era tranquila –o eso fue al menos lo que dijo Salla–, sin rastro de las temibles bandas de vascones que de vez en cuando solían atacar a sus sedentarios vecinos en busca de botín.

Esa noche, pese a las iniciales reticencias de Salla, decidimos entrar a la ciudad a gastar unas cuantas monedas en una de las tabernas, y así romper con

la disciplina castrense a la que estábamos sometidos. La ciudad tenía un aspecto lamentable. Sin duda, el encontrarse en una zona de paso entre las provincias, y de camino hacia la *Galia*, había hecho que creciera gracias al continuo movimiento de viajeros, pero ese mismo hecho la convertía también en punto de paso para las distintas oleadas de invasores que habían penetrado en *Hispania*. En los últimos años, sus alrededores habían sido castigados tanto por los suevos como por bandas de bagaudas bien organizados, e incluso por unos y otros conjuntamente. Sin duda, aquel no era un buen lugar para esperar una tranquila vida de recogimiento.

Después de echar un primer vistazo, en el que reparamos en las torvas miradas con las que nos recibían los viandantes, decidimos —o mejor dicho, decidió Salla, que sin duda era el que más sentido de responsabilidad tenía de nuestro grupo— comprar algo de vino y tomarlo en nuestro campamento del bosque. Así, esa noche la pasamos entre compañeros de armas, charlando animadamente sobre batallas pasadas y futuras.

Cuando preguntamos a Salla qué amenaza era la que esperaba encontrar su padre por los alrededores, el chico se encogió de hombros antes de responder. Nos contó que los temibles bagaudas, o al menos aquellos que habían llegado a formar un contingente organizado, que incluso llegó a aliarse con los suevos para conseguir sus objetivos, habían sido eliminados de raíz hacía menos de dos años en otra expedición organizada por Roma, en la que el brazo ejecutor fue de nuevo el rey visigodo. En esa ocasión, el rey Teodorico, al tratarse de un encargo menor —o eso era lo que a mi me daba a entender su actuación—, envió a su hermano Frederico a sofocar el problema.

Y en esa historia nos volvimos a encontrar con nuestro viejo conocido Liuva. Salla nos explicó que había formado parte de la expedición que comandó Frederico, y que allí tuvo la oportunidad de ganarse el favor de su jefe. La campaña fue un éxito rotundo para las tropas de Frederico, que, formadas por soldados expertos curtidos en muchas batallas, y con la moral por las nubes tras haber hecho morder el polvo al mismo Atila, barrieron a los bagaudas como si se tratase de niños pequeños. Abatiéndose sobre ellos como

un rayo, Frederico acabó con las principales bandas de descontentos en lo que tardó el calor del estío en abandonar la provincia.

Tan solo hubo un pero en la expedición, y ahí era donde salía a relucir el nombre de Liuva. Por lo que se comentaba en las tabernas donde los guerreros godos gastaban sus monedas y se pavoneaban de sus hazañas, en el retorno de la expedición a través de los pasos de los Pirineos, cargados con el botín sustraído en la campaña, el ejército fue víctima de una emboscada preparada por los guerreros de las montañas vasconas. Estos, aliados con el frío que comenzaba a dejarse notar en los angostos pasos de montaña, a punto estuvieron de dar un serio disgusto a las victoriosas tropas godas. Desprevenidos y confiados, los hombres de Frederico se vieron obligados a luchar por cada palmo de terreno de aquellas traicioneras montañas, hasta que con mucho sufrimiento y con más bajas de las que habían sufrido en toda la campaña, lograron alcanzar la seguridad de las *Galias*.

Durante la lucha, Liuva tuvo que arriesgar su propia vida para proteger la del hermano del Rey, que estuvo a punto de caer ante el empuje de sus enemigos; después de ese episodio, contó con la protección de Frederico, que intercedió por él ante Teodorico para que lo incluyera dentro de su selecto grupo de *gardingos* o *fideles*. Por suerte, Salla nos aclaró el significado de estos términos, ya que pese a haberlos escuchado alguna vez, nunca había sabido muy bien a lo que se referían. Para los aristócratas godos, no había nada más importante que contarse entre el escogido grupo de guardaespaldas del Rey, su guardia personal, a la que solo se podía acceder siendo de origen noble. En este grupo había estado el propio Akhila en su juventud, pero tras la batalla de los Campos Catalaúnicos había dejado su puesto a otros más jóvenes, mientras él pasaba a ostentar el título de *Comes*, que venía desempeñando con la misma lealtad de la que había hecho gala mientras había formado parte de los defensores del Rey.

Sin duda Liuva era un mal tipo con el que buscarse problemas, porque no solo Frederico, sino por extensión el propio Rey, intercederían por él en caso de conflicto. Solo aquellos pocos, como Akhila, que contaban aún con mayor ascendiente en la corte, podían salir indemnes de un desencuentro con el fiero

guerrero. Salla nos explicó que él también entraría a formar parte de los *fideles* del Rey durante la campaña, en ese caso por la influencia de su padre. Nos confesó que muchas veces esa responsabilidad encogía su corazón, y que temía más que a nada la posibilidad de fallarle a su padre en el futuro desempeño de su labor. Para Salla, Akhila representaba el paradigma del gobernante perfecto: desde su respetable puesto de *Comes*, gobernaba sobre un pequeño territorio en nombre de Teodorico, y a ojos de su hijo aunaba a la perfección la figura paternal que debe representar un señor para con sus vasallos, protegiéndolos con uñas y dientes cuando la situación lo requería, pero también reprendiéndolos sin vacilación si era necesario. Por este motivo, el joven se esforzaba día tras día por conocer lugares, historias y gentes, acumulando valiosas experiencias que poder aplicar si se llegaba a dar el caso de que tuviera que suceder a su padre. Él argumentaba que, cuanto más conociera, con mayor rapidez y justicia sabría actuar ante las distintas situaciones que se le pudieran presentar en el futuro. Por mi parte, decidí que tanto leer debía haber vuelto loco al pobre chico; y no era el único, ya que para mí la mayoría de esos monjes que dedican sus vidas a enterrar la nariz en un pergamino tras otro llegan a ser auténticos amargados que no saben disfrutar de la vida. En fin, al menos Salla no era como ellos, pues aparte de estudiar también sabía divertirse. Le serví otro vaso de vino y decidimos que entre amigos muchas veces es mejor beber, cantar y reír que hablar, y por mis dioses juro que así fue, porque a la mañana siguiente mi cabeza parecía a punto de estallar como una fruta madura.

Desandamos nuestro camino sin mayor novedad que la alegría de haber pasado unos días alejados de la estricta instrucción de Ibbas. Tocaba volver al campamento: de vuelta a la rutina, de vuelta al tormento con el que Ibbas nos machacaba sin piedad día tras día. Aunque debo decir, en bien de su nombre, que pocas veces en mi vida me había encontrado en mejor forma física que en ese entonces. Cuando, pasadas un par de semanas, la nariz dejó de molestarme, y el gran cardenal púrpura que afeaba mi rostro empezó a tomar tintes verdosos, me acostumbré de tal manera al entrenamiento que realizábamos cada día, que ya por ese entonces felicitaba a Ibbas por su trabajo y le daba las gracias con sinceridad. El tipo, que en un primer

momento pensó que estaba siendo sarcástico —quién me iba a decir que semejante montaña de músculos conocía palabras tan rebuscadas—, una vez persuadido de mis buenas intenciones acabó por unirse con frecuencia a nuestra fogata, alrededor de la cual pasábamos las noches, hablando largamente sobre el pasado y el futuro. Siempre pensando en lo que hemos hecho, o lo que queremos hacer, nunca en lo que estamos haciendo. En pocas veces los hombres hablamos del presente; tan solo con el paso de los años me he dado cuenta del error que ello supone.

Pero pese a nuestra aparente felicidad, y a la calurosa acogida que nos dispensaron tanto Salla como su padre y sus hombres, siempre fuimos conscientes de que una sombra se cernía sobre nosotros: el maldito Liuva. Con el tiempo aprendí a odiar de verdad a ese hijo de puta... pero hablar de eso sería adelantar acontecimientos que ya habrá tiempo de relatar más adelante. Por ese entonces, cada vez que nos encontrábamos en nuestro duro entrenamiento, o rumiando nuestra magra ración, o simplemente conversando por fuera de nuestro barracón, sentíamos cómo sus ojos oscuros y penetrantes no nos perdían de vista. Bien el mismo Liuva, o bien alguno de sus compañeros, no dejaban de recordarnos con sus miradas que no estábamos seguros entre aquellos muros, ni éramos tan bienvenidos como pensábamos. Durante días estuve pendiente de los muchachos para evitar que pudieran encontrarse a solas con esos bastardos, pues sabía que estaban esperando una oportunidad para vengarse de su humillación el día en que nos conocimos. Siempre me las arreglaba para acompañarlos allí a donde fuesen, y lo mismo hacía Salla, que por lo que dejaba adivinar también era consciente de la situación, y se unía a nosotros siempre que sus obligaciones se lo permitían. En esas ocasiones bien Ibbas, o bien alguno de los amigos de Salla —los más jóvenes de la unidad, muchos de ellos hijos de los hombres de su padre—, como Gunteric o Wulfila, nos acompañaban en nuestras correrías por los alrededores.

Un buen día, en que el calor del estío era tal que incluso Ibbas se apiadó de nosotros, variamos nuestra rutina para llevar a cabo la instrucción antes de que saliera el sol. Una vez terminada la misma, nos dejamos caer sobre la

tierra a la sombra de una de las paredes de las cabañas para descansar. De repente, nos sorprendió el golpeteo rítmico y apresurado de los cascos de los caballos de un grupo de jinetes que hizo su irrupción en la fortaleza a toda prisa. Se les franqueó el paso con cierta urgencia, y pasaron a nuestro lado levantando grandes terrones de barro. Uno de ellos alcanzó a Galieno, que dormitaba con la boca abierta entre débiles ronquidos, y el resto reímos a carcajadas cuando se levantó de golpe, sobresaltado. Salla se incorporó de un salto y salió corriendo, mientras nos decía que el Rey estaba en camino.

Esa noche hubo un gran revuelo en la fortaleza. Los más nobles de entre la tropa fueron invitados a la cabaña de Akhila para asistir al recibimiento de los emisarios de Teodorico. Marco también estuvo entre los invitados, por insistencia de Salla, que durante toda la noche tuvo que servir de intérprete para su amigo; aunque llevaba algunas semanas tratando de enseñarle su lengua, este aún había hecho pocos progresos, para desesperación del godo.

Decidí no acostarme hasta que Marco hubiera llegado al barracón. Me parecía poco menos que imposible que, en un trayecto tan breve como el que había entre la cabaña de Akhila y nuestro barracón, Liuva –que también asistiría a la cena– pudiera intentar alguna jugada, pero no estaba de más no tentar a la suerte. Decidí animar a Ibbas a una buena partida de dados, que aceptó gustoso prometiendo darme una soberana paliza.

–Ni se te ocurra tocarme la nariz esta vez –le amenacé, divertido.

–Todavía me acuerdo de ti cuando pienso en un enorme y grasiento pedazo de carne: por tu culpa pareceré una vieja comiéndolo, en lugar de un guerrero.

–Pues prepárate para esta noche, porque te voy a dejar sin dinero con el que comprarlo.

Pasamos largo rato jugando; algunos de los veteranos del grupo que vieron la posibilidad de una buena partida se agolparon a nuestro alrededor como si fueran moscas. La noche no fue tan mal: pese a perder –esta vez sí– contra Ibbas, como había tenido la suerte de desplumar previamente a alguno de sus

amigos, lo que perdí era simplemente lo que acababa de ganar, así que pude conservar mis pocas monedas. Nuestros compañeros de azar se fueron retirando poco a poco, hasta que Ibbas anunció que también iba a tenderse en su duro catre.

—¿A que esperas, Attax? El chico ya es mayorcito. —O ese bellaco era capaz de leerme el pensamiento, o mi preocupación era más patente de lo que me habría gustado.

—Eso no lo dudo, amigo, pero para mí sigue siendo aquel mozalbete que conocí hace ya muchos años.

—A mí muchas veces me pasa lo mismo con Salla —reconoció, bajando la mirada, y se quedó un rato pensativo—. Espero poder estar a su lado para defenderlo siempre, como he hecho toda la vida con su padre. Pero a veces también es necesario que ellos den un paso al frente y sepan que pueden afrontar solos sus propios retos.

—Tienes razón. Pero no puedo quitarme de la cabeza a Liuva.

Ibbas asintió, comprensivo. No dejaba de sorprenderme que semejante tipo forzado y malcarado pudiera tener dentro mucho más de lo que cualquiera pudiera pensar. Hizo un ademán tranquilizador.

—Bah, olvídate de él, nunca haría nada que pudiera disgustar a Akhila. Ve a dormir, cagarruta, que mañana te voy a hacer sudar como lo hizo tu madre cuando te trajo al mundo.

Me despedí de Ibbas con una sarta de cordiales insultos. A pesar de sus palabras, que me habían hecho sentir un poco estúpido, me quedé allí un buen rato, hasta que los invitados comenzaron a abandonar uno a uno la reunión. Liuva fue de los primeros en salir; apenas pude reconocerlo a la luz de las antorchas que iluminaban la entrada del lugar, y supuse que mi propia figura, oculta en la penumbra, debía parecer poco más que un fardo tirado en el suelo. Cuando ya la mayor parte de los invitados habían salido, despidiéndose entre

risas y abrazos, me pareció reconocer a Marco y Salla hablando en la puerta. Al momento Salla volvió a entrar, y Marco avanzó con paso firme por la pendiente hacia nuestro barracón. Me incorporé para ir tras él, pensando en alguna excusa convincente que me permitiese explicarle por qué estaba aún despierto, sin tener que reconocer que había estado rondando como una gallina preocupada por los alrededores de la puerta de Akhila. Pero, de repente, un movimiento entre las sombras me hizo ponerme en guardia. Cuando Marco se encontraba a mitad de camino, se desprendieron dos trozos de oscuridad que pronto tomaron la forma de sendos guerreros que se situaron delante y a la espalda del muchacho. Percibí un instante de vacilación en el chico, al ver de repente su camino cortado; luego, sin más, avanzó tratando de rodear al individuo que le cortaba el paso. Me acerqué rápidamente hasta ellos. Cuando llegué, Marco miraba desafiante al que tenía enfrente –y que reconocí como Segga, uno de los secuaces de Liuva–, que, plantado en el camino con los brazos en jarras, no le permitía pasar. Irrumpí en la escena, con la mano en la empuñadura de mi espada, y hablé con sorna.

–Un poco tarde para dar un paseo, ¿verdad? ¿O tal vez os habíais citado para un encuentro romántico y el chico os ha fastidiado los planes? Disculpad, ya nos vamos. –Empujé al tipo para acercarme a Marco, y tiré de él hacia la pendiente. Cuando pasamos a su lado, el individuo increpó a Marco, despreciativo.

–Ya hablaremos otro día, cuando tu perro guardián esté dormido.

Notaba bullir la rabia en el muchacho, que no me miró, molesto por la pulla que le había lanzado el tipo. Recordé las palabras de Ibbas, y dudé si había hecho lo correcto, pero Marco iba desarmado, y aquellos dos podían haberle dado un buen disgusto. Y en el fondo sabía que para mí Marco siempre sería mi muchacho.

Podía haberlo dejado pasar para no acrecentar su enfado, pero su rechazo avivó mi ira hacia los matones que habían provocado la situación. Me detuve al lado de Segga, y con un rápido movimiento lo agarré por los genitales hasta

que se retorció sobre sí mismo con un gañido. Al acercarme a su oído para hablar, oí como rechinaban sus dientes.

–Dicen que los perros alanos nunca duermen, amigo, así que ten cuidado.

Lo solté tras un último apretón de despedida, y seguí con Marco hacia la seguridad de nuestro barracón.

CAPÍTULO XXII

Durante los días siguientes, Marco se dedicó en plenitud al entrenamiento, quedándose incluso más que el resto de hombres, para deleite de Ibbas, que se lo recriminaba, divertido, a los jóvenes godos. El chico estaba dolido en su amor propio; yo no esperaba que entendiera tan rápido mi actuación de aquella noche, por lo que decidí darle tiempo. Ya le llegaría su oportunidad de desquitarse, pero no en la traicionera oscuridad de la noche y en clara desventaja, sino frente a frente, en un combate honorable –o al menos en igualdad de condiciones–. Me prometí que en esas circunstancias sí lo dejaría arreglárselas solo. Hasta entonces, esperaba que fuera olvidando poco a poco su enfado.

Por Salla –no por Marco, que durante esos días evitó hablar conmigo– me enteré de que el ejército real se encontraba a menos de dos días de marcha, y que el Rey había enviado a sus mensajeros para que se tomaran posiciones en el puente para aguardar su llegada. No solo la pequeña compañía de Akhila, sino también otros grupos de godos, se habían ocupado de asegurar los pasos montañosos de la provincia mientras esperaban la llegada de su Rey. Y este ya se encontraba cerca.

Por lo que el chico sabía, varios miles de hombres lo seguían, incluyendo, como ya nos había dicho en su momento, contingentes de burgundios y francos. Dado lo tardío de la estación –nos encontrábamos ya a finales de verano–, el Rey pretendía proseguir su camino sin apenas detenerse, para llegar a *Gallaecia* antes de que el frío y la nieve ralentizaran aún más el paso del ejército, pues esa circunstancia favorecería a Rechiario y a sus hombres. Las órdenes que Teodorico envió a Akhila indicaban que la fortaleza no fuese abandonada cuando el ejército la dejara atrás; dejaba libertad a su *Comes* para que escogiera una guarnición de unos cincuenta hombres para que permanecieran en el fuerte hasta el regreso del grueso del ejército. En nuestro

caso, se trataba de hacer fuerte una posición estratégica para que cuando los soldados regresaran victoriosos de su misión, encontraran expedito el camino de vuelta a su tierra. Yo, por mi parte, creía que en esa situación, en el corazón de la *Tarraconensis* y siguiendo órdenes del propio emperador, poco o nada debía temer por sus hombres. No obstante, no fue esa la única vez en que Teodorico llevó a cabo este proceder: también en otras pequeñas fortalezas que encontramos a lo largo de nuestro deambular con el ejército, quedaron pequeñas guarniciones de guerreros visigodos. Salla podía decir lo que quisiera, pero a mí empezaba a parecerme que esos godos trataban de quedarse con el territorio que debían liberar.

Pese a la intención inicial de Akhila de dejar a Liuva al frente de la guarnición, librándose así de su molesta compañía para el resto de la campaña, sabía que semejante decisión no sería aceptada por el Rey y sus allegados. Un *gardingo* como Liuva podría protestar a la llegada de Teodorico, y hacer que este obligara a Akhila a retractarse de su nombramiento, con la consiguiente pérdida de autoridad que ello representaría. Así que finalmente fue un tal Vinderico el encargado de comandar la guarnición que quedaría atrás cuando el resto partiéramos.

Tal y como habían asegurado los mensajeros, las tropas de Teodorico no se hicieron esperar: al amanecer del segundo día desde su llegada, vislumbramos una sinuosa serpiente multicolor que avanzaba entre la bruma dirigiéndose por la calzada hasta nuestro puente. Asistimos a su llegada desde la muralla, con el asombro reflejado en los ojos de mis muchachos. Nunca habían visto un ejército en movimiento, y este realmente era impresionante. Miles de hombres avanzaban pesadamente en una larga columna que, por lo que pudimos ver desde nuestra privilegiada atalaya, se extendía a lo largo de varias millas. Escoltadas por unidades de caballería ligera, las tropas de infantería no lucían sus atuendos de batalla, sino ropa cómoda con la que poder recorrer grandes distancias en cada jornada. Tal era el retraso que llevaba el ejército que las carretas de bagaje eran azuzadas sin respiro, al igual que el grupo de seguidores –buhoneros, prostitutas, sirvientes y otros– que siempre acompañan a un ejército de grandes proporciones. En este caso,

ya fuera por la premura con la que Teodorico hacía avanzar a sus hombres, o por la naturaleza de la campaña, este grupo de civiles no era muy grande.

Cuando se hizo evidente que el ejército alcanzaría en breve nuestra posición, la guardia de Akhila, con su caudillo a la cabeza y con Salla a su lado, descendió hacia el puente, donde ya se encontraban varias unidades – entre ellas la de Liuva– para recibir a la vanguardia. Nosotros nos quedamos en la fortaleza ayudando a Ibbas y a otros de los suyos a recoger nuestras pertenencias y preparar el particular tren de bagaje, antes de descender por el sinuoso camino y unirnos a nuestro grupo.

Akhila y sus hombres ofrecían un claro contraste con los primeros soldados a pie que cruzaron el puente. Estos últimos, sudorosos y cansados, saludaron al pasar a sus compañeros, colocados a modo de guardia de honor a ambos lados del antiguo puente.

Cuando llegamos, ya habían cruzado las primeras unidades de caballería, mientras varios grupos de infantería continuaban pasando hacia el otro lado del río. Los hombres de Akhila asistían a su marcha, mientras su comandante charlaba animadamente con algunos de los jinetes que se habían detenido a su lado, y con los que parecía intercambiar noticias y parabienes. Nosotros formábamos con los hombres de Ibbas, que esperaban pacientemente de pie tras su señor a que este diera la orden de marcha. Cuando ya eran tantos los guerreros que habían cruzado el puente que hasta Marco había desistido de elucubrar sobre su número, un grupo de caballeros elegantemente vestidos y con porte señorial se acercó al galope hasta la posición de Akhila. Este, según los vio llegar, hizo una seña a Salla y a algunos de sus hombres, que descabalaron para recibir a pie a los recién llegados.

–Ahí está el Rey –nos informó Ibbas con una gran sonrisa.

–¿Es el que viste una túnica azul y luce sobre ella un enorme colgante de oro? – preguntó Galieno.

Las risas de Ibbas sorprendieron incluso a alguno de los hombres que acompañaban a Akhila a caballo. En cuanto pudo calmarse, nuestro interlocutor se volvió hacia nosotros y nos informó en voz baja

–Eso es lo que él querría, Galieno. Es su hermano Frederico.

El valedor de Liuva, recordé yo instantáneamente; y como para corroborar mis pensamientos, el sujeto de azul, antes siquiera de saludar a Akhila, que encabezaba la comitiva, se dirigió a la derecha de este, hacia donde se encontraba Liuva, ufano y vestido para la batalla. Ambos se fundieron en un abrazo, celebrado por los hombres de Liuva con ruidosos vítores. Por el contrario, Teodorico dirigió sus saludos primero a Akhila y a su hijo, con los que estuvo un rato departiendo antes de detenerse a saludar uno a uno a los hombres que acompañaban al *Comes*. Esperamos un rato en nuestra posición, hasta que la comitiva del Rey volvió a montar, seguida de Liuva y sus hombres, que se situaron tras Frederico, y prosiguió su camino en pos del ejército. Juraría que el *gardingo* nos dedicó una maliciosa mirada de despedida al pasar frente a nosotros, aunque no puedo asegurarlo. Pasado ese momento, Akhila impartió órdenes a su hijo y nos preparamos para incorporarnos a la larga comitiva.

Cerramos la marcha, justo por delante del tren de bagaje, por lo que nuestro camino estuvo acompañado no solo por las quejas de los hombres, sino también por las de los animales, que día tras día nos martirizaban los oídos con sus mugidos.

Proseguimos varios días por el camino que marcaba la antigua calzada romana, y nos fuimos adentrando cada vez más en el corazón de *Hispania*. Dejamos atrás las ciudades que encontrábamos a nuestro paso, como *Segisama* o *Vipovesca*.

La rutina del ejército era tediosa y monótona. Despertábamos antes del alba y asistíamos a cómo los conductores ponían a punto sus carretas para empezar un nuevo día de aburrido caminar. La mayoría de nosotros avanzábamos a pie, siguiendo el trazado que marcaban las antiguas piedras,

imbuidos en el seno del mayor ejército que las recorriera desde hacía décadas —o eso pensaba yo—, parando únicamente para comer algo ligero al mediodía, y al atardecer para preparar algún guiso en las cacerolas de campaña.

Sin duda alguna, ese era el mejor momento del día. Tras dejar a un lado la impedimenta y a los cansinos quejidos de los bueyes, nos reuníamos alrededor de un acogedor fuego, y en compañía de Ibbas y algunos de sus hombres comíamos algo caliente para calmar nuestros hambrientos estómagos. Además, nuestra olla siempre fue de las mejor provistas, por lo menos de entre las de aquellas compañías que formábamos la cola de la columna, pues siempre se cocía en la misma algún que otro pedazo de carne, dando a nuestros guisos mucha más consistencia que los de las cacerolas vecinas. El artífice de esto era, como no, Issa. Supongo que aquellos serían, probablemente, los mejores meses que había pasado el joven en esta desdichada tierra. Siempre acompañado de Galieno, cuando el resto nos dedicábamos a vagar alegremente tras la marcha del día, los dos jóvenes se internaban en el bosque en busca de alguna presa que nos alegrara la cena. Tal fue la fama que cogieron ambos muchachos, que dentro de nuestra unidad hasta los más veteranos comenzaron a considerarlos como una especie de amuletos de buena suerte, lo que colmaba todas las aspiraciones del britano. Y cuando en alguna de estas cacerías nocturnas alguno de los hombres se ofrecía a acompañarlos, una vez regresaban solía repetirse la misma historia: un godo enorme hablando de la increíble puntería de Issa, que, ruborizado, asistía a su lado a toda clase de elogios por parte del resto de nuestro grupo.

Hasta Salla, en los momentos que no era requerido por su padre para acompañarlo a la cabeza de la columna, se unía a los jóvenes en estas incursiones de caza. Mientras, yo prefería quedarme al lado del fuego, fanfarroneando con Ibbas y los más veteranos hasta poder comer algo caliente. Sin embargo, una noche en que los cuatro jóvenes se preparaban para internarse en el bosque, decidí unirme a su partida, porque Ibbas había tomado el lugar de Salla para acompañar a Akhila hasta la tienda de Teodorico.

Penetramos en la espesura ante la ceñuda mirada de Issa, que nos instaba a hacer menos ruido. Él, con mirada experta y caminando como si flotara por

entre la hojarasca, no perdía detalle de los distintos sonidos del bosque. Lo seguimos en la distancia hasta que dejamos de oír las escandalosas voces del campamento. Cuando ya llevábamos un buen rato caminando, decidimos abrirnos en abanico para abarcar más superficie, y así continuamos internándonos en lo más profundo del bosque. Esas horas de ejercicio me estaban viniendo de perlas, porque la monótona rutina del avance del ejército tenía mis músculos, y sobre todo mi cabeza, embotados; nada mejor que una buena cacería para aguzar los sentidos.

El crujido repentino de una rama al quebrarse me sobresaltó. Busqué con la mirada a mi alrededor, pero no descubrí ni a Marco ni a Salla, que debían encontrarse uno a cada lado. Continué adelante, atento a las señales que pudiera encontrar, cuando otro chasquido hizo que me parara en seco. No sonaba como si alguien estuviera pisando sobre el manto del bosque, sino más bien como si alguna pequeña rama se hubiera desprendido desde uno de los árboles cercanos. ¿Podría tratarse quizás de algún pájaro? Lo dudaba, siendo la hora que era, por lo que seguí adelante desechando con pesar la idea de llevar algún ave a la cazuela. Las copas de los árboles se veían tupidas y oscuras; tan solo una tímida luna, que aparecía y desaparecía entre las nubes, nos iluminaba esa noche. De repente, un estallido seguido de una ráfaga de aire me sorprendió, y giré mi cara hacia donde había notado el movimiento; una flecha se agitaba a mi lado, fuertemente clavada en uno de los troncos. Sorprendido, me lancé inmediatamente al suelo sin dejar de mirar a las ahora amenazadoras copas. La tosca flecha no se parecía a las que nosotros utilizábamos, por lo que descarté que alguno de los jóvenes pudiera haberme confundido con una presa. Me arrastré por la tierra hasta alcanzar una roca de gran tamaño tras la que cubrirme –siempre y cuando el arquero continuara en la misma posición desde la que me había disparado, y siempre que me enfrentara a un único tirador...—. Reconozco que en ese momento el miedo me atenazó: siempre me he tenido por un hombre arrojado y valiente, y en el cara a cara, nunca me ha importado luchar contra dos o tres hombres a la vez, pero vértelas contra alguien al que no puedes ver mientras él te acecha apuntándote con su arco, es harina de otro costal. Permanecí atento a cualquier sonido mientras escrutaba las copas de los árboles con los ojos entornados, hasta que

un ruido, que me recordó al de un fardo desplomándose sobre el suelo, me hizo erguirme levemente para poder mejorar mi perspectiva de la situación. Marco se acercaba corriendo hacia mi precario escondite, con el arco en la mano; le hice señas urgentes para que se cubriera, pero él continuó avanzando tranquilamente y pasó a mi lado sin apenas mirarme. Lanzando un reniego, corrí tras él. Habíamos avanzado apenas treinta pasos cuando Marco dio con lo que buscaba: el cadáver contorsionado de un hombre con una flecha clavada en la garganta. Le dio una patada para comprobar que el individuo había muerto y procedió a registrarlo. Cuando llegué a su lado lo interrogué:

–¿La flecha es tuya? –él asintió, aún de espaldas a mí.

–Esta es por la de la otra noche. Ahora estamos en paz, al menos en el campo de batalla. En la vida ya es otra cosa –me sonrió como hacía días que no lo hacía.

–¿Estás seguro de que solo había uno? ¿Cuándo lo viste?

–Mientras avanzaba a tu derecha oí un ruido entre los árboles, y decidí olvidarme de nuestra cacería para ver qué encontraba por allí arriba. Cuando el tipo cambió de posición para apuntarte mejor pude verlo bien, y entonces le disparé.

Pasé mi mano por el hombro del chico, y ahí la dejé.

–Me pregunto quién sería.

–Parece alguien del bagaje, por sus ropas de mala calidad y su aspecto anodino.

–¿Y decidió robar en la noche a cinco guerreros? No lo creo.

Marco, que seguía registrando las ropas del tipo, se volvió hacia mí con gesto triunfante.

–Creo que he dado con el motivo. –Sacó una moneda romana de plata de uno de los bolsillos del cadáver–. No creo que este pobre desgraciado hubiera visto en su vida muchas de estas.

Un escalofrío me recorrió la espalda al darme cuenta de la situación en que nos encontrábamos. Parecía claro; alguien con el poder suficiente como para disponer de buena plata romana había encargado a aquel rufián que acabara conmigo amparado en el anonimato y sin testigos. Todas mis sospechas apuntaban a Liuva: nadie más podía tener motivos para verme muerto. Y si Salla estaba en lo cierto con respecto al *gardingo*, este no descansaría hasta que lo lograra.

–Gracias, Marco. Dormiré más tranquilo sabiendo que estás a mi lado.

–Lo mismo digo. –Sonrió de nuevo y yo apreté su hombro. Nos encaminamos hacia el claro que habíamos establecido como lugar de reunión una vez finalizada la cacería, y hablamos largo y tendido sobre el incidente, valorando si debíamos dar parte de nuestro furtivo encuentro o por el contrario era mejor pasarlo por alto para evitar preguntas molestas en el campamento. Todavía no habíamos encontrado la respuesta cuando apareció Salla con cara de pocos amigos. Lo saludamos divertidos, y él se acercó resoplando hacia donde estábamos.

–Juro que es imposible cazar nada en este maldito bosque. Como Issa venga con una pieza empezaré a pensar que tiene un pacto con el diablo...

–Mientras nos tenga la barriga llena, a mí no me importa –respondí, socarrón.

–Tienes razón; lo prefiero mil veces antes que a un cristiano piadoso que lo único que te ofrezca sea pan para el alma y ayuno para el cuerpo.

–Salla, han atacado a Attax –lo interrumpió Marco, alargándole la tosca flecha que habíamos rescatado del tronco donde se clavó. El godo se quedó un momento perplejo antes de reaccionar.

–¿Atacado? ¿Dónde? ¿Cuándo?

–Hace un rato, cuando nos separamos para la cacería.

–¿Lograsteis ver quién era el agresor?

–Algo más que eso –respondí yo–. No sé si Issa conseguirá alguna pieza hoy, pero te aseguro que Marco ha cazado una de buen tamaño.

–Avanzaba por las copas de los árboles y podía habernos disparado a todos, pero se concentró en Attax como si fuera su principal objetivo –explicó Marco.

Salla se quedó un breve momento pensativo.

–¿Liuva? ¿O acaso has importunado a la mujer de alguno de los guerreros?

–Te aseguro que yo nunca importuno a una mujer; al contrario, que yo sepa ninguna ha quedado insatisfecha conmigo.

Marco sacó la reluciente moneda y la puso en la mano de Salla.

–Esto debe ser parte del pago acordado. Y respecto al tipo que ahora mismo está criando malvas... te aseguro que no tenía aspecto de tener muchas más como esta.

Salla estuvo jugando con la moneda un momento en la palma de su mano antes de devolvérsela a Marco, y él decidió por nosotros.

–No digáis una sola palabra a nadie en el campamento, pues esto puede comprometeros más a vosotros que a Liuva. Haced como si hoy no hubiera pasado nada, pero, a partir de ahora, tendremos que extremar las precauciones a lo largo del camino.

Oímos algo de ruido cerca del claro, y al momento aparecieron Galieno e Issa. El britano parecía estar abroncando al hispano por su falta de sigilo.

–Un oso haría menos ruido que tú, Galieno.

–Es que soy muy voluminoso, Issa, tienes que entenderlo.

–Lo único voluminoso que tienes es la cabeza.

–Que únicamente hayas cazado tú no te da derecho a insultarme –se enfurruñó Galieno.

–Por eso trato de que te des cuenta de que el sigilo es fundamental: haces demasiado ruido, y alertas a las presas... probablemente, en varias millas a la redonda.

Galieno chasqueó la lengua con fastidio, y se dirigió a nosotros.

–Aquí el amigo Diana cazadora trae la cena, chicos.

Issa sacó de detrás de su espalda un hatillo con tres liebres atadas con una cuerda.

–Sin duda, Issa, mis sospechas se confirman: tienes un pacto con el diablo –sentenció Salla divertido. El muchacho no podía saber lo inapropiado de su broma, pues nunca le habíamos hablado del pasado de Issa. Su comentario hizo que el britano se encerrara en sí mismo, y Salla, preocupado, dirigió a Marco una mirada interrogativa.

Emprendimos el camino, y ni siquiera a nuestros amigos hicimos partícipes de nuestro desagradable encuentro. Issa avanzaba callado al final de nuestra minúscula columna, y Marco y Salla, que ocupaban las posiciones de vanguardia, hablaron durante un momento. Luego el godo se detuvo hasta que Issa llegó a su lado, y continuó caminando junto a él. Nunca pregunté qué le había dicho, pero cuando llegamos al campamento, ambos reían, de muy buen humor.

Los hombres, que nos esperaban con ansia, celebraron nuestro regreso con vítores, con la esperanza de que trajéramos algo que echar a la olla, y desde

luego Issa no los decepcionó. Comimos entre risas y bromas, aunque cuando miraba el rostro de Salla o el de Marco, podía observar que tampoco ellos perdían detalle de lo que sucedía a su alrededor y escrutaban a todo aquel que no les resultara familiar.

A la mañana siguiente, como cada día desde que nos uniéramos al ejército, proseguimos nuestro camino hacia la frontera con la *Gallaecia*. Cuando un ejército de esas dimensiones se encuentra en movimiento, pese al esfuerzo de los hombres y la voluntad de los comandantes, el avance es terriblemente lento. La caravana de suministros y la impedimenta marcan el paso, le pese a quien le pese, por lo que no fue hasta pasados los *idus* de septiembre cuando llegamos a los alrededores de la antigua ciudad de *Legio*. Para regocijo de Salla, Marco le explicó que el nombre de la ciudad derivaba del primer emplazamiento de una legión estable en *Hispania*. Relató que el campamento de la VII legión *Gemina* sirvió como base al imperio para atender a la defensa del levantisco norte del territorio, tras la finalización de las guerras astures, y con el paso del tiempo, a los pies del campamento nació una ciudad que tomaría como nombre el de la legión.

—¿Y dónde estaba esa legión cuando entró nuestro peludo amigo? —dijo Salla, señalándome.

Marco se encogió de hombros y explicó que su tío le había dicho que las distintas cohortes dependientes de la VII que se habían establecido tanto en *Gallaecia* como en la zona minera por excelencia del norte peninsular, habían sido trasladadas desde antes de que él naciera. Por lo que él sabía, no había ejército permanente en la provincia desde que se sucedieran las invasiones.

—Nunca entenderé este tipo de cosas —Salla meneó la cabeza—. ¿Y tú qué recuerdas, Attax?

—No sé si eran tropas regulares o no, pero te puedo asegurar una cosa: desde que mis padres penetraron por los nevados pasos de los Pirineos, hemos tenido que luchar por cada palmo de terreno por el que pasábamos. Con otros

pueblos, ya fueran suevos, godos incluso, contra ejércitos imperiales enviados desde Roma, y contra las propias milicias locales.

Cuando dejamos atrás la oscura sombra de las murallas de *Legio*, el ejército hizo un alto de dos días, para que tanto los hombres como las bestias tuvieran un respiro que les permitiera recuperarse del largo camino. Nuestro objetivo estaba cerca, ya que la frontera se encontraba a escasas millas, y Teodorico, con buen criterio, pretendía que sus tropas se prepararan para lo más duro de la campaña. La segunda noche que pasamos allí, Akhila se presentó en nuestra fogata, mostrando los dientes en una sonrisa lobuna.

—Buenas noches a todas, señoritas, espero que os estéis divirtiendo y estéis descansando, porque se acerca el momento de patear culos suevos.

Nos sentamos todos a su alrededor, y en las caras de sus veteranos comenzaron a dibujarse expresiones salvajes. Según las informaciones que tenía el propio rey Teodorico, el ejército suevo se había reunido poco más adelante de donde nos encontrábamos. Compuesto por sus guerreros y reforzado a toda prisa por grupos de hispanos afines, pretendía esperar a los godos en algún lugar de la frontera que delimitaba administrativamente las dos provincias, por lo que si conocían el camino que llevaba nuestro ejército, debían de estarnos esperando en algún punto del río *Urbicus*, que se encontraba al oeste de *Asturica Augusta* y que marcaba el inicio de la antigua provincia de *Gallaecia*. Según los mismos informes, pese a los refuerzos hispanos, el número de hombres que nos enfrentaba Rechiario era sensiblemente inferior al de las tropas godas. Junto a Teodorico se alineaban más de cinco mil veteranos, que en su mayoría habían luchado contra Atila, y a su vez los acompañaban unos pocos miles de burgundios y francos al mando de sus reyes Goudioc e Hilperico respectivamente. Según el propio Akhila, por lo que había escuchado en la tienda real, el *Urbicus* era un pequeño río que para nada se asemejaba al caudaloso y extenso *Hiberus* que habíamos dejado atrás hacía ya unas semanas, por lo que el Rey esperaba que no representara un gran obstáculo para sus tropas, y más en el período en que nos encontrábamos, al final de la estación seca. Así, al tercer día levantamos el

campamento y emprendimos camino hacia *Asturica Augusta* convencidos de nuestra victoria.

Llegamos a orillas del *Urbicus* unos pocos días más tarde, y desde las cercanías de su margen pudimos observar la disposición del ejército que esperaba al otro lado. Rechiario había distribuido a sus hombres en pequeños campamentos salpicados a lo largo de varias millas del margen del río, para poder presentarse con el grueso de su ejército cuando aparecieran Teodorico y sus hombres. Sin duda, el suevo había previsto acertadamente que Teodorico seguiría los caminos principales de las antiguas calzadas para agilizar su avance. Por nuestra parte, desde varios días antes de llegar al río, ya los exploradores enviados por el Rey habían informado al mando principal de la presencia del ejército enemigo en la orilla opuesta. Al igual que Rechiario, Teodorico dio la orden de dividir al ejército en varias unidades pequeñas que ocuparan un largo frente junto al río, tanto como el propio frente suevo. Los burgundios se situaron en el extremo sur de la línea, el propio Teodorico en el centro con la mayoría de sus hombres e Hilperico y sus francos a su lado, y por último, en el extremo norte de la línea, bajo las órdenes directas de su hermano Frederico, estaba nuestro grupo.

Esas noches, mientras el ejército aguardaba las decisiones de sus mandos, nosotros jugábamos a ser generales a la luz de las fogatas. Salla opinaba que la disposición que presentaba nuestro frente era la más lógica, teniendo en cuenta los integrantes del ejército. Según nuestro amigo, Teodorico hacía bien evitando que los francos quedaran descolgados de la formación principal, para impedir que durante la batalla pudieran pasarse al enemigo –lo cual dudábamos los dos– o, más probablemente, mantenerse al margen el tiempo necesario para que los contendientes principales lucharan y quedaran lo suficientemente maltrechos, bien para aprovechar la situación, o bien simplemente para salvaguardar a sus hombres. El haberlos situado entre los dos grandes grupos de godos haría que estos azuzaran a los francos como si de mastines se tratase. Por las palabras del joven, pude hacerme una idea de la especial relación entre estos dos pueblos germanos asentados en tierras del imperio, que en un símil que yo conocía muy bien podía trasladarse a lo que

yo había vivido durante mi juventud entre vándalos y suevos en la misma tierra que pisábamos.

–¿Y qué harías tú si fueras Rechiario? –le pregunté a Salla con malicia.

–No habría presentado batalla. Hubiera tratado de obtener un vasallaje honroso a cambio de dinero o lo que fuera que me pidieran. No puede competir ni en hombres ni en armamento; solo un milagro podría salvarlo. Por lo que supongo que, o bien confía mucho en su fortuna, o cree que nosotros vamos a actuar tan a la ligera como los romanos durante estos años en que ha devastado la *Tarraconensis*. Si es así, pronto despertará de su error.

–Yo los esperaría en lo más profundo de *Gallaecia* y las montañas astures –dijo Marco sin perder de vista el fuego.

–¿Cómo es *Gallaecia*, Marco? –preguntó Salla intrigado.

–Verde y montañosa. Un lugar ideal para plantear una guerra de guerrillas. Huir y golpear en las montañas, desgajar pequeñas unidades del ejército principal y eliminarlas, y así poco a poco ir minado la moral de sus hombres.

–En terreno enemigo y sin líneas de aprovisionamiento lo suficiente extensas, el ejército tendría que saquear las cosechas y los almacenes de la provincia –siempre que estuvieran llenos, y esto en el mejor de los casos–, por lo que pronto se ganaría la animadversión de la población local.

–Bien, amigo, veo que lo vas entendiendo.

–Las clases dirigente podrían llegar a ver con mejores ojos a los propios suevos que a los supuestos libertadores... y esa sería una difícil situación. No me gustaría tener que enfrentarme a los tuyos, Marco; prefiero que siempre te encuentres en mi bando. –Brindó, alzando su jarra de cerveza en dirección al hispano.

–Yo también lo espero. Rezaré a Dios para que no permita que algún día nos veamos frente a frente en un campo de batalla.

Los días siguientes los ocupamos en organizar unas rudimentarias defensas con las que proteger el campamento. Tan sencillas que hasta un puerco castrado sería capaz de atravesarlas sin el menor problema, eran poco más que un vallado simbólico. Quizás los mandos pretendían únicamente que nos llevaran el trabajo suficiente para que estuviésemos ocupados, y así evitar que la pendencia se extendiera entre la tropa.

Por las tardes pasábamos largas horas haraganeando, confiados en que hasta el siguiente día ninguno de los dos bandos se lanzaría al ataque. Para entretenernos, se organizaron combates a manos desnudas en que el objetivo final era que el rival cayera a tierra antes que uno mismo. Estos combates entre los campeones de las distintas unidades que conformaban el campamento hicieron las delicias de los hombres, que vitoreaban enfervorecidos a sus paladines mientras apostaban unas monedas por sus preferidos. En varias ocasiones, tanto Ibbas como yo tuvimos que declinar las “amables” invitaciones para que participáramos en las peleas, reviviendo aquella que acabó sin un vencedor claro. Sin duda, esto hizo que nuestra fama disminuyera entre los guerreros, pero por mi parte prefería magullar mi cuerpo contra el enemigo que contra la roca goda que tenía por superior. Después de los animados combates nos sentábamos mirando hacia la otra ribera del río, lejos del alcance de los arcos enemigos, para contemplar lo que nos esperaba al otro lado. Los suevos habían preparado su orilla lo mejor que habían podido, con el tiempo que habían tenido: habían sembrado su frente con pequeñas trampas que harían que nuestros hombres tuvieran que avanzar con cuidado para evitarlas, lo que sin duda esperaban que sus arqueros aprovecharan para masacrarnos.

Al cuarto día, me encontraba ensimismado imaginando cómo habría dispuesto yo las defensas si me encontrara en la situación de Rechiario, sin apenas prestar atención a la animada conversación de los demás, cuando la voz decidida de Marco se coló en mis ensoñaciones.

–Voy a matar a esos bastardos.

–¿Cómo dices, Marco?

–Digo que voy a matar a todos esos bastardos.

–¿No dejarás al menos uno para tu abuelo Attax o para tus primos Galieno e Issa?

–Eso hace un total de tres. Me parece una justa proporción. Yo me encargaré de los otros cinco mil.

–Creo que tu amigo Salla también espera que le dejes alguno, chico. Y qué decir de Ibbas y de los demás. Puede que incluso Liuva quiera matar alguno con sus propias manos.

–Si nos ponemos así, al final me voy a tener que conformar con matar a una triste docena.

–Muchacho, si matas una docena ya será una gran gesta. Olvídate de hacer historia y concéntrate en salir con vida.

–Vengaré la memoria de mi padre y la de todos los de la finca.

–Te diré una cosa, Marco. Estoy de acuerdo en eso, pero ni se te ocurra hacerte el héroe allí –dije, señalando la otra orilla–. Tan solo concéntrate en no perder tu posición en nuestra formación, y nunca la abandones, ni aunque pienses que el enemigo ha roto filas.

–Con esa actitud de vieja nadie cantará sobre tus hazañas, Attax.

–¿Prefieres que alguien las cante, o prefieres contárselas tú mismo a tus nietos al calor de la lumbre? Siempre se le puede pagar a alguien para que cante, pero nadie puede reemplazarte, Marco.

Es muy duro luchar contra la mentalidad de los jóvenes, que creen que van a comerse el mundo, pero alguien tiene que hacerlo, por su propio bien. Solo

me cabía esperar que estuviera dispuesto a hacerme caso. Y si no lo hacía, asegurarme de estar a su lado para protegerlo cuando llegara el momento.

CAPÍTULO XXIII

Cuando ya el ejército comenzaba a impacientarse por la inactividad a la que se encontraba sometido desde su llegada al río, a primera hora de la tarde del sexto día desde que estábamos allí, se presentaron en nuestro campamento emisarios del mando principal con órdenes para que los distintos señores acudieran a la llamada de su Rey en el campamento principal.

Antes de que anoheciera, regresaron los cabecillas con el propio Frederico al frente. Los gestos de los hombres que los seguían, lo nobles godos que comandaban a sus propios hombres, eran reveladores: algunos rostros reflejaban tensión, y otros, como Liuva, lucían en sus ojos miradas salvajes. La suerte estaba echada, como me dijera hacía tanto tiempo Gelimer. La hora había llegado y el gran combate que tanto tiempo habíamos esperado tendría lugar al día siguiente.

Confiado en la superioridad aplastante de sus hombres, quien sabía si los mejores, o al menos los que más confianza depositaban en sus armas tras su victoria en los Campos Catalaúnicos, Teodorico lanzaría su ataque al día siguiente. Esa mañana el gran ejército se movilizaría para cruzar el *Urbicus* y enfrentarse con los suevos en un combate a pecho descubierto. A nuestra sección, como se encontraba en uno de los extremos, le tocaría la desagradable y peligrosa tarea de vadear el oscuro río esa noche, tan al norte como pudiéramos, por alguno de los pasos que encontraríamos. Nuestros campamentos quedarían iluminados, y tan solo los servidores del mismo y una pequeña guardia de doscientos hombres –que también atacarían al alba con el resto del ejército, reforzados con algunas unidades reales– quedarían encargados de mantener vivos los fuegos para hacer creer al enemigo que el día siguiente sería tan plácido como los anteriores.

Tras recibir las órdenes de Akhila dormitamos apenas unas pocas horas, y antes de la medianoche ya habíamos abandonado la relativa seguridad de nuestra frágil empalizada. En las escasas horas que tuvimos para descansar, dudo que ninguno de nosotros cuatro pudiera pegar ojo. Para Marco, Galieno e Issa, esta sería su primera gran batalla, y rezaba para que no fuera la última para ninguno de ellos. Hasta el siempre comedido britano no paró de parlotear, nervioso, hasta que Ibbas nos conminó con un gesto seco a callar y prepararnos para la partida. Nos ayudamos unos a otros a vestir nuestras mejores galas. En primer lugar ayudé a Marco a embutirse en su excelente cota, que con el tiempo y el ejercicio ya le quedaba como si el experto herrero la hubiera confeccionado a medida para el fibroso joven. Se la puso sobre una camisola parda y unos recios calzones sobre los que ajustó unas buenas botas de cuero con refuerzos en su parte delantera, y caló su casco, que era un yelmo simple de fabricación goda, corto y con una gran protección para la nariz, similar al resto de los que Salla nos había entregado a cada uno. Él mismo decía que esperaba que nos hicieran mejor servicio que a sus anteriores dueños, deseo que corroboré con un gruñido retador.

Galieno e Issa lo tuvieron más fácil para vestir su panoplia. El britano, ligero pero a la vez resistente como un junco, vistió una sencilla loriga de cuero y añadió una espada corta y un pequeño escudo a su habitual arco. A su espalda colgaba una aljaba repleta de flechas, fruto de la colecta realizada entre los distintos miembros de la guardia, que preferían que fuera el experimentado britano el que las arrojara sobre el enemigo, dada su proverbial puntería, antes que probar fortuna ellos mismos. Galieno lucía una planta formidable: gracias a su robusta complexión, pese a lucir una sencilla aunque resistente armadura de cuero, parecía todo un experimentado luchador con el que sería mejor no tropezarse. Una nota de orgullo me inundó mientras veía a mis jóvenes cachorros prepararse para la batalla, el remedio perfecto para desterrar de mis pensamientos el temor a una posible pérdida. Los había enseñado lo mejor que había sabido para cuando llegara el momento, y ese había llegado. Y en mi corazón lo único que esperaba era que pasara rápido, y lo más incruentamente posible para ellos.

Yo, por mi parte, vestí aquella cota que no había vuelto a lucir desde que partiéramos de *Conimbriga* y sobre la que recé por el malogrado Quinto, prometiéndole que ese día por fin vengaríamos su alma, allá donde se encontrara. Trencé mi cabello como solía hacer antaño y calibré el peso de mi *spatha* en mi diestra. Su frío tacto me reconfortó en aquella tensa oscuridad que nos rodeaba.

El campamento, pese al esfuerzo de los capitanes por que sus hombres actuaran con el mayor sigilo posible, era un hervidero de guerreros que deambulaban nerviosos a la espera de recibir la orden de marchar. Por fuera de su tienda estaban Akhila y su hijo, ambos vestidos para la batalla como aquella primera vez en que los vimos hacía tan poco tiempo, aunque tras lo vivido en los últimos meses pareciera tanto. Desmontados, con sus caballos asidos por las bridas, organizaban a su guardia a caballo para unirse a la tropa montada que se estaba formando alrededor de Frederico al frente de la formación.

Por nuestra parte, nuestro lugar estaría entre la infantería, tras Ibbas y sus hombres. Salimos del campamento por la puerta que quedaba oculta a la vista desde la orilla sueva, y nos situamos en la cola de la larga columna que comenzaba a caminar hacia el este, alejándose sigilosamente del frente de la batalla. Avanzamos cerca de una hora en esa dirección, hasta que se hizo patente que los suevos no podrían ser testigos de nuestros movimientos a menos que tuvieran espías en nuestra orilla, y hacía días que Liuva y sus hombres se habían encargado de dejar bien claro a los pocos que lo intentaron que hubiera sido mejor un suicidio. La mayoría de nosotros íbamos a pie, incluido Ibbas, que comandaba a la mesnada de su señor. Este, para su disgusto, como nos dijo su hombre en confianza, tuvo que formar a caballo con los hombres de Frederico, al lado de Liuva y otros nobles godos, cuando hubiera preferido luchar a pie al lado de los suyos.

Animados o nerviosos –no supe diferenciar el sentimiento que embargaba a los hombres–, recorrimos varias millas hacia el norte antes de virar nuevamente hacia el río. De vez en cuando veíamos alguno de los caballeros regresar hacia el frente de la columna, seguramente con noticias procedentes

del campamento, o bien informaciones sobre los movimientos detectados en la orilla contraria; hasta que nos paramos en el margen del río dispuestos a atravesarlo, en lo que para nosotros ya sería un camino sin retorno. Algunos jinetes de Liuva se adentraron en el río y lo cruzaron a lomos de sus caballos para alcanzar el otro lado y dispersarse en busca de tropas enemigas. Como pronosticara Akhila hacía ya varios días, el caudal del *Urbicus* permitía que los hombres pudieran atravesarlo con relativa facilidad, y más en alguno de sus múltiples vados naturales, como el que los hombres de Frederico habían elegido. Aun así, tardamos casi una hora en que toda la tropa pudiera asentar firmemente sus pies en la otra orilla.

Cuando comenzaba a amanecer, casi un centenar de jinetes y lo que los romanos llamaran antiguamente una cohorte –unos seiscientos hombres a pie, como me explicó Marco– nos encomendamos a nuestros dioses y comenzamos a avanzar hacia el sur en busca del ejército enemigo, con la vanguardia de jinetes explorando el terreno. Tomando como referencia lo que habíamos tardado en llegar al vado, suponíamos que tardaríamos al menos cuatro horas en alcanzar el frente de batalla.

Sin embargo, no llevábamos aún una hora de camino cuando comenzamos a librar las primeras escaramuzas. Alertados por los arrogantes hombres de Liuva y Frederico, una partida sueva que guardaba el frente norte de su formación, en previsión de que tratáramos de atacar por ese flanco, descubrió la celada tendida por Teodorico. Este, que no comenzaría su ataque hasta el mediodía, hora convenida para que apareciéramos en el campo de batalla, no tenía manera de saber que sus hombres habían sido descubiertos, por lo que intercambiamos miradas preocupadas y nos dispusimos a minimizar el daño en lo posible. El contingente suevo se preparó para acabar con la nueva amenaza que representábamos antes de que pudiéramos hacer pinza sobre su desprotegido flanco, y vimos partir mensajeros a toda prisa, sin duda con órdenes de avisar al grueso de su ejército de nuestra súbita irrupción. Liuva y Frederico, conscientes de que ese aviso podría truncar la estrategia dispuesta por el Rey, ordenaron a sus hombres lanzarse al ataque antes incluso de que

nuestra tropa a pie pudiera llegar al lugar, aunque se encontraban en clara inferioridad numérica.

Cuando llegamos para unirnos a la refriega, menos de un centenar de caballeros godos trataban de imponerse a una fuerza mixta de caballería e infantería sueva que parecía contar al menos con tantos hombres como nosotros. Sin que fuera necesaria orden alguna por parte de nuestros cabecillas, corrimos hacia donde la infantería sueva pugnaba por desmontar a nuestros jinetes para tratar de detener la sangría.

Según Frederico fue consciente de que su infantería había aparecido en el campo de batalla, reorganizó lo mejor que pudo a sus hombres y se concentró en acabar con los jinetes enemigos antes de que huyeran y pudieran dar la voz de alarma, dejándonos a nosotros totalmente solos contra los suevos e hispanos que los auxiliaban. Allí comenzó nuestra lucha de verdad. Tratamos de formar un frente sólido que oponer al inminente choque, pero las propias cabalgaduras de nuestros hombres, que luchaban por ponerse en pie desesperadamente, e incluso alguno los caballeros caídos que aún no habían sido alanceados y trataban de incorporarse, dificultaban terriblemente que pudiéramos cerrar la formación. Así que decidimos atacar tal y como veníamos, lanzados por nuestra inercia, con la esperanza de juntarnos más adelante.

Yo corría detrás de Ibbas y algunos de sus hombres hacia el centro de la formación, cuando Marco reconoció a Salla entre la muchedumbre. De un tirón hice darse la vuelta a nuestro capitán y le insté a mirar hacia donde el chico señalaba. Salla, pie a tierra y con su enorme semental en el suelo atravesado por una lanza, trataba de hacer frente a un grupo de lanceros suevos que no dejaban de acosarlo a él y a otro godo que por su estampa me pareció reconocer como Gunteric. Pude ver el temor en los ojos de Ibbas, que rápidamente ordenó a sus hombres que le siguiéramos, y nos dirigimos a la carrera a donde Salla apenas podía contener los ataques suevos. Irrumpimos en el campo de batalla chillando como si se hubieran desatado las furias. Allí pude comprobar por qué Ibbas era considerado un guerrero legendario entre los suyos, y también por qué era el hombre de confianza de su señor. Sin

importarle su propia seguridad, se lanzó con su escudo al frente contra los asombrados suevos, pasando al lado de un sorprendido Salla como un torrente de ira desatada. Los suevos, que un instante antes confiaban en acabar con los dos caballeros en poco tiempo, y seguramente ya habían empezado a acariciar en sus pensamientos la fortuna que conseguirían con el botín que sacarían de los dos señores a los que habían arrinconado, acabaron revolcados por el suelo en un abrir y cerrar de ojos. Seguimos al godo y fuimos agrandando el hueco que él había iniciado lanzando mandobles a la desesperada, tratando de acabar con el mayor número de enemigos posible. La sangre corría por el casco de Galieno, que lucía una expresión demencial en sus ojos. Para mi tranquilidad no era suya, al igual que tampoco lo era la que manchaba la cota de Marco. Salla, ya recuperado del acoso enemigo, nos siguió en nuestro avance, y también pude ver cómo se las gastaba el joven godo. Era sin duda un alumno aventajado del brutal Ibbas, pero sin los alardes que hacía el veterano; su joven pupilo parecía una fría máquina de matar. Metódico y letal, iba seleccionando a sus enemigos con calma, y acabando con ellos como si de un juego se tratara. En poco tiempo, ya había alcanzado la espalda de Ibbas al frente de nuestra improvisada formación. Superado el sorpresivo efecto que causó nuestra fulgurante llegada, el frente suevo se rehízo y de repente nos encontramos con un muro cerrado de escudos preparado para resistir el ataque. Al menos todos iban a pie, y no podrían avisar al campamento principal de nuestra presencia, aunque quizás su caballería hubiera dado ya la voz de alarma. Debíamos confiar en que Liuva hubiera atajado esa posibilidad: sabía por propia experiencia que era un cabrón sanguinario, y confiaba en que también lo fuera con nuestros enemigos. Sobradas muestras había dado de ello los días precedentes empalando a los espías –muchas veces hispanos– en nuestra orilla, a la vista del campamento suevo.

Formamos apresuradamente nuestro propio muro de escudos, y tras un breve instante de vacilación, Ibbas nos sacó a gritos de nuestro aturdimiento, y avanzamos bien pegados unos a otros hacia el frente suevo. Yo iba en primera fila, al lado del propio Ibbas, que a su lado derecho –para su pesar, porque esperaba que luchara desde la segunda fila –contaba con un desconocido para mí Salla, que había dejado de lado toda su gracia y amabilidad para

convertirse en un auténtico verdugo. Yo conseguí a duras penas que al menos Marco se colocara detrás de mí, pero mientras me esforzaba en mantenerlo en ese lugar, al volver la mirada al frente me encontré con un sonriente Galieno a mi lado, preparado para atacar. Al menos Issa sí era consecuente con su experiencia en el campo de batalla y formaba entre los últimos puestos esperando su oportunidad.

Ambas formaciones chocamos exhalando un liberador rugido que nos permitió expulsar la tensión acumulada. Rápidamente pude comprobar que no nos enfrentábamos a guerreros expertos. Pese a las sucesivas victorias que había conseguido Rechiario al frente de sus hombres en los últimos años, en realidad tan solo había vencido a las desmoralizadas tropas que a duras penas habían podido oponer las autoridades locales de la *Tarraconensis* a su avance, e incluso en ocasiones a simples campesinos. Otra cosa bien distinta era enfrentarse en igualdad de condiciones a hombres como los que traía Teodorico, y ambos ejércitos lo sabían. El primer arreón que descargamos sobre su primera fila fue aguantado a duras penas por sus tropas. Pude ver entre sus hombres algunos rostros asustados, que debían pertenecer a aquellos hispanos que se habían unido al ejército, bien porque esperaran participar de un fácil botín –en este caso sin duda engañados–, bien porque fueran proscritos de las autoridades locales, o simplemente porque tenían más a los godos que lo que suponía para ellos el familiar dominio suevo. Ayudados por la presión que ejercían nuestros hombres de la segunda y tercera fila, poco a poco comenzamos a hacerlos retroceder. En cuanto a número, teníamos una ligera desventaja, pero la suplíamos con una mayor preparación y arrojo, y también con un frente más estrecho que el que presentaba el enemigo. Tenía a mi lado a Ibbas, con el fiero semblante congestionado y sudoroso por el esfuerzo de empujar contra los escudos que estaban frente a él, mientras no paraba de proferir insultos al enemigo y ánimos a sus guerreros a partes iguales. Las estocadas volaban sobre nuestras cabezas como centellas y nos daban algo de respiro en la presión sobre nuestros oponentes, que tratábamos de no aflojar. Durante un rato apenas hubo bajas en ambas formaciones; tan solo alguna cuchillada perdida en la que el acero mordió la ansiada carne. Y así continuamos, hasta que, con Ibbas al frente, logramos desbancar de su lugar

a los primeros hombres del muro suevo, y tras estos cayeron los segundos. Los hombres de sus últimas filas, al ver la situación, comenzaron a retroceder a la carrera hacia la seguridad de su campamento, abandonando incluso sus armas, mientras nosotros nos concentrábamos en reducir a despojos a los que aún aguantaban nuestro embate y que nos separaban de sus compañeros en retirada.

Cuando todo acabó, después de descansar brevemente, conscientes de que sería inútil perseguir a los supervivientes, bebimos algo de agua de nuestros pellejos y emprendimos nuevamente el camino hacia nuestro objetivo inicial, con tiempo aún según lo previsto por Teodorico, pero ahora convencidos de que el ejército suevo estaría preparado para nuestra llegada. Y no solo porque los fugitivos que habían perseguido Frederico y Liuva hubieran logrado llegar al campamento principal, sino también porque los que habían huido tras nuestro encuentro tenían el camino expedito hacia su Rey, salvo que Frederico y sus hombres los encontraran antes. Pero esto no sucedió así. Como supimos más tarde por Akhila, se encontraban muy ocupados persiguiendo a un par de docenas de jinetes enemigos que, en lugar de huir hacia donde se encontraba su ejército, habían picado espuelas de vuelta a *Asturica Augusta*.

Cuando ya rezábamos esperanzados por no encontrar mayor resistencia hasta llegar al punto del río donde tendría lugar el choque entre los dos ejércitos, volvimos a encontrar un nuevo contingente enemigo preparado para recibirnos. Esta vez nos superaban ampliamente en número. Alertado por los hombres que habían escapado al norte del río, Rechiario había decidido apostar el todo por el todo para asegurarse de eliminar nuestra amenaza con premura, y así poder concentrarse únicamente en Teodorico durante la batalla principal. Como calculó Salla con rapidez, casi un millar de hombres nos cerraban el paso. No solo infantes, sino también un buen puñado de jinetes se habían unido al grupo, confiando en realizar un ataque demoledor que nos barriera lo antes posible para regresar inmediatamente al lado de su señor, antes de que comenzara el ataque de las tropas reales. Nuestra situación era desesperada, pero aún podíamos ser útiles al ejército desde nuestra comprometida posición: debíamos retrasar a nuestro enemigo lo suficiente para que Teodorico pudiera lanzar su ataque, y lograr así que al cruzar

encontrara al otro lado de la orilla un millar menos de suevos. Tan solo debíamos rezar y resistir.

Nos aprestamos a presentar un frente erizado de lanzas y espadas, con nuestros escudos formando una sólida línea. Esta vez ni siquiera pude echar un vistazo para saber dónde se habían colocado mis muchachos. Tan solo de Galieno, que se encontraba a mi lado, tenía noticias, pero tuve que descartar echar siquiera una ojeada rápida hacia nuestra línea en cuanto se hizo evidente que los suevos no tenían intención de darnos el más mínimo respiro. Con la infantería avanzando hacia nosotros a la carrera y los jinetes al galope maniobrando para rodearnos, tuvimos que cambiar nuestra formación a toda prisa para recibirlos. La maniobra junto a estos duros veteranos resultó sencilla; pensé fugazmente en lo que nos habría costado hacía años en el *Singilis* para obtener un resultado al menos decente con los campesinos y milicianos. A una orden de Ibbas, que fue propagándose como una ola a lo largo de nuestra fila, la formación tomó la apariencia de un cuadrado, en el que más de quinientos hombres se preparaban para recibir a sus enemigos desde todos los frentes. Pese a que la lógica dictaba que la caballería no trataría de embestir directamente a una formación compacta bien dispuesta para la defensa, la premura por deshacerse de nosotros hizo que los cabecillas suevos optaran por atacarnos sin más miramientos, confiando en que su aplastante número fuera suficiente como para provocar que rompiéramos filas precipitadamente. Pero no fue así: nuestro frente norte, que daba la espalda a mi grupo, plantó cara a las embestidas de los jinetes, que una vez tras otra trataban de abrir huecos en la formación lanzando sus jabalinas, e incluso los más osados, pese a la reticencia de sus animales, trataban de romper la línea lanzándose contra ella a lomos de sus caballos.

En nuestra línea, el choque con la infantería sueva hizo que en un primer momento retrocediéramos hacia el interior de la formación por el ímpetu con que nos acometieron. Alentados por sus jefes, y convencidos de sacar partido a su superioridad numérica, los guerreros atacaron como poseídos por espíritus diabólicos. Tuve que ser empujado por mis compañeros de la segunda línea para evitar que el impacto del guerrero suevo que chocó

aparatosamente contra mí hiciera que retrocediera demasiado. A mi lado, Ibbas volvía a ejercer de ariete, y empujaba a sus atacantes, aprovechando cualquier despiste para descargar poderosos mandobles con su ensangrentada espada. Acometidos por los cuatro costados, nuestra formación debía asemejarse a una roca en medio de la tormenta; pero, milagrosamente, resistía...

En el gran vado del río las tropas de Teodorico, viendo que la hora se acercaba, se hacinaban en la orilla, ataviados para el combate. En el margen contrario, los nerviosos hombres de Rechiario hacían lo propio, a la vez que echaban continuas miradas hacia el norte de su campamento con la esperanza de ver a sus compañeros regresando victoriosos, para poder hacer frente a los temibles godos, francos y burgundios con mayores garantías. Pasado el mediodía, y pese a no tener noticias nuestras ni habernos visto aparecer por el camino que descendía desde el norte, el Rey, convencido de que su hermano cumpliría con su misión, dio la orden a su ejército de avanzar. Pese a que el río no era especialmente profundo, la maniobra de cruzar la corriente fue dura y peligrosa. Los hombres de Rechiario lanzaban una descarga de flechas tras otra, a la vez que algunos hispanos de la primera fila comenzaban a hacer girar sus mortíferas hondas sobre sus cabezas mientras fijaban sus objetivos entre los guerreros más desprotegidos. Para los hombres bien resguardados tras cotas de malla, que eran los menos numerosos, las flechas y afiladas piedras fueron más una molestia que un peligro real, pero aun así debían estar muy atentos para evitar que un proyectil pudiera acertarles en las partes desprotegidas del cuerpo, además de cuidar que esta atención que prestaban al peligro que llovía desde el cielo, no les llevara a caer en alguna de las múltiples trampas sembradas en el arcilloso suelo.

Cuando las primeras líneas alcanzaron la orilla sueva, las trampas comenzaron a hacer estragos entre los hombres que se atrevían a intentar salir del agua. El en un principio ordenado frente se fue resquebrajando poco a poco, desordenándose cada vez que un guerrero pisaba una afilada estaca o quedaba atrapado en un cepo oculto. En ese momento las tropas de Rechiario

dieron un paso al frente para aprovechar su posición y hacer luchar al enemigo aún en el agua y rodeados de trampas. Sin el esperado apoyo de las tropas de su hermano, Teodorico tuvo un momento de titubeo debido a la dificultad que supuso trabar combate con el ejército suevo, pero poco a poco el frente se fue compactando y se formó una línea de batalla en la orilla del río mientras los últimos hombres del ejército godo se afanaban por destruir las trampas por las que acababan de pasar. A partir de ahí, lo que hasta ese entonces habían sido tímidos hilos de sangre que se diluían en la suave corriente del *Urbicus*, comenzaron a unirse en lo que terminarían convirtiéndose tras la batalla: un río bajando tinto en sangre, tal fue la masacre.

En nuestra situación, el tiempo, en cierto sentido, corría a nuestro favor. Cuantos más minutos resistía, firme, nuestra formación, más nerviosos parecían los guerreros suevos. Conscientes de que de su concurso dependía gran parte del desenlace de la batalla principal, temían que esta ya estuviera teniendo lugar. Durante un buen rato la situación se mantuvo estable: apenas teníamos capacidad para hacer daño a nuestros enemigos, pero tampoco se producían excesivas bajas en nuestras filas. En uno de los intercambios, una espada enemiga me alcanzó en el hombro izquierdo. La cota de malla que vestía permitió que el golpe quedara en el martillazo del acero, y no tuviera que lamentar un corte en el brazo del escudo; espoleado por el dolor que rápidamente se propagó por todo mi brazo, respondí con un salvaje golpe que fue a abrir la cabeza de uno de mis oponentes. Aprovechando el momento de locura que me invadió, salté hacia el lugar que había ocupado el caído, y lancé cuchilladas hacia todos lados mientras entonaba el grito de guerra que había esgrimido Gelimer hacía ya tantos años, ¡*Andevit!* Después de tanto tiempo y sinsabores, por fin estaba a punto de vengar no solo la memoria de Quinto, como había prometido, sino también las de mis amigos, Anderico y Gelimer, muertos tantos años atrás. Ciertamente era que Rechila ya había dejado este mundo años antes –por lo que daba gracias en silencio todos los días–, pero era su pueblo, con su hijo al frente, el que había vuelto a privarme de mis seres más queridos. No sé si el nombre que repetía fue audible para los guerreros que

luchaban a mi lado, y en todo caso, no habrían entendido el significado de mis gritos, pero Ibbas aprovechó la situación para seguir a mi lado, al igual que hizo Galieno como si se tratara de todo un veterano. Luchando por cada palmo de terreno, poco a poco logramos afianzar nuestra posición y formamos un pequeño umbo de escudo dentro de la sorprendida formación sueva. Peleamos como salvajes, sin siquiera mirar a un lado o al otro para comprobar que nos siguieran nuestros hombres, pero con esa absoluta determinación de acabar con tu enemigo que solo te da el frenesí pleno de la batalla. No puedo recordar cuántos hombres murieron bajo el filo de mi espada, pero puedo asegurar que fueron muchos los que descansaron para siempre en la fría tierra tras probar mi furia.

Sin embargo, a nuestra espalda, la situación se complicaba por momentos. Tras varios intentos inútiles por parte de la caballería de abrir hueco en nuestra formación, la urgencia de sus jefes por liquidar nuestro encuentro hizo que se prepararan para un ataque que esperaban fuera definitivo. Secundados por un fuerte grupo de infantería, los pocos jinetes que quedaban se lanzaron en una embestida casi suicida contra el centro de nuestra línea, provocando un caos de patas de caballo, hombres tendidos y escudos caídos que aprovecharon los infantes suevos para ir tomando posiciones donde los caballos habían terminado por derrumbar nuestro frente. La situación se complicó sobremanera con la ruptura de las primeras líneas de nuestra formación. De repente, los últimos hombres de la línea que cubría mi espalda y la de mis compañeros, se vieron frente a los guerreros enemigos, por lo que tuvieron que darnos la espalda para protegerse del feroz ataque de unos hombres que por fin veían al alcance de sus manos la tan ansiada victoria. Issa, que se encontraba entre las últimas filas de mi línea, de repente se vio inmerso en lo más duro de la batalla.

Mejor comenzaban a ponerse las cosas en la orilla del río. Pese a la ventajosa posición que ocupaba el ejército suevo, los veteranos guerreros francos, burgundios y godos poco a poco comenzaban a ganar la partida a sus oponentes suevos e hispanos, trasladando paulatinamente la batalla lejos del

margen del *Urbicus*. Cuando ya parecía que el frente suevo no podría aguantar mucho tiempo más el embate de la infantería de Teodorico, llegó el golpe de gracia para Rechiario y sus hombres. Los jinetes de Frederico reaparecieron en el escenario de la contienda, de regreso tras su estúpida persecución, erigiéndose de repente en los auténticos amos de la batalla. Las líneas traseras suevas, en cuanto fueron conscientes de que una tropa de caballería se acercaba al galope hacia ellos, rompieron filas buscando huir hacia cualquier lugar lejos del ansia asesina de los godos.

Deseosos de llevarse todo el mérito posible tras el fiasco que habían protagonizado, persiguiendo a un puñado de hombres mientras nos dejaban a nosotros solos a nuestra suerte –bastardo hijo de puta, pensaba yo, tanto de mi amigo Liuva como del cabronazo de Frederico–, tras localizar la enseña real de los suevos, con su alado dragón rampante, el hermano del Rey dirigió hacia allí a sus hombres, seguro de cubrirse de gloria acabando con la vida del monarca enemigo. Rechiario se encontraba entre las filas traseras de su infantería, tratando de insuflar ánimo a sus tropas, cuando los caballeros arremetieron con furia contra las desorganizadas filas de hombres que lo rodeaban. La deriva a la que se encontraba el ejército y la caída del estandarte fue demasiado para los suevos, que conscientes de su segura derrota apenas ofrecieron más resistencia.

A partir de ahí, la batalla se convirtió en una auténtica carnicería. Enfrentados a los recios infantes, y acosados a su espalda por la despiadada caballería, el ejército suevo se disolvió como una nube tras la tormenta, y de él tan solo quedaron sus muertos en la tierra e hileras desordenadas de hombres tratando de huir hacia el oeste, en busca de la seguridad de sus tierras y bosques. Fue una verdadera masacre; como pudimos saber más tarde, incluso el propio Rechiario resultó herido en el choque con la guardia personal de Frederico –otro mérito para alguien que no debería optar a ninguno–, pero no cayó en el campo de batalla, sino que logró huir a duras penas, acompañado por un puñado de sus hombres, y puso rumbo al interior del país.

En cambio, para nosotros la situación era cada vez más desesperada. Tras una gutural orden de Ibbas, abandonamos poco a poco nuestra posición adelantada, para retornar hacia donde resistían el grueso de nuestros hombres, a los que nos unimos tratando de rellenar los huecos abiertos en la maltrecha retaguardia. Esta se debatía desesperadamente contra los infantes y los escasos jinetes suevos que quedaban. Distinguí a Issa en el centro mismo de la batalla, saltando ágilmente entre los cuerpos de los caballos moribundos para acuchillar con su pequeño *gladius* a los jinetes que aún no se habían levantado tras el brutal choque.

Cuando comenzábamos a resignarnos a nuestra evidente desventaja numérica, mis mudas plegarias fueron escuchadas, y desde el sur, desde el escenario de la batalla principal, surgió un grupo de caballeros. Tras un instante de tensión, comprobamos que se trataba de godos. No eran muchos hombres, tal vez una treintena, pero su milagrosa irrupción, con Akhila a la cabeza, hizo que las ya de por sí preocupadas tropas suevas fueran conscientes de que la gran batalla ya se había decidido, confirmando sus peores temores. Apenas fue necesario que los jinetes cargaran contra su retaguardia para decidir el envite. Al igual que sucediera junto al río, los guerreros suevos e hispanos comenzaron a abandonar el campo de batalla, algunos incluso arrojando lo más pesado de sus equipos en su intento desesperado por escapar.

Doloridos, heridos y sin resuello en los pulmones, ni siquiera teníamos fuerzas para tratar de perseguir a los hombres que hasta hacía solo un instante amenazaban con destruirnos. Cuando se hizo evidente que el enemigo había abandonado su frente y corría en todas direcciones, muchos nos deshicimos de nuestros pesados escudos y armas y nos dejamos caer sobre el duro suelo, cuidando solo de no pisar a ninguno de los caídos. Akhila, antes de bajar de su caballo, dio una orden a su segundo en la tropa que lo acompañaba, que continuó la persecución con la mayoría de sus hombres. Luego, el noble godo desmontó y se acercó a pie hacia nosotros, en busca de su hijo. Lo primero que pudo ver fue a la imponente figura de Ibbas, que cojeaba ligeramente mientras se acercaba a su señor. El enorme godo se arrodilló a su paso, y Akhila, tras

apretarle el hombro con su mano enguantada, recorrió nuestro frente con su mirada de águila, en busca de Salla. Yo también me volví en busca de los jóvenes. Galieno continuaba cerca; trataba de sonreírme, pero, disipada ya la furia de la batalla, apenas podía esconder las arcadas que contraían su estómago.

Palmeé su espalda suavemente, y le insté a descansar en el suelo hasta que yo regresara. En ese momento vi a Issa, que se acercaba hacia nosotros con gesto triunfal, con su *gladius* tinto en sangre en su mano.

–Bien hecho, muchacho, tu abuelo estaría orgulloso de ti.

–Gracias, Attax –sonrió, algo avergonzado– pero creo que cuando los caballos chocaron de repente contra nosotros... me he meado encima.

–Es normal, chico. Ve acostumbrándote a la idea de que una batalla apenas tiene nada de glorioso, solo que algunas partes no suelen aparecer en las leyendas. ¿Has visto a Marco?

–Estaba detrás de mí, donde atacó la caballería.

Caballería... los pobres animales habían sido sacrificados en un último intento por deshacer nuestra formación. Quizás habían tapado los ojos a las nobles bestias, porque de otra manera, dudaba que ni siquiera esos animales tan fieles hubieran sido capaces de dirigirse a una muerte segura como la que tuvieron.

Al momento pasó Akhila a nuestro lado con cara de pocos amigos, y con gesto preocupado se dirigió hacia la retaguardia. Lo seguimos, y cometí el error de ofrecerme para que Ibbas pudiera apoyarse en mí. Juro que ese hombre pesaba como un oso, y también olía como tal; como un oso que llevara mucho tiempo sin zambullirse en un río helado. Supongo que todos estaríamos igual. También preocupado, no abrió su enorme boca hasta que por fin dimos con los muchachos. Al primero que localizamos fue a Marco, en pie, de espaldas a nosotros, con el cuello inclinado hacia el suelo, donde se

encontraba su amigo Salla. Akhila apartó a sus hombres y aceleró el paso hacia donde se encontraba su hijo. Gracias a todos los dioses el joven godo se encontraba bien, pero no así su amigo Gunteric. Salla se encontraba en cuclillas junto al cuerpo sin vida del joven, que tenía una lanza rota clavada profundamente en su vientre. Probablemente recibiera el lanzazo de uno de los desesperados jinetes, que aprovechando la inercia de su montura pudo atravesar la cota del muchacho. Salla respondió a la llamada de su padre casi inmediatamente, se puso en pie y nos recibió con una mirada vacía. No había en sus ojos rastro de las lágrimas que más tarde aseguró Marco que había visto derramar al joven cuando pensaba que nadie lo veía. No en vano, como supimos más tarde por boca de Ibbas, Gunteric era su amigo desde su infancia allá en Tolosa. Pero Salla era hijo de un *Comes*, el hijo de un *gardingo* del Rey. Los sentimientos no podían dominarte cuando eras un hombre como él, quizás tan solo la furia en la batalla al luchar por tu Rey; y vaya si el joven se esforzaba por cumplir con esta norma no escrita. Pero, en el fondo, todos sabíamos que dentro del grandísimo luchador que descubriéramos ese día, se escondía un corazón aún mayor.

Más tranquilo después de comprobar que tras la cruenta lucha ninguno de mis jóvenes sufría heridas de consideración, mi lengua se soltó:

–¿Has visto cómo lucha un verdadero alano, vieja cagarruta goda? – increpé divertido a Ibbas.

El godo no pudo parar de reír en un buen rato.

–No has luchado mal, pero si no llego a estar a tu lado te aseguro que ahora mismo tendríamos papilla de alano maloliente.

Sonreí a mi vez, y descargué un fuerte puñetazo en su brazo para esquivar la pesada cota de malla. Ibbas se abalanzó sobre mí sin dejar de reír y me abrazó. Volvió a venir a mi cabeza la imagen de un enorme oso. Cuando me desembaracé de su apabullante cordialidad, me acerqué a Marco, e ignorando su inicial reticencia le abracé un instante, mientras lo felicitaba por su arrojo.

Salla nos observaba entre divertido y conmovido. Solté a Marco y me acerqué al joven, ante el que me descubrí:

–Ha sido un honor luchar a tu lado, Salla. No se lo digas a Ibbas, pero nunca me he sentido más orgulloso de luchar al lado de un godo que hoy.

–Lo mismo digo, Attax. Creo que hoy ha quedado claro que Sangiban era un cobarde que no merecía seguir a los valientes hombres de Respendial hacia *Hispania*.

Supuse que era un cumplido, aunque no fue hasta muchos años más tarde que supe, por boca de un erudito monje, que Respendial había sido el rey bajo el que una parte de mi pueblo había entrado en las *Hispanias*.

Ya estábamos todos. Incluso Galieno trataba de regresar de entre los muertos y se acercaba a nosotros arrastrando los pies pesadamente mientras sus compañeros lo vitoreaban, ante la sorpresa de los veteranos, que ya rebuscaban entre las pertenencias de sus víctimas en busca de oro, o simplemente para hacerse con las armas que necesitaran.

Cuando Galieno llegó a nuestro lado, interpele a Marco:

–Espero que estés contento, Marco, porque hoy has cumplido por fin lo que llevabas años demandando: has vengado la memoria de tu padre.

Me miró, pensativo, antes de responder:

–¿Tú crees, Attax? Lo cierto es que no me siento como si hubiera cumplido aún con mi deber. Yo creo que todavía nos queda mucho por hacer. –Pude ver cómo le hacía una gesto cómplice a Salla, que a su vez le respondía sonriente.

En ese momento, Akhila pasó al lado nuestro y comenzó a impartir órdenes con voz firme.

–Ibbas, reúne a los hombres. El Rey quiere perseguir al enemigo hasta acabar totalmente con él. Todavía hay ciudades con guarniciones suevas, y el

mismo Rechiario ha escapado, así que nos queda mucho trabajo por hacer.

La potente voz del godo nos sacó de nuestro ensimismamiento.

–Señoritas, ya habéis oído: esto aún no ha acabado. ¡Recoged vuestras armas y apresuraos a formar!

Y así, lo que en ese entonces pensaba que podía haber sido el final de nuestro periplo, resultó más bien su principio. Me pregunto si realmente me hubiera gustado finalizar ahí mis días de lucha y volver a ser un respetable ciudadano. Con el paso de los años, me inclino a asegurar que no: en el fondo, uno no puede renunciar a lo que es. Aunque yo ya no supiera muy bien quién era: un alano que había pasado su infancia entre vándalos, que había sido sirviente y esclavo de romanos, que había comandado una turma en un ejército hispano, y que vivía rodeado de hispanos, e incluso godos y britanos. Tan solo sabía que algo dentro de mí me impelía a continuar hacia delante, hacia la aventura; y no cambiaría ninguno de los instantes de mi vida a partir de ese día. Hubo momentos buenos y otros malos, muy malos, pero el destino me permitió vivir una vida que, sin duda alguna, no fue ni aburrida ni vacía.

Pero ya habrá tiempo para seguir hablando, pues ahora, a mis años, mientras oigo las risas de los pequeños correteando por mi casa, necesito de un buen trago de vino antes de continuar relatando, querido Marco, esta historia. Nuestra historia.

NOTA HISTÓRICA

En primer lugar conviene aclarar, como hacen tantos excelentes novelistas a los que ni por casualidad oso compararme, que las relaciones personales, las historias y gran parte de las interpretaciones que aparecen en las líneas precedentes, forman parte de una novela. Una novela que pretende ser histórica ya que su armazón principal parte de hechos constatados históricamente, que le dan cierta veracidad, si no a la figura y a las vidas de los personajes, sí a la época en la que transcurren sus días. A continuación se detallan aquellos hechos históricos en los que he decidido basarme para el desarrollo de la novela. Ante todo, y antes de comenzar, reconozco que pueden existir errores derivados de una interpretación interesadamente subjetiva de la historia, debida al ansia del narrador por entretejer una trama a la vez convincente y apasionante, por lo que espero la indulgencia del lector.

A principios del siglo V de nuestra era, Roma, la cuna de Numa Pompilio, de Lucio Cornelio Escipión, de Julio César, de Pompeyo Magno, de Octavio Augusto o de Flavio Vespasiano, llevaba sumida en una profunda crisis desde hacía dos largos siglos. A partir del reinado de Marco Aurelio a finales del siglo II, el imperio tuvo que hacer frente a un lento, pero inexorable, proceso de degradación interna, que desembocó en su trágico final en el último tercio del siglo V. Atrás quedaron las victoriosas legiones de Roma, letales guerreros a pie con una preparación militar que ningún ejército de la antigüedad podía igualar. Con el paso de los años y la dificultad para la conscripción de los ciudadanos, no solo el *gladius* fue sustituido por la larga *spatha*, sino que también la caballería se impuso finalmente a la infantería, por mucho que Roma se resistiera a aceptarlo. La prueba definitiva de ello tuvo lugar en la batalla de Adrianópolis en el 378 d.C., donde las legiones romanas sucumbieron bajo el empuje de la caballería goda, dejando la vida sobre el campo de batalla miles de hombres, y hasta el propio emperador Valente. A partir de ese momento, la estructura del ejército imperial sufrió un vuelco del

que no se volvería a recuperar. La inseguridad a lo largo de las fronteras y las derrotas romanas se multiplicaron a partir del inicio del siglo V, asistiendo sus ciudadanos muchas veces indefensos a cómo una multitud de pueblos invasores se internaban por el cada vez más frágil *limes*, asentándose en las, para ellos, férciles y ricas tierras del imperio.

¿Quién no ha leído un cuento infantil, o una novela, sobre la intrigante y misteriosa vida del rey Arturo? El rey que no lo fue, si nos atuviéramos a los pocos datos fidedignos que nos han llegado gracias a Gildas y a su “*De Excidio Britanniae*”. Aunque en muchos casos pueda parecer imposible, por el halo de misticismo y romanticismo en el que han envuelto a esa figura legendaria gran parte de los autores –principalmente Sir Thomas Mallory y Crethien de Troyes, con sus interpretaciones tan heroicas y coloridas como históricamente desafortunadas-, estamos hablando de la misma época oscura y salvaje en la que se desarrolla esta novela. Pese a no encontrarse en los *limes* del imperio, donde puede suponerse que el impacto de las poblaciones invasoras debió haber sido mayor, en *Hispania* se sucedieron algunos de los hechos más importantes acaecidos en esas fechas en la cuenca occidental del Mediterráneo.

Hispania no fue menos que la *Britannia* de Arturo, acosada por jutos, anglos y sajones. Y, en el caso de esta novela, es Hydacio, obispo de *Aquae Flaviae*, cuyo *Chronicon* constituye un documento de incalculable valor para quien pretenda conocer lo que sucedió en *Hispania* durante gran parte de ese siglo, el imprescindible cronista de la época. Aun así, hay que tomar las líneas del obispo con el conveniente cuidado, ya que están marcadas por el claro sentimiento catastrofista del autor, que veía en los violentos acontecimientos que se sucedían la evidencia de que la humanidad se enfrentaría en esos días a un fin del mundo apocalíptico, fruto de la impiedad del género humano.

En el caso de Marco, Quinto y los hispanos que pueblan estas páginas, aquellos invasores venidos desde allende el imperio que cambiaron para siempre sus vidas, fueron las hordas de vándalos –asdingos y silingos- alanos y suevos, que traspasaron las fronteras cruzando el helado Rin el 31 de diciembre de 406, y que penetraron en la *diócesis Hispaniarum* a través de

los Pirineos en el año 409. Tal y como se recoge en esta serie, los expertos en la época interpretan que uno de los múltiples usurpadores del imperio por esas fechas, en este caso Gerontius –general de origen bretón que pocos años antes había irrumpido en la diócesis al frente de las tropas de otro usurpador proveniente de *Britannia*, como era Constantino- y su augusto hispano, Máximo, atrajeron con promesas a esos pueblos hacia *Hispania*, con el objetivo de valerse de sus hombres en futuras luchas contra el emperador legítimo, Honorio, u otros usurpadores como el propio Constantino en la vecina *Galia*.

La arriesgada apuesta no pudo salirle peor al impulsivo Gerontius. Tras un inicio fulgurante, en el que acabó con Constante, el hijo de Constantino, fue derrotado en los alrededores de la actual Arlés por las tropas de Honorio. En la ignominia de la derrota, huyó hacia sus bases hispanas, en concreto hacia *Tarraco*, donde, a punto de ser capturado por los que hasta entonces habían sido sus propios hombres, decidió suicidarse. Libres del compromiso con quien hasta ese entonces había sido su benefactor, los pueblos “bárbaros” que poco tiempo atrás cruzaran los montañosos Pirineos, decidieron aprovechar la situación para convertirse en los dueños de su destino. Según recogen las crónicas, como la del obispo Hydacio, el reparto de las tierras de *Hispania* entre los invasores que siguió a la muerte de Gerontius fue el siguiente: *Gallaecia* se la dividieron entre suevos y vándalos asdingos, *Lusitania* y *Baetica* para los alanos, y *Cartaghinense* para los vándalos silingos. Quedaba fuera de este pastel únicamente la *Tarraconensis*, provincia que durante todos esos años continuó estando bajo la égida de Roma.

Tal y como se recoge en la novela, en el año 418 d.C. el emperador Honorio, cansado de la situación de inestabilidad en la península, encarga a sus federados godos que procedan a la eliminación de los invasores que llevaban años campando a sus anchas en la antigua diócesis. Así es como Attax, nuestro protagonista, comienza su andadura en este libro, que le llevará por tantos lugares de la geografía hispana hasta el fin de sus días. En esa campaña, comandada en persona por el rey godo Walia, tanto el pueblo alano como el silingo fueron masacrados hasta casi su total exterminación. Los

supervivientes, como Attax y su benefactor, Fariban, recorren un largo y triste camino hacia el norte, en busca del apoyo de los vándalos asdingos. Es curiosa esta relación, donde dos pueblos invasores se apoyan el uno en el otro en momentos de desgracia. Fue algo inédito en ese entonces –e incluso después-, que no se volverá a repetir en otros lugares del antiguo imperio. Los más reputados historiadores lo achacan a los sólidos lazos afectivos que se habían entretejido desde que ambos pueblos atravesaran el helado Rhin, llegando incluso los alanos a salvar a los que desde entonces serían sus aliados, en la, para ellos, beligerante *Galia*.

No acabaron ahí las desgracias y avatares de los supervivientes del pueblo alano. Allí, en la “pobre” *Gallaecia* –pobre para albergar ella sola a la mayor concentración de invasores de la península–, el rey vándalo Gunderico tomó a los alanos bajo su protección, asumiendo el título de Rey de los Vándalos y los Alanos. El conflicto armado por los escasos recursos de la tierra donde se encontraban no se hizo esperar. Los asdingos, reforzados por los contingentes de supervivientes alanos y silingos, se enfrentaron a sus vecinos suevos en una lucha sin cuartel. Pero, cuando la guerra parecía decidirse a favor de los primeros, fue Roma la que se decidió a actuar. Prefiriendo contar con pueblos pequeños y débiles dentro de sus fronteras, que a la larga no representarían un problema cuando hubiera que eliminarlos, en vez de uno solo y más poderoso, el emperador decidió intervenir a favor de los, por entonces, derrotados suevos. Su sorpresiva aparición hizo que vándalos y alanos se vieran obligados a levantar el bloqueo al que tenían sujeto a los suevos en los montes *Ervasios*, y a huir precipitadamente hacia el sur para salvar la vida. El comandante de dicha campaña, llegado desde la *Galia* con tropas federadas y regulares romanos, fue el *Comes Hispaniarum* Asterio, o Astirius, y a su vez, el que fuera Vicario de la Diócesis (el último del que se tiene constancia), Maurocellus, cerró la tenaza sobre vándalos y alanos, incorporándose al ataque desde el sur.

A partir de ahí, Attax comienza una nueva vida, con una familia vándala que lo adopta, como debió ocurrir con otros tantos huérfanos de ambos pueblos. Después de ese decisivo episodio, deambulan por las distintas

provincias, saqueando y luchando contra cualquiera que se opusiera a ellos, llegando incluso a lugares tan distantes como las islas Baleares, hasta que después de la toma de *Hispalis* en el año 428 d.C, asciende al trono un nuevo rey, Genserico. Este será recordado por ser el rey que hizo cruzar a su pueblo hacia *Africa*, para emprender allí una nueva vida, alejado del resto de pueblos invasores, y convirtiéndose en las décadas posteriores en una auténtica pesadilla para la tambaleante Roma.

Como Attax, y en este caso –aunque por separado y por distintos motivos– Anderico y Gelimer, algunos vándalos y alanos prefirieron permanecer en la península y abandonar a su pueblo en su largo peregrinar. ¿Cuáles fueron las motivaciones que siguieron estos hombres? Probablemente solo ellos podrían explicarlas, pero no nos parece que los motivos de Attax o de Anderico en la novela, fueran muy desencaminados a lo que pudiera haber sido la realidad.

El personaje de Anderico, por supuesto, es ficticio, al igual que el de su “hermano alano”; aunque bien podría ser reflejo de cualquier noble vándalo de la época. Pero cuando este narra la batalla que libran las huestes de Genserico contra los suevos de Hermigario en los alrededores del *Annas*, mientras su pueblo embarca hacia *Africa*, lo cierto es que hace partícipe a quien lo escucha –o lee– de un hecho histórico contrastado. Sobre este escribe Hydacio, como sobre la mayoría de los hechos sobre los que tenemos conocimiento durante esa época. El caudillo suevo, que había tratado de aprovechar la marcha vándala hacia *Africa* para extender sus partidas de pillaje hacia el sur, se ve sorprendido por el rápido ataque de Genserico, que mientras su pueblo embarca, se dirige a toda prisa hacia *Lusitania* al frente de sus hombres y toma por sorpresa a los confiados suevos. En el lance, el caudillo suevo parece ahogado en el *Annas* mientras trataba de huir de la batalla. Por supuesto, la manera en que transcurre en la novela, en la que son Anderico y los suyos los que persiguen y ven perecer al suevo, es fruto de la imaginación del novelista.

Siguiendo con este personaje: avanzada la novela, lo conoceremos ahora con el nombre de Andevotus; y este sí se corresponde con un personaje histórico. Como recogen Hydacio o Isidoro, en el año 439 d.C., el recién

nombrado rey suevo Rechila penetra en la *Baetica* desde *Lusitania* en busca de botín, entablado combate en las proximidades del río *Singilis* con las tropas de un caudillo denominado Andevotus. El suevo vence en la refriega, haciéndose además con un importante tesoro de plata y oro. En los escritos de la época no queda claro quién es este misterioso personaje. Según las distintas interpretaciones actuales, podría tratarse de un mando militar regular enviado desde Roma, y por tanto de un ejército imperial, que además trasladara la soldada de la tropa, lo que explicaría la presencia del tesoro. Sin embargo, otra interpretación, factible en base a la escasa información disponible, es aquella que identifica a este ejército como una milicia local comandada por un caudillo de la aristocracia de la provincia que tratara de hacer frente al ejército invasor. Aunque sea esta una opción novedosa, visto el proceder de la aristocracia hispana en los años anteriores y posteriores, al igual que la mayoría de los expertos me he decantado por esta segunda posibilidad, teniendo que buscar en mi imaginación una explicación plausible para la existencia del importante tesoro. De esta forma, he convertido al imaginario Anderico en el misterioso Andevotus. ¿Y cómo encaja en todo esto el origen vándalo del personaje? En este caso, he seguido la interpretación de varios historiadores de renombre, corroborada también por J. Arce, de que la raíz *Andevit* indica un probable origen germánico del nombre. Así, en esta novela, donde como en cualquier otra, lo fundamental es desarrollar personajes creíbles que a su vez tengan la fortuna de vivir escenas históricas que enriquezcan lo que el novelista trata de recrear, Anderico, el noble vándalo rebelde que prefiere quedarse en *Hispania* en lugar de seguir a su pueblo en su emigración, pasa a ser Andevotus tras varios años de vivir en suelo de la *Baetica*. Nadie mejor que un extranjero, un “verdadero guerrero”, para comandar las tropas organizadas por los potentados de una región, y más si tiene cierto ascendente sobre los desperdigados guerreros vándalos que quedaron en la zona. Por supuesto, esto es solo una suposición para tratar de explicar un hecho que apenas ocupa una línea en los anales de la historia.

Otro detalle sobre la historia que narra Anderico; ¿se puede ganar una desvencijada hacienda jugando a los dados? ¿Por qué no? Sirva este guiño como homenaje a una de las mejores novelas de capa y espada de todos los

tiempos, Los Tres Mosqueteros. Al leer esas líneas, es fácil evocar la escena en que Athos informa a Artagnan de su partida de dados con unos caballeros ingleses, durante la que no solo perdió los arreos y la montura regaladas por el mismísimo Duque de Buckingham, sino que también terminó perdiendo aquellos pertenecientes a su compañero. De la misma forma pasa Anderico a convertirse en terrateniente de los alrededores de *Corduba* en este libro.

Después de ese episodio, Attax continúa su particular peregrinar en *Hispania* hasta la ciudad de *Conimbriga*, en la antigua *Lusitania*. En ella, me he permitido el único anacronismo deliberado que aparece en esta novela. En primer lugar, quiero aclarar que Cantaber existió realmente en la antigua ciudad lusitana. Uno de los principales motivos que inspiró la búsqueda de documentación para comenzar este libro, fue contemplar las ruinas de su grandiosa *domus* en el yacimiento de la antigua ciudad lusitana. Pocas oportunidades hay de admirar en la península ibérica una *domus* unifamiliar con tres peristilos y unos baños propios. Y ahora, vayamos con nuestra pequeña licencia novelesca: es cierto que guerreros suevos penetran en la casa del principal ciudadano de *Conimbriga*, Cantaber, y raptan allí a su familia para pedir rescate, pero esto no ocurrió en el 450, como sucede en esta novela, sino en el año 465. Ruego comprensión para esta pequeña “trampa”, pero era necesario para azuzar así a nuestros protagonistas hacia el norte, hacia *Lucus Augusti*.

Tal y como se recoge en la novela, tras los múltiples desmanes de Rechiaro –hijo del difunto Rechila– en las provincias hispanas, saqueando no solo *Baetica* y *Lusitania*, sino también *Cartaghinense* e incluso zonas de *Tarraconensis* como *Ilerda* y los alrededores de *Caesaraugusta* en connivencia con la baudiol local –fugitivos, esclavos, bandidos que asolaron distintas regiones durante ese siglo en distintos puntos del imperio–, el nuevo emperador de Roma, Eparquio Avito, ordena a Teodorico II, rey visigodo, que penetre en la diócesis con sus hombres, y acabe de una vez con las correrías suevas en suelo hispano.

Teodorico II, a la sazón el principal valedor de Avito para enfundarse la púrpura imperial, comenzó rápidamente la invasión. Como recogen las

crónicas, no vino solo, sino que su ejército se engrosó con francos y burgundios al mando de sus respectivos monarcas. El pueblo suevo no tuvo salvación posible, porque no superaba en número a los guerreros enemigos, ni desde luego en preparación bélica. El ejército visigodo, tan solo cinco años antes, como relatan Cayo e Ibbas –cada uno según su punto de vista–, había participado en la mayor batalla de ese siglo, y si se atiende al número de pueblos implicados, a la mayor de esos últimos siglos y de los venideros. En los Campos Catalaúnicos, en los alrededores de la actual Orléans, Roma y sus pueblos federados o aliados se enfrentaron a los hunos de Atila y a sus aliados y vasallos. Allí, tras un día y una noche de lucha sin cuartel, el ejército romano se alzó con la victoria. Tratando de no resultar partidistas, como lo podían ser Ibbas y Cayo, lo cierto fue que durante la batalla, el rey visigodo Teodorico I fue muerto por sus enemigos, y que eso, en lugar de atemorizar a los suyos, sirvió por el contrario para enfurecerlos más, provocando que retomaran la lucha con nuevos ánimos. Allí mismo, donde había muerto su padre, Turismundo se enfundó la corona visigoda, y siguió comandando a sus hombres. Lo que cuenta Ibbas en el libro con gran orgullo, realmente se recoge en las crónicas. Por la noche, desorientado por la falta de luz, el nuevo rey visigodo se acerca a los alrededores del campamento huno, y allí se desarrolla una lucha salvaje. Como señala Ibbas, finalmente un fuerte grupo de guerreros encuentra a Turismundo cuando este ya había sido herido y la situación era desesperada. Ibbas, según su interpretación, tilda de cobarde a Aecio y le echa en cara que Atila escapara con vida; de esta manera el godo queda retratado como un gran guerrero, pero un nefasto político. Aecio, mucho más ducho en esas lides, debió en realidad de valorar que, tras la derrota de Atila y los suyos, pudiera ser que los godos ocuparan su lugar y se volvieran demasiado poderosos, por lo que probablemente decidió dejar escapar a los hunos, para poder utilizarlos más adelante en su propio beneficio.

En la novela, una partida avanzada de godos domina una antigua fortaleza en los alrededores del Ebro, a la espera de que el cuerpo principal penetre por los Pirineos rumbo al océano. Este no es un hecho histórico contrastado, pero viendo lo que ha quedado en las crónicas sobre la ocupación sistemática de

Teodorico II de distintos enclaves estratégicos en su peregrinar por la diócesis, parece muy cercano a lo que pudiera haber sido la realidad.

En octubre del año 456, los ejércitos godo y suevo se encuentran en el *Urbicus*, el actual río Órbigo, a escasos kilómetros de Astorga (*Asturica Augusta*). De esa lucha, lo único que ha quedado reflejado en las crónicas ha sido el desenlace. Teodorico derrota con facilidad a su oponente suevo, que logra huir hacia el oeste, herido y a duras penas. He permanecido fiel a la escasa información fidedigna que ha llegado hasta nuestros días, pero la forma en la que transcurre la batalla, y el ataque desde el norte del río, son interpretaciones libres de cara a la novela.

Esta historia no ha hecho más que comenzar. Muchos episodios fascinantes y violentos faltan por sucederse en la convulsa *Hispania* del siglo V, y pocos narradores más adecuados para relatarlos que un alano que recorre sus caminos a golpe de espada.